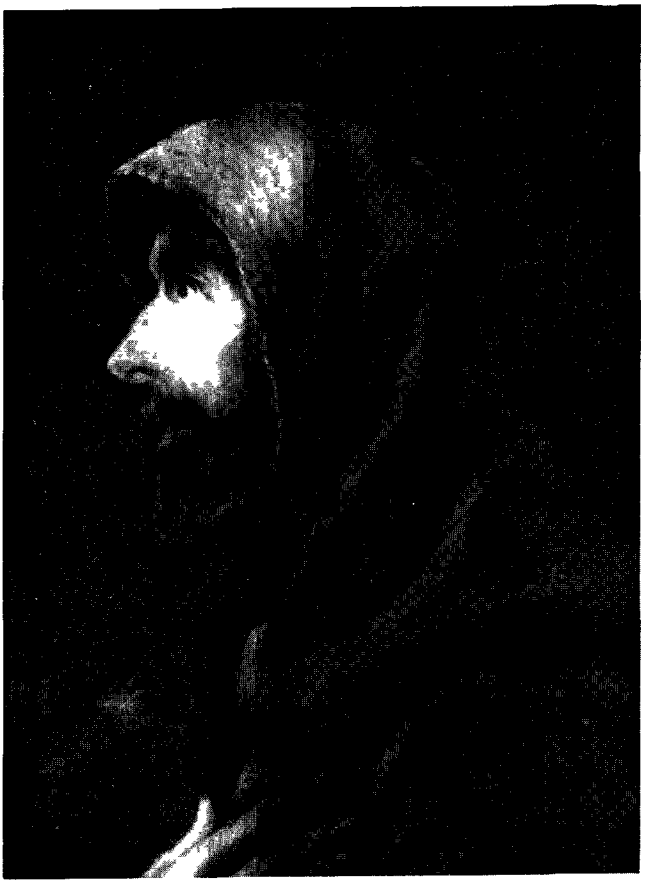
P. CUTHBERT, O. F. M. CAP.

# VIDA DE SAN FRANCISCO DE ASÍS





*San Francisco de Asís*

P. CUTHBERT, O.F.M.CAP.

# VIDA
DE
# SAN FRANCISCO DE ASÍS

VERSIÓN DIRECTA DEL INGLÉS
POR
VICENTE M.ª DE GIBERT

*Tercera edición*

EDITORIAL VILAMALA
VALENCIA, 246

EDITORIAL FRANCISCANA
AVDA. G. FRANCO, 450

BARCELONA (ESPAÑA)

NIHIL OBSTAT

El Censor de la Orden,

P. SALVADOR DE LES BORGES

*Barcelona-Sarriá, 15 de Diciembre de 1955*

IMPRIMI POTEST

P. DAMIÁN DE ÓDENA O.F.M.CAP.

Min. Prov. de Cataluña

---

NIHIL OBSTAT

El Censor,

DR. CIPRIANO MONTSERRAT, Canónigo

*Barcelona, Enero de 1956*

IMPRÍMASE

† GREGORIO, Arzobispo-Obispo de Barcelona

Por mandato de Su Exma. Rvma

DR. ALEJANDRO PECH

Canciller Secretario

---

Copyright by Editorial Vilamala in 1956

Impreso y editado en Barcelona (España). Printed in Spain

## *PREFACIO*

*En este libro he tratado de presentar a San Francisco tal como he llegado a conocerle después de muchos años de estudio de los documentos primitivos referentes a él. No se ha escrito hasta el presente en lengua inglesa ninguna biografía satisfactoria del Santo, si bien debo hacer especial mención del notable estudio de su carácter publicado por el canónigo Knox Little. Ni existe a mi entender ninguna biografía moderna que nos muestre al verdadero San Francisco según se nos revela en los relatos históricos que han llegado hasta nosotros. La conocida* Vie de S. François d'Assise *de Paul Sabatier es un agradable trabajo literario; pero, si el autor hubiese dispuesto al escribirlo de todos los datos proporcionados por las investigaciones realizadas desde el 1894 —en las cuales él mismo ha tomado parte principalísima—, su libro hubiera sin duda ofrecido mayores garantías de autenticidad. La obra más reciente de J. Joergensen, que sólo conozco en su versión francesa, indudablemente ahonda más en la espiritualidad y en la atmósfera intelectual de San Francisco. Joergensen aprovecha las modernas investigaciones a que he aludido, cosa que no pudo hacer Sabatier. Con todo, paréceme que una biografía definitiva del Santo es todavía un desiderátum. No puedo en modo alguno envanecerme de haber alcanzado el codiciado fin; mas tal vez este libro contribuya a su consecución y con esta esperanza me decido a publicarlo.*

*Pláceme reconocer la deuda contraída con los numerosos autores, consagrados a elucidar la vida de San Francisco, que me han precedido. Nadie tomará a desaire que cite en especial a los editores franciscanistas de Quaracchi, al P. Eduardo de Alençon y a M. Paul Sabatier, a cuyas pacientes investigaciones rinden homenaje de gratitud cuantos se dedican a estudios franciscanos. Pero, a todos aquellos de cuyos trabajos me he valido y cuyo nombre figura en el curso de este*

*libro, doy desde luego las más expresivas gracias. Debo finalmente manifestar mi afectuoso agradecimiento al Revdmo. P. Fray Pacífico de Sejano, Ministro General de la Orden de Frailes Menores Capuchinos, por la bondadosa aprobación concedida a esta Vida del Seráfico Padre.*

P. CUTHBERT, O.F.M.CAP.

St. Anselm's House
Oxford

## NOTA DEL AUTOR PARA LA SEGUNDA EDICIÓN

Aprovecho gustoso la publicación de una segunda edición de mi *Vida de San Francisco* para reconocer con cuánta benevolencia y cortesía ha acogido la crítica mi libro. Habiendo tenido cuidadosamente en cuenta las observaciones y reparos que se me han hecho, he introducido en el texto algunas ligeras modificaciones.

Han seguido siendo infructuosas mis gestiones para obtener una copia del documento original del tratado de paz entre Perusa y Asís (véase Libro I, Capítulo II); pero debo agradecer a Mr. William Heywood, autor de *A History of Perugia*, el haberme proporcionado amablemente una copia del *Bollettino de la R. D. di Storia Patria per l'Umbra*, Vol. VIII, donde se reproducen varios documentos referentes a las relaciones entre ambas ciudades de Umbría durante los años 1203-1209. De esos documentos parece deducirse que las contiendas originadas por la expulsión de los nobles de Asís se prolongaron durante un largo período. Uno de dichos documentos da a entender que el estado de guerra existía en noviembre de 1203. El texto de un tratado de paz lleva la fecha de 31 de agosto de 1205. No obstante, es verosímil, dado el modo de ser de la Italia medieval, que hubiesen alternativas de guerra y de tregua antes de concertarse una paz permanente, y bien pudiera ser que se hubiese dado libertad a los prisioneros en cualquiera de las treguas frustradas.

Un tercer documento es interesante porque muestra que, aún en septiembre de 1209, Asís no había cumplido lo estipulado en el tratado de 1205 con referencia a la restitución de los bienes de los nobles expulsados. Es posible que el estado de cosas implícitamente reconocido en este documento tenga alguna relación con el tratado de paz de noviembre de 1210, que algunos autores atribuyen a la influencia de San Francisco (véase Libro II, Capítulo I). De ser exacta esta conjetura, la participación del santo en el primer período de la guerra adquiere un carácter más dramático todavía.

Es preciso hacer una observación sobre otro punto de este libro. Un crítico, menos cortés que los demás, me acusa de desfigurar la des-

cripción de las llagas escrita por Fray Elías poco después de la muerte del Santo. En el texto me he conformado a las declaraciones de Celano y de San Buenaventura; en una nota refiero el lector a una carta de Elías como documento que corrobora la autenticidad de la descripción dada en el texto. Pero el crítico en cuestión ve una contradicción entre el testimonio contenido en las palabras de Elías y el que dan las biografías «oficiales» e insinúa, que, deliberadamente, he ocultado tal contradicción al lector incauto. Sin apesadumbrarme por esta velada acusación de deslealtad voluntaria, paso en seguida a reproducir el testimonio de Elías: «*Annuncio vobis gaudium magnum et miraculi novitatem. A seculo non est auditum talem signum praeterquam in Filio Dei, qui est Christus Deus. Non diu ante mortem Frater et Pater noster apparuit Crucifixus, quinque plagas, quae vere sunt stigmata Christi, portans in corpore suo; nam manus ejus et pedes quasi puncturas clavorum habuerunt ex utraque parte confixas reservantes cicatrices et clavorum nigredinem ostendentes, latus vero ejus lanceatum apparuit et saepe sanguinem evaporavit*». El crítico concluye que evidentemente Elías no sabía nada de «las cabezas de clavos» y de «las puntas» descritas por los biógrafos oficiales. Pero, esta conclusión se ajusta a la interpretación dada por el crítico a las palabras de Elías: «*Clavorum nigredinem ostendentes*». Separadas del contexto, pueden significar lo que se quiera; pero, debemos leerlas juntamente con lo demás. Ahora bien, obsérvese que Elías habla de las llagas de las manos y de los pies como «*quasi puncturas clavorum*», es decir, heridas hechas *como* por clavos. ¿Quiere decir con esto que no eran verdaderas llagas? No, por cierto; el texto se opone a semejante interpretación. Lo que Elías quiere significar es que las heridas no eran heridas hechas realmente por clavos; eran una nueva señal y un nuevo milagro: de ahí las palabras «*quasi puncturas*». Con igual circunspección se vale de la frase «*clavorum nigredinem*». Ve en manos y pies «la negrura de los clavos», o mejor todavía, según la versión de Mr. Reginald Balfour en el *Seraphic Keepsake* (p. 38), «una apariencia negra como de clavos». Elías no habla de «clavos negros», como tampoco habla de «heridas producidas por los clavos». Pero, así como las heridas son «heridas hechas *como* con clavos», así los clavos son «una apariencia negra *como* de clavos». Siendo así —y esta versión me parece plausible—, no hay contradicción entre la declaración de Elías y las de los biógrafos oficiales, antes bien una estricta concordancia. Después de todo, Celano escribió su *Legenda Prima* tan sólo dos años o poco más, después de la muerte del Santo y tenía a mano numerosos testigos que habían visto las llagas al venerar su cadáver en la Porciúncula. Solamente los prejuicios de la época actual pueden atribuir a Tomás de Celano la desfiguración voluntaria de los

hechos o la desidia en la investigación. Ciertamente el primer biógrafo del Santo es un testigo digno de mayor crédito que el crítico que, siete siglos después de su muerte, no halla mejor teoría que la que nos pinta a San Francisco produciéndose las heridas al rasguñar manos, pies y costado buscando alivio a la desazón de su cuerpo.

16 enero 1913. P. CUTHBERT, O.F.M.CAP.

## NOTA DEL AUTOR PARA LA TERCERA EDICIÓN

En esta nueva edición de mi *Vida de San Francisco* he corregido el texto en diferentes lugares, haciéndole beneficiar de un mayor conocimiento de la materia y he añadido algunas notas aclaratorias. La corrección principal atañe a la actitud de Santa Clara con respecto a las Constituciones Hugolinas. En mi primera versión declaré erróneamente que estas Constituciones imponían a las Clarisas Pobres (como fueron después designadas las Damas Pobres) la posesión de bienes. Las Constituciones al imponer la Regla Benedictina dejaban ciertamente a las mojas en libertad de retener bienes propios. Pero, Honorio III, en su carta *Litterae tuae*, dirigida al Cardenal Hugolino el 27 de agosto de 1218, reservó expresamente a la Santa Sede la propiedad de los terrenos destinados al uso de las comunidades de Damas Pobres. Que Hugolino en persona fuese favorable a este decreto, es cosa dudosa; lo cierto es que poco después de su elevación al pontificado, permitió a las Damas Pobres aceptar bienes y dotes. Opino, no obstante, que el principal empeño de Santa Clara fué que se reconociese a las monjas su derecho de pertenecer a la «familia» franciscana, tanto en lo referente a la jurisdicción a que debían estar sometidas, como a la Regla que debían observar.

Sobre otros puntos que han sido objeto de crítica, como son los que tratan de la formación de la fraternidad primitiva y los sucesos que se desarrollaron bajo el gobierno de los Vicarios, sostengo las mismas conclusiones sentadas en la primera edición de este libro.

P. CUTHBERT, O.F.M.CAP.

Grosseteste House,
Oxford.

Diciembre de 1920

## NOTA PARA LA TERCERA EDICIÓN CASTELLANA

Sale a la luz la tercera edición de la *Vida de San Francisco de Asis*, del P. Cuthbert, en lengua castellana, en todo conforme a la primera, publicada en 1928.

El P. Cuthbert de Brington († 1939), capuchino inglés, ha sido llamado, no sin razón, *el más esclarecido fraile menor de este siglo en Inglaterra*. Nacido en 1866, a los quince años ingresó en la Orden Capuchina, en la que ocupó eminentes cargos. Pero lo que le dió el justo renombre de que goza en los ambientes franciscanistas fué su numerosa producción histórica, en la que descuellan, a juicio de todos los críticos, la presente *Vida de San Francisco de Asis* (1912) y *Los Capuchinos. Una contribución a la historia de la Contrarreforma* (1929).

La *Vida de San Francisco* ha merecido fervorosos elogios entre los católicos, y aun entre los mismos protestantes. El famoso franciscanista Paul Sabatier ha escrito: «Entre las biografías del Seráfico Patriarca, la del P. Cuthbert ocupa un primer puesto, al lado de la de Johannes Joergensen, a la que tal vez supere algo en belleza y verdad místicas... El respeto por la crítica mezclado con una gran libertad de criterio constituye la originalidad, no buscada y sin embargo muy acentuada, del P. Cuthbert. Pero lo que hace de la *Vida de San Francisco* una obra perfectamente nueva es su magnífica unidad».

La presente Vida ha sido traducida al flamenco (1923), al francés (1925), al japonés (1926), al alemán (1927) y al polaco (1927). La traducción castellana, con la presente, alcanza su tercera edición, signo evidente de la aceptación que ha tenido entre nosotros.

Que el Seráfico Padre bendiga esta nueva edición y lleve a las almas de los que la lean el perfume suavísimo de su santidad, meollo del espíritu franciscano.

LOS EDITORES

# LIBRO PRIMERO

## Capítulo I

### EL ADVENIMIENTO DE FRANCISCO

El caminante que en nuestros días asciende por la blanca carretera que conduce de la Porciúncula a la ciudad de Asís, siéntese invadido por la profunda paz de que aquel país está impregnado. La antigua ciudad se asienta reposadamente en la ladera de una de las estribaciones del monte Subasio, cual adalid de edad provecta retirado de la lucha. Aún bajo la brillantez del sol de Umbría, tiene cierto aspecto severo, al cual tal vez contribuyen la fortaleza medieval y las murallas de cintura que pueden verse todavía en lo alto de la colina; tal vez producido por la mole gris y desnuda de las montañas que le sirven de fondo; o acaso por la posición misma de la ciudad, que nos aparece por decirlo así con las espaldas bien guardadas y presentando la cara al visitante, amigo o enemigo. Con todo, ese tinte de seriedad no destruye, antes bien subraya, la impresión de paz que nos produce; la paz fruto del reposo sin mengua de la fuerza; la tranquilidad que sigue merecidamente a la agitación del vivir.

Pero Asís vive todavía, aunque su vida no sea ya de contiendas y tumultos. Los gritos roncos de los cocheros que invaden su recinto en días de gran fiesta, la ruidosa propaganda de los vendedores de objetos piadosos y el impertinente reclamo de los nuevos hoteles, recuerdan, es verdad, el ruido mundanal de allende los montes; mas, otras son las voces que suelen resonar en el suave ambiente de Asís, las cuales no nos hablan de especulaciones y ganancias, de rivalidades y discordias, de vanidades perecederas, sino de aquella paz inefable que nace de la vida más profunda, de los goces, ¡ay! también de los dolores más intensos del espíritu. Porque Asís, en su espiritualidad misma, es muy humano. Los que allí alzan la voz no son ángeles, sino hombres; hombres que han conocido las complejas vicisitudes de la vida antes de hallar la paz. Y la paz misma que desciende sobre la ciudad y la naturaleza que la rodea,

da calor al corazón, apacigua las pasiones, e inspira el pensamiento de la paz eterna.

No eran por cierto vientos de paz los que en el año de gracia de 1199 soplaban en la comarca de Asís. La ciudad se hallaba en los trances de una agitación política, cuyo último resultado escapaba a toda previsión humana. Menos que otros pretendía leer en el porvenir el hijo del mercader Pietro Bernardone, el despreocupado Francisco, en cuya existencia no obstante habían de influir no poco aquellos acontecimientos.

Asís, como la mayoría de las ciudades italianas de industria floreciente, abrigaba antiguos sentimientos de rebeldía contra la dominación de los emperadores de Alemania. El entusiasmo por las libertades cívicas que, después de oponer un dique a la ambición de Federico Barbarroja, había sido reprimido por su enérgico sucesor, Enrique IV, renació pujante cuando la muerte detuvo el victorioso avance de este emperador, en 1197, y aumentó todavía al subir al trono pontificio pocos meses después, en enero de 1198, Inocencio III. Este papa tomó en seguida providencias para desvirtuar los proyectos imperiales concernientes a las relaciones del Imperio con la Iglesia y las ciudades italianas. La política de Barbarroja y su sucesor había preparado deliberadamente la sujeción de Italia a la corona imperial, sin exceptuar la humillación de la Iglesia ante las imperiales prerrogativas [1]. La política de Inocencio III consistió en hacer frente a esta amenaza acrecentando el poder temporal del papado y confederando los estados cristianos bajo el protectorado de la Santa Sede. Apenas se hubo sentado en la silla de Pedro, Inocencio dió comienzo a la obra de expulsión de los conquistadores alemanes de las provincias sobre las cuales el papado había tenido anteriormente alguna jurisdicción; su primer acto en consonancia con tales propósitos fué exigir a Conrado de Lutzen la devolución de la Rocca de Asís y todos sus feudos. Conrado era un aventurero, oriundo de la Suabia, a quien veinte años atrás había otorgado Barbarroja los títulos de duque de Espoleto y conde de Asís; últimamente había fijado su residencia en la Rocca de Asís. A este tiranuelo, de carácter asequible y fácil vivir, pero esforzado guerrero cuando le convenía mostrarse como tal, habíale puesto el pueblo el sobrenombre de «El caprichoso». Tenía, según parece, una cualidad rara en un señor alemán: tomaba en consideración la opinión pública y permitía que el pueblo se gobernase a su guisa, siempre y cuando fuese sin merma de los derechos imperiales [2].

---

[1] Véase Huillard Bréholles, *Vie de Pierre de la Vigne*, Partie III, X.

[2] Ant. Cristofani, *Storie di Assisi* [ed. 1902], pág. 49.

Pero el yugo extranjero avivaba en las ciudades italianas el sentimiento de independencia y el anhelo de disponer de sus propios destinos. Conrado, consciente de su impotencia frente a Inocencio III, recibió a los legados pontificios en Narni, en la primavera del mismo año 1198, y firmó el acta de sumisión.

En cuanto supieron los de Asís la buena nueva, con frenética actividad destruyeron la Rocca, no dejando piedra sobre piedra. Protestaron los legados, por haber pasado la Rocca a ser propiedad de la Santa Sede y amenazaron con poner la ciudad en entredicho [1]. Mas, lejos de hacer caso de la protesta, aprovecharon los de Asís las piedras de la Rocca para levantar una recia muralla alrededor de la ciudad; querían asegurar a toda costa su independencia.

No por haberse librado del dominio extranjero reinó la paz en Asís; no se tardó en ver la necesidad de afirmar la soberanía cívica o sucumbir a la fuerza de una vecina más poderosa, Perusa. Perusa, irguiéndose altanera en la cúspide de un cerro que domina por el norte el acceso a los valles de Umbría, parece destinada por la naturaleza a ejercer una constante vigilancia sobre aquella región y defenderla contra las agresiones de los países septentrionales. Perusa tenía plena conciencia de su dignidad y poderío, y ambicionaba extender su soberanía sometiendo a vasallaje los valles circundantes. Había ya compelido Arezzo a ceder los territorios que esta ciudad poseía en las cercanías del lago Trasimeno y tenía sometido el distrito de la Umbertida, que guarda la llave de los caminos que llevan de Gubbio a Cittá di Castello en el extremo oriental de Umbría. Con estas ciudades había pactado una alianza que era para ellas poco menos que un estado de esclavitud. Perusa aprovechaba hábil y rápidamente las querellas intestinas de sus vecinos y fingiendo proteger una de las partes contendientes, en realidad sometía a todas a su poder. Así, cuando en enero de 1200 ciertos nobles del territorio de Asís solicitaron su apoyo contra el gobierno comunal, Perusa al punto se constituyó en abogada y defensora de su causa.

No ignoraban los de Asís que podía costarles caro el indisponerse contra su poderosa rival; pero, tan intrépidos como ambiciosos, no pensaron un momento en someterse a sus voluntades. Inicióse el conflicto con la resolución de la autoridad comunal de reforzar las defensas de la ciudad y obligar a los señores feudales, aún los residentes fuera del recinto amurallado, a acatar las leyes establecidas en la ciudad. Mas, habiéndose negado algunos de los susodichos nobles a prestar obediencia a la autoridad comunal, los ciuda-

[1] Inocencio III, *Regestorum*, lib. I, LXXXVIII: «*Mirari Cogimur*».

danos de Asís tomaron por asalto sus castillos, los arrasaron y se apoderaron a viva fuerza de las tierras y construcciones que juzgaron necesarias a la defensa de la ciudad. No tuvo eficacia la intervención de Perusa, negándose los de Asís a restituir sus propiedades a los nobles disidentes y reconocer sus privilegios. Durante dos años continuó sin agravarse el conflicto, hasta que lo solucionó un combate empeñado en Ponte San Giovanni, lugar equidistante de las dos ciudades[1]. Los de Asís llevaron aquel día la peor parte y entre los prisioneros que cayeron en poder de los de Perusa hallábase el hijo de Pietro Bernardone, uno de los más acaudalados comerciantes de Asís.

Así vemos aparecer a la luz de la historia a Francisco, como uno de tantos participantes en aquellas minúsculas batallas que señalan los esfuerzos de la Italia medieval para el logro de su independencia cívica. Tenía a la sazón unos veinte años[2] y sentía el ardor de la primavera de la vida. Era de estatura algo menos que mediana, de complexión delicada y cutis moreno. Todo revelaba en él un temperamento idealista: fina y distinguida era su fisonomía, bien formada la nariz y algo afilada, terso el modelado de la frente, pequeñas las manos, largos y delgados los dedos. Los labios poco abultados eran indicio de dulzura y a la par de obstinación; y en los ojos negros se reflejaba un candor intrépido y la predisposición a un ardiente entusiasmo ilimitado. La frente baja denotaba un espíritu más inspirado por intuición que propenso al raciocinio. Erguido el cuerpo, movíase con rápido ademán. Era su voz vehemente, dulce, clara y sonora[3].

---

[1] Cristofani, *op. cit.*, pág. 57; W. Heywood, *A History of Perugia*, pág. 53 *seq.*; Bonazzi, *Storia di Perugia*, I, pág. 257.

[2] Ninguna de las leyendas da la fecha del nacimiento de Francisco; pero, es evidente, según se deduce de Tomás de Celano, que nació en 1181 o 1182. Hablando de la muerte de Francisco, el 4 de octubre de 1226, Celano añade: «*Cumplidos veinte años de su total entrega a Cristo*» (I Celano, 88); y más adelante repite que Francisco murió «*en el año vigésimo de su conversión*» (I Celano, 119). La conversión de Francisco, por consiguiente, tuvo lugar en 1206 (véase también *Leg. 3 Soc., 68; Spec. Perfect.*, cap. 124). Pero, Celano nos dice en otro lugar que al convertirse tenía «*casi veinticinco años de edad*» (I Celano, 2). Alberto de Stadt fija el año 1182 como el del nacimiento de Francisco (*Mon. Germ. Script.*, tomo XVI, página 350); pero su exactitud no es rigurosa.

Para la cronología de la vida de Francisco, véase de Gubernatis, *Orbis Seraphicus*, tomo I, pág. 15 *sep.*; Panfilo da Magliano, *Storia compendiosa*, tomo I, página 5 *seq.*; P. Leo Patrem en *Miscellanea Francescana*, tomo IX, fasc. 3; Boehmer, *Analekten*, pág. 123 *sep.*; Golubovich, *Biblioteca Bio-Bibliográfica*, pág. 85, *seq.*: P. Paschal Robinson en *Archivum Franc. Hist.*, an I, fasc. I, págs. 23-30; Montgomery Carmichael en *Franciscan Annals*, octubre, 1906.

[3] I Celano, 83; véase *ibid.*, 73.

Vestía suntuosamente, complaciéndose en la viveza de los colores y en cierto bárbaro esplendor. Ejercía altanero dominio sobre la alegre juventud de la ciudad; era, por su ingenio despierto, su pronta réplica, su incansable energía y su buen natural, un amigo cuya compañía era muy solicitada. Los jóvenes entregados a pasatiempos ligeros y extravagantes formaban la escolta de honor que aplaudía sus fantasías, agudezas y audaz bizarría[1]. Mas el observador hubiera advertido bajo su acostumbrada alegría una gravedad latente y una tendencia a la dulce melancolía; y el filósofo acaso descubriera algo del secreto de su ascendiente sobre la alocada juventud de Asís. Debíase también en parte su popularidad a la prodigalidad de que hacía gala. Su padre, el opulento mercader, le daba cuanto dinero quería y Francisco, al meterlo en la bolsa, sabía que muy pronto había de salir de ella. Alarmaba a parientes y amigos el continuo derroche y era entre ellos frase corriente: «Más parece un príncipe que el hijo de Pietro Bernardone» [2].

Pietro no tomaba a mal la conducta de su hijo, antes bien la celebraba. También él era ambicioso y acaso la naciente popularidad de Francisco en la ciudad se le antojaba presagio del predominio que podía ejercer un día en el consejo, quién sabe si hasta llegar a cónsul o podestá; ambicioso laudable en una época en que los magistrados de las ciudades semi-independientes trataban de igual a igual con príncipes y legados apostólicos.

Si tal era la ambición de Pietro, otras eran las aspiraciones de Francisco; sin duda, no hubiera podido entonces precisarlas, pero ciertamente eran superiores a los cargos cívicos. Soñaba gloria y honores, mas no sabía a punto fijo cómo los alcanzaría. Vivía en un mundo de leyenda e imaginaba ser un gran dominador de gentes, que deslumbraba al mundo con sus hazañas, logrando una universal nombradía.[3]. Su prestigio entre la juventud de Asís hacíale saborear de antemano los homenajes que se le habían de tributar al penetrar en el mundo más vasto, donde los monarcas tienen su corte y los paladines son proclamados por la fama. Los festejos y regocijos de la ciudad le preparaban —así lo imaginaba—, a las justas y torneos, donde los caballeros arrojan el guante y recogen

---

[1] Véase *Leg. 3 Soc.*. 2: «*In curiositate etiam tantum erat vanus quod aliquando in eodem indumento pannum valde carum panno vilissimo consui faciebat*». Las fiestas ciudadanas a que aluden los biógrafos tienen alguna semejanza con las de la *Feste du Pui;* tales reuniones de mercaderes eran muy conocidas en Francia y aún en Inglaterra a fines del siglo XIII. Véase George Unwin, *The Gilds and Companies of London* (Antiquary's Books), págs. 98 y 99.

[2] *Leg. 3 Soc.*, 2; I Celano, 2.

[3] Véase *Leg. 3 Soc.*, II, 5.

un reto, y a las cortes de amor resonantes de cantos de poetas. Tenía la seguridad anticipada de vencer a sus contrincantes, tanto en la liza como en las estancias festivales. Este ideal se alzaba cual barrera entre Francisco y sus compañeros. Las diversiones nocturnas no eran para éstos más que la exaltación del momento; en su vulgaridad misma hallaban un incentivo sensual. Mas, eran para Francisco cruda anticipación de la batalla de la vida, según el concepto que había formado de la misma por la lectura de los romances de caballería. Sin duda alguna, este idealismo le conservó moralmente limpio y sano, con todo y respirar una atmósfera de disipación. Donde otros naufragaban sin tardar, Francisco, dado su temperamento, únicamente se asimilaba la parte más sutil y refinada de aquella existencia y en manera alguna sus elementos más bastos. Amaba los cantos y la ostentación, la adulación de la multitud, el movimiento y la agitación, el ejercicio de la autoridad; pero, una natural rectitud le preservaba de riesgos más graves. La grosería era cosa opuesta a su naturaleza; sólo gustaba de manjares delicados y una palabra obscena le reducía al silencio [1].

Asís, en los años que siguieron a la liberación del yugo alemán, era el terreno más favorable al desenvolvimiento de una naturaleza cual la de Francisco. La vida de la ciudad era más intensa, el sentimiento de la libertad, oprimida a pesar de la benigna dominación de Conrado de Lutzen [2], se desbordaba y daba un tinte de patriotismo a las mismas actividades industriales de la ciudad. Dominaba la convicción de que robustecer las libertades comunales era a la vez fomentar los intereses privados. Con todo, de algo había servido la dominación alemana, asegurando a los ciudadanos de Asís un período de relativa paz, durante el cual la ciudad había prosperado materialmente, desarrollándose su comercio y multiplicándose su riqueza. Asís, como todas las ciudades de la Italia central, negociaba principalmente en estofas de lana y sus comerciantes emprendían largos viajes en busca de nuevos mercados. Pietro Bernardone estaba en continuas relaciones con Francia. Hallábase

---

1 En las leyendas primitivas se encuentran datos en apariencia contradictorios. Celano (I Celano, 1-3) pinta la juventud de Francisco como manchada por los vicios de su tiempo. Por otra parte, San Buenaventura (*Leg. Maj.*, I) dice: «A la amplia merced de ocios y vanidades transcurrieron los primeros años de su juventud... mas, no se entregó una sola vez a brutales intemperancias.» La contradicción se explica por el temperamento mismo de Francisco. La *Leg. 3 Soc.*, 3, sugiere esta solución: «*Erat tamen quasi naturaliter curialis*», etc.

2 Conrado llegó a permitir que Asís se incorporase a la liga que las ciudades de Umbría y de las Marcas habían formado para defender los derechos cívicos. Véase Cristofani, *op. cit.*, pág. 49.

precisamente en este país cuando nació Francisco, su hijo mayor. Para conmemorar esta circunstancia, el padre feliz al regresar de su viaje dió a su hijo el sobrenombre de «Francesco», es decir, «el Francés», nombre familiar que prevaleció sobre el de pila, Giovanni.

Los comerciantes de aquella época no se contentaban con tratar de negocios en sus viajes; recogían y divulgaban también toda suerte de noticias. Eran portadores de las ideas políticas y religiosas de su país, íbanlas sembrando doquier y en cambio a su regreso discutían, con aquel apasionamiento que se tiene en los momentos de mayor tensión, las novedades venidas en su conocimiento durante el viaje. En ninguna época de la historia ha habido como en la Edad Media mayor intensidad en el vivir ni entusiasmo mayor en la defensa de los ideales. Las ciudades eran focos de actividad donde se preparaban grandes cambios en todos los aspectos de la vida, en los órdenes político, intelectual y religioso. Nadie podía sustraerse a la inquietud general; cada ciudad, cada villorrio, era un centro propagador del descontento y de las ideas revolucionarias y en ninguna parte tal estado de espíritu desplegaba mayor actividad que en Italia, donde las ciudades con su semi-independencia eran una especie de microcosmo cristiano. Los habitantes de Asís al asaltar la Rocca, destruirla y elevar una muralla alrededor de la ciudad, al tratar de someter los nobles a la jurisdicción cívica, tenían conciencia de tomar parte en un levantamiento universal cuyo objeto era la implantación del régimen municipal contra el vasallaje del feudalismo. Tanto en las asambleas y consejos como en las calles y plazas eran traídas a discusión todas las grandes cuestiones, religiosas o sociales, que agitaban la península y los estados cristianos.

Por grande que fuese entonces el poder de la Iglesia, no dejaba por eso de ser discutida con pasión. Italia era fecunda en proyectos de reforma eclesiástica, heréticos y de todo linaje. Los cátaros y los patarinos [1], cual tromba devastadora, habían inundado las regiones del norte y del centro de Italia y establecido sus conventículos en los lugares más populosos, desafiando los poderes eclesiásticos. Predicaban el retorno de la religión a la sencillez apostólica, denunciaban las riquezas y la ambición secular de la Iglesia, ridiculizaban al clero y rechazaban los sacramentos. Eran los puritanos de la Edad Media. Conjuntamente a este movimiento herético se

---

[1] Véase Gebhardt, *L'Italie Mystique*, pág. 26 *seq.*; Felice Tocco, *L'Eresia nel Medio Evo*, pág. 73 *seq.* Los patarinos fueron en sus principios apoyados por la Santa Sede; pero Arnaldo de Brescia hizo revivir el movimiento poniéndolo en oposición con la Iglesia.

iba afirmando entre los mismos católicos el sentimiento de que no todo era perfecto en el seno de la Iglesia. El descontento, no separado de la ortodoxia, hallaba su expresión en la Lombardía y en el norte en los «humiliati», sociedad de seglares que se comprometían a vivir con el trabajo de sus manos, a renunciar a todo lujo en el comer y el vestir, a no tomar parte en guerras y contiendas, y a servir a los pobres[1]. Pero los «humiliati», si bien despertaban las conciencias, no lograban herir las imaginaciones.

Procedía de muy diferente modo el movimiento de reforma dirigido en la región meridional de Italia por el abad cisterciense Joaquín[2]. También él predicaba la pobreza y la humildad, pero se distinguía de los demás reformadores en que buscaba la renovación de la cristiandad mediante una iluminación espiritual y no por la imposición de decretos y reglamentos eclesiásticos. Era un nuevo Isaías invitando a las gentes a operar la restauración del reino de Dios por la penitencia, la oración y el estudio de la palabra divina. Cuando se apoderó de él el espíritu del profeta, retiróse a una cueva en Sicilia y allí se preparó para realizar su misión, llorando los pecados del pueblo e implorando la misericordia de Dios. Entró después en calidad de lego en el monasterio cisterciense de Sambucina, hasta que, recibiendo la ordenación sacerdotal, fué elegido abad de dicho monasterio. Pasado algún tiempo renunció el cargo y se retiró al desierto de Pietralata, donde escribió sus libros proféticos sobre el nuevo reinado del Espíritu Santo. Abandonó más tarde la soledad y anduvo de monasterio en monasterio predicando la reforma. Habiéndose agrupado en torno suyo numerosos discípulos, en 1189 fundó una nueva comunidad monástica en Flore de Calabria. Fué este monasterio un centro de atracción tanto del elemento eclesiástico como del seglar y vino a ser considerado la Sión santa de donde había de salir la tan ansiada renovación del universo cristiano. Benigno y compasivo, predicaba Joaquín un evangelio de amor a Dios y a los hombres. Era en concepto de muchos una fiel imagen de Cristo. Sus profecías pusieron en conmoción toda la Italia católica como el anuncio de un nuevo día. Los hombres levantaban la cabeza con renovada esperanza, aunque no sin mezcla de temor; porque al próximo advenimiento del reino de Dios había de preceder un período de cataclismos nunca vistos, señalado por la aparición del Anticristo sobre la tierra[3].

---

[1] Véase Tiraboschi, *Vetera Humiliatorum Monumenta;* Gebhardt, *op. cit.*, página 34.

[2] Véase Felice Tocco, *op. cit.*, pág. 261 *seq.;* Gebhardt, *op. cit.*, pág. 49 *seq.*

[3] El período del Anticristo debía comenzar, según Joaquín, en 1199. Véase Felice Tocco, *oj. cit.*, pág. 290, núm. 1.

El efecto producido por las enseñanzas de Joaquín fué profundo y duradero; muchos años después de su muerte los pueblos vieron en ciertos acontecimientos políticos y religiosos el cumplimiento de sus profecías [1]. Uno de sus efectos inmediatos fué la aparición de devotos trashumantes que recorrían el país llamando a penitencia y profetizando oscuramente el porvenir. Uno de ellos, hallándose en Asís por aquel tiempo, iba por las calles gritando: «Pax et Bonum!» «¡La paz y el bien!» [2]. Considerósele más tarde como precursor del evangelio de paz que Francisco había de predicar con tanto éxito. Puede decirse que el movimiento franciscano fué favorecido en sus principios por el estado de expectación que produjeron las profecías de Joaquín. Otra prueba de la crisis producida en Asís por la inquietud religiosa reinante fué la promoción a la primera magistratura del herético Giraldo di Gilberto, en 1023, y su permanencia en el mismo cargo a pesar de las protestas de la Santa Sede [3].

Queda fuera de duda que Francisco estaba al corriente de los acontecimientos que repercutían profundamente en la vida de su ciudad natal. En el círculo estrecho de una comunidad cívica medieval, el hijo de un rico comerciante, por ende asociado al negocio paterno, no podía ignorar la fuerza irresistible de la opinión pública, guiadora de hombres; ni puede negarse que tuvo una participación voluntaria en la lucha por la independencia comunal. Pero lo que le impulsó a tomar armas contra Perusa, más que un sentimiento reflexivo fué un ciego instinto caballeresco y una inclinación natural a la vida de aventuras. Hallábase todavía en aquel período de la juventud que da mayor o menor valor a las cosas según su grado de afinidad con el sentir personal. Para él, los bien estudiados cálculos políticos de los magistrados de Asís serían de poca monta comparados con los pasatiempos juveniles, en los cuales descubría un trasunto de sus ensueños. Ni le preocuparían en manera alguna las disputas entre católicos, patarinos y otros, que fueran a su juicio inútil pérdida de tiempo y de energías. Si algún pensamiento dedicó a semejantes cuestiones, probablemente debió de ser para condenar sin distinción a toda suerte de herejes como perturbadores del buen orden de cosas y destructores de la alegría del

---

[1] Así, Federico II fué para muchos católicos el Anticristo, mientras por otra parte sus partidarios le tributaban honores casi divinos y lo parangonaban con Jesucristo. Véase Huillard Bréholles, *Hist. diplomat.*, IV, pág. 378; *Vie de P. de la Vigne*, *Pièces-Justificatives*, núm. 107 *et passim*.

[2] *Leg. 3 Soc.*, 26.

[3] Cristofani, *op. cit.*, pág. 68.

vivir. Estaba, en una palabra, demasiado abstraído en su mundo ideal para sentir la exaltación política o el prurito de la controversia religiosa. De hecho, jamás abandonó del todo aquel dominio de ensueño y hasta el fin de sus días fácilmente mostraba alguna impaciencia en tratándose de gente herética o perturbadora. En cuanto a la venida del Anticristo y la promesa de una nueva revelación del Espíritu Santo, cosas eran éstas que no le impresionaban por ser tan ajenas a su concepción de la vida. Bueno era a sus ojos el mundo tal como lo había hallado, no del todo irreprensible tal vez, pero sí rebosando motivos de júbilo, a los cuales se adhería él instintivamente, apartándose en cambio del dolor cual de un misterio inexplicable que podía causarle sobrada desazón si intentaba penetrar en él [1].

Pero, del tumulto de las plazas públicas destacábase una voz que Francisco escuchaba con verdadera fruición: la voz del trovador. Veinte años antes del nacimiento de Francisco los provenzales, a la vez poetas y cantores, habían empezado a invadir Italia, atraídos por la hospitalidad y el dulce vivir de aquel país. Llegaban cantado las alegrías y tristezas de la juventud y la gloria de la caballería. Entonaban, ora alegremente, ora con acentos patéticos, el elogio del amor y de las aventuras, hiriendo sucesivamente todas las fibras de la humana sensibilidad. Y sus cantos, aun los más frívolos en apariencia, tenían la firmeza de un credo. Ensalzaban con pasión la gloria del valor y de la perseverancia y sus héroes eran siempre paladines de alguna noble causa, ya en defensa de la fe cristiana, ya en socorro de los débiles y oprimidos. Cuando cantaban el amor, aparecía éste sublimado siempre por la abnegación y el sacrificio [2]. Ya celebrasen, pues, hechos de guerra, de aventura o de amor, la nota persistente de sus cantos era la del olvido y renunciamiento de sí mismo por una buena causa o por un ser amado. Las tradiciones y leyendas les suministraban variedad de asuntos; Artús y los caballeros de la Tabla Redonda, Carlomagno y sus denodados paladines eran sus héroes favoritos. Con sus canciones amatorias y de gesta visitaba el trovador las cortes de los señores italianos [3], su voz era un hechizo que hacía palpitar el corazón de la juventud y semejaba fresca brisa que desvanecía el

---

[1] Véase *Testamentum S. F.*: «*Nimis mihi videbatur amarum videre leprosos*».

[2] Véase M. Fauriel, *Dante et les Origines de la Langue et de la Littérature Italiennes*, pág. 279 *sep.*; Karl Bartsch, *Chrestomathie Provençale*; Em. Monaci, *Testi antichi provenziali*.

[3] Los cantores provenzales más famosos, como Bernard de Ventadour, Cadenet, Rambaut de Vaqueiras, Pierre Vidal, hacían frecuentes visitas a Italia, a fines del siglo XII. Fauriel, *op. cit.*, pág. 257.

pesimismo en que yacía aletargada de mucho tiempo atrás la península italiana.

Sorprenderá sin duda que los cantos trovadorescos de amor y caballería hayan presidido a la formación del espíritu y carácter de aquel hijo de mercader, que en el porvenir había de ser considerado como uno de los santos protectores de la democracia. Es éste, no obstante, un hecho indiscutible. Las narraciones de aventuras y hazañas de caballeros andantes dieron cuerpo a sus ambiciones y los cantos de amor desarrollaron el natural instinto que le inclinaba a un amor perfecto. Por temperamento no se sentía inclinado al saber que se aprende en los libros; prefería la vida activa y de aire libre. Escuchaba con avidez las leyendas de la Tabla Redonda, de Rolando, Oliverio y otros ilustres paladines [1]. Daba por cosa cierta que todos estos héroes habían sido exactamente tales como los trovadores los describían; creía en la existencia actual de héroes semejantes y ¿por qué no podía ser él uno de ellos? ¿No existían, por ventura, esforzados guerreros que peleaban por la fe y por la justicia y obraban prodigios de valor en tierras de Oriente y aún en las provincias meridionales de Italia, teatro de las guerras de los alemanes contra la iglesia? El sueño de Francisco no se desvanecía y entretanto arreciaba la controversia sobre la reforma de la Iglesia y los profetas no se cansaban de predecir calamidades sin cuento y a la postre la aurora de una nueva era.

Hasta el término de su vida acompañará a Francisco este sueño caballeresco, que será la principal influencia terrena que se advierte en el curso de su existencia. Dejará muy atrás sus primeras ambiciones mundanas, transformará su último objeto, manejará otras armas de combate, mirará en fin la vida con mayor amplitud; pero se considerará siempre caballero andante y la ley que le gobernará en todo momento será el código de caballería: esfuerzo denodado, amor rendido, amable cortesía. Será siempre también cantor inspirado y no se despojará de aquella sensibilidad de poeta que le permitirá apreciar mejor la luz y las sombras de la vida. Sentirá siempre un caballeresco desdén por las componendas y las vías tortuosas de la diplomacia; responderá sin tardanza al llamamiento

---

[1] Véase *Spec. Perfect.*, caps. IV y LXXII; también P. Paschal Robinson, *The Golden Sayings of Brother Giles*, pág. 61. Las leyendas latinas de Artús y sus caballeros estaban ya difundidas en Italia a fines del siglo XII, así como las versiones provenzales de los romances de Artús y Carlomagno. Véase Fauriel, *op. cit.*, I, página 286. La influencia de los cantos de amor trovadorescos es muy marcada en la literatura franciscana primitiva, notablemente en los cantos religiosos de Jacopone de Todi; pero Francisco parece haberse inspirado más especialmente en los romances caballerescos.

divino y la deslealtad será para él el más negro de los crímenes.

Pretenden algunos que este temperamento, por decirlo así romancesco, lo heredó Francisco de su madre. Dícese que dama Pica esposa de Pietro Bernardone, era de noble cuna y oriunda de Provenza; mas no hay de ello prueba segura [1]. En cambio, no cabe duda acerca de su salvadora influencia en el período de formación de Francisco. Mediaba entre madre e hijo aquella simpatía e intimidad que muchas veces tiene mayor eficacia que las órdenes terminantes; no hay influencia más sutil y penetrante que la de la madre, ora para dirigir, ora para poner un freno necesario. Cuando los vecinos criticaban el porte de príncipe de Francisco y sus miras ambiciosas, Pica, con gran sorpresa de todos, replicaba: «Ya veréis cómo acaba mi hijo: él será ciertamente un hijo de Dios» [2]. El corazón maternal había descubierto que jamás Francisco negaba una limosna a un pobre y que cuando en presencia suya se pronunciaba el nombre de Dios, reflejábanse en su semblante el respeto y el recogimiento [3]. Acaso sabía la madre por propia experiencia descifrar estos indicios. Así, mientras el padre se forjaba ilusiones mundanas acerca de su hijo, a quien veía convertido un día en personaje principal de la ciudad, no regateándole cuanto dinero le pedía, y mientras sus amigos y vecinos andaban divididos en opinión, teniéndole unos por pródigo incorregible, otros por ambicioso resuelto a lograr un fin determinado; dama Pica abrigaba en su corazón una esperanza no bien definida y entreveía un porvenir, en el cual la santidad iba unida a las aventuras caballerescas y los cantos del trovador eran realzados por algo celestial. ¿Quién podrá decir hasta qué punto el sueño de la madre influyó también en la vida del hijo?

---

[1] Las leyendas primitivas nada dicen con respecto a los orígenes de la madre de Francisco. La conjetura de su origen provenzal tal vez nació del hecho que Francisco hablaba el idioma francés (véase I Celano. 16; II Celano, 13, 127; *Spec. Perfect.*, cap. 93); pero bien pudiera ser que su conocimiento formase parte de los estudios propios de un hijo de comerciante, que había de tener relaciones mercantiles con Francia. En cuanto a la tradición que Pica era de noble cuna, un documento jurídico contemporáneo, publicado por Cristófani, *op. cit.*, págs 50 y 51, la trata de *Domina Pica;* de lo cual deduce M. Sabatier (*Vie de S. F.*, p. 8, n.º 2) que debió de ser de noble ascendencia. Pero, en la Europa meridional los comerciantes más opulentos pretendían ser de igual categoría que los nobles. Véase Fauriel, *Preuves de l'histoire du Languedoc, III*, pág. 601. En realidad, nada se sabe del verdadero origen de la familia de Francisco.

[2] II Celano. Más adelante veremos a Pica animando a Francisco en su aventura religiosa.

[3] *Leg. Maj.*, 1. Véase *Leg. 3 Soc.*, 9.

## Capítulo II

### SUEÑOS DE GLORIA

En la refriega de Ponte San Giovanni, Francisco, como hemos dicho, cayó prisionero y fué conducido a Perusa [1].

Para el viajero que recorre la Umbría no hay ciudad de esta región que tenga la majestad de Perusa. Edificada sobre una colina en la entrada septentrional de los valles umbrosos, la hermosa altivez de su silueta atrae la mirada y provoca la admiración. Cuando se penetra en su interior, sorprende la severidad no desprovista de belleza de sus macizos edificios públicos, que revelan todavía la fuerza aplastante de una ciudad codiciosa, que fué en sus días de gloria terror y objeto de odio de sus vecinos. En tiempo de Francisco no se alzaba todavía el Palazzo dei Priori, símbolo de esta extraña mezcla de brutal poderío y exquisito gusto artístico, pero existía ya el estado de espíritu que debía inspirar a sus arquitectos. Perusa había vencido a Asís; mas, la victoria no había sido decisiva hasta el punto de lograr de la ciudad rival una incondicional sumisión y Perusa era demasiado prudente para exponerse a gastar sus fuerzas sin utilidad segura. Siguieron, pues, laboriosas negociaciones y entretanto los prisioneros permanecían en dura reclusión.

Francisco, según parece, aceptó de grado su cautiverio, que había de durar cerca de un año; sus cantos y chanzas contrastaban con el abatimiento y la irritación cada día crecientes de sus compañeros. Maldecían éstos la lobreguez del calabozo; soñaba aquél imperturbable en la gloria. El enojoso resultado de la jornada de Ponte San Giovanni había empezado a abrir sus sentidos a la realidad de la vida. Batalla y cautiverio eran incidentes anejos a las aventuras caballerescas que su corazón anhelaba. Los que le rodeaban, cerrados los ojos a la luz que le iluminaba, llegaron a temer

---

[1] Por ser hijo de un rico comerciante no estuvo encarcelado con la soldadesca, sino con los nobles.

por su sano juicio. «Sin duda te has vuelto loco — díjole uno —, puesto que en la cárcel puedes estar tan contento.» «¿Quieres saber por qué lo estoy? — replicóle Francisco —. Es porque veo llegar el día en que el mundo se inclinará ante mí, rindiéndome acatamiento» [1].

No le faltó ocasión de ejercer el ascendiente de su buen natural. Había entre los prisioneros un caballero de carácter tan agrio e insoportable, que todos huían de su vera, menos Francisco que, aficionándose al infeliz, logró con su bondadoso trato apaciguar sus iras y finalmente reconciliarlo con sus compañeros [2].

Los prisioneros recobraron la libertad al cabo de un año aproximadamente [3]. El largo encierro y la forzada inacción habían minado la salud de Francisco y apenas regresó a la casa paterna una fiebre violenta le puso en riesgo de terminar sin gloria su carrera mortal. Aquella enfermedad, sin embargo, señaló el verdadero principio de su vida, porque, mientras yacía durante largas semanas en el lecho del dolor, empezó a entrever, no sin angustia de su espíritu, la posibilidad de una vida harto diferente de la que hasta entonces concibiera, consagrada a Dios y a la consecución de los bienes eternos [4]. Era como el lejano rumor de las olas para el que nunca ha contemplado la inmensidad del mar. No podía desentrañar el sentido de estas nuevas impresiones, pero la mente y el corazón se turbaban; y la turbación no había de dejarle ya hasta el momento en que conoció claramente, y aceptó lo que de él se exigía. Mas, no era todavía su hora.

A medida que renacían sus fuerzas, nuevamente tomaban cuerpo sus sueños de aventuras y de gloria y transformábase otra vez la tierra al arbitrio de su fantasía. Sin embargo, a su primera salida sufrió ya una desilusión. Dejando el recinto de la ciudad, caminaba ávido de gozar el hermoso espectáculo de la naturaleza; para tomar aliento detúvose apoyándose en su bastón y escudriñó con la mirada los cerros caldeados por el sol deslumbrador y los verdes

---

1 *Leg. 3 Soc.*, 4; II Celano, 4.

2 *Ibid.*

3 Leo Patrem (*Misc. Franc.*, vol. IX, fasc. 3, pág. 84) discute la fecha de 1203, dada por Ant. Cristofani, y propone el 1202 como año de la firma del tratado de paz entre Perusa y Asís. Pero, según el *Bollettino della Regia Deputazione di Storia Patria per l'Umbra*, vol. VIII, págs. 140-142, la paz fué firmada el 31 de agosto de 1205. De ser exacta esta fecha, Francisco debió de ser puesto en libertad antes de una conclusión de paz definitiva, si es que se acepta el testimonio de la *Leyenda de los tres Compañeros*. En 1910 corrió la noticia de haberse descubierto el documento original del tratado de paz en la Biblioteca municipal de Perusa; pero han sido infructuosos mis esfuerzos para obtener una copia del mismo.

4 I Celano, 3; *Leg. Maj.*, I, 2.

repliegues del valle que se extendían a sus pies, las ciudades que la dorada bruma hacía parecer más distantes y el hito plateado del río serpenteando por la llanura. Mas, por vez primera nada le decía la tierra palpitante de vida; la llamaba y no le respondía, como si su voz se perdiese todavía entre las cuatro paredes de su cuarto de enfermo. «La belleza de los campos, el aspecto sonriente de los viñedos, todo lo que es un goce para la vista, en manera alguna podía alegrarle — dice Tomás de Celano —. Por lo tanto, sorprendióle el cambio que tan súbitamente se había operado en él y consideró muy locos a los que podían amar semejantes cosas» [1].

Contribuyendo el ejercicio y el aire puro al restablecimiento de sus fuerzas, no tardó en sentir de nuevo la necesidad de obrar. Los incidentes de la lucha contra Perusa y la prueba de la enfermedad habían sazonado su carácter; no contento ya con la vida fácil de la juventud, ansiaba vivir como hombre hecho.

Presentóse al fin una ocasión propicia [2]. Desde 1198 la Italia entera había observado con interés la guerra empeñada entre el Papa y el emperador por la regencia de las Dos Sicilias. Al principio la suerte fué desfavorable a las fuerzas papales; pero, en 1202, cambió la fortuna al confiar Inocencio III su causa a Gualterio de Brienne, príncipe de Tarento. No obstante, la lucha proseguía encarnizada, combatiendo por ambos lados los jefes más valerosos. Para los trovadores provenzales, el de Brienne era algo más que un valiente guerrero: era el héroe ideal que combatía por la Iglesia y por la libertad de Italia contra la odiada dominación alemana [3]. Los cantos trovadorescos, así inspirados, suscitaban doquier vocaciones bélicas y de todos los puntos de la península acudían soldados a engrosar las huestes que militaban bajo el estandarte del caudillo normando. Aguijoneaba a unos el afán de gloria, al paso que otros sólo sentían el aliciente del botín que recoge un ejército triunfante. Muchos gozaban ya de anterior nombradía y eran venerados por los jóvenes aspirantes a una celebridad imperecedera.

A menudo sin duda voló Francisco con el pensamiento a los campos de batalla del Mediodía, donde tal vez se habían de reali-

---

[1] I Celano, 3.

[2] «*Post paucos vero annos*» — «después de unos pocos años», dice la *Leyenda de los tres Compañeros* al referir la historia del viaje a Apulia, después del incidente de la prisión de Francisco. Los acontecimientos que van a seguir probablemente acaecieron en 1205.

[3] No obstante, los italianos del Sur sentían pesar sobre ellos el gobierno de un extranjero, porque Gualterio de Brienne no solamente era jefe del ejército, mas también Gran Justicia de Apulia. Véase A. Luchaire, *Innocent III, Rome et l'Italie*, página 190 *seq.*

zar sus sueños caballerescos. El ejemplo de cierto gentilhombre de Asís, que se disponía a unirse al ejército pontificio de Apulia, fué decisivo. También Francisco quería ir a la guerra y, con la ayuda de Dios, ser armado caballero. Proponíase alistarse bajo la enseña de un cierto conde Gentile, afamado capitán sin duda, aunque no refieren sus proezas los biógrafos de Francisco [1]. Una vez resuelto, pensó Francisco en equiparse magníficamente, de manera digna de su ambición. Sus arreos fueron tan ricos que con ellos eclipsó a su noble compañero de armas, con todo y ser este hombre acaudalado y amigo del fausto [2].

Llegó el día de la partida y Francisco complacíase sobremanera en el esplendor inusitado de su porte, cuando vino a dar con un caballero cuyo vestido raído descubría una gran pobreza. Parecióle ignominioso que un hombre perteneciente a tan alta profesión vistiese tan miserablemente; y obedeciendo a su primer impulso, despojóse del manto y túnica suntuosos y demás costosos atavíos, haciéndole entrega de todo [3].

Embriagado por su futura gloria, tuvo Francisco aquella noche un dulcísimo sueño: alguien le llamaba por su nombre y, dándole la mano, le conducía a un hermoso palacio, adornado de armas caballerescas, en el cual moraba una bellísima desposada. Mientras contemplaba atónito aquel palacio y se preguntaba quién podía ser su afortunado dueño, díjole su guía: «Todo esto es para ti y para los que te sigan» [4]. Despertó Francisco, persuadido de que semejante sueño era presagio de su destino y traslucíase de tal suerte en su semblante el gozo que le embargaba, que sus amigos sentían gran curiosidad por conocer la causa de su mudanza. «Tengo la seguridad absoluta de que llegaré a ser un gran príncipe» [5]. Tal fué la respuesta de Francisco.

---

[1] La *Leg. 3 Soc.* dice expresamente que el conde, por quien quería Francisco ser armado caballero, se llamaba Gentile. Lemonnier y Jörgensen suponen que Gentile no era más que un sobrenombre honorífico, y que el conde en cuestión era el mismo Gualterio de Brienne. Pero, existían muchos condes Gentile cuyos nombres constan en documentos contemporáneos; uno de ellos, el conde Gentile de Manapelli, contribuyó a la derrota de los alemanes en Palermo en julio de 1200. Véase P. Sabatier, *Vie de S. F.*, pág. 19, núm. 2.

[2] I Celano, 4.

[3] II Celano, 5; *Leg. 3 Soc.*, 6; *Leg. Maj.*, I, 2.

[4] *Leg. 3 Soc.*, 5; I Celano, 5; II Celano, 6; *Leg. Maj.*, I, 3. Celano en su *Legenda Prima* dice que Francisco vió la casa de su padre llena de armas; pero en la *Legenda Secunda* hace la misma descripción de los *Tres Compañeros*. San Buenaventura habla de «un suntuoso y vasto palacio, adornado todo él con armas», pero no hace alusión a la hermosa desposada.

[5] *Leg. 3 Soc.*, 5.

Alentado por el sueño, tomó el camino de Apulia. Llegó al atardecer del mismo día a Espoleto, ciudad situada en la extremidad meridional del valle, donde las montañas se desvían hacia el oeste. Allí pernoctó y otra vez oyó la misteriosa voz, estando tan sólo adormecido. Prestando la mayor atención, escuchó estas palabras: «Francisco, ¿a quién es mejor servir, al amo o al criado?» Y como él contestase: «Sin duda alguna es mejor servir al amo», prosiguió la voz: «¿Por qué, pues, conviertes en amo al criado?» Repentinamente iluminóse su alma y dijo humildemente: «Señor, ¿qué quieres que haga?» «Vuelve al lugar de tu nacimiento — ordenó la voz, — y allí se te dirá lo que debes hacer; porque te conviene dar diferente significación a tu sueño.»

Despierto del todo, quedó Francisco considerando lo que acababa de acontecerle. No dudaba ya de que aquellas voces tenían alguna relación con los angustiosos pensamientos que le asaltaron durante su enfermedad; eran demasiado reales para poder desecharlas lealmente. Más dueño de sí mismo, gravemente, levantóse con el alba, montó a caballo y regresó a Asís. Dejaba para siempre tras de sí sus ensueños de ambición humana. No trazaba planes para lo sucesivo; tan sólo sabía que debía esperar la palabra anunciada aclarándole el enigma del porvenir. Su regreso no le producía ningún sentimiento de tristeza; a la fascinación del día de ayer había sucedido una serenidad y un gozo hasta entonces desconocidos. Los anhelos de su corazón no se veían colmados todavía, pero tenía la certidumbre de que lo serían en el misterioso porvenir esperado [1].

Es prueba irrecusable de la sensatez de Francisco su conformidad en esperar sin romper bruscamente con su modo de vivir acostumbrado. Reanudó su antigua vida en el punto que la había dejado; volvió a ocuparse de los negocios de su padre, aunque no con mayor entusiasmo del que le causaran anteriormente; halló otra vez su lugar entre la gente moza de la ciudad, que le nombró capitán de sus fiestas, en agradecimiento, según refiere el viejo cronista, a la prodigalidad con que contribuía al esplendor de las mismas [2]. Pero no participaba ya de tales regocijos con el desenfado irreflexivo del tiempo pasado.

Presidía los banquetes costeados de su peculio, rodeado de la juventud elegante y disipada de Asís. Después de comer y beber más de lo regular, salían todos por las calles de la ciudad cantando

---

[1] *Leg. 3 Soc.*, 6; II Celano, 6; *Leg. Maj.*, 1, 3.
[2] II Celano, 7.

estrepitosamente, conducidos por Francisco, que empuñaba el bastón de mando, siguiendo la costumbre establecida [1]. Mientras desfilaban vestidos con la mayor ostentación los glotones hijos de nobles y mercaderes, asomaba por las angostas callejuelas la multitud harapienta y famélica, cuya única distracción era contemplar de lejos el tumultuoso cortejo. Francisco, desde su vuelta de Espoleto, dábase cada día más cuenta del contraste entre sus camaradas y aquellos miserables; la vista de un mendigo turbábale de un modo inexplicable, misterioso. Pasaban los días, las semanas, y acababa por ser un extraño entre sus amigos. Frecuentábalos, no obstante, y competía con ellos en donaire e ingenio, dirigía los cantos y sentábase a la cabecera de la mesa del festín; pero, como hemos dicho, su corazón no tomaba parte en la fiesta. Con frecuencia, tanto en la mesa como al frente del burlesco desfile, abstraíase de tal modo que sólo la broma grosera de un compañero lograba tornarlo a la realidad.

Paulatinamente, sus meditaciones se fueron prolongando y llegaron a tal intensidad, que se daba el caso de verle sus amigos como perdida el habla y paralizado el movimiento, arrobado como estaba en el pensamiento del dulce misterio que sobre él se cernía. De esta conducta dábanse la explicación más natural: «Francisco está enamorado». Un día, como cayese en su silenciosa meditación de siempre, echósele en cara su extraño proceder. «¿Amor tenemos, Francisco? —le preguntaron—. ¿Has descubierto por fin la doncella que ha de ser tu esposa y pasas noche y día pensando en su belleza y sus encantos?» Francisco, volviendo en sí, repuso con gravedad inesperada: «Sí, en verdad, estoy pensando en tomar por esposa la doncella más noble, más hermosa y más rica que jamás habéis visto». Estas palabras fueron acogidas con grandes risotadas de incredulidad; pero Francisco pensaba en la desposada de sus sueños, que tenía una parte principal en su plan de nueva vida, aunque no sabía que con el tiempo la conocería por su nombre de Dama Pobreza [2]. Por vez primera confesaba su amor no sólo a los demás, sino a sí mismo; y desde aquel momento, con la humildad de un amador, empezó a desmerecer a sus propios ojos y a pensar con amargura en sus pasados años tan inútiles y en la ceguera que le privara el conocimiento de las aspiraciones de su corazón.

---

[1] *Ibid.* Es evidente que Celano describe estas fiestas ciudadanas por propio conocimiento o experiencia.

[2] *Leg. 3 Soc.*, 7 y 13; I Celano, 7.

Tornóse más pensativo y taciturno, pero también más sensible a las cosas del mundo espiritual. Sobremanera disgustado de su antigua vida, apartábase muchas veces de la compañía de sus amigos y salía secretamente de la ciudad para entregarse sin testigos a la oración. No se atrevía aún a revelar su secreto; pero su carácter naturalmente comunicativo le impulsaba a buscar instintivamente quien pudiese simpatizar con él. Por esto visitaba con frecuencia a los pobres; no esperaba que le fuesen a pedir limosna, antes bien salía en su busca, provisto de dinero y alimentos para aliviar sus necesidades, pero llevando consigo algo más precioso, la simpatía de un alma hacia los abandonados y menesterosos. Durante los meses de transformación espiritual vivió Francisco en gran soledad interior. Únicamente a un amigo, aproximadamente de su misma edad, atrevíase a abrir su pecho hablándole de las cosas que habían alterado su vida; mas ni a éste sabía hablar explícitamente y sin timidez. Valiéndose de parábolas, decíale que había descubierto un tesoro de precio inestimable y buscaba la mejor manera de poseerlo.

A veces llevábase a su amigo por las inmediaciones de Asís y con palabras encubiertas comunicábale sus afanes e inquietudes. Solían dirigir sus pasos a un lugar solitario donde habían los restos de una antigua sepultura etrusca. Allí Francisco rogaba a su amigo que se quedase al exterior esperándole, y entrando él en la tumba, entregábase a la oración. Eran aquellas horas las de mayor intimidad de Francisco con Dios y con su alma. Presa de las mayores angustias, exhalaba fuertes gemidos a la manera de las gentes de los países meridionales. Penetraba en su alma una luz divina que le daba un mayor conocimiento de sí mismo y le ponía frente a frente a su nuevo destino. En tales momentos caía Francisco en el doloroso trance de sentir nuevos deseos y verse incapaz de realizarlos. Hacía más dura todavía esta prueba la tensión excesiva de sus nervios; en este estado le asaltaban imaginaciones horripilantes; veíase deforme, como algunos de los pobres de Asís, cuya vista evitara siempre con tanta repugnancia. A estas visiones oponía la oración suplicante y persistente hasta hallar en ella consuelo y fortaleza. Al salir de nuevo a la luz del día, su amigo, que había oído sus gemidos, veíale ahora con el rostro descompuesto por el sufrimiento. Entre los pensamientos que en él fermentaban, había uno que iba tomando forma gradualmente: era preciso renunciar al bienestar, y a la ostentación, y a todo proyecto ambicioso, y emigrar como Abraham a un pueblo extranjero. Este pensamiento ejercía continua presión sobre su sentido espiritual, e influía en él arcanamente; mas oponíale resistencia, como si no hu-

biese roto todavía las cadenas que lo aprisionaban, como si una niebla siguiese oscureciendo su vista [1].

No sabemos quién fué el amigo que estuvo a su lado en aquellos angustiosos días, para consolarle con discreta solicitud. Han opinado algunos que fué Elías, más tarde Ministro General de la Orden Franciscana, personaje completamente opuesto al tipo de Francisco en la leyenda franciscana [2]. De ser así realmente, entendiéramos mejor el interés que por él demostró Francisco en sus últimos días, con todo y haberle causado su amigo tantas inquietudes y angustias. Esta conjetura, empero, es hija de la fantasía. Quienquiera que fuese, Elías u otro, bendigamos al amigo desconocido que confortó a Francisco durante aquellos días de prueba.

En su perplejidad resolvió Francisco ir en calidad de peregrino a la tumba de los Apóstoles. Continuamente pasaban los peregrinos por los caminos polvorientos que conducían a Roma, llevando consigo sus penas, sus temores, sus deseos, para confiarlos a los primeros pastores de la grey de Cristo, cuyos cuerpos descansaban en la colina Vaticana.

Francisco se agregó a los devotos viajeros, no dudando que los Apóstoles habían de darle luz y consuelo. Llevó consigo valiosas ofrendas para depositarlas en el santuario apostólico, convencido en su inexperiencia de que todos los peregrinos favorecidos con bienes de fortuna obraban de igual suerte. Grandes fueron su sorpresa y su disgusto al observar, durante su estancia en la ciudad santa, con cuánta parsimonia se hacían las ofrendas; tratar de tal manera a los príncipes de los Apóstoles parecíale no solamente una gran mezquindad, sino un verdadero ultraje. Asqueado de los avaros peregrinos, apartóse de ellos y acercándose a los pordioseros importunos que se agolpaban en la puerta de la basílica, puso en sus manos tendidas con avidez todas sus generosas ofrendas. Desde algún tiempo atraíanle de un modo inexplicable los pobres; tenía en su presencia un nuevo concepto de la libertad. Un día, al ir como de costumbre a orar a San Pedro, apoderóse de él un vivísimo deseo de convertirse también en mendigo durante aquella jornada y saber por experiencia cuál era la vida de los pobres. Llevar a cabo esta resolución era cosa más hacedera entre gente desconocida; en Asís hubiera vacilado y al cabo renunciado a su propósito,

---

[1] Véase *Leg. 3 Soc.*, 8; I Celano, 6; II Celano, 9.

[2] P. Sabatier, *Vie de S. F.*, pág. 22. Esta suposición parece poco probable. Si Elías hubiese sido el primer amigo de Francisco, Celano hubiera ciertamente mencionado el hecho en su *Legenda Prima*, en la cual pone constantemente de relieve los méritos de Elías.

temiendo las burlas de los de su misma categoría; porque no era todavía dueño de su alma. Muchas veces, en los meses que precedieron a su peregrinación, un sentimiento de cobardía, una adhesión persistente a los prejuicios de casta le obligaron a visitar ocultamente los pobres.

En Roma el esfuerzo era menor; además, con el viaje y la renovación de ideas al entrar en contacto con un mundo más vasto que el de su país natal, adquiría más temple su alma, orientándola hacia la solución de su conflicto interior. Sin titubear, compró a subido precio los harapos de un pobre, y vestido con ellos pasó todo el día a la puerta de San Pedro pidiendo limosna a los que entraban y salían. Dando pábulo a la imaginación, creíase realmente mendigo, entregado a la buena voluntad del prójimo y compartiendo con los demás compañeros las buenas palabras y los desaires recibidos[1]. Al anochecer volvió a ser el hijo del rico comerciante Pietro Bernardone; pero durante unas horas había formado parte de la hermandad de los pobres. Al regresar a su albergue, tuvo la sensación de un mayor alejamiento de la casa de sus padres y de haber contraído un nuevo orden de parentesco. También sintió aquella exaltación de espíritu propia del hombre que ha medido sus fuerzas contra la propia flaqueza y pusilanimidad, saliendo triunfante del empeño; porque en verdad, su orgullo se sublevaba contra los sórdidos harapos y el recuerdo de su categoría social ejercía todavía sobre él un sutil ascendiente[2].

Al volver a Asís, iba enriquecido por el sentimiento de los nuevos vínculos que le unían a los pobres. No le bastaba ya salir secretamente a distribuir sus limosnas; esto hubiera sido una felonía. De un modo u otro debía proclamar el nombre de sus allegados espirituales. Por suerte, su padre estaba ausente, probablemente en uno de sus viajes a Francia; de no ser así, sin duda se hubieran precipitado los acontecimientos de su vida o en todo caso hubiéranse desarrollado con menos gracia idílica. Pero Francisco contaba con la simpatía y tolerancia de su madre. Un día, con gran asombro de ésta, llenó la mesa de pan y manjares, como si se esperasen numerosos comensales. Al preguntar por éstos la madre, respondió Francisco que había dispuesto una fiesta para los que padecen hambre. Cogiendo entonces las abundantes provisiones, distribuyólas a los pobres que esperaban a la puerta de la casa; así creía obrar con mayor caridad, dando a sus hermanos la comida de su propia mesa.

---

[1] II Celano, 8; *Leg. 3 Soc.*, 10; *Leg. Maj.*, I, 6.
[2] Véase II Celano, 13.

Llegó en fin el gran día. Francisco, después de una correría a caballo por el valle, regresaba a Asís, cuando le atajó el camino un leproso pidiéndole limosna. Siempre sintiera disgusto y repugnancia invencibles ante el espectáculo del dolor y de la deformación física; estremecióse, pues, al ver el repulsivo gafo. En otro tiempo hubiera arrojado un puñado de monedas y espoleado el caballo; esta vez sintióse invadido por una ola de compasión y no pudo seguir adelante. Desmontó presto, puso la limosna en la mano del miserable y, cogiendo aquella misma mano con las suyas, imprimió en ella un beso. Hizo más: estrechó entre sus brazos al leproso y recibió de éste el ósculo de paz. Desde aquel momento quedó roto todo lazo con el pasado: un abrazo sellaba el pacto de la vida nueva, que había de practicar como rendido vasallo de la pobreza y del sufrimiento. No había hallado todavía a Dama Pobreza, pero sí penetraba en sus reinos, era servidor de sus súbditos y gozaba de la paz del momento.

Lleno de gratitud, consideróse llamado especialmente a cuidar de los leprosos. Frecuentaba sus chozas y dábales abundantes limosnas, no olvidando nunca de besarles la mano al entregar su ofrenda [1].

---

[1] *Leg. 3 Soc.*, 11; II Celano, 9; *Leg. Maj.*, I, 5. Véase *Testamentum S. Franc.*, en *Seraph. Legisl. Textus Originales* (Quaracchi), pág. 265.

## Capítulo III

### DE CÓMO FRANCISCO HALLÓ A DAMA POBREZA

Habían transcurrido varios meses desde que Francisco oyera una noche en Espoleto la voz misteriosa. Esperaba sin impaciencia que se manifestasen los designios de su Señor Jesucristo; todo lo que acaecía independientemente de sus iniciativas — y en aquellos días pocas cosas buscaba por propia voluntad—, aceptábalo como procedente de la voluntad divina. Tenía el convencimiento de que era el mismo Cristo quien había enviado el leproso a su encuentro y puesto en el corazón el deseo de abrazarle, descubriéndole de este modo algo de la vida que había de seguir. Bien sabía empero que le faltaba un período de probación antes de ser plenamente iniciado; pero, era feliz con «dulcedumbre del ánima y del cuerpo», considerándose ya del número de los siervos del Señor [1]. Su sentimiento dominante era el de fidelidad inquebrantable a su Divino Maestro, uniéndose a este sentimiento un culto, tímido todavía, al nuevo misterio de la vida que gradualmente se le revelaba en su comercio con los pobres y los desgraciados. Reconocía claramente que esta nueva vida era don del Señor y que por lo tanto debía ser constante en servirle. Tal era el reino que el Señor compartió con sus seguidores. En todo lo que a este reino pertenecía, según iba entendiendo, veía Francisco reflejarse la resplandeciente figura de Jesucristo; el mendigo y el leproso aparecían como amparados por la majestad divina y la tierra que pisaban era santificada a su contacto, toda vez que ellos mismos estaban impregnados de la gloria de Cristo. Y esto es lo más singular que advertimos en Francisco al darse a la religión: no se elevó una barrera entre él y la tierra, sino que la tierra se transformó a medida de sus inspiraciones y le

---

[1] Véase *Testamentum S. Franc.*: «Dios nuestro Señor quiso dar su gracia a mí, fray Francisco, para que así empezase a hacer penitencia... El Señor me llevó entre ellos [los leprosos] y usé de misericordia con ellos. Y apartándome de ellos, aquello que antes me parecía amargo me fué convertido en dulcedumbre del ánima y del cuerpo».

proporcionó nuevos goces. Mirábala antes con respeto por ser teatro de magníficas gestas caballerescas; considerábala ahora con mayor reverencia, porque descubría en ella una nueva vida y un gozo incomparablemente mayor.

No hubieran tolerado semejante disposición de espíritu los que hacían profesión de reformadores religiosos, los cuales exigían ante todo una negación total de la alegría y ofrecían en premio los goces remotos de un mundo futuro. Instintivamente rehuía Francisco sus consejos; sus teorías no tenían relación alguna con las realidades que él palpaba. En sus dudas acudía al obispo y sus palabras le daban consuelo y fortaleza [1]. Sin duda creía el obispo que la cosa acabaría entrando Francisco en algún monasterio o abrazando el sacerdocio; mas, independientemente de esta opinión personal, era de natural afectuoso y compasivo y no ejercía una indebida presión para determinar el curso que había de seguir la vida de Francisco. Éste por su parte solía obedecer a sus propias inspiraciones, aunque con humildad y sin contradecir deliberadamente el parecer ajeno, envuelto siempre en el misterio de su vida y esperando los mandatos del Señor. Su simplicidad de alma fué, sin duda, la salvaguardia, y también la prueba, de su rectitud y sinceridad.

Llegamos ya al momento decisivo en la vida de Francisco. Extramuros, pero no lejos de Asís, hay la pequeña iglesia de San Damián, construída en la vertiente del monte y próxima a la «Via Francesca» [2], mirando a Spello. Pasando un día Francisco junto a ella, advirtió que amenazaba ruina [3] y que al parecer nadie se preocupaba en poner remedio a este mal. Acongojóse en gran manera y al propio tiempo se sintió impelido a penetrar en el santuario. Dócil a su impulso, entró y fué a postrarse al pie del altar. De pronto, oyó una voz que parecía proceder del crucifijo. «Francisco —le de-

---

[1] Véase *Leg. 3 Soc.*, 10; *Spec. Perfect.*, cap. X. Francisco en el *Spec. Perfect.* cita como uno de los motivos de la reverencia que le inspiraban los obispos, la bondad que tuvo con él el obispo de Asís «*desde el principio de mi conversión*». Véase *Acta S. S.*, 4 octubre, II, pág. 584. El obispo Guido fué preconizado en 1204. Véase Ughelli, *Italia Sacra*, I, pág. 479, XV.

[2] La Via Francesca era uno de los principales caminos entre San Damián y la Porciúncula en tiempo de San Francisco. Hoy no es más que un sendero angosto. Es de observar que no debe su nombre a San Francisco, sino que lo llevaba ya con anterioridad al Santo.

[3] Según Thode, *Saint François d'Assise et l'Art Italien*, II, pág. 13, San Damián existía ya en 1030. Era una de tantas iglesias pequeñas, de una sola nave, toscamente construídas con piedras, que aún abundan actualmente en Italia. San Damián conserva buena parte de su simplicidad primitiva, pero en el siglo XVII se construyó una capilla lateral para colocar en ella el famoso crucifijo esculpido por fray Inocencio de Palermo.

cía—, vé y repara mi iglesia que, como ves, cae arruinada.» Sorpresa y espanto causó en Francisco esta voz; dióse después cuenta de que era su Señor quien le dirigía la palabra y durante un intervalo no pudo hablar ni moverse, como privado de sus sentidos. ¡Jesucristo, por fin, había hablado! Al reponerse, considerando el servicio que le pedía, respondió, asombrado todavía y amenguado: «De buen grado, Señor, la repararé». Inundóle al punto un amor inefable a Cristo crucificado, amor no comparable a nada de lo que hasta entonces sintiera; y tuvo la certidumbre de que por este amor era capaz de emprender cuanto se le pidiese, aún a costa de su vida.

Levantóse, salió de la iglesia y viendo allá cerca al sacerdote guardián de la misma, ofrecióle una crecida suma de dinero, diciéndole: «Te ruego, signore, compres aceite suficiente para alimentar una lámpara que arda noche y día ante la imagen del Crucifijo; y cuando se acabe el dinero, yo te daré más». Prosiguió su camino, pero andaba abstraído, como si viese a Cristo en la cruz y escuchase su voz; olvidaba todo lo demás, porque entendía ya que el crucifijo era la Vida de su espíritu y el centro de todo lo viviente. Su Señor, Dueño de su vida y de sus obras, era el Crucificado, que se había dado a conocer en aquella iglesia medio derruída; Francisco debía, pues, restaurarla. Todo era luz, evidencia, plenitud; el caballero sirviente de Cristo no preguntaba, no argüía; sólo respondía con obediencia y amor rendidos.

Cuando Francisco entró en Asís aquella tarde, estaba ya en cierto modo crucificado en espíritu; tan completa había sido su entrega a su Dueño y Soberano [1], y sin más tardanza, se puso a servirle. Tomó del almacén de su padre un lote considerable de paños y, montando a caballo, se santiguó y partió para Foligno, la industriosa ciudad del llano, donde toda mercancía se vendía siempre a buen precio. Allí vendió no sólo su alijo, mas también su caballo, recorriendo a pie las diez millas que le separaban de Asís y llevando consigo el producto de su venta. Fuése con él en seguida a San Damián, donde, inclinándose profundamente ante el cura y besándole la mano, le ofreció aquella cantidad para costear las obras de la iglesia; al propio tiempo le pidió licencia para vivir allí con él, porque deseaba permanecer en el mismo lugar donde era necesaria su presencia; por otra parte ya no le satisfacía la vida familiar. El cura no había previsto el sesgo que tomaba aquel negocio; siendo varón bondadoso y prudente, consintió en que Francisco se quedase a su lado, pero rehusó la suma considerable que le ofrecía. Pro-

---

[1] II Celano, 10; *Leg. 3 Soc.*, 13, 14; *Leg. Maj.*, I, 5.

bablemente habían llegado a sus oídos los pormenores de la extraña conducta de Francisco desde su vuelta de Roma y se preguntaba con cierta inquietud cómo iba a acabar todo aquello. Es posible que no viese la necesidad de gastar tanto dinero para restaurar una iglesia tan poco frecuentada, prefiriendo por otra parte acabar sus días en paz. Sea como fuere, no logró Francisco que aceptara el dinero; por lo cual, echó la bolsa por el marco de una ventana de la iglesia y allí la dejó[1]. Aquel día no fué a su casa y permaneció junto al cura.

El padre de Francisco, de regreso de su viaje y alarmado por la ausencia de su hijo, pasados algunos días hizo pesquisas para descubrir su paradero y acabó averiguando lo de la venta de Foligno y como estaba de acólito o ermitaño en San Damián. Tales novedades despertaron a un tiempo en su pecho el dolor y la cólera. Llamando a algunos amigos, resolvió poner término cuanto antes a tanta locura. Algún familiar de la casa sin duda avisó a Francisco anticipadamente, por cuanto al llegar Pietro a San Damián aquél había desaparecido y nadie pudo dar razón de él.

Francisco no era todavía un héroe perfecto. No pensaba ceder a la violencia paterna, ni faltar a la fe jurada al divino Crucificado; pero, además de tener un gran miedo al ridículo, no se sentía todavía bastante fuerte para resistir el asalto y aún en caso de serlo no hubiera podido oponer violencia a violencia, tratándose de aquel a quien debía obediencia filial. Más todavía: a todo trance quería sustraerse a la maldición que Pietro con toda seguridad hubiera lanzado contra él; y ya sabemos que hasta el día de hoy lo que más teme un italiano en este mundo es la maldición paterna. A todo esto se agregaba cierta timidez que le impedía la pública confesión del sentimiento de fidelidad jurada; parecíase en esto al hombre pundonoroso a quien repugna divulgar el amor que se ha adueñado de su corazón. No era más que un neófito y no poseía la fortaleza y el aplomo del hombre maduro. Desde que se quedó en San Damián, estaba en continua zozobra por la visita probable de su padre y para cuando llegase tal conyuntura había prevenido un refugio seguro en una cueva; allí hubo de ocultarse y por espacio de un mes apenas se arriesgó a salir algún momento a la luz del día, tan grande era su temor. Llevábale el sustento diario el único amigo que conocía su escondrijo.

No carecía empero de alegrías de carácter peculiar. En la oscura soledad estaba su alma en constante comunión con Dios; iluminábase la mente y robustecíase el corazón. A veces replegábase en

[1] I Celano, 8, 9; II Celano, 11; *Leg. 3 Soc.*, 16; *Leg. Maj.* II, 1.

su interior, temiendo de antemano las borrascas que habían de asaltarle; otras veces embriagábale la felicidad recién hallada. Amaneció en fin el día en que sintió cuán indigno era de la grandeza del Señor a quien servía, andar así oculto y en tinieblas por miedo a los hombres. Un legítimo caballero no hurta el cuerpo al combate, ni teme la pública confesión de sus votos. Debe vivir a la vista de todos y dar testimonio de su Señor y, si es necesario, padecer por Él. Así pues, Francisco, poniéndose en sus manos, salió de la cueva y se entró por las calles de Asís. No era ya el desenfadado mancebo de antaño. La lucha moral y los ayunos y privaciones corporales habían agotado sus fuerzas; aparecía ahora demacrado y cubierta la faz de mortal palidez. Cuantos le veían quedaban asombrados y teníanle por loco; y con la falta de compasión que suele ir unida a la curiosidad, echábanle en cara su poco juicio y hacíanle mofa. Y como Francisco, imitando a su Divino Modelo, nada replicaba, no haciendo ya gala del agudo ingenio de otro tiempo, se envalentonaba el populacho y le arrojaba lodo y piedras. Mas, él no daba señales de enojo; en realidad, este bautismo de fuego producíale una íntima satisfacción, de la cual tanto más cuenta se daba cuanto mayores habían sido sus zozobras durante el mes de reclusión en la cueva.

El recinto de Asís es reducido y la noticia de la reaparición de Francisco y del recibimiento que se le dispensaba llegó muy pronto a oídos del padre y con esta nueva humillación creció de punto su enojo. Precipitóse a la calle y topando con su hijo, apoderóse de él y desahogó su furia en denuestos e implacables amonestaciones. En llegando a casa, dióle durísimos azotes y lo encerró en una habitación oscura. De este modo pensaba Pietro acabar con las extravagancias de Francisco, que ponían en descrédito el nombre de Bernardone. Cuando algunos días después hubo de ausentarse por sus negocios, quiso estar seguro de su prisionero poniéndole esposas en manos y pies. Confiaba que Francisco acabaría por volver a su sano juicio; en caso contrario ya sabía Pietro cómo debía obrar. Por suerte suya, tenía otros hijos más sensatos que podían ser un día excelentes mercaderes e ilustres ciudadanos; el más joven, Angelo, muy especialmente, era un muchacho despejado y de carácter equilibrado[1]. Con todo, dolíale que su primogénito, en quien había cifrado sus esperanzas, se hubiese rebajado de tal suerte; hombre de poca

[1] Parece que Ángelo fué el que continuó la tradición de la familia y llegó a contarse entre los ciudadanos notables. Tuvo un hijo que ingresó en la hermandad penitencial, según consta en un documento legal publicado por Cristofani, en el cual se le llama *Picardus continens*. Véase Cristofani, *op. cit.*, págs. 50 y 51.

imaginación, medía a los demás con su mismo rasero y no podía sospechar que otros estuviesen dotados de diferente temperamento. En la actitud de su hijo sólo veía la oposición obstinada a sus planes, el poco aprecio al honor familiar y el desaprovechamiento de las circunstancias más favorables al desarrollo de una brillante carrera. No se le ocurrió un momento que le trataba con excesivo rigor y por egoísmo, antes bien maldecía el destino que permitía la deshonra de su casa. Su orgullo de jefe de familia estaba vulnerado y esto era lo peor que le podía acontecer a Pietro, que tanto trabajaba por imponer a la ciudad el respeto incondicional a la casa Bernardone.

Dama Pica, con la intuición propia de la mujer y el interés personal de la madre, no estaba obcecada como su marido; comprendía el desengaño de éste, pero también tenía en cuenta la inclinación romancesca de su hijo; más aún, simpatizaba con ella y en el fondo del corazón congratulábase de que, abandonando los devaneos mundanos, se consagrase al servicio de Dios y de los pobres. No podía, sin embargo, aprobar que Francisco hubiese abandonado el hogar paterno, toda vez que no era esta condición necesaria para servir a Dios y a los pobres; y siendo como era esposa sumisa, lamentaba la amargura de Pietro y anhelaba reconciliar a padre e hijo. Aprovechando la ausencia de Pietro, vió a Francisco y díjole su modo de apreciar las cosas, rogándole con lágrimas en los ojos que accediese, siquiera en parte, a los deseos de su padre. Mas, no lograba Pica dar calor a sus palabras y, no sabiendo oponerse con sólidas razones a la vocación de Francisco, acabó por ponerse de su lado sin reserva. ¿Podía, por ventura, inducirle a ser ingrato al llamamiento divino?

A su regreso, Pietro Bernardone no halló a Francisco en su casa; dama Pica había quebrantado las cadenas de su hijo, enviándole, después de bendecirle, a cumplir su misión. Así fué como Francisco volvió a su morada de San Damián.

Pietro Bernardone, ulcerado el corazón, maldijo a su esposa y cegado por la rabia, salió en busca de su hijo, esperando todavía reducirle a obediencia y sanar su locura o en todo caso alejarle de Asís y sus inmediaciones. ¡Cuál no fué su asombro al ver a Francisco saliendo a su encuentro, sin revelar temor ni desconfianza! No obstante, quiso Pietro hacer alarde de autoridad; increpóle duramente y de las palabras pasó a los hechos, golpeándole sin compasión. Mas, la víctima no se sustraía a insultos ni a golpes; aceptábalos con entereza y mansedumbre. Bien valía la pena de sufrir toda suerte de injurias por amor a Cristo, que le había llamado a su seguimiento; no iba, pues, a vender su alma volviendo a los usos

mundanos. Viendo Pietro que nada lograba con porrazos y dicterios, vino a entrar en negociaciones, proponiendo a Francisco dejarle en libertad de obrar a su guisa, pero a condición de renunciar a la herencia y de restituir el dinero que había ganado en Foligno.

Francisco estaba conforme en ser despojado de los bienes paternos, pero en cuanto a restituir la cantidad reclamada, la cosa era difícil de solventar. Aquel dinero no era suyo por haberlo donado para la reparación de San Damián y alivio de los pobres.

Pietro Bernardone regresó a Asís revolviendo en su mente un proyecto extremo; exigiría a Francisco una devolución rigurosa hasta el último maravedí y no le reconocería ya más como hijo. Sin pérdida de tiempo fué a la casa comunal de Asís, situada en la gran plaza, y presentó a los cónsules un escrito reclamando la satisfacción de la deuda y solicitando la debida autorización para desheredar a su hijo. Los cónsules, sabedores de sus cuitas y deseando complacer a tan digno ciudadano, delegaron sin demora un heraldo a San Damián para que citase a Francisco a comparecencia ante el tribunal consular. Pero, el heraldo regresó diciendo que Francisco había rechazado el requerimiento, declarando que, en su calidad de persona consagrada a la vida religiosa, no estaba sujeto a las autoridades cívicas y sí sólo a la del obispo. No hallando, pues, apoyo en los cónsules, que no querían inmiscuirse en asuntos pertenecientes a la jurisdicción eclesiástica, acudió Pietro a la curia y depositó allí su querella.

Ahora bien, el obispo Guido no era precisamente un hombre pacífico y no titubeaba jamás en defender los derechos de la Iglesia contra las pretensiones de los seglares. Mas, en el caso presente obró con suma discreción. Al recibir Francisco el requerimiento episcopal contestó: «Me presentaré de buen grado ante el obispo mi Señor, porque es padre y dueño de las almas». Reunidos en juicio, el *obispo decidió que Francisco debía restituir el dinero* que había donado a San Damián, añadiendo con cierto aristocrático desdén: «Dios no quiere que su Iglesia sea socorrida con bienes que tal vez fueron adquiridos injustamente». Exhortó entonces a Francisco a mostrarse animoso y a poner en Dios su confianza, porque Él había de proveer a sus necesidades en recompensa de los servicios que estaba dispuesto a prestar a la Iglesia. Francisco, movido a gratitud, aceptó las palabras del obispo en garantía de que Dios cuidaría de él; adelantándose al pie del tribunal, entregó el dinero reclamado y declaró a su vez: «Señor, no solamente restituiré el dinero que a él pertenece, más también la ropa que llevo, que también es suya». Y despojándose de sus vestidos, los depositó ante el obispo. Vieron entonces los circunstantes que bajo las ricas estofas

llevaba Francisco un áspero cilicio. Desnudo volvióse al pueblo que se agolpaba en la sala y dijo alzando la voz: «Escuchad todos y dad por entendido que hasta ahora he llamado padre a Pietro Bernardone; mas, siendo ahora mi intención servir a Dios, le devuelvo su dinero, que tantos sinsabores le causaba, y todos los vestidos que de él recibí. Porque de hoy en adelante quiero decir: Padre nuestro, que estás en los cielos, y no: Padre mío, Pietro Bernardone».

Es de presumir que jamás se había pronunciado en aquel tribunal una renuncia semejante. Lloraba el obispo y con él todo el pueblo, no sólo de pura compasión, sino también admirando la simple sinceridad de aquel acto. Pietro, endurecido el corazón, recogió la ropa y el dinero y salió del tribunal. La gente al verle llevándose los vestidos de Francisco, no pudo reprimir su descontento; mas, como dice el cronista, «su padre estaba encendido en cólera y sentía un disgusto indecible». No regresaba triunfante a su casa; tenía, por el contrario, plena conciencia de que su esplendor se había eclipsado para siempre. Podía, es cierto, dejar a los hijos que le quedaban un negocio próspero y una situación honrosa en la ciudad; pero mayor había sido su ambición cuando Francisco parecía un príncipe entre la florida juventud de Asís, sin que ninguno de sus compañeros pudiese comparársele. Pietro, tras su acritud y dureza exteriores ocultaba en el fondo de su corazón el más punzante dolor, que nada podía calmar.

Entretanto, el obispo acogía a Francisco como a hijo recién nacido de la Iglesia. Habíale estrechado compasivo en sus brazos y abrigado con los pliegues de su manto, hasta que le llevaron un sayo de labrador de uno de la servidumbre del prelado. Francisco se lo puso, después de haber trazado en él una cruz con cal; despidióse luego del obispo y éste no pensó en detenerle, delicadeza que Francisco le hubo de agradecer sinceramente [1].

Fué aquel día en verdad día de bodas. Francisco por fin se desposaba con Dama Pobreza, después de tanto buscarla con fidelidad constante desde que oyera la voz de Espoleto. Tal vez le maravillaba —y es éste un sentimiento muy humano—, haberla tenido tan cercana a él durante aquel período, sin él saberlo; no comprendía todavía que su ceguera debíase precisamente a la solicitud de la misma Pobreza para con su amado. En efecto, es preciso, antes de entregarse totalmente a un ideal, conocer primeramente las gracias particulares y el valor de este ideal que se propone uno alcanzar,

---

[1] I Celano, 13-15; II Celano, 12; *Leg. 3 Soc.*, 16-20; *Leg. Maj.*, II, 2-4. La leyenda del *Anonymus Perusinus* dice que la desheredación de Francisco tuvo lugar el 16 de abril de 1207. Véase *Acta S. S.*, o octubre, II, pág. 572.

poner después a prueba las propias capacidades en presencia de cada una de aquellas gracias y entender por añadidura algo del sacrificio que exige el propio renunciamiento.

Francisco, sin saberlo, había rendido culto toda su vida a Dama Pobreza, aunque de una manera deficiente. Cuando andaba tras los trovadores y entonaba sus canciones con alegre abandono, tributaba un homenaje, aunque muy lejano, a aquel desprendimiento de los hombres y de las cosas, que hubo de ser más tarde uno de sus goces en su comercio con la Pobreza. Su prodigalidad en las pasadas fiestas cívicas tenía alguna afinidad con la largueza de la futura indigencia, que el mismo Francisco definía: «el acto de dar libremente» [1]. En sus relaciones con los pobres, cuando pasó a ser su amigo más que protector, pudo admirar el espíritu de compañerismo que los unía y la inmediata comprensión de las mutuas miserias; en todo lo cual reconoció las señales distintivas de su ideal. Estas manifestaciones diversas del espíritu de pobreza habíanle causado las más gratas y vívidas impresiones; mas no comprendió todo el valor y eminencia de la pobreza hasta el día en que fué desheredado y quedó libre de alma y cuerpo de los lazos de la riqueza y la ambición terrenas. Y en este estado de libertad de espíritu entendió que por fin se veían colmados los más profundos anhelos de su corazón. Dama Pobreza era la libertad, era la realización de todas sus aspiraciones, era, en fin, la morada segura de su alma. ¡Pobreza, sólo ella y nada fuera de ella! Ahora se comprenderá por qué la pobreza, que fué el amor ideal de Francisco, sólo puede llamarse «Dama Pobreza». Ella fué la que imprimió en su vida su eminente nobleza, el simple amor a Dios y a las criaturas, los sentimientos de generosidad y compasión, la noción del estrecho parentesco que une a todos los que reconocen a «nuestro Padre que está en los cielos»; cosas todas de poca monta para los que tienen sed de riquezas, honores y poderío [2].

A los ojos del mundo, Francisco era dueño de sí mismo; en realidad, era amante y esclavo de la dama de sus pensamientos, la Pobreza.

---

[1] Véase I Celano, 17.

[2] Acerca del significado de la pobreza franciscana, véase *The Lady Poverty*, traducción por Montgomery Carmichael del *Sacrum Commertium S. Francisci cum Domina Paupertate;* véase también *St. Francis and Poverty*, del autor de este libro.

## Capítulo IV

### FRANCISCO ES ARMADO CABALLERO DE LA CRUZ

Francisco regresó a San Damián, pero no se instaló allí definitivamente. Le precisaba alejarse por algún tiempo de Asís y de sus inmediaciones y estar solo con su alma. Sentíase como deslumbrado por la libertad lograda y la plenitud de vida que era su consecuencia. Quería darse cuenta cabal de su felicidad y acostumbrarse a su nueva libertad; poco a poco iría viendo mejor en qué había de parar todo aquello. Por de pronto, sólo sabía de cierto que era servidor de Cristo y reconocido como a tal por la Iglesia, y que Cristo le había llamado a una vida de bendita pobreza, desconocida del mundo, donde los hombres malbaratan la libertad de su alma por ganancias materiales y ambiciones terrenas. La pequeña iglesia de San Damián esperaba las reparaciones necesarias; esperábanle asimismo los leprosos, sus nuevos amigos. Pero iglesia y leprosos habían de esperar por algún tiempo.

Francisco emprendió su caminata hacia el norte, escalando los cerros que se hallan más allá del monte Subasio. Llegaba la primavera; animábanse con nueva vida campos y bosques, y la tierra toda, y el ambiente, conservando la pureza de las lluvias y nieves invernales, estaba saturado del aroma de la vegetación renaciente. En los picachos más elevados, en las anfractuosidades de las rocas y en las angostas gargantas, donde las sombras hacen mofa de los ardores del sol, la nieve no se había derretido todavía; pero en el llano y en las soleadas laderas de las colinas reinaba un calor suave y reconfortante. Inundado el corazón de puro gozo, caminaba Francisco, ora con paso rápido, ora más sosegadamente, para contemplar la naturaleza amiga, cuya renovación de vida, juventud y libertad concordaba con su propia alegría; un instintivo compañerismo le unía a las escarpadas montañas y a los profundos barrancos, a los bosques umbrosos y a las desnudas vertientes, y a las mismas rocas durísimas, que dejan no obstante florecer en sus intersticios la humilde hierba silvestre. Y proseguía su camino can-

tando, no en su idioma nativo, sino en la dulce parla musical de los trovadores provenzales.

Así llegó a las alturas que dominaban a la izquierda el río Chiagio, desde donde la ondulación de la montaña va descendiendo en dirección a Gubbio; era aquél un lugar solitario y peligroso para el viajero, por estar infestado de ladrones que reclamaban su peaje a los que transitaban entre las Marcas de Ancona y las ciudades de Umbría. De pronto, nuestro caminante vióse rodeado por una banda de aquellos merodeadores, que le preguntaron quién era: «¿Qué os importa? —díjoles Francisco—. Sabed, empero, que soy el heraldo del gran Rey». Con toda simplicidad revelaba así el pensamiento que le embargaba; mas ellos, burlándose de él sin compasión, arrancáronle la túnica de campesino que llevaba y lo arrojaron a un foso cubierto todavía de nieve. «¡Yace aquí, insensato heraldo!» —le dijeron—, Y abandonáronle [1].

Levantóse complacido: era ésta una aventura de su nueva empresa. Pero iba casi desnudo y necesitaba alguna ropa para cubrirse. Había a poca distancia un monasterio, al cual se encaminó para ofrecerse como criado, granjeándose así vestido y sustento. Los monjes le pusieron de servicio en la cocina; diéronle de comer, pero le negaron toda prenda de vestir. Obligado por la necesidad, pero sin resentimiento alguno, Francisco abandonó a los pocos días el monasterio [2]. Acordóse entonces de un antiguo amigo, residente en Gubbio, y resolvió irle a ver. Recibióle el amigo con el mayor afecto. No era cosa rara en aquella época que un seglar se entregase a la vida religiosa y de penitencia; y una persona alejada de los intereses y circunstancias familiares, podía apreciar mejor que un deudo o un vecino, la resolución heroica de un hombre que se consagraba a Dios. Sea como fuere, Francisco recibió de su amigo un traje semejante al que llevaban los peregrinos y ermitaños: una túnica con cinturón de cuero, zapatos y un bastón [3]. Así vestido, regresó a Asís.

---

[1] I Celano, 16; *Leg. Maj.*, II, 5. La tradición sitúa la escena de este incidente en Caprignone. Véase Lucarelli, *Memorie e Guida Storica di Gubbio*, página 583. *seq.*; P. Nicola Cavanna, *L'Umbria Francescana*, pág. 194 *seq.*

[2] Es imposible identificar el monasterio en cuestión por haber entonces algunos en las inmediaciones, como San Verecundo en Vallingegno y San Pietro en Vigneti; pero la tradición local quiere que sea Santa María della Rocca, cerca de Valfabbrica. Es de saber que más adelante, cuando se divulgó la fama de Francisco, el prior del monasterio se excusó por su falta de caridad (I Celano, 16).

[3] I Celano, 16; *Leg. Maj.*, II, 6. Según la tradición, el amigo era un tal Federico Spadalunga; dícese que sobre el emplazamiento de su casa se construyó más tarde una gran iglesia de San Francisco. Véase G. Mazzattinti, en *Miscell. Franc.*, vol. V, pág. 76 *seq.*

En San Damián recibióle el cura cordialmente, y con llana cortesía le rogó compartiese con él albergue y mesa [1]. Aceptó Francisco y se dispuso a poner en práctica los mandatos de la Voz. No entendía todavía el amplio significado de las palabras: «Ve y restaura mi Iglesia». Hasta mucho más adelante no había de comprender que era la Iglesia de las almas vivientes la que debía ayudar a restaurar con todo su esplendor y belleza. Por el momento tomaba al pie de la letra las palabras de la Voz. Cuando meditaba acerca de todo lo que le había acaecido después de recibir el mandato divino, aquellas largas semanas le parecían ahora transcurridas con la rapidez que tuviera un instante en la eternidad; porque en el proceso de formación de un alma median circunstancias que parecen relámpagos de eternidad, cuando después de años de andar a tientas, casi a oscuras, resplandece de pronto la luz que todo lo ilumina. No se explicaba ya el proyecto que formara de comprar con el dinero de su padre materiales para la reconstrucción de San Damián. La fortuna, con el género de vida sometido a su poderosa influencia, parecíale algo quimérico. En su ceguera había imaginado que su misión podía comenzar moneda en mano; no, su trabajo, su vida debían ser un homenaje constante a la noble Pobreza que se había dignado visitarle.

Fué, pues, rebosándole alegría el corazón, que se presentó de nuevo en Asís, esta vez como mendigo. Iba en busca de aceite para la lámpara que ardía delante del Crucifijo desde el día en que oyó la Voz. Al aproximarse, empero, a la casa donde pensaba hallar lo que buscaba, vió en la puerta un grupo de sus pasados amigos, que allí estaban divirtiéndose. Flaqueó al punto su ánimo y pareció abandonarle la dignidad de su nuevo estado. Retrocedió y se fué por otra calle. Pero su debilidad duró muy poco: avergonzado de su cobardía, desanduvo lo andado y se entró por el grupo de compañeros, excitándoles a mirar bien a un cobarde que había huído de ellos avergonzado. Acto seguido se atrevió a pedirles lo que necesitaba, hablándoles en provenzal. Volvióse después a San Damián con el aceite que tan caro le había costado, a la vez satisfecho y humillado de su conducta [2]. Después de este episodio viósele con frecuencia en la ciudad pidiendo piedras y mortero y todo lo necesario para la restauración de la iglesia. Recorría las calles de Asís, cantando en lengua de Provenza estas palabras: «¿Quién quiere darme piedras para la restauración de San Damián? El que dé una piedra tendrá una recompensa, el que dé dos piedras tendrá

---

[1] Véase *Leg. 3 Soc.*, 21.
[2] *Leg. 3 Soc.*, 24; II Celano, 13.

dos recompensas, el que dé tres piedras tendrá tres recompensas». Algunos le tomaban por loco y se burlaban de él; otros, más bondadosos, le daban lo que pedía; y Francisco regresaba a su iglesia encorvado bajo la pesada carga [1].

Ayudado por algunos campesinos complacientes, empezó las obras, sosteniéndole en la dura faena, para la que no había sido criado, la felicidad de su alma. A veces pasaban por allí personas de la ciudad o viajeros, que se detenían para saludar a los constructores. Francisco departía con ellos afablemente y, animado por sus sentimientos generosos, los excitaba a trabajar como él. «Venid a ayudarnos —les decía—, porque esta iglesia de San Damián será un día un convento de mujeres, cuya vida y fama se extenderán por el mundo entero, para dar gloria a nuestro Padre celestial» [2]. Por estas palabras se colige que Francisco en sus horas de meditación y en sus trabajos recibía ya del cielo instrucciones referentes a la labor más extensa a que estaba destinado. Mas sólo Dios sabía el porvenir; Francisco se consideraba dichoso con sus ocupaciones actuales.

Día tras día iba reparando las paredes de San Damián; no por eso olvidaba a sus amigos los leprosos, a quienes consagraba una buena parte de su tiempo, ya en la leprosería de Santa Magdalena, ya en el hospital de San Salvador, a cargo este último de la hermandad de los Crucíferos, los cuales ostentaban como insignia la Cruz. Iba en constante aumento el amor y la reverencia que por aquellos desgraciados sentía. A este propósito refiere San Buenaventura el siguiente caso: «Un enérgico y acentuado cáncer, rebelde a todo remedio, había invadido la boca y mejilla de un cierto caballero del condado de Espoleto. Éste, de regreso de una visita a los sepulcros de los gloriosos Apóstoles San Pedro y San Pablo, se encontró con el siervo de Dios; y con edificante y rara devoción quiso, para demostrar en cuan alta estima le tenía, besar las huellas que dejaban los pies de Francisco; lo cual observado por el santo, queriendo estorbarlo, estampó un beso sobre la boca del que humildemente se bajaba para besarle a él los pies. En un mismo instante fué llegar los puros labios de Francisco, del humilde servidor de leprosos, a tocar la boca del infortunado caballero y desaparecer del rostro de éste la horrible y asquerosa llaga; sin que podamos decir cuál de estas dos cosas es más asombrosa, si la humildad profunda de beso

---

1 *Leg. 3 Soc.*, 21; II Celano, 13; *Leg. Maj.*, II, 7.

2 *Leg. 3 Soc.*, 24; *Testamentum S. Clarae*, en *Seraph. Legisl. Textus Originales*, pág. 274.

tan amoroso, o la preclara virtud manifiesta de tan estupendo prodigio» [1].

Al terminar la jornada, Francisco sentíase extenuado. Criado con el mayor regalo, su fuerza física no resistía tan dura prueba, con todo y el amor y la dicha que le inundaban. El cura al verle en tal estado de postración y sintiendo por él viva inquietud, empezó a prepararle algunos platos mejor condimentados, con el buen deseo de reconfortar al joven neófito. Al principio aceptó Francisco con gratitud los requisitos que se le ofrecían; hasta que un día empezó a temer que tanta solicitud fuese un peligro para su vocación. Acrecentábase su temor al recordar cual había sido su natural inclinación hacia las cosas delicadas y los manjares apetitosos. Desprendido del lujo mundano, no iba ahora a ser esclavo de las modestas comodidades del hogar de aquel sacerdote, perdiendo así su alma la libertad y haciéndose reo de traición a la amada Pobreza. Y decíase: «No hallarás, Francisco, en todas partes hombres que atiendan a tus necesidades como este buen sacerdote. No es ésta la vida propia del que profesa la pobreza; mal te cuadra el irte acostumbrando a tal regalo, que acabará por hacerte echar de menos las cosas a las cuales habías renunciado para siempre y buscar otra vez la vida holgada. ¡Levántate, perezoso, y vé a pedir de puerta en puerta las migajas que caen de la mesa!»

Como si quisiese salvarse de un riesgo inminente, al siguiente día se fué a la ciudad, llevando un plato en la mano; y el vecindario, prestándose a su deseo, le dió los relieves de su comida. Mas, rebelóse su delicadeza natural al tratar de comer la poco apetitosa mezcla que colmaba el plato. Luchó consigo mismo por algún espacio; representóse la indigencia de Cristo, las privaciones de los pobres y también el pacto jurado. Por fin salió triunfante su fidelidad; comió aquella masa de toda clase de restos, y aún comió con apetito, porque fué sintiendo en tan singular banquete un inexplicable gozo espiritual. Era como una íntima comunión con las multitudes que deben a la buena voluntad del prójimo el sustento cotidiano, uniéndole también a los que generosamente le daban de comer, y al mismo Señor Jesucristo, que es soberano dueño de pobres y ricos. Veía extenderse sobre la gran familia humana, a la que también él pertenecía, el misterio consolador de la Divina Providencia, a cuyo cuidado se abandonó el día en que fué desheredado por su padre. En la buena voluntad de los hombres, sobre los cuales no tenía más derecho que el de su propia necesidad, descubría el símbolo y en cierto sentido el cumplimiento de la solicitud de Aquél

[1] *Leg. Maj.* II, 6; véase I Celano, 17.

que hace llover abundosamente sobre justos y pecadores. Y consideraba que, así como se había puesto en manos de la Bondad divina, así debía también entregarse a la buena voluntad y sentimientos caritativos del prójimo y de toda la creación. No era para él cosa nueva desempeñar el papel de generoso dispensador de beneficios; era costumbre de toda su vida, que continuaba practicando según sus medios. Era un timbre de nobleza y una deuda de honor contraída por todos los hijos de Dios [1]. Mas, al ponerse bajo la entera dependencia de la buena voluntad de los hombres, descubría un sentido todavía más íntimo de la paternidad de Dios y estrechábase a su entender el lazo que hace del mundo entero una sola familia. Por esta razón en lo sucesivo, cuanto más estricto era el estado de dependencia y servidumbre de un pobre, tanto mayor era también el respeto que Francisco le profesaba, porque en su condición misma estaba el secreto de aquel amor que confiere al hombre la plena libertad de que gozan los hijos de Dios y convierte la tierra en un solo hogar doméstico. De igual manera llegó a reverenciar todos los seres débiles y desamparados de este mundo.

Sería sin duda algo difícil construir un sistema de economía social basado en este culto al pobre, tal como lo entendía y practicaba Francisco; porque precisara contar con el apoyo de la fe, con las más preciadas prendas del corazón y con el más ardiente idealismo, para que semejante culto tuviese la debida ponderación y eficacia. Debe recordarse además que la voluntad de Francisco en recibir de los demás iba unida indisolublemente a su diligencia en dar, cualidades ambas que no se ven siempre hermanadas en un solo individuo. Mas, el mismo Francisco nos hubiera dicho que el que acepta con espíritu fraternal los dones del prójimo, no tiene derecho a amurallar su propiedad, sino que debe servir a los demás para tener derecho a aceptar el donativo que se le hace. El que pide limosna ha de estar dispuesto a dar algo; de otra suerte la limosna recibida es un fraude que se comete con el dador, una especie de rapiña y un insulto a la Providencia que inspiró a un alma generosa. Francisco fué siempre severísimo con el holgazán que vive cómodamente a costa del prójimo. Por esto, cuando años después acudían a él los discípulos, encarecíales ante todo la excelencia del trabajo y la obligación moral de ser útil al prójimo. Así obró él cuando mendigaba por las calles de Asís, después de haber trabajado en la reconstrucción de San Damián o prodigado sus cuidados a los leprosos, con la diferencia que él nada pedía a cambio de sus servicios y confiaba en la buena voluntad del prójimo y en la pro-

[1] Véase I Celano, 17.

videncia de Dios [1]. Verdad es que, sin apartarse de esta línea de conducta bien podía aceptar los platos que el cura de San Damián caritativamente le ofrecía. Pero Francisco tenía verdadera hambre de pobreza la más absoluta y velaba por la libertad de su alma; y en gran manera temía que el sencillo bienestar de la casa del cura le volviese más remiso en la conquista de bienes espirituales y le hiciese perder su nueva libertad. Resolvió, pues, heróicamente ejercer la baja profesión de mendigo callejero. ¿Hubiera llegado de otro modo a ser el Francisco que todos amamos?

Desde aquel día, pidiendo el pan de puerta en puerta, fué una figura popular en las calles de Asís. En su ruta cotidiana también recogía malos tratos y humillaciones; pero la hostilidad de su padre era lo que mayor pena le causaba. Pietro no podía encontrar a su hijo en la calle que no le maldijese; la profesión de mendigo de Francisco era la afrenta más cruel infligida a la orgullosa casa de los Bernardone. La situación de Pietro era insoportable; conculcábanse abiertamente todas las reglas de la dignidad social, todos los prejuicios de su clase; y el que cometía tal crimen era su propio hijo, a quien podía desheredar y negar, pero que el pueblo reconocería siempre por hijo de Pietro Bernardone. Ni su memoria ni su corazón quedaron engañados con el acto estridente de desheredación; como dice el docto cronista antiguo, «es por haber amado mucho a su hijo que se avergonzaba ahora de él y sufría lo indecible por su causa» [2].

Un día Francisco, estremeciéndose bajo la maldición que Pietro profiriera al verle, buscó la compañía de un pobre. «Ven y acompáñame —le dijo—, que yo te daré una parte de las limosnas que reciba. Y cuando oigas que mi padre me maldice, yo te diré: Bendíceme, padre; y tú harás sobre mí la señal de la cruz en lugar de mi padre.» Cuando padre e hijo se hallaron otra vez frente a frente y Pietro hubo pronunciado su acostumbrada maldición, el pobre, según habían convenido, hizo la señal de la cruz sobre Francisco. Dirigiéndose entonces éste a su padre: «¿No ves —le dijo—, que Dios puede enviarme un padre que me bendiga, a pesar de tus maldiciones?» Otros de la familia no tomaban la cosa tan a pecho. Como en cruda mañana de invierno un hermano de Francisco, acompañado de un amigo, le viese vestido apenas y tiritando de frío, en tono de chanza dijo a su camarada: «Pídele a Francisco que nos venda

---

[1] Véase *Saint Francis and Poverty*, por el autor de este libro; y también *Francisco de Asís, Reformador social*, por fray León Dubois.

[2] *Leg. 3 Soc.*, 23.

una gota de su sudor». Rióse Francisco y respondió en francés: «No, que lo vendo mucho más caro a mi Señor» [1].

Así pasaban los días y Francisco aprendía gradualmente las lecciones del llamamiento divino. Desvanecíanse las últimas ilusiones de su educación primera ante las duras realidades de aquellos días de molestias físicas y humillaciones y adquiría la experiencia que es familiar a los pobres y desheredados. Desquitábase empero en sus largas horas de intimidad con el Divino Maestro; iluminábanse entonces sus pruebas con celestial aureola. En los dolores, privaciones y contradicciones del mundo descubría las huellas del Redentor; y endulzábase así su nueva vida, porque en todas partes se le hacía patente la presencia del Señor, y la tierra, con su mezcla de dolor y de belleza, de bien y de mal, venía a ser para él un verdadero lugar de crucifixión. Esta transfiguración de la tierra era su pasmo y su alegría en aquellos días de prueba y, como él mismo confesó después, era precioso don en Dama Pobreza [2].

Terminada por fin la reconstrucción de San Damián, ocupóse Francisco en levantar las ruinas de otra capilla dedicada a San Pedro, situada a alguna distancia de Asís, cuyo emplazamiento exacto no nos es conocido [3]. Reconstruído San Pedro, llególe el turno a otra capillita apartada del camino trillado, que también necesitaba reparación y por la cual sentía Francisco particular afecto por ser dedicada a la Santísima Virgen Madre de Dios. Contábase de la tal capilla que recibía frecuentes visitas de los ángeles. Era conocida por el nombre de Santa María de la Porciúncula, es decir, de la pequeña parte o porcioncilla. No se sabe de cierto por qué era llamada así [4], aunque posteriormente se formó la siguiente leyenda, que tal vez tuvo su origen en una tradición local.

En los tiempos de San Cirilo, obispo de Jerusalén, cuatro peregrinos salieron de Palestina para ir a visitar el sepulcro de los santos Apóstoles en Roma. Aconsejados por el papa, buscaron en Umbría un lugar solitario para consagrarse allí en paz al servicio de

---

[1] *Leg. 3 Soc.*, 23; II Celano, 12.

[2] Véase *Fioretti*, cap. XII.

[3] I Celano, 21; *Leg Maj.*, II, 7. Celano dice que esta iglesia estaba cerca de la ciudad; pero, según San Buenaventura, estaba más allá de San Damián.

[4] El origen del título «*de Portiuncula*» ha sido objeto de discusión. Se deriva según unos de la angostura del terreno cedido a los benedictinos cuando éstos construyeron la capilla; según otros, fué tomado de otra capilla que existía en las inmediaciones de Subiaco. Véase P. Edouard d'Alençon, *Des Origines de l'Église de la Portiuncula*. La primera mención conocida del nombre de *Porziuncola* se halla en un documento legal de 1045, descubierto por Frondini en los archivos de la catedral de Asís. Véase P. Edouard d'Alençon, *L'Abbaye de Saint-Benoit au Mont Soubase*, pág. 18, núm. 1.

Dios y se establecieron en un bosque cerca de Asís, donde edificaron una capilla y dispusieron cuatro chozas. En memoria del país de donde procedían dedicaron la capilla a Nuestra Señora de Josafat. Fueron varones santos y fué santo el lugar que escogieron; porque oíanse allí a menudo las voces de los ángeles alabando a Dios. Transcurrido algún tiempo, avivóse el recuerdo de su país natal y regresaron a Palestina, después de haber enterrado bajo el altar de la capilla una reliquia de la Virgen. Los ángeles no abandonaron aquel santuario predilecto; continuaron visitándolo, cantando allí sus alabanzas a Dios. De tarde en tarde algún ermitaño hacía una corta estancia en aquel paraje; pero casi siempre la capilla permanecía desierta. Cuando San Benito, padre de los monjes, pasó por Umbría, dió con ella y descubriendo su santidad, la hizo restaurar. Pidió entonces una pequeña porción de tierra a su alrededor y construyó unas celdas. Fué con motivo de esta donación que cambió su nombre, llamándola de la Porciúncula. Y envió allí algunos monjes del gran monasterio de Monte Casino. Muchos años después los monjes edificaron un monasterio en el Monte Subasio y abandonaron la capilla del llano [1].

No discutiremos la verdad de esta historia; el hecho es que la capilla databa de muy antiguo. Estaba, como se ha dicho, situada en el llano, a dos millas de la ciudad, mediando entre una y otra un espeso bosque. Era fácil perderse por los umbrosos senderos que partían de la Vía Francesa, carretera que bordea las murallas. Es muy posible que una capilla tan solitaria y a la vez poco distante de Asís, fuese uno de los retiros preferidos de Francisco, cuando empezó a separarse del mundo; mas, al emprender las reparacio-

---

[1] Véase P. Edouard d'Alençon, *Des Origines de l'Église de la Portiuncula*. La leyenda consta por vez primera en el *Paradisus Seraphicus*, escrito por el P. Salvator Vitalis y publicado en Milán en 1645, obra de ningún valor crítico. No hay en Asís recuerdo histórico alguno de la supuesta visita de San Benito ni de los ermitaños que se dice residieron allí. Con todo, la capilla era ya muy antigua en tiempo de San Francisco. Celano dice que era «construída de antiguo», *antiquitus constructa* (I Celano, 21), y San Buenaventura escribe que «una tradición, universalmente admitida entre el pueblo, hacía derivar su antiguo nombre de Santa María de los Ángeles de muchas y singulares apariciones angélicas, cuyas músicas y fiestas oían las gentes». (*Leg. Maj.*, II, 8; véase II Celano, 19). Pertenecía ciertamente a los monjes de monte Subasio. Es posible que en torno a estos hechos los campesinos del país hayan tejido la leyenda antes de ir ésta a pasar al libro de Vitalis. Es verosímil que por razón del apartamento de aquel lugar, lo habitasen de vez en cuando ermitaños, antes de los tiempos de San Francisco. Hace ya tiempo que el bosque cedió el terreno a los olivares y viñedos, pero aún queda un recuerdo de lo que fué, saliendo por la Porta di Mojano, camino de la iglesia de San Damián.

nes necesarias, creció el atractivo que por ella sentía. Aquella soledad nemorosa, con su pequeño santuario, llegó a ser como su casa y en cierto modo un símbolo de Dama Pobreza. A poca distancia, a menos de media hora de paseo, había la leprosería y no mucho más lejos la ciudad. Este doble vecindario agradaba a Francisco, que podía desempeñar mejor sus obras de caridad con los leprosos y pedir limosna a sus conciudadanos; mientras que en el bosque, con todo y estar cerca de unos y otros, hallaba lo que le causaba indecible ventura: la compañía de la naturaleza no estropeada por la industria del hombre. Escuchaba deleitado la música suave de la brisa que acariciaba el follaje y el melodioso cantar de los pájaros. Amaba los animales todos de la tierra y del aire, y gustaba de observar el vuelo de las aves y los movimientos furtivos de los animales ocultos en la espesura. Hallaba asimismo motivo de contemplación en el juego de luces y sombras, en el crecimiento y desarrollo de las plantas, desde el humilde tallo de hierba hasta el ñudoso y copudo árbol. En tan diversas manifestaciones de la vida de la creación descubría la mano del Criador; y aumentaban los ardores de su corazón y sus sentimientos de reverencia. También las maravillas de la creación formaban parte a su entender de los dominios de Dama Pobreza, juntamente con los pobres y los desgraciados; porque aquellas maravillas no conocían el artificio de los hombres y en su simplicidad misma daban más elocuente testimonio de la Divina Providencia. La capilla en medio del bosque era una prueba más de cuán cerca está el cielo de las cosas más humildes de la tierra. No tenía por cosa extraña que las voces de los ángeles se mezclasen a los rumores del bosque para alabar al Criador; y era para él singular blasón nobiliario de la ideal Pobreza el hecho de que la Madre de Dios se hubiese dignado inspirar a los hombres que le dedicasen aquel lugar, cubriendo de este modo a Dama Pobreza con el manto de su propia gloria[1].

Así, en las tranquilas horas consagradas al trabajo y a la oración aprendía Francisco el valor inapreciable del género de vida que había abrazado. A principios del año 1209 terminóse la restauración de la Porciúncula, celebrándose allí misa, alguna que otra vez. Y Francisco volvió a esperar las órdenes del Señor. Vacilaba aquella seguridad interna que le había impulsado a reparar tres

[1] Véase en la *Salutatio Virtutum (Opuscula S. P. Franc.*, edición Quaracchi, páginas 20-31) el elogio de la pobreza y las virtudes humanas, que San Francisco asociaba siempre especialmente a la virtud de la pobreza. Esta salutación se halla en diferentes manuscritos como alabanza a la Virgen María (véase P. Paschal Robinson, *The Writings of St. Francis*, pág. 20, núm. 6; Boemher, *Analekten*, páginas VI y XXVIII).

iglesias abandonadas, como si en tales obras estribase el cumplimiento de su vocación; presentía, empero, que llegaba la hora propicia en que se dejaría oír de nuevo la voz del que era su guía.

Vino la revelación, pero como suele acontecer, por muy esperada que fuese, surgió inesperadamente. Fué hacia el fin del invierno, al amanecer el día 24 de febrero, festividad del Apóstol San Matías; aquellos momentos en que luchan todavía con la creciente claridad las últimas sombras de la noche, no hubo de olvidarlos más el alma de Francisco, por haber coincidido con la revelación de las misteriosas noticias concernientes a su nueva vida. Celebrábase misa en la capilla de la Porciúncula y Francisco la ayudaba. El Evangelio del día era éste: «Id y predicad, diciendo: Que se acerca el reino de los cielos... No llevéis oro, ni plata, ni dinero alguno en vuestros bolsillos; ni alforja para el viaje, ni más de una túnica y un calzado, ni tampoco palo; porque el que trabaja merece que le sustenten. En cualquiera ciudad o aldea en que entrareis informaos quién hay en ella que sea digno de alojaros; y permaneced en su casa hasta vuestra partida. Al entrar en la casa, la salutación ha de ser: La paz sea en esta casa... Mirad que yo os envío como ovejas en medio de lobos. Por tanto, habéis de ser prudentes como serpientes y sencillos como palomas. Y por mi causa seréis condenados ante los gobernadores y los reyes, para dar testimonio de mí a ellos y a las naciones. Si bien cuando os hicieren comparecer, no os dé cuidado el cómo o lo que habéis de hablar; porque os será dado en aquella misma hora lo que hayáis de decir» [1].

Según su costumbre, Francisco escuchaba atentamente la lectura del Evangelio, que reverenciaba como libro de la vida. Esta vez el sagrado texto desgarró, por decirlo así, el último velo: ya conocía la verdad tan esperada. Con todo, temiendo no haber comprendido bien, terminada la misa rogó al celebrante que le volviese a leer aquel texto, explicándole su significado. Así lo hizo el sacerdote y al punto exclamó Francisco, sin más titubear: «He aquí lo que yo buscaba; he aquí lo que anhelaba mi corazón». Desva-

---

[1] Matth., X, 7-9. Este es el Evangelio de la fiesta de San Matías en los misales antiguos; de donde concluyen los Bolandistas que fué este día el del último llamamiento de San Francisco (véase *Acta S. S.*, 4 octubre, II, pág. 574; Boehmer, *Analekten*, pág. 124; P. Sabatier, *Vie de S. François*, pág. 78). Spader en el *Lumi Seraphici* sitúa este suceso en la fiesta de San Lucas, día 12 de octubre de 1208, y comparte su opinión el P. Gratien en *Études Franciscaines*, tomo XVIII, núm. 106, octubre, 1907, pág. 388.

Celano dice que la restauración de la Porciúncula tuvo lugar el tercer año de la conversión de Francisco (I Celano, 21). Lo mismo dice Bernardo de Besse (*Lib. de Laudibus*, en *Anal. Franc.*, III, pág. 687) y Jordán de Jano (*Chron. Jordani*, en *Anal. Franc.*, I, pág. 2).

necida toda duda, quiere someterse sin demora a las órdenes del Señor. Con la natural espontaneidad que le distingue, quítase el calzado, arroja el bastón y se desnuda de su segundo vestido; y por parecerse a su Maestro crucificado, córtase un hábito en forma de cruz y, en vez de una tira de cuero, se ciñe a la cintura una cuerda [1]. Así es armado Francisco caballero de Cristo.

Desde aquel momento sus sueños de aventuras caballerescas pasan a vías de realización, a condición de no romper su fidelidad y con la ayuda de la gracia de Dios. Cree firmemente que no puede existir orden de caballería más noble que la suya, bajo la enseña de Cristo y siendo la Pobreza dama de sus pensamientos. Recorrerá el mundo en busca de almas que necesiten ser socorridas; los poderes del mal, que siembran enemistades entre Dios y los hombres, y entre hombre y hombre, serán los malandrines contra los cuales combatirá. En todo lugar proclamará el reino de Cristo y de su paz; y en su amor a la Pobreza hallará fuerza y valor para servir dignamente a Nuestro Señor Jesucristo.

Acepta, pues, la carga de su vida. Ilumina sus pasos el rayo de sol que alumbró sus sueños juveniles; arde en su corazón inmenso amor. Con el tiempo se mezclarán a las aventuras algunas desilusiones, a las alegrías tristezas; pero, al ponerse en camino con gozo y resolución, no pretende escudriñar el misterio del porvenir. Bástale la obediencia del presente día.

---

[1] I Celano, 22; *Leg. 3 Soc.*, 25; *Leg Maj.*, III, 1.

## Capítulo V

## LOS PRINCIPIOS DE UNA NUEVA FRATERNIDAD

Algunos días después de aquella memorable lectura del Evangelio, saliendo Francisco por uno de los senderos del bosque, llegóse hasta la ciudad. La inspiración divina le inflamaba y aguijoneaba. A los que encontraba a su paso ocupados en sus quehaceres cotidianos, saludaba afectuosamente con estas palabras: «Hermanos, el Señor os dé su paz». Aquellas gentes apenas le reconocían tan extrañamente vestido, con su cinturón de cuerda y los pies descalzos; mas la expresión de su rostro, como si contemplase más allá de la tierra el cielo [1], desarmaba la burla e imponía el respeto. íbanse acostumbrando todos a su modo de proceder, viendo su sinceridad y firmeza. Acaso alguna vez reíanse a su costa o le echaban pullas; mas eran contados los que podían sustraerse a su atractivo personal y al donaire de sus respuestas; por otra parte, no se podía menos de apreciar su diligencia en restaurar iglesias y su abnegación para con los leprosos. En la Edad Media con igual facilidad se alababa como se denigraba a un hombre, según fuesen sus obras y su conducta; pero el valor y la audacia en cualquier forma que se manifestasen, eran siempre objeto de admiración. Al abogar fervorosamente por la paz entre los hombres y excitar al amor a Dios, había en él algo que sobresaltaba a los que le escuchaban e infundíales temor [2].

No era la primera vez que recibía Asís el mismo mensaje de paz; habíanlo proclamado los devotos trashumantes, los predicadores del duomo y los legados del papa, estos últimos cuando pretendían apaciguar sus discordias intestinas. Siempre la invitación a la paz pareció una cosa tan justa como irrealizable. ¿No hubiera por ventura desmerecido entre sus conciudadanos el individuo que,

---

[1] «*Totus alter videbatur quam fuerat; et coelum intuens dedignabatur respicere terram.*» (I Celano, 23.)

[2] *Leg. 3 Soc.*, 25; *Leg. Maj.* III, 2.

manifestándose de condición pacífica, se negara a tomar parte en las discordias de su bando o de su familia? Un hombre así, forzosamente había de parar en monje. Y, no obstante, las palabras santas de Francisco producían en sus oyentes profunda impresión, despertando en ellos la conciencia de su propia culpabilidad cual nunca la sintieran. No estaban del todo convencidos; pero cuando el nuevo apóstol se apartaba de ellos para seguir su camino, quedábanse silenciosos y cortados, y al reanudar sus tareas no olvidaban fácilmente la lección recibida. Después de este primer día de misión, Francisco visitó con frecuencia la ciudad con el mismo objeto. No predicaba sermones propiamente dichos; sencillamente acercábase a las personas que encontraba y saludábalas con palabras de paz, extendiéndose fervorosamente sobre esta materia. La gente acabó por desear su visita para poder escuchar sus exhortaciones; la aparición del hijo de Pietro Bernardone, convertido en predicador del Evangelio, era gran motivo de curiosidad y debe añadirse que muy probablemente los habitantes de Asís sintieron cierto orgullo de que su ciudad no fuese menos que muchas otras que se envanecían con la presencia en su seno de un predicador seglar que sabía conmover a las gentes, sin perjuicio de que en torno suyo se formasen diferentes bandos y aún se viese amenazada su vida según fuese su predicación.

Francisco era muy diferente de semejantes evangelizadores. No atacaba a los magistrados, ni al clero; no descargaba sus iras sobre los pecadores, ni se decía asqueado por las flaquezas humanas. Hablaba como inspirado únicamente por una visión de belleza; afirmaba los derechos de esa belleza ideal sobre las vidas de los hombres y lamentábase de la gran ceguera de éstos. Era semejante a aquel que, habiendo descubierto un tesoro, quiere hacer participantes del mismo a los demás hombres. Portador del mensaje de paz, traslucíase de tal modo la felicidad en toda su persona, que también en esto se diferenciaba notablemente de casi todos los otros reformadores. Al cambiar de hábito parecía haberse revestido de aquella fuerza moral, difícilmente definible, que convierte a un hombre en guiador de hombres, privilegio exclusivo de los que no solamente tienen fe, sino que se sienten invenciblemente impelidos por ella a propagarla. En esos tales la fe, por su calidad, no requiere un acto específico de la voluntad; ni les es necesario un esfuerzo deliberado para atraerse discípulos. Puede decirse que se ven convertidos en jefes o directores sin haberlo deseado expresamente.

A media primavera Francisco no era ya el solitario de la Porciúncula; reuníanse en su retiro sus primeros discípulos o, como

hubiera dicho él, sus primeros hermanos en la orden de caballería de la Pobreza. Eran éstos: Bernardo de Quintavalle, Pedro Catanio y Gil o Egidio [1], tres hombres de corazón, como lo probó después su historia.

Bernardo de Quintavalle fué el primero que buscó a Francisco y moró con él [2]. A semejanza suya era mercader [3] y como él, de los más favorecidos por la fortuna, pero de muy diferente carácter. Era de natural compuesto y reflexivo; pesaba el valor de las cosas y no se dejaba arrastrar fácilmente por el entusiasmo. Discernía con rara prontitud lo real de lo aparente, pero suspendía su juicio hasta ver confirmada su opinión instintiva. Era cauto, pero leal; generoso, pero reservado. Durante algún tiempo observó el proceder de Francisco, queriendo conocer la verdad de su conducta y de su firmeza. Admiró su sencillez y pobreza, su industria y diligencia en restaurar las iglesias abandonadas; y a la postre, a pesar de su cautela, sintióse inclinado a seguirle. Profundamente religioso, quería salvar su alma, convencido ya de que el mundo no es más que vanidad. Temiendo, empero, comprometerse a los ojos de sus

---

[1] Celano, *Leg. 3 Soc.* y *Leg. Maj.* dan el nombre de pila de Bernardo; pero el primero que le llama Bernardo de Quintavalle es Bernardo de Besse en su *Liber de laudibus*, ed. Hilarinus a Lucerna, pág. 5. Véase *Chron. XXIV Gen.*, en *Anal. Franc.*, III, pág. 667, *Actus S. Franc.*, I, 10-44. Nombran a Pedro los *3 Soc.* e indudablemente se hace referencia a él en I Celano, 25: «*Statim autem vir alter... qui valde in conversatione laudabilis exstitit et quod sancte coepit sanctius post modicum consummavit*». Dúdase si este Pedro es el Pedro Catanio que fué después Vicario General y murió en 1221; pero, parece probable la conjetura por la descripción de Celano y su referencia a la muerte de Pedro. Pedro Catanio, según la *Chron. Jordani (Anal. Franc.*, I, pág. 4), era doctor en leyes y muy respetado por San Francisco. Bartolomé de Pisa dice que era canónigo de la catedral *(De Conformit.*, en *Anal. Franc.*, IV, pág. 472). Las palabras: «*Valde in conversatione laudabilis*», significan algo más que la rectitud de carácter en boca de Celano, que demuestra siempre un gran respeto por el saber. Si se objeta que no pueden aplicarse las palabras «*Post modicum*» a la muerte de Pedro, en el caso de tratarse de aquel Pedro que murió en 1221, debemos recordar el empleo que hace Celano de expresiones de este género, verbigracia cuando habla de la impresión de las llagas como habiendo acaecido «poco después» *(paulo post)* de haber oído Francisco la Voz del Crucifijo en San Damián (véase II Celano, I, 11).

[2] Así lo dicen la *Leg. 3 Soc.*, 27, y la *Leg. Maj.*, III, 3. Pero, en I Celano, 24, se hace mención de otro, sin decir su nombre, el cual fué el primero que se juntó a Francisco antes de los tres mencionados en el texto. ¿Quién fué ese innominado. Y ¿por qué no hace referencia a él ninguna de las demás leyendas? Dejó una buena reputación, porque Celano lo cita con elogio: «*pium ac simplicem spiritum gerens*». ¿Refiérese Celano al mendigo que Francisco tomó por compañero para que le bendijese cuando le maldecía su padre; o fué alguno que estuvo con él durante algún tiempo y le dejó después? Es imposible precisarlo.

[3] Celano lo da a entender con la frase «*ad mercandum regnum coelorum*» (I. Celano, 24). El cronista amaba el lenguaje conceptuoso.

conciudadanos, empezó por visitar a Francisco secretamente; mas no tardó en ofrecerle la hospitalidad de su propia morada. Francisco se complacía en su compañía e iba con frecuencia a pasar con él la noche [1]. En parte por reverencia a su huésped, en parte para observarle mejor, Bernardo le había dispuesto un lecho en su habitación; al ser hora de retirarse a descansar, fingía dormir, pero en realidad permanecía despierto con sus pensamientos. Así fué cómo penetró algo del secreto de Francisco. Porque éste, después de un breve sueño, se levantaba con sigilo y se entregaba a la oración; a intervalos, descargando el peso de su alma, pronunciaba a media voz alabanzas de Dios y de la Virgen Santísima. Y Bernardo, que le escuchaba, decía para sí: «Verdaderamente, este hombre viene de Dios». Por fin, una tarde Bernardo preguntó a su amigo: «¿Qué debe hacer un hombre para provecho suyo si, después de haber retenido durante muchos años los bienes de su señor, entra en deseos de desprenderse de ellos?». Respondió Francisco que era preciso restituirlo todo a su dueño. «Si así es —prosiguió Bernardo—, por el amor de Dios y de mi Señor Jesucristo deseo disponer de todos los bienes temporales que el Señor me ha dado, de la manera que mejor te parezca.» Díjole entonces Francisco: «Mañana iremos temprano a la iglesia y sabremos por el libro de los Evangelios lo que en este punto el Señor enseñaba a sus discípulos».

Por aquel mismo tiempo, Pedro Catanio, que había estudiado en las escuelas de Bolonia y era doctor en leyes, escuchó también el llamamiento del Espíritu, y habiendo solicitado como Bernardo el consejo de Francisco, púsose en cierto modo bajo su tutela, cual discípulo que se somete a su maestro. Y Francisco tuvo gran alegría de que un hombre letrado se sintiese de tal manera atraído por la simplicidad y pobreza evangélicas, y siendo él de escasa instrucción, tuvo gran reverencia por uno que era docto a la par en letras y en el temor de Dios.

Al amanecer, pues, Francisco y Bernardo salieron y fueron en busca de Pedro, para ir los tres a la iglesia de San Nicolás, en la gran plaza [2]. El libro de los Evangelios estaba sobre el altar, a fin de que cuantos quisieren pudiesen consultarlo. Mas ni Francisco ni Bernardo eran sabios, y Pedro, a pesar de sus conocimientos de jurisprudencia, no entendía nada en la interpretación de las Escri-

---

[1] La casa de Bernardo de Quintavalle puede verse todavía en la Via Sbaraglini cerca del palacio episcopal.

[2] Es ahora la *caserna* de la gendarmería; pero la mesa del altar, retirada de allí mucho tiempo ha, se conserva en la catedral, empotrada en el altar de una capilla lateral a la derecha del coro.

turas; no sabiendo cómo habían de componérselas para hallar en el libro la enseñanza adecuada a sus necesidades, arrodillóse Francisco ante el altar y suplicó a Dios se dignase mostrarles su voluntad con sólo abrir el libro. Abriéndolo, pues, al azar, cayó su vista sobre este pasaje del Evangelio según San Mateo: «Si quieres ser perfecto, anda y vende cuanto tienes, y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo: ven después y sígueme». Por segunda vez abrió el libro y vió este texto de San Lucas: «No llevéis nada para el viaje, ni palo, ni alforjas, ni pan, ni dinero, ni mudas de ropa.» Abriendo, en fin, el libro por tercera vez, halló de nuevo el Evangelio de San Mateo y leyó estas palabras: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y cargue con su cruz, y sígame» [1]. Francisco, volviéndose gozoso a sus compañeros, exclamó: «Hermanos míos, he aquí nuestra vida y nuestra regla, para nosotros y para los que se unirán a nosotros. Id y cumplid el mandato que acabáis de oír». Fuéronse, pues, los dos neófitos, Bernardo para vender sus bienes, que eran muchos; Pedro para disponer asimismo de su más modesta fortuna [2].

A los pocos días, el 16 de abril, reuníase un gran concurso de pobres en la Piazza San Giorgio [3]. Bernardo, que había vendido cuanto le pertenecía, distribuía entre ellos el dinero recibido en precio; y Francisco presenciaba este acto de caridad, cantando en alta voz alabanzas a Dios. Numerosos ciudadanos de Asís presenciaban tan singular espectáculo, manifestando su sorpresa ante tamaña prodigalidad. Entre la multitud hallábase un sacerdote llamado Silvestre, que era uno de los que habían dado piedras a Francisco para la restauración de las iglesias. Al ver la suma que se gastaba en limosnas, llegándose hasta Francisco, le interpeló de esta suerte: «Hermano, no me pagaste bien aquellas piedras; es justo que me des una parte de este dinero». «En seguida se te dará lo debido, señor sacerdote», respondió Francisco, sonriendo. Y to-

---

[1] Matth., XIX, 21; Luc., IX, 3; Matth, XVI, 24.

[2] *Leg. 3 Soc.*, 27-29; I Celano, 24-25; II Celano, 15; *Leg. Maj.*, III, 3. Ni Celano ni San Buenaventura asocian Pedro a Bernardo en este episodio. I Celano dice que Pedro vino *inmediatamente* después de Bernardo: *Statim autem*, etc. La relación de los *3 Soc.*, no obstante, es probablemente auténtica; y debe notarse que al paso que I Celano sólo menciona que el libro se abrió una vez, II Celano especifica las tres veces, como en los *3 Soc.* Probablemente Bernardo fué el primero que se aproximó a Francisco con el pensamiento de seguirle; los mismos *3 Soc.* dan a Bernardo el primer lugar entre sus compañeros.

[3] *Vita B. Fratris Ægidii* [ed. Lemmens], 1, en *Documenta Antiqua*, I (Quaracchi), pág. 38. Es ahora la Piazza Santa Chiara, por haberse construído la iglesia de Santa Chiara en parte sobre el emplazamiento de la iglesia de San Giorgio.

mando del manto de Bernardo dos puñados de monedas, dióselas al sacerdote, y dos puñados más todavía. «¿Estás contento con esto?», preguntóle; y Silvestre, contestando entre dientes que se consideraba suficientemente pagado, retiróse a su casa [1].

Aquel mismo día, y muchos otros consecutivos, tanto en las calles y plazas como en los hogares de Asís, menudearon los comentarios y discusiones acerca de cómo se había derrochado la fortuna de un ciudadano tan notable como lo fué Bernardo de Quintavalle [2].

Francisco, juntamente con Bernardo y Pedro, habíase retirado a la soledad de la Porciúncula [3] y era feliz, porque el Señor le había concedido fieles amigos y compañeros.

Ocho días después presentóse Gil. También él era natural de Asís, pero de humilde cuna y escasos haberes; su padre era un modesto labrador o aparcero. Mas su falta de bienes de fortuna suplíanla su buena crianza y su nobleza de carácter. Gustábale vivir absorto en sus propios pensamientos y penetrar en las profundidades del mundo espiritual; tenía por añadidura claro discernimiento y agudo ingenio. Años después, cuando su fama se había extendido, las personas doctas acudían a él para recoger de sus labios alguna palabra de alta sabiduría; y más de uno de aquellos hombres que habían aguzado el raciocinio en los bancos de las escuelas, no sabía qué armas oponer a su ironía y a su sentido común inexpugnable. El mismo gran Buenaventura le reverenció como maestro en la ciencia del alma [4].

Su modo de entrar en relación con Francisco revela la simplicidad despierta de su carácter. Mientras Bernardo distribuía su fortuna en la Piazza San Giorgio, Gil muy probablemente estaba trabajando en el campo y sin duda se enteró del acontecimiento

---

[1] *Leg. 3 Soc.*, 30; II Celano, 109: *Actus S. Franc.*, I, 38-40.

[2] Véase *Vita B. Fr. Ægidii, loc. cit.*; «*Cum audiret a quibusdam consanguineis et ab aliis*», etc.

[3] *Leg. 3 Soc.*, 32, dice expresamente que Francisco y sus dos compañeros fueron a la Porciúncula, donde afirma Celano que Francisco había empezado a residir de un modo permanente (véase I Celano, 21). Francisco habitaba también la Porciúncula cuando se le unió Morico, de la hermandad de los Crucíferos. La frase de San Buenaventura en la *Leg. Maj.*, IV, 8: «*cum oleo accepto de lampade quae coram Virginis ardebat altari*», a mi entender se refiere al altar de la capilla de la Porciúncula.

[4] Con referencia a fray Gil, véase P. Paschal Robinson, *The Golden Sayings of Brother Giles*, P. Gisbert Menge, *Der Selige Ægidius von Asissi*. Su leyenda ha sido publicada por Lemmens en *Doc. Antiqua Franciscana*, Pars I; y en *Anal Franc.*, III, pág. 74 *seq.* Véase *De Conformit.*, en *Anal. Franc.*, IV, págs. 205-13. Una versión italiana de la leyenda se halla en casi todas las ediciones de las *Fioretti*. Los *Dicta B. Ægidii*, han sido publicados por los Bolandistas: *Acta S. S.*, 23 abril, pág. 227 *seq.*; y en *Anal. Franc.*, IV, pág. 214 seq.

del día por lo que contaron sus parientes y conocidos. Ello fué que, exaltándose su imaginación y sus deseos, resolvió al punto salir en busca de Francisco y pedirle la admisión en su compañía. El día de la fiesta de San Jorge fué muy temprano a oír misa en la iglesia de este santo mártir, donde confiaba ver a Francisco; mas no hallándole allí, quiso ir directamente a la Porciúncula, que, según le dijeron, era su residencia habitual. Aquella capilla le era desconocida y no sabía el lugar exacto de su emplazamiento. Habiendo seguido por la Vía Francesca hasta llegar al hospital de leprosos de San Salvatore[1], no sabía qué senda tomar. Detúvose y pidió a Dios que le enseñase el camino. Mientras estaba en oración, salió Francisco del bosque y acercósele. Gil, dando gracias a Dios, corrió hacia él, se postró de hinojos y le dijo con la mayor sencillez: «Hermano Francisco, quiero quedarme contigo por el amor de Dios».

Francisco, que sabía leer en las almas, reconoció en Gil a un verdadero compañero y, abriendo su pecho, le dijo con fraternal ternura: «¿No sabes cuán gran favor el Señor te dispensa? Hermano mío, si venía a Asís el emperador y quería escoger por caballero y cortesano suyo a uno de sus ciudadanos, muchos serían los que saldrían a reclamar para sí tan gran honor. ¡Cuánto más no debes tú estimar el haber sido escogido entre tantos por el Señor y llamado a su corte?» E inclinándose, alzó del suelo a Gil y llevóle consigo a la Porciúncula, donde lo presentó a Bernardo, exclamando: «He aquí un buen hermano que el Señor nos ha enviado». Y tomaron juntos su primera refección, comiendo y conversando con gran júbilo[2]. Cuando hubieron comido, Francisco fué con Gil a la ciudad para procurarle un vestido semejante al suyo.

Caminaba el novicio con gran contentamiento interior; pero al propio tiempo dominábale un temor reverente producido por los acontecimientos de aquella jornada. Por el camino encontraron a una pobre mujer que pedía limosna. Francisco, no teniendo cosa

---

[1] Donde se levanta actualmente la Casa Gualdo. M. Sabatier (*Vie de S. François*, pág. 66) da a entender que Gil no sabía donde residía Francisco y de esto saca la conclusión de que Francisco no tenía en aquel tiempo residencia fija. Pero, la *Vita B. Fr. Ægidii, loc. cit.*, dice expresamente que Gil «dirigió sus pasos a la iglesia de Santa María de la Porciúncula... *cuya situación fray Gil no conocía*». Evidentemente Gil no tenía duda acerca del lugar donde debía encontrar a San Francisco y sí solamente ignoraba el camino. El hospital de leprosos de San Salvatore estaba a cargo de los Crucíferos, orden de hermanos enfermeros muy extendida en Italia y en las posesiones latinas de Levante. Véase *Registres de Grégoire IX*, Luc. Auvray, n;m. 209, pág. 123.

[2] *Vita B. Fr. Ægidii, loc. cit.*, 39-40.

alguna que darle, seguía adelante en silencio, pero la mujer no paraba de suplicar una caridad. Gil se sentía turbado, queriendo dar algo a la mujer, pero esperando una orden de Francisco. A la tercera súplica, éste, volviéndose a Gil, le dijo: «Démosle tu manto a esta pobre mujer». Y Gil quitóse el manto con gran alegría y dióselo, sintiendo al practicar este acto de caridad una consolación espiritual que no se puede explicar con palabras. Aquel mismo día vistióle Francisco la librea de la Dama Pobreza y éste fué el segundo gozo magno de la jornada [1].

No podemos decir exactamente en qué orden se presentaron los otros primeros discípulos [2]. Uno de ellos fué Felipe, llamado el Largo, o Felipe Longo, cuya elocuencia le hizo después célebre, hasta el punto que de él se dijo: «El Señor ha tocado sus labios con un fuego purificador, a fin de que pueda hablar de Dios con palabras dulces como la miel; y con todo y no haber estudiado la Sagrada Escritura en las escuelas, la entiende e interpreta de suerte que puede llamarse verdadero discípulo de aquellos a quienes los príncipes de los judíos acusaban de idiotas e iletrados» [3]. Otro fué Silvestre, aquel sacerdote a quien hemos conocido cuando Bernardo daba sus bienes a los pobres.

A juzgar por su intervención en aquel acto, no hubiéramos adivinado en él a un futuro miembro de la corte de Dama Pobreza. En el fondo no carecía Silvestre de generosidad y su vida era irreprochable. Fué uno de los que aprobaron el celo de Francisco en reconstruir las iglesias; mas al principio no tenía por cosa sensata el mezclarse con los pordioseros y menospreciar en absoluto las

---

[1] *Ibid.*, págs. 40-1; *Anon. Perus.*, en *Acta S. S.*, 4 octubre, II, pág. 487; véase *Leg. 3 Soc.*, 44.

[2] Es imposible llegar a un acuerdo en el orden de entrada de los primeros compañeros, según las leyendas. Los *3 Soc.* nombran los seis primeros por este orden: Bernardo, Pedro, Gil, Sabatino, Morico y Juan de Capella.

Igual orden se observa en el *Anon. Perus.*, *Acta S. S.*, *loc. cit.*, pág. 584. Celano pone a Bernardo, Pedro y Gil como segundo, tercero y cuarto respectivamente. Habla después de Felipe como *séptimo* compañero; pero, no se desprende claramente si entre los siete cuenta o no a San Francisco, aunque a primera vista parece incluirle. San Buenaventura, después de hablar de Bernardo, dice: «No mucho después, llamados por Dios otros *cinco* varones, llegó a *scis* el número de los hijos de Francisco». No sabemos si sigue a Celano o a los *3 Soc.*, o si habla por su cuenta.

Bartolomé de Pisa en *De Conformit. (Anal. Franc.*, IV, pág 117) da este orden: Bernardo de Quintavalle, Pedro Catanio, Gil, Sabatino, Morico, Juan de Capella, Felipe Longo, Juan de San Costanzo, Bárbaro, Bernardo de Viridante, Ángel Tancredo, Silvestre.

[3] I Celano, 25; *Actus S. Franc.*, I, 6. Con referencia a Felipe Longo, véase *Chron. Jordani*, en *Anal. Franc.*, I, pág. 5.

conveniencias sociales. Parecíale que se tentaba la Providencia, o creía tal vez que todo ello no era más que un capricho de juventud [1]. Sin duda costábale dar su conformidad a los predicadores seglares, que eran con frecuencia sembradores de errores, cuando no herejes declarados. Al ver, pues, cómo se arrojaba locamente aquel dinero, no creyó fuera de razón reclamar el precio de las piedras por las cuales nada había pedido. Mas siendo hombre de alguna espiritualidad, a pesar de sí mismo, por decirlo así, sintióse avergonzado al recibir de Francisco una retribución tan liberal y volvióse a su casa profundamente turbado. Aquella generosidad insensata, ¿no estaba por ventura más próxima al espíritu de Jesús que su propia prudencia? Examinándose a fondo, ¿no descubría en sí mismo un secreto apego al dinero que más de una vez había criticado en las vidas ajenas? Una noche tuvo este sueño: vió un enorme dragón corriendo por los alrededores de Asís y amenazando destruir la ciudad. Él, Silvestre, temblaba previendo un suceso funesto; pero, apareciendo Francisco, de cuya boca salía una cruz de oro que llegaba hasta el cielo y extendía los brazos hasta los confines de la tierra, espantado el dragón huyó. Repitióse tres noches consecutivas el mismo sueño y Silvestre no pudo menos de considerarlo como un aviso de Dios. Fué a ver a Francisco, refirióle el caso y no tardó mucho en agregarse a los que le seguían [2]. Fué amante de la soledad, entregándose principalmente a la oración y a la contemplación.

De los demás primeros neófitos, uno de ellos llamado Morico provenía del hospital de leprosos de San Salvatore, donde era enfermero de la hermandad de los Crucíferos, a quien había cuidado Francisco en una enfermedad [3]. Otro venía de Rieti; llamábase Ángel Tancredo y antes de ser armado caballero de la santa Pobreza, era en el mundo varón muy gentil y cortés [4]. Vino después Bárbaro, el mismo que algunos años más tarde fué enviado por Francisco a evangelizar el Oriente [5]; y otro, cuyo nombre fué aviso y lección para los demás frailes, porque apostató y acabó mal. Fué ese tal Juan de Capella, hombre aficionado a las novedades y aferrado a su propia voluntad [6].

---

[1] *Leg. Maj.*, III, 5.

[2] *Leg. Maj.*, III, 5; *Leg. 3 Soc.*, 31; II Celano, 109; *Actus S. Franc.*, I, 41-43.

[3] *Leg. 3 Soc.*, 35; *Leg. Maj.*, IV, 8. Véase *De Conformit.*, en *Anal. Franc.*, IV, pág. 59, *et passim.*

[4] Véase *Speculum Perfectionis* [ed. Sabatier], cap. 85, pág. 167.

[5] *De Conformit.*, en *Anal. Franc.*, IV, pág. 177. Véase II Celano, 155; *Spec. Perfect.*, cap. 51.

[6] *Leg. 3 Soc.*, 35. Véase *Actus S. Franc.*, I, 3; XXXV, 10. *De Conformit.*, en

A los pocos meses de su cambio de hábito, hallábase Francisco al frente de un pequeño grupo de discípulos. Sin ser llamados, habían acudido a él, atraídos por una afinidad espiritual. Cada recién venido era para Francisco un nuevo motivo de gozo; porque era un paso más en la reconquista de un mundo para su Señor Jesucristo y su Dama la Pobreza.

---

*Anal. Franc.*, IV, págs. 178, 193, 440, 494. Algunos autores lo identifican con el Juan de Compello, mencionado en la *Chron. Jordani*, *Anal, Franc.*, I, pág. 5.

## Capítulo VI

### PRIMERAS JORNADAS DE MISIÓN

Los acontecimientos se habían precipitado desde aquel día de San Matías, sucediéndose más rápidamente todavía desde la mañana en que Bernardo había repartido sus bienes a los pobres en la Piazza San Giorgio; algo análogo acaece en la primavera cuando, después de una pausa, los setos vivos se engalanan con una florida exuberante. Francisco, de recluso, se había transformado en apóstol y era jefe de una compañía de caballeros de la Santa Pobreza. Animado por su celo apostólico, sentía la necesidad urgente de propagar la buena nueva y ganar almas al Señor. En cuanto Bernardo, Pedro y Gil hubieron revestido la librea de pobreza, Francisco quiso emprender sin tardanza los viajes de misión. Él mismo y Gil tomaron el camino que, atravesando montañas, conduce a la Marca de Ancona; ignórase cuál fué la ruta que trazó a los otros dos compañeros. Tal era el gozo que el amor a la pobreza infundía en su alma, que no paraba de entonar cantos en lengua provenzal proclamando la bondad del Altísimo. Imaginaba que la naciente compañía de Dama Pobreza era ya una orden de caballería en toda forma, constituida por almas generosas que recorrían el mundo para llevar doquier el mensaje de penitencia, amor y paz. «Nuestra compañía —decía a Gil—, es como un pescador que echa sus redes y recoge abundante pesca; y arrojando al agua los peces menudos, sólo guarda en los cestos los gordos.» Bien sabía Gil lo que quería significar con este símil, a saber, que únicamente los corazones magnánimos eran capaces de abrazar el nuevo género de vida.

No era una predicación regular y estudiada la que practicaban los dos compañeros; al pasar por pueblos y ciudades detenían su marcha y en viendo algunas personas reunidas, Francisco las exhortaba con palabras sencillas y familiares a temer y amar a Dios y hacer penitencia por sus pecados, mientras Gil, un poco separado,

iba animando a unos y a otros a que prestasen la mayor atención a las palabras de Francisco, porque era un hombre que hablaba bien. Con frecuencia, tanto los ciudadanos como los campesinos no se sentían inclinados a escuchar esta predicación y la presencia de dos desconocidos les causaba alguna impaciencia. Tomábanlos por infelices dementes, cuando no por fanáticos. Otros, moviendo la cabeza, no sabían qué pensar de ellos, como aquel que dijo: «O son santos o locos rematados». Su vestimenta singular y su porte descuidado asustaba a algunos; al verlos, huían las mujeres jóvenes, tomándolos por hechiceros que las podían aojar. En suma, aquella expedición pareció estéril en resultados; pero, Francisco no daba nunca importancia al éxito del momento. Procedía como su fe se lo ordenaba, dejando en manos de Dios el fruto a su debido tiempo. Un leal caballero debe ser fiel a su causa, solícito en cumplir su deber más que en averiguar el efecto que producen sus trabajos.

Francisco y Gil recorrieron las Marcas de Ancona y regresaron después a la Porciúncula[1]. Fué por aquel tiempo que engrosaron aquella pequeña compañía Sabatino, Morico y Juan de Capella, los tres de la ciudad de Asís. Su resolución fué acogida en la ciudad con un levantamiento de la opinión pública contra Francisco y sus compañeros. Que un ciudadano honorable como Bernardo de Quintavalle diese su fortuna a los pobres, era ésta una novedad que no debía tomarse a la ligera, pero que tampoco alarmaba sobremanera. Después de todo, si dos o tres hombres se proponían obrar a despecho del sentido común y hacer profesión de santo, su proceder sólo tenía una importancia relativa. La sorpresa producida por tales individuos entre sus conciudadanos no era más que una distracción pasajera en los graves negocios de la vida. Los parientes próximos eran los más perjudicados, pero dos o tres familias no constituían toda la ciudad. Mas fuerza era reconocer que el renunciamiento absoluto de Bernardo había movido las conciencias, aunque de un modo indeterminado. La práctica, por decirlo así, dramática de los preceptos evangélicos, de momento había hecho enmudecer la prudencia humana; la afición a las novedades, un sentimiento de respeto, tal vez cierta indiferencia, habían creado en la

---

[1] *Leg. 3 Soc.*, 33. Las otras leyendas no mencionan esta expedición a las Marcas de Ancona, pero no hay razón de dudar de su autenticidad. Es verdad que Celano (I Celano, 28) relata el símil de los pecadores relacionándolo a episodios ulteriores; pero, es evidente que en este lugar no sigue un orden cronológico, sino que hace una recapitulación de los acontecimientos de los días que precedieron a la aprobación de la Regla, proponiéndose mostrar el espíritu de profecía de San Francisco.

ciudad un ambiente de tolerancia. Mas al pasar los días, al perder el movimiento evangélico su novedad y su aparato exterior, los ciudadanos empezaron a sentir su influencia en la vida cotidiana; era un intruso que no sólo excitaba su sensibilidad, sino que despertaba la conciencia.

Produjose entonces una reacción. Aquellos hombres sembraban doquier ideas nuevas opuestas al orden de cosas establecido; y estas ideas se insinuaban en el momento menos oportuno, alejando a éste de un alegre banquete, desinteresando a aquél de una querella de familia, creando acá y allá en la sociedad un estado de vacilación y de duda. Crecía el descontento público y no tardó en decirse que si bien se podía tolerar que algunos diesen lo suyo a los pobres, era en cambio cosa monstruosa que ellos a su vez fuesen a mendigar su sustento a las puertas de los ciudadanos de Asís. La indignación subió de punto cuando Sabatino y sus dos compañeros se sumaron a los nuevos mendicantes y la gente de Asís rehusó formalmente darles cosa alguna. Así, cuando Francisco fué a la ciudad para pedir la acostumbrada limosna, fué recibido con injurias y sarcasmos. De tener menos fe en su misión, acaso en aquel momento se hubiera producido un mal irreparable. Asistía a los ciudadanos descontentos una apariencia de razón: Francisco apartaba a unos hombres de sus familias y de sus deberes cívicos y, después de haber dilapidado sus bienes, arrojábalos al mundo sin dinero y sin hogar. Él y sus compañeros eran una carga pesada para la ciudad cuyos privilegios habían renunciado. El buen sentido juzgaba este idealismo de verdadera locura. En tales circunstancias, aún los mismos que hasta entonces habían defendido la conducta de Francisco, empezaban a vacilar y aconsejaban una componenda. Francisco desencadenaba un torrente que él mismo no sería capaz de encauzar a su debido tiempo; convenía detenerse oportunamente y considerar qué sesgo podían tomar las cosas.

El obispo llamó a Francisco y le aconsejó examinase mejor su modo de vivir. No le parecía prudente reunir cierto número de hombres sin asegurarles los medios de subsistencia. La práctica de la pobreza era cosa buena; practicábanla los monjes sin carecer de medios de vivir. ¿Qué iba a suceder si la gente les negaba toda limosna? ¿Se dejarían morir de hambre? Además, ¿cómo podía vivir una agrupación de hombres sin casa que les perteneciese?

Hallábase Francisco en una situación difícil de sortear. El obispo Guido había sido desde un principio su amigo y consejero, amparándole en los momentos de mayor angustia; en el fondo de su corazón guardábale Francisco un sentimiento de gratitud. Mas no titubeó: «Señor —le respondió—, si poseemos bienes, necesitaremos

armas para defenderlos y tendremos continuos litigios y disputas; lo cual nos apartará del amor de Dios y del prójimo. No deseamos, pues, poseer bien alguno en este mundo». Estas palabras dieron en el blanco; porque nadie sabía mejor que Guido cuantos y cuán frecuentes conflictos producían entre el clero y el pueblo y aún entre los mismos miembros del clero los bienes temporales de iglesias y abadías. Su propio gobierno episcopal veíase con frecuencia perturbado por violentas querellas entre el común y las casas religiosas de su diócesis [1]. Se abstuvo, pues, de insistir, convencido tal vez en su fuero interno de que Dios trabajaba lejos de los caminos trillados, debiéndose dejar al tiempo un más claro conocimiento de sus designios. Francisco pudo reunirse con su hermanos que le esperaban ansiosos, sin ver coartada su libertad y llevando consigo la bendición del obispo, ya que no su aprobación incondicional [2].

Durante los primeros meses siguientes los frailes se amoldaron al espíritu y ejercicio de su vocación, sin que ningún incidente notable interrumpiese la uniformidad de su vida. No puede decirse que poseyesen una casa en el sentido que se suele dar a esta palabra; pero, la Porciúncula era su punto de reunión y su retiro, tetiendo allí un refugio temporal que Francisco había construído al principio, cuando Bernardo, Pedro y Gil se juntaron a él [3].

Pasaban sus días sirviendo al prójimo. Cuando no iban de camino, para dar testimonio del Evangelio, cuidaban los leprosos en los hospitales, o ayudaban a los labradores en los trabajos del campo, o desempeñaban cualquier otro oficio humilde para ganarse el sustento del cuerpo [4]. Antes de emprender el trabajo del día, habían ya hecho su trabajo de la noche, que consistía en servir únicamente a su alma, uniéndola estrechamente a Dios. Porque, después de breves horas de sueño, mientras el mundo dormía todavía, levantábanse ellos y entregábanse a la oración, oración íntima que del corazón brotaba. En tales momentos penetraban en la medida posible en los misterios eternos, buscaban sus propias debilidades morales y se fortalecían en la esperanza y la confortación que del cielo recibían. Eran simples mortales y nadie lo sabía mejor que ellos mismos; pero, a una palabra del Maestro se habían echado al

---

1 Véase Horoy, *Honorii III opera*, tom. I, coll. 163, 200.

2 *Leg. 3 Soc.*, 35.

3 *Leg. 3 Soc.*, 32: «*Et fecerunt ibi unam domunculam in qua aliquando pariter morarentur*».

4 Con referencia a la vida primitiva de los frailes, véase I Celano, 39-41 *seq.*; *Leg. 3 Soc.*, 36-44; *Spec. Perfect.*, cap. LV; *Vita B. Fr. Ægidii*, págs. 41-3; *De Conformit.*, en *Anal. Franc.*, IV, 207-20.

agua profunda y se sostenían en ella con todo el valor de que eran capaces, aunque muchas veces les asaltaba el temor de zozobrar.

A medida que comprendían mejor la nobleza de su vocación, más agudamente sentían su flaqueza personal. Fray Bernardo temblaba constantemente de miedo de no perseverar[1]; fray Pedro tenía dudas que le sugería la prudencia humana[2]; Gil, el místico, no estaba inmune de la seducción de las cosas de la tierra[3]. Cada cual tenía sus preocupaciones personales y corría sus riesgos morales, contra los cuales era menester fortificar el alma. Mas cuando se hallaban en compañía de otros hombres, aún de los mismos religiosos hermanos suyos, raras veces dejaban traslucir alguna señal de sus luchas interiores y en manera alguna mostraban tristeza o lasitud. Si tenían mutuo conocimiento de sus luchas, procedía éste del sentimiento fraternal que los unía y hacía comprenderse entre sí, o en la manera noble de pedir consejo acerca de las íntimas necesidades espirituales. Pero, en tratándose de paz y de gozo, no usaban de tal reserva, sino que compartían generosamente entre todos de un tesoro que las tentaciones no lograban mermar. Estaban ligados no sólo por su fe común en la Pobreza, sino por la fuerza del afecto, como suele ocurrir entre hombres animados de una misma fe, sin intereses particulares que puedan dividirlos. Cuando, después de alguna separación, reuníanse de nuevo, su gozo era indecible. En tales ocasiones, dice quien los conoció de cerca, «sentían tal alegría y satisfacción al volverse a ver, que al punto olvidaban todo lo que los malos les habían hecho sufrir»[4]. Es de presumir que con la oposición del mundo apreciaban mejor la bienvenida que mutuamente se dispensaban.

Francisco era el ángel del hogar, solícito siempre en atender y alentar a cada uno en su particular necesidad, señalando al propio tiempo el fin común que todos se debían proponer. Tenía el noble don de vigilancia sobre los que de él dependían[5] y los frailes descansaban en él con sencilla confianza, revelándole sus más recónditos pensamientos y tentaciones; también es verdad que muchas veces no necesitaban hablar, porque Francisco leía en sus almas como en libro abierto.

Cuando salían a predicar en cumplimiento de su misión, no obraban los frailes de un modo diferente que en el retiro de la Por-

---

[1] Véase II Celano, 18.
[2] *Ibid.*, 67.
[3] Véase *De Conformit.*, en *Anal. Franc.*, IV, pág. 209 *et passim.*
[4] *Leg. 3 Soc.*, 41.
[5] «*Felici semper curiositate in subditis ferebatur*» es la inimitable frase de Celano (I Celano, 51).

ciúncula cabe Francisco. Dondequiera que fuesen cuidaban de los leprosos y ayudaban a los pobres que trabajaban; se guarecían bajo cualquier techumbre, o en las dependencias de las casas destinadas a los siervos y en los pórticos de las iglesias [1]; pedían el pan de puerta en puerta, cuando no lo recibían como salario de su trabajo; exhortaban a todos a practicar el bien y a amar a Dios; mas para orar buscaban lugares apartados. Un sola cosa les faltaba a veces en sus expediciones: el consuelo y estímulo de la compañía de Francisco. No pocas veces eran tratados como locos o malvados; acordábanse entonces de las enseñanzas de Francisco y meditando los padecimientos de Jesucristo, ejercitábanse en la paciencia y mansedumbre.

No les era difícil practicar estas virtudes después de haberse convertido su vida cotidiana, bajo la dirección de Francisco, en un peregrinaje en compañía del Divino Maestro. La historia evangélica no era para ellos una relación remota, sino un hecho siempre presente, de vida palpitante, del cual eran ellos mismos protagonistas. Sentían en todo momento su actualidad: veían por la fe toda la tierra reunida en torno a la persona de Cristo. Cuando eran tratados con benevolencia, referíanla a Aquél que les era vida; si los recibían con sentimientos hostiles, aceptaban la injuria como Él la hubiera aceptado. Miraban el mundo a la luz de Su pureza y de Su amorosa compasión; conocían Su amor por todos los seres vivientes sobre los cuales Él domina; y el pecado les apenaba vivamente porque era una injuria inferida a la Divina Majestad. Y puesto que eran Sus servidores y heraldos, tenían por único pensamiento participar de Su carga en la redención del mundo. Tenían el entendimiento y el corazón embargados de tal suerte, que poco a poco fueron olvidando los usos y costumbres del mundo que habían abandonado; y palabras y obras, así como pensamientos y deseos, no hicieron más que una sola cosa con las aspiraciones de su alma. Todos los esfuerzos de Francisco tendían a este resultdado, porque sabía que tan sólo así podían los suyos hallar alegría en el género de vida que habían abrazado.

Los días estivales y los más apacibles de otoño habían pasado en la oración, la propia sujeción y el servicio del prójimo; llegado el invierno [2], Francisco, inspirado por el Espíritu, reunió a sus her-

---

[1] *Leg. 3 Soc.*, 38; *Anon. Perus., loc. cit.*, pág. 584.

[2] El período del año en que ocurrieron los incidentes que siguen en el texto queda fijado por lo que se nos dice del viaje de Bernardo y Gil en *Leg. 3 Soc.*, 39 y 10 (véase «*licet esset magnum frigus*», etc.) y en la *Vita B. Fr. Ægidii*, *loc. cit.*, página 41: «*in quo itinere... frigus et tribulationem perpessus est*».

manos y les propuso una larga misión a países distantes. Eran ocho los reunidos, por habérseles agregado un compañero.

Dispuestos a partir, reuniéronse los frailes, probablemente en la capilla de la Porciúncula, y Francisco les dirigió la palabra. Había en su voz la ternura de un padre que se despide de sus hijos antes de que se dispersen por el mundo en busca de fortuna para sí y para su casa; porque el viaje que iban a emprender había de ser mucho más largo que los anteriores. Con el fervor y la concisión que le eran propios, les habló del reino de Dios, del cual por ser hijos de la Pobreza eran herederos. Les rogó encarecidamente no permitiesen jamás que su corazón fuese esclavizado por las cosas transitorias de este mundo, sino que tuviesen fijos los ojos del alma en las cosas eternas. Les recordó después que habían sido llamados a este género de vida no solamente en beneficio propio, sino para la salvación del mundo, debiendo en consecuencia ir y amonestar a los hombres con palabras y ejemplos para que hiciesen penitencia de sus pecados y observasen los mandamientos de Dios. Habían de ser dulces, pacientes, confiados en el Padre celestial, no temiendo ser simples, humildes y despreciados de los hombres; porque el Espíritu de Dios hablaría por su boca. «Algunos —prosiguió—, se os mostrarán confiados, amables y corteses y os recibirán, a vosotros y vuestras palabras, con verdadero gozo; mas otros, y estos serán la mayor parte, permanecerán incrédulos, orgullosos y blasfemos; se irritarán contra vosotros y os opondrán resistencia. Y es contra éstos que habéis de hablar [1]. Fortaleced, pues, vuestros corazones, a fin de soportarlo todo humilde y pacientemente. Id, carísimos, de dos en dos por todas las partes de la tierra, anunciando la paz y llamando a penitencia para remisión de los pecados. Contestad humildemente a los que os pregunten; bendecid a los que os persigan; dad gracias a los que os injurien y calumnien, porque es a causa de todo esto que se os prepara un reino eterno.»

Cuando hubo terminado, los frailes se arrodillaron a sus pies uno tras otro pidiendo su bendición; y él los bendecía y, levantándolos después y abrazándolos, les decía: «Confía en Dios, y Él te sustentará; que no deja nunca sin auxilio al justo» [2].

Separáronse luego, yéndose de dos en dos, al norte, al sur, al este y al oeste. Francisco y su compañero se dirigieron al sur hacia el valle de Rieti [3], donde en invierno pueden verse las cimas de las

---

[1] Es decir, vuestras amonestaciones serán para los malos un juicio y un aviso.
[2] *Leg. 3 Soc.*, 36; I Celano, 29; *Leg. Maj.*, III, 7.
[3] Waddingo, *Annales*, ad an. 1209.

montañas que lo circundan cubiertas de espeso manto de nieve. De lo que allí les acaeció se hablará en breve. Fray Bernardo y fray Gil debían ir a España, donde se proponían visitar el sepulcro del Apóstol Santiago en Compostela [1]. Ignórase a dónde fueron los demás. A propósito de este viaje se nos dice: «Cuando los frailes hallaban al paso una iglesia, o una cruz, arrodillábanse y rezaban devotamente así: 'Adorámoste Cristo, y bendecímoste en todas tus iglesias que hay en todo el mundo, porque por tu santa Cruz has redimido al mundo' [2]. Porque dondequiera que viesen tan sólo una cruz creían haber llegado a un lugar donde el Señor moraba con predilección [3]. Al verles, maravillábanse todos en extremo, porque tanto en su vestir como en su vida eran muy diferentes de todo el mundo y mejor parecían hombres de la montaña. Allá donde entraban, ya fuese ciudad, ya recinto amurallado, o casa, o granja, proclamaban su mensaje de paz, animando a todos a amar y temer al Criador de cielos y tierra y observar sus mandamientos. Algunos los escuchaban con agrado; otros, por el contrario, se mofaban de ellos y muchos les preguntaban de dónde venían y a qué orden pertenecían. Y aun cuando era difícil responder a tanta pregunta, reconocían, no obstante, con toda sencillez que eran penitentes, oriundos de la ciudad de Asís y que en cuanto a su orden sólo podían decir que no era todavía confirmada como una 'Religión' [4]. No pocos los tomaron por embaucadores o locos, rehusando admitirles en sus casas por temor a ser robados. Por ello, en muchos lugares, después de recibir sólo injurias, no tenían más abrigo que los portales de las iglesias o los aleros de las casas» [5].

La descripción del modo como los frailes eran recibidos en sus viajes tiene un eco en muchos relatos posteriores, como tendremos ocasión de anotar en el curso de esta historia. Los frailes no fueron en seguida los héroes de los países donde se presentaron. El cronista citado más arriba nos cuenta a continuación lo que les acae-

---

[1] I Celano, 30; *Vita B. Fr. Ægidii, loc. cit.*

[2] Celano dice que rezaban esta oración juntamente con el Padrenuestro, porque ignoraban todavía el Oficio Divino (I Celano, 45). El códice de Friburgo del *Liber de Laudibus* dice que las frailes recitaban tres Padrenuestros a cada una de las horas del oficio y añade que Francisco fijó este rezo a fin de no impedir la oración mental y privada. Véase Bern. a Bessa, *Lib. de Laudibus*, ed. Hilarinus a Lucerna, pág. 9, núm. 1; Waddingo, *Annales*, ad an. 1210.

[3] Traduzco así la expresión «locum Domini», según el lenguaje monástico medieval.

[4] «Religio» en lenguaje medieval significaba una forma de vida religiosa aprobada por la Iglesia.

[5] *Leg. 3 Soc.*, 37-8.

ció a fray Bernardo y a fray Gil en la ciudad de Florencia, por la cual pasaron al emprender su viaje a España.

«Por aquel tiempo dos de estos [frailes] estaban en Florencia y recorrieron la ciudad pidiendo acogimiento; mas no lo hallaron. Llegando a cierta casa, en la cual había un horno bajo techado, dijéronse: 'Bien pudiéramos acogernos aquí'. Rogaron, pues, a la dueña de la casa que los recibiese; mas habiendo ella rehusado, dijéronle humildemente que cuando menos les permitiese pasar la noche junto al horno, a lo cual accedió. Al llegar su marido, viendo éste a aquellos hombres, llamó a su mujer y le dijo: '¿Por qué has permitido que estos vagabundos se alberguen bajo nuestro techo?' Y respondió ella que no había querido recibirlos en su casa, pero sí les había dejado recogerse al exterior, bajo el cubierto, donde no podían robar más que un poco de leña. El marido, persuadido de que eran unos vagabundos y ladrones, a pesar del mucho frío que hacía, no quiso que se les diese mejor albergue. Pasaron, pues, toda la noche cerca del horno, durmiendo apenas, calentados tan sólo por los ardores del amor divino y asilados por Dama Pobreza. Al amanecer fueron a la iglesia cercana para asistir al oficio matutino.

«Por la mañana la mujer fué a la misma iglesia y viendo allí a los frailes rezando fervorosamente, dijo para sí: 'Si estos hombres fuesen unos vagabundos y ladrones, como dice mi marido, no estarían aquí en devota oración'. Mientras se entregaba a semejantes reflexiones, un hombre llamado Guido iba dando limosna a los pobres que esperaban en la iglesia; como se acercase a los frailes y les quisiese dar alguna moneda, ellos rehusaron la dádiva. Díjoles Guido: '¿Por qué, siendo pobres, no aceptáis como los demás este dinero?' Fray Bernardo respondióle: 'Cierto es que somos pobres; mas la pobreza no es cosa que nos aflija como a otros, porque por la gracia de Dios, cuyos consejos hemos seguido, nos hemos hecho pobres de nuestro propio acuerdo'. Estas palabras dejaron a Guido estupefacto y al preguntarles si habían poseído antes algún bien, averiguó que fueron dueños de cuantiosa fortuna y que por amor de Dios lo habían donado todo a los pobres... Y la dicha mujer, después de ver como no aceptaban dinero alguno, acercóse a ellos y les dijo que de grado los recibiría en su casa, si se dignaban ser sus huéspedes. A lo cual respondieron humildemente: 'El Señor te retribuya tu buena voluntad'. Pero, el hombre susodicho, al saber de qué manera habían pasado la noche, llevóles a su casa, diciendo: 'En casa tendréis alojamiento preparado por el Señor para vosotros; quedaos en ella cuanto tiempo gustéis'. Y los frailes, dando gracias al Señor, permanecieron unos días en casa de Guido, edificándole con sus palabras y sus ejemplos y acrecentando en él el

temor de Dios, de tal suerte que en lo sucesivo dió buena parte de su fortuna a los pobres.» [1]

Refiérese también de fray Gil que hallando en su camino a un pobre, movido a compasión al verle casi desnudo, con todo y no poseer más que una túnica, le dió su capilla y prosiguió sin ella su ruta por espacio de veinte días, padeciendo en gran manera de los rigores del frío [2].

Francisco, como hemos dicho, se encaminó al valle de Rieti, que está hacia el sur del valle de Espoleto [3], y allí recibió una gracia extraordinaria. Desde su conversión y apartamiento del mundo, una sombra velaba su alegría cuando pensaba en los pasados años que perdiera; era un dolor que cada día iba en aumento. Es verdad que durante los últimos meses habíase apoderado de él el sentimiento vivísimo de propia indignidad, que domina siempre a los llamados a un alto destino espiritual. Ajeno a toda mira egoísta, sólo tenía motivos de satisfacción al ver como se desarrollaba la obra divina con la venida de nuevos compañeros; entonaba a veces cantos de alabanza a Dios en testimonio de gratitud y exaltábase su espíritu al considerar la gracia insigne que le había sido concedida. Mas, al recobrar la conciencia de sí mismo, enmudecía tembloroso y amedrentado, oprimido por el sentimiento de su indignidad. Deploraba entonces con todo el corazón y derramando abundantes lágrimas los años que hubiera podido emplear preparándose a la misión que Dios le había confiado. Aumentaba sus temores la amenaza de un pasado tan mal empleado, que podía reclamar sus derechos y destruir a la postre todo provecho.

En semejante crisis oraba un día en una soledad, más arriba de la ciudad de Poggio-Bustone, en los confines de los Abruzos, a donde le condujeron sus andanzas por el territorio de Rieti; lugar aquél perdido entre montañas y de difícil acceso por la barrera natural que lo defiende, y por lo tanto más a propósito para el alma inclinada a graves meditaciones [4].

---

[1] *Leg. 3 Soc.*, 39 y 40. He omitido, por no ser necesario en el curso de la narración, un pasaje en el cual se hallan estas palabras que se refieren a fray Bernardo: «*qui primo pacis et poenitentiae legationem amplectens, post sanctum Dei cucurrit*». Los lectores de Dante reconocerán el origen de los versos de la *Divina Comedia*, canto XI ,79-81. Véase *Anon. Perus.*, en *Acta S. S., loc. cit.*, pág. 585.

[2] *Vita B. Fr. Ægidii; loc. cit.*, pág. 41.

[3] Waddingo, *Annales*, ad an. 1209.

[4] La cueva donde oraba Francisco se halla en un lugar elevado que domina la ciudad y es todavía frecuentado por las peregrinaciones locales. El lunes de Pascua los habitantes de los pueblos vecinos van en procesión a la cueva y oyen allí misa.

Francisco en su desolación y abatimiento se había entregado a la clemencia divina y, derretido el espíritu, repetía a intervalos: «Dios mío, ten piedad de mí, pecador». No perdía toda esperanza de que el compasivo Redentor mostrase su misericordia, no permitiendo que su obra se perdiese por la indignidad de su siervo. La copa de su humillación estaba llena y debía beberla hasta las heces. De pronto, invadióle un sentimiento de seguridad total, inquebrantable, de que todas sus faltas pasadas estaban perdonadas y con la gracia de Dios no desfallecería hasta el fin. Al propio tiempo tuvo como una visión de la compañía de Dama Pobreza convertida en hueste numerosa y subyugando la tierra; y conoció que su misión y su consejo no serían estériles. Transformóse entonces todo su ser y salió de la oración como hombre nuevo, semejante al que ha contemplado la faz del Señor y en Él ha hallado paz.

Su primer pensamiento fué hacer partícipes de su gozo a sus hermanos; no ignoraba que también ellos eran tentados y tenían la seguridad de que cobrarían nuevos alientos al conocer la visión del acrecentamiento de su compañía. Rogó, pues, a Dios sugiriese a todos el deseo de interrumpir el viaje y regresar a la Porciúncula; y sucedió que en aquel mismo momento cada fraile separadamente sintióse impulsado a volver a casa. Así lo hicieron todos, ignorando el motivo que les había dictado aquella resolución, hasta que Francisco les manifestó su gran deseo de verles y la oración que a este efecto hiciera.

Cuando se hubieron reunido todos, Francisco alivió el peso de su espíritu refiriéndoles su visión. Eran sus palabras las de un hombre que ha hallado un raudal de alegría. «Hermanos carísimos —les dijo—, reconfortaos y regocijaos en el Señor, y desechad toda tristeza al ver que sois pocos. No os espanten mis maneras sencillas, ni las vuestras; porque el Señor me ha dado a conocer que su voluntad es convertirnos en gran multitud y extendernos hasta los confines de la tierra. Y para que podáis proseguir con más ánimos vuestro camino, estoy obligado a deciros lo que he visto. Mas quisiera callar, pero mi amor me obliga a hablar. He visto una muchedumbre de hombres que venían hacia nosotros, deseando vestir el hábito de nuestra santa vocación y vivir sometidos a la regla de nuestra religión bendita; resuena todavía en mis oídos el rumor que producían sus idas y venidas bajo las órdenes de la santa obediencia. He visto los caminos de todas las naciones llenos de hombres afluyendo a este país; vienen los franceses, acuden los españoles, corren los alemanes y los ingleses, y grande es el concurso de gente que se apresura hablando otras lenguas.»

Grande fué el gozo de aquel puñado de frailes, porque era con-

tagioso el entusiasmo de su jefe por establecer con audaz ambición el reino del Redentor Crucificado [1]. Ningún sentimiento egoísta desvirtuaba tan nobles anhelos. Amaban a Jesucristo y tenían hambre de verle en su pobreza y humildad, Señor de toda la tierra; y amaban asimismo a sus semejantes y vivamente deseaban que compartiesen con ellos el gozo que era su patrimonio.

Francisco, no obstante su entusiasmo, veía las cosas con la mirada penetrante de un jefe. Por mucho que se regocijase con sus hermanos al considerar la llegada de la esperada multitud, no dejaba de prever que con ella vendría un período de pruebas y de gestación del espíritu. No se puede tratar a un número crecido de personas como a una familia reducida, unida de corazón y gobernada por una sola voluntad. «Hermanos —dijo a sus compañeros—, hallaremos para comer ahora, en los comienzos, unas manzanas sumamente dulces y exquisitas; poco después se nos presentarán otras algo menos dulces y sabrosas, y al final las que se nos ofrezcan serán tan amargas que no las podremos comer, porque por su acidez serán desechadas de todos, aún cuando en el exterior parezcan algo hermosas y de buen olor.» [2]

Estas palabras eran, como se verá, una verdadera profecía. En el entretanto, ni Francisco ni sus compañeros se vieron turbados por la previsión de futuras contrariedades. Vivían todavía como absortos y maravillados bajo el influjo de su nueva vocación.

Era para ellos tal estado una bendición del cielo; era, alternativamente, o semejante al contentamiento vivificador que produce un día de estío, cuya palpitante claridad penetra hasta el fondo de nuestro ser; o semejante a la tranquila contemplación del diáfano horizonte ponentino, cuando se oculta el sol y rásganse las nubes. Este estado de arrobamiento es don nupcial del verdadero amor, ora sea el amor de varón y doncella, ora el amor místico entre el alma y su vocación. De tal arrobamiento proviene también la alegría y la fuerza de la vida, tanto en las primeras etapas felices como

---

[1] I Celano, 26 y 27. Celano refiere el incidente de San Francisco asegurado del perdón y dirigiéndose acto seguido a los frailes, antes de mentar la expedición misionera de los ocho; pero, como hemos tenido ya ocasión de observar, el orden cronológico que observa en la leyenda es poco rigoroso.

Walddingo (*Anales*, ad. an. 1209) acepta la tradición de haber sido Poggio-Bustone el lugar donde Francisco tuvo la seguridad de su perdón. Celano relata además que la súbita reunión de los frailes fué debida a una visión que tuvo Francisco: «*Convenientibus vero in unum, de visione pii pastoris magna gaudia celebrant*», etcétera, y más adelante: «*Beatus pater coepit eis suum aperire propositum*», etc. (I Celano, 30, 31).

[2] I Celano, 28.

en los inevitables períodos de dificultades y desilusiones que debe atravesar la fe, aun la más perfecta, antes de alcanzar su triunfante eficacia. Francisco, con todo y no sentir tristeza ni mengua de su confianza, comprendía la necesidad de asegurar su compañía con más firmes defensas contra los peligros venideros.

La fraternidad de la Pobreza estaba destinada a extenderse sobre la haz de la tierra e iba a requerir una garantía bien precisada, emanada de una autoridad de alcance universal; debía hacer acto visible de sumisión que simbolizase su sumisión al Salvador del mundo. Instintivamente pensó Francisco en el Papa, Vicario de Cristo en la tierra; él era quien había de recibir en nombre de Cristo el rendimiento y pleitesía de la fraternidad, entregándole en cambio la carta ejecutoria y constituyéndose acá abajo su señor y protector contra la malicia del mundo.

Ciertos acontecimientos fecundos en consecuencias son a menudo determinados por incidentes insignificantes al parecer; éstos no tienen más importancia que la que les da un estado general expectante, del cual vienen a ser un signo. La llegada de cuatro nuevos postulantes fué lo que impulsó con más urgencia a Francisco a solicitar la aprobación y protección del Papa para su hermandad. Con los recién llegados la compañía de la santa Pobreza, contó ya doce miembros: tal fué el número de los Apóstoles. A juicio de Francisco no les faltaba más que una cosa para parecerse al primer colegio apostólico, a saber el mandato expreso de Cristo, que sólo podía pronunciar su Vicario. Buscó juntamente con su frailes consejo en la oración, resolviendo después ir a Roma y presentarse al Papa.

Los cuatro nuevos frailes eran Juan de San Costanzo, Bárbaro, Bernardo de Vigilanzio [1] y el noble caballero Ángel Tancredo, que había seguido a Francisco desde el valle de Rieti [2].

---

[1] Se le designa de diversos modos: Bernardo de Vigilanzio, Bernardo Vigilanzo de Vida y Bernardo de Viridante.

[2] Waddingo (*Annales*, ad an. 1210) cuenta la entrada de Ángel Tancredo muy en consonancia con el carácter de Francisco. Viendo a Ángel en el valle de Rieti, el santo se le acercó diciéndole: «Has llevado ya bastante tiempo el cinto, la espada y las espuelas del mundo. Vente conmigo, que yo te armaré caballero del ejército de Cristo». Pero la fuente de este episodio se halla en el *Actus S. Franc. in Valle Reatina*, compilación de autoridad dudosa que data del siglo XIV. Ha sido publicada recientemente por el Prof. Penacchi en *Miscellania Francescana*, volumen XIII, págs. 6-21.

## Capítulo VII

## EL PAPA INOCENCIO APRUEBA LA REGLA DE LA ORDEN

Los días eran suavemente caldeados por los rayos del primer sol primaveral y la menor duración de la noche era una circunstancia que favorecía a los frailes, dada su escasez de ropa. Encaminábanse a Roma a largas jornadas; Francisco sentía una impaciente confianza. Llevaba consigo la Regla de vida que había escrito, la cual debía ser la carta ejecutoria de su alianza con Dama Pobreza. No ponía en duda que el Papa la confirmaría, porque siendo la Pobreza desposada de Cristo en su vida mortal, ¿cómo podía rechazarla el Vicario de Cristo?

Soñó una noche que pasaba por un camino, al lado del cual se alzaba un árbol de altura majestuosa que daba gozo contemplar; y como se detuviese a su sombra maravillándose de sus proporciones y hermosura, de pronto creció su propia estatura de tal suerte que pudo tocar la copa del árbol, inclinándolo sin ningún esfuerzo hasta el suelo[1]. Refirió el sueño a los suyos, no dudando que Dios se lo había enviado como presagio del triunfo de la Pobreza. Para aquellos hombres de alma inflamada y anhelante todas las cosas del cielo y de la tierra estaban ligadas a los destinos de su Dama Pobreza; entregados total y sinceramente a ella, juzgábanlo todo según su propio modo de ser.

Francisco, al emprender el viaje a Roma, había insistido sobre la conveniencia de que uno de los frailes, pero no él mismo, fuese elegido superior durante el camino. «Será nuestro capitán, y, para nosotros, como Vicario de Cristo —les dijo—. Iremos a donde nos conduzca y donde él se aposente, nos aposentaremos nosotros.» Recayó la elección sobre Bernardo de Quintavalle. Se pusieron entonces en camino e iban cantando las alabanzas de Dios o conversando de cosas espirituales, únicas que les parecían dignas de ser tratadas

---

[1] I Celano, 33; *Leg. 3 Soc.*, 53; *Leg. Maj.* III, 8.

detenidamente. A veces hacían alto en algún lugar apartado para entregarse en silencio a la oración y al caer el día buscaban en aquel mismo paraje un refugio donde pasar la noche. De este modo bajaron por el valle de Espoleto, cruzaron la alta meseta de Rieti y llegando a las tierras bajas de la Campaña Romana, entraron por fin en Roma.

Era para la mayor parte de ellos la primera visita a la Ciudad Eterna y sin duda con la fe profunda que era el distintivo del pueblo católico de aquellos tiempos, su primer pensamiento fué para el sepulcro de los Santos Apóstoles en la gran iglesia de San Pedro en la colina Vaticana. Debía, en efecto, a este sepulcro el ser Roma una ciudad santa y en cierto sentido el hogar de todos los cristianos. Al pasar los frailes por sus calles, preguntábase la gente de qué provincia venían aquellos hombres tan extrañamente vestidos; no podían sospechar que los que eran objeto de su curiosidad iban en breve a despertar toda la cristiandad, siendo los primeros factores de una revolución moral ante la cual la misma Roma se habría de inclinar respetuosamente. Mas, los romanos habían visto tanta variedad de penitentes y reformadores que se presentaban en la ciudad para caer muy pronto en olvido y descrédito, que sólo prestaban un interés pasajero a los nuevos visitantes, por extrañas que fuesen su apariencia y su conducta. Así, los doce frailes pudieron llegar sin estorbo hasta San Pedro no despertando más que una sorpresa momentánea. Y ellos, por su parte, absortos en el pensamiento de su sagrada misión y en la reverencia que les inspiraba el suelo que pisaban, no reparaban en la gente que hallaban al paso.

Debe advertirse por otra parte que, aún de andar menos entregados a sus cavilaciones, no les hubiera parecido del todo extraña la ciudad; porque entre Roma y Asís no existía a la sazón una marcada diferencia de carácter. El contraste que se nos ofrece hoy tan violento entre ambas ciudades, no era entonces tan palpable. El peregrino moderno que se traslada de la Ciudad Eterna a la ciudad de Umbría, pasa del lugar de confluencia tumultuosa de los dos ríos de la vida del mundo y de la vida del espíritu, donde la corriente del primero lucha tenazmente por dominar la corriente del segundo; pasa, decimos, al remanso de apacible riachuelo, donde el espíritu, trasladado a otras edades, reina sosegadamente. Roma se alza en nuestros días como un espíritu en lucha contra la materia; y así se alzó siempre en el curso de su historia. Asís es un espíritu que, después de vencer, goza el reposo. Pero, en el siglo XIII Asís era una república industriosa y agitada, consciente de sus derechos hasta la agresividad, con su corte episcopal, su senado, su mercado y sus partidos políticos, todo ello rebosando vida y rivalizando en

cierta medida con Roma en sus ambiciones y por sus instituciones. La vida en Roma se manifestaba en mayor escala, pero no era tan diferente en calidad o carácter que no pudiese fácilmente acostumbrarse a sus usos y participar de sus preocupaciones un ciudadano de Asís. De todos modos, aún en aquella época, la importancia de Roma era tal que exaltaba la imaginación de los habitantes de ciudades mucho mayores que Asís; lo cual puede afirmarse muy particularmente del pontificado de Inocencio III, cuando este Papa iba logrando que los reinos cristianos pasasen a ser vasallos, aún en el orden temporal, de la Sede Apostólica. No había en la vida de la cristiandad acontecimiento alguno, tanto en la política imperial como en la nacional, o en el dominio del pensamiento humano, o dentro de las esferas eclesiásticas, que de un modo u otro no se sometiese a la tutela pontificia. Inocencio usaba de su creciente autoridad con noble magnificencia, extendiéndose su solicitud tanto a las cosas de poco momento como a las más trascendentales [1]. Tal vez nadie como él ha sido realmente el amo del mundo. Daba lecciones a los reyes, imponía gobiernos a los pueblos, tenía a raya la herejía e intentaba todo lo que un legislador puede imaginar para reformar la moral. Daba fe de todas estas actividades la afluencia de visitantes en su corte; aquel era el lugar de cita de todo lo que en la Cristiandad tenía un valor positivo; apelaban unos, argumentaban otros, o sencillamente postrábanse los más a los pies del Papa.

En concepto de muchos Inocencio III no ha sido más que un hombre de estado, un teócrata ambicioso, minado por la pasión de extender la soberanía del papado a los negocios temporales; imagínanlo oponiendo hábilmente unos partidos a otros o subyugando con férrea voluntad y sagacidad de diplomático los poderes seculares rebeldes. Por fortuna, el carácter de Inocencio tenía otro aspecto. Era varón profundamente religioso, ascético en su vida privada y devorado por el celo de purificar el mundo cristiano y moldear los pueblos, social e individualmente, más de conformidad con la ley de Cristo [2]. Tras sus ambiciones políticas a favor de la Iglesia afirmábase la voluntad de dejar el mundo cristiano más puro y por decirlo así más divinizado que al principio de su pontificado; y no es inexacto decir que consideraba el aumento de autoridad del papado en lo temporal como medio de alcanzar mejor la santificación del mundo. Tuvo o no razón al pensar que el poder temporal

---

[1] Véase A. Luchaire, *Innocent III: Rome et l'Italie*, pág. 233 *seq.*

[2] Inocencio III es autor de un tratado ascético *De contemptu mundi*, que fué muy celebrado. Sus sermones respiran una ardiente piedad.

daría más fuerza a la Santa Sede para realizar su misión espiritual; cuestión es ésta sobre la cual disputarán los hombres hasta el fin del mundo. Mas no puede dudarse que lo que se proponía el Papa era la creación de una teocracia de las naciones cristianas, bajo cuyo gobierno se observarían mejor los preceptos evangélicos en todos los órdenes de la vida. Él mismo era el primero en darse cuenta de que la depuración de la cristiandad había de empezar por el clero; y no podía menos de advertir la fuerza arrolladora de las sectas reformadoras, las cuales, en frecuente conflicto con las autoridades y aún a veces cayendo en la herejía, denunciaban un estado de cosas, por desgracia existente, a saber: el amor desenfrenado del bienestar y del lujo, el frenesí de las ambiciones mundanas que se habían apoderado tanto de los seglares como de los eclesiásticos en las esferas más elevadas de la sociedad [1].

Las dificultades casi insuperables de la obra de reforma que se había propuesto Inocencio III, amargaban sus días; mas, no por ello cejaba en su empeño. Los cardenales eran hombres por él escogidos, que compartían sus puntos de vista en tan delicada materia. Si patrocinó la cruzada que debía derribar con la fuerza de las armas la extendida secta de los albigenses, debe recordarse que esta secta era política a la par que religiosa y constituía una amenaza constante contra la autoridad establecida, tanto la civil como la eclesiástica. Por otra parte, el Papa no confiaba este negocio al brazo secular exclusivamente; también trataba de estimular el celo de las órdenes monásticas para que se opusiesen con las armas espirituales a los avances de la herejía, enviando a este efecto a su encuentro predicadores que unían a la más sólida ortodoxia un severo ascetismo y una vida intachable [2].

Mas el peso inerte de un formalismo rígido paralizaba los esfuerzos del Papa por detener la corriente de los movimientos heréticos de reforma; y éstos crecían en fuerza y en audacia, a pesar de las cruzadas y de los misioneros apostólicos. Los herejes des-

---

[1] Inocencio aprobó en 1201 la Regla de los «Humiliati», sociedad ortodoxa, de la cual no obstante desconfiaron muchos obispos; en 1209 recibió la sumisión de Durán de Huesca y en 1210 la de Bernardo Primo, autorizándoles para que continuasen su predicación. Véase A. Luchaire, *Innocent III: la Croisade des Albigeois*, página 105; Migne, *Innocentii III Regest.*, Lib. XII, LXIX.

La actitud en general pacífica de Inocencio frente a los herejes forma sorprendente contraste con la dureza inexorable de algunos obispos. Véase Migne, *op. cit.*, Lib. II, CCXXVIII; A. Luchaire, *op. cit.*, pág. 58 *seq.*

[2] Inocencio hubiera renunciado de grado al concurso del brazo secular; mas, al ver que eran inútiles las medidas pacíficas, patrocinó la cruzada con su energía característica. Véase A. Luchaire, *loc. cit.*

afiaban al Papa, aún dentro del territorio pontificio[1]. Ciertamente, los movimientos de reforma, ya fuesen heréticos, ya ortodoxos —eran empero en su mayoría heréticos o cuando menos sospechosos—, expresaban todos el malestar y el descontento que sentían los católicos de sentido espiritual más aguzado y aún el mismo Papa. Ni los argumentos, ni las medidas represivas pueden apaciguar un sentimiento de protesta profundamente arraigado; y mientras exista éste, subsistirán también las herejías en pie de guerra o en estado latente, hasta que desaparezcan el descontento ante una renovación de orden espiritual o se caiga en la indiferencia en materia religiosa.

De mucho tiempo atrás la Iglesia no había podido presentar hechos convincentes que indujesen al pueblo a reconocer que era ella la única depositaria de aquella verdad que la cristiandad en peso reclamaba con hambre. No acertaban los hombres a definir la verdad y sí tan sólo a hablar de ella negativamente. No la hallaban en ninguna de las instituciones eclesiásticas, en ninguna de las tendencias religiosas de aquel tiempo; y no hallando en ellas lo que necesitaban, fácilmente deducían la falsedad de todo el sistema eclesiástico, que al parecer no tenía más finalidad que esclavizar el espíritu humano. No podían infundir a su auditorio un convencimiento contrario los predicadores oficiales y los populares, por más que se esforzasen unos y otros en demostrar que los males de la Iglesia, por deplorables que fuesen, no eran más que las heridas causadas por la maldad de los hombres en el cuerpo purísimo de Cristo. Pero, las heridas eran tan profundas como visibles y si algunos pocos daban crédito a las palabras de los predicadores y esperaban orando que se aclarase aquel misterio, la mayoría, en cambio, prestaba un oído indiferente o incrédulo. Aumentaba entretanto la agresividad de los herejes y su acción abría profundo surco en la vida del pueblo cristiano.

Tal vez los creyentes que esperaban una restauración religiosa tenían la intuición de la próxima venida de un profeta con la misión de llevar a sus almas el gozo y la libertad, el cual había de estar desligado de las tradiciones estrechas que limitaban la libertad y enturbiaban la visión de los predicadores ortodoxos; su simplicidad y su rectitud restituirían la verdad con toda su belleza, desprendiéndola de trabas y corruptelas, para mostrarla a ortodo-

---

[1] Tanto en Viterbo como en Orvieto los patarinos eran bastante poderosos para elegir cónsules a miembros de su secta. Véase Migne, *Innocentii III Regest.*, Libro II, 1, CCVII; Lib. VIII, CCLVIII. Véase *Acta S. S.*, mayo, tomo V, página 86 *seq.* A. Luchaire, *Innocent III: Rome et l'Italie*, págs. 84-91.

xos y herejes como hija legítima de la fe católica. ¿Cuándo aparecería tal profeta? ¿De qué manera se manifestaría al mundo? Era éste un misterio impenetrable, aún para los que abrigaban secretas esperanzas. Mas en medio de aquellas tinieblas, muy pronto había de apuntar la nueva aurora.

Es muy posible que el Papa hubiese tenido la visión del necesario reformador; porque Inocencio era a la vez un místico y un genio, y tanto el místico como el genio poseen una libertad de espíritu que el orden de cosas convencional no puede contener. Ello no obstante, llegado el momento de reconocer al reformador, obscurecióse la vista del Papa y Francisco sufrió una humillación.

Estos dos varones se hallaron frente a frente por vez primera en un corredor del palacio de Letrán. El Papa paseaba, absorto en sus vastos planes, cuando Francisco, cuya sencillez de alma le había inspirado el dirigirse directamente al Papa, compareció a su presencia y empezó a exponerle su petición. Tomándole el Papa por un fanático vulgar, con alguna aspereza le mandó retirarse [1].

Obedeció Francisco; pero no tardó mucho en dar por suerte suya con el obispo de Asís, que estaba de visita en la corte pontificia. No sabía el obispo que Francisco hubiese ido a la Ciudad Eterna y al verle alarmóse de momento, acaso creyendo que aquellos penitentes habían dejado para siempre Asís; mas al enterarse de la resolución de Francisco, ofrecióle al punto su apoyo.

Guido conocía perfectamente las dificultades que se opondrían al éxito de la petición de Francisco. Bien sabía que el que quiere ser escuchado en la corte necesita allí un amigo influyente. Además, en la corte romana no eran bien miradas las nuevas hermandades de penitentes, que cada día iban en aumento, con notable perjuicio de las antiguas órdenes monásticas [2]. El obispo, pues, obrando con la prudencia propia del hombre de negocios, quiso ante todo ganar a su causa a algún cardenal de los de mayor influencia. Ninguno era a su entender más indicado que el cardenal Juan de San Paulo, Obispo de Sabina. Llevaba este prelado una vida edificantísima; era uno de los cardenales de la corte de Inocencio, que más se dis-

---

[1] Véase la adición a la *Leg. Maj.*, III, 9 [ed. Quaracchi, 1898, pág. 28, núm. 1] por Jerónimo de Ascoli.

Jerónimo fué el sucesor de San Buenaventura en el generalato de la Orden. Dice haber venido en conocimiento de este incidente por el sobrino del Papa. Véase *Anal. Franc.*, III, pág. 365. Mateo de París *(Hist.*, ed. Watts, pág. 340) relata una curiosa historia de cómo el Papa al ver por primera vez a Francisco le mandó que «se fuese a revolcar en el cieno con los puercos».

[2] Cinco años después del Cuarto Concilio de Letrán prohibió la fundación de nuevas órdenes.

tinguían en la obra de reforma y eran notorios su desprendimiento de las cosas de este mundo y su alta espiritualidad. Al serle presentado Francisco, el cardenal estaba ya dispuesto favorablemente a escucharle, enterado por el obispo Guido del total renunciamiento y del celo ardiente del nuevo reformador. Complacíale también el respeto que profesaba a los prelados y al clero, cosa insólita entre los novadores de aquel tiempo. No obstante, con el espíritu conservador propio de un hombre de estado, no comprendía que fuese necesaria la creación de una nueva orden religiosa. Mas les valiera a aquellos hombres entrar en alguna de las órdenes existentes; así obrarían con mayor prudencia y su fervor contribuiría a restablecer la perfección prístina de las antiguas órdenes. Aconsejábales, pues, que desistiesen de su petición e ingresasen en algún monasterio. Mas Francisco se mantuvo firme —con suave y humilde firmeza—, en su convencimiento de que Dios no le había llamado a la vida monástica ni a la eremítica, en la forma existente, sino a una nueva vida, basada en la simple observancia del Evangelio. Al cabo de pocos días, el cardenal mudaba de parecer; había descubierto en aquellos hombres un espíritu diferente del observado en otros y comprendía que se iba a revelar algo nuevo en los designios de Dios para con la Iglesia. Firmemente convencido de la bondad de la causa de Francisco, decidió llevarle a presencia del Papa y ser su abogado.

Así pues, Francisco se postró otra vez a los pies del Padre Santo; pero, ahora le habían preparado el camino y el gran Pontífice, a pesar de su severo continente, hallábase en la mejor disposición de ánimo para escuchar lo que había de decir Francisco en nombre propio y en el de sus hermanos. Con la mayor sencillez, expuso aquél la norma de vida que deseaba observar con aprobación del Papa. Al declarar su propósito de vivir en la más absoluta pobreza, sin guardar nada para el día de mañana y confiando únicamente en la Providencia Divina y la caridad de los hombres; no llevando nada consigo en los viajes, ni oponiendo resistencia a los malos tratos; sirviendo al prójimo y trabajando como los pobres; rehusando todo poder y autoridad sobre los demás; produjose entre los cardenales un movimiento de desaprobación. Algunos creían ver en esta doctrina una peligrosa semejanza con las innovaciones de los reformadores; a todos parecíales una regla superior a la resistencia de la naturaleza humana. A todos, menos al Cardenal Juan de San Paulo, que se levantó para responder a los objeciones, hablando así: «Si por nueva y por austera en extremo desecháis la súplica que este pobre os hace, como quiera que se reduce a pedir que le sea sancionada una norma de vida, ya explícita en el santo Evan-

gelio, miremos de no inferir juntamente un manifiesto agravio al mismo santo Evangelio. Porque si alguien asegura que en la estricta observancia de la perfección evangélica, o en el voto de atenerse a ella, se contiene algo nuevo, o irracional o imposible de cumplir, queda convicto de haber blasfemado contra el mismo Cristo, divino autor del Evangelio». A lo cual el Papa, asintiendo a las palabras del santo cardenal, dijo a Francisco: «Ruega, hijo, a Cristo para que por ti nos dé a conocer su voluntad, y cerciorándonos de sus divinas disposiciones, más seguramente podamos acceder a tus piadosos deseos» [1].

Era aquél un momento crítico para los frailes, pero Francisco sentíase muy esperanzado. «Acudió confiadamente a Cristo y se puso en oración, excitando a sus hermanos a hacer lo mismo», dice el cronista. Mientras oraba, le fué inspirada como por una voz interior la siguiente parábola: Vivía en el desierto una mujer pobre, pero hermosa. Con su extremada belleza cautivó el corazón de cierto rey. Éste la tomó por esposa y le dió algunos hijos hermosísimos también. Cuando hubieron éstos crecido y poseían la educación correspondiente, reuniólos su madre y les habló así: «Hijos míos, no os queráis avergonzar de que sois pobres; recordad que todos sois hijos de un gran rey. Id confiada y alegremente a su palacio y pedidle cuanto necesitéis». Al escuchar tales razones, admiráronse y alegráronse en extremo, y enorgulleciéndose con la noticia de su real estirpe, sabiendo que eran los herederos del reino, juzgan su miseria como inapreciable riqueza. Preséntanse audazmente al rey y no temen ante su presencia, pues en su rostro reconocen una imagen del propio. Reconociendo el rey en ellos también una semejanza suya, pregunta con interés de quién son hijos. Y habiendo ellos afirmado ser hijos de aquella mujer pobre que vivía en el desierto, abrazólos el rey efusivamente y dijo: «En verdad sois mis hijos y herederos; no queráis temer, pues si de mi mesa participan los extraños, más justo es que coman aquellos a quienes pertenece el derecho de la herencia». En consecuencia, ordena el rey a la mujer que envíe a su palacio todos sus hijos para que allí vivan [2].

Con esta parábola en los labios acudió Francisco a la audiencia que el Papa le concedió poco después, añadiendo al terminar su relato: «Santísimo Padre, yo soy aquella pobre mujer a quien Dios ha amado tanto y ha honrado de tal manera en su misericordia».

---

[1] *Leg. Maj.*, III, 9; *Leg. 3 Soc.*, 47-49; I Celano, 32-33; II Celano, 16; *Anon. Perus.*, *loc. cit.*, pág. 590.

[2] II Celano, 16; *Leg. 3 Soc.*, 50; *Leg. Maj.*, III, 10; *Anon. Perus.*, *ut supra.*

Inocencio escuchó atónito al trovador vestido de penitente. A pesar de su larga experiencia de los hombres y de las cosas, el caso era nuevo y singular; tal vez en aquel momento empezó a comprender con celestial iluminación que lo que necesitaba el mundo para su purificación era el espíritu del trovador enderezado al servicio de Cristo. Sintióse al punto atraído poderosamente por aquel hombre a quien antes rechazara y recordó un sueño que tuviera tiempo atrás y, por lo que entendía ahora, próximo a realizarse. Había soñado que San Juan de Letrán, la iglesia madre de la cristiandad, amenazaba inminente ruina y un religioso de pequeña estatura y humilde apariencia la sostenía apoyando con sus hombros los muros. Reconociendo en Francisco al hombrecillo del sueño [1], manifestóle sin titubear su buena voluntad y le aprobó verbalmente la Regla presentada. Francisco entonces prestó obediencia al Papa, hecho lo cual éste ordenó a los frailes que a su vez prestasen obediencia a Francisco. Así quedó establecida oficialmente la familia franciscana y admitida con carácter provisional en la ley de la Iglesia; porque, con la cautela propia del hombre de estado, Inocencio se reservó dar una aprobación definitiva hasta que la nueva hermandad hubiese dado pruebas de merecerla. Finalmente, habiendo Inocencio reconocido a los frailes, dióles licencia pontificia para predicar al pueblo la penitencia, es decir, no para exponer los dogmas de la fe, lo cual incumbía a los predicadores regulares versados en teología, sino para exhortar al pueblo a vivir cristianamente, amando a Dios y aborreciendo el pecado: «Id con el Señor, hermanos —les dijo—; y según Él se digne inspiraros, predicad a los hombres el arrepentimiento. Cuando el Todopoderoso os haya multiplicado en número y en gracia, volved a mí con regocijo, que más seguro entonces de vosotros, yo os conferiré mayores poderes» [2].

Hubo aquel día en la corte pontificia un hombre que no podía disimular su satisfacción por el resultado de la petición de los frailes. Éstos, en los pocos días de su estancia en Roma, habían ins-

---

[1] II Celano, 17; *Leg. 3 Soc.*, 51; *Leg. Maj.*, III, 10.

[2] I Celano, 33; *Leg. 3 Soc.*, 51; *Leg. Maj.*, III, 10. En la Edad Media la predicación de la penitencia era una facultad reconocida y frecuentemente otorgada a los seglares. Este género de predicación consistía en exhortaciones morales, pero excluía la exposición de los artículos de la fe y de los sacramentos. Véase la Carta de Inocencio III a los ministros de los «Humiliati», «*Incumbit nobis*», 7 de junio de 1201 (Tiraboschi, *Vetera Humil. Mon.*; I, pág. 128). Véase P. Hilarin Felder, *Histoire des Études dans l'Ordre Franciscain*, pág. 39 *seq.* Inocencio había concedido permiso de predicar a los «Humiliati» en 1201; en 1209 había dado un permiso más alto a Durán de Huesca y a Bernardo Primo.

pirado al Cardenal Juan de San Paulo gran reverencia y afecto; proponíase el cardenal tomarlos bajo su especial protección en la corte romana y ser para ellos en nombre de Dios un verdadero padre [1].

Antes de su partida confirióles la pequeña tonsura [2], señal exterior del estado eclesiástico, a fin de que gozasen de mayor libertad y prestigio en el ejercicio de la predicación. En su fuero interno pensaba que al vincular a la jerarquía eclesiástica aquellos penitentes gozosos y humildes, proponíalos como ejemplo al clero y daba comienzo a la obra de depuración del mismo [3].

El lector sentirá tal vez la curiosidad, que muchos antes que él sintieron, de conocer más exactamente la Regla aprobada por Inocencio III en su primera redacción. Porque la Regla de los Frailes Menores sufrió después muchos cambios y modificaciones antes de recibir en 1223 la solemne aprobación de Honorio III. La Regla definitiva es en muchos puntos el resultado de la experiencia y del estado de cosas creado por el desarrollo de la hermandad que Francisco en un principio no había previsto; el hermoso idealismo de sus primeras inspiraciones queda algo atenuado por las exigencias temporales, así como el oro puro necesita la aleación de un metal de más dureza. Imponíase la necesidad de mezclar una cierta dosis de previsión humana a la alteza y heroísmo del espíritu de Francisco, para uso de la multitud que había de seguir sus pasos, cuando el entusiasmo primero empezara a entibiarse. No disponen de otro arbitrio los idealistas para que sus seguidores no les abandonen, tanto en el seno de la Iglesia como fuera de ella. Mas los que aman la memoria de Francisco se referirán siempre con predilección a los primeros tiempos de su historia, antes de que las exigencias humanas depositasen en su espíritu un sedimiento de ansiedad y angustia que le obligaba a recordar con ternura nostálgica aquellos años pasados, como suele acontecer a los ancianos que recuerdan la juventud lejana.

Por desgracia, el pergamino en que estaba escrita aquella primera Regla según parece no fué conservado, cuando algunos años

---

[1] Véase *Leg. 3 Soc.*, 48: «*Volebat ex tunc sicut unus de fratribus reputari.*»

[2] «Fecit *coronas parvulas* fieri», dice San Buenaventura (*Leg. Maj.*, III, 10), distinguiéndola evidentemente de la gran tonsura monástica. Hasta el fin de sus días rehusó Francisco llevar la gran tonsura: véase II Celano, 193. Dicen algunos que por aquel mismo tiempo recibió también Francisco el diaconado. Véase Waddingo, *Annales*, ad an. 1210.

[3] Más adelante tuvo el Cardenal Hugolino un pensamiento parecido, cuando se propuso nombrar obispos a frailes de las nuevas órdenes franciscana y dominicana. Véase *Spec. Perfec.* [ed. Sabatier], cap. 43.

después Francisco juzgó necesario volverla a escribir con más detalles. Los que hoy desean conocer la Regla que Inocencio III aprobó verbalmente a instancias del Cardenal Juan de San Paulo, deben separar los pasajes primitivos de las adiciones posteriores, con las que quedaron amalgamados en el texto que se denomina «Primera Regla» o «Regla de 1221». Esta Regla es una compilación de la primitiva, de las prescripciones capitulares y de los decretos pontificios, redactada por Francisco en su forma actual, en 1221, con la ayuda de fray Cesáreo de Espira[1]. Al final de este libro hallará el lector un análisis de esta compilación[2], en el que se especifican las diversas partes que la componen; pero a continuación transcribiremos los pasajes que sin ningún género de duda pueden aceptarse como primitivos. Tal vez la Regla Primitiva contenía otros detalles de reglamento que no podemos precisar y que por otra parte debieron ser de menor importancia. La Regla que reproducimos aquí es un fiel trasunto de la vida de los primeros frailes tal cual nos la refiere la historia. Nada de esa vida se omite en la Regla; la una es espejo de la otra.

La Regla Primitiva empezaba de un modo esencialmente católico, invocando a la santísima Trinidad. En una declaración preliminar se prometía obediencia al Papa y a continuación comenzaba la Regla en estos términos: *

La Regla y vida de los frailes es ésta, conviene a saber: vivir en obediencia, castidad y sin propio, y seguir las enseñanzas y los pasos de Nuestro Señor Jesucristo, cuando dice: «Si quieres ser perfecto, anda y vende cuanto tienes, y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; ven después y sígueme»[3]. Y también: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y cargue con su cruz, y sígame»[4]. Además: «Si alguno de los que me siguen no aborrece a su padre y madre, y a la mujer y a los hijos, y a los hermanos y hermanas, y aún a su vida misma, no puede ser mi discípulo»[5]; «y cual-

---

[1] Esta «Regla Primera» de 1221 no debe confundirse con la Regla de 1223 a que se hace referencia en el texto.

[2] Véase Apéndice I: La Regla Primitiva de San Francisco.

* [Como comprenderá fácilmente el lector, la ingeniosa reconstrucción que el texto nos da de la Primitiva Regla, muy digna de ser tenida en cuenta por la indiscutible competencia de nuestro autor, no pasa de la categoría de mera hipótesis, considerada por algún crítico como algo aventurada.] — *Nota de los Editores.*

[3] Matth., XIX, 21.

[4] Matth., XVI, 24.

[5] Luc., XIV, 29.

quiera que habrá dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o esposa, o hijos, o heredades, por causa de mi nombre, recibirá cien veces más y poseerá la vida eterna» [1].

* * *

Si por inspiración divina alguien quisiere tomar esta vida y viene en busca de nuestros frailes, acójase benignamente. Hecho lo cual venderá cuanto posea y dará su producto a los pobres.

Y los frailes todos se vistan de viles vestiduras, y puedan remendarlas de sacos y de otros remiendos con la bendición de Dios; porque Nuestro Señor dice en el Evangelio: «Los que visten preciosas ropas y viven en delicias, en palacios de reyes están» [2].

No habrá entre los frailes ninguno que tenga poder o dominio, especialmente sobre los demás. Porque dice el Señor en el Evangelio: «No ignoráis que los príncipes de las naciones avasallan a sus pueblos, y que sus magnates las dominan con imperio. No ha de ser así entre vosotros, sino que quien aspirase a ser el primero entre vosotros debe ser vuestro criado; y el que quiera ser mayor entre vosotros ha de ser el menor» [3]. Ni obrará mal un fraile contra otro o hablará de él; al contrario, por la caridad del espíritu los frailes voluntariamente se servirán y obedecerán unos a otros. Y esta es la verdadera y santa obediencia de Nuestro Señor Jesucristo.

* * *

Los frailes que saben hacer algún trabajo, trabajarán y practicarán el mismo oficio que conocen, si no es contrario a la salvación de su alma y pueden ejercerlo honestamente. Porque dice el profeta: «Porque comerás el fruto del trabajo de tus manos, dichoso serás y todo te irá bien» [4]. Y dice el Apóstol: «Quien no quiera trabajar tampoco coma» [5]; y viva cada cual en el estado y oficio a que fué llamado [6]. Y pueden recibir por su trabajo todo lo que es útil, menos dinero. Y si fuese necesario, podrán ir a pedir limosna como los demás frailes.

* * *

Procuren todos los frailes seguir en la humildad y pobreza de Nuestro Señor Jesucristo y recuerden que no les corresponde tener nada del

---

1 Matth., XIX, 29.
2 Luc. VII, 25.
3 Véase Matth., XX, 25-27; XXIII, 11.
4 Psalm., CXXVII, 2.
5 2 Thess., III, 10.
6 Véase I Cor., VII, 24.

mundo, salvo lo que dice el Apóstol: «Teniendo, pues, qué comer y con qué cubrirnos, contentémonos con esto»[1]. Y deben regocijarse de su consorcio con personas rudas y despreciadas, con pobres, y flacos, y enfermos, y leprosos, y con los que piden limosna en el camino. Y si fuese necesario, pueden ir mendigando.

* * *

Y todos los frailes se guardarán de calumniar a nadie, y de contiendas de palabras[2]; por el contrario tengan cuidado en observar el silencio cuando el Señor les concede esta gracia. No contiendan entre sí ni con otros, mas cuiden de contestar humildemente: «Somos siervos inútiles»[3].

* * *

Cuando los frailes vayan por el mundo no llevarán nada para el viaje, ni bolsa, ni alforja, ni pan, ni dinero, ni bastón. Al entrar en cualquier casa dirán primeramente: «Paz sea en esta casa». Y perseverarán en aquella misma casa, comiendo y bebiendo de lo que se les pusiere delante[4]. Y no harán resistencia al agravio[5]; mas si alguno les hiriere en la mejilla, le presentarán asimismo la otra; y a quien les quitare la capa, no le impedirán que se lleve aún la túnica. Darán a todo el que les pida; y al que les robe sus cosas, no se las demandarán[6].

* * *

Todos los frailes serán católicos y vivirán y hablarán a la manera de católicos. Pero si alguno de ellos se apartase de la fe o de la vida católica de palabra o de obra, y no se quisiese enmendar, será enteramente expulsado de nuestra hermandad. Y consideremos a los clérigos y religiosos como señores nuestros, a causa de aquellas cosas que conciernen a la salvación del alma y no se desvían de nuestra religión[7]; y su orden, oficio y ministerio debemos reverenciar en el Señor.

---

[1] I Tim., VI, 8.
[2] Véase II Tim., II, 14.
[3] Luc., XVII, 10.
[4] Luc., IX, 3; X, 4-8.
[5] Véase Matth., V, 39.
[6] Véase Luc., VI, 29 y 30.
[7] Por «religión» se entiende aquí la Regla de la Orden.

* * *

Anuncien todos mis hermanos con la bendición de Dios estas exhortaciones, alabanzas y otras cosas semejantes cuantas veces les plazca y delante de cualquier auditorio: «Temed y honrad, alabad y bendecid, y dad gracias, y adorad al Señor Dios Omnipotente en su Trinidad y Unidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Criador de todo». Haced penitencia [1]; haced dignos frutos de penitencia [2], porque habéis de saber que pronto moriréis. Dad y se os dará [3]. Perdonad y seréis perdonados [4]. Que si no perdonáis a los hombres sus pecados, tampoco el Señor os perdonará los vuestros [5]. Confesad todos vuestros pecados [6]. Bienaventurados los que mueren haciendo penitencia, porque ellos entrarán en el reino de los cielos. Ay de los que no mueren en penitencia, porque serán hijos del demonio, cuyas obras hacen [7], e irán al fuego eterno.

Temed todo mal y absteneos de él, y perseverad en el bien hasta el fin.

Seguía una breve exhortación a los frailes para que guardasen y observasen estas palabras; y la Regla terminaba con esta doxología: «Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo; como era en el principio, así ahora y siempre, y en los siglos de los siglos. Amén».

Ahora, lector, acaso entiendas y quizá compartas la inquietud de los prelados que escuchaban la lectura de esta Regla propuesta para constituir una nueva sociedad. Mas para apreciar debidamente sus dudas y oposición, has de recordar quienes eran los hombres que se proponían observar aquella norma de vida. No eran legistas expertos que iban a interpretar el heroísmo simple y escueto de los preceptos evangélicos, adaptándolos hasta cierto punto a la flaqueza de la naturaleza humana. Entendíanlos al pie de la letra y sin glosa. Renunciaron a toda clase de bienes y se redujeron al estado vulgar de braceros y mendigos; despreciaron todo título honorífico y no quisieron ejercer autoridad alguna; más aún, propusiéronse no oponer resistencia al mal que contra ellos se intentase. Habían dado repetidas pruebas de su temple de alma, ¿era posible fundar sobre tales principios una nueva sociedad?

---

[1] Matth , III, 2.
[2] Luc., III, 8.
[3] Ibíd., VI, 38.
[4] Ibíd., VI, 37.
[5] Marc., XI, 26.
[6] Jac., V, 16.
[7] Véase Joan , VIII, 44.

Novecientas noventa y nueve personas entre mil hubieran vacilado antes de dar su aprobación a semejante proyecto. Una cosa es promulgar preceptos heroicos para señalar a determinados individuos el camino de perfección; otra cosa es obligar a un conjunto de hombres a observar la perfección absoluta sancionada por la autoridad. Precisamente esto último es lo que Francisco parecía pedir. Los políticos, los hombres prácticos no admiten a la ligera lo que se sale de las sendas frecuentadas, lo que impele las cosas a sus últimas consecuencias, lo que cierra el paso a una retirada prudente. Sólo los poetas, los profetas, los idealistas pueden adoptar esa línea de conducta; también los místicos y los santos.

Afortunadamente, Francisco, santo y poeta, tenía a su lado al santo Cardenal de San Paulo; y era mayor fortuna todavía que el Papa Inocencio y muchos de sus consejeros fuesen hombres en quienes el profundo sentido religioso iba unido a las dotes del buen gobernante.

La Regla Primitiva era en suma el programa de una nueva tentativa espiritual; como a tal, y para aquilatar su valor, quiso Inocencio III aprobarla.

Inocencio mismo, escudado en su fe, se había lanzado a audaces aventuras; harto lo supieron sus sucesores al recoger su herencia entre los repliegues de la diplomacia secular. Severo, altanero, magnificentísimo, aquel pontífice sintióse tal vez unido por cierto parentesco espiritual al humilde, dulcísimo Francisco. La fe inquebrantable que lo arriesga todo ¿no fué por ventura patrimonio de ambos?

# LIBRO SEGUNDO

## CAPÍTULO I

### RIVO-TORTO

Francisco y sus compañeros, al partir de Roma después de la audiencia pontificia, no tenían más pensamiento que hacerse dignos de la confianza de Inocencio. La benevolencia del Papa había levantado sus ánimos y prendido nueva llama en sus corazones. Sentían un júbilo semejante al del soldado que ha merecido su primer galón.

Antes de su partida visitaron una vez más las tumbas de los Apóstoles; después volvieron el rostro en dirección a Umbría. No pasaron por el valle elevado de Rieti, sino por las llanuras que bordean el Tíber hasta su entrada en el valle de Nera. Durante el camino comentaban los acontecimientos de los últimos días, encarecían las gracias portentosas que Dios les otorgaba, ponderaban la Regla y discurrían la mejor manera de realizar la obra que Cristo y su Vicario les había confiado. Iban tan embelesados en sus pláticas que, sin prever las necesidades del cuerpo, halláronse a cosa de mediodía en un lugar solitario donde no se veía ninguna habitación. Habían andado desde la primera hora matutina y sentíanse cansados y hambrientos. Preguntábanse cómo podrían hallar algún sustento en aquella soledad, cuando de pronto apareció por allí un hombre que llevaba algunos panes, el cual, acercándose a ellos, les rogó partiesen con él su provisión. Reconfortados de esta suerte, vieron los caminantes en la venida de aquel desconocido una prueba más de la Providencia Divina y prosiguieron su jornada firmemente convencidos de que siempre Dios les socorrería[1].

Llegaron por fin a las inmediaciones de Orte, donde confluyen el Nera y el Tíber. A poca distancia de la población descubrieron un lugar retirado donde los antiguos etruscos habían enterrado a sus muertos. Las cuevas que en otras edades sirvieron de tumbas,

---

[1] I Celano, 34; *Leg. Maj*, IV, 1.

les brindaron abrigo; allí resolvieron los frailes permanecer algunos días para entregarse a la oración y meditación; porque al empezar, por decirlo así, de nuevo su misión, sentían la necesidad de concentrar y robustecer las energías del alma en comunión no interrumpida con Dios.

Por espacio de quince días residieron en aquel lugar. Iba diariamente a la población uno de ellos para mendigar el sustento de todos. Si después de la comida sobraba algo, dábase a los pobres que por allí pasaban o guardábase en uno de los sepulcros para la refección del día siguiente. Mas hubieron de resolver seguir adelante; acometíales en su retiro un tentación sutilísima: penetrados de la dulzura de la soledad, se preguntaban si tal vez cumplirían mejor su vocación separados de los lugares habitados por los hombres y consagrándose totalmente a la oración y a la vida contemplativa. Ninguno sentía más poderosamente que Francisco la atracción de la soledad; pero, considerando el caso, sin dejar el auxilio de la oración, vino él a comprender que corrían el riesgo de ser infieles a su llamamiento. El caballero pobre de Cristo no debía tener morada sobre la tierra, sino andar por el mundo ganando almas a Dios. No acamparon ya más [1]; siguieron el curso del Nera turbulento por el valle oscuro y nemoroso que conduce al campo abierto del valle de Espoleto, y continuaron hasta Asís.

No se instalaron esta vez en la Porciúncula, quizá por ser ya en número demasiado crecido para habitar la reducida cabaña levantada por Francisco; quizá porque, después de la tentación que les afligiera en la soledad de Orte, no se atreviesen a fijar su morada con carácter permanente. Sea cual fuere el motivo, alojáronse a su regreso en una choza abandonada en Rivo-Torto [2], lugar situado a media hora de la ciudad, en el llano en dirección a Cannara. No lejos de allí estaba la leprosería de Santa Maria Maddalena y atravesando el bosque se podía ir fácilmente a la capilla de la Porciúncula en igual espacio de tiempo que a la ciudad [3].

---

[1] I Celano 34-5.

[2] «*Quoddam tugurium ab hominibus derelictum*», se lee en *Leg. 3 Soc.*, 55.

[3] Se ha discutido mucho acerca del emplazamiento exacto del refugio de Rivo-Torto. En el siglo XVI edificóse una iglesia en el lugar supuesto; existe en el día de hoy, y sus custodios no dudan de la legitimidad de sus pretensiones.

Mr. Sabatier *(Spec. Perf.*, pág. 95, núm. 1) afirma que el refugio de los frailes estaba junto a la leprosería de Santa Maria Maddalena, fundándose en las palabras de Bartholi que lo describe así: «*ultra Sanctam Mariam (i. e. de Portiuncula) per spatium parvis miliaris juxta hospitale leprosorum*». Pero, no pueden darse por exactas las medidas de Bartholi. No obstante, por las palabras de *Leg. 3 Soc.*, 55: «*Reliquerunt igitur dictum tugurium ad usum pauperum leprosorum*», parece probable que el refugio estuvo más cerca de la leprosería que la iglesia actual de Rivo-

Con todo, aquella choza no había sido construída para dar asilo a doce hombres; y como los frailes, llenos de solicitud recíproca, se quedaban a la intemperie unos u otros para que los demás estuviesen menos incómodos en el interior, Francisco señaló con yeso en la pared el lugar que a cada uno correspondía, a fin de que todos pudiesen orar y descansar después del trabajo de la jornada.

Según parece, los frailes permanecieron en Rivo-Torto hasta entrada de invierno, o más. Tuvieron mucho que sufrir en cuanto a bienestar corporal. No solamente el espacio de que disponían era exiguo, mas también les faltaba el necesario sustento; carecían aún de aquella pobrísima comida a que estaban acostumbrados y algunas veces para calmar el hambre habían de comer raíces de remolacha, manjar de bestias [1].

No se sabe que durante este período emprendiesen misión alguna. Sin duda Francisco creía más prudente que los frailes diesen un avance por los caminos de la pobreza, practicando el trabajo manual y sirviendo a los leprosos, formándose en fin en la obediencia y en la oración [2]. Tal vez juzgaba también que la tormenta política que a la sazón se desencadenaba sobre Umbría era un obstáculo para que sus neófitos pudiesen desempeñar con éxito su labor de misión. El emperador Otón IV, coronado por el papa el año anterior, había faltado a su juramento de fidelidad a la Santa Sede, sus fuerzas se diseminaban por el Valle de Espoleto, producían estragos en los territorios de Perusa y reducían la Umbría al poder imperial. A principios de aquel año Otón había otorgado a uno de sus capitanes, Dipold de Acerra, el ducado de Espoleto, vacante desde la expulsión de Conrado de Lutzen; y cuando en 28 de febrero Perusa prometió defender el patrimonio de la Santa Sede, Otón dejó que sus tropas se desbordasen por la Umbría, sujetando sus ciudades y entregándose al saqueo. En otoño el emperador atravesó el valle dirigiéndose a Rieti. Probablemente fué en esta ocasión que Francisco envió a su encuentro a uno de sus frailes para anunciarle la breve duración de su poder [3]. De esta suerte en aque-

---

Torto. Quisiera aquí exhortar a que se conservasen con mayor reverencia que hasta el presente las capillas de Santa Maria Maddalena y San Rufino d'Arce; no hay en las inmediaciones de Asís lugares más indicados para venerar la memoria de Francisco, porque era allí donde con tanta frecuencia cuidaba a los leprosos. ¿Podemos esperar que no tardará el día en que serán tratados con el debido respeto?

[1] *Leg. 3 Soc.*, 55.

[2] I Celano, 45.

[3] *Ibid.*, 43. El cronista parece suponer que este incidente tuvo lugar cuando Otón se dirigía a Roma para recibir la corona imperial («*ad suscipiendam coronam*»);

llos días de retiro de Rivo-Torto aprovechaban los frailes la ocasión de cumplir su deber de misioneros anunciando la palabra de Dios a los transeúntes o a la gente humilde cuyas labores compartían.

Francisco personalmente hizo más. A su regreso de Roma empezó su predicación no sólo en las plazas de la ciudad, sino también en los templos. La pequeña iglesia de San Gregorio fué la primera donde predicó [1]; allí mismo Bernardo de Quintavalle había repartido sus bienes a los pobres.

Poco tiempo después los canónigos de la Catedral le instaron para que predicase en la misma Catedral los domingos [2]. Los sermones tenían lugar a primera hora de la mañana, que es la que prefieren generalmente los italianos para ir a misa. Al objeto de recogerse mejor, llegaba Francisco a Asís el sábado por la tarde y pasaba la noche en una casa que daba al jardín del cabildo y lindaba con la Catedral. Su sueño era breve, pudiendo así prepararse con largas horas de oración [3].

Es difícil describir el efecto producido por Francisco al subir al púlpito de la Catedral; es preciso haber visto a un público italiano pendiente de las palabras de un orador popular para poder reconstituir la escena. El pueblo italiano es sumamente impresionable y poco le cuesta llorar o reír, aplaudir a un orador o burlarse de él. Descubre al punto la falta de sinceridad de quien le habla y tiene en poco aprecio los efectos rebuscados. Quien pretenda hacerse suyo semejante auditorio ha de hablar con el corazón en la mano y presentar las ideas en forma dramática, prodigando los gestos y movimientos. Por decirlo así, toda la persona, cuerpo y alma, debe hablar, si quiere el orador ser escuchado; cuando logra mover a los oyentes, correspóndenle éstos de una manera igualmente expresiva, exteriorizando su aprobación o desagrado ora con palabras, ora con gestos, ora por el contrario con la tensión y rigidez de todo el cuerpo.

---

mas, se cree que Otón no pasó por Asís al ir a Roma en aquella ocasión, sino por Viterbo (véase F. Boehmer, *Regesta Imperii*, V, pág. 96).

Con todo, después de su coronación pasó Otón por Asís en diciembre de 1209. y otra vez al ir a Rieti en 1210. En noviembre de este último año estaba en Rieti; en el mismo mes fué excomulgado por el Papa (véase Boehmer, *ibid.*, págs. 103 y 126-7; Gregorovius, *Hist. of the City of Rome* [traducción inglesa], volumen V, parte I, págs. 86-93. Es posible que el desvergonzado pillaje de los territorios pontificios acarrease a Otón el aviso profético de Francisco.

[1] *Chron. Jordani*, núm. 50 (*Anal Franc.*, I, pág. 16); *Leg. Maj.*, IV, 4.

[2] *Leg. Maj.*, IV, 4.

[3] La habitación en que Francisco se alojaba se enseña todavía al que visita el Duomo de Asís.

Francisco por carácter y temperamento era el prototipo del italiano. Cuando le dominaba un sentimiento, todo su ser reflejaba su emoción. Instintivamente, sin esfuerzo, exteriorizaba con ademanes sus pensamientos; con palabras vibrantes traducía la exaltación de su corazón, y el movimiento de brazos y pies y todo el cuerpo era el acompañamiento adecuado de su lenguaje [1]. Poseía además el don propio del orador que subyuga a sus oyentes: la voz armoniosa, que modulaba en consonancia con el género de sus emociones [2]. Cierto es que no tenía buena presencia; era pequeño y macilento; y el hábito grosero y mal ajustado fijaba las miradas más que la delicadeza de sus facciones [3]. Pero en cuanto abría la boca, olvidábase su menguada figura y el fuego interno que le consumía despedía fulgores que iluminaban con la luz de la verdad las conciencias del auditorio. Jamás estudió retórica; hablaba sin rodeos de la abundancia del corazón, con sentencias de profundo sentido, gráficas y concisas. Su lenguaje sin artificio semejaba al del pueblo; no pedía a las escuelas la fraseología alambicada, pero la llaneza de sus palabras era realzada por su manifiesta sinceridad, así como por la presentación dramática del pensamiento, o por la sensibilidad poética inspirada en la naturaleza. Terminado su discurso, solía ocurrir que al querer recordar sus palabras, éstas parecían en sí insípidas o vulgares, no vivificándolas el ardor con que fueron pronunciadas. El ascendiente de Francisco estaba en su propia persona, no en sus palabras. No presentaba ninguna nueva doctrina que cautivase el pensamiento. Era una llama que encendía la fe vacilante de sus oyentes; abríales los ojos a las claridades del cielo y a esta luz conocían mejor su alma y avivábase en ellos el deseo de una vida más alta. En tales ocasiones «representábase a cuantos le veían más un hombre bajado del cielo que nacido en la tierra, pues su rostro, siempre encendido, mirando al cielo, y los ojos siempre fijos en él, y tras ellos todo su pensamiento, comunicaban a su aspecto y palabras un algo divino que a quienes le oían y trataban despertaba afectos y deseos ardentísimos de la patria dichosa» [4]. Con certera penetración descubría las conciencias; pero tenía su voz acentos de afecto que no dejaban sentir el aguijón y sí sólo excitaban a confesar la verdad. Parecía leer en los corazones y hablar por ellos, cual si de pronto se hallasen en la presencia de Dios.

---

[1] Véase I Celano 73, 86; II Celano 107.

[2] «*Vox vehemens, dulcis, clara atque sonora.*» (I Celano, 83.)

[3] Véase la carta de Tomás de Spalatro; véase también la predicación de Francisco en Bolonia en el Libro III, capítulo VII de este libro.

[4] *Leg. Maj.*, IV. Véase II Celano, 107.

Un ejemplo de la substancia de su predicación lo tenemos en las cartas y exhortaciones escritas que solía dirigir al pueblo por mediación de los frailes cuando sus dolencias le impedían salir a predicar. Así podemos imaginarle en la Catedral de Asís, ante la aglomeración de fieles, estremeciéndose su cuerpo por la fuerza de la emoción, grave la expresión del rostro y hablando por este estilo: «No hemos de ser doctos y prudentes según la carne, sino simples, múltiples y puros. Debemos tener en ignominia y desprecio nuestros cuerpos, porque todos por nuestra culpa no somos más que unos miserables, llenos de corrupción, fruta podrida, gusanos de la tierra, como nos dice el Señor por boca del real Profeta: Soy gusano y no hombre, oprobio de los hombres y desecho de la plebe[1]. No hemos de desear nunca ser mayores que los demás, sino servir y estar sujetos a toda criatura humana por amor de Dios. Todos los que así obraren y perseveraren, el Espíritu del Señor se posará sobre ellos, y Él los llevará al lugar donde habita, y serán hijos de nuestro Padre celestial cuyas obras practican; y serán esposas, hermanos y madres de Nuestro Señor Jesucristo. Somos sus esposas cuando el alma fiel está unida a Jesucristo por el Espíritu Santo. Somos sus hermanos cuando hacemos la voluntad de su Padre que está en los cielos. Somos sus madres cuando le llevamos en nuestro corazón y nuestro cuerpo por el amor y una conciencia pura y sincera; y le damos a luz con el cumplimiento de nuestras buenas obras que deben servir de ejemplo a los demás. ¡Oh cuán santo, y glorioso, y grande es tener un Padre en el cielo! ¡Cuán santo, hermoso y amable tener una esposa en el cielo! ¡Cuán santo y deleitable, placentero y alentador en nuestra humildad, dulce, amable y deseable sobre todas las cosas es tener un hermano que dió su vida por sus ovejas y rogó por nosotros al Padre, diciendo: 'Padre Santo, conserva en mi nombre a aquellos que Tú me confiaste'».

Imaginémosle también denunciando los vicios de la avaricia y de la usura, causa y raíz de odios y rencores, disensiones y luchas de clases contra clases, familias contra familias: «Consideradlo bien, oh ciegos, a quienes engaña la carne, el mundo y el demonio. No tendréis cosa alguna buena en este mundo ni en el otro. Creéis gozar de las vanidades de este mundo, pero os engañáis; porque llegan ya el día y la hora, que no conocéis y en los cuales no pensáis. El cuerpo adolece; viene la muerte. Acércanse parientes y amigos para decirte: Pon en orden tus asuntos. La esposa y los hijos, los

[1] Psalm. XXI, 6.

deudos y los amigos fingen el llanto. El enfermo les ve llorar y movido por inspiración perniciosa, después de reflexionar según él cree astutamente, les dice: Mirad: en vuestras manos pongo mi cuerpo y mi alma, y todo lo que poseo. En verdad, maldito es ese hombre que en tales manos pone confiadamente su cuerpo y su alma, y todo lo que posee. Porque el Señor dice por boca del Profeta: Maldito el hombre que en el hombre confía. Se llama al sacerdote y éste le dice: ¿Quieres recibir la absolución de tus pecados? Y responde: Sí, quiero. ¿Quieres reparar en lo posible con tus bienes los fraudes y engaños que has cometido? Y responde: No. Pregunta entonces el sacerdote: ¿Por qué no? Porque —responde—, he puesto ya todos mis bienes en manos de mis parientes y amigos. Y empieza a perder el habla y el degraciado muere con muerte amarga» [1].

Después de escuchar la dramática descripción de la muerte del usurero o del mercader ímprobo, más de un oyente se volvía a su casa contrito. Este género de predicación producía sinceras conversiones; muchos repartían entre los pobres los bienes mal adquiridos y no pocos mercaderes abandonaban una profesión llena de peligros para la conciencia y buscaban otras ocupaciones menos expuestas, como el cultivo de la tierra [2].

En todos sus sermones recordaba Francisco a sus conciudadanos los beneficios de la paz y de la caridad recíprocas y anatematizaba vigorosamente el espíritu de odio y envidia que tenía a la ciudad en continua efervescencia. Reprobaba la ambición de nobles y burgueses, cuyos excesos daban pábulo a la animadversión y al odio de los ciudadanos de más humilde categoría. Lo mismo ocurría en las demás ciudades italianas; en cuanto se libraban del yugo extranjero, los más acaudalados usurpaban el poder y tiranizaban las clases menos favorecidas por la fortuna; alzábanse frente a frente

---

[1] Ambos pasajes están sacados de la *Epistola I (Opuscula*, ed Quaracchi, páginas 93-4; 96-7). Según Waddingo, esta carta fué escrita en 1212 ó 1213; otros creen que lo fué en la primavera de 1215, estando Francisco enfermo de fiebres. Sea como quiera, refleja perfectamente las enseñanzas de su apostolado. Francisco, ya lo sabemos, no tenía empacho en repetirse; así, vemos pasajes de esta misma carta reproducidos en la *Regula Prima*, cap. XXII. Véase P. Paschal Robinson, *The Writings of Saint Francis*, págs. 96-7.

[2] Semejante cambio de vida se produjo con frecuencia más adelante entre los terciarios y otros seguidores seglares de Francisco. Fué sin duda una práctica inculcada por el santo ya desde un principio en los que solicitaban su consejo. No le mereció nunca consideración alguna la avaricia engendrada por el movimiento industrial de su tiempo. Es por esta razón que insistió tanto en que sus discípulos diesen su fortuna a los pobres y no a sus parientes, porque consideraba que el dinero ganado con fraude solamente se purificaba al convertirse en limosna.

las facciones y quedaba destruída la comunidad de intereses, hasta que el alemán volvía a amenazar la independencia. Con frecuencia estas luchas intestinas hacían correr ríos de sangre. Francisco no se cansaba de repetir su grito de «¡Paz!» y cuando encarecía cuán glorioso es para el cristiano el servicio del prójimo y la mutua sumisión, bien entendían los ciudadanos que le escuchaban que aludía a sus querellas políticas. Por muy difícil que fuese desprenderse de costumbres tan arraigadas, como era la de sostener a todo trance los intereses y ambiciones propias, o de familia o partido, con todo, las insistentes exhortaciones de Francisco produjeron fruto y los contendientes lanzaron con voz menos segura, cuando no avergonzándose visiblemente, sus antiguos gritos de guerra, expresión de rencor y arrogancia inveterados.

Los sermones dominicales de la Catedral, ilustrados por el ejemplo de la vida de los frailes en Rivo-Torto, abrían surco en la conciencia ciudadana. Indudablemente, Asís empezaba a reconocer en su hijo a un profeta y a someterse a su suave dirección.

En un acontecimiento que señaló el principio del invierno 1210 a 1211, han reconocido los historiadores la influencia de Francisco. El 9 de noviembre reuniéronse los ciudadanos de Asís para firmar un tratado de concordia interior. En su virtud los *Majores*, ciudadanos de la clase más elevada, y los *Minores*, ciudadanos de la clase inferior, convenían solemnemente en trabajar de común acuerdo para honra y bien de Asís, y cada partido prometía no aliarse con papa, emperador o rey, ni con villa o ciudad, ni con persona alguna de poder, sin el consentimiento unánime de la comunidad. Debían respetarse los derechos de unos y otros y vivir en lo sucesivo en perpetua armonía. Levantábase el destierro a los que lo sufrían y el pueblo que habitaba en territorio de Asís, pero fuera de su recinto, iba a disfrutar de los mismos derechos de los ciudadanos. Todos los partidos cumplirían sus obligaciones respectivas. Los tributos y tasas serían fijos y nadie los alteraría arbitrariamente en perjuicio ajeno. Inaugurábase la era de la paz cívica [1].

Es posible que la presencia de las tropas del emperador a las puertas de Asís influyese en este pacto de concordia, o cuando menos moviese a los que permanecieron sordos a la predicación de Francisco; no obstante, no se puede menos de relacionar con ella el pacto en cuestión.

En el entretanto, en Rivo-Torto Francisco preparaba solícito sus discípulos a la obra de apostolado. Los sermones en la ciudad no

---

[1] A. Cristofani, *op., cit.*, págs. 79-82.

disminuían sus desvelos en este sentido. Aquellos hombres lo habían dejado todo por seguirle y, como se ha dicho antes, a menudo se veían faltos de lo más necesario para su sustento. Mas semejante estrechez en modo alguno los desanimaba; tal era su fervor espiritual que aún muchas veces se privaban voluntariamente de lo necesario, anhelando vivir con lo menos posible. Estaban convencidos de que no eran verdaderamente pobres si recibían de la caridad del prójimo más de lo estrictamente necesario, lo cual era a su entender abusar de los buenos sentimientos ajenos y defraudar de lo suyo a los demás pobres.

Más de una vez Francisco hubo de poner un límite a este celo indiscreto. Una noche despertaron todos a los gritos de un fraile joven que se creía en los trances de la muerte. Levantóse Francisco y vió que su mal no era otra cosa que la falta de alimento; recogió los restos de la comida que pudo hallar y él mismo preparó una cena. Después, sentándose al lado del fraile hambriento, para evitarle el bochorno, cenó juntamente con él. Terminada la cena, Francisco abrió su pecho a la comunidad reunida en torno suyo. «Carísimos —les dijo—, sabed que cada uno de vosotros debe obrar según su naturaleza; porque algunos sois bastante robustos para manteneros con menos alimento que otros, pero es voluntad mía que el que necesite más no se crea obligado a imitar a los que no necesitan tanto, sino que cada cual dé a su cuerpo lo que éste requiera, a fin de conservarse lo suficientemente fuerte para servir al espíritu. Porque, si bien es verdad que debemos guardarnos de toda superfluidad en la comida que dañe a la vez cuerpo y alma, no es menos cierto que debemos desconfiar de una abstinencia excesiva, tanto cuanto el Señor no quiere nuestro sacrificio sino nuestra penitencia.» [1]

En otra ocasión, observando Francisco el estado precario de salud de un fraile, levantándose un día muy temprano, condújole a una viña vecina y escogiendo una vid cargada de uva, sentóse junto a ella con el fraile y comieron ambos algunos racimos [2]. Años después los frailes referían estos episodios a la joven generación para que se supiese bien qué hombre era Francisco.

Quizá en aquel primer período de gran sensibilidad nada causaba más impresión al espíritu de los frailes que los cuidados que

---

[1] II Celano, 22; *Spec. Perfect.*, cap. XXVII; *Leg. Maj.*, V, 7. Véase también Eccleston, *De adventu FF. Min.* [ed. Little], col. XV, pág. 106, donde se refiere como San Francisco obligó a Alberto de Pisa a tomar doble cantidad de comida de lo acostumbrado.

[2] II Celano, 176; *Spec. Perfect.*, cap. XXVIII.

Francisco les prodigaba, los cuales pueden llamarse maternales por su delicadeza y su prontitud en prevenir sus necesidades. Él era el alma de todos. Conocía sus tentaciones, sus dudas; padecía por ellas más que los mismos frailes y sus palabras daban siempre consuelo.

Ninguna circunstancia era insignificante para su vigilancia. Conocía por experiencia las contrariedades de todo género con qué tropieza el que se pone en camino por la vía estrecha que le señala el llamamiento imperioso de su vocación; conocía las alternativas de gozo y tristeza, de esperanza y desaliento que convierten los primeros años de la vida espiritual a la vez en deleite y tortura. Por otra parte, los frailes no tenían la seguridad que se deriva de un orden de cosas establecido. El refugio de Rivo-Torto no les producía la sensación de un lugar acomodado a ellos, requisito que desde un principio no le faltó a la Porciúncula; su único apoyo en la tierra era el mismo Francisco.

En consecuencia, acogíanse a él como los hijitos a la madre con una confianza ciega e instintiva. Francisco era su oráculo y su ley, y la señal de que Dios estaba con ellos. En esta firme persuasión hallaban la fuerza que constantemente necesitaban renovar en aquellos días críticos, cuando sus pies no se afianzaban todavía sólidamente en el terreno que pisaban. El siguiente episodio nos mostrará cuán hondamente grabado tenían en su espíritu este convencimiento.

Un sábado por la tarde Francisco había ido a Asís como de costumbre para preparar el sermón del domingo en la Catedral. Aquella noche, mientras en Rivo-Torto dormían algunos frailes y velaban otros, de pronto sintieron todos gran sobresalto y se les apareció un carro inflamado corriendo acá y allá por aquel recinto; y sobre el carro había un globo de fuego de extraordinaria brillantez. En el mismo instante las almas de los frailes fueron inundadas de luz espiritual y a cada uno de ellos le fueron reveladas las conciencias de los otros. Buscando la explicación de tamaño prodigio, concluyeron los frailes que por medio del carro inflamado y el globo de fuego el espíritu de Francisco había hecho patente su presencia continua. A la mañana siguiente confirmáronse en esta creencia al saber por el mismo Francisco a su regreso que ya estaba al corriente del misterioso suceso de la noche [1]. De esta suerte, ora predicase al pueblo, ora se dedicase a la formación de los frailes, su caridad superabundante era a semejanza del Espíritu que se mueve sobre las aguas, sacando la luz de las tinieblas y la vida de la nada.

[1] I Celano, 47; *Leg. Maj.*, IV, 4.

## Capítulo II

## LA PORCIÚNCULA

La Porciúncula había de adquirir con los años una especie de valor sacramental en la historia de Francisco y de sus frailes. Fué el santuario donde se depositó el fuego sagrado que permaneció allí encendido, el lugar de la tierra que siguió habitando el alma de Francisco.

«Este lugar es el más santo de los lugares santos y es reputado digno de todo honor. Feliz es por su sobrenombre: de los Ángeles; más feliz todavía por su nombre: Santa María. Su tercer nombre: La Porciúncula es un feliz presagio. En este lugar las potestades angélicas inundan la noche de resplandores y hacen resonar sus dulces himnos... Aquí se tornó angosto el anchuroso camino del viejo mundo y se difundió la virtud entre los hombres llamados a seguir a Cristo. Aquí se formó la Regla; aquí fué engendrada nuevamente la santa Pobreza, humillado el orgullo y alzada enhiesta la Cruz victoriosa.» [1]

Así se cantó más tarde, expresándose en conceptos poéticos el sentimiento íntimo de los frailes. Hasta el día de hoy la Iglesia Católica considera la Porciúncula como lugar sagrado, colocado en orden inmediato a los tres santuarios más venerados por el pueblo cristiano: el Santo Sepulcro de Jerusalén, San Pedro de Roma y Santiago de Compostela.

Los antiguos cronistas refieren que, después de establecerse en este lugar Francisco y los suyos, una persona devota tuvo la visión de un gran concurso de hombres postrados de hinojos alrededor de la capilla; y todos eran ciegos. Juntando las manos y alzando el rostro impetraban del cielo en alta voz el beneficio de la vista; cuando de pronto descendió sobre ellos una claridad deslumbradora y sus ojos se abrieron, y vieron [2]. En verdad la Porciúncula había de derramar la luz sobre un sinnúmero de hombres que per-

---

[1] *Spec. Perfect.*, cap. XXXIV.

[2] II Celano, 20; *Leg. Maj.*, II, 8; *Leg. 3 Soc.*, 56.

manecían en las tinieblas; es este un hecho que no ignoran los que están familiarizados con la historia de Francisco.

Por espacio de tres años Francisco había sentido especial predilección por la capilla del bosque, donde él y sus primeros discípulos, como hemos visto, tuvieron su primer punto de reunión. Causa sorpresa que, cuando llegó la hora de escoger el lugar que por decirlo así fuese la cuna de la nueva Orden, Francisco no pensase en seguida en la Porciúncula. Es un hecho frecuente en la vida que las personas y las cosas destinadas a colaborar más íntimamente con nosotros en nuestras mayores empresas y a ser el objeto final de nuestros afectos, no fijan al punto nuestra atención, sino después de maduro examen y como impuestas por un azar que gobernase nuestras resoluciones. Es posible que al principio Francisco no pensase en una morada permanente y que hasta la llegada de nuevos novicios no comprendiese la necesidad de tener para la formación de los neófitos algún lugar determinado, protegido por el espíritu de Dama Pobreza contra las asechanzas del mundo. Hallando inhabitado el asilo de Rivo-Torto, Francisco no hubiera sido consecuente consigo mismo si no creyera que tal circunstancia era una señal manifiesta de la Providencia Divina. No buscó ya más alojamientos, ni se hubiera atrevido a escoger otro lugar, por atractivos que tuviese, temiendo que el simple deseo viniese a ser como una toma de posesión imaginaria. Era su norma aceptar lo que se le daba libremente, mas no solicitar cosa alguna.

Rivo-Torto empero no estaba destinado a ser por mucho tiempo la cuna de la familia franciscana. Un hecho vulgar, la descortesía de un campesino, determinó la partida de los frailes. Un día mientras oraban, presentóse un hombre llevando del cabestro un jumento. Mostróse muy contrariado viendo la choza habitada y temiendo que los frailes se hubiesen apoderado de ella para siempre, montó en cólera y quiso afirmar su derecho a alojarse en aquel lugar entrando en él con alarde de insolencia. A voces hizo obedecer al jumento: «Entra ahí, que vamos a tener una agradable posada». Y continuó echando en cara al animal, para que se lo aplicasen los frailes, su afán de apoderarse de lo ajeno y vivir en holganza. La grosería de aquel hombre hizo mella en Francisco, sintiéndola sobremanera por sus hermanos. Recibía él de grado las injurias que se le inferían —recibíanlas asimismo personalmente los demás frailes—, pero heríanle en lo más vivo cuando las recibía alguno de los suyos[1]. Por otra parte, bien examinado el caso, sintió gran turbación al pensar que se había puesto en tela de juicio su fidelidad

[1] Véase *Leg. 3 Soc.*, 42.

a la pobreza; juzgó también que tales intrusiones interrumpían la vida contemplativa de los frailes. Ahora bien, siempre había tenido especial cuidado de no intervenir entre Dios y el alma en las horas de oración; sin más tardanza, pues, mandó a los frailes que saliesen de allí para buscar con él otro asilo, añadiendo esta frase que recordaba sus antiguos rasgos de ingenio: «Dios no nos ha llamado para que preparemos el establo de un asno, ni para cuidar de los pasantes, sino para predicar el camino de salvación y entregarnos a la oración» [1].

Mas, ¿a dónde ir? Con su acostumbrada deferencia por el obispo de Asís, Francisco fué ante todo a verle para pedirle el uso de alguna capilla en la cual pudiesen los frailes entregrase a la oración sin estorbo de nadie. El obispo no disponía de ninguna; tampoco los canónigos, a los que hizo Francisco igual petición. Finalmente, dirigióse Francisco al abad del monasterio de Monte Subasio, quien puso en seguida a su disposición la capilla de la Porciúncula, mas con una condición, a saber: que si la fraternidad crecía hasta convertirse en una Orden importante, aquella capilla se consideraría siempre como el lugar primero y principal de la Orden. Francisco aceptó gustoso esta condición, que según entendía su alma caballeresca, ponía a su fraternidad en estado de perpetuo vasallaje a la Madre de Dios, «cabeza, después de su hijo, de todos los Santos» [2].

Los frailes fueron, pues, a la Porciúncula y alrededor de la capilla construyeron con ramas de árboles y tierra unas cabañas estrechas [3], semejantes a las que hacen los viajeros para pasar la noche y abandonarlas a la mañana siguiente; porque Francisco insistía en que, aún junto a la Porciúncula, donde la Divina Providencia disponía que los frailes se estableciesen, su alojamiento no tuviese traza de morada permanente, a fin de estar dispuestos en todo momento a partir para donde Dios quisiese. Pasaron algunos años antes no tuvieron los frailes una casa en la Porciúncula, y aún entonces edificáronla los ciudadanos de Asís contra la voluntad de Francisco [4]. Y para evitar que los frailes llegasen con el tiempo a

---

[1] *Leg. 3 Soc.*, 55; I Celano, 44.

[2] II Celano, 18; *Leg. 3 Soc.*, 56; *Spec. Perfect.*, cap. LV. Que la Porciúncula fué únicamente cedida a Francisco para uso de los frailes y no como posesión real, lo prueba la bula de Inocencio IV, fechada el 11 de marzo de 1244, en la cual, entre otras propiedades de la Abadía de Monte Subasio, menciona la capilla de la Porciúncula. Véase P. Sabatier, *Spec. Perfect. Étude Speciale du chapitre* 55, página 269.

[3] Véase *Spec. Perfect.*, caps. IX y X.

[4] Véase Libro III, capítulo II.

considerar la capilla como propia y reclamasen la pertenencia de alguna tierra, Francisco prescribió que todos los años se llevase por manera de censo o alquiler una canasta de peces del río al abad de Monte Subasio, costumbre que perduró hasta la destrucción de la gran abadía. A este acto de cortesía correspondía el abad enviando a los frailes una cántara de aceite a guisa de recibo [1].

En el siglo que siguió a la muerte de Francisco contábase la siguiente leyenda de cómo los frailes habían alcanzado el don de la Porciúncula. Un campesino piadoso, hallándose un día cerca de la capilla de Nuestra Señora, oyó cantar los ángeles en su interior; maravillado, corrió a referir el suceso al sacerdote que cuidaba de la capilla y acabó preguntándole: «¿Por qué no pides a fray Francisco y a los suyos, que viven en Rivo-Torto, que trasladen aquí su residencia?» El clérigo, obrando conforme a los deseos del rústico, fué a buscar a Francisco y llevóle consigo a la Porciúncula. Tan luego como éste entró en la capilla tuvo una visión de Cristo y de su Santísima Madre, y nada temeroso preguntó a Nuestro Señor de dónde había venido. «He venido de allende los mares» [2], respondió el Señor. «Y ¿por qué?», insistió Francisco. Habló otra vez el Señor, diciendo: «Para establecerme en este lugar». Francisco, volviendo en sí, exclamó: «Jamás abandonaré este sitio». Y sin tardar fué a pedir al abad que se lo cediese [3]. Esta leyenda se ajusta cuando menos al espíritu de la Porciúncula y al singular afecto y reverencia que profesó Francisco a aquel lugar, que era a su entender predilecto de Cristo y de su gloriosa Madre [4]; en su recinto cantábanle los ángeles y el cielo le descubría sus secretos.

El júbilo de Francisco al fijar su residencia junto a la capilla del bosque sólo es comparable al del recién casado que lleva a su esposa a la mansión por él escogida para fundar el hogar doméstico. El solo nombre de Porciúncula era un motivo de satisfacción, como si se le hubiese dado anteriormente preanunciando la venida de Dama Pobreza [5]. Reverente y solícito, quería que aquel lugar fuese espejo de la perfección de vida exigida a los frailes. Lo ro-

---

[1] *Spec. Perfect.*, cap. LV. La abadía fué destruída en 1399. La costumbre de enviar anualmente una canasta de pescado a los benedictinos se ha reanudado recientemente, enviándose ahora a los monjes de San Pietro en Asís, donde los monjes de Monte Subasio se refugiaron después de la destrucción de la abadía.

[2] Esta frase hace evidentemente referencia al origen tradicional de la capilla. Véase Libro I, Capítulo IV.

[3] Bartholi: *Tractatus de Indulgentia S. M. de Portiuncula*, cap. I.

[4] Véase *Spec. Perfect.*, cap. LV: «*Licet enim locus iste sit sanctus et praelectus a Christo et a Virgine gloriosa*».

[5] Véase *Spec. Perfect.*, cap. LV; II Celano, 18.

deó de una cerca, en el interior de la cual no se permitía la entrada a los seglares, a fin de que allí no se pronunciasen más palabras que las concernientes a los negocios espirituales. Los mismos frailes no podían hablar en aquel cercado más que de Dios y de la salvación de sus almas.

La ociosidad no era allí tolerada; los frailes, cuando no rezaban, venían obligados a trabajar. Cada uno de ellos debía conocer algún oficio para ocupar el tiempo que no se empleaba en prácticas espirituales[1]. Día y noche se turnaban para orar. Al principio, careciendo de libros para rezar el oficio divino, recitaban el Padrenuestro a cada una de las horas canónicas.

El régimen interior de la fraternidad estaba en perfecta concordancia con el espíritu de pobreza; fundábase en el servicio mutuo y el amor fraternal[2]. La autoridad, tal como se suele entender, apenas debía ejercerse entre hermanos dispuestos a dejar la propia voluntad y ser servidores de los demás, y animados todos por un mismo ideal y un mismo espíritu. La autoridad, según Francisco, consistía en guiar a los demás por los caminos más escabrosos de la vocación, en servir a los que estaban bajo su dependencia y proveer a sus necesidades; así se esforzaba en inculcarla a los frailes, para que ellos a su vez la practicasen. En el curso ordinario de la vida cotidiana de los frailes raras veces hizo uso de la autoridad que le había conferido la Santa Sede; escogía a uno de ellos para que fuese, más que superior, madre de familia, con la oblgiación de cuidar de la parte temporal de la comunidad, protegiéndola de las ingerencias del mundo exterior, que podían perjudicar al espíritu de oración, y señalando a cada cual el oficio que debía desempeñar en la comunidad. También atendía solícito a que cada uno de los frailes durante algún período de tiempo pudiese entregarse sin sufrir interrupción a la vida de oración y recogimiento mientras desempeñaban los demás cargos activos[3].

---

[1] Francisco, por ejemplo, vaciaba escudillas de madera, probablemente para uso de los frailes (véase II Celano, 97); en sus últimos años hacía hostias para uso sacramental. En Greccio se conserva el molde de hierro que usaba a este efecto. Fray Gil era aficionado a tejer cestos (véase *De Conformit.*, en *Anal. Franc.*, IV, página 206). Fray Junípero llevaba siempre una lezna para remendar sandalias (*ibid.*, pág. 245).

[2] Véase *Regula Prima*, cap. V: «*Per caritatem spiritus voluntarie serviant et obediant invicem. Et haec est vera et sancta obedientia Domini nostri Jesu Christi*».

[3] Esta norma de gobierno siguió observándose por mucho tiempo en su simplicidad primitiva en los eremitorios de la Orden, después de establecerse un gobierno más estricto en los conventos o en las casas de comunidad numerosa, como se ve con evidencia por la Regla que Francisco escribió después para los que vivían

Para asegurar el pan de cada día habían de salir a trabajar o a pedir limosna. No rehusaban ocupación alguna, mientras no repugnase a su conciencia o a su modo de ser apartado de todo lo mundano. Trabajaban en el campo, ayudando a los labradores a recoger las cosechas o a cultivar la tierra; entraban como servidores en casas de ciudadanos, pero siempre encargándose de quehaceres humildes y no aceptando jamás mando alguno [1]. Terminada la jornada, volvían a la Porciúncula llevando consigo los víveres que habían ganado con su trabajo, destinados a la cena de la comunidad. Cuando no hallaban empleo o daban con amos injustos que les negaban el premio de su trabajo, debían entonces ir mendigando de puerta en puerta [2].

Tal fué el género de vida establecido por Francisco en la Porciúncula, conforme en todo a la santa Pobreza y propuesto como norma vivificadora del espíritu de fraternidad de todos los tiempos. En aquel lugar los postulantes debían recibir su primera instrucción en la vida y deberes de la comunidad. No había un período fijo de probación, como se estableció más tarde para los novicios. El que solicitaba la admisión era presentado a Francisco y sometido a un examen; si el postulante daba pruebas de tener vocación, entregábasele el hábito y profesaba; mas antes debía dar a los pobres cuanto poseía. No bastaba que lo dejase a su familia. Dios había suscitado los caballeros de la Pobreza para establecer en el mundo un nuevo orden de cosas de conformidad con las enseñanzas del Evangelio de Cristo; no debían contribuir al bienestar material de sus parientes dando pábulo a su vanidad, sino enseñar al mundo el ejemplo de la belleza, de la compasión y del amor universales. En virtud de la caridad de Cristo, los necesitados eran los que tenían mayor derecho sobre sus bienes; y entendía Francisco que negarles tal subsidio era defraudar la herencia al mismo Cristo. Únicamente cuando su familia estaba necesitada podía el postulante dejarle sus bienes. Ocurrió en cierta ocasión que fué uno a solicitar la admisión y, como de costumbre, se le ordenó que fuese antes a dar a los pobres lo que era de su pertenencia. Hizo, en efecto, acto de renuncia, pero a favor de los suyos y díjoselo a Francisco, el

---

en ermitas. Véase *De religiosa habitatione in eremo*, en *Opuscula* (Quaracchi), páginas 82-4.

Cuando más tarde se nombraron más formalmente los superiores, Francisco quiso conservar viva la idea del servicio prestado por el superior a la comunidad como uno de sus rasgos esenciales; y quiso que los superiores se llamasen «ministros» y no «priores». Véase *Regula Prima*, cap. VI.

[1] Véase *Regula Prima*, cap. VII; I Celano, 39-40.

[2] Véase *Testamentum S. Franc.*

cual echándose a reír, le aconsejó volviese al seno de la familia que había enriquecido: «Diste lo que era tuyo a tus hermanos según la carne y defraudaste a los pobres. No eres digno de ser contado en el número de los pobres de Dios. Sigue tu camino» [1].

La obra que con mayor insistencia recomendaba Francisco a los frailes era el cuidado de los leprosos. En su lenguaje cortés llamábalos no por su nombre de «leprosos», sino con «mis hermanos cristianos». Los frailes supieron imitar el amor y la compasión de Francisco por aquellos desgraciados; una vez dominados el miedo y la repulsión, acaso fué la obra de caridad que con mayor afición practicaron. El desamparo y soledad de los leprosos eran un poderoso despertador de sus sentimientos caballerescos. A veces llegaban a ser más compasivos que discretos. Un fraile, llamado Jaime el Sencillo, tenía a su cuidado un leproso que había llegado al último grado de su terrible enfermedad; era tan repugnante a la vista que no se le permitía salir del hospital. El fraile, lleno de compasión, no tolerando que su patrocinado estuviese privado tan rigurosamente de su libertad y de la compañía de los hombres, le sacó un día del hospital para llevarlo a la Porciúncula a ver a los frailes. Cuando llegó el leproso, Francisco estaba ausente, mas, viéndole allí a su regreso, no pudo menos de decir a fray Jaime en su presencia: «No debes llevar contigo de esta suerte a los hermanos cristianos; esto no es decoroso ni para ti ni para ellos». Mas, no bien hubo pronunciado estas palabras, sintió una compasión y un remordimiento tales por estar allí presente el leproso, que en el acto fué a arrojarse a los pies de Pedro Catanio, que era a la sazón «madre» de la comunidad, acusándose de su falta de consideración por los sentimientos del leproso, diciendo finalmente: «Concédeme la penitencia que deseo imponerme». A lo que respondió fray Pedro: «Sea lo que fuere, lo que te plazca hacer, hazlo». «He aquí mi penitencia —dijo Francisco—: Comeré en el mismo plato de mi hermano cristiano.» Y a la hora de comer, Francisco y el leproso sentáronse de lado y comieron en el mismo plato [2].

Tal vez la lección más difícil de aprender para el novicio era

---

[1] II Celano, 81.

[2] *Spec. Perfect.*, ed. Sabatier, cap. LVIII; ed. Lemmens, capítulo XXXII. En la edición de Sabatier se designa a Pedro Catanio como Ministro General; pero, en la edición de Lemmens se dice sencillamente que Pedro estaba allí presente, sin darle ningún título. Como Pedro Catanio no fué nunca Ministro General, es evidente que la edición de Sabatier ofrece en este capítulo una versión posterior y menos digna de confianza. Lo más probable es que Pedro desempeñase el cargo de superior o «madre», puesto que Francisco se dirigió a él para ser confirmado en su penitencia.

mendigar el pan. Es de creer que antes de admitir su profesión se le ponía a prueba con este y otros ejercicios. Porque, según cuenta sin reticencia la leyenda, hubo un novicio que «apenas rezaba, no trabajaba, ni quería salir a pedir limosna; pero, tenía buen diente a la hora de comer». Francisco le trató con cierta ironía: «Sigue tu camino, fray Mosca, ya que no tienes reparo en aprovecharte del sudor de los demás, sino que permaneces ocioso en la obra del Señor. Como inútil zángano no ganas nada, ni trabajas, pero devoras el trabajo y las ganancias de las abejas diligentes» [1]. Y con estas palabras despachóle.

Francisco empero miraba siempre indulgente a los principiantes que enviaba a mendigar, porque sabía por experiencia a cuantas humillaciones se veían expuestos. Para animarles, salía él el primero y no tenía por señal de espíritu mundano que un fraile sintiese vergüenza al pedir limosna, sino que por vergüenza rehusase salir a mendigar [2].

Él por su parte, como fruto de su frecuente meditación, tenía en singular estima el privilegio de vivir de limosna, y más especialmente la pedida de puerta en puerta. Este género de limosna honraba a la pobreza más que la ofrecida espontáneamente, porque exigía un acto de mayor humildad [3].

Para los frailes más jóvenes este llamar de puerta en puerta era una prueba que aquilataba su vocación. Un día un fraile que había sido enviado a pedir limosna —acaso era uno de aquellos tímidos que necesitaban reunir todo su valor—, regresó llevando a la espalda la alforja llena, sin que el mucho peso le impidiese cantar a plena voz. Francisco al oírle, salió presuroso a su encuentro y cogiéndole la alforja, besó la espalda que había llevado la pesada carga. «Bendito seas, hermano mío —exclamó—, que has sabido salir con diligencia, mendigar con humildad y regresar con júbilo» [4].

---

[1] *Spec. Perfect.*, cap. XXIV; II Celano, 45.

[2] II Celano, 71.

[3] *Ibid.*

[4] II Celano, 76; véase *Spec. Perfect.*, cap. XXV. El testimonio de todas las leyendas primitivas es demasiado claro para que se pueda dudar del hecho que los Frailes Menores de la época primera iban a pedir limosna cuando carecían de otros medios de subsistencia; con todo, dos testigos contemporáneos dicen que los primeros Franciscanos no pedían limosna. Burkhardt en su Crónica (*Mon. Germ. Hist. Scriptores*, tomo XXIII, pág. 376) dice: «*Pauperes Minores... neque pecuniam nec quicquam aliud praeter victum accipiebant et si quando vestem necessariam quispiam ipsis sponte conferebat, non enim quicquam peterent ab aliquo*». Y Jacques de Vitry en su tan conocida carta (véase P. Sabatier, *Spec. Perfect.*, pág. 300) dice de las Clarisas Pobres: «*Nihil accipiunt sed de labore manum vivunt*». Lo cual se explica probablemente por no pedir limosna los frailes más que en caso de nece-

Para dar aliento a sus frailes, Francisco les predicaba a menudo sobre la pobreza del Señor: «Amadísimos hermanos —les dijo un día—, el Hijo de Dios era más noble que cualquiera de nosotros; y con todo, por nuestro amor se hizo pobre en este mundo. Puesto que por su amor hemos elegido esta vía de pobreza, no debemos avergonzarnos de pedir limosna; porque ¿cómo osaríamos avergonzarnos de los gajes de la herencia celestial, nosotros, que somos herederos de aquel reino? Yo os digo que muchos hombres nobles y sabios vendrán a unirse a nuestra fraternidad y tendrán a gran honra salir a mendigar. Vosotros, que sois las primicias, os debéis considerar muy dichosos y no titubear en realizar lo que habréis de legar a los santos que vendrán después de vosotros».[1]

Francisco con su ejemplo y fervorosas exhortaciones venció de tal manera la repugnancia de los frailes que un día los que habían ido de limosna repartiéndose por los diferentes barrios de Asís, a su regreso, en amistosa y jocunda rivalidad, compararon lo que cada uno había recogido para ver quien se llevaba la palma en el arte de mendigar[2].

Bajo ningún pretexto podían recibir dinero, ni aún cuando se les ofreciera espontáneamente; en este punto Francisco no transigía. Tan sólo en casos excepcionales, cuando había algún fraile enfermo a quien no se podía aliviar de otro modo, daba licencia a los frailes para recibir dinero[3]; aún esta excepción le repugnaba, porque en el dinero veía el símbolo del mundo, de cuya sujeción se habían librado los frailes por intercesión de la Pobreza, mundo de negocio y lucro, avaricia y usura, con su secuela natural de odios. El dinero era un lazo de unión entre el hombre y el mundo material; más aún, venía a ser como un título de propiedad de las cosas terrenas. El hombre que posee algún dinero tiene la tierra en esclavitud; su fortuna le interpone entre Dios y las criaturas de Dios y con demasiada frecuencia envilece la tierra, cuyo dueño único es Dios, para satisfacción de su placer egoísta; lo cual era para Francisco una impiedad.

«La tierra es del Señor». Esta frase expresaba de manera muy personal su parecer acerca del uso que el hombre debe hacer de

---

sidad y sin perjudicar a nadie. Esta explicación es una razón más de la especial alegría que causaba a Francisco la limosna pedida de puerta en puerta, por ser señal de mayor pobreza y desamparo.

[1] II Celano, 74; *Spec. Perfect.*, cap. XVIII.

[2] *Spec. Perfect.*, cap. XVIII.

[3] Esta excepción consta en la *Regula Prima* de 1221, capítulo VIII; pero, no se hace mención de ella en la Regla de 1223.

las cosas de este mundo. Con la ardiente sinceridad que le era propia, aborrecía todo lo que tuviese tendencia a borrar aquel sello del señorío divino. No estaba en su ánimo sustentar teorías atentatorias al derecho de propiedad privada; en la práctica reconocía tal derecho en las personas no pertenecientes a su fraternidad; y creía que en semejantes cuestiones sólo habían de entender los interesados y la Iglesia. Pero lamentaba el abuso del derecho; y al tratar con hombres que vivían en el mundo y le pedían consejo, esmerábase siempre en demostrarles que su propiedad era un depósito que la Divina Providencia les había confiado, no para su provecho exclusivo, sino también para provecho de los necesitados. En cuanto a él y a sus frailes, creíase libertado por Dios de semejante depósito, a fin de poder ganar mejor el mundo con la palabra y el ejemplo, y precaverle contra los riesgos del goce de las riquezas. La existencia misma de su fraternidad, cuyo sustento corporal dependía de la buena voluntad de los hombres, era para los avaros una continua reconvención, siendo al propio tiempo un estímulo para los que usaban de los bienes terrenos cumpliendo su misión de socorrer las necesidades de los pobres.

Así, pues, cuando enviaba a los frailes a pedir limosna, decíales: «Id, porque al presente los Religiosos Menores han sido dados al mundo a fin de que los elegidos cumplan con ellos lo que les debe servir de justificación ante el soberano Juez. Lo que hicisteis para uno de estos mis Religiosos Menores, a mí lo hicisteis» [1]. No censuraba las personas del mundo que saben considerar sus bienes como un legado puesto en sus manos y están caritativamente dispuestas con el prójimo; mas protestaba enérgicamente contra la codicia y la avaricia que dominaban en el cuerpo social de su tiempo; y a su vista el dinero era la señal característica de aquellos vicios.

Débese advertir que en tiempo de Francisco la moneda no tenía, como tuvo después, una gran importancia en las transacciones corrientes. Según la contratación más sencilla que se estilaba, el salario de un trabajador consistía generalmente en productos alimenticios u objetos de primera necesidad. La moneda representaba no tanto una necesidad actual, como una reserva para el porvenir; era en buena parte expresión de lo superfluo. Como a tal, fácilmente creaba necesidades ficticias y materializaba al hombre, peligro éste que siempre ha ido aparejado con el dinero, pero más aparente en aquella época de menos artificio. Francisco conocía el

---

[1] II Celano, 71; véase Matth., XXV, 40.

peligro por experiencia propia; también en otro tiempo le fascinara la vida de comodidad y lujo y sabía que cuando una bolsa llena facilita todos los gustos, obscurécense en el hombre los ojos del espíritu. Conocía también, por haberla observado en el medio donde había pasado su juventud, la arrogancia brutal y el amor del poder que el dinero engendra en los que lo poseen abundantemente. Por todas estas razones consideraba el dinero como cosa no santa, que no sólo privaba al alma de sus impulsos más espirituales, sino que también contribuía a endurecer a la vez el corazón y el entendimiento; de ahí su desdén, más aún, su áspera reprobación a la vista de un puñado de moneda.

Francisco, como se ha visto, no era de la raza de aquellos filósofos que desde su altura no consideran el mundo más que como un problema abstracto. Su filosofía estaba ligada estrechamente a su vocación, a su deber; habíase consagrado a libertar el mundo de la tiranía de la codicia y de la avaricia, y como el dinero es el instrumento de dominio de tal tiranía, considerábalo «de facto» como un lazo tendido por el demonio. Si hacemos nuestro este modo de ver de Francisco, comprenderemos por qué en la Porciúncula no quería ni que se tocase una moneda por ser cosa no santa. Un día, hallando un fraile en el altar de la capilla una moneda de oro dejada allí por algún visitante, la cogió y fué a echarla en un cepo cerca de la ventana, no por desprecio, según parece, sino con intención de emplearla en tiempo oportuno. No bien lo supo Francisco, sintió gran enojo, y el fraile, alarmado, cayó de rodillas a sus pies «ofreciéndose él mismo a ser disciplinado». Raras veces salía de labios de Francisco una palabra dura, pero en esta circunstancia «su reprimenda fué severa». En penitencia mandó al fraile coger la moneda con la boca, al modo de las bestias, y llevarla así fuera del recinto de la Porciúncula para arrojarla a un montón de estiércol [1].

No tardaron los frailes en sentir a la par de Francisco en materia de dinero y a hacerse suyas sus razones irrazonables; como se ve en el caso de un fraile joven que quiso burlarse de la convicción arraigada de otro fraile de más edad. Dirigiéndose ambos un día al hospital de leprosos vieron en medio del camino una moneda. El mayor de los dos hubiera seguido andando sin fijarse en ella, pero el más joven la recogió y dijo que le sería útil para socorrer a algún leproso. Decía esto, más que por compasión, por burlarse de los escrúpulos de su compañero. Mas apenas tocó la

[1] I Celano, 56; *Spec. Perfec.*, cap. XV.

moneda, recordó las advertencias de Francisco, y sobrecogido de repentino espanto, empezó a temblar como un azogado. Quiso hablar, pero el temor le pegaba al paladar la lengua y parecíale que aquella moneda era un demonio tentador. Al cabo, con gran esfuerzo, la arrojó lejos de sí y al punto se rompió el hechizo. Entonces, muy contrito, se arrodilló ante su compañero pidiéndole perdón y recobró la paz [1].

Pero lo más extraordinario de la Porciúncula era la simplicidad de espíritu de los hombres que allí residían. En aquel lugar santo se respiraba un aire de verdad absoluta, no pudiendo vivir allí la mentira ni el dolo. Los frailes trabajaban constantemente en adquirir el conocimiento de sí mismos y en saber presentarse a los hombres tales cuales eran. No conocían aquella piadosa disimulación que ciertas personas religiosas alguna vez toleran bajo pretexto de edificar al prójimo. De hecho, pensaban tan poco en edificar engañosamente, que con ansia exagerada querían que la gente conociese sus faltas y flaquezas, especialmente cuando empezaron a tener fama de santos. Así, acaeció que estando Francisco enfermo, lograron los frailes que comiese de un ave que habían pedido para él. Francisco no tardó en persuadirse de que había sido demasiado condescendiente consigo mismo y sintió remordimiento al pensar que los ciudadanos de Asís le tenía por hombre de vida austera. Acompañado de un fraile, encaminóse a la ciudad, y al llegar a sus puertas, tomando su cuerda, atósela al cuello y ordenó a su compañero que lo condujese por las calles tirando de la cuerda, como se solía hacer con los criminales, y gritando repetidamente: «Aquí tenéis a un glotón que se engorda comiendo pingües aves, en tanto pensáis que ayuna» [2].

Alarmaba o disgustaba a los frailes que se les tributase una exagerada reverencia. Así, uno de ellos, enviado a Bolonia para fundar un convento, regresó precipitadamente a la Porciúncula porque la gente lo trataba como santo [3]; y otro, al ser recibido en las puertas de Roma por una procesión de personas notables que querían mostrarle su respeto, apartóse de aquel concurso y fué a juntarse a unos niños que estaban por allí jugando con un columpio, hasta que, cansados de esperar, se retiraron todos decepcionados [4]. Muchas veces en sus sermones confesaban sus pecados, no fuese que el pueblo los creyese tan santos como la doctrina que predi-

---

[1] II Celano, 66.
[2] I Celano, 52.
[3] *Actus S. Franc.*, cap. IV; *Fioretti*, cap. IV.
[4] *Fioretti*, *Vita di Frate Ginepro*, cap. IX.

caban, o porque con inocente sinceridad querían que sus oyentes rogasen por su salvación. Si entre ellos había quien pensaba mal de otro, confesaba aquél públicamente su pensamiento y pedía perdón a su compañero [1].

Eran tan incapaces de engaño que no podían creer que los demás no tuviesen igual rectitud de palabra y obra. Pensaban bien de todos y era difícil convencerles de la maldad de nadie. Así, algunos frailes solían confesarse con un sacerdote que por desgracia tenía mala reputación; y no se les pudo convencer de que aquel hombre era muy diferente de lo que aparentaba, ni dejaron de confesarse con él [2].

Ello debíase en parte al profundo respeto que les inspiraba el sacerdocio. En cada sacerdote únicamente veían la dignidad de su estado, en el cual se refleja la majestad de Cristo y con la mayor reverencia besaban la mano que había sostenido el Cuerpo de Cristo en el Santísimo Sacramento del altar [3]. No juzgaban a nadie: conocían demasiado sus propios defectos a los ojos de Dios para criticar la conducta del prójimo. En las acciones ajenas sólo veían lo bueno que les servía de edificación. Mas la palabra de los sacerdotes era casi como la ley de Dios: tal era la reverencia que por ellos sentían. Una vez, habiendo un sacerdote dicho a un fraile: «Hermano, desconfía de la hipocresía», quedó éste muy conturbado pensando que el sacerdote había descubierto en él este vicio. Otros frailes trataban de consolarle, mas él respondía: «Un sacerdote no puede mentir» [4].

Así crecía en los frailes la sabiduría de la Pobreza; y la Porciúncula era a los ojos de los hombres la mansión de una nueva paz. Creían algunos que los resplandores de Belén y Nazaret rasgaban las nubes que oscurecían el mundo e iluminaban el llano de Asís con una clara luz, dadora de gozo.

---

[1] I Celano, 56; *Leg. 3 Soc.*, 43. Véase también lo que dice Ecclesiton de la sinceridad que caracterizaba a los frailes ingleses, en *De adventu*, ed. Little, coll. V, página 30.

[2] I Celano, 46.

[3] Véase *Testamentum S. Franc.*: «*Nolo in ipsis considerare peccatum*», etc.

[4] I Celano, 46; váase *Vita Fr. Ægidii*, en *Chron.* XXXIV *Gen.*, *Anal. Franc.*, III, pág. 79.

## Capítulo III

### LA PORCIÚNCULA

(Continuación)

Los primeros años de la Porciúncula fueron heroicos y los hombres que se formaron durante aquel período eran todos en mayor o menor escala de temple heroico. Era aquél un ejército de héroes. No tenían entonces los frailes duda o reparo en cuanto al género de vida que creían más ajustada a los preceptos de la sabiduría. La palabra de Francisco era su ley; todavía no habían perturbado la armonía de la comunidad los problemas de un futuro desarrollo sobre la haz de la tierra. Sus pensamientos se elevaban por encima de lo terrestre, en alas del deseo espiritual. No tomaban en consideración la prudencia mundana y lo convencional de la vida social, no por el prurito de desafiar al mundo en su propio terreno, sino simplemente porque vivían en una esfera del pensamiento a que no alcanzan las cosas de acá abajo. Nadie podría reclamar un lugar en la ordinaria economía de este mundo y al mismo tiempo obrar como ellos. La aprobación total de su género de vida era una prueba evidente del ideal propio de la Iglesia. Más adelante veremos las dificultades que surgieron cuando fué necesario hacer entrar la fraternidad en relación con las tradiciones establecidas y con los designios más amplios de la Santa Sede. Pero tales dificultades no existían todavía y los frailes de la Porciúncula vivían en libertad de espíritu, a la que nadie ponía trabas. El mundo miraba y admiraba. Tan pronto zahería a los frailes por sus singularidades y falta de prudencia humana, como caía de hinojos y pedía perdón, ganado por alguna merced singular, a la cual no podía resistirse.

Porque, ¿qué tenía que ver el mundo con un hombre como fray Junípero? Y, sin embargo, no podía dejar de amarle y respetarle. Este fraile es uno de los ejemplares típicos que se formaron en la Porciúncula, si es que puede hablarse de formación típica en una comunidad cuyos miembros conservaban una singular espontaneidad y personalidad de carácter. Pero Junípero era el prototipo de aquella ingenuidad infantil que en mayor o menor grado fué pa-

trimonio de todos los frailes en su nueva vocación. Combinábase en unos con un conocimiento perspicaz del mundo, en otros con una dignidad natural o con una inteligencia bien dotada; pero todos poseían con esa ingenuidad algo de lo que caracteriza la infancia: la mirada que de todo se asombra y el interés despierto en cada momento y circunstancia.

Fray Junípero era naturalmente ingenuo y en él el calor del sentimiento podía más que la razón sosegada. Era impulsivo, obedecía a la idea del momento; pero jamás pensaba en sí mismo. Hubiera dado la vida sonriendo y sin sospechar su propio mérito en defensa de su fe profunda o para evitar el sufrimiento del prójimo. Por esta razón Francisco le consideraba como una flor de la fraternidad. «¡Ojalá tuviese yo un bosque de estos juníperos!», exclamó un día al cometer Junípero una de sus torpezas. Sus mismas indiscreciones eran rescatadas por su sinceridad y abnegación absolutas; de modo que el viejo cronista detiénese en su historia con visible complacencia, como diciéndonos: «Miradle, cuán simple; y, no obstante, le amamos y reverenciamos».

En efecto, ¿quién podía no amar a un hombre que al ser reprendido con alguna aspereza por su superior, no pensaba en su propia humillación, pero se preocupaba en gran manera porque el superior se ponía ronco amonestándole? El caso ocurrió después de la muerte de Francisco, y el superior no era de los que apreciaban como él la simplicidad de Junípero. Aquella misma tarde en que recibió la reprimenda Junípero se fué a la ciudad y obtuvo de limosna lo necesario para preparar unas buenas gachas de harina y manteca. Muy entrada la noche, el superior oyó llamar a su puerta; levantóse a abrirla y vió a Junípero con una candela en una mano y la escudilla humeante en la otra. «Padre —le dijo—, cuando me echaste en cara mi falta, vi que tu voz enronquecía y creí que esto era debido a la mucha fatiga. He pensado, pues, en un remedio y te he preparado esta escudilla de gachas.» El superior, más enojado todavía al ser importunado a aquella hora, mandó a Junípero que se fuese; mas éste, lleno de compasión, no se movía, tratando inútilmente de inducirle a comer las gachas. Por fin, viendo que nada lograba, díjole: «Pues bien, padre mío, si no quieres comer, te ruego me hagas este favor: aguántame la candela y yo comeré». El cronista añade que el superior, «vencido por la solicitud y simplicidad de Junípero, depuso su enfado y sentándose, comió con él».

Incidentes de este género menudeaban no sólo en el recinto de la Porciúncula, sino también a la vista del mundo; los hombres criticaban tal o cual acción, mas sentíanse atraídos por el espíritu

que las inspiraba. Fué el mismo Junípero el que se columpiaba con los niños a las puertas de Roma, mientras el pueblo en procesión esperaba impaciente que dejase el juego para acompañarle con honor. Junípero practicaba también al pie de la letra otra lección aprendida en la Porciúncula, a saber, no negar nunca una limosna a un pobre, mientras hubiese algo que dar. Cuando años después los frailes tuvieron conventos, nunca se le pudo hacer entender que no debían darse los libros y el mobiliario de la casa. Daba con tal frecuencia sus vestidos a los pobres que los superiores acabaron por prohibirle que se desprendiese de su túnica, por miserable que fuese el que la solicitase. Después de recibir orden tan terminante, halló por el camino a un pobre y no teniendo nada que darle, díjole: «Mi superior me ha prohibido que dé mi túnica, pero si tú me la quitas no te diré que no». El pobre no se lo hizo decir dos veces.

En materia de dar con liberalidad, excesiva a juicio de muchos, Junípero tenía un émulo en la persona de Francisco. Habiendo ido a la Porciúncula una pobre mujer pidiendo limosna y no teniendo allí cosa de valor para darle, entrególe éste el único libro de los Evangelios que poseían los frailes.

El siguiente episodio de la vida de Junípero nos hará formar una idea más clara todavía del espíritu reinante en la Porciúncula. En sus últimos días tenía por compañero a un fraile de disposición muy semejante a la suya, llamado fray Amazialbene, a quien amaba entrañablemente a causa de su admirable paciencia y sumisión. «Cuando el Señor fué servido —dice el cronista—, murió fray Amazialbene con muy grande santidad, y al recibir fray Junípero la noticia de su muerte, sintió tanta tristeza en su alma, cuanta jamás había tenido por ninguna cosa temporal o sensible. Y mostrando al exterior la grande amargura que sentía, exclamaba: '¡Ay, infeliz de mí, que ya no me queda bien alguno, y todo el mundo se acabó para mí con la muerte de mi dulcísimo y amadísimo fray Amazialbene!' Y añadía: 'Si no fuera porque no me dejarían en paz los frailes, iría a su sepulcro, tomaría su cadáver y haría del cráneo dos escudillas; y para continuo recuerdo suyo y devoción mía, comería siempre en la una y bebería en la otra, cuando tuviere sed y quisiere beber'.»

Tal era fray Junípero, paladín de Francisco, y tenido en gran veneración por Clara, que le daba el sobrenombre de «Juguetillo de Dios» [1].

---

[1] Con referencia a fray Junípero, véase *Vita Fr. Juniperi, en Chron. XXIV Gen., Anal. Franc., III*, pág. 54-65; *Fioretti, Vita di Frate Ginepro: De Conformit.*, en *Anal. Franc.*, IV. 245-48 *et passim.*

Otro ejemplar característico de caballero de la orden de santa Pobreza era fray Maseo, en quien consideraba Francisco el verdadero Fraile Menor, a causa de «su aspecto gracioso, su discreción natural y su belleza y piadosa elocuencia»; era muy diferente, como a primera vista se descubre, del simplicísimo fray Junípero. Francisco le tenía por compañero de viaje predilecto, porque cuando deseaba recogerse en silencio para orar, Maseo se apartaba un poco con los que acudían a escucharles y les predicaba; y como era de apuesta presencia y fluente de palabras, el pueblo le escuchaba con agrado. Maseo era una mezcla singular de sentido práctico y dócil humildad.

Andando en cierta ocasión juntos maestro y discípulo, llegaron a una encrucijada de caminos, que llevaban respectivamente a Florencia, a Arezzo y a Siena. Maseo que iba delante porque Francisco quería estar solo para rezar, detúvose en aquel sitio y preguntó: «Padre, ¿por qué camino debemos ir?» «Por el que Dios quiera», fué la respuesta. «Mas, ¿cómo conoceremos la voluntad de Dios?» preguntó Maseo. Y repuso Francisco: «Por la señal que te diré. Por el mérito de la santa obediencia te mando que en esta encrucijada, en el mismo sitio en que tienes los pies, des vueltas alrededor como hacen los niños, y no pares de darlas hasta que yo te lo diga». Maseo lo hizo así, en tanto que Francisco rogaba a Dios que los guiase a voluntad suya. De pronto gritó Francisco: «Párate y dime hacia qué parte tienes la cara». Respondió Maseo: «Hacia Siena». «Ese es el camino —respondió Francisco—, que Dios quiere que sigamos.» Y emprendieron de nuevo la marcha, yendo también delante Maseo, muy admirado de lo que Francisco le había hecho hacer, como si fuera un niño, a vista de los que por allí pasaban. Llegaron a Siena y se hospedaron en casa del obispo. Andaba la ciudad dividida en partidos y en cuanto Francisco tuvo noticia de ello, salió a la calle y empezó a predicar al pueblo, suplicando por amor de Dios que hubiese paz entre unos y otros. Tan eficaces fueron sus palabras, que los ciudadanos dieron por terminada su discordia y se reconciliaron. Los frailes al regresar al palacio episcopal fueron recibidos con grande honra.

Espantóse la humildad de Francisco al verse tan honrado y a la mañana siguiente muy temprano despertó a Maseo y sin despedirse de nadie partió secretamente con su compañero y prosiguió su viaje. Durante el camino iba Maseo muy contrariado por lo que le parecía falta de discreción y cortesía de Francisco, e interiormente rebelábase contra el modo de tratarle el día anterior, como un chiquillo, y también contra su conducta con el obispo. Mas de pronto empezó a recordar el prodigio obrado por Francisco con su pre-

dicación en la ciudad y lleno de remordimientos, dijo para sí: «Si un ángel del cielo hubiese realizado lo que Francisco ayer, el suceso no fuera más maravilloso; por lo cual, aunque me mandara arrojar piedras debiera obedecerle, porque el feliz término de la jornada prueba que todo lo que hace ha sido dispuesto por Dios».

A pesar de algunas murmuraciones de su «buen sentido natural», Maseo era profundamente humilde y sencillo. No siempre acertaba a entender las acciones de Francisco, no ajustadas a las reglas de la prudencia humana; con todo, sentía que estaba más cerca de Dios que la mayoría de los hombres y en consecuencia prestábale una obediencia infantil.

Así se procedía en la Porciúncula. Los frailes estaban convencidos de que Dios les manifestaba su voluntad por vías nuevas y misteriosas, por las cuales era misión de Francisco conducirlos; así pues, sus palabras tenían fuerza de ley. Fué fray Maseo quien en cierta ocasión edificó los frailes con un notable ejemplo de humildad, porque siendo hombre naturalmente bien dotado, esta virtud brillaba en él con resplandor más vivo. Un día le dijo Francisco en presencia de toda la comunidad: «Fray Maseo, todos estos compañeros tuyos tienen la gracia de la oración y contemplación y tú tienes la de predicar la divina palabra con agrado de la gente; y a fin de que puedan entregarse a la contemplación, quiero que hagas tú el oficio de portero, el de la limosna y el de cocinero; y mientras ellos están a la mesa, comerás tú fuera de la puerta del convento, para que edifiques a cuantos vengan, diciéndoles alguna buena palabra acerca de Dios».

Durante algunos días desempeñó Maseo estos oficios, siendo el criado de la casa. Mas los demás, sintiendo la humillación a que estaba sometido, rogaron a Francisco les permitiese ayudarle en sus quehaceres. Francisco llamó, pues, a Maseo y le dijo que en atención a la súplica de los frailes, le relevaba de sus obligaciones; a lo que respondió Maseo: «Padre, todo lo que me impongas, ya sean todas las cargas, ya una parte de ellas, yo lo aceptaré como un mandato de Dios». Francisco al oír estas palabras se llenó de gozo y en el acto predicó a los frailes un sermón sobre la humildad, que movió sus corazones.

Refiérese también el siguiente dicho de Maseo. Viendo que algunos frailes hacían frecuentes peregrinaciones a los santuarios dedicados a los santos, pensó que era mejor y más provechoso visitar los santos vivos que los muertos. Porque, decía, «los santos vivos nos enseñan los peligros y tentaciones de que ellos deben guardarse y contra los cuales deben pelear».

En otra circunstancia compuso una canción que repetía sin ce-

sar. Los frailes preguntáronle por qué no variaba jamás su canto; y respondió: «Porque cuando un hombre ha hallado una cosa buena, no debe cambiarla» [1].

Muy diferente de Maseo, a quien vemos siempre dispuesto a todo, era Rufino, de la familia de los Scefi de Asís, hombre tímido, callado, reservado, moroso algunas veces; parecía el hombre menos indicado para ingresar en la alegre compañía de la Porciúncula. Mas, bajo su reserva ocultaba una gran dulzura y una sinceridad absoluta. Su timidez era hija de su temperamento sensible en extremo. Tal vez Francisco, aleccionado por la complejidad de su propio carácter, se hacía cargo de la tortura y tristeza debidas a la extrema sensibilidad del sistema nervioso en Rufino y solía tratarle con la mayor bondad. En Francisco, al abatimiento seguía siempre una rápida reacción, lo cual no le ocurría a Rufino. No obstante, poseía este fraile temeroso y desconfiado de sí mismo una fuerza pasiva y una sinceridad en sus resoluciones, que eran causa de su gran elevación espiritual. Francisco solía llamarle en ausencia suya san Rufino. Lo que temía Rufino era que se le enviase a predicar. Si, yendo de misión, se le mandaba que hablase al pueblo, al punto perdía la facultad de pronunciar una sola palabra. Queriendo un día Francisco curarle de su desconfianza le ordenó que fuese a una iglesia de la ciudad a predicar como el Señor le inspirase. Suplicóle Rufino que le dispensase de una prueba tan grande, alegando, no sin alguna obstinación, su incapacidad de predicar. Francisco reprendióle severamente y le impuso por penitencia que fuese a la iglesia desnudándose el hábito, con solos los paños de honestidad. Puede imaginarse lo que esta orden significaba para Rufino, pero obedeció como se le dijo.

La gente, viéndole así por las calles, creyó que se había vuelto loco y los niños lo tomaban por juguete; pero, Rufino cumplió su cometido heroicamente y en su desnudez entró en la iglesia y predicó al pueblo allí reunido. Francisco, en cuanto partió Rufino, tuvo remordimiento de su dureza y a usanza de las gentes meridionales se increpó de esta suerte: «¿De dónde te ha venido tanta soberbia, hijo de Pietro Bernardone, hombrecillo vil, que mandas a fray Rufino, que es de los más nobles caballeros de Asís, que vaya, desnudo como un fatuo, a predicar al pueblo? ¡Por cierto que has de experimentar en ti lo que mandas a los otros!» Y al instante, desnudóse de igual manera y se dirigió a la ciudad. Mas, uno de los

---

[1] Con referencia a fray Maseo, véase *Fioretti*, caps. XI, XII, etc.; *Chron. XXIV Gen.*, *Vita Fr. Massaei*, *Anal. Franc.*, III, págs. 115-21; *Spec. Perfect.*, cap. LXXXV; *De Conformit.*, en *Anal. Franc.*, IV, págs. 193-7 *et passim*.

frailes, llamado León, le siguió llevando los hábitos de los dos desnudos predicadores.

Al entrar Francisco en la Iglesia, Rufino estaba hablando premiosamente, exhortando a sus oyentes a deponer todo fraude y engaño y dar a cada uno lo debido. Esperó Francisco que terminase y subiendo a su vez al púlpito, predicó la pobreza y desnudez de Cristo con tal encarecimiento, que todos los oyentes lloraban. Al salir de la iglesia los dos frailes, ya vestidos, la gente se agolpaba a su paso para tocar siquiera la fimbria de su hábito.

Rufino empero no era siempre tan dócil; una vez llegó a persuadirse de que la predicación y el cuidado de gente desconocida no eran de su incumbencia y que serviría mejor a Dios si se entregaba a la oración en la soledad, siguiendo no la dirección de Francisco, sino su propia inspiración. Ni quiso escucharle cuando éste trató de disuadirle de su propósito, pretendiendo que un ángel de Dios le había mostrado el verdadero camino. Apartóse de él Francisco y se puso en oración.

De momento, al alejarse Francisco, sintióse Rufino aliviado y satisfecho, porque le parecía como si un ángel glorioso y resplandeciente estuviese a su lado; y esto le animaba a seguir su propia voluntad. Mas, de pronto desapareció la forma de ángel, subsistiendo el espíritu de tinieblas; y Rufino, conturbado y amedrentado, corrió hacia Francisco y cayó a sus pies como en congoja. Francisco le alzó del suelo y consolándole, le dijo estas palabras a la vez placenteras y tristes: «¡Ay, fray Rufino, pobrecillo! ¿A quién has creído?» Desde aquel momento sintió Rufino renacer su confianza en Francisco y prometió obedecerle siempre.

Así caminaba Rufino por el camino real de la Pobreza, más temeroso y vacilante que alegre y confiado. Finalmente halló la paz. Sobrevivió muchos años a Francisco; poco antes de morir, su consejero espiritual se le apareció y le dió «un beso dulcísimo». Así reconfortado, murió gozosamente[1]. El espíritu de la Porciúncula se hace patente en el caso difícil de Rufino; es como un amor materno, paciente y compasivo, único amor capaz de salvar almas como la de Rufino, propensas al desaliento, haciéndoles sobrellevar heróicamente la carga antes insoportable y hallar finalmente la paz.

---

[1] Véase *Fioretti*, XXIX, XXX; *Chron. XXIV Gen.; Vita Fr. Rufini, Anal. Franc.*, III, págs. 46-54; *De Conformit.*, en *Anal. Franc.*, IV, págs. 197-202 *et passi n.* Rufino fué uno de los compañeros designados por el Ministro General, Crescencio, en 1244, para que escribiesen sus recuerdos de San Francisco. Según Waddingo (*Annales*, ad an. 1210) el año en que Junípero, Maseo y Rufino fueron recibidos en la Orden es el 1210.

De condición más feliz y animosa fué fray Gil, a quien ya conocemos por haber seguido a Bernardo de Quintavalle y a Pedro Catanio al formarse la primera compañía que abrazó la vida de Pobreza. En cierto modo, de todos los compañeros de Francisco fué Gil el de carácter más original. Francisco depositó en él su confianza, hasta tal punto que no hubiera tenido más consultor que a Gil en sus idas y venidas y en la elección de moradas, de no haberse opuesto el fraile a ello. A diferencia de Maseo que prefería los santos vivos a los muertos, Gil, durante los seis primeros años de su vida religiosa, hizo frecuentes peregrinaciones, ora a un santuario, ora a otro; visitó sucesivamente Santiago de Compostela, San Miguel de Monte Gargano, San Nicolás de Bari y la Tierra Santa, sin contar repetidas visitas a las tumbas de los Apóstoles en Roma. Dondequiera que fuese llevaba consigo la buena nueva de la santa Pobreza. Aún durante sus viajes ganábase siempre el pan de cada día con el trabajo de sus manos. Debiendo esperar algunos días en el puerto de Brindis antes de hacerse a la vela para Tierra Santa, iba por las calles provisto de un cántaro repartiendo agua. Otras veces tejía canastas de mimbre y las vendía por pan; o enterraba a los muertos, o ayudaba a los campesinos en las faenas agrícolas. Durante una de sus estancias en Roma, cada mañana al salir de misa se iba a un bosque de las afueras a recoger leña y regresando después a la ciudad, la vendía en haces. Un día una mujer, viéndole con su carga, quiso comprársela toda y habiendo fijado el precio, Gil se la llevó a su casa. Al darse cuenta la mujer de que trataba con un religioso, dióle más de lo convenido; pero, Gil le dijo: «Buena mujer, no quiero que el vicio de la avaricia se apodere de mí; por consiguiente, no aceptaré más que el precio ajustado». Y se fué, dejando allí la mitad de lo que le daban. «Visto lo cual —añade el cronista—, la mujer sintió por él el más profundo respeto.»

Mas, aún en sus actos de abnegación obraba Gil con cierta sagacidad e independencia. Un día en el mercado de Roma un hombre andaba en busca de un jornalero para llevarle a varear nueces. Gil se ofreció para este trabajo, a condición de recibir en paga una parte de las nueces. Por la tarde se le vió volver a casa de los frailes llevando a la espalda una carga de nueces metidas en el hábito que se había quitado para convertirlo en saco; aquel era su salario. En tiempo de las siegas iba al campo a espigar con los pobres lo que dejaban los segadores; pero, generalmente daba por amor de Dios lo que había recogido, porque no quería guardar más de lo necesario para el mismo día.

Cuando los cardenales y otros dignatarios de la corte pontificia empezaron a buscar la compañía de los frailes, siempre que Gil se

hospedaba en el palacio de alguno de aquellos personajes, ponía por condición salir cada día a ganarse el pan. Un día, empero, estando en Roma en casa del Cardenal Obispo de Túsculo, como lloviese copiosamente, el cardenal le dijo en tono de chanza: «Hoy por lo menos te verás obligado a comer en mi mesa». Mas no contaba con la ingeniosa industria de su huésped. Gil se fué a la cocina y viéndola sucia, ofreció limpiarla por el precio de dos panes. Débese agregar que, a pesar de su trabajo constante, arreglábase de manera de no quedar corto en la oración.

Al sexto año de su entrada en la Porciúncula, Gil se retiró a un eremitorio cerca de Perusa y desde entonces, según parece, pasó su vida en uno u otro de los yermos a los cuales se ha asociado su nombre, en los alrededores de la citada ciudad: Falerione, Monte Ripido y Cetona. Mas, permaneció siempre fiel al principio de ganarse el pan con el trabajo manual. Habiéndose extendido la fama de sus sabios consejos, visitábanle con frecuencia en su retiro personas de todas procedencias que querían adoctrinarse en lo que de sus labios brotaba; y muchos de los que le escuchaban escribían sus palabras para recordarlas mejor. Años después estos escritos se reunieron bajo el título: «Las palabras de oro de Fray Gil», que pueden leerse en el libro que las contiene [1].

Tales fueron algunos de los hombres que formaron la primera comunidad de la Porciúncula. Otros merecen asimismo ser citados: algunos nos son ya conocidos, como «el venerable fray Bernardo», y hay otros de los que se hablará en el curso de esta historia. Notable entre todos fué fray León, la «oveja de Dios», según le llamaba Francisco a causa de su singular pureza y sencillez; alma de niño y a la par hábil pendolista y útil secretario. De otros no se conservan más que escasos recuerdos, aunque fueron hombres cuya existencia debiera agradecer la tierra. Uno de estos era fray Simón; hablaba este fraile tan suavemente del amor de Dios, que hubo quien pasó con él toda la noche en santa conversación sin darse cuenta de la llegada del nuevo día; habiendo transcurrido las horas como si solo fuesen breves minutos. Fray Simón, por añadidura, mostrábase compasivo y solícito con los que sufrían tentaciones [2].

La Porciúncula, como se ve, agrupaba en su seno hombres de diferentes caracteres y temperamentos, y lo que es más admirable, al paso que imprimía en cada uno un marcado sello de familia, dejaba a todos su propia personalidad, fomentando sus cualidades y

---

[1] Véase la biografía de fray Gil en una nota del libro I, capítulo V.

[2] Véase *Fioretti*, XL. Según Waddingo (*Annales*, *ad an.* 1210) el año en que León y Simón fueron recibidos en la Orden es el 1210.

su nobleza de espíritu; así se cultiva en un bello jardín gran variedad de flores. No había un molde único; el espíritu de aquel lugar parecía complacerse en la novedad y frescura de cada carácter individual, que iba completando aquel conjunto y contribuía a enriquecer el secreto tesoro de la santa alegría. Francisco no deseaba en modo alguno que todos los frailes tuviesen una misma marca exterior. El verdadero Fraile Menor, hubiera dicho considerando las excelencias de cada uno de los suyos, es fray Bernardo con su fe a toda prueba y su amor a la pobreza; es fray León con su simplicidad y su pureza; es fray Ángel con su delicada cortesía; es fray Maseo con su apuesto continente, su buen sentido natural y su elocuencia; es fray Gil con su don de contemplación; es fray Junípero con su olvido de sí mismo; es fray Juan con su insigne fortaleza de cuerpo y alma; es fray Rogelio con su incomparable caridad por las almas; es fray Lúcido que, a imitación de Nuestro Señor, no quiere tener lugar de descanso sobre la tierra[1]. Esta amplitud de espíritu fué en verdad uno de los secretos que dieron fuerza y belleza a la restauración de la fe en Umbría.

---

[1] Véase *Spec. Perfect.*, cap. LXXXV. Este capítulo es evidentemente una compilación de los dichos tradicionales de San Francisco.

## Capítulo IV

## SANTA CLARA

Fué en 1212, al despertar la primavera, cuando Clara abandonó la casa paterna para ir a la Porciúncula y consagrarse allí a Cristo y a la Pobreza en presencia de Francisco y de sus frailes.

Algunos escritores de nuestros días han creado en torno a este episodio una atmósfera novelesca, como si se tratase de un afecto humano purificado de su escoria, pero al fin y al cabo humano. Los que han escrito tal cosa no conocen a Francisco ni a Clara. El punto donde se unían sus afectos y coincidían sus vidas, estaba más allá de ellos mismos y no era otro que el mismo Jesucristo. A Jesucristo amaban ambos con amor que excluía todo otro amor menos sagrado y espiritual.

Amaban ambos a Jesucristo en su pobreza terrenal y en su caridad con el mundo. En esta contemplación de la vida de Cristo hallaban la hartura de sus deseos, adquiriendo en ella una semejanza que les hacía parecer criados en una misma cuna; ella engendró aquella mutua simpatía y aquella instintiva compenetración recíproca.

Aún antes de conocer a Francisco, Clara sentía una extraña inclinación hacia los pobres, cual si fueren miembros de su propia familia. Cuando se vieron por primera vez, reconociéronse al punto como dos almas gemelas. Este primer encuentro tuvo lugar probablemente en la Cuaresma de 1212. Francisco regresaba de una serie de misiones apostólicas en Toscana y en el territorio de Perusa y reanudaba su predicación en Asís. Sus conciudadanos, ahora orgullosos de su profeta, se reunían en gran número para escucharle dondequiera que predicase. Entre ellos estaba Clara. Tal vez había asistido anteriormente a alguno de sus sermones; en todo caso, es más que seguro que había oído hablar de él.

Clara tenía a la sazón dieciocho años[1]. Su familia era una de

---

[1] Según Mariano de Florencia, Clara nació el 16 de julio de 1944. Dice la tradición que su padre pertenecía a la noble familia de los Scefi, o Scifi, de Asís,

las más nobles del territorio de Asís, y además de su castillo en las afueras, poseía una casa en la ciudad a pocos pasos de la iglesia de San Giorgio y de la Catedral. El padre de Clara hubiera querido verla ya casada; pero, cuando hablaba a su hija de proyectos matrimoniales, ella o no escuchaba o eludía la cuestión. Por el momento no podía prever lo que le reservaba el porvenir, pero sentía en su fuero interno la necesidad de conservar su libertad y pensaba ya en una vida de pureza virginal enteramente consagrada a Jesucristo. Desde su tierna infancia los misterios del reino sobrenatural la habían elevado por encima de las contingencias terrenales y el llamamiento del espíritu la había separado de los placeres e incentivos ordinarios de su edad juvenil; aun de las mismas distracciones propias de la vida de familia solía apartarse, retirándose a algún lugar solitario, donde iba recitando Padrenuestros que la vinculaban suavemente a Dios, su Padre celestial, y a toda la asamblea de los Santos. A medida que crecía en edad parecía más y más vivir en un estado de expectación. Participaba de los quehaceres diarios; aprendía a cumplir los deberes propios de la hija de una noble casa y se resignaba a ser compuesta por su doncella, no sin protestar interiormente, sobre todo cuando comenzó a adivinar que el deseo de los suyos era que contribuyese a realzar el prestigio de la familia con una boda brillante. Pero Clara no tenía intención alguna de casarse por dar gusto a los de su casa; cuando su entendimiento resolvía alguna cosa, apoyábale el corazón, y el corazón de Clara por cierto no carecía de fortaleza.

Su educación era la de su tiempo y de su clase; es decir, tenía conocimientos elementales de lectura y escritura, era primorosa en las labores de aguja y sabía cómo se debe dirigir la vida doméstica de una mansión feudal. Es muy probable que conociese los romances de caballería, que eran la literatura de aquella época, por los trovadores que visitaban la casa paterna. Y no podía menos de estar al corriente de las cuestiones candentes de actualidad, merced a su trato con personas informadas de los incidentes relativos a religión y política y apasionados por ellos; porque la efervescencia reinante en estos dos órdenes en todo el mundo, regolfaba en Asís e intensificaba más todavía la vida comunal. Así, pues, sin ser letrada, como se dijera en otro tiempo, Clara aparece en nuestra

---

y era señor de Sasso Rosso, situado en la vertiente de Monte Subasio (véase V. Locatelli, *Vita di S. Chiara*, pág. 334). La tradicional asociación de la familia y Sasso Rosso es discutible. El nombre de Ortolana, madre de Clara, se menciona en la leyenda, donde se dice también que pertenecía a una noble familia de caballeros. Véase *Legenda S. Clarae*, ed. Franc. Pannacchi, pág. XXIX *seq.*

historia como mujer de espíritu cultivado. «Agradábale escuchar un discurso bien preparado y docto —dice el autor de su leyenda—, porque opinaba que se aprecia y saborea mejor el jugo de una doctrina si está contenido en vaso de bien escogidas palabras» [1].

Empero esta predilección por los discursos «bien preparados y doctos» era señal de una natural sensibilidad más que de un refinamiento intelectual. Instintivamente, sentíase más inclinada a las cosas mayores de la vida, las que tienen una real importancia; en este interés revelábase la noble sinceridad de su alma y su gran vitalidad espiritual. No se contentaba con cumplir a medias sus deberes; en cambio, hacía poco caso de ciertos detalles en el modo de obrar que no eran inherentes a algún principio vital. Con golpe de vista certero descubría las cosas dotadas de un valor positivo y perdurable, uniéndose a esta cualidad un temperamento emotivo, sediento de belleza, acaso más de belleza moral que de belleza física.

Amaba las flores, tal vez por considerarlas símbolo del alma perfecta. Tenía en su jardín lirios de pureza, rosas de amor, violetas de humildad [2]. La música le producía un verdadero éxtasis de espiritual delectación [3]. Pero su sensibilidad era siempre gobernada por una inteligencia eminentemente práctica y una voluntad dispuesta a mostrarse leal para con quien mereciese su respeto. La fidelidad era el molde en el cual tomaba forma su gran fuerza de carácter. Los mismos varones de su familia, soldados endurecidos de una estirpe que había defendido con la espada sus bienes y sus vidas y a cuya imperiosa voluntad era preciso someterse, aún éstos sentíanse algo intimidados ante la firme voluntad de la hija de la casa.

El sentimiento de respeto que rodeaba a Clara debíase también en parte a una especie de misteriosa predestinación que había presidido a su nacimiento; porque poco antes de venir al mundo, rezando su madre para alcanzar un feliz alumbramiento, oyó una voz que le decía: «Mujer, no temas; porque parirás una luz cuyos rayos iluminarán la tierra». A causa de esta revelación, al nacer la criatura se le impuso en el bautismo el nombre de Clara, esto es «la

---

[1] *Leg. S. Clarae*, ed. Pennacchi, 37. La leyenda está publicada por los Bolandistas, *Acta S. S.*, 12 agosto, tom. II, pág. 742 *seq.* Una edición crítica fué publicada en 1910 por el Prof. Franc. Pennacchi, según el manuscrito de Asís. Véase también P. Paschal Robinson, *Life of St. Clare*, y Mrs. Balfour, *The Life and Legend of the Lady St. Clare*, con una Introducción por el autor de este libro.

[2] Una antigua tradición nos dice que Clara tenía estas tres flores en su pequeño jardín de San Damián, porque simbolizaban sus tres virtudes favoritas.

[3] Véase *Leg. S. Clarae*, 29: *Actus S. Franc.*, cap. XLII; *Fioretti*, cap. XXXV.

que resplandece» [1]. Esta señal de predestinación le daba cierta libertad como persona escogida por el cielo; y hasta cierto punto la sustraía aún a la autoridad paterna. Al crecer, pues, y mostrarse inclinada más de lo común a las prácticas religiosas y de caridad, se la dejó obrar a su guisa. Muy tempranamente se reveló en ella aquella abnegación de la cual sólo son capaces las almas que aman intensamente. No contenta con dar a los pobres lo superfluo, llegaba a privarse de lo necesario para socorrerlos [2]. A causa de estos afectuosos desvelos y del exquisito tacto en el trato con los pobres, la correspondían éstos con sincero amor y la ciudad se hacía lenguas de su gran caridad.

Francisco oyó encarecer a Clara por su delicado comercio con los pobres y por la fama que tenía de derramar como una luz celestial dondequiera que fuese; e instintivamente sintió por ella gran reverencia, como la que nos inspira la presencia de un ser todo pureza. Creció en él el deseo de ver y hablar con una doncella en la cual resplandecían visiblemente la pureza y la bondad de Dios, con el secreto anhelo de ganarla totalmente al servicio de Jesucristo; «porque —dice el viejo cronista—, quería arrancar esta noble presa de las garras del mundo perverso y depositarla, como glorioso trofeo, ante el altar de Dios».

Clara, por su parte, después de oír la predicación de Francisco, tuvo la certidumbre de haber hallado el guía cuyos consejos podía escuchar con entera confianza y pedía a Dios en lo íntimo de su corazón que se le ofreciese alguna coyuntura para exponerle sus pensamientos; porque los sermones de Francisco habían orientado las aspiraciones que siempre tuviera y pensaba con insistencia en una vida de pobreza y amor de Dios semejante a la que observaban en la Porciúncula Francisco y sus frailes. Pero era difícil dar semejante paso sin despertar las sospechas de su familia, cosa que quería evitar en lo posible. No la engañaba la amplia libertad que se le concedía mientras no atentase al decoro de su alcurnia y no se opusiese categóricamente a los proyectos familiares de futuras alianzas; dábase cuenta cabal de que, de ser conocido el anhelo que abrigaba en su pecho, hubiera sido tratado como una traición a los intereses y al honor de la familia. Bueno era obrar como dama dadivosa y ser la providencia de los pobres, que tal era el privilegio de la hija de una noble casa. Aún el entrar en un convento de los arraigados podía no presentar dificultades insuperables; no fal-

---

[1] *Leg. S. Clarae*, 2.
[2] *Ibid.*, 3.

taban conventos que eran, por decirlo así, pupilajes de nobles familias, los cuales de una manera digna aseguraban el patrimonio del cielo a las casas cuyas hijas se consagraban en su seno al Señor. Mas, ¡faltar a las conveniencias sociales más respetables y pasarse a las filas de los pordioseros, y ganarse el pan o acogerse al azar de la limosna hecha en la calle; que tal hacían los frailes de la Porciúncula! Clara no se forjaba ilusiones acerca de la actitud de su familia ante semejante proyecto. Y, sin embargo, esto era lo que deseaba con urgencia creciente su corazón.

Fué Francisco quien halló el momento oportuno de la entrevista [1]. Había ya aceptado, como si viniese de manos de Dios, la carga de aquella obra excepcional. Él no la buscara, pero ahora debía obedecer a una de aquellas imperiosas iluminaciones del espíritu que no se pueden desoír sin hacer traición a Dios; y al punto la profunda veneración que Clara le inspiraba borró de su corazón todo temor. Desde su conversión a la vida espiritual se había puesto en guardia con el mayor rigor aún contra el más inocente atractivo que pudiese hallar en compañía de mujeres. No tenía amistad con ninguna por virtuosa que fuese; y cuando en su calidad de mensajero del Evangelio debía darles alguna instrucción para bien de sus almas, hacíalo siempre con pocas palabras. Algo en su propia naturaleza le aconsejaba semejante cautela; mas, también en parte su modo de proceder era dictado por su idea personalísima del honor que se debe tributar a una mujer. «Toda mujer —decía a los frailes—, es una esposa de Cristo. ¡Con cuánto temor y reverencia debemos, pues, considerarlas!» [2].

La pureza de la mujer era a sus ojos el tesoro de la humanidad emanado de la pureza del Redentor del género humano; era el sello de Cristo en los afectos y relaciones de los hombres. No quería ofender la pureza femenina, ni mancillar la propia siquiera con una mirada indiferente que acaso podía inspirar furtivamente un mal deseo. Por esta razón no las miraba de hito en hito, hablándoles siempre con los ojos bajos.

Tan sólo con dos, dama Clara y dama Jacoba de Sietesolios (Giacoma di Settesoli), hizo Francisco una excepción en esta regla [3]. Una de ellas fué la solícita Marta de los frailes, como veremos más adelante; pero, Clara fué la que veló por el espíritu de la fra-

---

[1] *Leg. S. Clarae*, 5.

[2] Véase II Celano, 113 14.

[3] Véase II Celano, 112. Celano no dice explícitamente que las dos mujeres a que Francisco se refería fuesen Santa Clara y Dama Jacoba, pero no puede dudarse de su identidad, por ser las dos únicas con las cuales estableció constante amistad.

ternidad. Desde el principio tuvo una adivinación instintiva de la vocación de los frailes, teniéndola en tan gran estima que parecía inspirarse en ella en cada uno de sus pensamientos y deseos; de suerte que Francisco y los suyos vinieron en considerarla no como a discípula, sino como a enviada de Dios para dar testimonio de la verdad y santidad de su vocación. Y de este alto concepto nacía la gran reverencia y el purísimo afecto que por ella sentían.

Clara no se atribuía mérito alguno y aceptaba el tributo de los frailes como indicio cierto de la nobleza de sus almas; empequeñeciéndose con suave humildad, considerábase cual modesta planta cultivada por Francisco en el jardín de la Pobreza [1].

Clara no era para los frailes como las demás mujeres, y ni Francisco ni los suyos tenían en su trato el más lejano peligro, antes bien la miraban cual depósito sagrado, cuya sola presencia en la tierra bastaba para llevar los hombres al respeto y amor de Cristo.

Después de su primera entrevista, Clara fué con frecuencia a ver a Francisco, necesariamente sin que lo supiese su familia. No podía entretenerse vacilando. Cuando es preciso conquistar con violencia la libertad, son culpables de tal violencia los que la han hecho necesaria. No hubieran obrado de otro modo los deudos de Clara en materia de interés terreno. En el curso de muchas generaciones habíanse labrado el prestigio y la fortuna familiar merced a la iniciativa personal, sacrificándolo todo al interés de su estirpe. Tal era la tradición del señor feudal; y Clara en el momento supremo de decidir su fortuna, como hija de su padre, obró según su firme criterio personal. Tan sólo por decoro, confió el negocio a una de sus tías, persona de carácter afín al suyo, que la acompañó en sus visitas y secundó sus iniciativas [2].

Clara volvía de sus entrevistas con Francisco más resuelta a romper con el mundo, guardando en su corazón «una visión de las felicidades eternas, comparadas con las cuales todo lo del mundo es vil y despreciable; y su alma se derritía más y más con el santo anhelo de tomar por esposo al Rey de los cielos». Porque «Francisco se portaba como amigo fiel del desposado» y Clara «le escuchaba con el corazón enfervorizado en grado extremo cuando le hablaba del amor de Jesús» [3].

La Cuaresma estaba por terminar cuando Clara tomó una resolución irrevocable.

---

[1] Véase *Reg. S. Clarae* y su Testamento, donde se lee esta expresión: «plantula B. P. Francisci».

[2] Véase Waddingo, *Annales*, ad an. 1238; A. Cristofani, *op. cit.*, pág 92

[3] *Leg. S. Clarae*, 6.

Llegó el Domingo de Ramos [1] y los padres y toda la familia de Clara, ignorando lo que aquel día les reservaba, fueron a la Catedral donde el obispo había de bendecir y repartir las palmas. Era la misa nupcial de Clara, que quiso vestirse con más esmero del acostumbrado. Empezó la distribución de las palmas y la familia de Clara acercóse al altar para recibirlas; pero, ella no se movió de su sitio paralizada por la emoción. El obispo bajó las gradas del altar y fué a ponerle la palma en la mano; es de suponer que, conociendo su secreto, quería bondadosamente animarla.

Aquella noche cuando todos se hubieron recogido, Clara, acompañada de su fiel amiga, abandonó la casa de sus padres.

No aventurándose a salir por la puerta principal, fué a una puerta excusada fuera de uso; obstruíala una pila de piedras de gran tamaño sostenida por dos recios montantes de madera. Pero Clara cobraba en aquella circunstancia nuevas fuerzas y con sus propias manos se abrió paso y pudo salir. Llegaron las dos mujeres a la Porciúncula, donde Francisco y los frailes, después de rezar maitines, las estaban esperando con antorchas. Aquella noche Clara se consagró a Dios y Francisco le cortó el cabello en testimonio de su voto. Al amanecer el nuevo día, Francisco la condujo al monasterio de Benedictinas de San Pablo en Bastia, en tierras pantanosas, donde las monjas la acogieron hasta que Francisco le hallase casa [2].

De este modo huyó Clara del hogar paterno y fué a la Porciúncula, poniendo su confianza en la Divina Providencia y buscando la dirección de Francisco. Desde aquel día fué un miembro más de la fraternidad; pero su temple de alma había de verse sometido a una última prueba. Al día siguiente, la paz de San Paolo fué violentamente turbada por la irrupción de parientes suyos que iban a reclamarla y amenazaban con llevársela a viva fuerza. A su llegada, Clara se refugió en la iglesia y cuando iban a ponerle las manos encima, se quitó el velo mostrando su cabeza rapada y cogiéndose al altar, proclamó sus desposorios con Jesucristo. Obedeciendo tal vez al sentimiento de reverencia que desde su infancia inspirara su predestinación, quizás domada la furia ante la tranquila fortaleza, aquellos hombres se retiraron, dejándola en libertad de seguir la vida que había escogido.

---

[1] En 1212 el Domingo de Ramos cayó el 18 de marzo.

[2] El monasterio fué destruído en el siglo XIV para dejar sitio a una fortaleza, pero la iglesia subsiste. El pantano fué desecado hace ya mucho tiempo. Bastia, debido a su situación pantanosa, fué conocida en tiempos primitivos por *Isola Romana*.

Pocos días después, Clara se despidió de las monjas de San Paolo y fué al convento de Sant'Angelo in Panzo, situado en la falda del Monte Subasio, a poco más de una milla de Asís [1].

Apenas transcurrida la segunda semana de su huída, juntósele su hermana menor, Inés, resuelta también a dejar el mundo y consagrarse a Dios. La reunión de las hermanas fué para ambas motivo de gran júbilo, porque estaban ligadas por el más tierno afecto. Inés amaba entrañablemente a Clara, admirando su fortaleza, que también ella hubo de adquirir; y Clara amaba a la niña que buscaba en ella refugio, a causa de su dulce sencillez y de su carácter animado y comunicativo [2].

Todos los días, desde que salió de casa de sus padres, suspiraba Clara por la compañía de su hermana en aquella empresa; Inés vivía sin alegría desde la partida de Clara, y cada una por su parte rezaba para ver terminada tal separación; hasta que, como se ha dicho, a los quince días Inés siguió el ejemplo de Clara, huyendo también secretamente y entrando en el convento de Sant'Angelo.

No bien se descubrió su huída, una docena de parientes suyos salieron en pos de ella. Penetrando en la capilla donde se habían refugiado las hermanas, empezaron, no obstante, a hablar en términos comedidos, esperando persuadir a la niña a que volviese a su casa; mas, al ver que nada lograban con suavidad, no refrenaron por más tiempo su cólera, y asiendo a Inés por los cabellos, la arrastraron bárbaramente fuera de la iglesia. Ya en el campo, la cogieron en brazos para llevársela. En medio del tumulto y de las imprecaciones sobresalía la voz de Inés llamando a Clara para que la rescatase. Ésta, al empezar escena tan violenta, postrada ante el altar rogaba a Dios diese valor a su hermana y la salvase. Después, con nuevo impulso, se levantó y voló a su socorro.

A poca distancia, en el declive del monte, la vió tendida en el suelo; porque, de pronto, fuese porque la furia les segase las fuer-

---

[1] Las monjas de Sant'Angelo algunos años después se instalaron en la ciudad en el lugar que ocupa actualmente el seminario; pero en aquella época habitaban el antiguo convento fuera de la ciudad, del cual todavía quedan ruinas. Estaba situado no lejos de Sasso Rosso, la supuesta casa ancestral de Clara. Véase Vinc. Locatelli, *Vita di S. Chiara*, págs. 40-1; P. Paschal Robinson. *Life of St. Clare*, páginas 139-40. En 1238 las monajs de Sant'Angelo habían adoptado la Regla Hugolina. Sbaralea, *Bull Franc.*, I, pág. 258.

[2] El carácter de Inés se pone de manifiesto en su encantadora carta a Clara, que se halla en *Chron. XXIV Gen.*, *Anal. Franc.*, III, pág. 175. Inés al huir de su casa tenía unos quince años (Waddingo, *Annales*, *ad an.* 1253; *Anal. Franc.*, III, pág. 177); pero, debe recordarse que era una muchacha casadera para aquellos tiempos.

zas, fuese por otra causa, aquellos hombres fornidos hallaron la carga demasiado pesada, y profiriendo maldiciones, la dejaron en el suelo. Uno de ellos, ciego de coraje, levantaba el brazo para golpearla, cuando llegó Clara, que se interpuso, suplicando a todos que pusiesen fin a tanta violencia y dejasen su hermana a su cuidado.

Una vez más aquel extraño poder con que Clara sometía a todos a su voluntad, hizo que al punto aquellos hombres enfurecidos se alejasen. Clara levantó a Inés cariñosamente y la llevó al convento[1]. Permanecieron allí juntas, hasta que unos siete años después Inés fué enviada como abadesa al convento de Monticelli, cerca de Florencia, donde vivió más de treinta años, suspirando siempre por volver al lado de Clara. Ésta, antes de morir, la mandó buscar. La muerte no las tuvo separadas largo tiempo; Inés sobrevivió tres meses a su hermana y fué enterrada cerca de ella[2].

Clara residió en Sant'Angelo hasta el año siguiente al de su llegada; con gran contento suyo, obtuvo Francisco para ellas de los Benedictinos del Monte Subasio el uso del oratorio de San Damián y la casita contigua. Era un edificio estrecho y sin comodidad alguna[3], pero en él veía Clara su hogar, por el cual había suspirado como una joven desposada, durante los meses pasados en Sant'Angelo. El deseo de gozar de mayor libertad se había acrecentado al adquirir una idea más precisa del ideal de la pobreza que había abrazado; y más que un deseo era una necesidad. Por otra parte, consideraba San Damián como un lugar sagrado, porque Francisco, al reconstruirlo, había predicho que sería una casa de damas pobres consagradas al servicio de Dios. Clara recordaba y atesoraba estas pruebas de la solicitud de Francisco para con ella y sus futuras hermanas[4]; tales pruebas le producían una singular impresión de seguridad, porque a pesar de su osadía y resolución reconocía la necesidad de una fuerza que se sumase a la suya propia, no sólo para aumentarla, sino para dotarla de más ductilidad y libertad. Toda mujer sincera reconoce el valor de un apoyo de

---

[1] *Leg. S. Clarae.*

[2] Véase la vida de Santa Inés en *Chron. XXIV Gen., Anal. Franc.*, III, página 137 *seq.*; *De Conformit.*, en *Anal Franc.*, IV, pág. 357.

[3] El convento de San Damián conserva buena parte de su fisonomía primitiva; aún pueden verse el refectorio, el dormitorio y otras habitaciones de Clara y de sus monjas. Las habitaciones estrechas y bajas de techo hablan elocuentemente de aquellos primeros días de la vocación franciscana. Véase Ant. Cristofani. *La Storia della Chiesa e Chiostro di San Damiano.*

[4] Véase *Testamentum S. Clarae*, en *Textus Orig.* (Quaracchi), pág. 274.

esta índole; el cual es en las almas más nobles como una antorcha moral que ilumina los caracteres y permite discernir los fuertes y los débiles, los fieles y los inconstantes. Clara se estableció, pues, en San Damián, contenta de encontrarse allí merced a la solicitud de Francisco; y bajo su tutela, San Damián fué una casa gemela de la Porciúncula, con la única diferencia que revela en una vivienda humana la presencia de un corazón y de una mano de mujer. No transcurrió mucho tiempo sin que otras nobles damas de Asís buscasen también en San Damián su morada.

Francisco no dió a Clara ninguna Regla de vida; únicamente le inculcó el espíritu de pobreza absoluta y confianza en la solicitud infinita de Dios [1]. Por lo demás, Clara amoldó su vida cotidiana a la de los frailes, hasta el punto que lo permitía su condición de mujer. Vivía entregada a la oración y al trabajo manual [2], y socorría a los pobres que acudían a ella [3]. Eran bienvenidos los frailes que iban a ver a las monjas para hablarles de Jesucristo y de la vida espiritual [4]. Su sustento cotidiano suministrábalo en parte el pequeño huerto que cultivaban [5], otra parte provenía de las limosnas que los frailes recogían, además de las suyas, para Clara y las monjas. La vida de San Damián era casera y humilde; rica, empero, de intereses espirituales y de un intenso gozo en la práctica de la santa pobreza. Aquella vocación era garantía de una gran

---

[1] En su Regla (cap. VI) escribió Clara: «*Scripsit nobis formam vivendi in hunc modum*», etc. Pero, esta «*forma vivendi*» apenas puede llamarse una Regla en el sentido ordinario de la palabra. Es puramente una promesa hecha por Francisco de tener especial cuidado y solicitud por las monjas. Mas, hace constar que ha motivado esta promesa el haber escogido las monjas «el vivir conformemente a la perfección del Santo Evangelio». En el pensamiento de San Francisco «la perfección del Evangelio» significaba siempre la pobreza absoluta.

Con referencia al desenvolvimiento de la Regla de las Clarisas Pobres, véase *The Life and Legend of the Lady St. Clare, ut supra*, Introducción, págs. 11-31.

[2] Véase la carta de Jacques de Vitry, escrita en 1216, cuando recorría Italia. Refiriéndose a las Clarisas Pobres, escribe: «*Mulieres vero juxta civitates in diversis hospitiis simul commorantur nihil accipiunt sed de labore manuum vivunt*» (Sabatier, *Spec. Perfect.*, pág. 295). Las palabras «*nihil accipiunt*», probablemente aluden a donativos y mandas semejantes a los que recibían otros religiosos. No pueden significar que las hermanas no recibiesen limosnas de víveres y otras cosas necesarias. *Vide supra*, página 145, n. 2; véase *Leg. S. Clarae*, 37.

[3] En la *Leg. S. Clarae*, 32, se refiere que Francisco solía enviar los enfermos a Clara para que los persignase con la señal de la Cruz. La Beata Inés de Praga guisaba ella misma la comida de los pobres y remendaba la ropa de los leprosos; siendo esta beata fiel imitadora de Clara, su proceder hace presumir que en San Damián las monjas practicaban parecidas obras de caridad.

[4] *Leg. S. Clarae*, 37.

[5] Véase *Reg. S. Clarae*, cap. VI.

libertad de alma; y es cosa cierta que cuando el alma descubre por esta o por aquella vía su libertad, halla a la vez su paraíso. Medido a palmos, el recinto de San Damián era mezquino; mas para las que vivían llevadas en alas de una fe jubilante, ¿no era su horizonte ilimitado como el amor celestial que ardía en sus corazones?

Ni eran tan extrañas a la misma tierra como cuando vivían en su casa; porque palpaban la tierra que el evangelio de la Pobreza había de purificar y traer a la ley de Cristo. Desde su clausura seguían el apostolado activo de los frailes con despierto interés y afectuosa solicitud, resultado inmediato del amor de Cristo y del mundo que Cristo quería para Sí. Tenían ellas una parte en tal apostolado; si bien es verdad que no podían salir a predicar, por no ser cosa propia de mujeres, podían, en cambio, orar y además en su reclusión tenían a su cargo la guarda del fuego sagrado que los frailes debían propagar por doquier. Verdad es que alguna vez envidiaba Clara a los frailes que consagraban su vida a la difusión del Evangelio entre los que no conocían a Cristo. Acaso, de vivir en otra época, hubiera fundado una orden de mujeres misioneras [1]; pero no habían llegado los tiempos [2]. En todo caso el mundo debe agradecerle a Clara su permanencia en San Damián, donde avivaba el fuego del celo apostólico con el heroísmo de sus anhelos misioneros reprimidos; porque, como concederán cuantos conozcan a fondo su vida, no podía realizar de manera mejor y más práctica su ideal que haciéndose «la auxiliar de Dios, y sostén y aliento de los miembros más frágiles de Su cuerpo inefable» [3].

Al seguir paso a paso la historia de la Orden franciscana, ocúrrese preguntar qué curso hubiera seguido sin la existencia de San Damián. Aquel recinto adherido al costado de un cerro semeja un faro que domina el mar y con su luz de aviso orienta durante el temporal los navíos que son juguete de las olas. Porque a los primeros años llenos de esperanza y de fe inconmovible que unía a todos los frailes en estrecho abrazo, por la naturaleza misma de

---

[1] Véase Waddingo, *Annales*, *ad an.* 1251, donde se relata como Clara al saber el martirio de los frailes en Marruecos, en 1220, quería también ir a aquel país «a derramar su sangre por Cristo», siendo disuadida de ello por Francisco.

[2] En aquella época la Iglesia no favorecía el ministerio activo de las mujeres consagradas al Señor, no variando su actitud durante algunos siglos. En atención a las circunstancias, la clausura fué cada vez ley más estricta de los conventos de mujeres. El Cardenal Hugolino estableció la clausura como uno de los principios fundamentales de su reforma de las casas religiosas de mujeres.

[3] Véase la Carta a la Beata de Praga, *Acta S. S.*, marzo, tom. I, pág. 502; Mrs. Balfour, *op. cit.*, pág. 147.

las cosas humanas habían de seguir años más tempestuosos en que la fe vacilase al chocar con las realidades terrenas. Una institución que personifica un ideal tiene mucha analogía con un ser humano. En su juventud el idealismo parece levantar al hombre del suelo y el mundo le deja pasar entre indiferente y admirado; mas cuando los proyectos juveniles toman cuerpo, cuando la fuerza que se desarrolla pretende imponerse, entonces necesita apoyarse en terreno más firme, y ocurre que la tierra exige sus derechos de peaje y, cosa más grave, el corazón se encoge a este contacto con lo terreno, y el puro gozo que producía el ideal es obscurecido por diversos intereses en conflicto. No puede sustraerse a semejante destino el hombre mismo a su propio ideal. La fraternidad de la santa Pobreza ve acercarse los años de prueba; cuando éstos sobrevengan, el espíritu penetrante de Clara y su firme adhesión a todo lo concerniente a los frailes ejercerá una influencia salvadora. San Damián será un testimonio perpetuo del más puro espíritu franciscano.

Desde el primer momento de su residencia en San Damián, Clara fué en cierta medida el árbitro de los destinos de la Orden, tanto en su modo decisivo de dar forma a su vida y a la de su comunidad, como por los consejos de perspicaz prudencia que supo dar a Francisco y a sus frailes. En su casa no admitió nada, en materia de alguna monta, que atentase a la entereza de su vocación. Al principio este gobierno interior fué cosa fácil; pero un convento nuevo, especialmente un convento que por las circunstancias era llamado a ser luz y espejo de otras comunidades religiosas, no podía permanecer mucho tiempo sin una intervención eclesiástica. Aquí empezaron las dificultades.

Clara, con su buen sentido práctico, quiso muy pronto precaverse contra ellas obteniendo del papa Inocencio III el «privilegio», que así lo calificaba, de la pobreza absoluta [1], tal como Francisco se la inculcara. Acaecía esto en 1215, año en que la hermandad de San Damián pasó a ser una comunidad canónica [2]. No se sabe a ciencia cierta cómo se operó esta transformación: si fué por iniciativa de Francisco, o del obispo de Asís, o de otra autoridad eclesiástica. Hasta entonces Clara no había querido ostentar ningún título, ni atribuirse las funciones de superiora religiosa, en lo que seguía el ejemplo de Francisco; pero en 1215 se vió obligada a

---

[1] *Testamentum B. Clarae*, en *Seraph. Legislat. Textus Originales* (Quaracchi), página 277.

[2] Véase *Life and Legend of the Lady St. Clare*, Introducción pág. 20.

aceptar el cargo de abadesa, aunque con dulce humildad solicitó que fuese conferido a otra. Sus tribulaciones sobrevinieron cuatro años después, cuando el Cardenal Hugolino, Legado Pontificio en la Italia Central y Septentrional, trató de imponer a las monjas de San Damián y a otras hermandades semejantes —porque ya por aquel entonces San Damián era el modelo de otras comunidades de mujeres—, una Regla compuesta por él[1].

Más adelante estudiaremos las que después se llamaron Constituciones Hugolinas; basta consignar aquí su tendencia a transformar las monjas en una nueva orden diferente de la franciscana. Desde aquel momento hasta el día que precedió a su muerte, la vida de Clara fué una larga lucha en defensa de sus prerrogativas franciscanas y de su inclusión en la familia franciscana.

Con suave razonamiento, sin dejo de encono, pero sin torcerse en sus propósitos, supo tratar a las autoridades con el fin de hacerles reconocer su vocación franciscana; y con su perseverancia fué poco a poco ganando algo del terreno perdido. Al promulgarse las Constituciones Hugolinas, Francisco estaba en Oriente en su misión de infieles, y el valor que requería el formular la primera protesta hubo de hallarlo Clara en sus propias fuerzas. El Cardenal Hugolino, tomando a las monjas bajo su jurisdicción, nombró visitador o director de las mismas a un monje cisterciense; mas éste, aún antes del regreso de Francisco, fué sustituído por Felipe Longo, uno de los primeros compañeros de la fraternidad[2].

Por lo que sabemos del curso de esta discusión, no es aventurado creer que el nombramiento de Felipe se debió a las instancias de Clara. Francisco, al regresar, asumió personalmente la dirección de las monjas de San Damián[3], asegurando así a Clara y a su comunidad la vida de pobreza absoluta, aunque en rigor no tuviesen derecho a practicarla. Francisco no pretendió ejercer ju-

---

[1] Véase *ibid.*, Introducción, pág. 17 *seq.* Las Constituciones Hugolinas se encuentran en Sbaralea, *Bull. Franc.*, I. págs. 263-7: también *ibid.*, págs. 394-9: y además *ibid.*, págs. 476-83, con la modificación de Inocencio IV.

[2] Véase Sbaralea, *Bull. Franc.*, I, pág. 46; *Chron. Jordani*, núm. 13, en *Anal. Franc.*, I, pág. 5.

[3] Véase Woddingo. *Annales*, *ad an.* 1219. Es imposible decir, por lo que ahora sabemos de esta cuestión, hasta qué punto las Constituciones Hugolinas fueron observadas en San Damián mientras vivió Santa Clara. Es cosa cierta que en materia de ayunos se seguían las prescripciones más mitigadas de San Francisco (Véase la tercera carta de Santa Clara a la Beata Inés de Praga en *Acta S. S.* 6 marzo, tomo VII, pág. 507). Gregorio IX en su carta *Angelis Gaudium* (Sbaralea, *Bull. Franc.*, I, pág. 343), habla de los usos observados en San Damián como contrarios a las Constituciones Hugolinas.

risdicción sobre otras comunidades de Damas Pobres, las cuales siguieron sujetas a la Regla Hugolina, con gran disgusto de Clara. Éste fué tal vez el período en que sufrió más acerbamente y necesitó acumular todo su valor. El mismo Francisco, por su parte, parecía abatido por los conflictos que surgían en el proceso de desenvolvimiento de su Orden; y aun en un momento dado, por lasitud espiritual, pareció haber roto los vínculos que unían San Damián a la Porciúncula. Mas Clara, siempre perspicaz, se hizo cargo de su estado de ánimo, y con su lealtad tenaz salvó la situación [1]. Francisco, después de dejar pasar mucho tiempo sin acercarse a San Damián, aceptó visitar de nuevo a las monjas; y en sus últimos años no dejó a Clara sin consejos y palabras de aliento. Ya moribundo, envió a Clara un último mensaje recomendándole se mantuviese firme en la pobreza a que se había consagrado [2].

Con este mensaje grabado en su corazón, la mañana misma de la canonización de Francisco, Clara reclamó al que fué Cardenal Hugolino y entonces Papa Gregorio IX, la confirmación del «privilegio de la altísima pobreza», otorgado trece años antes por Inocencio III; y el Papa accedió a su petición [3]. Algún tiempo atrás había tenido empeño en hacerle aceptar alguna propiedad para poner a las monjas al abrigo de la necesidad; y para que Clara no titubease a causa de su voto, ofreció dispensárselo. Mas Clara le había contestado en estos términos: «Padre Santo, no desearé jamás ser dispensada de seguir a Jesucristo» [4]. También en otra circunstancia la rápida resolución de Clara obligó a Gregorio IX a retirar sus palabras. Había decretado el Papa que los frailes no visitarían ya más, como tenían por costumbre, a las monjas de San Damián, exceptuando los encargados de recoger sus limosnas. Clara, al conocer semejante prohibición, en cuanto vió comparecer frailes con las consabidas limosnas, les rogó volviesen en seguida a su ministro y le dijesen que, puesto que los frailes no podían ir a San Damián para instruir a las monjas con su conversación espiritual, alimentando así a las almas, tampoco quería ella que les suministrasen el pan para el cuerpo. Al saber lo cual el Papa revocó el decreto [5].

---

[1] Véase II Celano, 205; véase también *Fioretti*, cap. XIV.

[2] Véase *Reg. S. Clarae*, cap. VI.

[3] Véase *Seraph, Legislat. Text.*, págs. 97-8; Sbaralea, *Bull, Franc.*, I, página 771. *Life and Legend of the Lady St. Clare*, Introducción, págs. 23-4.

[4] *Leg. S. Clarae*, 14.

[5] *Leg. S. Clarae*, 37. Es, no obstante, dudoso que Gregorio IX entendiese aplicar a San Damián la prohibición de visitar los frailes las casas de las Clarisas Pobres sin el permiso apostólico. Ya el 14 de diciembre de 1227, en su carta *Quoties*

Pasaron muchos años antes de que otro Papa, Inocencio IV, otorgase a todas las comunidades de Damas Pobres el mismo privilegio que Clara había alcanzado para sí; y hasta entonces Clara no estuvo en paz. Parecía que el único objeto de los últimos años de su vida era restituir a las nuevas comunidades sus derechos de filiación franciscana; porque murió dos días después de haber firmado Inocencio IV la Regla escrita por ella, ejecutoria de su libertad[1]. En todo lo que no contradecía el carácter esencial de la vida franciscana, Clara se había sometido de grado a la voluntad de los pontífices; había aceptado las Constituciones Hugolinas, menos en lo tocante a la pobreza, aunque en consideración a las monjas menos robustas templaba su rigidez en materia de austeridades sobreañadidas. Pero mantuvo tenazmente el derecho de las monjas a ser dirigidas por los frailes y consideradas como formando con ellos una misma familia religiosa. Sentía instintivamente que esta unión era el único medio eficaz de conservar su vida y carácter verdadero; y tal vez también tenía la intuición de que solamente mediante esta unión se mantendrían fieles los frailes al puro ideal de su fundador. Porque nadie previó mejor que ella los asaltos que la prudencia del siglo intentaría contra los frailes, sembrando la discordia en sus filas, a menos que permaneciesen incólumes en su fe y fortalecidos por una ardiente caridad recíproca. Así, pues, cuando empezaron las previstas disensiones, Clara no fué de los que agravaron las cosas con discusiones intempestivas. Lealmente tomó la defensa del ideal franciscano en toda su pureza, sin vacilar un solo instante en dar testimonio de él; por otra parte, jamás despertó entre las monjas el espíritu de bando o partido.

Estuvo ciertamente distanciada de la política secular de fray Elías; con todo, quería que se le respetase y obedeciese como ministro de toda la familia franciscana[2]. Su espíritu estaba por encima de los clamores y rencores de las batallas mundanales, y tal vez en esto consistió el secreto de su superioridad y ascendiente, ante los cuales se inclinaban admirados aún aquellos que habían

---

*Cordis* (Sbaralea, *Bull. Franc.*, I, pág. 36) había confiado las monjas de San Damián al cuidado del Ministro General Juan Parenti y a sus sucesores, con la orden expresa de «mostrar por ellas tanto cuidado y solicitud como la que muestra el buen pastor por las ovejas de su rebaño». La prontitud con que el Papa arreglaba las cosas cuando Clara protestaba, favorece la conclusión de que Juan Parenti había dado una interpretación demasiado rígida a la bula *Quo elongati*.

[1] Véase Sbaralea, *Bull. Franc., I*, págs. 671-8, *Seraph. Legislat. Text.*, páginas 49-95.

[2] Véase la segunda carta de Santa Clara a Inés de Praga, en *Acta S. S.*, marzo, vol. I, pág. 505; *Life and Legend of the Lady St. Clare*, pág. 144.

de satisfacer a sus reclamaciones. El Cardenal Hugolino sentía por la abadesa de San Damián el cariño de un padre por su hija predilecta y la devoción de un suplicante por su santo preferido [1], y el papa Inocencio IV, que se opuso durante tanto tiempo a sus reclamaciones, aunque acabó por concederlo todo, la hubiera canonizado al mismo día de su entierro, de no haber protestado los cardenales contra una precipitación a su entender inconveniente [2]. Cuando veinticuatro años después de la muerte de Francisco Clara dejó este mundo, la comunidad de San Damián quedaba afirmada en la estricta observancia de la pobreza franciscana y en la práctica de las reglas esenciales de la vida franciscana. En el entretanto, los frailes seguían discutiendo la sabiduría de la Regla escrita por Francisco.

Nos hemos adelantado algo al curso de esta historia para mostrar qué mujer era Clara, lo que significaba su adhesión a los frailes de la Porciúncula y cómo aportó a la Orden franciscana una nueva fuerza.

A los ojos del mundo el advenimiento de Clara imprimió un nuevo timbre de gloria, un distintivo propio de ternura en la renovación religiosa inaugurada con la predicación de los frailes. La paciencia y abnegación de éstos, que habían impuesto el respeto a los ciudadanos de Asís, se revestía en ella de belleza más sutil y sublime. Lo que en la Porciúncula era heroísmo puro y escueto, en San Damián era algo más venerable todavía. No hay recuerdo de ningún acto de malquerencia cometido por el pueblo contra Clara y sus monjas. Sólo despertaban sorpresa y amor; y las miradas convergían en aquel convento de las afueras como si fuese otra casa de Nazaret y el pueblo manifestaba su admiración por Clara sirviéndola rendidamente. Por ventura, ¿no sanaban a su solo contacto todas las enfermedades? Y ¿no se diría que su presencia infundía más pureza al ambiente, sobre todo al ambiente moral?

Éste era el gran milagro: del convento de San Damián irradiaba la pureza como irradia sus rayos el sol. En toda la comarca hombres y mujeres se avergonzaban de sus malos deseos. Ellas querían ser puras como Clara; ellos aprendían a respetar su pureza y a ser también puros. «De todas partes —refiere el que escribió primero su historia—, las mujeres 'corrían al olor de sus perfumes' [3]; las

---

[1] Véase la carta de Gregorio IX a Santa Clara en *Chron. XXIV Gen.* en *Anal. Franc.*, III, pág. 188.

[2] *Leg. S. Clarae*, 47.

[3] Cita del Cantar de los Cantares, I, 3.

vírgenes se apresuraban a imitarla consagrándose a Cristo; las casadas vivían más castamente; los jóvenes, en crecido número espoleados por el ejemplo heroico del sexo débil, rechazaban los incentivos de la carne.»[1] Muy especialmente fué amada Clara, porque en una época caballeresca dió al mundo el espectáculo de la mujer pura, firme en la fe y leal sin desfallecer.

---

[1] *Leg. S. Clarae*, 10.

## Capítulo V

### PRIMERAS TENTATIVAS PARA IR A TIERRAS INFIELES

Hacía pocos meses que Clara estaba con las monjas de Sant'Angelo in Panzo, cuando la nueva de la gran victoria del ejército cristiano en España puso en conmoción a toda la cristiandad. El poder sarraceno fué quebrantado en Las Navas a 16 de julio de 1212. Inocencio III había esperado con ansiedad el resultado de la campaña[1], porque de él dependía su futura política. Gracias a esta victoria parecía posible organizar en breve plazo una nueva y feliz cruzada para la reconquista de Tierra Santa. Es difícil formarse una idea del efecto que la noticia produjo en los espíritus piadosos de los países católicos; recibíanla con gratitud, considerándola señal manifiesta del favor del cielo y nuevo acicate para trabajar por la fe de Cristo; porque los infieles eran el azote del mundo cristiano, enviados por Dios en castigo de los pecados y de la indiferencia religiosa del pueblo. Los mismos espíritus tibios se sintieron sacudidos; porque comprendían que la victoria de Las Navas apresuraría el movimiento a favor de una cruzada como la proyectaba el Papa.

La buena nueva en nadie obró tan eficazmente como en Francisco; fué el santo y seña para que entrase en acción. También él se entusiasmó por el triunfo de la Cruz; pero a su entusiasmo se mezclaba una viva conmiseración por los infieles que combatían contra Dios. Tal vez suponía candorosamente que tamaño desastre les abriría los ojos al reconocimiento de sus errores. En todo caso, sintióse impulsado a ir a predicarles la doctrina de la Cruz. La batalla de Las Navas fué, pues, el instrumento incidental de una evolución en el apostolado franciscano.

Hasta aquel momento los frailes en sus expediciones no habían ido mucho más allá de las fronteras de Umbría. Francisco había pasado gran parte del año anterior evangelizando el norte de Um-

---

[1] Véase *Innocentii III Regest.*, lib. XV, 15 [ed. Migne], *Epist. Quanta nunc necessitas.*

bría y la Toscana; en esta última provincia había fundado diversos eremitorios y pequeñas colonias de frailes. En Florencia admitió a varios novicios, entre ellos Juan Parenti, doctor en leyes, que muchos años después había de sucederle en el generalato de la Orden. También en dicha ciudad fundó una de las primeras casas de frailes fuera de Umbría; porque los florentinos le abrieron el corazón y le dieron una pequeña morada cerca de la iglesia de San Gallo, en las afueras de la ciudad, lo suficientemente capaz para alojar algunos frailes. Llegó hasta Pisa, donde dos jóvenes, después de oírle predicar, solicitaron su ingreso en la fraternidad; uno de ellos era Agnello, el futuro jefe de la misión franciscana en Inglaterra, y el otro Alberto, que fué sucesor del primero en el cargo de Ministro Provincial de aquel país y más tarde Ministro General [1].

Mas fué principalmente en los alrededores del lago Trasimeno donde Francisco laboró aquel año. Pasó toda la Cuaresma en una de las islas del lago, la Isola Maggiore [2], yendo después a evangelizar aquella región.

Predicó en Cortona, y al terminar el sermón acercósele un mancebo llamado Guido, ofreciéndole posada en su casa. Era de familia noble y opulenta, pero la fortuna no había corrompido su corazón; entendía que no era más que un depósito que se le había confiado y daba liberalmente a los pobres lo que no necesitaba para mantenerse frugalmente. Francisco aceptó gustoso la hospitalidad que se le brindaba, y tanto él como su compañero fueron tratados como huéspedes de distinción. Guido les lavó respetuosamente sus pies y les sirvió la cena, terminada la cual les rogó considerasen todo lo suyo como propio y se acordasen de él siempre que necesitasen hábitos o cualquier otra cosa. La liberalidad y delicadeza de aquel joven agradaron sobremanera a Francisco; el cual, al retirarse a descansar, dijo a su compañero: «Hermano carísimo, este noble mancebo, temeroso de Dios y a Él agradecido, afectuoso y cortés con el prójimo y con los pobres, me parece indicado para nuestro género de vida. Porque has de saber, hermano, que la cortesía es uno de los atributos de Dios, que cortésmente envía el sol

---

[1] Véase Waddingo, *Annales*, ad an 1211.

[2] Véase *Fioretti*, cap. VI; I Celano, 60. La tradición señala en la Isola Maggiore un manantial milagroso, que brotó con la oración de Francisco. «Es bueno para las jaquecas», dicen los pescadores del lago. Más tarde se construyó en la isla un convento de frailes; la iglesia del convento permanece descuidada y desolada, desde la expulsión de los frailes en 1862. Numerosos frescos atribuídos a Gozzoli adornan las paredes, pero hoy apenas se distinguen ya.

y la lluvia a justos y pecadores; la cortesía es hermana de la caridad, que extingue el odio y hace amar el amor. Y porque he visto en este varón virtud tan divina, me consideraría feliz de tenerle por compañero». Dicho lo cual, empezó a rogar para que Guido entrase en la fraternidad. Guido, por su parte, sentía vivísimos deseos no solamente de socorrer las necesidades de sus huéspedes, sino también de participar de su vida; en consecuencia, poco después presentóse a Francisco, y cayendo de rodillas le pidió ser admitido entre los suyos. Dió todos sus bienes a los pobres y recibió en la iglesa el hábito de la Pobreza.

A poca distancia de Cortona, al pie del elevado cerro sobre el cual está edificada la ciudad y al otro lado del llano que se extiende hasta el lago Trasimeno, hay un riachuelo que baja con suave murmullo por un profundo lecho entre rocas, en las cuales se ocultaban algunas cuevas. Allá dirigieron sus pasos Francisco y Guido, estableciendo un reducido eremitorio, tan cerca de la corriente, que las aguas salpicaban las paredes de las cuevas [1]. Allí moró Guido hasta su muerte, acaecida muchos años después. Repartía su jornada entre la oración y el trabajo manual, aún después de su ordenación sacerdotal, que hubo de aceptar por obediencia. De vez en cuando interrumpía su vida contemplativa y subía a la ciudad a predicar. Mas predicó principalmente con el ejemplo; y las Celle, o sea las cuevas que habitó con sus compañeros, fueron para los ciudadanos de Cortona un recuerdo constante de la vida existente más allá de la tierra [2].

Se dice que también en Cortona, por el tiempo en que Guido entró fraile, admitió Francisco a otro postulante, cuyo nombre se hizo famoso años después, más famoso que el de Guido, pero no de bendita memoria como éste: fray Elías, de quien se hablará extensamente en lo que queda por narrar de esta historia [3].

---

[1] En el actual convento de las Celle se enseña todavía el eremitorio primitivo con sus cuevas; pero fray Elías añadió nuevas construcciones e hicieron lo mismo los capuchinos en el siglo XVI. Ello no obstante, las Celle, tal como subsisten, son uno de los pocos conventos de la Orden que conservan el carácter primitivo de los «loci» franciscanos. Aún los retoques más recientes están en armonía con las primeras construcciones.

[2] Véase *Acta SS. Vita B. Guidonis*, 12 junio, tomo II, pág. 601 *sep.* Es probable que, como ha indicado J. Jörgensen, Guido sea el héroe de la historia referida en las *Fioretti*, cap. XXXVI.

[3] La *Vita B. Guidonis, loc. cit.*, dice que en las Celle Francisco recibió también a *Elías de Villa Ursaria*. Waddingo, *Anales*, ad an. 1211, cree que este Elías es el fray Elías tan famoso en la historia franciscana. Pero esta opinión es dudosa, porque Elías, Vicario General, probablemente nació en territorio de Asís (*vide infra*, página 329).

Francisco evangelizó asimismo el distrito situado al sudeste del lago, dejando huellas de su paso en los eremitorios por él fundados en Cetona y Sarteano, en la montaña [1]. Fué en Sarteano donde le acometió una gran tentación, de la que salió victorioso. Una noche, estando en oración, fué tentado de arrepentirse de la vida de penitencia que llevaba; mas, poniéndose en seguida sobre sí, rechazó el pensamiento. A aquella tentación sucedió otra, y aunque Francisco se azotó hasta que todo el cuerpo estuvo lacerado, persistía la tentación. Era tiempo de inverno y la ladera de la colina estaba cubierta de nieve. No pudiendo reducir con los azotes el cuerpo rebelde, se arrojó desnudo a la nieve, hizo con ella siete monigotes y a la manera de la gente del Mediodía, se apostrofó a sí mismo de esta suerte: «Este monigote más grande es tu mujer, estos otros cuatro son tus dos hijos y tus dos hijas, los otros dos son tu criado y tu criada. Date prisa en vestirlos, porque se mueren de frío». Y prosiguió por este estilo, burlándose valientemente de la tentación, hasta que tiritando de frío concluyó en estos términos: «Puesto que el cuidado de éstos te importuna hasta este punto, no te ocupes más que del servicio de Dios». Desapareció la tentación y Francisco entró en su celda dando gracias a Dios [2].

En el entretanto, otros frailes andaban por otras ciudades y distritos predicando la Pobreza. Fray Bernardo de Quintavalle era enviado a Bolonia, donde se reunían los estudiantes de toda la península italiana que frecuentaban las escuelas de leyes más famosas de Europa. Era aventurarse mucho introducir el evangelio de la simplicidad y desprendimiento del mundo en aquel foco de actividad intelectual de la juventud, con sus vanidades y ambiciones; pero era un instinto imperioso el que empujaba a los frailes a expugnar cual ejército invasor aquella plaza. Porque en ninguna parte era más acentuada que en las escuelas de Bolonia la oposición del espíritu mundano al espíritu de la comunidad franciscana. En Bolonia no se conocía aquella sabiduría del corazón dócil en todo a la palabra de Cristo, única sabiduría tenida en estima por Francisco. Los que frecuentaban las escuelas no lo hacían para aprender la verdad de la vida o para vivir como cristianos que saben que deben salvar su alma; ciertamente pensar semejante cosa hubiera hecho reír a la mayoría de estudiantes. La ciencia era para éstos lo que el paño para los mercaderes, es decir, un medio para

---

[1] La tradición quiere que estos eremitorios daten de principios del 1212. Véase Waddingo, *Annales*, ad an. 1212.

[2] II Celano, 116.

abrirse paso en el mundo, aunque fuese en perjuicio del vecino. La atmósfera de las escuelas estaba impregnada de sutil materialismo; la vanidad intelectual y el pedantismo eran sus productos naturales; y por añadidura los pujos de superioridad intelectual se maridaban con la brutalidad y la licencia.

Bernardo de Quintavalle fué, pues, a Bolonia, habiendo encomendado antes su misión a Jesucristo su Maestro. Ciudadanos y estudiantes le acogieron como objeto de diversión y de escarnio, no escaseando además los malos tratos. Por fin pudo más su mansedumbre y su constancia. Un ciudadano influyente, doctor en leyes, llamado Nicolás de Pepoli, vencido por la santidad manifiesta del asendereado religioso, quiso protegerle y hospedarle, y algún tiempo después instaló a los frailes en una casa situada a poca distancia de la ciudad. También el pueblo acabó por venerar a Bernardo como santo, hasta que, alarmada su humildad y temiendo más los honores que los vilipendios, huyó de la ciudad. Presentándose a Francisco, díjole: «La casa está fundada cerca de Bolonia; manda a los frailes que permanezcan en ella y la cuiden; yo no tengo ya allí provecho por los demasiados honores que me rodean y temo perder más de lo que gane». Francisco envió, pues, otros frailes a Bolonia, los cuales andando el tiempo extendieron la fama de la fraternidad por toda la Lombardía [1].

En esta forma ponían en práctica su vocación Francisco y los suyos cuando, como hemos dicho, la victoria de Las Navas enderezó el pensamiento de todos a la empresa de la cruzada y el de Francisco en especial a la conversión de los infieles.

No era propio de su carácter entrar en minuciosos preparativos antes de acometer la nueva aventura. Se le exigía la realización de una hazaña caballeresca, y como caballero fiel debía obedecer sin dilación. Tenía siempre dispuestas las armas: su fe ardiente y su compasión por los hombres que no conocían a Dios. No se cansaba de repetir que su misión era la del heraldo del Divino Redentor: una vez hubiese él participado la buena nueva y ganado las almas a la vida de Cristo, entonces los demás, clero y gobernantes, organizarían y regirían el reino de Cristo. Así, pues, escudado en su fe y su caridad, partió en misión a luengas tierras como si se hubiese tratado de un paseo por la católica Italia. Después de todo, Dios estaba con él tanto entre cristianos como entre

---

[1] Véase *Vita Fr. Bernardi*, en *Chron. XXIV Gen.*, *Anal. Franc.*, III, páginas 36-7; *Actus S. Franc.*, cap. IV; *Fioretti*, cap. IV; Waddingo, *Anales*, ad an. 1211; véase *Acta S. S.*, octubre, tom. II, pág. 843 *seq.*; Hilarin de Lucerne, *Histoire des Études*, pág. 132.

infieles. Y si los infieles no querían convertirse a su predicación y debía él dar testimonio de su fe con el martirio, como podía acaecer por fortuna suya y con la gracia de Dios a pesar de su inutilidad, entonces moriría con la satisfacción de haber obedecido al llamamiento divino. Quien no conozca a Francisco tal vez extrañe que partiese sin titubear a un país lejano y dispuesto a morir cuando la fraternidad estaba todavía en sus principios. Es que Francisco no se consideraba personalmente necesario al desenvolvimiento de la comunidad; Dios podía amparar su obra y suscitar otro jefe. Lo importante era obedecer a la voluntad divina y dar a los frailes un ejemplo de fidelidad caballeresca al llamamiento que también a ellos despertara.

Fué probablemente en otoño de 1212 cuando se embarcó en Ancona para pasar a Siria. Mas su intento apostólico, que era, como veremos, una verdadera inspiración de su vocación, no había de realizarse de un modo tan directo. Apenas se pusieron a la vela, desencadenóse una tempestad que desvió el barco de su derrotero y lo arrojó a las costas de Dalmacia. Allí hubieron de permanecer durante algún tiempo Francisco y sus compañeros. No podían continuar el viaje a Tierra Santa y les era difícil regresar a Italia. No tenían dinero para pagar el pasaje y los patronos de barcos no admitían como moneda corriente la cédula de pobreza. No logrando nada por vía de persuasión, Francisco recurrió por necesidad a una estratagema; él y su compañero se introdujeron secretamente en una embarcación que se disponía a partir, en connivencia con uno de la tripulación, quien les embarcó abundantes provisiones suministradas por un amigo de los frailes. Esta precaución les fué más útil de lo que de momento creyeran; porque el mar estaba todavía agitado y el barco navegaba muy lentamente, de suerte que los víveres comenzaron a escasear. Mas Francisco partió lo suyo con los marineros, captándose así su aprecio, y cuando el barco llegó a Ancona, habíase hecho suyo un auditorio respetuoso, dispuesto siempre a escuchar sus fervorosos discursos [1].

A juzgar únicamente por el resultado visible, la primera tentativa de ir a tierras infieles se redujo a evangelizar la tripulación de un barco. Pero, en esto como en muchas cosas, la eficacia de la acción de Francisco no consistía en el resultado inmediato, sino en su valor inspirado de futuras realizaciones. Aquel celo de las almas de los pueblos lejanos no pertenecientes al reino de Cristo no le abandonará en toda su vida y le impulsará a renovar repetidas

---

[1] I Celano, 55; *Tract. de Mirac.*, 33; *Leg. Maj.*, IX, 5.

veces el intento de ganarlos al Evangelio de su Señor. Sus ensayos no son estériles, aunque lo parezcan; merced a ellos el mundo cristiano habrá de cambiar su actitud con respecto a los infieles, considerados hasta aquel momento tan sólo como enemigos de la Cruz.

Las cruzadas habían sido necesarias como medida de defensa de las naciones cristianas, y desde este punto de vista fueron plenamente justificadas. Pero es muy difícil pelear contra un enemigo y al propio tiempo observar la ley de caridad que el Divino Redentor trajo a la tierra. En el curso de las cruzadas la cristiandad había acabado por considerar a los infieles como una raza maldita condenada al exterminio o a una dominación por la espada. Tal era el común modo de sentir. Verdad es que se intentaba alguna que otra vez convencerles de sus errores por medio de argumentos. Los mismos Papas habían escrito cartas de este tenor a los sultanes; pero tales tentativas eran semejantes a las del general en jefe dirigiéndose a su adversario con la remota esperanza de evitar la efusión de sangre.

El sueño de Francisco era muy diferente: sólo pensaba en la conversión. Los infieles eran almas por las cuales murió Cristo; bien debía él llevarles el mensaje de Cristo para que se salvasen. Creía íntimamente que, depuesto el aparato guerrero y abandonada la argumentación puramente humana, aquellas gentes habían de escucharle mejor. Quería ir a su encuentro con el espíritu del Redentor, dispuesto a morir a sus manos con toda mansedumbre, a imitación de Cristo, ofreciendo la vida por su salvación.

Tal era la nueva cruzada espiritual que concebía con la simplicidad de su fe y su caridad. Él personalmente poco podía hacer para la conversión inmediata de las naciones infieles; así ocurre harto frecuentemente con los ideales de mayor vitalidad, los cuales necesitan ser trasplantados a un suelo menos movedizo que el de su nacimiento antes de producir resultados positivos. Las ideas de Francisco concernientes a la vocación de la fraternidad tenían la esencial vitalidad de la verdad ideal. Pero solían ser de una espiritualidad demasiado pura para que pudiese aceptarlas plenamente el común de los mortales; eran cual llama purificadora de las escorias que se mezclaban al ideal en otras almas y a veces iluminaban nuevos y sublimes caminos, no sospechados por los que se contentaban con pisar los fáciles senderos. Así, su pensamiento de convertir a los infieles por el solo poder del Evangelio llegó a ser un elemento integrante de la vida de los frailes, que años después se desparramaron por los países más distantes, traspasados los confines de la cristiandad, llevando como viático su fe y su pobreza, sin el auxilio de las armas ni de la diplomacia, a imitación de los

Apóstoles en los primeros días de la difusión del Evangelio[1]. Y precisamente ésta fué una de las buenas obras que debió la cristiandad a Francisco, a saber, despertar en la Iglesia un entusiasmo nuevo por la conversión más que por la conquista de «los enemigos de la Cruz». El primer intento de evangelización de Francisco, terminado con su naufragio en las costas de Dalmacia, no fué en definitiva un fracaso, sino el acto de sembrar una semilla que después de la estación invernal había de germinar.

A su regreso a Italia, Francisco emprendió diferentes viajes por las Marcas de Ancona y por Umbría, aunque no sin sufrir antes un período de duda sobre si era llamado a desempeñar el ministerio activo de la predicación o el más recogido de la oración. No podemos decir si vaciló inmediatamente después de haberse desbaratado sus planes de evangelización de los infieles o algo más tarde, a raíz de otro incidente de su vida que vamos a relatar.

Hacia el fin de la primavera de 1213, predicando Francisco en la Romaña, llegó hasta Montefeltro, en una estribación de los Apeninos, a la entrada de la Toscana. Era una pequeña plaza fuerte asentada sobre una arista rocosa de la montaña, gobernada por el señor del castillo, en torno de la cual se agrupaba la población. Era allí día de gran solemnidad porque un pariente del señor de Montefeltro acababa de ser armado caballero, y este acontecimiento se celebraba con cantos y torneos y con la cordial jovialidad propia de una fiesta feudal. La ocasión era propicia para exaltar la imaginación de Francisco, inclinado siempre a los hechos de caballería. En el patio del castillo reuníase un gran concurso ávido de pasos de armas y certámenes de ministriles. Francisco se abrió paso como pudo entre la gente, y encaramándose sobre un parapeto pidió licencia para hablar. Acomodándose a la índole de la escena, tomó como texto de su discurso unos versos trovadorescos:

*Tanto è quel bene che io aspetto,*
*che ogni pena m'è diletto.*

«Tan grande es el bien que espero, que toda pena me deleita.» Empezó luego a describir el servicio de Cristo, ilustrado por la paciencia heroica de los Apóstoles y mártires, de los varones y mujeres santos, que por la dicha de ver a Dios no habían temido la

---

[1] Las cartas de Gregorio IX revelan la maravillosa actividad de los frailes franciscanos como simples misioneros entre los infieles. Véase Sbaralea, *Bull. Franc.*, I, págs. 93, 100, 102, 106, 155, 233, 269.

penitencia, los padecimientos y la misma muerte, precio exiguo de una pingüe ganancia.

Había entre los oyentes un caballero llamado Orlando dei Cattani, señor de Chiusi in Casentino; y tal fué el efecto que le produjo el discurso de Francisco, que al perderse éste entre la muchedumbre, hizo por manera de hallarle para rogarle tratase con él de la salvación de su alma: «Que me place —respondió Francisco—; pero, ve ahora a honrar a los amigos y siéntate a su mesa; cuando habrás comido hablaremos cuanto quieras». Comió Orlando con sus amigos y después conversó largamente con Francisco, ofreciéndole al terminar un asilo para los frailes en el Monte Alvernia, en las soledades de los Apeninos; lugar, según dijo, muy elevado y apartado de los caminos transitados y propio para la vida de contemplación y penitencia. Francisco aceptó agradecido el ofrecimiento y prometió enviar en seguida allí a algunos frailes, con los cuales se reuniría más adelante, porque había de pasar antes por Asís [1].

Es muy posible que a raíz de la inútil tentativa de llegar a tierra de infieles, la graciosa oferta de Orlando contribuyese a que Francisco dudase de si era verdaderamente el cielo quien le había inspirado un viaje en apariencia tan poco afortunado, llegando a temer que en definitiva no era él de los destinados a misiones. En efecto, la predicación no era vocación de todos los frailes; muchos obedecían mejor al llamamiento divino entregándose a la vida contemplativa y solitaria, hallando sus energías espirituales su ocupación mejor en la oración, no exponiéndose así a extraviarse por las sendas de los hombres y siendo en cambio a modo de llama que encendía más el ardor espiritual de los predicadores.

De esta duda de Francisco se originó el prescribir que siempre en la comunidad unos se entregarían totalmente a la vida interior de oración contemplativa, al paso que otros ejercerían el ministerio de la palabra divina.

Francisco residía en la Porciúncula cuando le asaltó la duda;

---

[1] *Fioretti, I Consid. Stim.; Actus*, cap. IX. La fecha de donación del Alvernia está atestiguada por el *Instrumentum donationis Montis Alvernae:* el 8 de mayo de 1213. Véase Sbaralea, *Bull. Franc.*, III, pág. 156, núm. 5.—Las *Fioretti* tejen de un modo característico en una sola historia la de la donación y la de la impresión de las llagas, que es el acontecimiento principal de la vida de Francisco relacionado con el Monte Alvernia; pero, la descripción del sermón lleva el sello de la autenticidad. Compárese con I Celano, 23; *Leg. 3 Soc.*, 25; *Leg. Maj.*, III, 2; y también con la descripción del estilo oratorio de Francisco en la carta de Tomás de Spalatro (véase libro III, cap. VII).

mas no se puede precisar si fué antes o después de verse con el caballero Orlando [1].

No queriendo obrar por propio impulso, llamó a fray Maseo y exponiéndole el caso, le dijo fuese a ver a sor Clara para que ésta rogase a Dios y le dijese después lo que Él le había inspirado en esta materia; Maseo debía también visitar con igual objeto a fray Silvestre, que vivía retirado en un lugar solitario. Al regresar Maseo, recibióle Francisco ceremoniosamente como a embajador de Dios, le lavó los pies y preparó una refección. Después se internaron ambos por el bosque, donde Francisco se postró de hinojos y extendió los brazos en forma de cruz, escuchando en esta posición a Maseo. Según éste le manifestó, tanto Clara como Silvestre eran de parecer que debía recorrer el mundo predicando el Evangelio para salvar las almas; porque la gracia de la vocación no le había sido concedida únicamente para sí, mas también para provecho del prójimo. Oyendo lo cual, levantóse Francisco y dijo con fervoroso convencimiento: «Pues bien, procedamos en nombre de Dios». Y tomando consigo a Maseo y a Ángel Tancredo, se puso en marcha sin más tardar, siguiendo el camino que atraviesa el valle y conduce a Espoleto.

Su espíritu habíase ya eximido de la duda angustiosa, y el aspecto de aquel país estaba en armonía y correspondencia con el gozo que inundaba su alma.

Dejando atrás Cannara, a unas dos horas escasas de Asís, dirigíanse a Bevagna; llevaban otras dos horas de marcha a paso moderado, porque empezaban a sentir fatiga, cuando llegaron al sitio llamado actualmente Pian d'Arca, donde la carretera polvorienta tiene a ambos lados extensos campos verdeantes, salpicados de grupos de árboles que en las horas del sol proporcionan benéfica sombra al caminante. Fijó la atención de Francisco una multitud de pájaros de todas clases reunidos allí sin duda por el aliciente de la cosecha; viéndolos y escuchando sus deliciosos cantos, sintióse movido a gran ternura y nació en él un vivísimo deseo de ser hermano de aquellas alegres criaturas de Dios. Hizo, pues, alto con sus compañeros y corrió hacia los pájaros, no sin temor de que a su vista huyesen. Mas vió muy sorprendido que no se movían, como si le esperasen; lo cual acrecentó su ternura y gratitud. Con su

[1] Más propablemente fué después de la donación del Alvernia, cuando Santa Clara estaba ya en San Damián con las piadosas mujeres que se le habían unido. Sigo, pues, la letra de la *Leg. Maj.*, XII, 2. Mr. Sabatier coloca la consulta hecha a Santa Clara y a fray Silvestre después del viaje a España; pero, el texto de Celano puede referirse más naturalmente al período que siguió inmediatamente al regreso de Eslavonia (Dalmacia) y precedió al viaje a España.

fórmula acostumbrada los saludó: «Hermanos míos, Dios os dé la paz». Y prosiguió con voz acariciadora: «Hermanos pájaros, es justo que alabéis y améis a vuestro Criador; Él os ha dado plumas para vestiros, alas para volar y todo cuanto necesitáis. Dios os ha hecho nobles entre todas las criaturas, porque os ha dado por morada el aire puro; y aunque no sembráis ni cosecháis, Él os protege y os dirige sin que tengáis por vuestra parte cuidado alguno». Así hablaba Francisco a los pájaros, los cuales con la música de su voz se le acercaban confiados, y levantaban las cabecitas para verle mejor, y sacudían sus alas con gran contento, y con sus píos asentían a lo que les decía. Él, viéndoles tan mansos y afectuosos, dió algunos pasos entre ellos, mas ni así se movieron. Finalmente los bendijo con la señal de la cruz y les mandó que se fuesen; entonces los pájaros, obedientes, se dispersaron volando [1].

Francisco y sus dos compañeros prosiguieron su caminata a Bevagna. Ni él mismo comprendía lo que le acababa de acontecer; la tierra le revelaba otro de sus grandes secretos. Anteriormente se le había revelado el misterio de la vida, al caer en la cuenta de que era hermano del leproso y del desamparado; aquel fué el principio de su nueva existencia. Suceso análogo era este último; iba a los pájaros impulsado por la simpatía que siempre le habían inspirado las criaturas inferiores, las cuales ya en otras ocasiones le habían correspondido confiadas [2]. Esta vez su sentimiento de ternura era diferente de los anteriores. Su corazón comprendía más íntimamente la vida de las bestias y las aves y de toda criatura animada. No era ya un ser extraño que simpatizaba con ellas; las criaturas sensibles eran vida de su vida, como ya de algunos años atrás lo eran los pobres. Y con esta nueva inteligencia de la naturaleza de los animales desarrollóse en él un poder prodigioso sobre toda la vida que se agita en la tierra, en el aire y en el agua. Las bestias asustadizas perdían su timidez y las sanguinarias su ferocidad.

Los que conocieron a Francisco nos han legado numerosos episodios relativos a este singular dominio suyo sobre el reino animal. En Alviano, por ejemplo, estorbaban el sermón las golondrinas que construían sus nidos, chirriando sin parar. «Hermanas golondrinas —les dijo—, ahora me toca hablar a mí; bastante habéis hablado ya.» Y al punto callaron, hasta que Francisco hubo terminado [3].

---

1 I Celano, 58; *Leg. Maj.*, XII, 2-3; *Fioretti*, cap. XV; *Actus*, cap. XVI.

2 Por ejemplo, cuando ayunó en el lago Trasimeno dos años antes, un conejo le tomó afición y le seguía siempre. Véase I Celano, 60.

3 I Celano, 59; *Leg. Maj.*, XII, 4.

Una vez, en la Porciúncula, una cigarra estableció su residencia en una higuera cerca de la celda de Francisco; cuando la llamaba acudía a posarse en su mano. Y él la decía: «Canta, hermana cigarra, y alaba con un canto de júbilo al Señor que te crió». Y la cigarra cantaba hasta que Francisco se ponía a cantar con ella y no partía hasta que él se lo mandaba. Pasados ocho días, Francisco le dió permiso para que se fuese a otra parte, porque no quería que los animales silvestres estuviesen cautivos, ni siquiera voluntariamente. Y la cigarra se fué volando y ya no la vieron más [1].

Pero el hecho más característico de este género es el del lobo de Gubbio, acaecido en los últimos años de la vida de Francisco, cuando su debilidad apenas le permitía andar. Dirigiéndose a Gubbio, había pernoctado en el monasterio montañés de San Verecondo; a la mañana siguiente continuaba su excursión montado en un jumento, cuando algunos campesinos fueron corriendo a su encuentro suplicándole no se aventurase por aquellos parajes, porque la comarca estaba infestada de lobos hambrientos que con toda seguridad les devorarían, a él y a su asno. Francisco observó alegremente: «¿Qué mal he hecho yo a mis hermanos los lobos para que nos coman a mí y a mi asno? Seguiré, pues, adelante en nombre de Dios». El pánico que reinaba en Gubbio le dió el tema para su sermón; dijo al pueblo que sus pecados eran causa de aquel azote, y que era preciso observar una vida mejor para merecer la amistad de Dios y de sus criaturas. Terminado el sermón, salió en busca del lobo que era causa principal de aquella zozobra, y con su poder maravilloso amansó a la fiera y la condujo, dócil y pacífica, a la ciudad, donde le dió de comer. Desde aquel día el lobo fué animal favorito de Gubbio, hasta que murió. Es tradición que fué enterrado con honor por los habitantes de la ciudad en el lugar mismo donde moraba; y allí se construyó después una iglesia para conmemorar este suceso con el título de San Francesco della Pace [2].

---

[1] II Celano, 171.

[2] Es costumbre añeja considerar la historia del lobo de Gubbio (*Fioretti*, capítulo XX y *Actus*, cap. XX y *Actus*, cap. XXIII) como alegoría o mito. Pero en estos últimos años su autenticidad substancial ha recibido dos curiosas confirmaciones. Véase la *Passio S. Verecundi*, crónica cuasi contemporánea, publicada por Mgr. Faloci-Pulignani en *Misc. Franc.*, X, págs. 6-7, según la cual queda fuera de duda que cuando Francisco visitó Gubbio la región aquella estaba infestada de lobos hambrientos. Véase *Archiv. Franc. Hist.*, an. I, fasc. I, pág. 70. En cuanto a la tradición del alojamiento y la muerte del lobo en Gubbio, como se refiere en el texto, apóyala el hallazgo de un cráneo de lobo aparedado en los antiguos muros de la iglesia de San Francesco della Pace, del cual se da extensa cuenta en «*Gubbio, Past and Present*», por L. Mc. Craken (Dent), pág. 283.

Mas al advertir Francisco por vez primera su familiaridad con los pájaros, no tuvo conciencia de su poder excepcional y sí sólo sentía, mientras se encaminaba a Bevagna, una nueva libertad de espíritu entre las criaturas de Dios, que le llenaba de gozo. Empero, a este gozo iba mezclada una sombra de remordimiento por haber vivido hasta entonces ajeno a aquella parte tan vasta de la creación y no haber aprovechado antes la ocasión de predicar la palabra de Dios a sus hermanos los pájaros.

El viaje por el valle de Espoleto y los que emprendió por las Marcas de Ancona también por aquel tiempo fueron verdaderamente triunfales. El pueblo se agolpaba a su paso y le llevaba los enfermos para que los sanase. Considerábase muy dichoso el que podía tocar su hábito, más todavía si podía arrancarle una tirilla como reliquia; con lo cual se exponía Francisco a quedarse sin vestido. Aún los objetos que había tocado eran sagrados a los ojos de aquella gente y conservados con reverencia para alivio de los enfermos.

En algunos lugares al tener noticia de su llegada, salían a recibirle el clero y la población, las campanas repicaban alegremente y los niños iban en procesión, aplaudiendo o agitando ramos y cantando. En las Marcas de Ancona y en los confines de la Romaña el éxito de su predicación fué especialmente notable. En Ascoli treinta varones, algunos de ellos dotados de buena instrucción, ingresaron en la fraternidad. Los mismos patarinos heréticos que pululaban en aquellas regiones, no estorbaron la predicación de Francisco, a pesar de oponerse directamente a su doctrina e insistir muy particularmente sobre la necesidad de que el pueblo en peso se sometiese a la obediencia de la Iglesia y respetase a los sacerdotes [1].

Apuntemos un aspecto del apostolado de Francisco que contribuyó no poco al éxito de su misión. Tanto si se dirigía a un público numeroso como a contadas personas, hablaba siempre con igual libertad e igual fervor [2]. Aunque uno solo le escuchase, prodigaba la misma ardorosa elocuencia proclamando su mensaje de penitencia, paz y amor. Los motivos que le impulsaban a hablar no dependían del número o calidad de sus oyentes, sino del pasmo que le producían los misterios eternos y de su vehemente deseo de cumplir su misión. Hablaba porque debía hablar, y siempre de la abundancia de su corazón. Y tan sólo cuando sentía tal necesidad hablaba; porque otras veces, llamado a predicar, no hacía más que

[1] I Celano, 62.

[2] «*Populorum maximam multitudinem quasi virum unum cernebat et uni quasi multitudini diligentissime prædicabat.*» (I Celano, 72).

bendecir al pueblo y retirarse [1]. No sabía hablar como quien cumple una formalidad; ni podía preparar de antemano sus sermones cual suelen hacer los predicadores corrientes. Fracasó siempre que intentó pronunciar un discurso preparado con esmero; los conceptos aprendidos de memoria aprisionaban su espíritu y por decirlo así vaciaban su cerebro [2]. En cambio, cuando hablaba espontáneamente, sus palabras eran como un desbordamiento de aguas ondulantes y rápidas en su curso, irresistibles en su fuerza impulsiva y por la intensidad de vida que denotaban; y con todo encerraban una melodía que apaciguaba el alma del oyente, así como da una sensación de reposo una extensa sábana de agua tranquila.

Francisco regresó por fin a la Porciúncula, pero sin dejar de sentir la atracción de la misión entre infieles y antes de llegar el invierno volvió a partir para poner en práctica su deseo [3].

Quería esta vez ir a predicar a los moros que habían sido derrotados tan completamente el año anterior en Las Navas; tomó, pues, el camino de España, desde donde pensaba pasar a Marruecos. Entre sus compañeros se contaba Bernardo de Quintavalle, el fraile que abandonara Bolonia temiendo, como ya se ha dicho, los honores que allí se le tributaban. Tanta prisa se daba Francisco por llegar al término de su viaje, que sus compañeros apenas le podían seguir; caminaba, según expresión de San Buenaventura, «como ebrio de divino espíritu». Pero su nueva expedición no había de ser más afortunada que la primera en resultados inmediatos. Llegado a España, enfermó a consecuencia del cansancio y los rigores del invierno, y no pudo continuar su viaje. Al restablecerse lo suficiente para ponerse otra vez en camino, volvió la faz hacia su país, convencido de que su deber actual era permanecer en Italia al lado de sus frailes [4]. Dicen algunos que visitó antes, para consuelo de su alma, el sepulcro del Apóstol Santiago y que mientras allí oraba adquirió la certidumbre de que su viaje no había sido en vano, porque iba a hallar a su paso numerosos lugares propios para establecer nuevas casas de frailes e iba a tener ocasión de admitir a numerosos novicios en la Orden [5].

---

[1] I Celano, 72.

[2] *Ibid.*; véase II Celano, 107.

[3] Véase *Chron. XXV Gen.*, en *Anal. Franc.*, III, pág. 189.

[4] I Celano, 56; *Leg. Maj.*, IX, 6.

[5] *Chron. XXIV Gen.*, en *Anal. Franc.*, III, pág. 9; véanse también páginas 189-90, donde se relatan varios incidentes de este viaje. Dice la tradición que Francisco en persona fundó casas de frailes en [Barcelona], Burgos, Logroño, etc., y que predijo en Montpellier la fundación de un convento en dicha ciudad. Véase Waddingo. *Annales* ad n. 1213. Por otra parte, los Bolandistas sostienen que todas

estas fundaciones pertenecen a fecha algo posterior. Véase *Acta S. S.*, octubre, II, página 603 *.

* [Sobre este viaje, véase P. Atanasio López «*Viaje de San Francisco por España*», en *San Francisco de Asís, curso de conferencias organizado por el Colegio de Doctores en Madrid*, donde resume y completa con nuevos datos el estudio publicado en el primer vol. de *Archivo Ibero Americano* y en un tomo aparte con el mismo título]. — *Nota de los Editores.*

## Capítulo VI

### FRANCISCO ASISTE AL CUARTO CONCILIO DE LETRÁN

Desde que Francisco trató por vez primera de ir a evangelizar los infieles, la fraternidad había crecido rápidamente en número y actividades. Antes de cerrar el año 1215 los frailes eran conocidos en toda la Italia central y septentrional y empezaban a ejercer su apostolado en España y en el sur de Francia.

En Italia, al asombro del principio, rara mezcla de mofa y admiración, había seguido una veneración más profunda y reflexiva. Francisco y sus frailes ya eran aceptados como uno de los factores del movimiento de reforma de la época; en Umbría, Toscana, las Marcas de Ancona y Lombardía habían aparecido residencias de frailes un poco a la manera de los nidos que se multiplican en los árboles al entrar la primavera. Eran pequeñas ermitas vecinas a las poblaciones o en las faldas de las montañas cercanas a ellas. El pueblo, ganado a mejores sentimientos con la predicación de los frailes, no quería que se retirasen a lugares muy apartados, y los frailes, caballeros andantes de Cristo, contentábanse con un refugio en el cual pudiesen descansar de sus trabajos y prepararse a otros, fortaleciendo sus almas en oración ininterrumpida y en la mutua compañía.

El hecho de establecerse los frailes en las inmediaciones de una población era, en el mejor sentido de la palabra, un acontecimiento social. Venían a constituir un elemento esencial en la vida ciudadana. A pesar de no aceptar más que lugares algo retirados, su permanencia en ellos dependía de la buena voluntad de su dueño o de la autoridad civil. Además, su labor diaria para ganarse el sustento les unía al pueblo y les daba entrada en las casas de los ciudadanos. Eran así a un mismo tiempo hijos del pueblo y sus apóstoles que le anunciaban una nueva vida religiosa. Su presencia, por decirlo así, animaba el paisaje y en la vida cívica y familiar creaba nuevos intereses y despertaba nuevas solicitudes. Lo más singular de aquellos hombres es que dominaban en el orden social e intelectual sin pretenderlo ellos, así como los niños, sujetos a tu-

tela, suelen salir con la suya en sus empeños. Pobres en extremo, corteses en el trato, inclinados a simpatizar con todos, sometíanse a la buena voluntad ajena; mas precisamente en este estado de dependencia hallaban su fuerza. Porque, así como la gente se mostraba desconfiada y cínica cuando se quería imponer la religión a viva fuerza, en cambio quedaba desarmada y suavizada al aparecer la religión despojada de ambiciones e intereses mundanos. Era evidente, por otra parte, que aquellos hombres no habían abrazado la pobreza como arma de ataque o defensa de la Iglesia, sino porque la amaban en sí misma como se ama un valioso beneficio. Lo que realmente ganaban y por qué a este negocio iba vinculada la pobreza era sin duda un misterio para la mayor parte de los que estaban en tratos con ellos; pero nadie dejaba de reconocer el valor de aquélla y el beneficio de la presencia de éstos en la sociedad. Los frailes eran una visión de pureza y de caridad, de noble paciencia y de alegre confianza en la vida futura. De este modo se adueñaron del corazón del pueblo italiano; hiciéronle partícipe de su tesoro espiritual y quedaron en cambio a la merced de sus sentimientos generosos.

No tan sólo los seglares acogían y socorrían a los frailes; el clero parroquial no se mostraba menos benévolo y deferente que los feligreses. Podía darse el caso de que algún sacerdote los tratase de intrigantes e hipócritas [1]; pero, en general, el clero les era favorable y les daba hospitalidad cuando la pedían para pasar la noche después de una jornada de misión. Ni podía ser de otro modo; porque los frailes sentían una profunda veneración por toda persona eclesiástica e inculcaban al pueblo igual respeto. Francisco y los suyos, en contraste con los sectarios reformadores, no toleraban una palabra injuriosa contra un sacerdote, representante y ministro del sacerdocio de Cristo. A los que hablaban mal de alguno, respondía Francisco: «Yo no puedo decir si su modo de vivir es digno de respeto o no lo es; lo que sí sé es que sus manos llevan los sacramentos a mucha gente, procurándoles la salvación del alma; por esto las beso yo con respeto» [2].

No permitía que los frailes predicasen en una parroquia contra la voluntad del cura [3] ni se entrometiesen en sus obligaciones

---

[1] Véase I Celano, 46.

[2] Véase *Admonit.* 26, en *Opuscula* [Quaracchi], pág. 18. Con referencia al respeto de Francisco a los sacerdotes, véase II Celano, 8, 146, 201; *Spec. Perfect.*, capítulo LIV; *Regula Prima*, cap. XIX; *Testamentum S. F.*

[3] Véase *Testamentum S. F.; Scripta Fr. Leonis* [Lemmens], II, 6; *Spec. Perfect.*, cap. L.

parroquiales[1]. Así, con dulzura y humildad se captaban la estimación de los seglares y de los eclesiásticos.

Tal vez lo que más recomendaba los frailes a las autoridades de la Iglesia era que, dondequiera que fuesen, menguaba la pujanza del espíritu de partido y de la herejía; olvidaban los hombres sus motivos de queja y cesaban las querellas, surgía en el pueblo un nuevo concepto de la vida que llevaba a considerar como cosas de poca monta las cuestiones puramente políticas y las disensiones intestinas. Los que solamente habían pensado en acometer la reforma corrigiendo al prójimo, abrían los ojos y entendían que la tal reforma debía empezar ante todo por ellos mismos; éste era el primer paso hacia la paz. Además, la renovación religiosa de Francisco dejaba fuera de causa a la Iglesia misma. Él y los suyos la respetaban y no discutían sus derechos. Cuando los herejes querían reducirlos a la discusión de este punto, los frailes no argumentaban y sí sólo declaraban su fe y su respeto. Muy pronto el pueblo se dió cuenta de que los frailes veían en la Iglesia, por encima de las mezquinas disputas de los hombres, el signo de la Presencia Divina entre las cosas de la tierra; y esta fe que descartaba la polémica, fué más eficaz que todas las controversias para reanimar la fidelidad y las creencias del pueblo, muy arraigadas todavía a pesar del general descontento. El mejor argumento era la fe que profesaban los frailes; así es cómo ejercían tan gran ascendiente sobre la imaginación del pueblo.

Una vez al año, por el tiempo de la fiesta de Pentecostés, los frailes diseminados por las provincias se reunían en un lugar determinado[2] para escuchar las instrucciones de su padre espiritual y consultarle los negocios de la fraternidad; así se conservaba la estrecha unión de Francisco y los frailes, y de los frailes entre sí.

No siempre se reunían en la Porciúncula, o cuando menos un año se celebró el capítulo cerca del monasterio de San Verecondo,

---

[1] Véase *Scripta Fr. Leonis, ut supra; Spec. Perfect.*, cap. X.

[2] «*Semel in anno cum multiplici lucro ad locum determinatum conveniunt*», escribe Jacques de Vitry en 1216 (véase su carta publicada por M. Sabatier en *Spec. Perfect.*, págs. 296 *seq.*; y por Boehmer, *Analekten zur Geschichte des Franciscus von Assisi*, pág. 94 *seq.*) Sabemos también por Celano que ya desde un principio San Francisco reunía con frecuencia a los frailes para tratar con ellos de la Orden (véase I Celano, 29). Probablemente desde los primeros días, el Capítulo anual más importante se celebraba por Pentecostés en memoria de la reunión de los Apóstoles. En *Leg. 3 Soc.*, cap. XIV, se habla de los capítulos de Pentecostés y de San Miguel; pero, no se sabe fijamente si el Capítulo de San Miguel fué instituído con anterioridad a la institución de las Provincias en 1217. El P. Mandonnet, O. P. (*Les Règles et le gouvernement de l'Ordo de Pœnitentia*, cap. III, pág. 201, nota) parece defender que ambos capítulos fueron de institución anterior.

en las inmediaciones de Gubbio, con asistencia de trescientos frailes, a los cuales suministró el abad los víveres necesarios [1].

Los frailes acudían con gran júbilo a estas asambleas, porque sentían fuertemente el espíritu de familia. Francisco aprovechaba la conyuntura para recordarles los principios fundamentales de su vocación y precaverles contra los peligros a que podían verse expuestos en sus viajes. Para que no se dejasen extraviar por los reformadores heréticos, insistía en el respeto debido a los sacerdotes y a las instituciones de la Iglesia. Debían abstenerse de juzgar a los que vivían holgadamente y vestían con ostentación; antes bien debían considerar a todos los hombres como señores y hermanos mayores. Dondequiera que fuesen debían tratar de restablecer la paz y armonía entre los hombres, para lograr lo cual era preciso ante todo sentirse unidos por sentimientos de paz y buena voluntad. No debían, en fin, olvidar que su misión era «curar los heridos, dar aliento a los afligidos y volver al buen camino a los extraviados». Y añadía: «Muchos que nos parecen miembros del demonio, se tornarán no obstante discípulos de Cristo». Ciertas amonestaciones y ciertos preceptos de Francisco en los capítulos se incorporaban a la Regla para conservar mejor su memoria. Terminado el Capítulo, los frailes marchaban a su destino o emprendían nuevas misiones, ardiente el corazón, fortalecida el alma.

Años felices fueron aquellos en que la fraternidad se iba desarrollando. Sin duda alguna los frailes sufrían contrariedades y tentaciones, pero eran de importancia relativa y en definitiva contribuían a fortalecerlos; por esto, dejando aparte los incidentes referidos en el capítulo anterior, en los tres o cuatro años que siguieron a la «conversión» de Clara, poco puede cosechar el historiador de los primeros tiempos franciscanos. No se escribe la historia bajo un cielo sereno y un sol esplendoroso; escríbese entre el fragor de las tempestades y los rigores de los hielos o de las tempraturas caniculares; y más que el apacible vivir inspiran la pluma del historiador las sacudidas que la vida sufre y los violentos esfuerzos que la transforman.

Un hecho iba a intensificar más todavía la vida de Francisco y de sus frailes, ligando más fuertemente su destino al movimiento religioso de la época, aunque de momento puede decirse que no tuvieron conciencia de haberse producido perturbación alguna en sus vidas de tranquila actividad.

En noviembre de 1215 Francisco se hallaba otra vez en Roma,

---

[1] *Leg. de Passione S. Verecundi*, en *Miscell. Franc.*, X, pág. 6. Véase *Archiv. Franc. Hist.*, an. I, fasc. I, págs. 69-70.

donde se preparaba el Concilio General convocado por Inocencio III para el día de San Martín. Según toda probabilidad, Francisco iba a asistir a él en interés de su obra, porque precisamente el reconocimiento de «nuevas órdenes» era uno de los puntos que el Concilio debía discutir [1].

El Concilio fué una reunión de todas las fuerzas espirituales y temporales del mundo católico. Arzobispos y obispos, embajadores de reyes y príncipes, priores de órdenes religiosas y universidades, protectores de todos los intereses creados de la Iglesia, y abogados de nuevos privilegios pretendidos y no otorgados todavía: todos estaban en Roma «ciudadela exaltada, desde cuyo recinto los representantes de la opinión pública más legítima y sana de la época habían de promulgar sus decretos de reorganización de las naciones cristianas» [2]. Bien lo sabían los prelados y los enviados de las naciones. Aquel concilio era un consejo de guerra; el Papa los había llamado declarando abiertamente su propósito de poner en inmediato conflicto las aspiraciones religiosas de su tiempo con el espíritu mundano asolador y con el creciente poder de las huestes infieles. No temía arriesgar su política con el noble intento de congregar a su lado a todos los elementos de la cristiandad, que representaban todavía el ideal de una Iglesia purificada de todos los males que minaban los mismos cimientos de la vida cristiana. Iba a pedir a todos los pueblos católicos un esfuerzo supremo para desarraigar la herejía y el materialismo insidioso, gusanos que roían la vida de la Iglesia, y salir de la apatía que permitía a los infieles la posesión de los santuarios más venerandos de la cristiandad.

La ocupación de Tierra Santa por los infieles era a los ojos de Inocencio, como lo fué a todos los espíritus religiosos de la Edad Media, símbolo de la deslealtad del pueblo cristiano a Cristo y a la Iglesia. El honor de todo cristiano sincero estaba empeñado en la reconquista de los Lugares Santos; así se debía dar testimonio de la fe en el Divino Redentor, que allí vivió y murió.

Inocencio III tal vez no se daba cuenta cabal del retroceso sufrido por las naciones hasta el punto de comprometer el éxito de una cruzada; o tal vez, siendo como era, a más de hábil político, varón místico, creíase en el deber de lanzar, a pesar de todo, su grito

---

[1] De hecho, los frailes no tuvieron conciencia de que existiese alguna relación entre la asistencia de Francisco al Concilio y los acontecimientos subsiguientes de su vida; tanto es así que los primeros biógrafos ni siquiera mencionan esa asistencia. Afortunadamente nos ofrecen una evidencia el dominico autor de la *Vita Fratrum* (*vide infra*, pág. 181 y Angelo Clareno (*infra*, pág. 117).

[2] Baronio, *Annales*, ad an. 1215.

de guerra para vergüenza de un mundo apóstata. Y no era hombre que desconfiase de poner en práctica un plan firmemente resuelto. Era un espíritu poderoso que se creía capaz de vencer las vacilaciones de los estados cristianos y empujarlos a una acción decisiva. Mas descartando el valor y el éxito probable de su política, no dejaba él de asociar la idea de una reforma interna de la cristiandad al esfuerzo requerido para recuperar los Santos Lugares. Una cruzada había de despertar la fe del pueblo y producir a la par una reforma moral. Estas eran las razones que movían a Inocencio a convocar un Concilio, en el cual iba a recoger todos los pareceres y sobre todo dictar sus órdenes.

Así, pues, el día de San Martín los Padres del Concilio y los delegados se reunieron en la iglesia de San Juan de Letrán para celebrar la primera sesión. Inocencio pronunció el discurso de apertura. Sus palabras eran claras y rotundas y vibraba en su acento una sinceridad vehemente. Desaparecía el hombre de Estado y hablaba el profeta. Dijérase que le impulsaba el presentimiento de que sus días estaban contados y que por lo tanto debía apresurarse si quería ver realizada la empresa que tomaba por su mano. La amenaza de una muerte inminente daba un sentido patético a la vigorosa actividad con que dirigía el Concilio. Y le dictaba el texto de su sermón: «Con deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua, antes de que padezca» [1]. «Verdaderamente —proseguía—, este Concilio pudiera llamarse pascua, porque la palabra pascua significa paso.» Desde aquella asamblea veía el triple paso a que eran llamadas las naciones: el paso a los Lugares Santos, el paso del vicio a la virtud, el paso de esta vida terrenal a la vida eterna. No había convidado a los Padres por ambición secular, sino para tratar de la reforma de la Iglesia y de la transferencia de la Tierra Santa a manos cristianas.

Si Dios no permitía la realización de sus deseos, no rehusaba beber el cáliz de la pasión de Cristo; aceptaba la muerte, por más que deseaba vivir hasta ver coronada la obra emprendida. «¡Cúmplase la voluntad de Dios y no la mía!»

A continuación describió a grandes rasgos el estado lamentable de los Lugares Santos hollados por los infieles: «Jerusalén, ciudad afligidísima, llama a todos los que pasan por el camino para que vean si hay dolor semejante al suyo; caigan la desgracia y el oprobio sobre los que pasan sin escuchar sus lamentaciones». Mas otro dolor deja oír su voz y los llama de en medio de las abominaciones

---

[1] Luc., XXII, 15.

en que se hallan sumidos los pueblos cristianos; es el dolor de la Iglesia mancillada por los pecados del pueblo; y el Pontífice, exponiendo el capítulo IX del profeta Ezequiel, ilustró la situación reinante, aplicándole los preceptos reformadores del texto sagrado.

Él mismo, como pastor supremo de la Iglesia de Dios, decía ser «el varón con vestidura de lino, trayendo un recado de escribir en la cintura, a quien dijo el Señor: Pasa por medio de la ciudad, por medio de Jerusalén y señala con la 'Thau' las frentes de los hombres que gimen y se lamentan por todas las abominaciones que se cometen en medio de ella». Su auditorio era como el de «los seis varones que venían por el camino de la puerta superior que mira al norte, a los cuales mandaba el Señor: Pasad por la ciudad siguiendo en pos de aquel varón y herid de muerte», no salvando más que «aquellos en quienes viereis la 'Thau'». Se había de herir con todo el poder de que se disponía: entredicho, suspensión, excomunión y deposición, hasta que la ciudad estuviese purificada. Pero, era herir para sanar, matar para avivar; de conformidad con las palabras del Señor: «No quiero que el pecador muera». Debíase tener en vista principalmente el orden del sacerdocio; y las palabras de Inocencio, contundentes e imperativas, tornábanse más apremiantes todavía: «Cuando el sacerdote peca, hace también pecar al pueblo». «¿Cómo pueden los pastores que viven mal reprender a los que viven en la iniquidad? Éstos han de responder: El hijo no puede hacer otra cosa que lo que ve hacer a su padre; bástale al discípulo ser como su maestro. Y así se cumple la profecía: Tal será el pueblo cual sean los sacerdotes» [1].

Fué un discurso magistral, valiente y sincero, cuyo espíritu dominó en las deliberaciones del Concilio e incitó a los Padres a estudiar y proponer medios heroicos.

Decidióse organizar una nueva cruzada y purificar la Curia romana de la ambición secular y la avaricia de sus miembros, empezándose en su misma raíz la reforma del clero, que debía extenderse a todas sus categorías.

Así lo dispuso el Concilio; mas la cruzada fracasó y la desconfianza de las naciones desvirtuó la reforma de los escándalos de avaricia de la Curia [2]. Con todo, el Cuarto Concilio de Letrán ha sido llamado el gran Concilio reformador de la Edad Media; no pudo, es cierto, realizar inmediatamente sus vastos proyectos, pero hizo suyo y proclamó por boca de la autoridad más elevada el anhe-

---

[1] Labbaeus, *Sacrorum Conciliorum Collectio* [edit. 1778], vol. XXII, páginas 968-73.

[2] Véase Gasquet, *Henry III and the Church*, cap. V.

lo común de conducir a vida más cristiana al clero y a los seglares, y puso en movimiento fuerzas que habían de infundir nueva vida a la fe degenerada y al sentido moral relajado. La proclamación de la cruzada fué acogida con poco entusiasmo; pero los decretos ordenando a los obispos la designación de personas dignas que habían de predicar la palabra de Dios en sus respectivas diócesis, y más todavía la admisión franca del movimiento penitencial y de las fraternidades en la organización general de la Iglesia, fueron la salvación de la Catolicidad.

Si hablamos aquí de este Concilio es con referencia a Francisco y a los suyos. Francisco había ido a Roma para defender los intereses de la fraternidad, no sabemos si llamado directamente por el Papa o si por el Cardenal protector Juan de San Paulo. Porque estaba decidido que las nuevas hermandades de penitencia se habían de encauzar por las normas establecidas de la vida monástica y canónica [1], al efecto de ponerlas más eficazmente bajo la autoridad de la Iglesia y templar el fanatismo que intervenía no pocas veces en su constitución. De hecho, el Concilio decretó que no se permitieran nuevas Reglas, sino que todas las órdenes fundadas en lo sucesivo adoptasen una de las Reglas tradicionales como base de su organización.

Afortunadamente para Francisco y sus compañeros, su Regla estaba ya aprobada por la Santa Sede, y cuando pasó a discutirse la cuestión de las órdenes de fundación reciente, Inocencio notificó al Concilio su aprobación de la de Frailes Menores [2]. Es de toda evidencia que el Pontífice no tenía intención de retirar su aprobación primera; porque, no sólo confirmó formalmente su sanción de la Regla de los Frailes en presencia de los representanes de la Iglesia, sino que también por aquel tiempo extendió el «privilegio» de la pobreza absoluta, semejante al de los frailes, a Clara y a sus monjas de San Damián [3].

Aprobación tan solemne fué indudablemente de la mayor importancia en la vida de la fraternidad, porque en un momento crí-

---

[1] Las comunidades religiosas tradicionales eran de dos clases: los monjes, que en su mayoría seguían la Regla de San Benito, y los canónigos regulares que seguían la Regla de San Agustín. Las congregaciones, tanto monásticas como canonicales, podían diferenciarse en sus respectivas constituciones y costumbres, pero profesaban todas una u otra Regla según fuesen de monjes o de canónigos. La Regla Franciscana empero era *sui generis* y los Frailes Menores no eran monjes ni canónigos; representaban pura y simplemente la nueva fraternidad penitencial.

[2] Véase Angelo Clareno en Ehrle, *Archiv für Litteratur und Kirchen-Geschichte*, tomo I, pág. 557.

[3] Véase más arriba, pág. 185.

tico preservó la personalidad de la familia franciscana; pero no añadió nada a la vida de los frailes, ni contribuyó a aumentar sus energías vitales. Con todo, como hemos dicho, este Concilio removía profundamente el corazón de Francisco e imprimía su sello en la Orden franciscana.

Esta acción eficaz se produjo no teniendo conciencia de ella el Papa ni el Concilio y sin aceptación deliberada por parte de Francisco. Las cosas pasaron en este caso como suelen pasar en la mayoría de acontecimientos de trascendencia.

Francisco había ido al Concilio como quien va a un lugar santo impregnado de la majestad de Dios. A sus ojos, aquella reunión de obispos de la cristiandad era otra Pentecostés; porque creía firmemente que el Espíritu Santo presidía semejante reunión de la Iglesia. Al entrar en la gran catedral del mundo católico el primer día del Concilio, tuvo la sensación de que se entreabrían los cielos. ¡Con cuánta impaciencia esperaba el sermón del Sumo Pontífice! Las palabras de un profeta deben acogerse con el mayor respeto; y no había en aquella asamblea persona más respetuosa que el humilde fraile macilento y desgarbado. Escuchó el sermón como si fuese dirigido a él personalmente; ¿no sabía ya de antemano que el juicio de Dios, que debía recaer sobre un mundo ingrato, únicamente la misericordia de Dios lo tenía en suspenso? El Pontífice, hablando como representante de Dios, anunciaba la proximidad de sus juicios, pero prometía también el perdón. Francisco recogía con avidez esta promesa consoladora hecha a todos los que estaban marcados con la letra «Thau», señal de penitencia y de nueva vida en Cristo. Con aquella señal quería marcarse él mismo, y marcar a los frailes, y a todos los que estaban dispuestos a escuchar sus palabras. Y la «Thau» parecía muy especialmente, según la explicación del Pontífice, la señal propia de los hijos de la Pobreza. «'Thau' es la última letra del alfabeto hebreo» —decía el Papa, y Francisco atesoraba estas palabras que indicaban la humildad en que se fundó el Evangelio—; «'Thau' representa la forma de la cruz tal como era antes de que Pilato colocase su inscripción. Lleva este signo en la frente el que somete todas sus acciones al poder de la cruz, de conformidad con las palabras del Apóstol: Han crucificado su carne con sus vicios y concupiscencias; y también: No quiera Dios que yo me gloríe más que en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo lo estoy para el mundo. En verdad, ese hombre gime y llora al ver las abominaciones que llenan la ciudad, puesto que los pecados del vecino son el infierno del justo».

Cada una de estas palabras llegaba a los oídos de Francisco

como un eco del espíritu que le había guiado en los últimos nueve años; pero, había en ellas un nuevo vigor y eran palabras henchidas de sabiduría, que daban dirección y fuerza a sus energías latentes. Desde aquel momento adoptó el signo «Thau» como símbolo de la vocación de los frailes. «Thau» fué su rúbrica; con ella marcó los lugares que habitaba y suscribía sus cartas[1], como talismán salvador.

Mas principalísimamente fué en su alma donde llevó impresa la «Thau»; porque desde aquel momento deploró con multiplicada vehemencia los pecados de los hombres y sintió mayor compasión por el mundo sobre el cual caería el juicio de Dios, si no se arrepentía. Y también desde aquel día buscó con mayor ahinco los medios de llevar más rápidamente el perdón divino a las almas arrepentidas. Nunca tal vez había comprendido tan profundamente y con tanta convicción el mensaje que sor Clara y fray Silvestre le habían enviado dos años atrás, a saber, que Dios no le llamaba únicamente para su propia salvación, sino también para la salvación del prójimo.

Estaba más convencido que nunca de que los frailes eran «los heraldos del gran Rey», enviados para propagar la doctrina del juicio y de la misericordia, según les encargara el Pontífice, pero principalmente la de la misericordia; porque el mismo Inocencio había declarado al resumir su discurso: «Dios no quiere la muerte del pecador» [2].

Hay hombres cuya vida es una constante aspiración a un ideal moral o espiritual, que sienten con alguna frecuencia una mayor

---

[1] I Celano, *Tract. de Mirac.*, 3; Leg. Maj., IV, 9.

[2] Ignoro si hasta el presente ha habido alguien que haya relacionado la devoción de San Francisco al signo *Thau* con el sermón del Papa Inocencio; a mi entender tal relación es cosa cierta. No existe ninguna prueba histórica del uso de la letra *Thau* anterior a la fecha del Concilio; pero, sabemos que Francisco la usó poco tiempo después y podemos tener la seguridad de que semejante devoción tuvo su origen en algún acontecimiento externo, como así fué con sus demás prácticas devotas. Hay también las dos visiones de fray Pacífico. En la primera, acaecida *antes* del Concilio, en 1213 ó 1214, vió a Francisco señalado con dos espadas flameantes en forma de cruz, es decir, una cruz de cuatro miembros (II Celano, 106; *Leg. Maj.*, IV, 9); otra vez, *después* del Concilio, «antes de ser Ministro de Francia», Pacífico le vió con la *Thau* en la frente *(ibid.)*.

No puede leerse el sermón inaugural de Inocencio III sin que sorprenda su intensa simpatía por el espíritu penitencial que originó las fraternidades de penitentes de aquel tiempo. Francisco no pudo escuchar semejante sermón sin sentir que el Pontífice, en el ejercicio de su magisterio, proclamaba el evangelio de la penitencia tal como él y los penitentes lo habían estado predicando. Y fué el Pontífice quien propuso la *Thau* como marca del espíritu penitencial.

confirmación de sus convicciones más arraigadas, obrada por alguna palabra o algún hecho inesperado; en tales circunstancias tienen una nueva iluminación y seguridad y comprenden mejor la urgencia de proceder a la plena realización de aquel ideal, que es la finalidad de su vida. En las primeras fases de su desenvolvimiento espiritual, tal urgencia es supeditada al interés del continuo descubrir nuevos objetos dignos de afecto y reverencia; pero más adelante, esa actividad del espíritu es alimentada más que por las ideas nuevas o por el raciocinio, por la voluntad o por la misma facultad afectiva. Tal vez una palabra pronunciada al azar revelará al corazón lo que ya posee, sino con nueva luz, con más intensa y esplendorosa; apoyándose en semejantes revelaciones es como la vida del hombre se encamina hacia su perfección última.

Escuchando las instrucciones de Inocencio en el Concilio, Francisco adquirió conciencia de ser también él con los suyos un elemento de la organización oficial de la Iglesia; porque indudablemente en lo referente a la purificación de la sociedad cristiana de sus vicios internos, ellos eran el ejemplo oficial del movimiento de penitencia proclamado por el Pastor supremo de la cristiandad. Francisco, sin darse de ello cuenta él mismo, representaba a los ojos del Pontífice este movimiento en su forma más pura.

Asistía al Concilio otro hombre destinado a convertir el movimiento en defensa de los dogmas de la Iglesia: Domingo de Guzmán, que había ido a Roma a recabar del Papa el permiso de fundar una nueva Orden de Predicadores. El propósito declarado de Domingo era la defensa de la fe cristiana contra los argumentos de los herejes; mientras que el objeto de Francisco era llamar a penitencia y a una práctica más perfecta de la vida evangélica.

Pregúntase uno hasta qué punto el Papa tuvo conciencia de que en estos dos hombres residía la fuerza que había de realizar la misión profética purificadora propuesta por él al Concilio. ¿Fué su presencia inspiradora de su pensamiento cuando en Letrán presidió la asamblea de los Padres? No se puede arriesgar a la ligera una respuesta afirmativa, sabiendo que espíritus tan poderosos como el de Inocencio III raras veces se dan cuenta de que dependen de acciones ajenas. Con todo, era de natural tan magnánimo que, ora previese ora ignorase los futuros destinos de aquellos hombres, no pudo ponerse en contacto con ellos sin pensar en sumarlos a las fuerzas defensivas de la Iglesia. La inclusión de la fraternidad franciscana en el cuadro jerárquico había de tener consecuencias importantes para su constitución y desenvolvimiento; iba a estar asociada más íntimamente a la acción general de avance de la Iglesia, no siendo ya posible un crecimiento aislado. Su personalidad había

de acomodarse a la vida y sistema ordinarios de la jerarquía católica, de la cual pasaba a ser un miembro esencial. Y téngase también por seguro que la adopción por la Iglesia de las dos familias religiosas de Francisco y de Domingo darán por resultado el atraer gradualmente a ellas todo el movimiento penitencial ortodoxo; y ambas fraternidades no crecerán tan sólo por el empuje de la fuerza vital que las anima, sino también por la vigilancia solícita del Pastor de los pueblos; esta circunstancia influirá asimismo en su historia. Mas por ahora el velo del porvenir oculta a las miradas esas consecuencias futuras; ni van tan lejos los pensamientos de Francisco, atento sólo a realizar la misión inmediata que se le brinda. Aún así, tiene conciencia de que se ensancha el campo abierto a su actividad. Por vez primera se coaliga de un modo bien determinado con la política más vasta de la Iglesia y con otras fuerzas que trabajan en la regeneración de la catolicidad. Así, antes de terminarse el Concilio, son ya buenos compañeros Francisco y Domingo.

De cómo trabaron amistad. es uno de los pasos novelescos de la historia. No se conocían antes de encontrarse cara a cara en una calle de Roma en aquellos días de intensa labor. Sin duda, en su viaje por Italia Domingo había oído hablar de los Frailes Menores y deseaba conocer a su fundador, de quien se hacía lenguas la gente. Una noche, durante su estancia en la Ciudad Eterna, soñó que la Virgen Santísima lo presentaba a su Divino Hijo, juntamente con otro hombre a quien no conocía, siendo ambos destinados a proclamar en el mundo el mensaje de la misericordia divina. Al día siguiente, topando con Francisco, reconoció en él al hombre de su sueño. Explicóle al punto lo que había soñado y abrazándole, exclamó: «Eres mi compañero y habremos de andar juntos. Sostengámonos mutuamente y ningún enemigo podrá vencernos» [1].

Domingo de Guzmán tenía por aquel entonces unos cuarenta y cinco años, es decir aproximadamente once años más que Francisco. Cuando éste soñaba todavía en una vida de soldado y presidía las alegres fiestas de su ciudad natal, Domingo con su predicación había ya combatido la herejía en el sur de Francia. No perturbaba

---

[1] *Vita Fratrum*, en *Monumenta Ord.FF.PP.*, vol. I, parte I, pág. 10. Se ha sostenido que la entrevista de Francisco y Domingo, referida en el texto, debió ocurrir en 1216 y no en 1215, desde el momento que el autor de la *Vitæ Fratrum* dice que Santo Domingo había ido a Roma «*pro ordinis confirmacione*». Es verdad que la Orden Dominicana fué de hecho confirmada por Honorio III en 1216; pero, Domingo fué a Roma en 1215 para solicitar la confirmación de su Orden por Inocencio III. Esa confirmación fué aplazada en virtud del nuevo decreto del Concilio a que se refiere más adelante el texto.

su conciencia el recuerdo de un pasado frívolo; desde su infancia se sintió inclinado a las cosas religiosas y muy pronto fué confiada su instrucción a unos canónigos regulares.

Poseía una inteligencia clara y lógica. Algunos años después, visitando Roma, exponía las Epístolas de San Pablo en el mismo círculo doméstico del Papa, como si fuese un maestro de las escuelas. Aún en sus días de estudiante fué su vida austera y de asceta, y durante muchos años no probó el vino; tal rigor consigo mismo no endurecía sus entrañas de compasión. En tiempo de hambre vendió sus libros para dar de comer a los pobres; otra vez se brindó a trocarse con un cautivo que había caído en poder de los moros, porque aquel infeliz era el sostén de su familia.

Diego, obispo de Osma, fué el instrumento de su carrera ulterior. Este prelado llevóselo consigo en una visita a Roma, efectuada en 1205. En aquel momento Inocencio III se disponía a enviar predicadores al Languedoc, donde la herejía albigense hacía grandes estragos. Eran los expedicionarios tres legados apostólicos y doce abades cistercienses; y tanto el obispo de Osma como su amigo fueron agregados a la misión.

*En cierta ocasión concertóse una conferencia entre el obispo* y Domingo por una parte y los herejes por la otra. El primero, pensando amedrentar a sus adversarios, había resuelto presentarse con toda pompa; pero Domingo le disuadió de llevar tan aparatosa indumentaria, logrando que asistiese a la conferencia descalzo y armado únicamente con la mansedumbre y humildad del Evangelio[1].

En 1206 los abades cistercienses abandonaron la misión para ir a Citeaux, donde se celebraba Capítulo General de su Orden; su predicación en verdad no había sido muy fructuosa. Domingo y su obispo quedaron solos para continuar la obra de defensa; y dos años después, habiendo muerto el obispo, puede decirse que Domingo quedó como único director de la propaganda católica. Evidencióse de nuevo su carácter cuando en 1209 rehusó tomar parte en la cruzada contra los albigenses y se ciñó a la predicación. Creía que para desarraigar la herejía no se requería el fragor de las armas, sino la persuasión de la palabra de Dios, expuesta por hombres cuya vida se conformase a sus propias creencias.

En 1215 Domingo había reunido en torno suyo a algunos sacerdotes que se le parecían por su espíritu, recibiendo de Fulco, obispo de Tolosa, permiso para formar con ellos una compañía de predicadores. Fué entonces a Roma para recabar del Papa la aproba-

---

1 *Vitæ Fratrum*, *loc. cit.*, pars. 2, págs. 67 y 68.

ción de su nueva Orden. Inocencio titubeó antes de aprobarla formalmente; era todavía partidario de renovar con espíritu apostólico las órdenes monásticas establecidas, antes que autorizar la fundación de nuevas órdenes. Mas después de la clausura del Concilio, opinó que Domingo debía regresar a Tolosa y redactar allí juntamente con sus compañeros una Constitución para su fraternidad, basada no obstante en la Regla de San Agustín, de conformidad con el decreto del Concilio referente a la constitución de nuevas órdenes [1].

En nuestros días se han formulado juicios muy duros acerca del fundador de los Frailes Predicadores; se le ha pintado cual severo inquisidor, más celoso de un sistema teológico que de las almas de los hombres. Los que así le describen es imposible que hayan leído la historia de su vida. La verdad es que fué ante todo defensor de la fe católica contra una herejía invasora y la acción defensiva llenó su existencia y fué la que moldeó su carácter; vivió solamente para realizar esta misión. Puede llamársele hombre de ideas más que idealista; y esto explica quizá que se haya conservado el recuerdo de Domingo más que por su personalidad, por la obra que llevó a cabo como un fundador de una orden [2]. No ha llegado hasta nosotros un retrato preciso del hombre; pero los atisbos que de él tenemos por los cronistas nos lo muestran obrero concienzudo y celoso de la fe, dotado de una visión más clara que la mayor parte de sus contemporáneos de lo que era necesario para vencer la herejía, dotado por ende de una voluntad enérgica capaz de llevar a cabo lo que se proponía. Comprendía cuán inútil era combatir la herejía por la espada, en vez de tratar de llevar la instrucción y el convencimiento a los espíritus; y veía otrosí que ningún argumento intelectual sería eficaz, a menos que el propio predicador diese con su propia conducta testimonio del Evangelio que predicaba. Así, pues, su experiencia y su sinceridad le hacían concebir una orden de penitentes militantes que harían la guerra a la herejía con las dos armas de la ciencia teológica y de la vida ascética.

Domingo tenía, como se vé, un carácter muy diferente del de Francisco. Encontrábanse, pues, el hombre hábil y práctico y el idealista; mas había entre ambos un lazo de sinceridad y alejamiento de todo interés o ambición personal. Uno y otro se habían entregado en cuerpo y alma al servicio de Cristo, sin pensar otra cosa, teniendo como único objetivo en su espíritu el reino de Cristo entre

---

[1] Véase *Acta S. S.*, agosto, tomo I, pág. 358 *seq.*
[2] Véase P. Sabatier, *Vie de S. François*, pág. 248.

los hombres. Su amistad se cimentaba en esta finalidad común; la simplicidad misma de su propósito creó una mutua compenetración, no pudiendo en lo sucesivo desentenderse uno de otro por mucho que los distanciase la respectiva vocación. Domingo, en un momento dado, hubiera querido unir las dos fraternidades bajo una sola regla y un solo jefe; tan grande era la veneración que Francisco le inspiraba. Pero este sueño no pudo ser una realidad; cada uno debía desempeñar su papel en el drama de la vida y los respectivos papeles no podían trocarse ni confundirse. Su amistad empero nos ha sido transmitida por la tradición como un noble compañerismo de almas; porque sus contemporáneos tuvieron el convencimiento de que existía en ellos una santa emulación al trabajar cada uno separadamente en la viña de su Divino Señor, pero con reciprocidad de afecto y deferencia.

No se sabe cuantas veces se entrevistaron después de su primer encuentro en Roma; probablemente no fueron muchas; pero la reunión auténtica que relatan las leyendas resiste a la crítica histórica. Los dos fundadores fueron convocados a conferencia con el Cardenal Hugolino, el cual deseaba sacar del seno de las dos fraternidades a los futuros obispos. Tanto Francisco como Domingo manifestaron su disconformidad ante tal intención, creyendo que sus frailes serían más útiles a la Iglesia en su propia condición de humildad evangélica que entrando en la escala jerárquica. Terminada la conferencia, al salir del palacio del cardenal, Domingo pidió a Francisco su cordón para llevarlo ceñido en memoria suya; Francisco accedió con cierto reparo, porque tal demanda era una señal manifiesta de veneración. Domingo se ciñó en seguida el cordón y cogiéndose ambos las manos espontáneamente, conversaron por algún espacio. «Fray Francisco —le dijo por fin Domingo—, ojalá tu orden y la mía fuesen una sola para poder vivir en la Iglesia bajo una regla única.» Al separarse y romper cada cual por diferente camino, Domingo dijo a los que le acompañaban: «En verdad que todos los religiosos deberían imitar a este santo varón Francisco, tan perfecto en su santidad» [1].

---

[1] II Celano, 150; *Spec. Perfect.*, cap. XLIII. Es imposible fijar exactamente la fecha de esta entrevista. Debió de ser después de haber conocido el Cardenal Hugolino a Francisco, en Florencia en 1217. Domingo estaba en Roma, donde tuvo lugar la entrevista, en el invierno de 1217, también en 1218, y otra vez en diciembre de 1220 y en los primeros meses de 1221 *(Acta S.S., loc. cit, Comment. Præv.)*. La fecha más probable es el invierno de 1217-18; sabemos que entonces el Cardenal Hugolino se hallaba en Roma. Véase Potthast, núm. 5.629 *seq.* Una entrevista de Francisco y Domingo en 1216 se menciona en *Umbria Serafica, Miscell. Franc.*, II, pág. 47; menciónala asimismo Galvagno de la Flamma en *Mon. Ord.*

Tres siglos después, el coloquio de los dos dándose las manos dió tema a Andrea della Robbia para una de sus inmortales terracottas; al contemplarla y recordar la vida de los dos santos, el pensamiento deja atrás aquel episodio personal y considera en Francisco y en Domingo el prototipo de dos espíritus que suelen hallarse en activa contraposición entre los hombres: el espíritu de la libertad y el de la ley.

El aliento mismo de la vida de Francisco era la libertad de alma que halló en el servicio de Cristo. La belleza del Evangelio consistía a su entender en la libertad espiritual que es patrimonio de sus fieles seguidores [1]; ésta era la libertad que anhelaba y buscaba en su entusiasta aventura. Domingo, por otra parte, ardía en celo de la ley que la Iglesia recibió de Cristo, de los dogmas de fe y de la autoridad constituída, sin la cual no tiene asiento la fe. Únicamente los fanáticos negarán que ambos espíritus sean la esencia de la vida misma, tanto en la religión como en otra esfera. Existe entre ambos una oculta armonía que sólo pueden descubrir las naturalezas superiores. En hombres de nivel más bajo el desempeño de funciones opuestas parece proceder exclusivamente de principios contradictorios; y aquella oculta armonía queda ahogada por una divergencia, que puede proceder de buena fe.

Más tarde dieron señales de semejante divergencia las relaciones entre los discípulos de Domingo y los de Francisco, aunque los espíritus mejores de uno y otro bando recordaron siempre la amistad de los fundadores, a la cual permanecieron fieles [2]. Cierta clase de historiadores ha hablado mucho de estos antagonismos, que no deben extrañar a los que han estudiado la historia de la humanidad. Pero más que las disputas a que aludimos, las cuales solían acabar con nuevas protestas de amistad, fué grave el espíritu de rivalidad más o menos consciente, que so capa de religión escondía

---

*FF.PP.*, vol. II, fasc. 1, pág. 7. Con referencia al encuentro de los dos santos en el capítulo de las Esteras en 1219, véase *Acta S. S., loc. cit.*

[1] Véase el discurso de San Francisco sobre la virtud de la Pobreza, en las *Fioretti*, cap. XII; *Actus*, cap. XIII.

[2] Tomás de Celano, por ejemplo, después de referir las discusiones entre ambas órdenes, aboga por la caridad más amplia de los fundadores (II Celano, 149). En 1255 Juan de Parma y Humberto de Romanis, los dos Superiores Generales, escribieron conjuntamente una pastoral en la que se ordenaba a los frailes de una y otra orden la observancia de la paz y la concordia. Podrían citarse numerosos ejemplos de las crónicas de la época para mostrar el afecto fraternal existente entre ambas órdenes al lado de casos de disensión; v. g., Eccleston relata no solamente la disputa de las dos órdenes con referencia a los novicios (coll. XI, V ed. Little, pág. 101, 102), sino también como al llegar a Londres los Frailes Menores, los Dominicos los hospedaron «como miembros de la familia» (*coll.* II, págs. 11,12).

ambiciones puramente seculares. Fray Elías, por ejemplo, dividió la Orden Franciscana en setenta y dos provincias, aparentemente en honor de los setenta y dos discípulos del Evangelio; pero, en realidad, para ganar ventaja a los Dominicos, que habían dividido su Orden en doce provincias en honor de los Apóstoles [1].

Estas cosas, que pudieron evitarse, perjudicaron a las dos órdenes. Pero debe tenerse en cuenta la inevitable influencia que dos grupos de hombres, aliados con frecuencia, y uno y otro próximos a la autoridad suprema de la Iglesia, ejercían sobre su desenvolvimiento recíproco. No es éste el lugar de discutir los puntos particulares de organización y dirección moral que cada fraternidad pedía prestados a la otra. Dicen unos que Domingo tomó de Francisco la regla de mendicidad que impuso a sus frailes; por otra parte, parece cierto que el ejemplo de los Dominicos inspiró la implantación de los estudios teológicos entre los Frailes Menores. Más aquí sólo podemos referirnos de pasada a materias que pertenecen a la historia ulterior de Francisco y su fraternidad, para mostrar que lo acaecido durante el Concilio de Letrán fué semilla de numerosos incidentes que señalaron el desenvolvimiento de la historia franciscana. Los destinos de la fraternidad iban tomando forma, no solamente bajo la inspiración de Francisco, sino por virtud de las fuerzas que empujaban adelante al mundo católico con el ardor de una vida que al despertar cobra conciencia de sí misma.

---

[1] Eccleston [ed. Little], *coll.* IX, pág. 54.

## Capítulo VII

## LA INDULGENCIA DE LA PORCIÚNCULA

Al encaminarse nuevamente hacia Umbría, sentía Francisco una profunda conmiseración por el mundo, sobre el cual iba a recaer el juicio de la Iglesia. La pasión por las almas que sintiera desde que fué llamado al apostolado, convertíase en punzante dolor. Cuando llegaba a la Porciúncula después de una misión, acrecentábanse más y más sus deseos de salvar al pecador y hacer participar al mundo entero del gozo que el servicio de Cristo le producía. Costábale creer que existiesen pecadores, por empedernidos que fuesen, que no viniesen a llorar amargamente sus pecados y a ser en lo sucesivo fieles cumplidores de los preceptos evangélicos, al conocer la belleza de la ley de Cristo y comprender cuán grande era su desdicha ignorándola [1]. Deseaba con vivas ansias ver toda la tierra unida en vasallaje y amistad con el Dios Encarnado, acabándose así el divorcio antinatural que los separaba.

Al pasar de los años, la imagen del Divino Maestro, a quien se había consagrado, se reflejaba más claramente en cuanto le rodeaba. Todos los seres de la creación le hacían elevar su pensamiento al Señor: un cordero conducido al mercado le recordaba a Jesús entregado a sus verdugos; el leproso era el mismo Jesús, cargado de culpas que no había cometido; los niños le trasladaban en espíritu a Belén; el gusano arrastrándose por el suelo le hablaba de las humillaciones del Salvador; las flores con su variedad de colores y suavidad de perfumes le recordaban la dulzura del vivir con Cristo; una lámpara encendida era emblema de la Luz celestial que ilumina a los hombres; cada vez que ponía la planta sobre un terreno pedregoso, su pensamiento se refería a Cristo, roca inconmovible, fundamento seguro de la esperanza cristiana [2].

Y todas estas cosas terrenas no eran para él símbolos de Aquél

---

[1] Véase II Celano, 133.

[2] Véase I Celano, 77-81; II Celano, 165; *Spec. Perfect.*, 116-18.

a quien amaba creados por su fantasía. En ellas había un reflejo de la vida de Cristo, así como las obras de un artista reflejan su existencia. Todo padecimiento, según creía, estaba vinculado por vía misteriosa a los padecimientos de Cristo; así también toda legítima alegría a Su alegría, toda vida a Su vida.

Un teólogo daría una explicación diciendo que todas las cosas creadas son hechas a imagen del Verbo Eterno de Dios que es Cristo en Su Divinidad; y que en Su Humanidad Cristo adoptó por herencia magna la vida creada. Pero Francisco no era teólogo; expresaba su creencia según la inspiración del momento, sin pretender exponerla lógicamente; y aun con frecuencia se expresaba no por medio de palabras, sino según su actitud adecuada al pensamiento que le embargaba, o exteriorizando con ademanes las emociones de su corazón. Si se le preguntaba por qué se deleitaba con tal extremo a la vista del cielo y de la tierra, decía que por ser en ellas tan manifiesta la mano del Criador[1]; y preguntado por qué sentía tan profunda reverencia por el mendigo que pedía limosna al borde del camino, hubiera respondido: «Oh hermano, cuando ves a un pobre, tienes delante tuyo al espejo del Señor pobre y de su Madre pobre». O contemplando un enfermo: «En los enfermos vemos los males que Él tomó sobre Sí por nuestra salvación»[2]. Y no podía atender a un pobre o a un enfermo sin pensar que en su persona servía al Señor; aliviándole, era a su Maestro a quien buscaba[3].

La misma respetuosa ternura se manifestaba de otras maneras. No permitía jamás a los frailes que arrancasen de raíz un árbol o lo cortasen de suerte que no pudiese retoñar; ni quería que se cercase un jardín en forma que dificultase el libre desarrollo de las flores y plantas. Cogía cuidadosamente de en medio del camino y dejaba en lugar seguro los gusanos y otros animalillos de caminar lento que podían ser fácilmente aplastados. En tiempo de helada puso vino dulce y miel junto a unas colmenas para que las abejas no pereciesen de hambre[4]. Toda vida era a su entender cosa sagrada, porque provenía de la mano de Dios.

El mismo sentimiento de respeto es el que le inspiraba su compasión ilimitada por los pecadores. Porque un hombre, por pecador que fuese, era al fin carne, humanidad creada por Cristo, igual a la que Él mismo quiso revestir. Su celo por la soberanía del Redentor le hacía desear ardientemente la salvación de los redimidos.

---

1 I Celano, 80 *seq.*
2 II Celano, 85.
3 *Ibíd.*, 90.
4 *Ibíd.*, 165.

No podía honrar al Divino Señor sin honrar al mismo tiempo la vida, semejante a la de Cristo, latente en los que podían llegar a ser discípulos del Señor; y no sólo veía la culpa del pecador, mas también su nobleza, de donde le venía su inalterable confianza cuando trataba con los transgresores de la ley divina. Debiéronse a esta fe suya muchas conversiones, inesperadas y milagrosas. Hombres acostumbrados a ser juzgados únicamente por el mal que habían obrado y persuadidos, por desesperación o por cinismo, de que estaban irremisiblemente condenados, sentíanse atraídos por esta nueva manera de juzgar al delincuente. Incrédulos al principio, pronto se dejaban convencer de que no eran totalmente malos, sino, por el contrario, capaces de mucho bien. Dulcificábanse y aún tornábanse tímidos cuando el santo, que por tal le tenían, afirmaba que en cada uno de ellos había una mejor naturaleza, en cuya existencia ellos mismos no se hubieran atrevido a creer. Gradualmente empezaban a confiar en sí mismos y esta confianza era en algunos el principio de una vida de heroico esfuerzo para llegar a ser lo que Francisco de ellos pretendía.

Tal ocurrió con una cuadrilla de ladrones en Monte Casale, situado en las montañas detrás de Borgo San Sepolcro. Había en aquellos lugares un eremitorio de frailes y algunos estaban firmemente convencidos de que los tales ladrones estaban perdidos sin remedio a la gracia. Pero Francisco no podía compartir semejante opinión. Aconsejó, pues, a los frailes que los convidasen y ante todo calmasen su hambre con abundante pan y buen vino, y cuando estuviesen satisfechos les hablasen del amor de Dios. Viendo que a la primera visita los ladrones no se convertían, dijo a los frailes que los convidasen otra vez a una comida más apetitosa de huevos y queso y también les expusiesen después las ventajas de una vida arreglada, excitándolos a hacer penitencia y a proceder honradamente. Los ladrones no pudieron resistir al testimonio de cariño fraternal de los frailes, y a cambio de la comida que les daban, les llevaban leña del bosque. Finalmente, prometieron todos vivir en lo sucesivo honradamente del trabajo de sus manos, y tres de ellos solicitaron la admisión en la fraternidad, siendo recibidos con gran júbilo por Francisco. Los tres acabaron siendo verdaderos santos [1].

Muchos frailes habían sido arrancados de un modo análogo a una vida mundana y pecadora por la ternura de Francisco, hija del respeto que sentía por lo que en ellos podía haber de bueno. Mas

---

[1] *Spec. Perfect.*, cap. LXVI; *Fioretti*, cap. XXV; *Actus*, *cap. XXIX.*

su confianza en la bondad latente de la naturaleza humana con todo y obrar milagros de conversión, también contribuía no poco al profundo dolor que sentía al considerar los pecados del mundo. De no ser tan clara y tan constante su visión interna de la bondad latente en el hombre no hubiera sentido tanta pesadumbre por los pecadores; el pecado hubiera sido un menor ultraje al amor creador y redentor de Dios y también una pérdida menor para el hombre. Pero no siendo así y haciéndose suyo el dolor de Cristo, este dolor había de producirle hasta el fin un verdadero martirio.

Debemos ahora referir cómo su compasión por el prójimo le impulsó a pedir al Papa un privilegio que en aquella época pareció sorprendente: la gran indulgencia de la Porciúncula. Este suceso tiene un aspecto singular y es que durante medio siglo después de la muerte de Francisco, los biógrafos oficiales del Santo y en general los cronistas de aquella época nada dijeron de un indulgencia que convertía la Porciúncula en uno de los cuatro santuarios principales de la cristiandad. Por esto han negado algunos que sea un suceso auténtico de la vida de Francisco. Aunque es verdad que el primer testimonio escrito de la indulgencia no aparece hasta unos sesenta años después de haberse concedido tamaño favor, debe, empero, tenerse en cuenta que todavía vivían contemporáneos de Francisco, que sin duda recordaban las circunstancias de este caso; y aunque ese documento escrito haya dado lugar a legítimas dudas sobre el crédito que merece, con todo, por razones que se darán en otro lugar [1], por mi parte sostengo que la historia de la indulgencia, tal como la doy a continuación, es auténtica; indicaré también cómo, a mi entender, vino a solicitarse tal indulgencia y por qué durante tantos años se guardó el mayor silencio acerca de la misma.

He aquí el relato auténtico. En el verano de 1216 [2], una noche levantóse Francisco de su lecho, mientras los demás frailes seguían durmiendo, y fué a orar a la capilla de la Porciúncula. Estando en oración, la Divina Providencia se le hizo manifiesta y tuvo una vi-

---

[1] Véase Apéndice II.

[2] La fecha de este episodio está fijada por el atestado de Benedicto de Arezzo, a saber, que el papa Honorio III estaba en Perusa cuando Francisco obtuvo la indulgencia. Ahora bien, Honorio estuvo en Perusa con seguridad desde la fecha de su elección, 18 de julio, hasta el invierno de 1216; y no hay indicación alguna de que volviese a residir en dicha ciudad durante su pontificado, aunque Waddingo afirma que pasó por Perusa al dirigirse a Bolonia en octubre de 1212. Pero, en este punto Waddingo incurre en contradicción, puesto que dice que Francisco fué acompañado por Pedro Catanio, quien murió precisamente en el mes de marzo anterior.

sión de Jesucristo, que le ordenaba fuese a ver al Papa y le pidiese que todos los que visitasen la capilla de la Porciúncula, contrito el corazón y confesados los pecados, pudiesen ganar una indulgencia plenaria, es decir, la remisión de toda la pena temporal merecida por el pecado[1]. Francisco, procediendo con su acostumbrada diligencia, no demoró el cumplimiento del mandato divino; aquella misma madrugada, avisando a fray Maseo, se fué con él a Perusa al objeto de ver al Soberano Pontífice. No podemos afirmar con certeza si emprendió el viaje antes de la enfermedad de Inocencio III, pero sí que estaba en Perusa en el momento de su muerte, el 16 de julio, siendo una de las contadas personas que asistieron al Pontífice en sus últimos momentos, cuando la mayor parte de su servidumbre había huído por temor al contagio[2].

En todo caso, fué al Papa Honorio III a quien hizo Francisco su petición. Honorio, elegido dos días después de la muerte de Inocencio, era hombre de espíritu desprendido de las cosas terrenas, de costumbres sencillas, indiferente a las riquezas y generoso para con los pobres. «Padre santo —le dijo Francisco al postrarse a sus pies—, no hace mucho tiempo reparé para Vos[3] una iglesia en honor de la Virgen Madre de Cristo, y yo ruego a Vuestra Santidad que le conceda una indulgencia sin ninguna oblación.» El Papa repuso que no podía concederse una indulgencia sin una limosna correspondiente, por ser justo que los que solicitaban tal favor pusiesen algo de su parte e hiciesen algún sacrificio por merecerlo. Quiso saber, no obstante, por cuántos años deseaba la indulgencia, si por uno, tres, siete, y también qué clase de indulgencia deseaba. Esta fué la súplica de Francisco: «Padre Santo, plegue a Vuestra Santidad concederme no años, sino almas». Ablandado su corazón, que andaba lejos de las cosas mundanas, preguntó el Pontífice: «¿Cuántas almas quieres?» Respondió Francisco: «Si así place a Vuestra Santidad, quisiera que todos los que entren en la dicha

---

[1] El lector que no esté familiarizado con la enseñanza católica en esta materia debe entender que «indulgencia» no significa el perdón de la culpa del pecado, sino una remisión de la pena temporal que subsiste como expiación aún después de haber sido perdonada la culpa. No puede ganarse ninguna «indulgencia» sin haberse borrado antes la culpa con la verdadera contrición.

[2] Eccleston [ed. Little], col. XV, pág. 119.

[3] La frase «reparé para Vos» es curiosa. Puede significar que Francisco no quería reclamar derecho alguno sobre la iglesia que había restaurado: pertenecía a la Iglesia, por cuanto estaba consagrada al servicio divino, y a los Benedictinos en calidad de depositarios de la Iglesia. O podía referirse a la proyectada consagración de aquella capilla, mediante la cual pasaría a ser en cierto sentido propiedad de la Iglesia.

iglesia, confesados, contritos y absueltos por un sacerdote, sean libres de toda culpa y pena, tanto en el cielo como en la tierra, desde el día de su bautismo hasta el momento de su entrada en dicha iglesia». «Es mucho lo que pides —dijo el Papa—, y no es costumbre de la Iglesia Romana otorgar semejante indulgencia.» «Señor —tal fué la pronta respuesta de Francisco—, lo que pido no proviene de mí, sino de quien me ha enviado, el Señor Jesucristo.»

Honorio, como hemos dicho, era hombre espiritual; la sencilla fe de Francisco pudo más en él que los dictados de la prudencia social. «Es voluntad mía que tengas lo que pides», dijo; y dos veces más repitió estas palabras. Algunos de los cardenales que estaban allí presentes intervinieron. La concesión de semejante indulgencia dejaría sin valor a los ojos del pueblo las indulgencias de las Cruzadas y de los Sepulcros de los Apóstoles; rogaban, pues, con insistencia al Papa que revocase sus palabras. Pero Honorio no quiso retirar la promesa dada; únicamente, por deferencia a los cardenales, restringió la indulgencia a un solo día del año, el de la dedicación de la iglesia en cuestión, porque desde aquel momento se decidió que la Porciúncula sería debidamente consagrada, fijándose la fecha de la consagración para el día siguiente de la fiesta de San Pedro «ad víncula» [1]. Francisco suplicó que la indulgencia pudiese lucrarse cuando menos durante la octava de la fiesta, pero el Papa no accedió a ello, porque lo concedido era ya con oposición de sus consejeros. Francisco acató su decisión, y se retiraba ya, cuando el Papa le llamó otra vez a su presencia. «Hombre simplicísimo —le dijo—, ¿a dónde vas? ¿Qué prueba te llevas de haberte sido concedida esta indulgencia?» «Padre santo —replicó Francisco—, vuestra palabra me basta. Si ésta es obra de Dios, a Él incumbe hacerla manifiesta. Yo no deseo más documento; la Santísima Virgen María será el diploma, Jesucristo el notario y los ángeles los testigos.»

Dichas estas palabras salió Francisco del palacio pontificio y se fué en derechura a Asís. Mas pertubábase su espíritu al pensar que era causa de discordia entre los gobernantes de la Iglesia. Había acudido al Papa pensando únicamente en las pobres almas que la indulgencia iba a cosechar. No había previsto en su sencillez que

---

[1] No se sabe si la consagración de la capilla se había ya decidido antes de ir Francisco a Perusa, o si se decidió a consecuencia de la concesión de la indulgencia. La fiesta de San Pedro *ad vincula* es el día 1.º de agosto; la consagración, por consiguiente, debía efectuarse el día 2. Según el beato Francisco de Fabriano, la consagración tuvo realmente lugar el 2 de agosto de 1216 (Bartholi, *Tract. de Indulg.*, ed. Sabatier, pág. LXIX).

de ello pudiese sobrevenir ninguna disensión; pero, de hecho, los cardenales elevaban su protesta y el mismo Papa sentía algún temor por la concesión otorgada. A mediodía, Francisco y Maseo llegaron al hospital de leprosos, a medio camino aproximadamente entre Perusa y Asís; allí pidieron de comer y lugar para descansar. Fatigado por el calor del día, Francisco se durmió; al despertar estuvo algún rato en oración, y llamando después a su compañero, le dijo: «Fray Maseo, yo te digo de parte de Dios que la indulgencia que me ha sido concedida por el soberano Pontífice, ha sido ratificada en el cielo». Y con tal seguridad en su pecho prosiguió su camino lleno de santo alborozo.

Llegó el día de la consagración de la capilla, tomando parte en la ceremonia siete obispos. Francisco predicó desde un púlpito de madera construído fuera de la capilla y anunció la indulgencia: «Quiero mandaros a todos al paraíso y os anuncio una indulgencia que he recibido de boca del Soberano Pontífice. A todos los que habéis venido hoy aquí y a todos los que vendrán cada año en el mismo día, con corazón puro y contrito, todos sus pecados les serán remitidos. Quise obtener esta gracia para ocho días, pero no pude» [1]. Fuera de este anuncio, Francisco no hizo nada para que la indulgencia fuese más conocida. Habíala proclamado por obedecer al mandato divino; dejaba lo demás en manos de Dios, que Él manifestaría según su voluntad aquella obra. Pensaba que con el tiempo cedería la oposición de los cardenales; en el entretanto debían los frailes evitar toda apariencia de discusión con los pastores de la Iglesia; por la dulzura se ganaría mejor la bienquerencia del clero y sería mayor el bien de las almas [2]. Rogó, pues, a los frailes que no anunciasen todavía la indulgencia al mundo y esperasen la voluntad de Dios [3].

Pasaron muchos años antes de que los frailes se aventurasen a proclamar doquier la indulgencia, pero en Umbría la divulgaron los que habían asistido a la consagración de la capilla de la Porciúncula; además, los frailes no ocultaron a sus amigos el privilegio que daba una nueva aureola de santidad a aquel lugar escogido. Los peregrinos que visitaban la capilla el día aniversario de

---

[1] Véase el testimonio de Pietro Zalfani en Bartholi, *op. cit.*, pág. 54. Zalfani asistió a la consagración. Era un patricio de Asís, que sostuvo al Papa en su lucha contra Federico II y asistió a la canonización de San Estanislao en 1253 en la basílica de San Francesco. Véase *Miscell. Franc.*, vol. X, pág. 75.

[2] Véase II Celano, 146: «*Scitote, inquit, fratres, animarum fructum Deo gratissimum esse meliusque illum consequi posse pace, quam discordia clericorum*».

[3] Véase la atestación de Giacomo Coppoli en Bartholi, *op. cit.*, pág. 52.

su consagración, confesaban sus pecados y rezaban en su recinto para alcanzar la remisión plenaria solicitada por Francisco.

Durante el medio siglo que siguió a la concesión de la indulgencia parecía que no llegaría jamás el momento propicio a su promulgación universal. El Papa y los cardenales ponían cada vez mayor empeño en lograr que las naciones cristianas reanudasen la cruzada; el principal incentivo para animar a las gentes era la concesión de indulgencias especiales a los que se cruzasen y a los que, en caso de impedimento de tomar parte activa en la empresa, favoreciesen eficazmente sus ejércitos. No era oportuno anunciar nuevas indulgencias que podían distraer al pueblo cristiano de las urgentes necesidades de la Tierra Santa. Por otra parte, aún entre los mismos frailes posteriores a Francisco, hubo algunos que en esta materia fácilmente habrían unido su protesta a la de los cardenales y del clero; porque, durante el período a que aludimos, los Frailes Menores juntamente con los Frailes Predicadores fueron los agentes acreditados de la Santa Sede para promover la cruzada y recoger los fondos necesarios a su éxito [1].

Por estas razones quedó sin cumplimiento durante muchos años el sueño de Francisco de un gran perdón para todos los pecadores contritos y aprovecharon de él únicamente los peregrinos de aquella región que visitaban la Porciúncula. Mas a pesar de la discreción de los frailes, perduró la peregrinación anual y aumentó el número de penitentes. Antes de terminar aquel siglo, cada año, en el día de la fiesta de la dedicación de la Porciúncula, se congregaban allí las multitudes de toda Italia en espera del perdón; de entonces acá, después del transcurso de varios siglos, no ha menguado el contingente de peregrinos, procedentes no sólo de Italia, mas de todas las naciones del mundo cristiano. Así han tenido abundantísima justificación la fe y la mansedumbre de Francisco.

Permítaseme dar ahora mi opinión acerca de los motivos que indujeron a Francisco a pedir esta indulgencia. Su petición fué en realidad el resultado inmediato de aquella inmensa compasión por el mundo, que se había apoderado de su espíritu al celebrarse el Concilio General. Al salir de él, resonaban en sus oídos y ponían en vibración las fibras de su corazón las palabras de juicio y misericordia proclamadas por el Papa. Habíase hecho suya la letra

---

[1] «*Ex iis qui religionem sanctorum Dominici et Francisci professi erant plurimos* [Gregorius] *emisit qui per totam Europam Christianos ad bellum Saracenis inferendum adhortarentur.*» (*Vita Gregorii IX*, en *Conciliorum* [*Parisiis*, 1644], tomo XXVIII, pág. 273.) Los frailes «perdonantes» vinieron a ser un elemento significado en el sistema eclesiástico de Gregorio IX y sus sucesores.

«Thau», símbolo de la vida renovada en Cristo, con la cual, de permitírselo los hombres, había de marcar al mundo entero. Y con todo, su misión era en cierto modo incompleta, si no podía dar a los inscritos con la «Thau» aquel perdón plenario de culpa y pena que el Pontífice había otorgado solemnemente a los que tomaran parte personal en la cruzada o contribuyesen a ella [1]. No pudiendo muchos beneficiarse de este perdón, Francisco deseaba ardientemente que se diese mayor amplitud a la indulgencia. Verdad es que ésta se podía ganar, aunque no se fuese a la cruzada, dando limosnas para sostenerla; pero, ¡había tantos pobres que no podían dar nada! Y en cierto modo la condición de dar limosna —es decir, ofrecer dinero—, legítima en sí, ponía la indulgencia fuera del alcance de aquella pobreza que Jesucristo amaba. Excluir a los pobres, en aquellos días de juicio, de una participación completa de la misericordia de la Iglesia, parecía una injuria inferida a Cristo pobre. Así fué cómo Francisco consideró la Porciúncula, que Cristo y su bendita Madre habían dado por morada a Dama Pobreza, el lugar más propio para dar mayor extensión al perdón anunciado.

Aquella capilla era para él otro de los Santos Lugares; por ventura ¿no encarecía con muda elocuencia la cruzada espiritual que el Pontífice fijaba como condición del rescate de Tierra Santa? ¿No era madre y nodriza de aquella nueva vida que los frailes habían de difundir por el mundo entero? En aquellos días el vivir entregado intensamente a estos pensamientos, objeto especial de sus oraciones, habíale apegado a la Porciúncula [2], estrechándose la mística unión de su alma con aquel lugar de sus amores; hasta que tuvo la visión y la respuesta de su oración y de su llamamiento al Papa.

---

[1] Labbaeus, tom. XXII, págs. 955-60.

[2] Papini dice que San Francisco evangelizó Terra di Lavoro, los Abruzos y la Apulia antes de regresar a Asís. Mas, si Mgr. Faloci-Pulignani y Mr. Montgomery Carmichael aciertan en su juicio (y no veo razón para dudar de ello), Francisco por aquel tiempo reparó la iglesia de Santa María Maggiore de Asís. Véase *Miscell. Franc.*, vol. II, págs. 33-7; *Franciscan Annals*, febrero, 1906.

# LIBRO TERCERO

## CAPÍTULO I

### NUEVA FASE EN LA VIDA DE LA FRATERNIDAD

El lector que haya seguido con atención el curso de esta historia, sin duda habrá presentido que tarde o temprano la sencilla confianza que los frailes han puesto en Francisco será sometida a dura prueba. Dispersados en numerosas provincias y en contacto con hombres de todas condiciones y con las realidades del mundo, les será muy difícil en el curso ordinario de la vida conservar intactos *su simplicidad primitiva y su exaltado idealismo.*

La vida del Fraile Menor andaba mezclada en demasiados puntos a la vida del mundo para que no sufriese en algún modo su influencia; *no era pura y simplemente la negación o la condenación* de la vida del mundo, ni era éste su objeto. Verdad es que en muchas materias de interés vital, como es el renunciamiento de todo bien material y el deseo de paz a todo trance, la vocación franciscana estaba en contradicción directa con el estado de cosas existente; pero, tanto en sus primeros pasos como en su desenvolvimiento ulterior, había sido sostenida por las nacientes aspiraciones que, tanto en materia secular como religiosa, iban a derribar el orden antiguo y establecer un nuevo orden; y había penetrado en el mundo más con espíritu negativo que con espíritu directivo. El temperamento romancesco de la época, caracterizado por trovadores y cruzados, fué enderezado gozosamente por Francisco al servicio de la religión y profundamente enriquecido de valores espirituales. La fraternidad no pudo negar su cuna y sus afinidades[1]; era ciertamente un producto del espíritu del tiempo y tenía en consecuencia un estrecho parentesco con el mundo, que estaba en plena efervescencia. Esta situación, unida a una personalidad de tanto

---

[1] Véase *The Friars and how they came to England*, por el autor de este libro; ensayo introductorio, pág. 13 *seq.*

relieve como la de Francisco, da la clave de la portentosa influencia y del éxito inmediato del movimiento franciscano; también ayuda a explicar la turbación que muy pronto se apoderó de los frailes y produjo en el corazón de Francisco el más acerbo dolor.

Exteriormente la perturbación empezó al tratarse de dar a la fraternidad una organización mejor definida. Hasta aquel momento se había podido decir que Francisco no era puramente el jefe de los frailes, sino su ley misma. Podían no imitarle en todos los detalles de la vida cotidiana, como lo hizo fray Juan el Sencillo, que se arrodillaba al arrodillarse Francisco, y si éste tosía también hacia él por toser [1]; pero en las íntimas preocupaciones concernientes a su vocación mirábanse en él como si leyesen en el libro de su vida. Puede decirse sin exagerar que la fraternidad vivía en Francisco y veía el mundo a través de su interpretación; así es cómo los frailes vinieron a estimar la pobreza, el canto, las obras de caridad y el sufrimiento. Hasta entonces ninguna duda o dificultad había enturbiado sus relaciones con el mundo, que empezaba más allá de la vida de la Porciúncula modelada por Francisco. Cualquiera fuese la distancia material que los separaba de aquel lugar, respiraban siempre su atmósfera; llevaban consigo, por decirlo así, la clausura conventual y desde ella hablaban al mundo. Creían todavía en la total eficacia de la fe y de la caridad para ganar el universo a Cristo y no se preocupaban de los medios humanos que se podían usar al mismo efecto. De hecho, los medios humanos de que disponían: su palabra fervorosa, la simpatía persuasiva que inspiraban y su vida de duro trabajo, eran bastante eficaces para el logro del fin que Francisco les señalara.

Mas desde el momento en que Francisco había enviado a los frailes a conquistar el mundo para Cristo y había abierto la fraternidad a hombres de todas clases y condiciones, el problema arduo de las relaciones de los frailes con el mundo exterior existía en estado latente, pero esperando la ocasión oportuna de exteriorizarse. Una sociedad tan vasta como el mundo no puede ser gobernada y guiada por la influencia simple e inmediata de una sola personalidad; necesariamente habrá de establecerse un sistema de gobierno que, sin interponerse entre la personalidad del fundador y sus discípulos, será cuando menos la regla inmediata a la cual éstos y aquél deberán someterse. La fraternidad desarrollará una conciencia corporativa en cierto modo distinta de la personalidad del fundador; tendrá puntos de vista diferentes de los suyos y aún po-

---

[2] Véase II Celano, 190; *Spec. Perfect.*, cap. LVII.

drá darse el caso de que las divergencias encierren una verdadera contradicción. A veces, empero, por distintas vías se buscará el mismo fin; otras veces, no. Tales divergencias pueden provenir de la intrusión en la fraternidad de elementos extraños a su espíritu y y finalidad y al pensamiento esencial del fundador; puede también producirlos el ir más allá del fin que vió claramente el fundador, extralimitación, por otra parte, inherente a la vocación misma de los frailes.

Una vez diseminada doquier la fraternidad y sustrayéndose a la inmediata dependencia de Francisco, tan angustiosos problemas con toda seguridad surgirán, tanto más cuanto que sus orígenes, como hemos dicho, deben buscarse más todavía en el espíritu de la época que en la persona del fundador. En el curso de esta historia veremos los conflictos de la fraternidad frente a la vida intelectual de la época y en sus relaciones con los demás elementos de la vida general de la Iglesia, a propósito de las tradiciones establecidas, de la política papal y otras. Todas estas cuestiones presagiaban tristezas y eran tropiezo de débiles e inconstantes.

El Capítulo General de 1217 señala la separación de caminos en el desenvolvimiento de la fraternidad; no porque este Capítulo se hubiese de pronunciar sobre alguna de las cuestiones difíciles que habían de causar próximas perturbaciones, sino porque la política de expansión y organización que allí se iniciaba, llevaba inevitablemente a aflojar los vínculos de intimidad entre Francisco y los frailes y a debilitar en éstos el sentimiento de inmediata sujeción a aquél.

El Capítulo se reunió por la Pascua de Pentecostés. La de Resurrección había caído aquel año precisamente en el primer día de primavera, y por consiguiente la fiesta de Pentecostés llegaba antes de que los árboles y las plantas hubiesen perdido su primera lozanía bajo los ardores del sol[1].

De todos los «lugares» y eremitorios de la fraternidad acudieron los frailes, muchos de ellos novicios recién admitidos, que no habían contemplado nunca el rostro de Francisco[2]. Venían de Lombardía y Apulia, de Terra di Lavoro y de las montañas que miran al Adriático; en fin, de todas las regiones italianas. Para muchos de ellos era un regreso al hogar familiar; conocían la Porciúncula y amaban la sombra del bosque circundante, donde se habían en-

---

1 En 1217, Pentecostés cayó el 14 de mayo.

2 En los primeros Capítulos se requería la asistencia de todos los frailes, profesos o novicios. Véase *Chron. Jordani*, en *Anal Franc.*, I, pág. 6; Eccleston [ed. Little], pág. 80.

tregado a la oración y gustado anticipadamente la dulzura de la vida del cielo, que en ningún sitio parecía más próximo y real que en el silencio de aquel santo retiro. En cuanto a los novicios y a los que no habían estado allí anteriormente, parecíales que, nacidos en cautiverio, volvían por fin el rostro hacia Sión la santa. La gloria de su vocación estaba todavía vinculada en Francisco y en las cabañas de juncos de las afueras de Asís. Al encontrarse y saludarse los frailes, su lenguaje denunciaba su origen o su educación. Hablaban algunos con la gracia natural de una noble estirpe; otros, con la distinción adquirida en las escuelas; al paso que otros no tenían otro arte de hablar que el aprendido ganándose el pan con el sudor de su rostro. Al suave sibilante hablar de Umbría mezclábanse los dialectos guturales lombardos y las voces estridentes del sur. Acá y allá veíanse también algunos frailes cuyo acento descubría a los hijos de los países transalpinos, que al atravesar Italia habían dado con las comitivas de frailes y unídose a sus filas; mas, por aquel entonces, los ultramontanos no eran más que un puñado.

Reunidos todos en la Porciúncula, formaron diferentes grupos, construyéndose chozas de ramas que cortaban en el bosque. En aquella asamblea de muchos centenares de hombres no se permitía que ningún ruido turbase el silencio alrededor de la santa capilla, oyéndose tan sólo la voz del religioso que por turno predicaba. Los frailes tenían por regla hablar en voz baja y tan sólo en caso necesario, o cuando se reunían por pequeños grupos para hablar de cosas espirituales o concernientes a su vocación[1]. Aquel silencio era elocuente señal de vida, como el silencio que en primavera se extiende sobre los campos.

El Capítulo era, si se quiere, un parlamento sin debates; pero era un verdadero parlamento, donde cada uno de los frailes, hasta el más joven de los novicios, podía exponer su opinión y era escuchado con el mayor respeto. No era una simple formalidad, sino una asamblea deliberante. Los frailes se reunían para conocer por medio de la oración y de las observaciones mutuas la voluntad divina respecto a ellos; cada cual debía hablar según le dictase su conciencia, mas ninguno debía sobreponerse a los demás ni imponer su opinión personal. No les inquietaba el resultado final del Capítulo; no sería más que lo que Dios quisiese; porque la inmensa mayoría de los frailes vivía todavía en la fe y la gozosa perseverancia de la vocación.

---

[1] Véase *Spec. Perfect.*, cap. 82; *Actus*, cap. 20.

No faltaban sin duda algunos inclinados a criticar la simplicidad de aquella multitud; esos tales eran hombres formados en los conocimientos especulativos de las escuelas, en el estudio de las decretales y de la jurisprudencia; o acostumbrados a los negocios del mundo y recordando todavía sus antiguos manejos; pero sus críticas eran rechazadas triunfalmente por la fe y devoción profesada al fundador que presidía la asamblea.

Proponíanse dos cuestiones a la oración y a la consideración de los frailes: el nombramiento de ministros provinciales y el establecimiento de los frailes fuera de la península italiana. Esta segunda cuestión se refería simplemente al modo de dar mayor extensión al apostolado activo de la fraternidad; pero también revelaba la urgencia con que se imponía una organización más sistemática, por medio del nombramiento de ministros provinciales.

Ningún sistema de gobierno podía conservar la sencillez prístina que hasta entonces había caracterizado las relaciones entre los frailes y sus superiores. Cuando un cierto número de frailes vivía en comunidad o viajaba, prescribía la regla que se escogiese a uno de ellos como vicario de Dios [1], y a él se debía obedecer. Pero entre los frailes la autoridad y la obediencia eran algo semejantes a las que se ejercen y practican en una familia unida por los vínculos de la sangre y del amor, en cuyo seno cada individuo trabaja animado por el mismo espíritu y no siente el peso de la autoridad y de la obediencia, porque lo comparten con él todos los miembros de la familia. El concepto que Francisco tenía de las funciones de un superior en la fraternidad era el de una madre cuidándose de su casa; era un concepto opuesto al de dominio y señorío [2]. Tan sólo Jesucristo podía reivindicar para Sí tal función; su palabra, expuesta en la Regla y en la ley común de la Iglesia, era la única ley absoluta, a la cual estaban sujetos todos los frailes sin distinción. Incumbía al superior velar por el cumplimiento de esa ley, interpretando la voluntad de Cristo y aplicándola a los detalles de la vida cotidiana; pero, al obrar así, no debía olvidar que no ejercía

---

[1] Véase *Leg. 3 Soc.*, 46.

[2] Así dice Celano de Francisco y de fray Elías; «*quem loco matris elegerat sibi*» (I Celano, 98). Véase también la descripción de fray Pacífico, por fray Tomás de Toscana en *Mon. Germ. Hist. Script., XXII*, pág. 492: «*Frater Pacificus... ut a beato Francisco pia mater apellaretur*». La misma idea se expone también explícitamente en el interesante documento «*de religiosa habitatione in eremo*». (*Opuscula*, págs. 83-4). Implica la misma idea el título dado a los superiores locales, que se llamaban *custodes*, custodios o guardianes, y no priores o maestros como en otras comunidades religiosas.

una autoridad personal que no le pertenecía, sino que era el instrumento de una ley, a la cual también él estaba sujeto.

El superior debía, pues, considerarse como servidor de la fraternidad y empezar por dar el ejemplo de aquella «verdadera y santa obediencia», que consiste en «el servicio y sujeción voluntarios y mutuos». Porque el motivo de esta obediencia es la caridad, el amor de Cristo y de la fraternidad en Cristo; y es la caridad la que induce al hombre a servir gustoso a su semejante aun en los actos más humildes[1]. Esta «verdadera y santa obediencia» obligaba tanto al que ejercía el cargo de superior, como a los demás frailes; era un aspecto del acatamiento que la comunidad debía rendir a Aquél que «no ha venido para ser servido, sino para servir»[2]. La autoridad, así practicada por caridad y desechado todo pensamiento de predominio personal, era aceptada y obedecida con profundo respeto como procediendo del mismo Cristo, tan divinamente humilde. Criticar un superior era considerado una falta contra la vocación misma. Los frailes obedecían a la voluntad manifiesta de un superior, aun cuando no pretendiese imponerla[3]; porque así creían ser más fieles al Señor, a quien habían prometido seguir; obedeciendo al superior obedecían a Cristo[4], alta obediencia, prestada con el mayor gozo por ostentar la autoridad el sello de la mansedumbre que caracteriza el servicio de Cristo.

La idea que Francisco se había formado de la obediencia provenía en verdad de los romances de caballería; era una manifestación de la lealtad caballeresca y no la sumisión servil de los legistas.

Mas esta concepción caballeresca de la obediencia exigía como previa condición la libertad, no la libertad política o económica, sino la del alma, y una lealtad constante, cosa que difícilmente se conserva en una corporación numerosa y dispersa, que necesita ante todo el apoyo de una ley menos personal y más coercitiva, semejante a la que es fundamento de los estados civiles. La división en provincias bajo la dirección de ministros provinciales era necesaria, no sólo por la extensión de la fraternidad, sino para atender

---

[1] «*Per caritatem spiritus voluntarie serviant at obediant invicem. Et hæc est vera et sancta obedientia Domini nostri Jesu Christi.*» (*Reg. I*, cap. V.) «*Et nullus vocetur prior sed generaliter omnes vocentur fratres minores. Et alter alterius lavet pedes.*» (*Ibid.*, cap. VI. Véase *Regula II*, cap. X.)

[2] Matth., XX, 28, citado en *Reg.* I, cap. IV. De donde el superior venía obligado en virtud de esta obediencia a compartir las penalidades de los frailes. Véase *infra* el discurso de Francisco a los frailes.

[3] Véase *Leg. 3 Soc.*, 42.

[4] Véase II Celano, 151: «*Subditus, inquit, prælatum suum non hominem considerare debet, sed illum pro cujus amore est subjectus*».

a la necesidad, que se empezaba a sentir, de una organización más sistemática y de un gobierno más regular y menos personal. La aguda sensibilidad de Francisco le hizo comprender que el nombramiento de ministros provinciales iba a acarrear la desaparición de la vida fraternal de sus «Caballeros de la Tabla Redonda» [1]; con todo, deseaba ardientemente que el carácter primitivo se conservase tal como él lo entendía, aún dentro de límites más legales. Los superiores seguirían siendo ministros y «custodes» o guardianes, no maestros ni priores. Al promulgar la decisión del Capítulo, describía con encarecimiento sus oficios y obligaciones: «Los ministros deben ser los servidores de los demás frailes y cuidarlos como el pastor que apacienta sus ovejas, visitándolos a menudo, instruyéndolos espiritualmente e infundiéndoles ánimo. Los frailes, por su parte, deben obedecer al ministro en todo lo que no sea contrario a la vida del Fraile Menor».

Y entre los ministros y los frailes se observará esta regla de conducta: «Lo que queráis que los hombres hagan por vosotros, hacedlo vosotros por ellos». Y esta otra: «Lo que no queráis que os hagan, no lo hagáis a otros». Y recuerden los ministros lo que dice el Señor: «No he venido a ser servido, sino a servir»; y recuerden que a ellos se confía el cuidado de las almas de los frailes y que si alguna se pierde por culpa y mal ejemplo del ministro, éste tendrá que dar cuenta a Nuestro Señor Jesucristo» [2].

Así quedó establecido y definido el cargo de Ministro Provincial.

Las provincias fueron divididas según los límites geográficos establecidos: Italia tuvo las provincias de Umbría, Toscana, las Marcas de Ancona, Lombardía, Terra di Lavoro, Apulia y Calabria. Dióse a los frailes cierta libertad de elección de su provincia; pero, en general, prefirieron someterse a las disposiciones de los ministros [3].

El momento más emocionante del Capítulo fué cuando se hizo un llamamiento a los que voluntariamente quisiesen encargarse de las misiones de allende los Alpes. Probablemente pocos frailes se daban cuenta de la importancia de la institución de los ministros; pero las misiones transalpinas exaltaban su imaginación. Sin duda los países designados, España y Portugal, Francia, Alemania y Hun-

---

[1] *Spec. Perfect.*, cap. 72.

[2] *Reg. I*, cap. IV.

[3] Véase *Chron. Jordani*, en *Anal. Franc.*, I, núm. 18, pág. 7; véase también el caso de San Antonio de Padua en el Capítulo de 1221, Libro III, capítulo VII.

gría (y, dicen algunos, Siria)[1] eran todos católicos; pero eran pueblos extraños, donde se hablaban lenguas desconocidas. Eran contados los frailes que habían pasado los límites de su provincia natal y las tierras de allende los Alpes eran para ellos casi países imaginarios. Los grupos escogidos para tan lejana misión fueron, pues, considerados con tanta admiración como zozobra por los riesgos que podían correr.

No era Francisco el menos entusiasta entre los misioneros electos; sentía renacer en su pecho el júbilo y el afán de aventuras que le exaltara en sus primeros días de misión; y no pudiendo resistir el ejemplo que le daban con ánimo esforzado sus compañeros, tomando aparte a algunos de los frailes, hablóles en estos términos: «Amadísimos míos, es de justicia que yo sea modelo y ejemplo de todos. He enviado frailes a lejanas tierras, donde habrán de sufrir trabajos y humillaciones, hambre y sed, y otras pruebas; es justo, pues, y así lo quiere la santa obediencia, que vaya a algún país distante; de esta suerte, sabiendo que sufro como ellos, se animarán los frailes a soportar pacientemente las adversidades. Id, pues, y rogad al Señor a fin de que me inspire la provincia que debo escoger para mayor honra suya, bien de las almas y estímulo de los frailes». Los compañeros de Francisco se retiraron, poniéndose en oración según les dijera; cuando volvieron a él, recibióles Francisco con el rostro iluminado de gozo y esperanza. «En nombre de Nuestro Señor Jesucristo y de la gloriosa Virgen María y de todos los Santos —exclamó—, la provincia que elijo es Francia, donde hay un pueblo católico, que más que otro alguno tiene en singular reverencia el Cuerpo de Cristo, lo cual mucho me place. Iré, pues, gustoso a ese país»[2]. Es menester observar que Francisco amaba Francia no tan sólo por su devoción al Santísimo Sacramento, mas también porque era el país de la cortesía y del canto, país de gusto exquisito y delicado sentimiento de la harmonía de las cosas; por esta razón quiso que uno de sus compañeros de misión fuese fray Pacífico, que fué en el mundo «el rey de los versos» o poeta laureado en cien certámenes[3].

Dicen algunos que Bernardo de Quintavalle fué el jefe de la misión de España[4]. La de Alemania fué guiada por Juan de Penna,

---

[1] En este caso Siria significaría aquella parte de territorio comprendida dentro del reino latino de Jerusalén y no los países mahometanos. Véase a continuación en este mismo capítulo la nota en que se detallan las provincias y sus ministros.

[2] *Spec. Perfect.*, cap. 65.

[3] Véase *Leg. Maj.*, IV, 9.

[4] Véase *Umbria Serafica*, en *Misc. Franc.*, II, pág. 46.

no el de las hermosas visiones [1], sino otro Juan, hábil arquitecto e ingeniero [2], oriundo de Penna en los Abruzos.

Terminó el Capítulo en medio de un gran fervor y entusiasmo renovados ante la dilatación de horizontes que se ofrecía más allá de los Alpes; e inmediatamente después por los caminos de la Porciúncula transitaban numerosos grupos de frailes que se dirigían a sus provincias respectivas [3].

Antes de partir, Francisco les había hablado así: «Id, en nombre del Señor, de dos en dos, siguiendo vuestro camino con toda humildad y modestia, y especialmente observando el silencio desde el amanecer hasta la hora de tercia; rogad al Señor en vuestros corazones y evitad toda palabra ociosa o inútil. Porque cuando estaréis en el mundo no habréis de olvidar que vuestra conducta ha de ser humilde y circunspecta como en una ermita o en una celda. Nuestro hermano el cuerpo es nuestra celda y el alma es el ermitaño

---

[1] *Fioretti*, cap. 44.

[2] Véase Fray Egidio Giasti, O.F.M.Conv.: *Chi fu veramente l'Architetto della Basilica superiore di S. Francesco in Assisi?* (Asís, 1909).

[3] En *Series Provinciarum Ord. FF. MM., Anno 1277*, por el P. H. Golubovich, en *Archivum Franc. Hist.*, An. I, fascículo I, págs. 2-5. Los nombres de las Provincias y de los Ministros Provinciales los da Waddingo como sigue: *Toscana*, ministro desconocido; *Marcas de Ancona*, ministro, Benedicto de Arezzo; *Milán* o *Lombardía*, ministro, Juan de Stracchia; *Terra di Lavoro*, ministro, Agustino de Asís; *Apulia*, ministro desconocido; *Calabria*, ministro, Daniel de Toscana; *Teutonia*, ministro, Juan de Penna; *Francia*, ministro, Pacífico, «rey de los versos»; *Provenza*, ministro, Juan Bonelli; *España*, ministro, Bernardo de Quintavalle (?); *Siria*, ministro, Elías. La misión de Teutonía fué un fracaso y la Provincia Alemana en realidad no fué constituída hasta 1221 bajo la dirección de Cesáreo de Espira. También en otros puntos ofrece esta lista materia de discusión.

*La Chron. XXIV Gen.* da la fecha de 1219 para la constitución de la provincia de Provenza (véase *Anal. Franc.*, III, pág. 10). Es también dudoso que fray Elías fuese enviado a Siria en 1217 ó 1219. La lista del P. Golubovich viene apoyada por la edición de Sabatier del *Speculum Perfect.*, cap. 65, donde se dice que en el Capítulo de 1217 se enviaron frailes «*ad quasdam provincias ultramarinas*»; pero en el texto del *Speculum* publicado por el P. Lemmens, la versión es: «*ad quasdam provincias ultramontanas*» (ed. Lemmens, cap. 37). La *Leg. 3 Soc.*, cap. 16, dice que en este Capítulo los frailes fueron enviados «*per universas mundi provincias in quibus fides catholica colitur et servatur*», pero no hace mención de Siria. Jordán de Jano confiesa francamente que no sabe si Elías fué enviado a Siria en 1217 ó 1219 (*Chron. Jordani*, en *Anal. Franc.*, I, núm. 7, pág. 3). Glassberger (*Anal. Franc.*, II, pág. 9), dice que en este Capítulo los frailes fueron enviados «*fere per universas provincias orbis in quibus fides catholica viget*».

La *Leg. 3 Soc.* y la *Crónica* de Glassberger, no obstante, no excluyen necesariamente Siria, puesto que existía entonces un reino latino de Jerusalén con muchas colonias católicas establecidas en Palestina; y el hecho que el Capítulo General, ora fuese el de 1217, ora el de 1219, estableciese una provincia de Siria, muestra que Siria no era propiamente considerada como país de misión, sino como parte del mundo católico.

que mora en ella para orar y meditar las cosas del Señor. De poco servirá una celda hecha con nuestras manos, si el alma no halla la paz en su propia celda» [1]. Con estas palabras, dióles el despido.

Las primeras misiones transalpinas fueron, como todas las primeras misiones franciscanas, empresas de fe y de lealtad de paladines, concebidas según el concepto del más puro honor caballeresco. Los frailes eran enviados para dar testimonio de su fe; el amor a Cristo y a la Pobreza era su sostén; cifraban su gloria en ser pacientes y sufridos. La misión era pura y simplemente una aventura de caballería andante, en modo alguno un negocio de estado o un ardid político. El espíritu que presidía la misión tiene feliz expresión en un poema en prosa que relata uno de los incidentes del camino.

Dice este poema que Francisco, antes de emprender el viaje a Francia, quiso visitar los sepulcros de los Apóstoles para poner bajo su protección la nueva empresa. Hizo esta peregrinación acompañado de fray Maseo. Andando, llegaron a una aldea y sintiendo hambre, entraron en ella Francisco por un lado y Maseo por otro para mendigar su sustento. «Maseo, que era hermoso y de buena talla, recibió bastantes pedazos grandes y buenos y hasta algún panecillo entero»; pero, Francisco, «por ser pequeño y de aspecto despreciable, fué mirado cual pordiosero vil por los que no lo conocían y sólo recogió algunos bocados y pequeños pedazos de pan duro. Cuando hubieron terminado de mendigar, se retiraron juntos fuera del pueblo para comer en un sitio en que había una hermosa fuente, al lado de una piedra ancha, sobre la cual puso cada uno la limosna que había recogido.

«Y viendo San Francisco que fray Maseo traía más pedazos de pan y más hermosos y grandes que los suyos, mostró grandísima alegría y dijo: '¡Oh, fray Maseo! Nosotros no somos dignos de tan gran tesoro'. Y como repitiese estas palabras muchas veces, le dijo fray Maseo: 'Padre carísimo: ¿cómo se puede llamar tesoro, habiendo tanta pobreza y falta de cosas necesarias? Aquí no hay manteles ni cuchillos, platos ni tazas, casa ni mesa, ni criado ni criada'. 'Pues eso es —respondió San Francisco— lo que yo tengo por gran tesoro; porque aquí no hay cosa alguna dispuesta por la industria humana, sino que todo es de la Providencia divina, como se ve manifiesto en el pan pordioseado, la mesa de piedra tan hermosa y la fuente tan clara. Por eso quiero que pidamos a Dios que nos haga amar de todo corazón el tesoro de la santa Pobreza, tan noble, que

[1] *Spec. Perfect.*, cap. 65.

tiene por servidor al mismo Dios'. Dichas estas palabras y habiendo tomado alimento y hecho oración, se levantaron para seguir el camino a Francia; y llegando a una iglesia, dijo San Francisco al compañero: 'Entremos a orar en esta iglesia'. Y fué a ponerse en oración detrás del altar. Allí recibió de la comunicación divina un excesivo fervor que le inflamó ardientemente en el amor de la santa Pobreza, tanto que, así en el color del semblante como por el insólito movimiento de la boca, parecía exhalar llamas de amor. Viniendo así encendido hacia el compañero, le dijo: '¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡Fray Maseo, date a mí!' Tres veces repitió esto, y a la tercera lo levantó en el aire con el aliento y lo arrojó delante de sí un buen espacio, causándole grandísimo asombro. Y contó después fray Maseo que, al levantarlo y empujarlo San Francisco con el aliento, sintió en el alma tanta dulzura y consuelo del Espíritu Santo, como jamás había experimentado en su vida.

«Díjole después San Francisco: 'Carísimo compañero, vamos a San Pedro y San Pablo y roguémosles que nos enseñen y ayuden a poseer el tesoro inapreciable de la santísima pobreza, porque es tan noble y divino que no somos dignos de poseerlo en nuestros cuerpos vilísimos. Esta es aquella virtud por la que se han de hollar todas las cosas terrenas y transitorias, y con la que se le quitan al alma todos los impedimentos para que libremente pueda unirse con el eterno Dios. Esta es aquella virtud que hace al alma conversar con los ángeles en el cielo, viviendo aún sobre la tierra. Ella acompañó a Cristo, subiendo con Él a la cruz, con Él fué sepultada, con Él resucitó y con Él subió a los cielos. Ella da en esta vida, a las almas que se le enamoran, ligereza para volar al cielo, y es guarda y defensa de la verdadera humildad y caridad. Pidamos, pues, a los santísimos Apóstoles de Cristo, los cuales fueron perfectos amadores de esta perla evangélica, que nos alcancen de Nuestro Señor Jesucristo esta gracia y que, por su santa misericordia, nos haga dignos de ser verdaderos amadores, observadores y humildes discípulos de la preciosísima, amabilísima y angélica Pobreza'» [1].

---

[1] *Fioretti*, cap. 12; *Actus*, cap. 13; *Chron. XXIV Gen.*, en *Anal Franc.*, tomo. III, 117; *De Conformit.*, en *Anal. Franc.*, tom. IV, pág. 608. Puede hacerse una interesante comparación entre el elogio de la Pobreza reproducido aquí y la oración para alcanzar la Santa Pobreza, atribuída por Waddingo y otros a San Francisco, la cual hallamos por vez primera en el *Arbor Vitæ* de Ubertino de Casale. Mr. Montgomery Carmichael dice de esta oración: «Aunque él (Ubertino) la pone en boca de San Francisco, el contexto sugiere el hecho de que más bien pretende reproducir los sentimientos del Santo, que dar una oración escrita literalmen-

Aún cuando el enviar los frailes a países extranjeros no hubiese producido otro resultado que este elogio de la Pobreza, el suceso fuera ciertamente memorable; porque, como relámpago cuyo fulgor deslumbra un instante, se nos revela el misterio del culto fidelísimo que Francisco tributaba a su ideal Dama Pobreza.

Cuando por fin Francisco volvió el rostro hacia el norte, detúvose en Florencia; en esta ciudad terminó su viaje, cuando menos para él; porque vió allí al Legado Pontificio, el Cardenal Hugolino, y este encuentro fué el principio de un nuevo capítulo de la historia de la fraternidad.

Hugolino, Cardenal Obispo de Ostia y Legado de la Santa Sede en la Italia Central y Septentrional, era uno de los cardenales creados por Inocencio III y emparentado por línea paterna con este gran papa [1].

Por aquel tiempo contaba unos sesenta años de edad; era hermoso de aspecto, bien conformado y robusto; hombre más hábil que genial, no dotado de una gran originalidad de carácter, ni con aquella inspiración de altos vuelos tan notable en el papa Inocencio. Con todo, era como tantos otros varones que han ilustrado la corte romana en todo tiempo, maestro en el arte de gobernar y hombre de poderosa inteligencia para los negocios. Poseía una memoria prodigiosa y una penetración certera del fondo esencial de los asuntos en que debía entender. Era además muy versado en le-

---

te por él» (véase *The Lady Poverty*, pág. 193). Un sentimiento similar se halla en el *Sacrum Commercium*, cap. VI; y tiene un eco en el *Paradiso* de Dante, canto XI, versos 71 y 72. No es en modo alguno improbable que Francisco fuese a Roma antes de emprender el viaje a Francia. Parece que tenía por costumbre ir a la Ciudad Eterna siempre que se disponía a realizar alguna obra de importancia. Así, según Waddingo, fué a Roma en 1212 antes de emprender la misión a los infieles; y estuvo con toda seguridad en Roma diferentes veces durante el período de que tratamos ahora. Véase II Celano, 96, 104, 119, 148; *Spec. Perfect.*, cap. 67. Ni es inverosímil que, hallándose en Roma, fuese inspirada a Francisco la idea de consultar al Cardenal Hugolino en Florencia, puesto que éste, en su calidad de legado en Umbría, había de ser necesariamente el representante de la Santa Sede en aquellas partes. Así, es probable que, como legado, viniese a ser el Cardenal Hugolino el «protector» de la Orden, hasta que el inconveniente de tener «muchos Papas» en las personas de los legados que se iban sucediendo, indujese a Francisco a solicitar que Hugolino fuese su protector permanente. (Véase *Chron. Jordani*, en *Anal. Franc.*, núm. 14, pág. 5.)

[1] Muratori nos da dos «vidas» de Hugolino en *Rerum Italicarum Script.*, tomo III, págs. 570-4 y 575-87. La segunda «vida» está escrita evidentemente por uno que le conocía a fondo, probablemente un miembro de su corte. La franca admiración del autor por su biografiado se une a un conocimiento íntimo de detalles que sólo se pueden adquirir con un comercio constante; bien pudiera ser Giovanni di Campania, el notario pontificio.

yes, artes liberales y sagrada teología y por añadidura orador flúido y elocuente [1].

Inocencio III estuvo acertado en elevar a su pariente a la categoría de consejero privado, cuando andaba en busca de hombres consagrados al bien de la Iglesia más que a sus propios intereses, hombres que en el ejercicio del poder, tanto secular como espiritual, daban ejemplo de piedad y renunciamiento. Porque Hugolino estaba entregado en cuerpo y alma a la Iglesia y, a semejanza del gran pontífice, soñaba en una Iglesia no tan sólo fuerte en el orden material para dominar un mundo indisciplinado, mas también purificada de abusos seculares y procederes injustos y penetrada del espíritu del Evangelio. Su vida era ascética en medio del ceremonial y de la pompa de su cargo y jamás se pusieron en tela de juicio la pureza y abnegación de su vida privada. Su carácter era una curiosa mezcla de elementos opuestos. Si su educación y las circunstancias que le rodearon hubiesen sido otras, acaso hallara mayor satisfacción a sus aspiraciones en el claustro que en la corte. Sentía por momentos impulsos místicos que chocaban con los dictados de la prudencia que había aprendido en su trato con los hombres; asaltábanle entonces vivas ansias por lograr una existencia apartada de las cosas mundanas y arrebatada por las inspiraciones divinas del Espíritu [2]. Esta tendencia al misticismo le hacía considerar con la mayor benevolencia el movimiento penitencial.

Además, el Cardenal, con todo y su perspicacia y aplomo políticos y el hábito de pesar las cosas en la balanza de la prudencia humana, era hombre sensible y propenso a la emoción [3]. Naturalmente afectuoso, no podía resistir a la voz de la amistad. Agradábale el papel de protector y se adhería fuertemente a aquellos a quienes había hecho entrega de su corazón.

Antes de ver a Francisco en Florencia, sentía ya por él y por su obra una gran admiración y era uno de los que le dispensaban su favor en la corte romana. Sabía perfectamente que, tanto en la curia como en la jerarquía eclesiástica, eran muchos los que se mos-

---

[1] Véase Muratori, *loc. cit.*, pág. 575: «*Forma decorus et venustus aspectu, perspicacis ingenii et fidelis memoriæ prærogativa dotatus, liberalium et utriusque juris peritia eminenter instructus, fluvius, eloquentiæ Tullianæ, sacræ paginæ diligens observator et doctor*».

[2] Véase I Celano, 75; II Celano, 63. Bartolomé de Pisa refiere que el Cardenal pidió una vez a Francisco si le parecía que debía renunciar a sus dignidades y hacerse Fraile Menor; pero el Santo rehusó darle consejo alguno en uno u otro sentido. Más adelante Francisco predijo la elevación de Hugolino a la Sede Pontificia. (*De Conformit.*, en *Anal. Franc.*, IV, pág. 454.)

[3] Véanse, por ejemplo, sus cartas a Santa Clara, *Anal. Franc.*, III, pág. 183.

traban hostiles a la nueva institución[1]; y es verosímil que hubiese ya pensado anteriormente que la fraternidad necesitaba un amigo en la corte, si quería salir indemne de las asechanzas de la intriga y de los peligros de su confiado entusiasmo; porque el Cardenal de San Paulo, poderoso protector de los frailes, no estaba ya allí para aconsejarles y defenderles; había fallecido el año antes[2]. Francisco, por su parte, conocía de reputación al Cardenal Hugolino y le profesaba gran respeto, tanto por su dignidad sacerdotal como por su vida intachable.

Desde su primera entrevista, después de una conversación familiar, sintieron recíprocamente la más viva simpatía. La naturaleza confiada de Francisco halló un apoyo en la fortaleza de aquel varón tan bien dispuesto hacia los frailes y al propio tiempo tan cortés y benévolo; y el Cardenal se dejó ganar por la simplicidad y desprendimiento de las cosas mundanas de Francisco. Así, entre unos hombres muy diferentes en muchos respectos, se cimentó una profunda amistad. El poder de persuasión del Cardenal se afirmó en seguida al lograr que Francisco renunciase a su viaje a Francia, aunque necesitó echar mano de argumentos convincentes.

Cuando el Cardenal le dijo por primera vez que debía permanecer en Italia, ya que muchos prelados pretendían estorbar su obra, Francisco replicó con su vehemencia habitual: «Señor, sería para mí gran vergüenza si, habiendo enviado a otros hermanos míos a tierras lejanas, yo me quedase en estas partes y no compartiese las privaciones y tribulaciones que se les esperan». A lo cual, el Cardenal Hugolino contestó que no se debía enviar a ninguno de los frailes a países distantes para morir tal vez de hambre y de penalidades, y que mejor fuera se quedasen en Italia para seguir su vocación con mayor paz. Mas Francisco exclamó con fuego: «¿Pensáis, señor, que Dios ha enviado los frailes a estas provincias únicamente? En verdad os digo que Dios los ha enviado para provecho y salvación de las almas de todos los hombres que hay en el mundo; y no sólo en las naciones de los fieles, mas también en tierras de infieles serán recibidos y conquistarán almas». Al oír lo cual, el Cardenal no intentó ya restringir la obra apostólica de los frailes, reconociendo tal vez que no era prudente poner obstáculos a sus energías; con todo, logró que Francisco se quedase y enviase los frailes a Francia dirigidos por otro.

Así fué cómo recayó en fray Pacífico, el poeta laureado en cien certámenes, la misión de establecer la fraternidad en el país que

---

[1] I Celano, 74; *Chron. XXIV Gen.*, en *Anal. Franc.*, III, pág. 10.
[2] Eubel, *Hier. Cath.*, I, pág. 36.

Francisco amaba, después de su propia Umbría, más que todos los países del mundo [1].

A semejanza de Francisco, tenía Pacífico el espíritu a la par poético y aventurero del trovador. Cuando Francisco le vió por vez primera algunos años antes, Pacífico era un gayo cortesano, ceñido de verdes laureles. Uno y otro visitaban el convento de religiosas de San Severino en las Marcas de Ancona; allí el poeta oyó la predicación del fraile y al punto, en el fondo de su corazón, sintióse convertido. Después del sermón, pidió al predicador que le aconsejara en lo concerniente a su alma. Francisco empezó exponiéndole la incomparable nobleza del servicio en la corte del gran Rey del cielo; mas Pacífico le interrumpió exclamando: «¿Para qué más argumentos? Pasemos a los hechos. Apártame de los hombres y restitúyeme al Altísimo Emperador». Y allí, en presencia de la cuadrilla de mancebos que le acompañaban, Pacífico se hizo fraile.

Su guía espiritual se le representó siempre como «heraldo» del Señor del cielo y en su imaginación veíale ostentando las insignias de una heráldica espiritual.

Una vez —esto fué en el tiempo de su conversión— vió a Francisco señalado con dos espadas flameantes atravesadas en forma de cruz; en otra ocasión, antes de su viaje a Francia, cuando exaltaba de nuevo a Francisco el pensamiento de su cruzada espiritual, vió la frente de su maestro ornada con el signo «Thau» iluminado y de diversos colores [2].

Pacífico no era quizá el hombre más indicado para fomentar el aprecio a los frailes entre los prelados que pisaban los senderos más trillados o los que defendían la fe armados de desconfianza; en este respecto no parece que fuese muy afortunado. Pero era capaz de hacer aceptar y amar el mensaje de la santa Pobreza a los que estaban dispuestos a escuchar sus cantos.

Francisco regresó a Asís; Dios lo quería y era preciso obedecer; porque tenía el convencimiento de que el Cardenal Hugolino había sido suscitado por la Providencia para ser su apoyo y consejero. En consecuencia, antes de despedirse de él, habíale rogado se dignase presidir el próximo Capítulo General.

De las aventuras de los frailes que por aquel tiempo atravesaron los Alpes, nos da este resumen la «Leyenda de los tres compañeros»: «En ciertas provincias fueron bien recibidos, mas no se les permitió que edificasen morada alguna; y de otras provincias fue-

---

[1] *Spec. Perfect.*, cap. 65; *Leg. Maj.*, IV, 9; *Chron. XXXIV Gen.*, en *Anal. Franc.*, III, pág. 10.

[2] II Celano, 106; Celano, *Tract. de Mirac.*, 3; *Leg. Maj.*, IV, 9.

ron expulsados, temiendo que en realidad fuesen infieles, puesto que con todo y haber sido aprobada su Regla por Inocencio III, no tenían una confirmación escrita de dicha aprobación. Por esta razón los frailes sufrieron muchos vejámenes, tanto por parte de los clérigos como de los seglares. Viéronse obligados a huir de diferentes provincias, y así perseguidos y afligidos, algunas veces despojados y maltratados por ladrones, volvieron con gran amargura de espíritu al bienaventurado Francisco» [1].

Otros cronistas dan más pormenores. En Francia fueron tomados por herejes, porque al ser preguntados si eran albigenses, no sabiendo lo que esta palabra significaba, no afirmaban ni negaban, confirmándose así el pueblo en su sospecha. Algo parecido acaeció a los frailes que fueron enviados a Portugal, los cuales anduvieron algún tiempo errantes como vagabundos sin hogar ni asilo, hasta que la reina Urraca, esposa de Alfonso II, los tomó bajo su protección. Peor les aconteció en Alemania, donde el idioma les fué completamente ininteligible. Del torrente de sonidos extraños que herían sus oídos, sólo pudieron retener una palabra, la cual al principio les fué de alguna utilidad; porque, viéndoles pobres y cansados, alguna alma caritativa les preguntaba si querían alberge, a lo cual los frailes, no entendiendo la pregunta, pero correspondiendo a la simpatía demostrada, contestaban: «Ja»; siendo en el acto acogidos cordialmente. Pero cuando más adelante empezaron otros a preguntarles si eran herejes de la Lombardía y siguieron ellos respondiendo «Ja», sobrevinieron entonces las tribulaciones. Fueron despojados, apaleados y rechazados hasta la frontera. Aquellos alemanes eran buenos católicos; pero los frailes sólo comprendieron sus golpes y su furia, y al refugiarse en Asís llevaban arraigada la creencia de que ningún cristiano podía aventurarse en tierra teutónica, a no ser que estuviese dispuesto a sufrir el martirio. También en Hungría fueron tomados por herejes e hipócritas, siendo doquier el hazmerreír de las gentes y aún a veces recibiendo los más groseros insultos. Solamente en España fueron bien acogidos, lo cual puede en parte explicarse, si como quiere la tradición, esta misión fué dirigida por Bernardo de Quintavalle, quien anteriormente había visitado la península [2].

«Así —dice un autor— la misión entera acabó en nada, tal vez porque no había llegado todavía el tiempo de realizarla, puesto

---

[1] *Leg. 3 Soc.*, 62.

[2] Véase *Chron. Jordani*, en *Anal. Franc.*, I, núms. 4, 5 y 6, pág. 3; *Chron XXIV Gen.*, en *Anal. Franc., III*, pág. 10 *seq.*; Glassberger, en *Anal. Franc.*, II, página 9 *seq.*

que cada cosa tiene su hora propicia bajo del sol» [1]. Pero el filósofo que escribía estas líneas pensaba particularmente en su provincia, Teutonía, donde los frailes no ganaron más que el mérito de sus sinsabores y paciencia. En Francia y Portugal, aunque mucho les tocó sufrir, los frailes llegaron a establecerse; lo mismo en España. Esta fué la última aventura, intentada por la fraternidad con sola la fe, mas sin otros auxiliares naturales.

Los frailes empezaron a comprender que los que quieren ganar el mundo han de tener en cuenta ciertas exigencias del mismo mundo. Dos causas contribuyeron al fracaso: la ignorancia de la lengua de los pueblos que visitaban y la falta de conocimiento del estado de cosas fuera de Italia. Pero más que a esto debe atribuirse su falta de éxito a no llevar consigo los frailes ningún documento del Papa o de los obispos que los acreditase; y esto en un tiempo que la profesión de pobreza era casi siempre indicio de herejía, los hacía aparecer invariablemente como gente sospechosa.

No se puede negar que la fe de la fraternidad se quebrantó algo en su primer encuentro con el mundo. El desafecto latente de algunos frailes por la simplicidad de Francisco salió a luz en semejante ocasión y el sentimiento de la derrota entristeció a la mayoría, que permaneció fiel en todo.

Algunos tenían puestos los ojos en el Cardenal Legado para suplir a la falta de prudencia temporal de Francisco; esos tales no dejaron de contarle la historia del desastre. Francisco lo tomó todo con gran humildad; en el fondo del corazón hubiera tenido mayor consuelo si hubiesen los frailes aceptado la suerte adversa con fe sencilla, paciencia y valor. Mas, el Cardenal Hugolino les había tomado bajo su protección y viendo en él la autoridad de la Iglesia, Francisco sometía lealmente la fraternidad a su dirección.

En lo sucesivo, antes de que los frailes partiesen de misión, dábanseles por armas cartas comendaticias de la Santa Sede.

---

[1] *Chron. Jordani, loc. cit.*, núm. 8, pág. 33.

## Capítulo II

## EL CAPÍTULO DE LAS ESTERAS

Los dos años que siguieron al Capítulo General de 1217 señalan un período de actividad misionera muy intensa, como lo da a entender el crecido número de nuevos frailes, que en el Capítulo de 1219 llegaron a ser unos cinco mil[1]. Pero, pocos incidentes se conocen de aquel período. Tuvo la calma precursora de la tempestad, cuando para el viento y se hace el silencio, mientras en región apartada se congregan los elementos, que tarde o temprano se desencadenarán en horrorosa tormenta.

En realidad, la historia de la fraternidad entraba en una nueva fase. Los frailes no eran ya considerados por la Santa Sede como una compañía libre, sometida a la autoridad pontificia, pero no formando parte oficialmente de sus fuerzas regulares.

El Cardenal Hugolino, considerando con su espíritu organizador las necesidades de la situación eclesiástica, estaba íntimamente convencido de que la mejor política de la Iglesia era la creación de un nuevo ejército religioso formado por las dos ramas de Frailes Menores y de Predicadores, puestos directamente a las órdenes de la Santa Sede. Disponiendo de tales elementos, el papado podría realizar eficazmente su plan de reformas internas en la jerarquía y en la Iglesia en general.

El Cardenal tenía un concepto bien definido de cómo debían realizarse tan importantes reformas y cómo las nuevas fraternidades podían utilizarse con semejante propósito. La Iglesia necesitaba obispos desprendidos de los bienes terrenos y de vida ascética, más preocupados de las almas que de las riquezas y de los honores del siglo. En el estado monástico debíanse renovar la austeridad y la disciplina primitivas. Los elementos intelectuales del mundo católico se malgastaban en estudios puramente seculares y necesitában-

---

[1] Véase *Leg. Maj.*, IV, 10; *Spec. Perfect.*, cap. 68; Eccleston [ed. Little], *col. VI*, pág. 10; *Actus*, cap. 20.

se predicadores que pudiesen salir al encuentro de la herejía, armados a la par con una vida sin tacha y con el saber teológico. En las dos nuevas órdenes de frailes, Hugolino descubría los medios providenciales que permitían llevar a cabo las más urgentes reformas. Imaginaba a los frailes ocupando sedes episcopales, dando a las órdenes antiguas ejemplo de austeridad monástica unida a las obras activas de la fe y haciendo revivir el estudio de la teología. Es probable que en aquel momento pensaba especialmente en los Dominicos para la renovación de las ciencias sagradas; porque el estudio era una de las condiciones primordiales impuestas por Domingo a los suyos. Uno de sus primeros actos al fundar los Frailes Predicadores había sido enviar a seis de sus compañeros a las escuelas, donde con el estudio debían capacitarse para la predicación. Él mismo durante la cuaresma de 1217 había merecido el aplauso de la Corte Romana con sus conferencias sobre las Epístolas de San Pablo. Con todo, entre los Frailes Menores había también muchos hombres instruídos, circunstancia que el Cardenal había de tener en cuenta al utilizar la fraternidad para sus fines.

Había ya solicitado a los dos fundadores la autorización de elevar los frailes a las sedes episcopales que fuesen quedando vacantes. «Los pastores de la Iglesia primitiva —argüía Hugolino—, eran unos pobres hombres, de caridad ardiente e ignorantes de la codicia. ¿Por qué no podríamos escoger a algunos de vuestros frailes para obispos y prelados?» Respondió Domingo: «Señor, a suficiente dignidad, como reconocen, han sido elevados mis religiosos y no podría yo permitir por modo alguno que obtuviesen grados más elevados». «Señor, mis religiosos —dijo Francisco— son llamados Menores para que no presuman hacerse mayores. Su vocación les llama a permanecer en el llano, siguiendo las pisadas de la humildad de Cristo, para que al fin en la exaltación de los santos sean glorificados. Si queréis, pues, que sean de provecho a la Iglesia de Dios, dejadles y conservadles en el estado de su vocación, y obligadles aún por la fuerza a permanecer en lugares bajos. Esto te ruego, padre, para que no sean más soberbios cuanto son más pobres; y para que no se insolenten contra los demás, no permitáis por modo alguno que sean elevados a las dignidades» [1].

El Cardenal admiró la humildad de ambos fundadores y deseó vivamente que todos los frailes estuviesen animados por el mismo espíritu; pero no compartía sus temores, ni admitía la validez de sus miras más estrechas, debidas, según creía, a su admirable hu-

[1] II Celano, 148; *Spec. Perfect.*, cap. 43.

mildad y a su propósito tenaz y concentrado de no apartarse un ápice del fin fundamental de sus institutos. Las necesidades del mundo requieren una aplicación práctica e inmediata de todo lo que responde a una inspiración superior, a la vez más universal y exclusiva, más penetrante pero también más elevada que las medidas políticas transitorias. Quería el Cardenal uncir fines tan inspirados al carro de la política reformadora del papado; y cuando él se proponía algo, adheríase a su propósito con la tenacidad más optimista. En este caso, no sólo la sinceridad de sus proyectos de reforma justificaba su intención de pasar por encima de los escrúpulos de los fundadores, sino también la persuasión en que estaba de que, conformándose a las exigencias inmediatas de la política pontificia, era como mejor podían las dos fraternidades vencer la desconfianza y la oposición de que eran objeto por parte de los prelados más conservadores. Abrigaba serios temores de que esa oposición pertinaz acabase por quebrantarlas y por su parte esforzábase continuamente en ganarles el favor del Papa y la benevolencia de la curia. Domingo necesitaba menos que Francisco tal protección. El carácter y objeto de los Frailes Predicadores era más fácil de comprender que el de los Frailes Menores; proponíanse ante todo repeler la herejía y salvaguardar la fe. Pero los fines de Francisco no se podían expresar tan fácilmente con una fórmula al alcance de todos. Era un impulso irresistible del espíritu en pos de ideales intangibles y ese impulso repugnaba de lejos a los hombres prudentes y equilibrados; nadie sabía cómo iba a acabar, ni a dónde iba a parar. Hugolino, por su parte, ninguna duda abrigaba acerca de la cordura y de la santidad de Francisco, a quien tenía en concepto de santo y de reformador enviado por el cielo.

En su empeño de que los escépticos compartiesen su modo de pensar, un día hizo predicar a Francisco en presencia del Papa y de la corte. En su ansia de que produjese buena impresión, le recomendó que preparase cuidadosamente el sermón y lo estudiase luego de memoria. Francisco accedió a ello; pero, llegado el momento de predicar, las palabras estudiadas se le borraron de la memoria. Ello fué tal vez una suerte, tanto para el predicador como para el auditorio; porque, recogiéndose breves momentos, empezó a hablar lo que su corazón le dictaba. Transformado una vez más en trovador y heraldo del amor divino e inflamado por el mensaje que debía proclamar, las palabras brotaban de sus labios melífluas y a la vez con el ímpetu de un torrente; y sus pies movíanse en danza ordenada al son de sus palabras. En el primer momento, Hugolino, conteniendo su respiración, sentía gran temor y rogaba con fervor que semejante manera de predicar no redundase en descrédito de

su amigo; mas pronto pudo tranquilizarse, porque a la curiosidad sucedió el respeto y muchos de los oyentes no pudieron contener el llanto. Francisco había vencido. ¡Cuán mezquino no hubiera sido el efecto producido, si realmente hubiese pronunciado un bien preparado discurso, él, que nada valía si no se le dejaba ser total y espontáneamente él mismo! [1].

Entretanto, el descontento iba tomando forma y expresión entre los frailes y no pocos de ellos, en particular los que procedían de las escuelas, según parece, se revolvían contra la simplicidad de Francisco y su idealismo exaltado. No tenían su fe, ni la entereza de su personalidad. Las sendas poco frecuentadas por las cuales los quería conducir, les producían la sensación de un verdadero extrañamiento del mundo real; en Francisco no existía tal sentimiento, porque instintivamente hallaba compañía y vecindad en todo lo que había de esencialmente vital y humano en torno suyo. Pero los demás, por efecto de su formación, consideraban la vida como existiendo únicamente en los moldes convencionales y consuetudinarios. Fuera de estos límites andaban vacilantes y poco convencidos.

La incapacidad de penetrar plenamente en las intenciones de Francisco debíase en parte al temperamento, en parte a la educación, y también sin duda en parte a los continuos obstáculos que oponía a sus tentativas un mundo rutinario. Habían sentido la influencia de Francisco con más o menos fuerza, pero de un modo real y positivo, como suele acaecer a todos los hombres en un momento dado, cuando su inteligencia y sensibilidad despiertan a un soplo vivificante. Francisco fué la brisa que estimuló sus ansias espirituales y les infundió el sentimiento de la libertad interior, empujándoles a abandonar sus destinos mundanos y a alistarse bajo su estandarte. Pero, entre la muchedumbre que vistió su librea, no todos pudieron alcanzar la plenitud de pensamiento de Francisco, ni vivir libremente en la atmósfera excepcional de sus aspiraciones. Instintivamente volvían a los cauces tradicionales e inmediatamente prácticos para poner en ejercicio la alta actividad espiritual de que Francisco les había dotado. No comprendían que al obrar así desviaban la vida franciscana de su curso natural y des-

---

1 *Leg. Maj.*, XII, 7; I Celano, 73. Waddingo se aproxima seguramente a la fecha exacta fijando para este sermón el año 1217. De las palabras de Celano se desprende claramente que el Papa Honorio y la Corte apenas conocían todavía a Francisco; ni parece tampoco que el Cardenal Hugolino le conociese mucho. Con toda seguridad años después no le hubiera pasado por las mientes encargar a su amigo que escribiese un sermón.

parramaban sus energías con grave perjuicio de la misma. El plan de Francisco era sencillamente convertir el mundo a la sabiduría y belleza de la vida cristiana, tal como con su pobreza y padecimientos nos la enseñó el Redentor. Creía que su familia religiosa había sido establecida por el mismo Cristo para dar ejemplo de esta vida cristiana exenta de todo compromiso con la ambición y la prudencia del siglo; no tenía otro fin ni otra obligación, ni otro gozo legítimo. Los miembros descontentos de la fraternidad no negaban el ideal de Francisco, pero estaban en pugna con sus enseñanzas referentes a pactos con la humana prudencia; o pretendían cuando menos que se acatasen las exigencias del mundo en la medida que otras órdenes religiosas las aceptaban.

Francisco no condenaba a los demás religiosos; la prudencia humana es buena si se sabe hacer de ella buen uso y los que la practicaban eran dueños de su conciencia; Dios no conducía a todos los hombres por un mismo camino. Pero lo que debían seguir los Frailes Menores era vivir y obrar como el mismo Jesucristo vivió y obró acá en la tierra, con humildad, mansedumbre y pobreza, valiéndose únicamente de los medios espirituales y no descansando en ninguna contingencia secular. Si los frailes querían convertir a los hombres, debían estar dispuestos a padecer antes que escudarse con cartas de protección; vivir como desterrados en este mundo sin posesiones perecederas; ser de hecho, y sin disimulo, los últimos de los hombres y no ocupar elevados cargos; predicar el Evangelio con toda su simplicidad y sin hacer alarde presuntuoso de ciencia puramente humana.

Pertenece probablemente a esta época, en que el descontento de los frailes empezaba a empañar sus pensamientos, la «parábola de la perfecta alegría». Cuenta la tradición que iba Francisco desde Perusa a Santa María de los Ángeles en tiempo de invierno con frío muy riguroso. Fray León, su compañero — quien no dudaba nunca de la sabiduría de su padre espiritual—, iba un poco delante, no queriendo estorbar la meditación del Santo, cuando oyó la voz de Francisco que le llamaba: «¡Fray León! Aunque los Frailes Menores diesen en toda la tierra grande ejemplo de santidad y mucha edificación, escribe y advierte claramente que no está en eso la perfecta alegría». Andando un poco más, Francisco llamó a León otra vez, y otra, ponderando el don de milagros, el conocimiento de todas las lenguas y ciencias, y de la Sagrada Escritura y hasta el poder de predicar logrando la conversión de todos los infieles a la fe de Cristo; mas en todas estas cosas, añadía, no se halla la perfecta alegría.

Preguntó por fin fray León: «Padre, te ruego, en nombre de

Dios, que me digas en qué está la perfecta alegría». Respondió Francisco: «Figúrate que al llegar nosotros ahora a Santa María de los Ángeles, empapados de lluvia, helados de frío, cubiertos de lodo y desfalleciendo de hambre, llamamos a la puerta del convento, y viene el portero incomodado, y pregunta: '¿Quiénes sois vosotros?' y diciendo nosotros: 'Somos dos hermanos vuestros', responde él: 'No decís verdad; sois dos bribones que andáis engañando al mundo y robando las limosnas de los pobres; marchaos de aquí'; y no nos abre y nos hace estar fuera a la nieve y a la lluvia sufriendo el frío y el hambre hasta la noche; si toda esta crueldad, injurias y repulsas las sufrimos pacientemente sin alterarnos ni murmurar, pensando humilde y caritativamente que aquel portero conoce realmente nuestra indignidad, y que Dios le hace hablar así contra nosotros: escribe, ¡oh hermano León!, que en esto está la perfecta alegría.» Siguió Francisco enumerando por este estilo las posibles humillaciones y tribulaciones de cuerpo y alma que podían sobrevenirles; y concluyó: «Si nosotros llevamos todas estas cosas con paciencia y alegría, pensando en las penas de Cristo bendito, las cuales nosotros debemos sufrir por su amor, escribe, ¡oh fray León!, que en esto está la perfecta alegría» [1].

Los frailes descontentos escucharon sin duda respetuosamente esta parábola cuando más tarde se les expuso; pero, aun cuando admitieron su conclusión como consejo de perfección personal, siguieron siendo partidarios de las alegrías menos perfectas y de más inmediata utilidad para la fraternidad.

Dudaban de que la simplicidad de los frailes contribuyese más eficazmente a la edificación de la gente que la austeridad más ordenada de la antigua regla monástica; tenían el convencimiento de que Francisco no apreciaba en su justo valor las alegrías del saber, y hubieran dado mucho para poder afirmar con toda seguridad que los infieles en peso se convertían a la fe de Cristo. Así, mientras Francisco cantaba las alabanzas de Dama Pobreza por la mejor vida que le proporcionaba, acercándole más al Señor adorado, los demás consideraban la misma pobreza como a sirvienta que debía contribuir al éxito de proyectos menos místicos.

---

[1] *Fioretti*, cap. VII; *Actus*, cap. VII; véase *Opuscula*, *Admonit.* V, pág. 8. Las *Fioretti* dan la parábola como incorporada a la tradición oral y tal como se volvió a referir a los frailes con el propósito de reforzar su última conclusión; pero en substancia está contenida en la *Admonición*. Es de notar que en las *Fioretti* se manda a León que escriba las palabras de Francisco. La *Admonición*, pues, puede ser el escrito de León resumiendo la parábola; o tal vez sea otra versión del mismo pensamiento, dictada por el mismo Francisco.

Los elementos que habían de producir la tempestad entraron en contacto al reunirse los frailes para el Capítulo de Pentecostés, conocido después con el nombre de «Capítulo de las Esteras», a causa del gran número de cabañas de estera o palma levantadas a toda prisa para alojar a los frailes[1]. Al principio mismo se produjo un incidente que en cierto modo dió la nota de lo que iba a ser la asamblea. Al llegar Francisco a la Porciúncula de regreso de una misión, estando ya muy adelantados los preparativos del Capítulo, con gran sorpresa suya vió cerca de la capilla un gran edificio de piedra construído por los habitantes de Asís para mayor comodidad del Capítulo. No habían esperado a Francisco para consultarle, precaviéndose probablemente contra la oposición que pudiera hacerles; también los santos, como los demás mortales, han de ser tratados a veces con sumo tacto. Construyeron, pues, el edificio y aguardaron los acontecimientos. El profundo disgusto que sintió Francisco ante tamaño insulto inferido a Dama Pobreza en su propia morada, se manifestó al momento; subiendo, juntamente con algunos frailes, al tejado del edificio, empezó prestamente a derribarlo. Las autoridades civiles, avisadas con urgencia, enviaron en seguida mensajeros y soldados para oponerse a la total demolición. «No es tuya esta casa —gritaron a Francisco— sino que pertenece a la ciudad.» Apoyó la protesta el senescal del Capítulo, un fraile inglés llamado Barton. Desde el tejado respondió Francisco: «Siendo así que esta casa es vuestra, no quiero ya tocarla más»; y bajó en seguida[2]. ¿Qué otra cosa podía hacer? Pero, asaltábale el presentimiento de inminentes conflictos; porque si en el recinto mismo de la Porciúncula toleraban los frailes esta manifiesta infidelidad a la Santa Pobreza, ¿cómo podrían serle fieles en cualquier otro lugar?

El día de Pentecostés por la mañana, el Cardenal Hugolino, que debía presidir el Capítulo, llegó de Perusa, donde a la sazón residía, con numerosa escolta de clérigos y nobles; de los alrededores acudió gran concurso de gente perteneciente a todas las clases de la sociedad para presenciar aquella reunión insólita.

---

[1] Waddingo probablemente está en lo cierto al describir el Capítulo de 1219 como «Capítulo de las Esteras»; aun cuando Juan de Komorowo da este título al Capítulo de 1221 (véase *Anal. Franc.*, II, pág. 18, núm. 8). Pero el *Spec. Perfect.* dice claramente que el Cardenal Hugolino presidió el «Capítulo de las Esteras», siendo así que el Cardenal Rainerio presidió el Capítulo de 1221 (véase *Chron. Jordani*, en *Anal. Franc.*, I, núm. 164, pág. 6). La descripción que hace Jordán de las cabañas de palma en 1221 es aplicable a todos los primeros Capítulos.

[2] *Spec. Perfect.*, cap. 7; II Celano, 57; Eccleston [ed. Little], *coll.* VI, página 40.

Al serles anunciada la llegada del Cardenal, los frailes salieron en procesión a recibirle. Viéndolos Hugolino con sus hábitos groseros y a pie descalzo, sintióse muy conmovido; aquélla era la milicia de Cristo, tal como la había deseado en sus sueños de reforma. Con el seguro instinto del hombre nacido para ejercer el mando, descabalgó de su montura y se quitó el rico manto y el calzado, y con los pies desnudos como los frailes, anduvo detrás de ellos hasta la iglesia [1]. Allí celebró el oficio, asistiéndole Francisco de diácono. Terminada la misa, Francisco subió al púlpito y predicó a los frailes, tomando por texto un canto trovadoresco:

*Grandes cosas hemos prometido,*
*pero mayores nos han sido prometidas;*
*observemos éstas y aspiremos a aquéllas;*
*¡El placer de este mundo es breve,*
*mas la pena es perpetua.*
*El trabajo es poco,*
*mas la gloria infinita!*

Sobre este tema representó la vida del Fraile Menor, vida de amor y obediencia, de oración, paciencia y castidad, de paz y concordia con Dios y con los hombres, de humildad y mansedumbre, desprendimiento del mundo y pobreza, y como suma y compendio, de abandono de todo cuidado al «buen pastor, guardián del alma y del cuerpo, Nuestro Señor Jesucristo, por siempre bendito». Era la misma lección que predicara al principio, cuando sólo tenía tres o cuatro compañeros. Entonces, el no cuidar de lo material y dejarlo todo en manos de Dios había parecido una locura; ahora el mundo no le llamaba ya loco, sino santo. Con todo, algunos dudaron de su prudencia cuando, sacando la consecuencia de su discurso, recomendó a los cinco mil frailes allí presentes que no se preocupasen durante el Capítulo de su sustento, ni de otra exigencia del cuerpo, sino que se entregasen entera y exclusivamente a la oración y a la alabanza de Dios. Y la fe de Francisco fué justificada con superabundancia, por cuanto mientras duró el Capítulo, por los caminos que conducían a la Porciúncula llegaban continuamente acémilas y asnos cargados de víveres destinados a aquella mul-

---

[1] *Leg. 3 Soc.*, 61. Véase I Celano, 100. Bartolomé de Pisa (*De Conformit.*, en *Anal. Franc.*, IV, pág. 454) dice que Hugolino solía vestir el hábito de los frailes cuando estaba con ellos, vistiéndolo asimismo el Jueves Santo para lavar los pies a los pobres.

titud de frailes[1]. Este milagro —que como a tal fué reputado— probaba la santidad de Francisco, pero no podía sentar una norma general de conducta. Evidentemente, la fraternidad necesitaba un gobierno más práctico; cuando menos éste era el modo de pensar de un gran número de frailes allí presentes, los cuales apelaron al Cardenal para hacer prevalecer su opinión. Francisco, en una explosión de indignación y de dolor, exclamó: «¡Hermanos míos, hermanos míos! El Señor me ha llamado al camino de la simplicidad y de la humildad, y éste es el camino que en verdad ha señalado para mí y para los que me quieran obedecer e imitar. Es, pues, inútil que me citéis ninguna regla, ni la de San Benito, ni la de San Agustín, ni la de San Bernardo, ni ningún otro modo o método de vida, fuera del que el Señor en su misericordia me ha mostrado y concedido. El Señor me dijo que me quería pobre e insensato a los ojos del mundo y que no era voluntad suya conducirnos por otro camino que no fuese por este conocimiento. Que el Señor os confunda con la instrucción y sabiduría vuestras, que yo cuento con los ejecutores de las órdenes del Señor para que sean mensajeros de los castigos de Dios; que ellos os obligarán, a pesar de vuestro prurito en ver faltas ajenas, a volver a vuestra vocación, tanto si queréis, como si no»[2].

De momento, los frailes disidentes hubieron de callar; pero no quedaron convencidos. Su manera de ver lo concerniente a la Orden difería radicalmente de la del fundador; y no era Francisco hombre para discutir esta cuestión con las armas de la lógica. Era un poeta que daba testimonio de su visión personal; no era un silogista ni un diplomático, capaz de rebatir los argumentos de sus adversarios. A lo sumo podía esperarse que éstos se inclinarían res-

---

[1] *Actus*, cap. XX; *Fioretti*, cap. XVII. En los *Actus*, la narración prosigue refiriendo de qué modo Santo Domingo fué ganado al ideal de la pobreza absoluta, viendo realizada la fe de San Francisco. Pero Domingo se hallaba en España al celebrarse el Capítulo (véase *Acta S. S.*, agosto, tom. I, págs. 485-6). No es improbable que asistiese a algún otro Capítulo, en el cual ocurriesen análogos incidentes, porque los primeros Capítulos ofrecen muchos rasgos similares. No obstante, es de notar que Domingo introdujo la regla de absoluta pobreza en su Orden en 1220, muy probablemente influído por el ejemplo de los Frailes Menores.

[2] *Spec. Perfect.*, cap. 68. El texto del MS. Vaticano, que he seguido, está más de acuerdo con Bartolomé de Pisa (*De Conformit.*, en *Anal. Franc.*, IV, pág. 143) que el del MS. de la Mazarina, que pone en boca de Francisco estas palabras: «*Él* [*el Señor*] *ha querido que fuese un nuevo testimonio suyo en el mundo*».

El exabrupto de Francisco es del todo conforme a su carácter (véase, por ejemplo, II Celano, 156). Puede, además, observarse la similitud entre la conclusión de su amonestación y sus palabras al Cardenal, que se leen en II Celano, 148: «*Tenete illos... et ad plana reducite vel invitos.*»

petuosos ante el fervor y sinceridad de su defensa. Probablemente muchos de los frailes imaginaron que las disensiones habían terminado; pero el Cardenal Hugolino, conocedor de los hombres, sintió una gran inquietud por el día de mañana y sin duda se congratulaba en el fondo de su corazón de que la Providencia le hubiese hecho amigo de Francisco y de los frailes al anunciarse un porvenir lleno de dificultades.

Es fácil —y no menos necio que fácil— acusar a los frailes disidentes de tibieza en su vocación y de traición a Francisco. Con toda seguridad algunos de ellos merecían tal acusación; pero, en su mayor parte, reverenciaban a Francisco y estaban orgullosos de tenerle por jefe. Influídos por la exaltación de su espíritu, correspondían gozosos a su vocación, en la medida que les era dado corresponder. No eran ellos los que habían creado aquel estado de perturbación; era la dificultad perenne de una multitud reacia a aceptar como guía en la vida un ideal que exige una mirada introspectiva, límpida y espiritual, y una elevación mayor de la ordinaria sobre el vulgar proceder del mundo. En tales circunstancias, lo que falta al hombre es un grado de simplicidad que le permita comprender y practicar perfectamente la vida ideal que se le propone. Solicitado por dos deberes, a los que quiere mantenerse fiel, se expone a representar un papel muy poco heroico. Y, no obstante, si no fuese por tales hombres, el mundo sería mucho más pobre, moral y espiritualmente. Ellos cortan a su medida la vida espiritual, como hace el estudiante de mediana capacidad con las enseñanzas de su maestro; mas es por medio de las inteligencias más vulgares que el genio penetra en el mundo. Ocurre a veces que el estudiante lee mal el texto que se le propone, en cuanto a la letra o, cosa peor, en cuanto al espíritu; mas no por ello debe condenarse sin apelación su buen propósito, ni dudar de su sinceridad. No de otro modo debemos tratar a los frailes disidentes, si queremos formar un juicio exacto de la perturbación que se había producido en la vida de Francisco.

El Capítulo, a pesar de las dificultades que habían empañado su brillo, llegó a algunas resoluciones decisivas. Confirmáronse las provincias ya establecidas y creáronse otras[1]; mas principalmente

---

[1] Así, Francia fué dividida en tres provincias: la de Francia propiamente dicha, la de Provenza y la de Aquitania. Juan Bonelli, «la vara de Florencia», fué nombrado Ministro de Provenza; y Cristóbal de Romandiola, Ministro de Aquitania. Véase Golubovich, *Arch. Franc. Hist.*, an. I, fasc. I, pág. 4; véase el capítulo anterior de este libro.

se resolvió enviar misioneros a los infieles. Una compañía de frailes, entre ellos fray Gil [1], fué destinada a Túnez; otra, dirigida por fray Vitale, a Marruecos [2]; mientras que —y tal vez esta fué la sorpresa de aquel Capítulo— Francisco debía emprender un viaje de misión a los mahometanos de Egipto.

---

[1] *Chron. XXIV Gen.*, en *Anal. Franc.*, III, pág. 78.
[2] *Ibid.* Véase el capítulo siguiente de este libro.

## Capítulo III

## FRANCISCO VA A ORIENTE

Los que no conociesen a Francisco, al verle emprender una misión a tierras de infieles en tan críticas circunstancias, dirían que no podía darse prueba más palpable de su falta de sentido práctico. En realidad, daba pruebas de la más alta prudencia.

No era Francisco de aquellos que siguen los caminos trillados y en ellos no rehuyen los compromisos útiles y guardan miramientos con los que sienten flaquear su fe; había de dar testimonio de una verdad más elevada, más absoluta, cuya pureza flotaba por encima de la política práctica del mundo y era accesible a muy pocos.

La fuerza de Francisco estribaba en su fidelidad a la verdad, tal como él la veía, y en su conformidad absoluta a dejarse guiar por ella. Y por ser esa verdad reflejo de algo viviente, forzaba el mundo al respeto, aun cuando el mundo no pudiese entenderla y aceptarla plenamente; por este homenaje que se le tributaba, en cierto modo aquella verdad gobernaba al mundo. Mas si Francisco hubiese dejado de seguir su ideal para ir discutiéndolo por el camino, sus argumentos de poco le hubieran servido, y hubiera perdido de vista aquel ideal. Lo que daba cuerpo al ideal era su fidelidad en seguirlo. Era entonces más que nunca necesario que se mostrase consecuente consigo mismo, con toda plenitud, es decir, que fuese perfecto paladín de la orden caballeresca espiritual. No es propio del soldado en el fragor del combate entretenerse en discutir la razón de su fidelidad a la causa que defiende, ya que su fe depende tan sólo del grado de valor que despliega. Instintivamente, Francisco lo sentía así y este sentimiento le impulsaba con mayor urgencia a emprender por amor de Cristo la nueva aventura que, *indicándolo* él, *había* aprobado el Capítulo.

Esta vez el Cardenal Hugolino no le prohibió salir de Italia. No sabemos si lo intentó al principio y accedió después a la petición de Francisco, o si desde el primer momento otorgó su venia[1].

---

[1] M. Sabatier insinúa que el Cardenal favoreció entonces la ausencia de Fran-

Ni es posible decir hasta qué punto intervino el Cardenal en el nombramiento de los dos Vicarios Generales que habían de gobernar la fraternidad durante las ausencias de Francisco.

Uno de ellos, fray Mateo de Narni, hombre de santidad notoria [1], debía residir en la Porciúncula y admitir los novicios; al otro, fray Gregorio de Nápoles, incumbía el visitar las provincias «para consolar a los frailes» [2]. Años después, este Gregorio de Nápoles había de adquirir una reputación muy poco envidiable [3]; pronto veremos cómo desempeñó el cargo que se le había confiado.

---

cisco para tener más libertad en sus relaciones con la fraternidad; pero esto no pasa de ser una suposición que se basa únicamente en la teoría de M. Sabatier, a saber, que el Cardenal era partidario acérrimo de los frailes disidentes. (Véase *Vie de S. François*, pág. 265 *seq.*) En este caso los hechos, tal como los recuerda la historia, muestran más bien que Hugolino ponía su mejor empeño en obrar imparcialmente con respecto a Francisco y a los disidentes, buscando a las dificultades una solución armónica. Como hombre de negocios, con frecuencia apoyó a los disidentes en lo que creía ser un modo de proceder más práctico; al propio tiempo, velaba solícito por la observancia de la Regla y de los ideales de Francisco y procurando con el mayor ahinco salvaguardarlos de una relajación espiritual.

Puede hallarse un ejemplo de lo dicho en la carta que Honorio III escribió a los Frailes (Menores y Predicadores) que fueron enviados a Marruecos en 1225 — carta dictada probablemente por Hugolino como Cardenal Protector. Viendo los frailes que en aquel país no recibían alimentos en calidad de limosna, habían pedido dispensa para recibir dinero; la dispensa fué concedida, pero tan sólo mientras subsistiese la necesidad de hacer uso de ella: «*quamdiu præscripta vos arctat necessitas... dum tamen fraus non interveniat, sive dolus, vel sinceritatem vestram cupiditas non seducat*». — Sbaralea, *Bull.* I, pág. 26.

[1] Véase *De Conformit.*, en *Anal. Franc.* IV, pág. 242.

[2] *Chron. Jordani*, en *Anal. Franc.*, I, núm. 11, pág. 4.

[3] Fué nombrado Provincial de Francia en 1201 ó 1222. Al morir Francisco, Elías le escribió una carta. En 1240 fué depuesto del provincialato y apresado a causa de su crueldad para con los frailes (Eccleston [ed. Little], *coll. VI*, pág. 36). M. Sabatier lo identifica con un Gregorio de Nápoles que en 1274 fué nombrado Obispo de Bayeux (véase *Spec. Perfect.*, pág. 333), pero esto es muy dudoso (véase P. Hilarin Felder, *Histoire des Études*, pág. 181, núm. 5). Con referencia al Obispo de Bayeux, véase *Gallia Christiana*, t. III, págs. 369-70; también *Études Franciscaines*, XXIV, pág. 615 *seq.* y XXVI, pág. 411 *seq.* M. Sabatier ha publicado en *Spec. Perfect.*, append. VII, pág. 332, una carta de Gregorio de Nápoles que parece haber sido escrita «anno Dni. 1219, 13 Kalendas Januar., in festo SS. Fabiani et Sebastiani». La carta especifica las condiciones bajo las cuales los Frailes Menores aceptan una casa en Auxerre; pero la fecha de la carta no puede ser auténtica. Henry de Villeneuve, mentado en dicha carta, no fué consagrado Obispo de Auxerre hasta el 20 de septiembre de 1220 (véase Eubel, *Hierach. Cath.*, página 121); por otra parte, la fiesta de los Santos Fabián y Sebastián cae el 13 de las calendas de febrero. Es posible que la fecha de la carta sea MCCXXIIII en vez de MCCXVIIII, que es la que da M. Sabatier. Gregorio de Nápoles fué ministro de Francia cuando Haymo de Faversham entró en la Orden, aproximadamente entre el 22 de mayo de 1222 y Pascua de 1224 (véase Eccleston [ed. Little], páginas 34 y 35).

Ambos Vicarios eran excelentes oradores; y Gregorio de Nápoles había sido formado en las escuelas [1].

Una vez arreglado el gobierno de la fraternidad, Francisco pasó a Ancona, hacia el 24 de junio, festividad de San Juan Bautista [2], en busca de pasaje en alguno de los barcos destinados al transporte de cruzados a Oriente. Acompañábanle Pedro Catanio, el docto legista que había sido Vicario suyo en la Porciúncula; fray Iluminado [3] y fray Leonardo, ambos de noble cuna; fray Bárbaro, tal vez el mismo que le siguiera en los primeros días de la fraternidad; y algunos otros, trece en junto. Y dícese que este número hubiera sido más crecido, porque eran numerosos los frailes que ardían en deseos de tomar parte en la aventura [4]. Saliendo de Ancona, los misioneros hicieron una primera escala en Chipre, donde fray Bárbaro, en una discusión con otro religioso, injurióle de palabra, mas inmediatamente después se humilló, con gran edificación de un gentilhombre de la isla [5]. A mediados de julio llegaron a Acre, la plaza fuerte de los cruzados en las costas de Siria [6]; y a los pocos días, embarcó Francisco para Egipto, con el objeto de unirse al ejército cristiano que sitiaba Damieta. Desde allí, pensaba penetrar en territorio de infieles.

Era la primera vez que Francisco se ponía en contacto con una de aquellas expediciones militares que habían despertado su entusiasmo en sus mocedades y en las cuales todavía veía el símbolo del espíritu arrojado y aventurero de su vocación. En su pensamiento, la gloria de la caballería estaba vinculada a esos combates empeñados en defensa de la fe bajo los muros de Damieta, en los cuales brillaba la flor de caballería del mundo cristiano.

---

[1] En la Bibliot. Nationale de París se conservan dos de sus sermones. Véase Eccleston [ed. Little], pág. 36, n. *a*.

[2] Véase *Acta S. S.*, octubre, II, pág. 611; P. Sabatier, *Vie de S. François*, página 258.

[3] Iluminado había sido señor de Rocca Accarina en el valle de Rieti. Véase M. Achille Sansi, *Documenti Storici*, pág. 269, citado por P. Sabatier, *Spec. Perfect.*, página 306, núm. 3.

[4] Bartolomé de Pisa (véase *De Conformit.*, en *Anal. Franc.*, IV, pág. 481) refiere que Francisco, no queriendo demostrar favoritismo en la elección de sus compañeros, llamó a un niño para que le señalase los frailes que debían acompañarle.

[5] II Celano, 155; *Spec. Perfect.*, cap. 88.

[6] Golubovich, *Bibliotheca-Bio-Bibliographica*, pág. 93. Según Mariano de Florencia, San Francisco hizo también escala en Creta. Véase *ibid.*, pág. 77. Golubovich afirma (pág. 93) que San Francisco dejó a todos sus compañeros en Acre, exceptuando a fray Iluminado, *único* compañero que llevó a Egipto. No sabemos con qué autoridad hace semejante afirmación, que parece en contradicción con II Celano, 30.

Esta gloria iluminaba y daba una mística belleza a las numerosas huestes de la cruz.

Pero muy pronto descubrió que en el campo donde se cifraban las mayores esperanzas del pueblo cristiano, el ideal más puro se rozaba con los peores instintos del hombre. No faltaban allí héroes denodados y de piedad sincera, dispuestos a morir por la Cruz con la entereza de los mártires; mas, para la mayor parte la Cruz, no era más que un grito de guerra y lo que atraía al cruzado era el afán puramente humano de aventuras o, cosa peor, la codicia del pillaje y la licencia del campamento. Los vergonzosos vicios del ejército cristiano eran para Francisco la profanación sacrílega de una causa sagrada; no le extrañaban, pues, los desastres que iban señalando el curso de un sitio interminable [1].

Hasta entonces, a pesar de la sangre derramada, habíase mantenido indecisa la suerte de las armas; pero a fines de agosto los cruzados prepararon un gran asalto. Francisco conocía por intuición profética que había de fracasar y sentía gran angustia, no sabiendo si debía avisar o no a los jefes del ejército. Los cruzados estaban seguros de triunfar. «Si les anuncio el desastre que les espera —dijo Francisco a uno de sus compañeros— me tomarán por loco; pero si callo no podré escapar al juicio de mi propia conciencia. Aconséjame, pues, qué es lo que debo hacer.» Respondió el fraile: «Ser juzgado por los hombres es para ti menos que nada; porque no será ahora la primera vez que te llamen loco».

Oído el consejo, Francisco avisó a los cruzados; pero el ejército se burló del aviso y alegremente fué al asalto. El corazón oprimido por la más viva ansiedad, no se atrevió Francisco a presenciar la acción, pero por dos veces dijo a su compañero que fuese a enterarse de su curso; y el fraile volvía cada vez diciendo que no podía ver nada. Una tercera vez le envió y volvió entonces con la noticia de que los cristianos retrocedían desordenadamente. Aquel día perdieron los cruzados seis mil hombres entre muertos y prisioneros. Francisco derramó abundantes lágrimas por los muertos, especialmente por los caballeros de España que habían llevado el ataque con el mayor denuedo hasta quedar muy pocos con vida [2].

---

[1] El sitio de Damieta empezó hacia el 24 de agosto del año anterior por la iniciativa de Leopoldo, Duque de Austria. El Legado Pontificio, Cardenal Pelagio, llegó a las filas sitiadoras en septiembre, llevando consigo un ejército italiano. Véase Golubovich, *op. cit.*, pág. 89.

[2] II Celano, 30; *Leg. Maj.*, XI, 3. Véanse los pormenores del combate dados por Jacques de Vitry y otros, en Golubovich, *op. cit.*, pág. 7 *seq.* El asalto fué dado el día 29 de agosto.

Después de esta jornada desastrosa, los jefes de la cruzada y el sultán de Egipto entablaron negociaciones. Pero no era por ambos lados más que una estratagema para ganar tiempo: los cruzados esperaban de un día a otro nuevos refuerzos de allende los mares; el sultán, jugando diplomáticamente con los temores de los cristianos, esperaba obligarlos a retirarse. Las negociaciones se prolongaron hasta fines de septiembre; entonces, el sultán, no forjándose ya ilusiones con respecto a las intenciones de los caudillos cristianos, rompió otra vez las hostilidades [1].

Entretanto, Francisco, burlándose nuevamente de la prudencia humana, se había presentado en el campo del sultán.

Después del desastre de los cruzados, había pedido al legado pontificio agregado al ejército cristiano la autorización para pasar a las líneas enemigas y predicar al sultán. El legado no dió crédito a sus proyectos; ¿no era cosa sabida que el sultán había ofrecido un ducado de oro por cada cabeza de cristiano que se le presentase? No quería el legado asumir responsabilidad alguna en esta aventura, que tanto podía ser inspiración de Dios como sugestión del demonio; así, pues, ni le animaba, ni le disuadía. Francisco era quien debía tomar su alma con sus manos; mas portándose de manera que no deshonrase el nombre de cristiano [2]. Francisco tuvo ya bastante con esta respuesta: y ardiendo en deseos de salvar las almas del sultán y del pueblo mahometano o morir en la demanda, a honra del Salvador partió en seguida, acompañándole fray Iluminado. Al ponerse en camino, les salieron al paso dos corderillos. El rostro de Francisco se encendió y volviéndose a su compañero, exclamó: «Hermano, pon tu confianza en el Señor; porque en nosotros se cumple lo que dijo: 'Mirad, que yo os envío como ovejas en medio de lobos'». Es posible que Iluminado necesitase estas palabras de consuelo. Al salir de las líneas cristianas, los soldados musulmanes los prendieron y como no supiesen expresarse en su lengua, los trataron rudamente. Mas no parando Francisco de gritar: «¡Sultán, sultán!», lleváronle a su campamento, donde pudo entenderse con los oficiales en «lingua franca», manifestándoles su propósito de predicar el Evangelio de Cristo al sultán. Entre los simples soldados de los ejércitos musulmanes, a esta declaración hubiera seguido la muerte; pero en el círculo cortesano fué recibida con risueña tolerancia. El cortesano musulmán tenía mucho de

---

[1] Golubovich, *op. cit.*, pág. 94.

[2] Véase *Leg. Maj.*, IX, 8; *De Conformit.*, en *Anal. Franc.*, IV, pág. 481; Bernardi Thesaurarii, *Liber de Acquisitione Terræ Sanctæ*, en Golubovich, *op. cit.*, página 13 *seq.*

racionalista y por pasatiempo intelectual no desdeñaba la controversia acerca de los méritos respectivos del Evangelio y del Corán; ofrecía además una curiosa mezcla de ferocidad y de espíritu caballeresco, pareciéndose en esto a sus enemigos. Llevaron, pues, a Francisco a la presencia de Melek-el-Kamil, a quien expuso el Evangelio de Cristo.

Es muy probable que el sultán accediera a darle audiencia para distraerse de los graves negocios del día. Mas a medida que iba escuchando, comprendía que aquello era algo más que una profesión de fe fanática o arbitraria. Antes de terminarse la entrevista, sintióse atraído por el predicador y al despedirle por aquel día dió orden de que se le atendiese en su campo con toda cortesía. Según parece, concedióle varias otras audiencias [1]; y tuvo a Francisco en tan gran estima, que le instó para que fijase allí su residencia. «Con gusto lo haré —respondió Francisco—, si vos y vuestro pueblo os convertís a Cristo.» Viendo que el sultán no se convertía todavía, propúsole una prueba final: «Si titubeáis entre los méritos de la ley de Mahoma y la fe de Cristo, ordenad que se encienda una gran hoguera y yo, juntamente con vuestros sacerdotes, entraremos en llamas, para que así veáis cuál de las dos doctrinas es la más digna y verdadera». A lo que respondió Melek-el-Kamil que ninguno de sus sacerdotes aceptaría el reto. «Si me prometéis que vos y vuestro pueblo daréis culto a Cristo, yo solo penetraré en el fuego y saldré de él sin daño —replicó Francisco—. Si me quemo, achacadlo a mis pecados; mas si el poder divino me ampara, reconoced que Cristo es el verdadero Dios y Salvador de todos los hombres.»

El sultán respondió que no se atrevía a aceptar la prueba por temor a un tumulto entre su gente; pero suplicó a Francisco que no dejase de rogar por él, a fin de que llegase al conocimiento de la verdadera fe. Y queriendo darle un recuerdo de su buena voluntad, instóle para que aceptase una rica ofrenda, si no para él mismo, cuando menos para aliviar las necesidades de los pobres. El único resultado que al parecer se podía alcanzar continuando la predicación, era el ofrecimiento reiterado de valiosos donativos; Francisco no había ido allí con este objeto y por fin, entristecido, pidió licencia para regresar al campo cristiano, ordenando Melek-el-Kamil que se le acompañase con toda cortesía [2].

---

[1] Véase Jacques de Vitry, *Epist. de captione Damiatæ*, en Golubovich, *op. cit.*, página 8: «*Cum multis diebus Saracenis verbum Domini prædicasset*»; *Historia Occidentalis* (Douai), pág. 353; Golubovich, *op. cit.*, págs. 9 y 10.

[2] I Celano, 57; *Leg. Maj.*, IX, 8. *Chron. Jordani*, en *Anal. Franc.*, I, núm. 10, página 4. Véase Golubovich, *op. cit.*, *ut supra*, pág. 235, nota 1. En *Verba fr. Illu-*

Al presentarse de nuevo entre los cristianos, muchos sin duda se mofaron de su simplicidad; pero, no faltó quien tuvo el convencimiento de que la fe sencilla que había dirigido aquella empresa tenía mayor valor que muchas hazañas más sonadas. Los que así pensaron tal vez presintieron que por faltar esta fe la cruzada estaba condenada a un deshonroso descalabro, aun cuando se llegase a tomar Damieta.

Damieta se rindió, en efecto, antes de terminarse el invierno, merced a los grandes refuerzos enviados por el Papa; y el día de la Purificación de Nuestra Señora del año 1220, los cruzados entraron triunfalmente en la ciudad. Mas desde aquel momento se relajó la disciplina del ejército, que sucumbió en su mayoría a los placeres y seducciones de la primavera egipcia; y finalmente hasta el decoro más elemental fué públicamente ultrajado[1].

Francisco permaneció con el ejército cristiano hasta la toma de la ciudad, pretendiendo en vano detener la corriente del vicio; hasta que, perdida la esperanza de obrar allí algún bien, abandonó la cruzada y aprovechando los embarques de primavera, atravesó el mar, tomando tierra en Acre[2]. Siguióle cierto número de clérigos del séquito de los prelados cruzados, que renunciaron a elevados cargos en la Igelsia para entrar en la fraternidad[3].

---

*minati* (Golubovich, *op. cit.*, pág. 36), hay una descripción de la primera audiencia del sultán en un todo conforme con las costumbres orientales. El sultán, se refiere allí, mandó que se extendiese un tapiz que estaba cubierto de cruces. «Si pisa las cruces —dijo— le acusaré de insultar a su Dios; si se niega a caminar por encima de ellas, le acusaré de insultarme a mí». Francisco sin titubear caminó por el tapiz; y al echarle en cara el sultán el haber pisoteado la cruz que pretendía adorar, replicó: «Habéis de saber que nuestro Señor murió entre dos ladrones. Nosotros los cristianos poseemos la verdadera cruz; pero, las cruces de los ladrones las hemos dejado para vosotros y éstas no me avergüenzo de pisotearlas». Esta respuesta está en consonancia con el carácter de Francisco. Los «*Verba fr. Illuminati*», los reproduce Golubovich del Manuscrito Vaticano Ottob. lat. n. 522 del siglo XIV, que es una colección de historias recogidas por un predicador Minorita. P. Golubovich observa que todavía puede descubrirse la fuente original de dichas historias; pero, no hay indicación de las mismas en los documentos originales existentes. Véase también las historias referidas en *De Conformit.*, en *Anal. Franc.*, IV, pág. 483. Véase ed. 1513, fol. 223 a.

En la sacristía del Sacro Convento de Asís se conserva un cuerno que dice fué regalado por el sultán a Francisco y que el santo usó después para reunir al pueblo cuando se disponía a predicar.

[1] «*Scordandosi i disagi ed i perigli della guerra, si diedero in braccio alla mollezza, alla voluttà, ed ai piaceri tutti che loro potevano ispirare la vicinanza della primavera, il clima ed il bel cielo di Damiata.*» Michaud, *Storia*, lib. XII, en Golubovich, *op. cit.*, pág. 96.

[2] *L'éstoire de Eracles*, en Golubovich, pág. 14.

[3] Véase Jacques de Vitry, *loc. cit.*, pág. 8.

En Acre le dió la bienvenida fray Elías, Ministro Provincial de Siria; éste tenía a su lado a un novicio, fray Cesáreo de Espira, quien, después de ser famoso predicador de las cruzadas, había huído de Alemania, su país natal, sustrayéndose a las iras de las personas allegadas de aquellos que, por efecto de su predicación, se habían cruzado. Cesáreo poseía un caudal de ciencia teológica y era hombre de sencilla y sólida piedad, dispuesto a dar su vida por una santa causa [1]. Había acompañado el ejército cristiano a Siria, donde fué admitido por Elías en la familia franciscana.

Desde Acre, Francisco fué en peregrinación a los Santos Lugares de Palestina, lleno el corazón de amoroso respeto por la tierra que habían pisado las plantas del Divino Maestro. Pretenden algunos historiadores que en el campo del sultán Melek-el-Kamil había conocido al hermano de éste, Conradino, sultán de Damasco, quien le había dado un pasaporte para visitar los santuarios de Tierra Santa, exento de los peajes que los musulmanes exigían a los cristianos [2]. También emprendió un viaje de predicación a las colonias cristianas de Siria, ganando muchas adhesiones a la fraternidad, entre las cuales debe mencionarse la del prior de la catedral de Acre. Cuéntase que cerca de Antioquía una comunidad de monjes benedictinos, convencida por sus palabras, hizo voto de absoluta pobreza, convirtiéndose en comunidad de Frailes Menores [3]. Mas poca cosa se recuerda de aquellas jornadas de misión de Francisco y así termina bruscamente un capítulo de su historia que hubiéramos alargado complacidos.

Por aquel mismo tiempo, la obra evangelizadora ordenada por el Capítulo de 1219, había sido ya consagrada con la sangre del martirio. Mientras Francisco estaba con el ejército cristiano bajo los muros de Damieta, dábase muerte a cinco de los frailes enviados a Marruecos; eran éstos Berardo, Otón, Pedro, Accurso y Adyuto. Habían partido poco después que Francisco, yendo primeramente a Sevilla, donde imperaba todavía la ley de Mahoma; al intentar predicar en dicha ciudad, fueron azotados, encarcelados y finalmente expulsados del reino.

De allí pasaron a Marruecos. Con un celo que pudiera parecer

---

[1] Acabó con la muerte de un mártir, que le acarreó su celo por la Regla franciscana y llegan a afirmar algunos que no estuvo del todo ajeno a su martirio el propio fray Elías. Véase Angelo Clareno, *Hist. VII Tribulat.*, en Golubovich, páginas 118 y 119.

[2] Angelo Clareno, en Golubovich, pág. 56; *De Conformit.*, en *Anal. Franc.*, IV, pág. 482.

[3] *De Conformit., ibid.*, pág. 483.

inoportuno a hombres de carácter menos impulsivo, no solamente predicaban por las calles, sino que penetraban en las mezquitas para combatir a Mahoma. Reducidos a prisión y azotados, no menguó su fervor; en el calabozo trataron de convertir a sus carceleros. Los mahometanos, no queriendo aplicar todo el rigor de la ley, expulsaron de sus territorios a aquellos frailes impetuosos, accediendo a la petición del infante don Pedro de Portugal, a la sazón residente en la corte del sultán. Don Pedro pensaba salvar así sus vidas y probablemente evitar una recrudescencia de las hostalidades del populacho contra los cristianos de aquel país.

Mas los cinco frailes, ignorantes de la diplomacia, no aceptaban la validez del adagio: Vivir y dejar vivir. Mahoma era a sus ojos enemigo de Cristo y las almas de sus adeptos eran un botín que pertenecía legítimamente al Divino Redentor. Renunciar a la misión era traicionar su causa. A la primera oportunidad burlaron la vigilancia de sus guardas y volvieron a la ciudad, entraron de nuevo en la mezquita para exhortar el pueblo a renunciar a Mahoma.

Otra vez los prendieron y encerraron en un calabozo, donde fueron sometidos a la tortura. Extendidos sobre el caballete, a los que les ofrecían vida y fortuna si negaban a Cristo y reconocían a Mahoma, no sabían responder más que alabando a Cristo y excitando a sus verdugos a que le adorasen. Por fin, los jueces, viendo la inutilidad de sus tentativas, aplicaron la ley estricta, mandando que los cinco frailes fuesen decapitados y arrojados sus cuerpos extramuros para pasto de los perros. Así murieron por Cristo, a quien amaban, no en concordancia con el proceder cauteloso de la sabiduría humana, pero gloriosamente en la simplicidad de su fe. De este modo juzgó su martirio don Pedro, el infante portugués, quien ocultamente rescató sus cuerpos y los envió a su patria, donde fueron sepultados con gran reverencia en la iglesia de los canónigos regulares de Coimbra [1].

Entre la multitud que iba a venerar las reliquias de los mártires había un joven canónigo regular quien, al oír el relato del martirio, ardió en deseos de imitar a aquellos frailes. A los pocos días presentóse a los Menores que residían fuera de la ciudad y les suplicó le vistiesen su hábito y le enviasen a predicar a las moros, admitiéndole gozosos los frailes. Así fué cómo Antonio de Padua—nombre con que se le conoció más tarde,—entró en la fraternidad. Los mártires no habrían muerto inútilmente, aún cuando

---

[1] Véase *Passio Sanct. martyrum frat. Berardi*, etc., en *Anal. Franc.*, III, páginas 579-96; *ibid.*, págs. 15-21; *De Conformit.*, en *Anal Franc.*, IV, págs. 322-323.

su muerte no hubiese dado más resultado que la vocación de Antonio.

Al tener noticia del martirio, Francisco exclamó en un transporte de gratitud al cielo: «Ahora sí que puedo decir verdaderamente que tengo cinco hermanos». Y el triunfo de la fe sencillla fué para su espíritu suave bálsamo en aquellos días harto trabajosos. Necesitaba de algún consuelo, porque se acercaba el gran dolor de su vida.

Había vuelto de Acre al parecer con algún presentimiento de futuros conflictos. Allí había ido a encontrarle un hermano lego, fray Esteban, recién llegado de Italia y portador de un mensaje de cierto número de frailes que rogaban a Francisco, si todavía vivía, que regresase cuanto antes para salvar su fraternidad. El fraile refirió cómo los dos Vicarios Generales imponían a sus súbditos obligaciones en desacuerdo con la Regla que Francisco les había dado y cómo los frailes que rehusaban someterse a las nuevas obligaciones eran maltratados y aún expulsados de la fraternidad. El mismo fray Esteban había huído secretamente sin que los Vicarios lo supiesen; para confirmar su relato llevaba consigo una copia de las nuevas Constituciones hechas por los Vicarios en un Capítulo por ellos celebrado.

Francisco estaba sentado a la mesa cuando le presentaron las Constituciones y entre los platos que tenía delante había uno de carne. Decían las tales Constituciones que los frailes no debían pedir carne, ni aún en los días que no eran de ayuno; y que además de los ayunos prescritos por la Regla, debían ayunar cada lunes. Leyendo lo cual Francisco, volviéndose a Pedro Catanio, que estaba con él, le dijo: «Maese Pedro, ¿qué debemos hacer?» «Ah, maese Francisco —respondió Pedro—, haced lo que os parezca mejor, porque vuestra es la autoridad». Comeremos, pues, lo que se ha puesto delante de nosotros de conformidad con el Evangelio», dijo Francisco [1].

Francisco regresó a Italia con los primeros barcos que se hicieron a la vela a fines del verano [2], llevando consigo a Pedro Ca-

---

[1] Véase *Chron. Jordani*, en *Anal. Franc.*, I, núm. 11, 12, pág. 4. Angelus Claren., *Hist. VII Tribul.*, en Golubovich, *op. cit.*, pág. 56; *Exposit. Super Regulam*, *ibid.*, pág. 57. Véase Golubovich, págs. 126-8.

[2] La fecha exacta del regreso de Francisco a Italia es objeto de controversia. Golubovich (*op. cit.*, pág. 97) propone marzo-abril de 1221; Sabatier (*Vie de S. François*, pág. 278) quiere que sea el verano de 1220; Hermann Fischer (*Der heilige Franziskus von Assisi während der Jahre* 1219-21, pág. 20 *seq.*) dice que a principios de 1220.

Los hechos que nos han servido de guía para fijar la fecha son éstos: Francisco estaba en Damieta en febrero de 1220; y después visitó Siria y anduvo por

tanio, Elías y Cesáreo de Espira, hombres que consideraba necesarios por su conocimiento y habilidad en los negocios, y en quienes tenía gran confianza.

---

aquellos países. Celano evidentemente da a entender que Francisco pasó algún tiempo en Siria, viajando por allí: «*deinde Syriam deambulans*» (I Celano, cap. XX). Pero, Elías que acompañó a Francisco al regresar a Italia, tuvo por sucesor en el provincialato de Siria a Lucas de Puglia antes del 9 de diciembre de 1220. Véase Sbaralea, *Bull. Franc.*, I, pág. 6. También es de notar que la carta dirigida por Honorio III a los Superiores de la Orden el 22 de septiembre de 1220 (Sbaralea, *op. cit.*, I, pág. 6) no es dirigida a Francisco por su nombre, como en otras cartas similares, sino sencillamente: «*Dilectis filiis prioribus seu custodibus Minorum*». Sin embargo, éste no es un argumento concluyente. Pero, sabemos que Pedro Catanio murió en la Porciúncula el 10 de marzo de 1221. Golubovich *presume* que Pedro debió volver a Italia antes que Francisco, pero, Jordán de Jano, que relata detalladamente estos acontecimientos, dice que Francisco a su regreso llevó consigo a Pedro, Elías y Cesáreo (*Anal. Franc.*, I, núm. 14, pág. 5). Lo más probable, por consiguiente, es que Francisco regresó con los embarques de septiembre de 1220.

## Capítulo IV

## LA SEDICIÓN DE LOS VICARIOS

Hemos de retroceder unos dieciocho meses y pasar revista a lo acaecido entre los frailes de Italia.

Dos incidentes, que siguieron casi inmediatamente a la celebración del Capítulo General de 1219, derraman mucha luz sobre la controversia que entonces surgiera. El 11 de junio la Santa Sede dió a los frailes cartas comendaticias, al objeto de alcanzar con ellas la protección de los obispos en las diferentes provincias a donde fuesen enviados [1]; el 27 de julio el Cardenal Hugolino publicó sus Constituciones [2] para las Damas Pobres o, como él las designaba, las Pobres Monjas de la Orden de San Damián [3].

Aceptando la carta comendaticia de Honorio III, los frailes se oponían abiertamente a la voluntad de Francisco; éste era un cambio de conducta de la fraternidad que él jamás hubiera consentido. Al fin de su vida escribía en el Testamento lo siguiente: «Mando firmemente por obediencia a todos los frailes que, dondequiera que estén, no osen demandar letra alguna en la Curia Romana por sí o por interpuesta persona, ni para iglesia ni para otro lugar, ni con pretexto de predicación, ni por persecución de sus cuerpos; mas si en alguna parte no fuesen recibidos, huyan a otra tierra a hacer penitencia con la bendición de Dios» [4]. Después del fracaso de las

---

[1] Bula «*Cum dilecti*», en Sbaralea, *Bull.*, I, página 2; Chron. XXIV Gen., en *Anal. Franc.*, III, pág. 14.

[2] Las Constituciones de Hugolino estaban fechadas «*Perusii apud monasterium S. Petri*, VI Kal. Aug. an. 1219». Véase Bula «*Sacrosancta Romana Ecclesia*», del 9 diciembre de 1219 en Sbaralea, *Bull.*, I, pág. 3 El texto completo de las Constituciones se halla en las Bulas «*Cum omnis*» del 24 mayo de 1239 (Sbaralea, *ibid.*, págs. 263-7) y «*Solet annuere*» del 13 noviembre de 1245 (*ibid.* páginas 394-9); y con algunas modificaciones en la bula «*Cum omnis*» del 5 agosto de 1247 (*ibid.*, págs. 476-83). Véase Mrs. Balfour, *The Life and Legend of the Lady St. Clare*, Introducción, II, págs. 11-31.

[3] «*Moniales pauperes*», «*Pauperes inclusæ Damianitæ*», «*Moniales ordinis S. Damiani*», eran diferentes designaciones empleadas en las bulas Pontificias. (Sbaralea, *Bull.*, I, págs. 36, 37, 62, 207, etc.).

[4] *Test. S. Franc.*, en *Seraph. Legisl. Text.*, pág. 268; *Opuscula*, pág. 80.

misiones enviadas a Alemania en 1217, habíase pensado de nuevo en la conveniencia de pedir al Papa cartas comendaticias; pero, la respuesta de Francisco era siempre una enérgica negativa. «Vosotros, Frailes Menores—dijo un día,—no conocéis la voluntad de Dios y no queréis dejarme convertir a todo el mundo como Él desea; porque yo quiero por santa humildad y respeto convertir primeramente a los prelados; los cuales, cuando vean nuestra vida santa y nuestro humilde acatamiento, os pedirán de propio impulso que prediquéis y convirtáis al pueblo; y llamarán ellos mismos al pueblo a fin de que escuchen vuestra predicación más que vuestros privilegios, que sólo os servirán para ser orgullosos... De mí sé decir que un solo privilegio pido al Señor, y es que no obtenga nunca un privilegio otorgado por un hombre, y sólo tenga el privilegio de respetar a todos y convertir la humanidad obedeciendo a nuestra santa Regla, más por el ejemplo que por la palabra» [1].

Si nos preguntamos por qué Francisco se defendía tan obstinadamente contra una sencilla precaución de prudencia natural, la única respuesta que hallamos es que Cristo, su Maestro, no había pedido derecho ni privilegio para sus discípulos en este mundo, sino que los envió escudados únicamente por la protección divina [2]; y Francisco hubiera faltado a la fe jurada no tomando el Evangelio al pie de la letra.

Aquella primera carta de Honorio III fué el principio de la política preventiva con que en lo sucesivo amparó la Santa Sede el movimiento franciscano. En mayo del año siguiente, el Papa escribió otra carta, redactada en términos más fuertes, a los obispos de Francia, que desconfiaban todavía de la ortodoxia de la nueva fraternidad [3]. Además, algunos cardenales empezaron a dar por su cuenta cartas que favoreciesen el recibimiento hecho a los frailes en sus viajes de misión [4].

Sin duda alguna, esta línea de conducta fué favorecida por el Cardenal Hugolino. Desde su punto de vista, los frailes podían realmente merecer mucho y edificar al pueblo con la paciencia y la mansedumbre en las adversidades. Por otra parte, muchos de ellos iban a sucumbir bajo pruebas demasiado duras, y por falta

---

[1] *Spec. Perfect.*, cap. 50; *De Conformit.*, en *Anal. Franc.*, IV, pág. 471. Véase Ubertino da Casale, en Ehrle: *Archiv.* III, pág. 53.

[2] Véase *Matth.*, X, 14, 23; *Marc.*, VI, 11; *Luc.*, IX, 5. Debe recordarse que Francisco consideraba estos pasajes y otros análogos como una orden personal y directamente a él y a sus frailes.

[3] Bula «*Pro dilectis filiis*», Sbaralea, *Bull.*, I, pág. 5. Véase *Anal. Franc.*, III, página 14, núm. 9.

[4] *Leg. 3 Soc.*, 66.

de esta prudencia inicial, la Iglesia se vería privada en muchas partes del buen ejemplo y predicación de los frailes. La fe de Francisco era heroica, pero no se podía exigir a todos igual grado de virtud; la oveja trasquilada debe ser puesta a resguardo del viento. Además, el Cardenal, como buen jurista educado en el cumplimiento de la ley, juzgaba muy natural que los frailes enseñasen las credenciales de la autoridad que los enviaba a predicar. La fraternidad, para ser útil a la Iglesia, requería esta dirección y esta sanción legal. Sin tal requisito, los frailes corrían el posible riesgo de no ser en el mundo otra cosa que unos vagabundos.

Este mismo pensamiento indujo al Cardenal a favorecer una organización más precisa que la hasta entonces existente. Favoreció asimismo el establecimiento de los frailes en casas más espaciosas, donde pudiese observarse la vida regular, de carácter más conventual. Hasta entonces las viviendas de los frailes habían sido más que modestas, miserables; eremitorios construídos en parte en cuevas naturales, como se pueden ver todavía en Greccio, Monte Casale, las Celle cerca de Cortona y los Carceri cerca de Asís; o chozas de palma o de estera, o refugios de gente pobre. Debían habitarlas pocos frailes, porque Francisco enseñaba que sólo podían servir debidamente a Dama Pobreza cuando se reunían en número reducido [1]. No existía una vida conventual en el rigor de la palabra. El fraile, sujeto a la obediencia de un superior, no llevaba una vida de residencia regular; sus temporadas de retiro alternaban con expediciones de misión. Era, como se ha dicho con expresión feliz, «el trovador andante del Señor». Mas los directores de la fraternidad deseaban que se observase mayor estabilidad en la vida común [2]. El primer paso hacia esta organización más estricta fué un decreto de Honorio III, en virtud del cual en lo sucesivo los frailes antes de hacer profesión tendrían un año de noviciado; ningún fraile, después de profesar, podría pasar a otra Orden; y ninguno podría ponerse en camino sin cartas de obediencia de su ministro [3].

Este decreto era muy puesto en razón; en cuanto a su primer extremo, aún entusiastas admiradores de los frailes, como Jacques de Vitry, veían un peligro en la falta de formación sistemática de los novicios, siendo ya tan numerosa la Orden [4]. Desgraciadamente,

---

[1] II Celano, 70.

[2] Véase P. Hilarin Felder, *Histoire des Études*, pág. 119: «*Toutefois, c'était là encore la periode de transition de la vie nomade à la stabilité*».

[3] Bula «*Cum secundum consilium*», del 22 septiembre de 1220. Sbaralea, *Bull.*, I, página 6.

[4] Epístola «de captione, Damiatæ», publicada por Röhricht en *Zeitschrift für*

los vicarios no se limitaron a esta organización tan razonable como necesaria.

Como se ha visto, promulgaron constituciones cuya tensión era introducir la observancia monástica contra la cual protestara Francisco en el Capítulo como cosa contraria a la simplicidad de la vocación de los frailes. Añadir un día de ayuno, restringir el uso de la carne no eran en sí cosas de mucha monta; pero es evidente que así se modificaban algunos rasgos de la fisonomía de la fraternidad iniciándose la tendencia a substituir el ideal de Francisco de la observancia literal del Evangelio por un ascetismo más rígido y reglamentado, fundado en las costumbres de las antiguas Órdenes. Es propable que los vicarios tuviesen presentes las Constituciones Hugolinas de Damas Pobres y sufriesen su influencia. Estas Constituciones son de hecho un documento de primer orden para rastrear por él el desenvolvimiento de toda la familia Franciscana durante aquel período.

En una palabra, las Constituciones Hugolinas nos muestran el reformador, hombre de leyes, tratando de captar el nuevo entusiasmo religioso evocado por Francisco y reducirlo a los estrechos marcos del ascetismo tradicional. El autor de las Constituciones acaso opinaba que toda carga era ligera en alas de aquel nuevo fervor. Evidentemente, su ideal era una observancia monástica que rivalizase en estrechez y austeridad con la más severa de las Reglas antiguas.

Estas Constituciones presuponían la profesión de la Regla Benedictina, pero prescribían por añadidura la abstinencia perpetua, el silencio continuo y la clausura. Faltábale en un todo aquella «dulce razón» cuyo hálito vivifica la legislación de los grandes fundadores de órdenes monásticas; y ciertamente carecían de aquella libertad de espíritu que anima la Regla de San Benito. Tenían toda la rigidez, todo el rigor exterior de una regla destinada a corregir y prevenir abusos, sin nada de aquel idealismo inspirado que es la vida misma de una orden religiosa. Desde el punto de vista franciscano, las Constituciones no hacían referencia a la estricta pobreza, que era ley esencial de la vida de los frailes, aunque de hecho las Damas Pobres eran entusiastas partidarias de ella.

Hugolino escribió sus Constituciones bajo la influencia de los

---

*Kirchengeschichte*, 16, pág. 72: «*Hæc autem religio valde periculosa nobis videtur, quod non solum perfecti, sed etiam juvenes et imperfecti qui sub conventuali disciplina aliqui tempore arctari ea probari debuissent, per universum mundum bini dividuntur.*» Este pasaje, no obstante, falta en el texto publicado por Bongars: *Gesta Dei per Francos*, tom. I, págs. 1146-9 (véase Golubovich, *op. cit.*, pág. 7).

usos y constumbres cistercienses [1]; más aún, es verosímil que encargase su redacción a algún monje del Císter, autorizado con el nombre del Cardenal. De haberse confiado su última redacción a un fraile, las Constituciones Hugolinas tal vez hubiesen sido menos extrañas por su espíritu al sentir de Clara y de las monjas de San Damián. Mas fueron para éstas, en la forma que aparecieron, el «gran dolor» [2].

Es dudoso que el Cardenal considerase a las Damas Pobres, cuando menos a las de fuera de San Damián, como pertenecientes a la fraternidad Franciscana. La mayoría de sus conventos habían sido fundados o reformados por él mismo, en virtud de sus poderes como legado y no estaban por consiguiente sometidos a la jurisdicción de Santa Clara. El caso de San Damián era diferente; la misma Clara no había recibido ninguna Regla formal. Había hecho voto de vivir en la pobreza como los frailes y observaba su Regla en todo lo que no era impropio de mujeres. Su voto de pobreza había sido confirmado por especial privilegio de Inocencio III [3]; el Cardenal pretendía que tal privilegio era personal de Clara y de sus monjas de San Damián y no debía considerarse obligatorio para los demás conventos de Damas Pobres [4].

Es verdad que cuando en 1218 Hugolino obtuvo el permiso de fundar nuevos conventos, Honorio III reservó a la Santa Sede la propiedad de las tierras y capillas destinadas a las comunidades [5]. Así, en un principio estas nuevas fundaciones observaron de hecho la pobreza corporativa, teniendo además en cuenta que todo objeto de uso particular no era de propiedad individual. Por añadidura, tal era el afán de pobreza de las Damas Pobres, que se contentaban doquier con el terreno estrictamente suficiente, y aún a veces insuficiente, para atender a las necesidades más frugales de la vida. Vivían en perfecta correspondencia con la práctica de la pobreza predicada con tan admirable fervor por Francisco. Más todavía: Hugolino en muchos casos escogió monjas de San Damián para abadesas de sus nuevas comunidades, poniendo a éstas bajo la influencia del idealismo que irradiaba de aquel luminoso santuario.

---

[1] Así lo reconoce en la bula «*Licet velut ignis*», del 9 de febrero de 1237 (véase Sbaralea, *Bull.*, I, pág. 209). El primer visitador de las Damas Pobres nombrado por él fué el monje cisterciense Ambrogio. (Véase Sbaralea, *Bull.*, I, pág. 46; Waddingo, *Annales*, ad an. 1219).

[2] Cozza-Luzzi, *S. Chiara di Assisi*, pág. 34.

[3] *Vide supra*, pág. 185.

[4] Véase la carta «Angelis gaudium», que Hugolino, siendo ya Gregorio IX, envió a la Beata Inés de Praga, 11 de mayo de 1238, Sbaralea, *Bull.*, I, 242.

[5] Véase la Bula «*Litteræ tuæ*», del 7 de agosto de 1218; Sbaralea, ibíd., pág. 1.

Empero, los conventos de Damas Pobres, exceptuando el de San Damián, no eran de origen puramente Franciscano; y tal vez fué por esta razón que Francisco no reclamó nunca jurisdicción sobre ellos, como lo hizo con San Damián[1]; en cuanto a Clara, a medida que transcurrían los años, no se cansaba de pedir insistentemente que se permitiese a todos los conventos la observancia de la pobreza absoluta y su unión a la fraternidad, si así lo deseaban[2]. Probablemente, el «gran dolor» de Clara al recibir las Constituciones Hugolinas no era únicamente en consideración a las monjas a quienes afectaba de un modo directo, sino a causa de la fraternidad entera; su penetrante intuición le hacía prever la influencia que las nuevas ordenaciones ejercerían también en los frailes. Realmente, no cabe duda que pesaron mucho sobre el criterio de los Vicarios cuando establecieron las Constituciones que sembraron la consternación entre los fieles seguidores de Francisco.

Faltó poco para que la deslealtad de los Vicarios al espíritu de Francisco acarrease la disolución de la fraternidad. Sus Constituciones provocaron inmediatamente una activa oposición por parte de los que estaban penetrados del espíritu primitivo; y a esta oposición, los Vicarios y los Ministros que estaban de su parte, respondieron con una violenta represión. «No solamente fueron cargados (los oponentes) de injustas penitencias, sino que fueron echados de la comunidad de los frailes como gente de disposición aviesa... Muchos, huyendo de la furia de los que los perseguían, andaban errantes de una parte a otra, lamentando la ausencia de su pastor y guía»[3]. Además, roto el lazo de fidelidad que hasta entonces había mantenido el espíritu de sumisión de la fraternidad, los Ministros se hallaban en la imposibilidad de tener a raya los espí-

---

[1] Waddingo (*Annales*, ad an. 1219) afirma que Francisco, *antes de ir a Oriente*, había entregado la dirección de todos los conventos de Damas Pobres, exceptuando San Damián, al Cardenal Hugolino; pero, no hay pruebas de que considerase tales conventos, por ejemplo el de San Severino, como relacionados con él en el mismo grado del de San Damián. Es verdad que en algunos casos nombró a frailes directores espirituales de Damas Pobres de otros lugares; nombró, por ejemplo, a fray Rogerio director de la Beata Philippa en Todi (Waddingo, *Annales*, ad an. 1236); pero, las estrechas relaciones existentes entre San Damián y la fraternidad parecen haber sido excepciones.

[2] Véase, por ejemplo, las cartas de Santa Clara a la Beata Inés de Praga. *Acta S. S.*, marzo, vol. I, págs. 505-7, traducidas por Mrs. Balfour en *The Life and Legend of the St. Clare*, págs. 138-54.

[3] Angelo Clareno, *Hist. VII Tribulat.*, Golubovich, pág. 56. Véase *Chron. Jordani*, en *Annal. Franc.*, I, núm. 13, pág. 4: «*Eodem tempore fuit ultra mare pythonissa quædam... Redite, redite quia per absentiam fratris Francisci ordo turbatur et scinditur et dissipatur. Et hoc verum fuit.*»

ritus extraviados. Algunos, negándose abiertamente a la obediencia, se fueron por donde quisieron.

Así, uno de ellos, fray Juan de Compello, se puso al frente de una pandilla de vagabundos fanáticos, de ambos sexos y leprosos todos, a imitación de las que pululaban en aquella época[1]. Otro se cortó un hábito de peregrino y andaba por el mundo haciéndose pasar por loco, por espíritu de humildad[2].

Francisco, a su regreso, no se dió en seguida clara cuenta del mal. Entretúvose algunos días en Venecia, donde había desembarcado. Padecía física y moralmente, porque su viaje a Oriente había puesto a dura prueba su ya delicada salud. En este descanso tuvo un pequeño consuelo. Paseando por los terrenos pantanosos, bordeados de bardales, vió una multitud de pájaros cantando alegremente. Y dijo al fraile que le acompañaba: «Nuestras hermanas las aves alaban a su Criador; pongámonos en medio de ellas y cantemos las horas canónicas[3] al Señor». Hiciéronlo así y los pájaros no se movieron ni se espantaron; mas, viendo Francisco que les estorbaban con sus voces, les mandó que callasen hasta que ellos hubiesen pagado su deuda al Señor. Terminando el oficio divino, hízoles señal y los pájaros empezaron de nuevo sus cantos[4].

Durante sus jornadas de regreso, Francisco, sumamente debilitado, no pudo resistir la fatiga del camino y hubo de cabalgar en asno. Fray Leonardo, que iba a pie a su lado pisando el suelo ardiente, envidiaba su comodidad y entregábase malhumorado a torcidos razonamientos. «En el mundo —decía para sí—, los de mi casa no andarían así al lado del Bernardone; y heme aquí, caminando a pesar mío, condenado a seguir a su hijo, que va montado.» Leonardo pertenecía a una familia noble de Asís. Con gran asombro suyo, apenas había formulado interiormente esta queja, Francisco, bajando de su montura, se volvió hacia él, diciéndole: «Toma mi sitio, hermano; que por cierto no está bien que yo monte mientras que tú, que eres de noble raza, andas a pie». Pero Leonardo, lleno

---

[1] *Chron. Jordani*, en *Anal. Franc.*, I, núm. 13, pág. 4. La pretensión de Lempp (*Frère Élie*, pág. 42) de que este movimiento era un intento de organizar los penitentes seglares del movimiento Franciscano, no puede tomarse en serio. Juan de Compello ha sido identificado por algunos con Juan de Capella, uno de los primeros doce compañeros (véase *Anal. Franc.*, III, pág. 4; Sabatier, *Vie*, pág. 270), pero esto es muy dudoso. La única conexión aparente entre los dos homónimos es el dato aportado por Bartolomé de Pisa, a saber, que Juan de Capella murió leproso (*De Conformit.*, en *Anal. Franc.*, IV, pág. 178). Véase *Manuscrit de Leignitz*, en *Opuscules de Critique*, fasc. II, pág. 49.

[2] II Celano, 32-33. Ese tal más tarde volvió a la Orden.

[3] «*Horæ canonicæ*», es decir, el oficio del Breviario.

[4] *Leg. Maj.*, VIII, 9; Waddingo, *Annales*, ad an. 1220.

de confusión y arrepentimiento, se echó a los pies de Francisco [1]. Así reconfortados con su simplicidad prístina, prosiguieron su camino hasta llegar a Bolonia; allí Francisco pudo palpar por vez primera los cambios que se habían producido.

Antes de entrar en la ciudad, le dijeron que los frailes habían construído un gran convento; oyendo su descripción, se acongojó en extremo, porque veía en eso la prueba de la traición hecha a la vocación de la fraternidad. Pedro Stacia [2], Provincial de Lombardía [3], era doctor en derecho por la Universidad de Bolonia y había edificado allí una casa de estudios de los frailes. Comparado con las menguadas viviendas hasta entonces habitadas por los frailes, el convento era espacioso [4]; pero, lo peor del caso a los ojos de Francisco era que el Provincial en cierto modo lo reclamaba como propiedad de la Orden, o cuando menos permitía que fuese considerado como a tal. De este modo había violado la Regla en dos puntos esenciales: apartándose de la pobreza absoluta, fundamento de la fraternidad, y no teniendo en nada la simplicidad evangélica, compañera inseparable de la pobreza. Según parece, Pedro Stacia había obrado desatendiendo deliberamente las intenciones de Francisco, aguijoneado por el afán de rivalizar con los Dominicos, que habían abierto una escuela en Bolonia en 1219, año de la partida de Francisco para Oriente [5].

Francisco conocía Bolonia y el espíritu que animaba las escuelas. Cuando envió allá a Bernardo de Quintavalle algunos años atrás, hízolo con la intención de dar testimonio de la simplicidad del espíritu evangélico contra el endurecimiento intelectual y el orgullo, fruto de las escuelas, donde la jurisprudencia y las artes liberales eran estudiadas con ostensible menosprecio de la teología y de la Escritura. Según toda probabilidad, Pedro Stacia tenía la intención de incluir en los estudios de los frailes la teología, como lo hacían ya con aplauso los Dominicos [6]. Pero Francisco no quería aquel género de teología que da predominio al raciocinio inte-

---

[1] II Celano, 31; *Leg. Maj.*, XI, 8.

[2] También es llamado Joannes della Schiaccia (*De Conformit.*, en *Anal. Franc.*, IV, pág. 440), Joannes de Sciaca (*Actus*, cap. 61), Joannes de Strachia y Petrus Joannes de Strachia (Waddingo, *Annales*, ad an. 1216, 1220). Petrus Stacia es el nombre que le da Angelo Clareno, *Hist. VII Tribulat.*

[3] Véase Golubovich, *Series Provinciarum*, en *Arch. Franc. Hist.*, an. I, fasc. 1, pág. 3.

[4] Véase Angelo Clareno, *op. cit.*: P. Hilarin de Lucerna, *Histoire des Études*, página 133, nota 2.

[5] Véase Jordán de Sajonia, *De initiis Ord. Prædicat.*, en Quétif-Echard, *Scriptores Ord. Prædicat*, I, p. 18.

[6] Jacques de Vitry, *Historia Occidentalis* (Douai), pág. 333.

lectual sobre el estudio cordial del Evangelio. Sin embargo, su zozobra no tenía precisamente por causa lo referente al estudio de la teología, sino la razón más fundamental del carácter y fin de la fraternidad. ¿Continuarían los frailes dispuestos a observar la pobreza y simplicidad primitivas? El nuevo convento de Bolonia era una franca negativa; anunciaba un nuevo espíritu en desacuerdo con el de pobreza que los frailes habían hecho voto de guardar [1]. Esta era la única realidad descubierta con penetrante intuición por el corazón de Francisco.

Indignado y dolorido, no quiso entrar en el convento y pidió asilo a los Frailes Predicadores. Allí meditó lo que debía hacer ante tamaña traición; ejemplo tan pernicioso merecía un castigo sonado. Hizo comparecer a su presencia a Pedro Stacia, echóle en cara su conducta, encaminada a destruir la fraternidad y llamó sobre él la maldición del cielo. Quería, además, que todos los frailes del convento hiciesen penitencia, pero un fraile Predicador intercedió por ellos. Si habían obrado mal, decía este religioso, había sido por falta de discernimiento, no por malicia, y no deseaban otra cosa que reparar su falta. Francisco, pues, detuvo su mano, pero exigió que todos abandonasen sin demora el convento; ni permitió que se quedasen en él algunos enfermos [2]. Prosiguió después su viaje al sur, enterándose por el camino de todas las tribulaciones sufridas por los frailes durante su ausencia.

Aún entre sus primeros compañeros, uno cuando menos, Felipe Longo, hombre de vida edificantísima, se había dejado arrastrar por las novedades. Nombrado Visitador de las Damas Pobres, sucediendo en este cargo al monje Cisterciense Ambrosio, había solicitado de la Santa Sede cartas de protección para las monjas contra las intromisiones de los obispos menos favorablemente dispuestos.

La noticia del regreso de Francisco cundió rápidamente por las provincias de la península y llegó hasta los frailes que habían huído a lugares apartados y ocultos en las montañas para escapar a la persecución del partido dominante. Su aparición fué para los pros-

---

[1] ¿Había Pedro Stacia violado la Regla hasta el punto de recoger el dinero para la construcción? Me inclino a la afirmativa. En el capítulo octavo de la Regla de 1221, la reglamentación enfática y minuciosa para que los frailes no recojan dinero destinado a casas o residencias, presupone evidentemente que la regla había sido violada en este respecto. Es un desahogo apasionado que un peligro posible no hubiera provocado y sí tan sólo una traición positiva. Así se explicaría la maldición que Francisco pronunció contra su ministro y que no quiso nunca revocar.

[2] II Celano, 58; *Spec. Perfect.*, cap. VI; *Actus*, cap. 61; *De Conformit.*, en *Anal. Franc.*, IV, pág. 440.

critos como el nacer del día después de una noche de pesadillas [1]. Había corrido la voz de su muerte, desfigurándose tal vez las noticias del martirio de los cinco frailes en Marruecos. Mas a medida que pasaba de un pueblo a otro el anuncio cierto de su regreso, resonaban doquier gritos de júbilo [2].

Sin asomo de duda, muchos de los frailes perseguidos imaginaban que las cosas volverían al estado en que se hallaban antes de la acción perturbadora de los Vicarios; mas Francisco veía más exactamente la situación. La traición era un hecho, pero era también evidente que las cosas no podían quedar como fueron anteriormente. La simplicidad de la fe y la unidad de miras no sujetaban ya los frailes a una fácil obediencia. El partido dominante, cuando menos, no estaba contento de su dirección, ni podía estarlo, y se amparaba en los que ocupaban elevados cargos. Una conclusión se imponía al alma sencilla de Francisco: la fraternidad necesitaba un jefe que gobernase a los frailes recalcitrantes con una autoridad que él no sabría ejercer. Repugnábale obrar como «sargento mayor del Señor» y dictar medidas coercitivas. Si los frailes no querían seguirle libremente, no era él el más indicado para jefe [3]. Pero en consecuencia debía intentarlo todo, para salvar la fraternidad, fruto de su amor. En su perplejidad, pensó que el Cardenal Hugolino era el hombre destinado por Dios para proteger su familia con su gran autoridad en la Iglesia. Trasladóse, pues, sin dilación a Roma [4], evitando el encuentro de los Vicarios [5]. Iba a apelar directamente a la Santa Sede.

Llegado a la ciudad Eterna, se dirigió al palacio de Letrán, y demasiado humilde para solicitar audiencia, se sentó en el suelo, a la puerta de la cámara del Papa, esperando su salida. Cuando, des-

---

[1] Según Waddingo (*Annales*, ad an. 1220), Francisco halló al Cardenal Hugolino en Bolonia y fué con él a un monasterio Camaldulense cerca del Alvernia, donde pasaron algún tiempo de retiro. Este hecho sirve a M. Sabatier para fabricar la teoría de que el Cardenal de propósito retuvo a Francisco apartado mientras los ministros ponían en práctica su política. (*Vie de S. François*, págs. 277-78.) Pero, no hay ningún testimonio auténtico de que Francisco fuese en aquel tiempo al Alvernia; ni parece, según los *Registri*, que el Cardenal se hallase en Bolonia en 1220, aunque está fuera de duda su presencia en dicha ciudad en 1218, 1219 y 1221 (véase H. Fischer, *Der heilige Franziskus*, pág. 67).

[2] *Chron. Jordani*, en *Anal. Franc.*, I, núm. 14, pág. 5.

[3] *Chron. Jordani*, en *Anal. Franc.*, I, núm. 14, pág. 5.

[4] Honorio III estuvo en Roma desde noviembre de 1220 hasta abril de 1222. Había residido anteriormente en Orvieto, durante el verano y principios de otoño de 1220, haciendo un viaje a Mantua a fines de julio. Véase *Mon. Germ. Hist.*, tomo I, página 83 *seq.*

[5] *Spec. Perfect.*, cap. 71.

pués de mucho esperar, salió el Papa, le saludó así Francisco: «¡Padre Santo, Dios os dé la paz!» Y el Pontífice respondió: «Dios te bendiga, hijo mío.» Y aguardó su petición. «Señor —dijo Francisco—; estáis tan elevado y de tal manera os obsorben los negocios importantes, que los pobres apenas pueden acercarse a vos, ni hablaros con la frecuencia que les fuera tan necesaria.» Recordándole Honorio que habían cardenales y obispos a quienes se podía recurrir, exclamó Francisco: «Me habéis dado muchos papas; yo os ruego que me déis uno solo, a quien pueda hablar y pedir consejo como representante vuestro cuando lo requieran los asuntos de mi fraternidad». ¿Quién quieres que te dé, hijo mío?, preguntó el Papa. «Dadme —respondió Francisco— al señor Cardenal Ostiense.» Así fué cómo, según refiere un testigo, el Cardenal Hugolino pasó a ser Protector de la fraternidad en la Curia Romana [1].

Pretenden otros que Francisco vió previamente al Cardenal y le expuso sus angustias, y que a la mañana siguiente Hugolino le condujo a presencia del Papa, para que le manifestase, así como a los cardenales, lo que oprimía su corazón. Y según los mismos, tuvo después Francisco una audiencia privada del Pontífice, a quien pidió entonces que Hugolino se encargase del gobierno de los frailes, siendo el vice-gerente del Papa [2].

Sea una u otra la verdadera versión del caso, desde aquel tiempo el Cardenal Hugolino fué el consejero constante de Francisco y su «Señor apostólico» [3]. Y fué su poderosa inteligencia la que dirigió la organización de la fraternidad.

Sus primeros actos fueron imponer a Juan de Compello la disolución de su comunidad trashumante y su vuelta a la obediencia, y revocar las «cartas de defensa» otorgadas a las Damas Pobres. Esta última disposición da a entender el espíritu que le animaba al desempeñar su nuevo cargo. Como árbitro supremo de la fraternidad, fué constante en satisfacer los deseos de Francisco en la medida posible y teniendo en cuenta lo que juzgaba indispensable para su mejor organización. El Cardenal, como hemos visto, no era un idealista, sino un hombre de negocios; no obstante, había en su carácter un elemento místico latente, que le unía a Francisco con un sentimiento de intimidad, que aún muchos frailes no sentían.

---

[1] *Chron. Jordani, ut supra.*

[2] II Celano, 25; *Leg. 3 Soc.*, 64-5. Véase I Celano, 100. El punto de concordancia entre ambas versiones se halla en *Leg. 3 Soc.*, 65. Jordán evidentemente refiere el episodio final de este negocio. Hugolino se hallaba en Roma en el invierno de 1220-21.

[3] Véase *Spec. Perfect.*, cap. 23: «*Dominus et Apostolicus noster*».

No tenía por irrealizables las ideas de Francisco, antes bien las consideraba como inspiraciones que era menester ajustar a los cuadros de las cosas posibles y prácticas; y con suma paciencia se ingeniaba en llenar el abismo que separaba la mente del fundador y la de muchos de los nuevos jefes. Hagamos justicia a su memoria: si bien es verdad que no siempre vió las cosas como Francisco, nunca faltó deliberadamente a la confianza que éste depositó en él.

Francisco no partió de Roma sin haber llegado antes a un perfecto acuerdo con el Cardenal tocante a las medidas que se habían de tomar. Pedro Catanio fué repuesto en la Porciúncula como Vicario [1], administrador de los asuntos ordinarios de la comunidad, mientras Francisco iba a emprender una revisión de la Regla, a fin de que renaciesen la paz y el orden. En esta revisión habíase de incorporar lo que aconsejase la experiencia adquirida hasta entonces en el gobierno de los frailes.

Es probable también que el asunto de las «cartas de defensa» condujese a un examen de las relaciones entre los frailes y las Damas Pobres, motivando que el Cardenal reconociese los especiales privilegios concedidos a San Damián y alcanzase el consentimiento de Francisco de que los frailes asumiesen la dirección de otros conventos [2]. También me inclino a creer que otro asunto de trascendencia fué entonces sacado a colación por el Cardenal, a saber, la organización de una nueva hermandad de penitentes seglares para el gran concurso de hombres y mujeres que se habían aproximado a los frailes en calidad de seguidores menos estrictos de la pobreza evangélica.

---

[1] Parece cierto que el nombramiento de Pedro Catanio como vicario, a que hacen referencia II Celano, 143, y *Spec. Perfect.*, cap. 39, se refiere a un período anterior, en ocasión de padecer Francisco un recrudecimiento de sus dolencias. Ambos autores dicen claramente que tal nombramiento se hizo pocos años después de la conversión de Francisco: «*Paucis elapsis post conversionem suam*».

[2] Según Waddingo (*Annales*, ad an. 1224), Francisco en 1224 escribió una Regla para las Damas Pobres. Pero, nada se sabe de la existencia de semejante Regla y sí sólo se conoce la *Formula Vitæ*, a que se refiere Gregorio IX en su bula *Angelis gaudium*, del 11 de mayo de 1238 (Sbaralea, *Bull.*, I, pág. 242) y que se cree contenida en el capítulo sexto de la Regla de Santa Clara, aprobada por Inocencio IV el 9 de agosto de 1253 (Sbaralea, *Bull.*, I, págs. 671-8; *Seraph. Legislat. Text.*, pág. 46 *seq.*).

Lo más probable es que Francisco aceptó las Constituciones Hugolinas para las monjas de San Damián, excepto en el permiso de posesión. Es patente que fueron observadas por el hecho de haber él mismo modificado el rigor de los ayunos a favor de las monjas menos robustas (véase *Epistola III S. Clarae ad B. Agnet. Bohem.*, *Acta S.S.*, marzo, VII, pág. 407). Además, en la Regla de Santa Clara hallamos las prescripciones hugolinas de la clausura, ayuno perpetuo y observación del silencio.

Entretanto, enviáronse mensajeros a todas las provincias de la fraternidad para convocar los frailes al Capítulo General que debía celebrarse por Pentecostés; pero, antes de reunirse el Capítulo, Pedro Catanio murió y fray Elías, antiguo Ministro Provincial de Siria, fué nombrado en su lugar. Pedro murió el 10 de marzo de 1221 [1]. Pregúntase uno si no hubiesen tomado mejor sesgo los negocios de los frailes de haber vivido Pedro algunos años más para interponerse con su experiencia y su espíritu leal entre Francisco y los ministros disidentes. Porque, exceptuando su corto viaje a Oriente, había sustituído durante muchos años a Francisco en sus ausencias en la dirección de la Porciúncula. También él, como Hugolino, comprendía la dificultad de conservar en una gran multitud la simplicidad de los tiempos primitivos [2]; y a semejanza del Cardenal, nunca perdió su fe esencial en Francisco. Mas como hemos dicho, murió antes de la reunión del Capítulo.

---

[1] Así se lee en la antigua inscripción del muro de la Porciúncula: «*anno Dni. MCCXXI id. Martii corpus fr. P. Catanii qui hic requiescit migravit ad Dominum*». Según la *Chron. XXIV Gen.*, en *Anal. Franc.*, III, pág. 30, Pedro murió en 1224; *Papini (Storia di S. Francesco, I, pág. 187) interpreta la inscripción como dando* la fecha de 10 marzo de 1222, fundándose en que el sistema de computar en la Edad Media hacía principiar el año el 25 de marzo.

Pero esto no es cosa segura; además, es evidente por el relato que hace Jordán de Jano del Capítulo de 1221, que Elías era entonces virtualmente superior de la Orden (*Chron. Jordani*, núm. 17, en *Anal. Franc.*, I, pág. 6).

[2] II Celano, 67.

## Capítulo V

### FRAY ELÍAS TOMA LAS RIENDAS DEL GOBIERNO

Si desde el llano contemplamos la ciudad de Asís, lo que solicitará con mayor insistencia nuestra atención no será la fortaleza medieval que corona la colina, ni las numerosas torres y campanarios que se amparan a su sombra, sino el gran convento a la izquierda, por donde el terreno desciende escalonado hasta el río Tescio. Construído sobre una larga hilera de grandes arcadas majestuosas, necesarias para salvar el pronunciado declive del suelo, el Sacro Convento, visto a distancia, parece más una fortaleza feudal que una casa religiosa. Por su aspecto recuerda las iglesias fortificadas, como la de Durham, construída y guardada por los sacerdotes guerreros, hombres fieles a la Iglesia y al Estado. Cuantas veces volvamos a dirigir la vista a la ciudad, aún sin quererlo, el gran convento-basílica, cuya entonación clara destaca sobre el gris oscuro de las montañas, fijará invariablemente nuestra mirada. Y si conocemos y amamos la leyenda franciscana, nos asaltarán de un modo inevitable las emociones más encontradas. Recordaremos que aquel convento resplandeciente fué para muchos de los seguidores de Francisco el símbolo de una gran traición, al paso que otros vieron en él la expresión más apropiada del homenaje del mundo a un Santo, objeto de amor y veneración nunca igualados. Tal vez en nuestro mismo corazón estarán en pugna estos opuestos sentimientos: tendremos gran satisfacción de que el mundo haya puesto por su parte toda la magnificencia y el arte más noble en la construcción del santuario que guarda el cuerpo del que merecía todo lo mejor de este mundo; pero, acaso sin saber por qué, sentiremos cierta repugnancia de que el mundo tenga algo que ver con el hombre que amó más la pobreza y la naturaleza que la fortuna y el arte. Y al darnos cuenta de esta complejidad en nuestros propios sentimientos, tal vez juzgaremos a fray Elías menos duramente que otros y con mayor justicia. Porque esa extensa aglomeración de construcciones, levantadas bajo la vigilancia de Elías, nombrado Vicario General de la fraternidad después

de la muerte de Pedro Catanio, es en cierto sentido un monumento erigido a su propio genio y una expresión de su carácter, aunque no en todas sus facetas[1]. Más allá de los confines de Umbría, cerca de la ciudad de Cortona, se halla el convento de las Celle, oculto como el lirio de los valles en una hondonada junto a un corriente riachuelo. También este convento fué construído por fray Elías; y el edificio bajo y angosto, dentro del cual un hombre de elevada estatura apenas puede estar de pie, revela otro aspecto de su carácter[2]. De todos modos, con más o menos razón, se ha considerado el Sacro Convento como expresión del espíritu y de los propósitos del hombre que había tomado las riendas del gobierno de la fraternidad. Las Celle de Cortona sólo representan una emoción pasajera que no llegó a una fecunda realización; el Convento y la Basílica de Asís representan al hombre.

Es a la vez una gran realización y un fracaso. Produce una impresión inexplicable de gracia y de fuerza; diríase que, burlándose de las dificultades que a su construcción opuso el terreno[3], se levanta del declive de la colina con hermosa libertad. Es en verdad un noble ejemplar artístico, pero le falta la aureola suprema. Hubiera sido una expresión perfecta del homenaje tributado por el mundo a Francisco, si su fuerza orgullosa hubiese cedido algo ante el sublime desprendimiento que pretende honrar. Pero el edificio no inspira este sentimiento; no puede inspirar lo que realmente no es. Se impone por sí mismo, no por lo que debe significar. No hace humilde confesión de la gloria del cuerpo que guarda, antes bien parece apropiarse esta gloria. Resulta, pues, que el Sacro Convento, que en muchas cosas llega a la perfección artística, ostenta la señal de la vanidad y de la insinceridad; y al paso que su belleza majestuosa domina los sentidos, el alma se siente como oprimida. Un no sé qué trágico se cierne sobre nosotros.

---

[1] Si fué Elías o Gregorio IX el iniciador del proyecto de construir el gran templo, es cosa que no podemos decir. Es cierto, no obstante, que Gregorio IX aprobó el proyecto y confió a Elías su realización (véase la Bula *Recolentes*, en Sbaralea, *Bull.*, I, pág. 40). El Sacro Convento fué edificado tanto para palacio pontificio en Asís, como para residencia de los frailes.

[2] Salimbene, no obstante, le critica la elección de un lugar tan delicioso. *Op. cit.*, pág. 104.

[3] El Colle d'Inferno sobre el cual se alza el convento estaba separado de la ciudad por un profundo barranco; y el sepulcro subterráneo hubo de tallarse en la dura roca. Grabados primitivos nos muestran todavía la ciudad y el convento así separados; y M. Sabatier es de opinión que se tenía acceso al convento por medio de dos puentes levadizos echados sobre el barranco, lo cual acababa de hacerlo semejante a una fortaleza. Véase Selincourt, *Homes of the First Franciscans*, página 22, núm. 2.

Análoga complejidad de sentimientos y análoga emoción final nos asaltan al considerar al propio fray Elías [1]. En cierto modo nos fascinan los vastos planes de su ambición y la fuerza de voluntad que hicieron de él, hijo de un artesano, el consejero de confianza y el embajador del Papa y del Emperador y virtualmente la autoridad suprema de los ciudadanos de Cortona. Llegó a convertir la Orden Franciscana en una potencia secular que ejerció su influencia en el terreno de la política [2], en la vida intelectual de las universidades en auge [3] y en los campos de misión de los territorios musulmanes [4].

Fué indudablemente hombre de cultura intelectual. Había estudiado en la Universidad de Bolonia, adquiriendo no tan sólo los conocimientos de leyes requeridos para el ejercicio del notariado, sino también un buen gusto artístico; y si la tradición no miente,

---

[1] Para la historia de fray Elías, véase P. Affo, *Vita di frate Elia;* Ed. Lempp, *Frère Élie de Cortone;* Golubovich, *Biblioteca*, pág. 106 *seq. et alibi.* Por desgracia no abundan los materiales para la historia de Elías, y es preciso tener en cuenta las opiniones que de él formaron sus contemporáneos, haciendo la parte de los fuertes sentimientos que excitó entre amigos y adversarios. Los cronistas primitivos de la Orden, por una delicadeza fácil de comprender, evitaron hablar de él extensamente y mentándolo solamente en caso necesario; así, aunque los rasgos principales de su carácter y su política aparecen claros en la historia, hay gran escasez de detalles, quedando el campo abierto a teorías subjetivas realtivas a sus razones de obrar y aún a los detalles de su vida. Mucho se ha discurrido acerca de la fecha y lugar de su nacimiento. Según P. Affo, nació en Beviglia, a poca distancia de Asís. En las crónicas primitivas se le designa sencillamente con el nombre de fray Elías; la *Chorn. XXIV Gen.* (*Anal. Franc.*, III, pág. 249) es la primera en llamarle *Frater Helias de Assisio;* con este nombre fué conocido hasta el siglo XVII, en que se empezó a llamarle Elías de Cortona, por el lugar de su sepultura.

Una inscripción de su sepulcro, en la iglesia de San Francesco de Cortona, que data del siglo XVI, lo designa como «*Helias Coppi di Cortona*». (Véase *Anon. Corton.*, páginas 36 y 75, en Lempp., pág. 36, núm. 3). Salimbene, que fué admitido en 1238, en la Orden por Elías, dice que el padre de éste procedía de Castel Britti, en el territorio de Bolonia, y la madre de Asís; también dice que Elías era apellidado Bonusbaro o Bombarone. Véase *Mon. Germ. Hist.*, XXXII, pars I, pág. 96.

[2] Envió, por ejemplo, a Haymo de Faversham a Nicea para negociar la reunión de las iglesias griega y latina (Waddingo, *Anales*, ad an. 1232-33; Eccleston [ed. Little], pág. 35); intervino para favorecer la paz entre los partidos italianos beligerantes (véase Lempp, pág. 107; Appendice II, 2). Él mismo actuó como embajador de Gregorio IX para negociar con Federico II (véase Salimbene, *op cit.*, página 98). Véase también Huillard-Bréholles, *Hist. Diplom.*, V, pars I, pág. 346.

[3] Eccleston [ed. Little], págs. 35, 62. Véase el famoso *dictum* de Salimbene: «*Hoc solum habuit bonum fr. Helias, quia ordinem fr. minorum ad studium theologiæ promovit*» (*op. cit.*, pág. 104).

[4] Envió misioneros a Georgia, Damasco, Bagdad, Marruecos, Túnez y Aleppo. Véase Sbaralea, *Bull.*, I, págs. 93, 100, 102, 106, 155, etc. Véase Galubovich, *op. cit.*, págs. 113-14.

quiso penetrar en los misterios de la alquimia[1]. Además de poseer una notable capacidad mental, era en su trato amable, abierto y liberal, teniendo el don de captarse la confianza de la gente. Aquí se descubre tal vez su punto flaco. Colmaba de bondades y favores a los que le eran simpáticos; mas aplastaba sin titubear a la primera ocasión a los que le oponían resistencia; en cuanto a los que no podían serle de alguna utilidad, descartábalos con la mayor indiferencia. Hizo azotar y encarcelar sin compasión a los que protestaron contra su política después de la muerte de Francisco, aún cuando hubiesen sido amigos particulares de éste[2]; y al correr de los años tanto subió de punto su irascibilidad[3], que no podía tolerar la menor oposición. Cuando halló algún obstáculo en sus proyectos, revolvióse violento en primer término contra los frailes que le contradecían, después contra el Papa que lo amonestaba. Finalmente, después de servir al Emperador y presidir diversas embajadas imperiales, residió en Cortona en retiro relativo, y allí el pueblo le tuvo en gran veneración. Expulsado de la fraternidad y aún excomulgado, dedicó sus últimos años a edificar una gran iglesia bajo la advocación de San Francisco, en la cual fué después enterrado. Hasta el día de hoy ha subsistido el testimonio de ese templo, frío y sin alma, en el cual se respira, se palpa el fracaso de una vida. Pero fuera de la ciudad, en el fondo del barranco, las humildes Celle siguen despidiendo una suavísima fragancia.

Al juzgar a Elías no debemos olvidar nunca las Celle, por más que, según parece, él mismo acabó por despreciarlas.

El carácter de ese hombre, realmente muy complejo, no puede ser juzgado a la ligera; fué predestinado por sus debilidades a sucumbir y por su energía a llegar casi a la cúspide de la verdadera grandeza.

Si no nos acordásemos de las humildes Celle, nos preguntáramos sorprendidos qué es lo que indujo a Elías a hacerse Fraile Menor. Indudablemente había en él algún germen de renunciamiento heroico; y aún cuando su benevolencia degeneraba fácilmente en protección, no por esto dejaba de tener sentimientos de sincero

---

[1] Véase Eccleston, pág. 36; *Chron. XXIV Gen.*, en *Anal. Franc.*, III páginas 217 y 695. Mateo de París (*Chron.* ad an. 1239) dice que Elías fué predicador de fama. Se le han atribuído varias obras sobre alquimia, las cuales probablemente pertenecen a Elías Canossa. Véase Salimbene, *op. cit.*, pág. 166; Lempp, pág. 121; Golubovich, *op. cit.*, págs. 116-17.

[2] Véase Eccleston [ed. Little], pág. 36; *Chron. XXIV Gen.*, en *Anal. Franc.*, III, pág. 89 *seq.*; Angelo Clareno, *Hist. VII Trib.*, en Golubovich, *op. cit.*, páginas 118-19.

[3] Véase Eccleston, pág. 84; Salimbene, *op. cit.*, pág. 104 *seq.*

afecto, como lo hace patente la carta en la cual anunciaba a Gregorio de Nápoles, Ministro de Francia, la muerte de Francisco[1]. Fueron sin duda estas cualidades manifiestas, unidas a su gran habilidad en los negocios, las que le valieron la confianza de Francisco. Es posible que su nombramiento de Vicario General se debiese a indicaciones de Hugolino; pero es cierto que Francisco le tuvo en gran estima, aunque se puede dudar de que le profesase un profundo afecto[2]; en todo caso, la promoción de Elías estuvo en armonía con los deseos de Francisco. Sabemos que al volver de Siria le escogió por compañero, juntamente con Pedro Catanio y Cesáreo de Espira; estos dos, confidentes en los días de tribulación[3]. Tanto Francisco como el Cardenal debieron creer muy sinceramente que Elías, con su mezcla de austeridad y amabilidad, con su habilidad y su celo, era el más indicado para pacificar los dos partidos que dividían la fraternidad; y era a los ojos del Cardenal una nueva recomendación la solicitud que mostraba Elías en atender la debilidad física de Francisco[4].

A pesar de todo, el día en que Elías fué nombrado Vicario fué un día nefasto para los frailes. Con él, el espíritu del siglo que, desde el Capítulo de 1217, se obstinaba en ser reconocido, desarrolló una fuerza titánica en el seno de la fraternidad, cuyos cauces desvió no poco Elías de sus fines iniciales. Dió a los frailes un lugar y un poder en el mundo; merced a su genio, fueron tomados en consideración desde el punto de vista tanto político como eclesiástico. Hubiera hecho más, formando con ellos un vasto organismo político, si el instinto primitivo de la fraternidad no hubiese podido más que él, rebelándosele y finalmente derribándole. Mas, aún entonces no quedó completamente vencido: desde el retiro de Cortona, que él mismo eligió al terminar sus tristes días, acaso sintió una cínica satisfacción al pensar que los causantes de su caída no podían sustraerse al peso de la herencia que les dejara, con todo y protestar algunos de semejante don.

Mas el porvenir presenciará este drama. Al ser nombrado Elías

---

[1] Véase *Acta S. S.*, octubre, II, pág. 668.

[2] Es algo más que una adulación de cortesano o una bella frase literaria el dicho de Celano: «*frater Helias quem loco matris elegerat sibi*», etc. (I Celano, 98). Tanto la tradición como la historia nos muestran que Francisco sentía cierto respeto por Elías, aunque sospechase de su política y no se le ocultasen sus flaquezas.

[3] Cesáreo de Espira ayudó a Francisco a revisar la Regla como se dirá más adelante.

[4] Las leyendas prueban que Elías mostraba la mayor solicitud por la salud corporal de Francisco. Véase I Celano, 98, 105; *Spec. Perfect.*, cap. 115; *Chron. Jordani*, en *Anal. Franc.*, I, núm. 17, pág. 6.

Vicario, los frailes en su mayoría confiaron en que sería el sostén de Francisco, cuya salud declinaba, y el consuelo de todos.

El Capítulo General se reunió en la Porciúncula a fines de mayo de 1221 [1]; asistieron a él tres mil frailes, contando los novicios [2]. El Cardenal Hugolino se hallaba en el norte de la península y no pudo presidirlo, reemplazándole el Cardenal Rainerio, gobernador del ducado de Espoleto. El primer día, un obispo celebró el oficio; Francisco le asistió de diácono y predicó después, tomando por texto las palabras del Salmista, muy apropiadas a las circunstancias: «Bendito el Señor Dios mío, que adiestra mis manos a la pelea» [3].

Francisco asistía al Capítulo con el propósito de afianzar la vocación primitiva de la fraternidad. Siguiendo los consejos del Cardenal Hugolino y con la ayuda de fray Cesáreo de Espira, había escrito de nuevo la Regla y esta revisión era la que sometía a la aprobación del Capítulo. Las esperanzas que los frailes abrigaran referentes a una verdadera modificación del programa primero, se vieron ciertamente defraudadas. La Regla primitiva se mantenía intacta, pero con la adición de ciertas conclusiones capitulares y ciertos decretos pontificios, y también con admoniciones, cuyo objeto era afirmar a los frailes en la vida que, según los deseos de Francisco debían seguir [4]. Algunos preceptos adicionales concernientes a la pobreza y a la simple observancia del Evangelio daban mayor relieve a la vida de los primeros días y estaban en todo conformes al espíritu de la Regla primitiva. Según los mismos, se prohibía a los frailes entender en los negocios temporales de los novicios o recibir parte alguna de sus bienes, salvo en caso de necesidad apremiante, pudiendo entonces aceptar algo «como los demás pobres» [5]; subsistía el precepto del trabajo manual; mas para recordar mejor el carácter humilde de las ocupaciones propias de los frailes, se les prohibía que fuesen mayordomos, o bodegueros, o capataces en las casas ajenas; ni les era permitido aceptar empleo alguno que

---

1 En 1221, Pentecostés cayó el 30 de mayo.

2 *Chron. Jordani*, en *Anal. Franc.*, I, núm. 16, pág. 6.

3 *Chron. Jordani*, en *Anal. Franc.*, I. El texto es del salmo CXLIII, 1

4 Véase Apéndice I. Es cosa cierta que Francisco acostumbraba a someter a los Capítulos Generales sus proyectos de leyes. (Véase *Epistola III*, en *Opuscula*, página 109; II Celano, 128.) Podemos, pues, dar por sentado que la Regla revisada fué sometida al Capítulo General, cuando menos en borrador. Es, no obstante, probable que Cesáreo de Espira le dió una forma más literaria y añadió las referencias de la Escritura y de los Padres, después del Capítulo, con vistas a la presentación a la Santa Sede para recabar su aprobación. Cesáreo permaneció unos tres meses «en el valle de Espoleto» después del Capítulo. Véase *Chron. Jordani*, en *Anal. Franc.*, I, núm. 19, pág. 8.

5 Regula I, cap 2.

pudiese ser motivo de escándalo o perjudicial a sus almas [1]. El que solicitaba su admisión en la Orden, fuese amigo o enemigo, ladrón o bandido, debía de ser recibido con benevolencia [2]. Los frailes no debían mostrarse «tristes y taciturnos como los hipócritas», sino «alegres y amables sin exceso» [3]. Debían confesar sus pecados (a ser posible) a un sacerdote de la fraternidad, y si no a otro sacerdote; en caso de no hallar sacerdote alguno, debían confesar con un fraile que no lo fuese, pero después debían pedir la absolución a un sacerdote [4]. Estas reglas no eran nuevas, habiendo sido ya impuestas en anteriores Capítulos [5], como probablemente también lo fueran las que prohibían a los frailes montar a caballo, excepto en caso de necesidad, y tener bestias de carga en sus residencias [6], así como la que prescribía que ningún fraile debía predicar sin licencia de su ministro [7]. Probablemente también las disposiciones referentes a las misiones de infieles no eran más que la repetición de una regla adoptada en el Capítulo de 1219 [8]. Pero otros preceptos eran evidentemente motivados por los disturbios de los dos últimos años. Según ellos, ningún fraile podía recibir los votos de obediencia de una mujer [9]; se prohibía a los ministros tomar el título de prior [10]. Por dos veces afirma la Regla revisada «la libertad del Evangelio» en lo concerniente al sustento de los frailes: «pueden comer de todos los platos que se les presentaren, de conformidad con el Evangelio»; y en otro lugar: «en caso de necesidad les es lícito a los frailes, dondequiera que se hallen, comer de todos los manjares que puede comer el hombre» [11].

Un artículo hace alusión al tratamiento infligido por los ministros disidentes a los frailes que habían resistido durante la ausencia de Francisco en Oriente. «Si uno de los ministros —dice la Regla—, ordena a alguno de los frailes cualquiera cosa contraria a nuestra vida o contraria a su alma, el fraile no está obligado a obedecer, porque ya no hay obediencia en lo que hace cometer una falta o un pecado.»

---

1 Cap. 7.
2 *Ibid.*
3 *Ibid.*
4 Cap. 20.
5 Véase *Spec. Perfect.*, cap. 66; *Actus*, cap. 29; II Celano, 128; *ibid.*, 175.
6 *Regula I*, cap. 15.
7 Cap. 17.
8 Cap. 16.
9 Cap. 12.
10 Cap. 6.
11 Cap. 3, 9.

Además, los ministros «que proceden según la carne y no según el espíritu», deben ser amonestados por los frailes y si no se corrigen, serán denunciados al Capítulo General [1].

Resuena un eco del escándalo de Bolonia en el artículo que prohibe la colecta de dinero «para ciertas casas o lugares» [2]. Finalmente, la conclusión de la Regla reitera la protesta de Francisco en el Capítulo General anterior. «De parte de Dios Omnipotente y de Nuestro Señor el Papa y por obediencia, yo, Francisco, mando y ordeno formalmente que nadie suprima cosa alguna de lo que está escrito en esta vida o añada nada sobre lo escrito, o al margen; y no tengan los frailes otra Regla» [3].

La Regla revisada no era un tratado de paz; era un guante arrojado a los que querían alterar la vocación de la fraternidad. No dejaron de recogerlo los ministros disidentes. Es evidente que no tenían la intención de observar tal Regla; los que se preciaban de entender en leyes pretendían que mientras no fuese sancionada oficialmente por la Santa Sede, no tenía Francisco autoridad para imponerla y no podía por consiguiente obligar en conciencia a los frailes a observarla [4].

De hecho, eran ellos el blanco a que apuntaba la Regla. Habiendo preguntado uno de ellos qué significaban las palabras: «Cuando los frailes vayan por el mundo, no lleven consigo por el camino ni saco, ni bolsa ni pan», etc. [5], Francisco respondió sin titubear: «Quiero que lo entiendan así: los frailes no deben poseer nada, fuera del hábito, el cordón y los paños menores y, como dice la Regla, los que se vean constreñidos por necesidad, podrán tener calzado». «¿Qué debo hacer, pues —preguntó el ministro, pensan-

---

[1] Cap. 5.

[2] Cap. 8.

[3] La inclusión de las palabras «y de Nuestro Señor el Papa» puede significar sencillamente que Francisco exhortaba a la observancia de la Regla en virtud de la autoridad que le dió el Papa Inocencio III, cuando fué aprobada la Regla primitiva. Mas, también podría ser que esas palabras se escribiesen con la intención de someter la Regla a la aprobación formal del Cardenal Protector, representante del Papa, o directamente de la Santa Sede.

[4] Véase Libro III, Capítulo VIII. La cuestión de hasta qué punto podía Francisco legislar para los frailes independientemente del consentimiento de los ministros, continuó debatiéndose hasta 1230, en que Gregorio IX con la bula *Quo elongati* (véase Sbarelea, *Bull.* I, págs. 68-70) declaró que los frailes no estaban obligados *por obediencia* a obedecer las reglas dadas por Francisco sin el consentimiento de los ministros, es decir, del Capítulo General. Esto era sin duda un punto de vista correcto, legalmente hablando. Pero Gregorio agregaba que los frailes debían de todas las maneras estar prontos a conformarse con las intenciones razonables y los santos deseos de Francisco.

[5] *Regula I*, cap. 14.

do en su biblioteca portátil—; porque tengo muchos libros que valen por lo menos cincuenta libras»? Francisco exclamó: «Hermano, no debo ni puedo hablar contra mi conciencia y la profesión del santo Evangelio que he prometido observar». Esta declaración entristeció sobremanera al ministro. Francisco prosiguió con vehemencia: «¡Oh hermano, que pretendéis que el pueblo os llame Frailes Menores, presentándoos como observadores del Evangelio y, sin embargo, queréis tener vuestros cofres de tesoros! En cuanto a mí, no quiero perder el Libro del Evangelio por consideración a vuestros libros. Haced lo que queráis; pero nunca tendréis mi permiso para tender un lazo a los frailes» [1].

Aquel «Haced lo que queráis» acabó por ser el grito desesperado de Francisco ante la continua oposición de los ministros desidentes. No podía obligarles a seguir su dirección; debía contentarse con dar testimonio de la verdad que le había sido revelada por el mismo Cristo. Siguiéranle los que quisiesen; en cuanto a los demás, él declinaba toda responsabilidad. Estos últimos, por su parte, empezaron sin más tardar la obra de destrucción de la Regla, sin gran ruido al principio, pero con obstinación. Apelaron al Cardenal Hugolino, que en muchas cosas compartía su opinión, mas no quería que se ofendiese abierta y groseramente a Francisco. Con la diplomacia de un hombre de Estado buscó el modo de complacer las demandas que él juzgaba razonables, pero manteniendo intactos los principios fundamentales de la Regla. Por ejemplo, en el asunto de la casa de Bolonia, declaró públicamente que el edificio pertenecía a la Santa Sede y por consiguiente no era propiedad de los frailes; y con esta condición logró que Francisco consintiese que los frailes volviesen a habitar dicha casa [2].

No cabe duda de que Elías se adhería al partido de oposición al restablecimiento de la Regla primitiva con toda la fuerza de su letra; pero así como otros se quejaban con poco disimulo y menos respeto, Elías obraba con más sutil cautela. En realidad, temía ofender a Francisco; había en este jefe indiscutible algo que le subyugaba: tal vez su santidad, tal vez su intrepidez, acaso ambas cualidades. La política de Elías fundada cuando menos en parte en su reverencia por Francisco, consistía en granjearse su confianza y su

---

[1] *Spec. Perfect.*, cap. 3; II Celano, 62; *Scripta F. Leonis, Doc. Antiqua*, ed. Lemmens, pars I, págs. 86 y 87. Véase Hilarin de Lucerna, *Histoire des Études*, páginas 87 91.

[2] El Cardenal se hallaba en Bolonia a principios de agosto de 1221, oficiando en el funeral de Santo Domingo. *Acta S. S.*, agosto I, pág. 376. Fué probablemente por aquel entonces que hizo esta declaración pública a los ciudadanos de Bolonia.

amistad. Por la razón, estaba en un todo al lado de los ministros disidentes, mas por el corazón, sentíase ligado por un afecto respetuoso a aquel cuyo Vicario era. Por otra parte, puede dudarse que Elías aprobase plenamente la conducta independiente de los ministros. No entraba en su carácter la tolerancia para con una autoridad dividida; era autócrata por instinto y aún cuando daba la mano a los ministros en algunas de sus pretensiones, no renunciaba a ser el dueño y señor de todos; bien lo supieron un día a su propia costa los ministros [1]. La táctica de Elías, por consiguiente, consistió en acallar los clamores más violentos de los disidentes e implantar las modificaciones que le parecían buenas, bajo la autoridad del Cardenal Protector y observando una cierta deferencia hacia la voluntad de Francisco.

El conflicto trágico que puso a dura prueba la vitalidad de la fraternidad, era menos sensible para la mayoría de los frailes de aquel tiempo que para los que contemplamos las cosas a distancia. Corporativamente puede decirse que se sentía el choque producido entre los principios fundamentales y las nuevas ideas. Se sabía que en tal o cual detalle de gobierno se había operado un cambio y que en algunas cosas la simplicidad primitiva cedía el terreno a lo que parecían exigencias de las circunstancias. En la lisa superficie de la vida franciscana apenas se notaba alguna arruga. El abandono de principios de que algunos frailes se hacían culpables, apenas afectaba a la totalidad. El idealismo prístino tal vez menguaba un poco, pero subsistía de él lo bastante para conservar el carácter peculiar de la fraternidad; y aparecía ésta todavía como la gaya compañía de los trovadores de Dios. La exhuberante vitalidad de las almas libres era su distintivo; regocijábanse los frailes en la pobreza y sentíanse ávidos de aventuras por amor de Cristo. Tal vez a los ojos de muchos, a medida que se agigantaba la figura de Francisco como santo, disminuía su prestigio de jefe; pero esto mismo daba mayor precio a la vocación que habían elegido. Más tarde, uno de ellos, dando una ojeada retrospectiva a aquellos días, escribía en su crónica con un dejo de melancolía: «¿Quién podrá decir la caridad, paciencia, humildad y obediencia, y el júbilo fraternal que reinaba en aquel tiempo entre los frailes?» [2].

Muchos frailes se acordaron del Capítulo General de 1221, no por las disputas referentes a la Regla, sino por el incidente que se-

---

[1] Véase Eccleston [ed. Little] págs. 79, 98; Salimbene (*loc. cit.*, pág. 105) dice «*Frequenter mutabat ministros ne nimis radicati fortius insurgerent contra ipsum*».

[2] *Chron. Jordani*, en *Anal Franc.*, I, núm. 16, pág. 6.

ñaló su clausura. El Capítulo había durado siete días y los frailes estaban a punto de dispersarse, cuando Francisco advirtió que no se había tomado ninguna providencia para enviar una misión a Alemania. Reuniéronse otra vez todos; no hallándose en estado de hablarles él mismo, porque los trabajos de los días pasados habían agotado sus fuerzas y apenas podía alzar la voz, Francisco se sentó en el suelo y mandó a fray Elías que dirigiese la palabra a la asamblea y pidiese voluntarios para la nueva misión. Elías interpretó, en estos términos la intención de Francisco: «Hermanos, nuestro hermano dice que hay un cierto país, Alemania, donde viven cristianos piadosos que, como ya sabéis, pasan a menudo por este país con largos bastones en la mano y calzando recias botas; y siguiendo su camino, bañados en sudor, cantan las alabanzas de Dios y de los santos, dirigiéndose a las tumbas de los Apóstoles. Una vez se les enviaron frailes y éstos fueron maltratados; y por esta razón nuestro hermano no quiere obligar a ningún fraile a que vaya allá. Mas si alguno, alentado por el celo de Dios y de las almas, se siente dispuesto a ir a aquel país, le dará una obediencia semejante, mejor aún, una obediencia más cordial que la que da a los que van a tierras de infieles del otro lado del mar. Los que acepten pueden levantarse y ponerse aparte». Acto seguido, noventa frailes se levantaron «ofreciéndose a morir»; tan grande era el terror que, con la experiencia de la primera misión, les inspiraban los alemanes.

Hubo un fraile, natural de Umbría, que fué enviado a Alemania a pesar suyo, aunque con feliz resultado, como se va a ver. Habiendo escuchado el relato del martirio de los frailes de Marruecos, deploraba su poca fortuna de no haberlos conocido personalmente. Contemplaba, pues, reverente el grupo de los noventa misioneros y con la íntima satisfacción de pensar que se hallaba en presencia de futuros mártires, porque no dudaba de que acabarían por serlo. Desde su infancia le enseñaron a rogar a Dios que preservase su fe de las herejías de los lombardos y su cuerpo de la ferocidad de los alemanes. No contento con mirar a distancia los mártires y queriendo conocer a cada uno personalmente, a fin de poderse alabar de ello más adelante, iba de uno a otro inquiriendo sus nombres y el lugar de su nacimiento.

Uno de ellos, al ser preguntado, respondió: «Me llamo Palmerio y soy natural de Apulia»; y asiendo fuertemente del brazo a su interlocutor, añadió: «Puesto que estás aquí con nosotros, tú también eres uno de los nuestros y habrás de seguirnos». «No tal —respondió el otro—; no formo parte de vuestro grupo, ni tengo el menor deseo de ir con vosotros.» Pero, Palmerio no le soltaba, en tanto que se iba designando a los frailes para las diferentes provincias. En vano

protestaba el fraile cautivo, hasta que hubo de consentir en someterse a lo que fray Elías decidiera. Al ser preguntado por éste si deseaba o no ir a Alemania, el fraile titubeó; porque, según le habían enseñado, debía ir a donde se le enviase sin murmurar y temía en gran manera quebrantar esta regla. Con voz vacilante respondió: «No deseo ir, ni dejar de ir». Y fray Elías le mandó que fuese.

De este modo, fray Jordán de Jano fué enviado a Alemania[1]. Vivió allí muchos años hasta que murió de edad avanzada, respetado de todos. En sus últimos años dictó una crónica en la cual refirió la historia de su viaje a Alemania y la suma reverencia con que fué recibida la nueva misión. En esta misma crónica refiere Jordán que cuando conoció a San Francisco en vida, no le tuvo por santo perfecto, ni del todo libre de humana flaqueza y que sólo después de su canonización sintió por él una veneración absoluta[2]. Esta confesión ingenua explica muchas cosas a las generaciones que no han conocido a Francisco en carne mortal.

La nueva misión a Alemania tuvo un éxito tan feliz como desgraciado fuera el de la primera. Este éxito debe atribuirse en primer lugar a la dirección hábil de Cesáreo de Espira y a la reputación de que gozaba ya entre sus compatriotas. No fueron enviados los noventa frailes que se ofrecieron; Cesáreo llevó consigo sólo veinticinco, doce clérigos y trece legos.

Algunos eran alemanes y entre los clérigos habían hombres eminentes por diversos conceptos, como Giovanni di Carpino, futuro explorador de Tartaria; Tomás de Celano, que debía escribir la biografía de Francisco; fray Bernabé, notable orador; sin contar a Jordán, de quien ya hemos hablado. Partieron los misioneros animados por aquel espíritu caballeresco propio de Francisco y de los verdaderos franciscanos. No les arredraban las molestias e incomodidades; amoldábanse sin murmurar y cortésmente a todas las circunstancias; mostrábanse gozosos e intrépidos. Así se esmera en describírnoslos el cronista. Cesáreo de Espira nos ofrece la fusión de la simplicidad del espíritu franciscano con la cultura intelectual y con el conocimiento y experiencia del mundo. Otros frailes del norte de Europa muestran los mismos caracteres; ello se debe atribuir tal vez a la profunda lealtad y al carácter más reposado de la raza teutónica.

---

[1] *Chron. Jordani*, en *Anal Franc.*, I, núms. 17 y 18, pág. 6 y 7.
[2] *Chron. Jordani*, en *Anal Franc.*, I, núm. 59, pág. 18.

## Capítulo VI

### LA ORDEN TERCERA

Los acontecimientos de la vida de Francisco que vamos a relatar nos alejarán por algún tiempo de los ministros y de la agitación de que fueron causantes. Este capítulo nos recordará que la historia de Francisco no es meramente una historia de los Frailes Menores. Éstos, como él mismo decía, eran sus «Caballeros de la Tabla Redonda», arrancados de las ocupaciones de la vida del mundo para lanzarse en busca de su Señor Jesucristo. Eran caballeros andantes, obligados por sus votos de caballería a no tener la mirada puesta en la tierra.

Dama Clara y sus monjas habían entrado en la liga de esta nueva caballería y eran en su reclusión el espejo que reflejaba el alto ideal de la pobreza y las mantenedoras del fuego sagrado, oficio propio de las doncellas leales de los poemas caballerescos.

Habían también otros en los caminos reales y en las ocultas sendas del mundo, que eran resueltos partidarios de este nuevo orden de cosas. No abandonaban sus casas, ni los deberes ordinarios de la vida doméstica; y en su mayoría conservaban en la sociedad la posición correspondiente a la categoría a que pertenecían. Algunos, no pudiendo sustraerse a la vida en el mundo, se guardaban de él en una especie de reclusión moral; otros, en número reducido, se retiraban a lugares solitarios [1], inflamados por las enseñanzas de Francisco, pero sin entrar formalmente en la fraternidad. Estos seguidores más o menos estrictos de Francisco y de Clara [2] se habían multiplicado sin regla fija ni voto de obediencia. Entre los que estaban bajo la influencia de la predicación de los frailes o de la vida que con tal fragancia florecía en la Porciúncula, en San Damián y en otros lugares, unos se aproximaban más que otros al espíritu de

---

[1] Por ejemplo, la reclusa Práxedes (véase Celano, *Tract. de Mirac.*, 181).

[2] El autor de la leyenda de Santa Clara habla del gran número de mujeres que se proponían imitar su ejemplo en sus propias casas. Véase *Leg. S. Claræ*, 10 b; Mrs. Balfour, Life and *Legend.*, pág. 50; P. Paschal Robinson, *Life of St. Clare*, pág. 19.

la fraternidad y querían someterse más explícitamente a sus leyes, desechando toda comodidad o lujo superfluos en el comer y en el vestir, proponiéndose conservar la castidad corporal y espiritual y haciendo de los pobres y desgraciados el objeto especial de su solicitud.

Así vino a existir un grupo de discípulos fieles de Francisco y de Clara, que no eran en sentido estricto miembros de la fraternidad y, no obstante, estaban unidos a ella por una especie de parentesco espiritual [2]. Entre los primeros discípulos libres de Francisco hallamos al Señor Orlando de Chiusi, el que donó Monte Alvernia a los frailes, y Dama Jacoba de Settesoli, de Roma. De Orlando hemos hablado ya [2]; fué siempre amigo fidelísimo de la fraternidad, considerándose dichoso de ser su servidor cuando se presentaba la ocasión de complacer en algo a Francisco o a los otros frailes.

Dama Jacoba [3] era viuda de Gratiano Frangipani, noble patricio romano, cuya genealogía se perdía en los tiempos fabulosos. Había pedido consejo a Francisco cuando éste visitó Roma en 1212 [4] y desde entonces le tuvo por guía espiritual. A la muerte de su marido quedaron bajo su tutela dos hijos varones y hubo de administrar los bienes de su familia. Muy joven todavía y dueña de una cuantiosa fortuna, podía disponer a su antojo de la vida, cuando en los primeros días de su viudez, según parece, sufrió la influencia de Francisco, determinando entonces consagrarse a la educación de sus hijos y al servicio de Dios y de los pobres. Quisiéramos conocer

---

[1] No puedo aceptar sin reservas las conclusiones de M. Sabatier y del P. Mandonnet, O. P., a saber, que en los principios de la Orden Franciscana estos discípulos libres que después formaron el núcleo de la Orden Tercera, fueron considerados miembros de aquélla a igual título que los frailes y las monjas de San Damián. Me parece que el P. Mandonnet quiere probar demasiado (véase *Les Origines de L'Ordo de Pœnitentia*) y que su conclusión no se aviene con el hecho que Francisco obtuvo de Inocencio III una Regla formal en 1209 o 1210, a la cual debían ajustarse él y sus frailes. Es sin duda verdad que los miembros que observaban esta Regla sólo tenían al principio la más rudimentaria organización, la cual, no obstante, fué concretándose gradualmente. Pero no hay prueba alguna de que hubiesen dos grupos de personas profesando esta Regla separadamente, formándose así el grupo de la Orden Primera y el de la Tercera. Y esto es lo que debe probar el P. Mandonnet para mantener su tesis.

[2] Véase libro II, capítulo V.

[3] Con referencia a Dama Jacoba véase P. Edouard d'Alençon, Frère Jacqueline; M. Sabatier, *Spec. Perfect.*, *Étude spéciale du Chapitre*, 112, págs. 273-7. Dama Jacoba está enterrada en la iglesia inferior de la basílica de San Francisco de Asís, cerca del altar mayor. Un fresco la representa con hábito de terciaria y se lee esta inscripción: «*Hic jacet Jacoba sancta, nobilisque romana*».

[4] Waddingo, *Annales*, *ad an.* 1212. Esta fecha ha sido generalmente aceptada por los biógrafos de Francisco.

más detalles de Dama Jacoba, pero los cronistas son muy parcos en dárnoslos; ella fué, con Clara, la única mujer en cuya presencia se departía Francisco de la estricta reserva que le había impuesto su pureza caballeresca [1] y fué una de las contadas mujeres a quienes dió una prenda de su amistad, regalándole un corderillo que acaso salvara del matadero [2]. Dama Jacoba era mujer de recio carácter, hija en todo de una raza intrépida y resuelta [3]. Con su modo de expresarse tan característico, llamábala Francisco «Cántico de Fray Giacoma».

Ni el Señor Orlando ni Dama Jacoba podían despojarse de sus posesiones feudales, que no eran personales, sino vinculadas a sus familias, pero el espíritu de pobreza reinaba en su corazón, revelándose no solamente en sus obras de caridad, sino también en su modo de considerar los bienes terrenos como un depósito que Dios les había confiado para el bien común; en el ejercicio de sus derechos ajustado ante todo a la justicia con respecto al prójimo; y en su amor a la paz y en la ausencia de todo sentimiento de codicia [4]. Tal era la doctrina de Francisco concerniente a la propiedad [5]. A los que se ponían bajo su tutela inducíalos a disponer de los bienes enteramente personales, repartiéndolos entre los pobres y la Iglesia, y reservándose tan sólo lo necesario para vivir modestamente. No quería que amontonasen riquezas [6], causa de desvío de las cosas es-

---

[1] Es opinión general que Francisco se refería a Clara y a Dama Jacoba cuando dijo a un fraile que sólo conocía el rostro de dos mujeres. Véase II Celano, 112. He hablado deliberadamente de la «pureza *caballeresca*» de Francisco, porque no me cabe duda que en esto, como en otras cosas, inspirábanle las leyes de la caballería romancesca.

[2] *Leg. Maj.*, VIII, 7; véase *ibid.*, 6. Casi todos los primeros biógrafos mencionan la amistad de San Francisco con Dama Jacoba; véase Celano, *Tract. de Mirac.*, 37-9; *Leg. Maj.*, *ut supra; Spec. Perfect.*, cap. 112; Bernardo de Besse, *Lib. de laudibus*, cap. 8.

[3] Era de sangre normanda, perteneciendo a una de aquellas familias normandas que habían ganado el suelo de Italia con la espada. Véase P. Edouard d'Alençon, *op. cit.*, pág. 11.

[4] En 1217 Dama Jacoba renunció, en nombre propio y en el de sus hijos, que eran menores de edad, a ciertos derechos de propiedad que por algún tiempo habían estado en litigio (véase P. Edourd d'Alençon, *Frère Jacqueline*, págs. 14-16; y Apéndice I, págs. 37-8). Este autor sugiere que semejante «acto de paz» fué debido a la influencia de Francisco. Sabemos que la Regla posterior de los terciarios les inculcaba que evitasen todo litigio (véase la Regla de Capistrano, caps. X y XIII; y la Regla de Nicolás IV, cap. XVII).

[5] Véase *Epistola I: Opuscula*, pág. 87 *seq.*

[6] Véase Bernardo de Besse (*op. cit.*, pág. 76); «*Parochiali cuidam sacerdoti dicenti sibi quod vellet suus, retenta tamen ecclesia, frater esse, dato vividi vivendi et induendi modo, dicitur indixisse, ut annuatim collectis ecclesiæ fructibus, daret pro Deo quod de præteritis superasset.*» Los terciarios primitivos acostumbraban así

pirituales, de discordias y mala voluntad para con el prójimo. De estos seguidores de Francisco podía tenerse la seguridad de que no se enzarzarían en rivalidades de familia y contiendas cívicas, que Francisco reprobaba vehementemente.

Si queremos poseer más detalles de su regla de vida, los hallaremos con toda seguridad en su «Carta a todos los Cristianos», que escribió en sus primeros años de apostolado [1], sin intención de dar el reglamento especial de niguna asociación. Es la proclamación de Francisco a la faz del mundo, exhortando a todos, sacerdotes y laicos, hombres y mujeres, religiosos y seglares, a observar una vida cristiana más perfecta, como él proponía. Si vino a ser norma de perfección espiritual para los que se aproximaban a la fraternidad, es probablemente porque la interpretaron como expresión del espíritu de Francisco, adaptándola a su modo de vivir [2].

Francisco empieza su carta diciendo que a causa de su enfermedad y debilidad corporal, no le es posible visitar a cada uno en particular; en consecuencia, siendo como es «criado de todos y como tal obligado a servirles y administrarles las palabras suavemente aromáticas de su Señor», se propone escribir este mensaje:

«El Verbo del Padre, tan grande, tan santo y tan glorioso, cuya venida del cielo hizo conocer el Altísimo por su santo Arcángel Gabriel a la santa y gloriosa Virgen María, tomó en su seno la carne de nuestra humanidad y fragilidad. Y poseyendo toda riqueza, quiso, no obstante, Él con su bendita Madre, elegir la pobreza.» Después de haber dado en estos términos la tónica de su mensaje, procede a invitar a la recepción del Santo Sacramento de la Eucaristía: «Puesto que el Verbo divino se ofreció por nosotros en sacrificio en la cruz, es voluntad del Padre que todos seamos salvados por Él

---

a distribuir sus bienes supérfluos. Sólo podemos concluir que era una práctica tradicional derivada de las enseñanzas de Francisco.

[1] *Epist. I*, en *Opuscula S. P. F.* (Quaracchi), pág. 87; P. Paschal Robinson, O.F.M., *Writings of St. Francis*, págs. 98-108. Boehmer (*Analekten*, pág. 49) publica esta carta bajo el título *Opusculum Commonitorium*, que es por cierto un título más ilustrativo. Según Waddingo (*Annales*, ad an. 1213), fué escrita en 1213; el P. Paschal Robinson *(loc. cit.)* prefiere la fecha 1215.

[2] Por otra parte, puede ser que Francisco se sintiese impulsado a escribir este resumen de sus enseñanzas al pedirle algunos una regla de vida cristiana más perfecta. Según los *Actus*, cap. XVI, el «primer pensamiento de Francisco de instituir la Orden Tercera» túvolo durante la misión evangelizadora que emprendió después de recibido el mensaje de Clara y de Silvestre (véase Libro II, Capítulo IV) y tal vez tuvo este u otro pensamiento en la mente cuando escribió la carta; aunque la frase «instituir la Tercera Orden» representa el resultado del hecho de seguir libremente la fraternidad, más que un propósito bien definido de Francisco. Francisco no pensaba entonces en tres Órdenes, sino en la difusión del reino de Dios, del cual los frailes eran los apóstoles.

y le recibamos con pureza de corazón y castidad corporal». Y prosigue así: «Mas muy pocos son los que desean recibirle y ser salvados por Él, aunque su yugo es suave y su carga ligera. Lo que no quieren probar cuán suave es el Señor y aman las tinieblas más que la luz y no quieren cumplir los mandamientos de Dios, malditos sean; de ellos dice el Profeta: Malditos son los que no obedecen tus mandamientos. Mas, ¡oh!, cuán felices y bienaventurados son los que aman al Señor y hacen lo que Él mismo ha dicho en el Evangelio: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, y al prójimo como a ti mismo. Amemos, pues, a Dios y adorémosle con corazón y mente puros, porque Él mismo, buscando esto por encima de todas las cosas, dice: Los verdaderos servidores de Dios adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Porque todos los que le adoran deben hacerlo en espíritu de verdad. Dirijámosle, pues, noche y día alabanzas y súplicas, diciendo: Padre nuestro que estás en los cielos; porque debemos orar siempre y no desfallecer».

Si el anuncio de la venida de Cristo en estado de voluntaria pobreza es la nota dominante del mensaje de Francisco, esta insistencia sobre la necesidad de adorar a Dios en espíritu y en verdad es su complemento característico. Pasa después a establecer las reglas positivas, por decirlo así, de la vida cristiana. «Verdaderamente debemos confesar todos nuestros pecados a un sacerdote y recibir de sus manos el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor Jesucristo... Produzcamos además dignos frutos de penitencia y amemos a nuestro prójimo como a nosotros mismos; pero si alguien no quiere o no puede [1] amar a su prójimo como a sí mismo, cuando menos no le haga mal y procure hacerle algún bien. Los que han recibido el poder de juzgar a los otros deben mostrarse misericordiosos en sus juicios, así como desean ellos alcanzar de Dios misericordia; porque serán juzgados sin compasión los que no habrán sido compasivos. Tengamos, pues, caridad y humildad y demos limosnas que lavan el alma de las manchas del pecado. Porque los hombres pierden todo lo que dejan en el mundo; mas llevan consigo el premio de la caridad y de las limosnas que dieron, por las cuales recibirán del Señor abundantísima remuneración. También deben ayunar y abstenerse de vicios y pecados, y de lo superfluo en la comida y la bebida, y ser buenos católicos. Y debemos visitar con frecuencia las iglesias y respetar el clero, pues aún cuando sus miembros puedan ser pecadores, son ante todo ministros del cuerpo y sangre sacratísimos de Nuestro Señor Jesucristo, que sacrifican en el altar,

[1] El Códice de Asís omite las palabras «o no puede».

y reciben y administran a los demás. Y tengamos por cierto que nadie puede salvarse si no es por la sangre de Nuestro Señor Jesucristo y por las palabras santas del Señor, que el sacerdote pronuncia, anuncia y explica, que él solo, con exclusión de otros, puede exponer. Pero muy especialmente los religiosos que han renunciado al mundo, están obligados a más y mayores cosas, sin por eso descuidar el cumplimiento de las otras.

«Hemos de odiar nuestros cuerpos con sus vicios y pecados, porque Nuestro Señor dice en el Evangelio: Todos los vicios y pecados provienen del corazón. Debemos amar a nuestros enemigos y hacer bien a los que nos aborrecen. Debemos observar los preceptos y consejos de Nuestro Señor Jesucristo. Debemos también negarnos a nosotros mismos y poner nuestros cuerpos bajo el yugo de la servidumbre y la santa obediencia, como cada uno de nosotros ha prometido al Señor. Y nadie estará por obediencia obligado a obedecer en aquello que haga cometer pecado o falta.

«El depositario de la autoridad, el que es considerado mayor en dignidad, considérese el menor y el servidor de sus hermanos, y muestre con cada uno de ellos la misericordia que quisiera se le mostrase si se hallase en su lugar. No se enoje con el hermano por su falta, antes bien enséñele y anímele con toda paciencia y humildad.

«No debemos ser sabios y prudentes según la carne, sino simples, humildes y puros. Y tengamos nuestros cuerpos en deshonor y menosprecio, porque es por nuestra culpa que somos desgraciados y corruptos, insensatos y gusanos de tierra, como dice el Señor por el Profeta: Soy gusano y no hombre, el oprobio de los hombres y proscrito de las gentes. Y no debemos desear nunca sobresalir a los demás, sino ser servidores de todas las criaturas y estar sometidos a ellas por amor de Dios. Y todos los que obraren semejantes cosas y perseveraren hasta el fin, el Espíritu del Señor descenderá sobre ellos y Él tendrá en ellos su estancia y morada, y ellos serán hijos del Padre celestial, cuyas obras cumplen, y serán esposas, hermanos y madre de Nuestro Señor Jesucristo. Somos sus esposas cuando, por el Espíritu Santo, el alma fiel se desposa con Jesucristo; somos sus hermanos cuando hacemos la voluntad de su Padre que está en los cielos; somos sus madres cuando le llevamos en nuestro corazón y en nuestro cuerpo por el amor y con una conciencia pura y sincera, y le damos a luz con santos trabajos, que debieran resplandecer como ejemplo para los demás. ¡Oh cuán glorioso, y santo, y grande es tener un Padre en el cielo! ¡Oh, cuán santo, bello y amable es tener un esposo en el cielo! ¡Oh, cuán santo y cuán grato, placentero y humilde, pacífico y suave y amable, y deseable más

que todas las cosas es tener tal hermano, que dió la vida por sus ovejas y rogó por nosotros al Padre, diciendo: Padre Santo, guarda en tu Nombre los que me has dado» [1].

Después de haber expuesto así la ley de la vida cristiana, Francisco prosigue exhortando apasionadamente a alabar a Dios y a evitar el juicio venidero, refiriéndose en especial al vicio de la avaricia; exhortaciones semejantes debían ser objeto de muchos de sus sermones. Finalmente, pide que su escrito sea bien recibido, y leído a los que no saben leer. «Y a todos, hombres y mujeres, que escuchen estas cosas con benevolencia, y las comprendan y las comuniquen a los demás como ejemplo, si perseveran en esta práctica hasta el fin, bendígalos el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Amén» [2].

Esta carta sin duda alguna es reproducción de las enseñanzas de Francisco a sus discípulos, ora estuviesen obligados más estrictamente por votos religiosos, ora viviesen en el campo más anchuroso del mundo. Era el formulario general de toda la vida franciscana. En la práctica, los que vivían en el mundo debían interpretarla aproximándose más o menos a la observancia de los frailes, según fuese su fervor o las circunstancias de su estado. Pero, la carta era verdaderamente para ellos una regla de vida, a la que procuraban ajustar su conducta. Así fué como en torno a la fraternidad fué formándose un círculo exterior de penitentes franciscanos, no ligados por votos, pero de un solo espíritu y un solo corazón, en el anhelo de observancia del Evangelio, tal como Francisco le predicaba. La adhesión a su doctrina les separó visiblemente, tanto por su espíritu como por su conducta, del mundo en que vivían. La pobreza de los frailes era símbolo de su deseo, así como para los ambiciosos eran simbólicos la plaza pública y el castillo feudal. Al principio, y aún durante algunos años, no constituyeron una organización separada de los mismos frailes; en sentido amplio, fueron considerados miembros de la fraternidad, como lo eran Clara y sus monjas.

Fué probablemente durante la estancia de Francisco en Oriente, cuando el Cardenal Hugolino pensó dar a los penitentes «seculares» una Regla y una organización propias. Pudiera ser que al producir los Vicarios un estado de perturbación tratando de establecer un régimen más monástico, no faltaron penitentes que empezaron a constituirse en una especie de liga de defensa para hacer valer sus

---

[1] Sigue una larga cita de la oración dominical (Joan., XVII, 6-24). El lector habrá advertido que la carta está llena de frases evangélicas, estrechamente tejidas en el texto.

[2] Esta terminación es característica. Véase *Regula I*, *Testamentum S. Franc.*; también *Epistolæ II et IV*, *Opuscula*, págs. 62, 82, 107 y 112.

derechos a ser tratados como discípulos de Francisco y dirigidos por los frailes, como lo hicieron muchas veces en los años que siguieron a la muerte de Francisco [1]. También pudiera ser que entre los mismos frailes se intentase formar cuerpos de penitentes bajo su dirección personal, como en el caso de Juan de Compello con los leprosos [2]. Si realmente se produjeron tales tentativas [3], tuvo el Cardenal nuevos motivos para poner inmediatamente en práctica su plan; mas según toda probabilidad, ya al regresar de su misión de legado en Lombardía, llevaba en su mente la idea de una vasta fraternidad de «penitentes laicos», tal como la concibió después. Porque, aquella provincia ya de mucho antes había sido cuna de una fraternidad análoga, cuya Regla aprobada por el Papa Inocencio III en 1201, ofrecía al Cardenal una base para la Regla de la nueva fraternidad que proyectaba.

Los «Humiliati», que así se llamaban los penitentes lombardos, ofrecían una de las manifestaciones más interesantes del movimiento penitencial prefranciscano [4]. Existían ya en Lombardía hacia el fin del siglo XII; pero cómo se formaron es cosa que no se sabe con certeza.

Una tradición hace remontar su origen a unos nobles milaneses que huyeron a Alemania un siglo antes. Esos nobles, dóciles a las lecciones de la adversidad, aprovecharon el destierro para abandonar los negocios políticos y cuidar preferentemente de la salvación de sus almas. Obligados por la pérdida de su fortuna a vivir pobremente y con el trabajo de sus manos, tomaron oficio de tejedor e hicieron vida común, repartiéndose los beneficios de su industria y dando abundantes limosnas a los pobres. Reuníanse con regularidad

---

[1] El partido «conventual» entre los frailes se opuso siempre a la sujeción formal de la Orden Tercera a la Primera; al paso que los «espirituales» favorecían una alianza más estrecha. Véase Mandonnet: *Les Règles*, en *Opuscules Crit. Hist.*, fasc. IV, pág. 181 *seq.*

[2] La prohibición en la Regla de 1221, cap. XII: «*Et nulla penitus mulier ab aliquo fratri recipiatur ad obedientiam, sed dato sibi consilio spirituali, ubi voluerit agat pœnitentiam*», tal vez tenga en vista alguno de tales abusos; aunque más probablemente se refería a la costumbre medieval de exigir juramento de obediencia a los discípulos o penitentes.

[3] Así lo conjetura Ed. Lempp; véase *Frère Élie*, pág. 42. Pero la comunidad de leprosos de Juan de Compello parece haber sido un intento singular y fanático de formar una hermandad y no un desenvolvimiento del movimiento penitencial franciscano. Sin embargo, pudo tomar la idea de alguna congregación o comunidad incipiente de penitentes.

[4] Con referencia a los «Humiliati», véase Tiraboschi, *Vetera Humiliatorum Monumenta;* Bolland., *Acta S. S.*, septiembre, VII, pág. 320 *seq.* Jacques de Vitry habla de ellos en su conocida carta de 1216 y en su *Historia Occidentalis* (Douai), páginas 334-7.

para los ejercicios religiosos y estaban bajo la autoridad de un «ministro», que ellos mismos elegían. De hecho, crearon el comunismo religioso; pero no eran «religiosos» en la acepción ordinaria de la palabra. Quedaban en libertad de casarse y vivir en su casa. Cuando, por fin, se les permitió volver a Milán, siguieron practicando en su patria el mismo género de vida.

Cualquiera sea el valor de esta tradición, es lo cierto que cuando Inocencio III subió al trono pontificio, los «Humiliati» estaban muy afianzados en el territorio milanés y el comercio de lanas tejidas se hallaba casi exclusivamente en sus manos. Tenían sus lugares de reunión, dedicados tanto a la contratación mercantil como a los ejercicios religiosos[1]. No todos, sin embargo, eran tejedores de lana, pero tenían algún otro oficio. Vestían un sencillo hábito gris de lana.

A fines del siglo XII, los «Humiliati» habían producido dos retoños de carácter monástico. Uno de ellos era una institución para hombres y para mujeres, que añadían a la común observancia de la fraternidad los tres votos religiosos; el otro era un instituto de sacerdotes que vivían en comunidad[2]. La Regla, aprobada en 1201 por el Papa Inocencio, pertenece, no obstante, a la fraternidad seglar primitiva[3] y es ésta la que Hugolino tomó por base de la Regla que hizo escribir para las nuevas fraternidades de penitentes seglares.

La Regla de 1201 proponía a sus adherentes como fin primero la imitación de Jesucristo en su humildad y mansedumbre. Los «Humiliati» debían ser pacientes en la adversidad, amar a Dios y al prójimo, aun a los enemigos, y portarse con los demás como querían que los demás se portasen con ellos. Debían reparar todo perjuicio causado por ellos y obedecer a los prelados de la Iglesia. Pero el interés principal de esta Regla consiste en las disposiciones oficiales destinadas a prevenir los males propios de aquella época. En la fraternidad los casados debían permanecer fieles al lazo conyugal, y los esposos no debían separarse, «salvo en caso de forni-

---

[1] Esos lugares se llamaban *convenia* o *parlatoria*: de ahí que los Humiliati fuesen también denominados *Fratres de convenio*.

[2] El organizador de la sociedad de Sacerdotes «Humiliati» fué San Juan de Meda (véase *Acta S.S., loc. cit.*). Es digno de notarse que más adelante esta comunidad de sacerdotes vino a ser llamada «Orden Primera de los Humiliati», aunque cronológicamente fué posterior a las otras dos. Análogamente, las comunidades monásticas de hombres y mujeres fueron llamadas de la Segunda Orden y la fundación originaria, Orden Tercera de los Humiliati.

[3] Véase *Epist. Innoc. III*, «*Incumbit vobis*», del 7 de junio de 1201, en Tiraboschi, vol. II, págs. 128-34; Potthast, 1416.

cación». Ninguno podía poseer diezmos, «porque en manera alguna es lícito que los seglares retengan los diezmos», ya que tanto los diezmos como las primicias de los frutos de la tierra deben ser entregados a la Iglesia. Además, de los bienes y frutos que les quedaban después de pagar sus diezmos, debían dar limosna a los pobres; y todos los bienes superfluos que les quedaban después de proveer a su sustento frugal, debían ser repartidos entre los pobres. En cuanto a su vestir, no debía pecar de suntuoso ni de miserable, «porque no convienen a un cristiano una indigencia afectada ni un cuidado extremado». Debían ayunar en días determinados y observar las horas canónicas, diciendo a cada hora siete Padrenuestros en honor de los dones del Espíritu Santo. Tenían obligación de cuidar a los hermanos y hermanas enfermos y si morían, asistir a su entierro. Finalmente, debían reunirse los domingos en algún lugar a propósito, donde, «con permiso del obispo diocesano, un hermano de fe probada y ciencia religiosa, ejemplar en obras y palabras, dirigía una exhortación a los allí reunidos para escuchar la palabra de Dios, amonestándoles a fin de que viviesen rectamente y practicasen obras piadosas. Mas no debían hablar de los artículos de la Fe ni de los sacramentos de la Iglesia» [1]. A veces en tales reuniones, hablaban diferentes hermanos. Tal era la Regla primitiva de los «Humiliati», aprobada por la Santa Sede.

Pero el papa Inocencio impuso en seguida otro precepto: los «Humiliati» no debían prestar juramento sin necesidad [2]. Aunque entre los principios penitenciales parezca este precepto de poca monta, tuvo no obstante un gran alcance en los años siguientes; se oponía directamente al juramento feudal que obligaba a un hombre a sostener a su señor o a la autoridad feudal en cualquier querella, aunque fuese injusta o arbitraria. Y de hecho, al negarse los «Humiliati» a prestar juramento feudal, entraron ellos en conflicto con las autoridades civiles, y la persecución de que fueron víctimas motivó que en 1214 Inocencio dirigiese una vigorosa reprimenda a los magistrados y gobernadores de la Lombardía [3]. Semejante obliga-

---

[1] Es decir, habían de «predicar la penitencia» o pronunciar discursos morales, pero no exponer teología. Tan sólo los «predicadores» propiamente dichos podían exponer teología. El permiso dado a los «Humiliati» es el mismo que Inocencio III dió a Francisco al encomendarle la misión de predicar la penitencia; pero esta misión debía abarcar más ancho campo. Podía predicar la penitencia «por todo el mundo» y no únicamente en las reuniones de frailes. La Regla de la Orden Tercera Franciscana, como veremos, dió a los ministros de los terciarios un privilegio exactamente igual al de los «Humiliati».

[2] Tiraboschi, vol. II, págs. 135-8; Potthast, 1415.

[3] Tiraboschi, vol. II, pág. 156; Potthast, 4944.

ción impuesta a los penitentes lombardos fué un rasgo de genio; porque vino a ser un arma poderosísima en manos de la Iglesia en sus relaciones con los turbulentos gobiernos comunales y con el Imperio mismo; y no es de sorprender que tanto los representantes de éste como los magistrados de las ciudades se negasen a reconocerla y buscasen el modo de poder castigar a los que ajustasen a ella su conducta [1].

Pero los «Humiliati», aunque aprobados por la Iglesia, no estaban siempre al abrigo de toda sospecha por parte de las autoridades eclesiásticas [2]; verdad es que algunos se pasaban a los herejes [3]. Y, como todos los movimientos penitenciales primitivos, tenían un tinte de sombrío puritanismo. No sabían interpretar la belleza y la libertad del Evangelio; su religión no conocía los gozosos cantos [4] y por esta razón no pudieron captarse el nuevo espíritu de la época, sediento de vida y libertad. Hasta el fin, no fueron más que una simple fraternidad provincial, o una secta religiosa.

¡Cuántas veces el espíritu observador del Cardenal Hugolino no debió comparar la fraternidad Lombarda con la de Umbría! Ya lo hemos dicho, fué probablemente en Lombardía donde concibió la idea de una nueva fraternidad seglar, tal como la propuso a Francisco, cuando le vió en el curso de invierno 1220-1221 [5].

Por desgracia, la Regla original de la Orden de Penitencia —que así se llamaba la nueva fraternidad— que el mismo Cardenal compuso en el concurso de Francisco [6], está actualmente perdida, sino

---

[1] Así, aplicaron un impuesto de guerra a los que rehusaron tomar las armas al ser invitados a ello. Véase más adelante, en este mismo capítulo.

[2] Véase *Epist. Honorii III*, en Tiraboschi, vol. I, pág. 77.

[3] *Chron. Burchardi*, en *Mon. Germ. Hist. Scrip.*, t. XXII, pág. 376.

[4] Véase Gebhardt, *L'Italie Mystique*, págs. 34 y 35.

[5] Mariano de Florencia afirma que la Regla de la Orden Tercera fué escrita en 1220 por Francisco y Hugolino, al permanecer ambos en Florencia. Pero se ha probado que Hugolino no estuvo en Florencia en 1220. Véase *Archiv. Franc. Hist.*, an. II, fasc. I, pág. 96.

[6] Las crónicas contemporáneas no ocultan la parte decisiva que tomó el Cardenal Hugolino en la institución de la Orden Tercera. El autor de la *Vita Gregorii IX*, en Muratori, *Rerum Ital. Script.*, tom. III, pág. 575, dice: «*Pœnitentium Fratrum et Dominarum inclusarum novos instituit ordines et ad summum usque provexit. Minorum etiam ordinem intra initia sub limite incerto vagantem novæ regulæ traditione direxit et informavit informem*».

Hugolino, por consiguiente, según este autor, *instituyó* las dos órdenes de Damas Reclusas (Clarisas Pobres) y de Hermanos de Penitencia (terciarios), pero sólo dirigió la organización de los Frailes Menores. La distinción entre los dos papeles desempeñados por el Cardenal, como institutor y director, merece ser notada. Hugolino no fué mero consejero de Francisco en la composición de la Regla de la Orden Tercera, como tampoco lo fué en las Constituciones Hugolinas para Damas Pobres;

destruída; y la versión más antigua que conocemos data de 1228, siete años después de la institución de la fraternidad [1] y es probable que entonces algunos de los preceptos originales apareciesen ya modificados. Tal como ha llegado hasta nosotros, no es un documento que nos hable al corazón, a menos que se lea pensando en las circunstancias de la época y en el fervor religioso que la hacian posible. Es un código legislativo, muy claramente expuesto y pensado sosegadamente, como pudiera escribirlo un jurista eclesiástico dispuesto a su defensa ante un tribunal. No revela nada del ardiente idealismo de los primeros días franciscanos; no tiene siquiera el fervor evangélico que anima la Regla del papa Inocencio para los «Humiliati»; es simplemente una Regla de conducta externa. Los hermanos de ambos sexos están obligados a una simplicidad austera en el vestir; el precio y la estofa de su indumentaria está fijada rígidamente a la manera de las leyes suntuarias de la Edad Media. Deben observar ciertos ayunos y abstinencias y recitar un número determinado de Padrenuestros por las horas canónicas, a menos que se hallen en estado de leer el salterio, debiendo en este caso recitar los salmos según el uso de la Corte Pontificia, o cuando menos un número igual de salmos. No han de tomar parte en banquetes y espectáculos; eran éstos un aspecto inmoral de la vida pública de aquel tiempo. Deben confesar sus pecados y recibir la Sagrada Comunión tres veces al año; satisfacer los diezmos atrasados y pagar los venideros puntualmente. No deben llevar arma alguna y, salvo en ciertos casos aprobados por el Sumo Pontífice, no deben

---

en ambos casos fué considerado su autor *. Bernardo de Besse, escribiendo algo posteriormente, dice también que el Cardenal Hugolino escribió la Regla de la Orden Tercera, consultándosela a Francisco.

He aquí sus palabras: «*In regulis seu vivendi formis ordinis istorum dictandis sacræ memoriæ dominus papa Gregorius in minori adhuc officio constitutus, beato Francisco intima familiaritate conjunctus, devote supplebat, quod viro sancto in dictandi scientia deerat.*» (*Lib. de Laudibus*, ed. Hilarin a Lucerna, pág. 76.)

* [Aunque difícilmente podrá ser bastante ponderada la positiva influencia que ejerció el Cardenal Hugolino en la obra de organización y consolidación de las instituciones franciscanas, sin embargo, creemos que no pueden ser interpretadas en sentido rigurosamente literal las afirmaciones del panegirista autor de la *Vita Gregorii IX*, que podrían fácilmente inducir a error al lector sobre la indiscutible paternidad de San Francisco respecto de la segunda y tercera Orden. En todo caso, resultará siempre una verdad históricamente inconcusa que de Francisco recibieron el espíritu vital, el alma, ambas instituciones, aunque de Hugolino recibieran el esqueleto orgánico o constitución reglamentaria, como se desprende de la documentada exposición de nuestro autor]. — *Nota de los Editores.*

[1] Esta es la Regla llamada «de Capestrano». Véase Apéndice III.

prestar juramento legal. No pueden recurrir a los tribunales seculares para dirimir los litigios que surjan entre ellos; vienen obligados a hacer testamento, si poseen algún bien, dentro de los tres meses de su profesión, Antes de ser admitidos en la fraternidad, los novicios pagarán sus deudas; también deben estar en paz con sus vecinos. No puede ser admitida ninguna persona suspecta de herejía, sin ser antes absuelta por el tribunal episcopal; ni la mujer casada sin el consentimiento del marido. Si un hermano causa escándalo y no quiere repararlo, será expulsado de la fraternidad y denunciado al magistrado o gobernador del país.

Dadas las condiciones políticas y sociales de los comienzos del siglo XIII, la Iglesia, con estos reglamentos, echaba el guante a todo lo establecido y convencional. Atacábase sin contemplación el lujo verdaderamente monstruoso en la comida y en el vestir, así como el amor desordenado de los placeres, que envolvían a todos, hombres y mujeres, en el torbellino de torneos, espectáculos y festejos públicos, con abandono de la práctica de la religión y de los graves negocios de la vida; también herían de muerte la degenerada constitución feudal de la sociedad que ligaba con juramento a los hombres a luchar por su partido, fuese justa su causa o no lo fuese. Desde este punto de vista, la Regla lleva impreso el sello de hombre de Estado del Cardenal Hugolino; estaba destinada a encauzar el disperso entusiasmo religioso creado por Francisco en una acción influyente encaminada a la destrucción de los abusos sociales y políticos que iban armando el mundo contra la Iglesia y contra el Evangelio. Busca uno en vano en la Regla, tal como ha llegado hasta nosotros, la expresión del mensaje universal promulgado por Francisco: así como buscamos en vano la esencia de la vida franciscana en las Constituciones que el Cardenal dió a las monjas de Santa Clara.

Mas tanto en el caso de la nueva fraternidad de penitentes como en el de las Damas Pobres, las Constituciones Hugolinas no representaron nunca la integridad de su vocación, ni el espíritu en que vivían. Tras el Cardenal estaba Francisco, y su palabra era la plenitud de la Regla, a la cual ajustaban su vida; y ante esta ley inclinábase el mismo Cardenal con afectuoso respeto, si no con entera convicción. Hallamos, pues, en las vidas de los primeros penitentes el mismo amor a la pobreza y la misma caridad ilimitada hacia el prójimo necesitado o afligido, notas características que infunden aquel gozo inalterable en la vida de los primeros frailes. Así fué reconocida la ley —ora escrita en la Regla original, ora simplemente oral, que esto no podemos decirlo a punto fijo—, que obligaba a los penitentes a distribuir cada año entre los pobres el dinero so-

brante, una vez atendidas sus necesidades [1]. Muchos, al ingresar en la fraternidad, abandonaban de una vez lo que no les era estrictamente necesario. Cuidaban los enfermos en sus casas y en los hospitales y así pasaban la vida, cada cual en la medida posible, en santa emulación con los moradores de la Porciúncula.

La nueva hermandad creció rápidamente; en pocos años se establecieron en toda Italia congregaciones locales y los penitentes llegaron a ser una fuerza social que el poder secular hubo de tomar en consideración. Su vestido mismo era un desafío a la ostentación mundana que los rodeaba; no se les permitía usar sedas ni trajes de colores; las pieles que llevaban no podían ser otras que de cordero; y tenían prohibida la moda de las mangas abiertas y flotantes [2].

Por otra parte, por el hecho de estar constituídos en corporación religiosa, quedaban sujetos a los tribunales eclesiásticos y no a los seculares. Los magistrados municipales y los gobernadores de ciudades y provincias no tenían derecho de imponerles funciones o cargos públicos que contraviniesen a la letra o a la finalidad de su profesión; el poder secular no podía legalmente obligarles a tomar las armas o a desempeñar un cargo civil.

Formaban un cuerpo aparte, como los frailes y las monjas. Allá donde se establecía una congregación de penitentes, las autoridades seculares se hallaban en presencia de un grupo de ciudadanos que, al separarse de los negocios mundanos, eran protegidos oficialmente por la legislación de la Iglesia, que convivía con las leyes del Imperio y del municipio [3]. Los magistrados y gobernadores protestaron, como lo habían hecho ya con los «Humiliati», y trataron de oponerse a las pretensiones de la nueva hermandad. Pero la Iglesia les salió al paso no solamente en el terreno legal, sino también en el moral. Los penitentes eran hombres de paz según el Evangelio, y no podían, por consiguiente, ser compelidos a tomar parte en el servicio militar feudal y en las guerras, que solían encenderse en oposición a todos los principios cristianos y contra el bien común de la cristiandad. Eran, además, hombres que pospo-

---

[1] La bula *Detestanda*, del 30 de mayo de 1228, menciona esta práctica como una de aquellas que las autoridades civiles entorpecían (Véase Sbaralea, *Bull.*, I, páginas 39 y 40).

[2] *Regula Antiqua*, cap. I. La regla referente al vestido, podía no obstante, interpretarse en sentido lato según la categoría de las personas o las costumbres locales, especialmente tratándose de mujeres casadas.

[3] La primera intervención de la Santa Sede en defensa de los nuevos penitentes tuvo lugar en 16 diciembre de 1221, al dirigir Honorio III una carta, «*Significatum nobis*», al Obispo de Rimini, ordenándole que protegiese los penitentes de Faenza y sus contornos contra los magistrados. (Véase Sbaralea, *Bull.*, I, pág. 8).

nían toda consideración terrestre a los derechos de la justicia y de la caridad cristianas; y en consecuencia, el poder secular no debía obligarles a aceptar oficios públicos que se ejercían notoriamente con corruptela y espíritu de partido [1], como tampoco podían cohonestar la práctica de la usura y el dolo que dominaban en los negocios [2].

Los gobiernos comunales habían usado de todo su poder para implantar entre sus subordinados toda clase de costumbres poco conformes a la doctrina cristiana; y la Iglesia replicó sustrayendo a la jurisdicción municipal, cuando menos en las materias que afectaban a la profesión de cristiano, a todo individuo que aspirase a una vida más perfecta [3]. Esto dió pábulo en muchos lugares a nuevas guerras civiles entre los partidarios del desorden y de la rapiña y los defensores de la idea de paz y ayuda mutua entre vecinos.

La historia del desenvolvimiento de la hermandad de penitencia, la manera cómo llegó a ser apoyo del Papado en su lucha contra el Imperio, no entran en el plan de este libro; aquí nos importan únicamente sus orígenes y sus relaciones con Francisco. Como hemos visto, esta institución fué en parte creación del Cardenal

---

[1] Humberto de Romanis, Maestro General de los Frailes Predicadores, dice que los penitentes rehusaban «cargos a los que iba vinculado el pecado». (Véase Sbaralea *Bull.*, I, pág. 142, nota c).

[2] Véanse las bulas «*Significatum est*», *ut supra*; «*Nimis patenter*», del 25 junio 1227 (Sbaralea, *Bull.*, I, pág. 30); «*Detestanda*», de marzo de 1228 (ibid., páginas 39 y 40); «*Nimis patenter*», del 5 abril de 1231 (*ibid.*, pág. 71); «*Ne is qui bonis*», del 15 marzo de 1232 (*ibid.*, pág. 99); «*Ut cum majori*», del 21 noviembre de 1234 (*ibid.*, pág. 142). Según estas bulas, los penitentes estaban exentos de prestar juramento, salvo en interés de la Fe de la Iglesia y en la otorgación de testamentos; no se les podía obligar al servicio militar, ni a pagar los tributos de guerra impuestos a los que no tomaban las armas, ni a aceptar cargos públicos; ni se les podía privar de repartir sus bienes supérfluos entre los necesitados.

Los penitentes, no obstante, no siempre rehusaban pagar los impuestos de guerra, cuando se trataba de la defensa de su país. El Beato Pedro de Siena (muerto en 1289), por ejemplo, tuvo empeño en pagar el impuesto de guerra, aunque, siendo como era penitente, los magistrados no querían acetpar el dinero. «Tomadlo —les dijo—, porque pertenece a mi país, cuando lo necesita para su defensa» (Véase Waddingo, *Annales*, *an.* 1289).

[3] La autoridad que se atribuían los municipios italianos dejaba muy poca libertad de acción a los individuos, aún en el orden más íntimo de la vida. La vida privada estaba reglamentada por decretos consulares. El vestido, la vivienda, y aun los árboles que se podían plantar en el jardín, eran objeto de minuciosas prescripciones. Bien observa Emile Gebhardt: «*La cité italienne n'ést, en effet, une œuvre de liberté et d'égalité qu'en apparence. La communauté y surveille et y entrave l'individu, car les franchises de l'association republicaine ont pour garantie l'abdication de toute volonté personnelle*» (*L'Italie Mystique*, pág. 21). La jurisdicción eclesiástica de la Edad Media recibió, al principio cuando menos, la aprobación de la opinión pública como medio de sustraerse a esta tiranía secular.

Hugolino, y como a tal pertenece a la historia general de la Santa Sede en el siglo XIII; fué, no obstante, legítima derivación del movimiento franciscano de renacimiento de la Fe. Sin Francisco, difícilmente hubiera llegado a existir.

La primera congregación de penitentes fué establecida en Florencia, probablemente por intervención directa del Cardenal[1]; y adviértese en ella el espíritu propio de la Orden franciscana, porque en seguida fundó un hospital en el cual los enfermos pobres eran cuidados por los penitentes[2]. Y de hecho, dejando aparte la influencia política y social que la nueva hermandad de penitencia haya podido ejercer en lo sucesivo, su gloria principal es aquel espíritu sublime de compasión amorosa y desprendimiento del mundo, que se lee en las páginas de la historia de sus comienzos.

Fué prototipo de penitente franciscana Santa Isabel de Hungría; sacaba los enfermos pobres de sus chozas y hacíalos trasladar a su castillo de la Wartburg, donde los cuidaba ella misma con solicitud fraterna. Cuando, relevada del peso de los negocios de Estado, renunció a la pompa y etiqueta de la vida de la corte, tomó por vivienda una humilde casita y se dedicó al trabajo manual, como hacen los pobres para ganarse el pan. Más tarde, referíase con complacencia cómo su esposo, el duque de Turingia, buscando en un pliegue de su manto el pan que llevaba secretamente a los pobres, sólo descubrió rosas blancas y rojas. Estas rosas son, cuando menos, símbolo de la suave caridad que convertía su humilde servicio de los pobres en manantial del más puro gozo. Y esta suave caridad es como un nimbo áureo que ilumina la historia de los primeros penitentes franciscanos.

Veamos, por ejemplo, la historia del mercader Luchesio, que fué, según la tradición, el primer penitente admitido en la hermandad. Cuando Francisco le conoció en la primavera de 1221, vivía retirado de sus negocios y desterrado en Poggibonzi, en el territorio florentino, edificando a sus vecinos con su caridad y piedad. Lu-

---

[1] Mariano de Florencia dice que la congregación florentina fué establecida el 20 de mayo de 1221. Tal vez pudo consultar documentos de los archivos de la ciudad que no nos son conocidos. Véase Bartholi, *Tract. de Indulgentia* ed. Sabatier, apéndice, págs. 160 y 161; *Compendium Chron. FF. Min.*, en *Archiv. Franc. Hist.*, an. II, fasc. I, pág. 98. El Cardenal Hugolino y Francisco se hallaban en Florencia en abril de 1221. (Véase Rob. Davidsohn, *Geschichte von Florenz*, II, Band I, páginas 125-9).

[2] Véase Waddingo, *Annales*, *ad an.* 1221; Sbaralea, *Bull.*, II, pág. 293. El hospital estuvo situado al principio en la Piazza de Santa María la Novella; fué después trasladado a la iglesia de San Martino, siendo llamados los penitentes por esta circustancia Hermanos y Hermanas de San Martino.

chesio no se había distinguido siempre por su vida cristiana; en su juventud fué mercader afortunado en Cagiano, en el territorio de Siena, donde se le conocía por su carácter alegre y sus ambiciosos anhelos por ocupar un lugar prominente. No le repugnaba adular a los nobles y a las personas influyentes, a quienes prestaba dinero y regocijaba con sus rasgos de ingenio. Casó con una mujer notable por su talento y su belleza, que compartió sus ambiciones y contribuyó no poco a su popularidad. Llamóla el pueblo la Dama Buena, «Buona Donna», nombre que justificó plenamente en las vicisitudes que sufrió la carrera de su esposo.

Luchesio fué de exaltadas ideas políticas; de no haberlo sido, no gozara de tanta consideración social. Mas habiendo la fortuna inconstante abandonado a los güelfos para sonreír a los gibelinos, Luchesio hubo de refugiarse en la hospitalaria ciudad florentina de Poggibonzi. La adversidad y el destierro aleccionaron su espíritu y le inspiraron sinceros sentimientos religiosos; preparáronle, en fin, a escuchar las palabras de Francisco, el buscador de almas. Con el consentimiento de su fiel Buona Donna, vendió todos sus bienes, exceptuando cuatro acres de tierra, y dió el producto a los pobres. Marido y mujer recibieron de manos de Francisco el hábito incoloro de los penitentes. Y desde entonces él cultivó su modesta hacienda y vivió de su labor. Su casa se convirtió en hospedería de pobres, a los que, imitando a Francisco, daba de comer antes de comer él. Emprendía a menudo largas caminatas en busca de enfermos para trasladarlos a su casa, llevándolos a veces en asno, cargándolos otras veces sobre sus propias espaldas. Buona Donna los cuidaba solícita. Cuando la «malaria» hacía estragos, Luchesio iba a las regiones infestadas, llegando a veces hasta los países costeños, distribuyendo medicinas y alimentos. Cuando sus propios recursos escaseaban, iba de puerta en puerta pidiendo a sus vecinos lo que necesitaba para dar de comer a los hambrientos.

Luchesio y su esposa pasaron a mejor vida en pleno cumplimiento de sus obras de socorro a los necesitados y en abnegado amor de Dios y del prójimo. Fieles compañeros en vida, fuéronlo también al morir. Ambos cayeron casi a un tiempo gravemente enfermos. «Buona Donna» rezó para no sobrevivir a su marido y su ruego fué escuchado. Luchesio se levantó del lecho para asistir a su mujer en su última agonía; después, volvióse a acostar y falleció. «No los separó la muerte» [1].

---

[1] Véase *Acta S.S.*, abril, III, págs. 594 *seq.*; *Chron. XXIV Gen.*, en *Anal. Franc.*, III, pág. 27; Waddingo, *Annales*, *ad an.* 1213 y 1221.

## Capítulo VII

### LOS FRAILES FUNDAN UNA ESCUELA

Ahora, amigo lector, debo fijar tu atención sobre la cuestión de las escuelas de los frailes, causa de tantos pesares para Francisco en los últimos años de su vida y de inacabable controversia de entonces acá entre cuantos se han ocupado del Santo.

No faltan quienes nos quisieran convencer de que Francisco fué enemigo declarado del saber y que, si ello hubiese estado en su mano, proscribiera para siempre de la orden la enseñanza de las escuelas. Y es en verdad muy fácil citar palabras suyas que, tomadas independientemente de las circunstancias en que fueron pronunciadas y del contexto de su vida, parecen favorecer esta opinión. Pero tratándose de Francisco, más que si se tratara de otra persona alguna, presentar así su figura fuera traicionarle. Debemos recordar que no era un filósofo acostumbrado a formular proposiciones abstractas o universales. Fué en todo tiempo hombre de acción, preocupado únicamente de los casos concretos que le salían al paso; y ocurre que la mayor parte de frases suyas referentes a la ciencia de los libros, fueron hijas de la lucha que hubo de sostener para la conservación de la vida misma de la Orden que había fundado; y precisamente en esta lucha, la cuestión de los estudios escolásticos fué defendida en primer término por los mismos que no simpatizaban con el fin primitivo de la Orden y buscaban una orientación fuera de ella. Si hubiesen logrado todo lo que se proponían, la Orden hubiera sufrido una transformación total, quedando constituída como algo extraño del todo a su carácter y vocación. Francisco, por consiguiente, se hallaba en la situación del hombre que está obligado a defender el depósito que se le confió contra los ataques de los que quisieran arrebatárselo para destinarlo a algún uso perverso.

En semejantes circunstancias, entrar en discusión amigable con el enemigo a las puertas sería algo muy parecido a una traición. La petición de algunos frailes para estudiar en los libros y frecuentar las escuelas entrañaba el deseo, expresado más o menos encu-

biertamente, de hacer una revisión del ideal de pobreza y aproximarlo todo lo posible a lo que los disidentes consideraban de mayor utilidad para la fraternidad; y de este modo el asunto de los estudios se vió mezclado a una cuestión de administración basada en la prudencia del siglo, lo que significaba para el alma de Francisco una traición a la vida de pobreza.

Digámoslo de una vez para restablecer la verdad en este punto: Francisco no anatematizaba los estudios académicos y el estudio de los libros como mal intrínseco; pero estimaba que el tesoro supremo de su vocación era aquel conocimiento del corazón que se adquiere en la batalla de la vida, cuando el hombre pelea denodadamente por el triunfo de la causa a la cual se ha consagrado. Todo estudio extraño a esta finalidad era a sus ojos un lujo intelectual y un apartamiento del negocio único y verdadero de la vida, con mayor tendencia a satisfacer la vanidad personal que a contribuir al servicio de Dios.

Estaba, pues, firmemente convencido de que los libros y las escuelas que solicitaban los frailes no tenían una relación directa con su vocación, sino que obedecían a otros propósitos; lo cual en buena parte era cierto, pues de no ser así, no hubieran tenido razón de ser las ásperas controversias que por aquel entonces se produjeron. Francisco, en realidad, en vez de ser indiferente a la cultura intelectual, sentía por ella una natural inclinación. Acataba muy especialmente las personas cuyos juicios iban avalados por una sólida instrucción y más todavía los teólogos de buena cepa que hablaban de religión con conocimiento de causa; a éstos llamábalos señores entre los hombres y merecedores de todo homenaje[1]. Debe notarse que solía confiar a los frailes más instruídos los cargos de mayor responsabilidad. Así nombró a Pedro Catanio, doctor en leyes, su primer Vicario General; envió a Pacífico, el poeta laureado en cien certámenes, a Francia como ministro; los dos Vicarios elegidos para gobernar la fraternidad durante su expedición a Oriente fueron ambos hombres de dotes intelectuales; fray Elías, como ya sabemos, había gozado de cierta reputación en las escuelas de Bolonia. Francisco mismo no estaba desprovisto de cultura; había sentido fuertemente la influencia de la nueva literatura romancesca de su tiempo y en sus pláticas a los frailes citaba los romances de caballería y rivalizaba con los trovadores de Provenza. Hubo un momento en que se sintió atraído por estudios más serios[2], y el in-

[1] Véase *Testamentum S. Franc.*: «*Et omnes theologos et qui ministrant verba divina debemus honorare et venerari sicut qui ministrant spiritum et vitam*».

[2] Véase *Spec. Perfect.*, cap. 4: «*Ego similiter tentatus fui habere libros*», etc.

cidente que vamos a referir no deja de tener valor. Los frailes le manifestaron un día el deseo que tenían de estudiar la Escritura; no poseyendo más que un ejemplar del libro sagrado, Francisco separó sus hojas y entregó así a cada fraile una parte del mismo, para que no hubiesen de esperar que el volumen entero pasase por turno de uno a otro [1].

Mas lo que le indignaba con referencia a muchos hombres de estudios entrados en la fraternidad, era su modo de practicar lo que ahora llamamos la teoría de «la ciencia por la ciencia». Afirmaba él que la ciencia únicamente tiene valor según sea su influencia en el carácter y en las acciones. Solía decir: «Tanto sabe un hombre, cuanto practica las buenas obras; y un religioso en tanto reza bien, cuanta sea la bondad de su trabajo: porque el buen árbol se conoce por sus frutos» [2]. También decía que «los que confían en el saber aprendido en los libros, cuando venga el día de la tribulación y de la lucha se hallarán con las manos vacías» [3]. Porque no es la ciencia, sino el cumplimiento del deber, lo que hace al hombre espiritualmente fuerte.

Además, no tenía en gran aprecio la predicación que se basa en lo aprendido en los libros más que en la experiencia espiritual. Decía que los frailes no eran llamados por Dios a ser oradores, halagando la fantasía del auditorio con elegancia de lenguaje y bellos conceptos, sino a ser predicadores de la Palabra Divina. Debían anunciar el mensaje de Dios; y este mensaje se aprendía mejor que en los libros, con la oración y la consideración interior de la Verdad Divina. Decía en consecuencia: «El predicador debe recoger con la oración secreta lo que después ha de derramar en el discurso sagrado; antes debe ser devorado por una hoguera interior, que pronunciar exteriormente frías palabras».

No es el bello decir el que convierte al pueblo, sino el espíritu ardiente. Francisco no podía menos de manifestar su desdén hacia los frailes que se vanagloriaban de haber alcanzado el aplauso de las gentes después de pronunciar un sermón cuidadosamente preparado. «¿Por qué os jactáis de haber convertido a muchos —exclamaba— si son mis sencillos hermanos los que los han convertido con sus oraciones?» [4]

La indignación que le producían los vanidosos instruídos prove-

---

[1] San Buenaventura, *Epist. de Tribus Quæstionibus*, núm. 10, en *Opera Omnia* (Quaracchi), vol. VIII, pág. 344 b.

[2] *Spec. Perfect.*, cap. 4.

[3] *Ibid.*, cap. 70.

[4] II Celano, 163 y 164.

nía en parte de su gran respeto a la misma vida. La vida con sus emociones y sus deberes era demasiado sagrada para servirles de juguete. La ciencia adquirida en la experiencia de la vida le inspiraba un sentimiento de temor; a su entender conducía a la presencia misma de Dios, fuente de toda verdad. Como muestra de la singular reverencia en que tenía esta ciencia más elevada, diremos cuánto respetaba toda palabra hablada o escrita, que simbolizaba a sus ojos esta revelación divina. Su respeto se manifestaba ingénuamente; no borraba nunca una palabra ya escrita por él, por poco necesaria que fuese al sentido de la frase y tenía la costumbre de recoger cualquier fragmento escrito que hallase en su camino, poniéndolo fuera de él en lugar seguro. Una vez se le hizo observar, sin duda por mofa, que el fragmento de manuscrito que había salvado de esta suerte era de un autor pagano; a lo cual respondió que no importaba, puesto que las palabras, tanto de los paganos como de otros hombres, procedían todas de la sabiduría de Dios [1].

Este profundo respeto por la palabra escrita se manifestaba también en su modo de leer; cuando llegaba a un pasaje que estimulaba su pensamiento, no leía ya más, sino que cerraba el libro y meditaba sobre lo que había leído, a fin de no perder ni una partícula de una cosa buena. Así es como quería que los frailes leyesen. Un buen libro leído de este modo, decía, es mejor que mil tratados leídos precipitadamente [2].

Francisco, ya se ve, no condenaba la lectura; mas queria que los frailes leyesen solamente lo que había de inflamar su corazón con el conocimiento cabal de su vocación. Y quería que pensasen más con el corazón que con el cerebro. Porque para un Fraile Menor vivir es ante todo amar a Jesucristo, y al mundo por amor a Cristo. Y según Francisco, Jesucristo, Señor de la fraternidad, era el único objeto digno de estudio. Mas no debemos entender esto en un sentido demasiado estrecho; recordemos que las hazañas de Rolando y los Paladines avivaban en Francisco el deseo de servir a su Divino Maestro. Todo lo que excitaba en su corazón un sentimiento generoso, le recordaba la vida y el servicio de su Señor, y todo lo que había de bueno y de noble en la tierra, sea en las acciones de los hombres, sea en la existencia de las demás criaturas, proporcionábale ocasión de acrecentar su saber. Descubría «lenguas en los árboles, libros en los corrientes riachuelos, sermones en las piedras, y el bien en todas las cosas» [3].

---

1 I Celano, 82.
2 II Celano, 102.
3 Shakespeare, *As you like it* (Como gustéis).

Todo le hablaba de la vida por la cual sentía verdadera avidez. Tal vez esta misma sensibilidad de su ser al percibir las voces de la naturaleza, contribuía a que no echase tan de menos los libros, como los hombres de intuición menos penetrante y corazón menos sensible; y tal vez por esta razón no acertaba a comprender la necesidad, que sienten los hombres en su mayoría, de buscar una interpretación de sus propias sensaciones en los escritos ajenos. Mas aunque esto pueda haber influído en su actitud contraria a la acumulación de libros entre los frailes, no era tal, sin embargo, la causa de su oposición. Ésta provenía de su noción instintiva de que muchos frailes con la lectura perdían la simplicidad de su corazón y el puro ideal de su vocación; y por una satisfacción exclusivamente intelectual dejaban de lado aquella ciencia del corazón que se alcanza con la vida espiritual y cumpliendo los propios fines; lo cual significaba la destrucción del carácter de la fraternidad. En las escuelas sólo se aprendía la ciencia especulativa o el conocimiento encaminado a fines puramente seculares; y por esta razón decía Francisco que si un hombre erudito entraba en la fraternidad y deseaba ser un verdadero Fraile Menor, debía antes en cierto modo desprenderse del lastre de la ciencia adquirida en el mundo.

En una ocasión, manifestó claramente su pensamiento en lo tocante a la admisión de los hombres de estudio: «Desearía que un hombre letrado viniera a dirigirme esta súplica: He aquí, hermano, que por mucho tiempo viví en el siglo y nunca conocí verdaderamente a mi Dios. Te ruego, por tanto, que me asignes un lugar apartado del tumulto mundano en que pueda recordar con dolor mis pasados años y donde recogiendo las fuerzas dispersas de mi corazón, dirija mi alma a cosas mejores. ¿Qué pensáis del provecho que a ese hombre le reportaran semejantes comienzos? En verdad, como león suelto, saldría fuerte para toda empresa. A ese tal podría a la postre confiarse con seguridad el verdadero ministerio de la palabra, porque derramaría de lo que abundaba» [1]. Esta parábola da la nota de la oposición de Francisco a los estudios académicos. En las escuelas los hombres «no conocían verdaderamente a su Dios».

Mas los frailes que clamaban por los estudios no discernían en la actitud de Francisco otra cosa que una oposición obstinada, y no fundada en razones, contra la ciencia. Y él, por su parte, no poseía el don de analizar lógicamente una situación y desenredar los hilos de una cuestión compleja. Y aunque hubiese poseído tal don, quizá tampoco le hubieran comprendido los demás, cuya mentalidad no iba más allá de un horizonte muy limitado.

---

[1] II Celano, 194.

Veían lo que hacían otros no pertenecientes a la fraternidad y pensaban que ellos podrían hacer lo mismo si fuesen como aquéllos. Los Frailes Predicadores, por ejemplo, estudiaban teología, y abrían escuelas, y llegaban a ser una potencia dentro de la Iglesia; ¿por qué no podían imitarlos? Sutilmente se introducía en sus pensamientos la noción del poder; adquirían conciencia de la fuerza latente de la fraternidad, así como una nación joven, con plétora de vida, se complace en sus energías; y ardían en anhelos de conquista. Era como una embriaguez del espíritu, que les impelía a someter el mundo con las propias armas del mundo. Y muchos de ellos sentían la fascinación que empezaba a atraer los hombres por millares a los grandes hogares de la ciencia, como Bolonia y Salerno [1].

Era difícil que la fraternidad, reclutada en todas las clases y condiciones, pudiese sustraerse al nuevo entusiasmo por el estudio que se había apoderado de la cristiandad.

El don de ciencia parecía entonces una cosa maravillosa. Las escuelas estaban todavía en aquel período en que la memoria y la imaginación se cultivan puede decirse con exclusión de la más profunda facultad de la reflexión y en que se da más importancia inmediata a las formas del saber y al arte de expresarlo que al saber mismo. Con todo, las escuelas parecían dar una libertad intelectual ilimitada y transformar como por ensalmo al hombre, de un puñado de tierra en substancia más etérea. La vanidad humana sentía una embriaguez que no podrán menos de perdonar los que recuerden en su propio caso la fascinación del primer ejercicio del intelecto y la primera tristeza que se siente al abrir los ojos a una más honda realidad. Gran número de frailes, procedentes de las escuelas y entrados en la fraternidad cuando ésta empezaba ya a ser una potencia entre el pueblo, no habían sufrido ninguna profunda crisis espiritual, que hubiera templado sus ánimos y dado a su ciencia una luz de gracia; habían cedido simplemente al entusiasmo despertado por Francisco. La enseñanza de la escuela era todavía el ídolo de sus aspiraciones.

Entre ellos y Francisco mediaba un abismo de incomprensión. Aquéllos hablaban de ciencia y de estudios, vuelto el corazón a una finalidad muy diferente de la de éste. Y esto es lo que Francisco deploraba. El afán de libros y escuelas era síntoma de un espíritu que se apartaba de la verdad por él enseñada, mirando el mundo exterior en el cual no tenía parte la pobreza. «Arrastrados por los

---

[1] Bolonia, según parece, contaba en aquel entonces diez mil estudiantes. Véase Denifle, *Die Universitäten des Mittelalters*, I, págs. 135 y 136.

espíritus malignos, estos frailes míos van a apartarse del camino de la santa simplicidad y de la altísima pobreza —exclamaba—. Recibirán dinero, donativos y legados de todas clases; abandonarán los lugares pobres y solitarios para construirse en villas y ciudades suntuosas moradas que proclamarán a la faz del mundo, no las excelencias de la pobreza, sino la pompa de los príncipes y señores del mundo; con astucia, prudencia humana e importunidad alcanzarán de la Iglesia y de los Soberanos Pontífices privilegios que, no solamente relajarán, sino aun destruirán la pureza de la Regla que han prometido observar y de la vida que Cristo les ha revelado.» [1]

El conflicto se presentó en forma aguda a propósito del convento que Pedro Stacia había edificado en Bolonia durante la estancia de Francisco en Oriente. A los ojos de éste, aquel convento era símbolo del mal que el deseo no santo de instrucción podía producir en los frailes, llevándoles a despreciar la pobreza y simplicidad propias de su vocación. No podemos decir si Pedro Stacia había querido fundar una escuela de teología como los Dominicos, o si pretendía que los frailes siguiesen en Bolonia el «curriculum» ordinario de leyes y artes en la universidad. En uno u otro caso, había obrado abiertamente contra las intenciones de Francisco y con manifiesto desdén del espíritu de la fraternidad. Al maldecir a Pedro Stacia, maldecía Francisco la ambición secular que invadía la Orden. Semejante maldición aterrorizó a muchos, tanto más cuanto no se pudo lograr que Francisco en toda su vida la revocase; pero, no calmó las inquietas ansias de estudio. Fray Elías, por su parte, las favorecía deliberadamente y permitía, aún a los frailes legos, que poseyesen libros de estudio. Y éste fué para Francisco el peor de los males; porque, desde que comenzó aquella agitación, había puesto toda su confianza en los legos, a quienes tenía por columnas de la simplicidad de la fraternidad [2].

Escuchó, pues, con dolorosa indignación la petición de un salterio que le hizo un día un novicio lego. El Vicario General le había dado su permiso, pero el novicio, conociendo los sentimientos de Francisco en este punto, no estaba tranquilo; no obstante, deseaba vivamente un salterio para leer y estudiar. «Padre —le dijo—, se-

---

[1] *Legenda Vetus*, núm. 1, en *Opuscules de Critique Historique*, tom. I, fasc. III, págs. 87 y 88. Este pasaje indudablemente expresa los temores de Francisco, aunque tal vez aderezados al estilo del autor de la leyenda. Compárese con II Celano, 69, 157.

[2] Véase *Spec. Perfect.*, cap. 72; Eccleston [ed. Little], col. XIII, pág. 88. La táctica de Elías tuvo por objeto favorecer a los legos y ganar su adhesión; los legos fueron después sus principales defensores. Véase Salimbene, *loc. cit.*, págs. 99 y 100.

ría para mí una gran satisfacción poseer un salterio y el General me ha dado permiso para tenerlo; mas quisiera que fuese con vuestro consentimiento y aprobación.»

Francisco acogió la súplica desahogando un dolor reprimido de tiempo: «El Emperador Carlos, Rolando y Oliverio y todos los paladines y hombres poderosos que fueron esforzados en la guerra, persiguiendo a los infieles, expuestos a toda suerte de penas y fatigas, y aún a la misma muerte, alcanzaron un triunfo digno de memoria y al cabo perecieron en los combates, mártires de la fe de Cristo; pero ahora hay muchos que con sólo contar las hazañas de aquellos héroes quieren para sí la honra y el elogio de los hombres. Del mismo modo entre nosotros, muchos son los que con sólo recitar y predicar las obras que hicieron los santos, desean también honores y alabanzas». El novicio se retiró, pero volvió a los pocos días con la misma petición. Francisco estaba sentado junto al fuego. Cuando el novicio hubo expuesto su deseo, respondióle Francisco con cierta causticidad: «Y cuando tendrás el salterio, codiciarás un breviario. Y cuando tendrás un breviario, te sentarás en una silla elevada como un gran prelado y dirás a tu hermano: Tráeme mi breviario». Tomando entonces un puñado de ceniza, con ademán burlesco hizo como si se lavase la cabeza con ella, murmurando: «¡A mí, un breviario! ¡A mí, un breviario!» El novicio, avergonzado, presenciaba esta escena. Francisco tomóle después por vía de dulzura y persuasión: «Hermano —le dijo—, del mismo modo fuí tentado de poseer libros; pero mientras ignoraba todavía la voluntad de Dios acerca de este punto, tomé un libro en el cual estaban escritos los Evangelios del Señor y le rogué que, al abrirlo, me mostrase su voluntad; y terminada mi plegaria, abrí el libro y vi en seguida estas palabras del Evangelio: 'A ti te será dado conocer los misterios del reino de los cielos, pero a otros en parábolas'». Después de una pausa, añadió pensativo, como para sí: «Son tantos los propensos a exaltarse por el saber, que bendito será el que se torne ignorante por el amor del Señor Dios».

Durante algunos meses no se atrevió el novicio a pedir el salterio, hasta que, arreciando de nuevo la tentación, dirigióse otra vez a Francisco, estando éste junto a su celda de la Porciúncula. Francisco le respondió secamente: «Vé, y obra en esto tal como te diga el ministro». No había andado muchos pasos el novicio, cuando Francisco corrió tras él y le rogó volviese al sitio donde le había hablado. Arrodillóse entonces a los pies del novicio y confesó que había hablado sin razón contra la Regla. «Hermano, he obrado mal —dijo—, porque quien quiera ser un verdadero Fraile Menor no debe poseer nada más que lo que permite la Regla: una túnica, una

cuerda, calzas, y calzado quien lo necesite.» De este modo terminó el incidente con gran desazón del novicio [1].

Así estaba la cuestión pendiente entre Francisco y los frailes, cuando en 1221 ó 1222 —esta fecha no puede fijarse exactamente—, abrióse otra vez la casa de estudios de Bolonia, como hemos dicho, merced a la intervención del Cardenal Hugolino [2], quien, con motivo de una visita a Bolonia, declaró públicamente que aquella casa no pertenecía a los Frailes Menores, sino a la Santa Sede, y que los frailes tenían simplemente el uso de la misma. El objeto de esta declaración era acallar los escrúpulos de Francisco en materia de pobreza. Puede dudarse de si había dado su franco consentimiento a este arreglo; pero estando a salvo el principio esencial de la prohibición de poseer, no hizo ya más oposición a la vuelta de los frailes a dicha casa.

Queda fuera de duda que el Cardenal había llegado a la conclusión de que en interés de la Iglesia los Frailes Menores debían estudiar teología y tener escuelas teológicas. Muchas razones abonaban este paso; hombres de santidad heroica y de grandes luces del espíritu, como Francisco y algunos otros, podían ser excelentes predicadores careciendo de formación escolástica; pero no todos los frailes, ni siquiera una gran parte de ellos, poseían un grado tan excepcional de espiritualidad. Y aunque hubiese sido así, las circunstancias habían cambiado sensiblemente. Al principio, y aún en época más próxima a los acontecimientos que nos ocupan, los frailes se habían limitado a predicar «la penitencia», es decir, la verdadera conducta cristiana; no habían sido llamados a exponer los dogmas de la fe. Mas ante la difusión de la herejía, quería el Cardenal ensanchar el campo de predicación de los frailes, capacitándolos para instruir al pueblo en la fe y combatir a los herejes. Por esta sola razón hacíase indispensable la formación teológica; bastante sufría ya la Iglesia con los predicadores trashumantes que, con crasa ignorancia de la teología, enseñaban doctrinas heréticas [3].

Pero el Cardenal tenía además otros designios. Una de las necesidades más apremiantes de la época era la creación de escuelas teológicas para la instrucción del clero. En las universidades, o se excluía la teología, o se exponía dentro del curso general de estu-

---

[1] *Spec. Perfect.*, cap. 4; II Celano, 195.

[2] Hugolino se hallaba en Bolonia en julio, agosto y octubre de 1221. Véase Guido Levi, *Registri*, págs. 24, 38, 108, 121. Estaba todavía en Italia septentrional a principios de 1222 y es posible que volviese entonces a visitar Bolonia, aun cuando no haya recuerdo de su visita. Véase libro III, capítulo V.

[3] Véase, por ejemplo, la Constitución de Odón, obispo de París, referente a los predicadores ignorantes. Harduin, *Acta Concil.*, VI, pág. 1945, núm. 41.

dios sobre principios puramente especulativos, que conducían a toda suerte de herejías. La filosofía aristotélica se atribuía una autoridad mayor que la de los Padres de la Iglesia para la interpretación de la Sagrada Escritura [1]. Aun en las escuelas monásticas enseñábanse principalmente leyes y medicina y descuidábase el estudio de la Escritura y la teología [2]. La Santa Sede había tratado de poner remedio a este mal prescribiendo el establecimiento de escuelas eclesiásticas; pero esta orden fué letra muerta por falta de maestros competentes [3]. Los Dominicos tomaron el asunto por su cuenta, alcanzando un éxito inmediato, y el Cardenal quería que los Frailes Menores hiciesen lo mismo. La reapertura de la casa de Bolonia fué un primer paso para obtener el consentimiento de Francisco a la fundación de escuelas teológicas para los frailes.

Es evidente que el asunto de Bolonia preocupó hondamente a Francisco desde el verano de 1222 y todo el año siguiente. El día de la fiesta de la Asunción de 1222 predicó en la gran «piazza» de dicha ciudad uno de sus sermones memorables ante un numeroso auditorio de ciudadanos y estudiantes. Maravilláronse estos últimos de que un hombre no versado en el arte de las escuelas penetrase tan fácilmente en los misterios de la religión y condujese con tanta holgura a sus oyentes por los caminos arduos del pensamiento. Muchos estudiantes contemplaban por vez primera aquel hombrecillo desmedrado, desaliñado en el vestir, cuya apariencia externa ofrecía tan singular contraste con su elocuencia cálida y graciosa, al exponerles los deberes y responsabilidades de los hombres, que comparten con los ángeles y los demonios el don de la razón [4]. Un poco antes de Navidad, la ciudad se puso en conmoción por una carta que Francisco había escrito a los frailes ordenando su lectura en

---

[1] Las doctrinas de Amaury de Bena y David de Dinant habían sido recientemente condenadas con toda solemnidad, y en consecuencia, habíase prohibido la lectura de Aristóteles, tanto pública como privada. (Véase Denifle-Chatelain, *Chartul. Universit. Paris*, I, núm. 11, pág. 70; núm. 12, pág. 71; núm. 22, pág. 81.)

[2] Véase Denifle-Chatelain, *loc. cit.*, núm. 32, pág. 90.

[3] Véase Denifle, *Die Universitäten*, I, pág. 708 A

[4] Tomás de Spalatro, a la sazón estudiante en Bolonia, ha trazado con la pluma una vívida semblanza de Francisco en tal ocasión. Véase *Historia Pontificum Salanitanorum et Spalatinorum*, publicada por Heinemann en *Mon. Germ. Hist. Script.*, XXIX, pág. 580. Sigonius (*De Episcopis Bonon. opera omnia*, III., col. 432) se tomó libertades con el texto de Tomás de Spalatro y añadió la fecha de 1220, que fué aceptada por escritores posteriores. Pero, Heinemann da a entender claramente que este sermón fué predicado el mismo año del gran terremoto de Brescia, que tuvo lugar el 25 diciembre de 1222. Computando el año según el método más común, desde el 25 marzo, el sermón halla su lugar el 15 agosto de 1222; y esta es la fecha generalmente aceptada en la actualidad. Véase Golubovich, *op. cit.*, página 98; Boehmer, *Analekten*, pág. 106.

todas las escuelas de la ciudad. En ella predecía el gran terremoto que sacudió a toda la Lombardía el día de Navidad y muchos días consecutivos. Años después recordábase con terror este cataclismo [1].

En abril del año siguiente, Francisco se hallaba nuevamente en Bolonia, donde predicó y anunció otro terremoto, que ocurrió el Viernes Santo [2].

Es verosímil que estas visitas a Bolonia tuviesen relación con la fundación de una escuela teológica, conforme a los deseos del Cardenal Hugolino. En todo caso, en la misma provincia de la Romaña aparecía el hombre predestinado a solucionar de la mejor manera una cuestión tan espinosa. Fué este hombre fray Antonio, o, como se le llamó después, San Antonio de Padua [3].

La entrada de Antonio en la historia, como la de muchos varones de recia personalidad, tiene algo de novelesca. Como hemos visto, se había hecho Fraile Menor ante el sepulcro de los frailes mártires de Marruecos en la iglesia de los Canónigos Regulares de Coimbra. Su deseo más vehemente era predicar la fe a los infieles y acaso recibir también la corona del martirio. Pero el naufragio y la enfermedad le arrojaron a las costas de Italia, precisamente cuando se iba a celebrar el Capítulo General de 1221. Encaminóse, pues, a la Porciúncula en compañía de otros frailes. Mas cuando se separaron todos, dirigiéndose cada grupo a su provincia, nadie pensaba en aquel fraile desconocido y de carácter retraído; hasta que Graciano, Ministro Provincial de Lombardía, le invitó a seguirle a aquella provincia. Creyó Graciano que Antonio podía serle útil como sacerdote para decir misa a los frailes en algún eremitorio solitario. Así, pues, Antonio fué enviado a San Pablo en las montañas, cerca de Forli, en la Romaña; allá vivió entregado a la oración y desempeñando oficios humildes entre los frailes. Nadie sospechó sus vastos conocimientos teológicos, ni sus dotes de predicador.

---

[1] Eccleston [ed. Little], *coll.* VI, pág. 40. Muratori, *Annali d'Italia*, ad an. 1222.

[2] Véase Fr. Barthol. della Pugliola, *Chron. di Bologna*, en Muratori, *Rerum Ital. Script.*, XVIII, col. 254.

[3] Con referencia a Antonio de Padua, véase *Vita Primitiva*, ed. Hilaire de París; véase también otra versión de la misma leyenda en *Portugalliæ Mon. Hist. Script.*, vol. I; y otra versión publicada por Josa, *Legenda seu Vita et Miracula sancti Antonii* (Bologna, 1863). Véase Regaldi, *Vita B. Antonii*, publicada por d'Auraules; *Chron. XXIV Gen.*, en *Anal. Franc.*, III, pág. 121 *seq.*; Kerval, *S. Ant. de Padua, Vitæ duæ.*

Para el examen crítico de estas primeras fuentes, véase Lepitre, *Saint Antoine de Padoue* (París, 1901); Bolland, *Acta S. S.*, junio, día 13; P. Niccolo dal Gal, *S. Antonio di Padova* (Quaracchi, 1907); Hilarin de Lucerne, *Histoire des Études*, página 139 *seq.*

De hecho, Graciano y los frailes le tenían por hombre simple, conociendo el latín lo suficiente para decir misa. Pero algunos meses después hubo una ordenación sacerdotal en Forli, a la que fueron convidados los frailes de San Pablo. Reuníanse todos en la casa de la Orden para la colación de la tarde y tenían por huéspedes a algunos frailes dominicos. Estando de sobremesa, el guardián rogó a uno de los Dominicos que hablase de las cosas divinas a la comunidad; pero ninguno de los frailes convidados consintió en ello. Ordenó entonces a Antonio que dijese cuatro sencillas palabras como Dios le inspirase. También él se excusó, pero el guardián reiteró el mandato. Levantóse Antonio por obediencia y habló, con gran estupefacción de los frailes allí reunidos, que al fin se daban cuenta de que era un genio y no un hombre simple el que con ellos convivía.

Muy a pesar suyo, Antonio fué sacado de su retiro de San Pablo y a no tardar la gente de la Romaña se despertaba a la voz del nuevo predicador que tan inopinadamente había surgido en su seno.

La predicación de Antonio tenía este distintivo: poseía todo el fervor moral de los que predicaban la pentiencia; pero a su corazón encendido uníase la clara inteligencia, hábil en argumentar, y la memoria poblada de textos de la Escritura y de los Padres de la Iglesia. Era precisamente lo que necesitaban aquellos pueblos de la Romaña; porque en ninguna parte los herejes habían puesto el pie tan en firme como en aquella provincia y eran ellos causa de que la religión sólo se sostuviese por medio de la controversia.

Allí pululaban los cátaros, que negaban la autoridad de la Iglesia y la validez de los sacramentos y sostenían que la creación era en parte de origen diabólico, ganando prosélitos y sembrando la duda en los espíritus. Se autorizaban con textos de la Escritura, que exponían según aquel método subjetivo, en boga tanto entre los ortodoxos como entre los heterodoxos, el cual deja en libertad a sus discípulos para que emitan toda suerte de opiniones e interpreten la Escritura guiados por la fantasía. Gozando de esta licencia, podían los cátaros acomodar cualquier texto sagrado a sus propias doctrinas y sostenían en consecuencia que éstas eran la misma palabra inspirada de la Sagrada Escritura. De hecho pretendían explicar la Escritura a la luz de una razón mejor iluminada[1].

Por otra parte, Antonio había estudiado la Escritura a la luz del

---

[1] Véase Felice Tocco, L'Eresia nel Medio Evo, págs. 128-9: «*I perfetti cathari parevano animati da una fede più razionale e più studiosi dei sacri testi.*» Hállase un ejemplo similar de este linaje de interpretación entre los escientistas cristianos del presente.

sentimiento católico y de la enseñanza patrística. Derramaba, sobre los textos que presentaba, la sabiduría toda de los santos maestros católicos del pasado; pero también él había llegado a la sabiduría en sus largas velas de meditación y en la intensidad de su vida espiritual. De este modo, en su boca la enseñanza tradicional de los que le precedieron palpitaba con los ardientes sentimientos de su corazón. Aunque parezca extraño, sus sermones, que no tenían carácter polémico, le merecieron el sobrenombre de «martillo de los herejes»; hubiera podido predicar tales sermones tanto a una comunidad de monjes ortodoxos como a una multitud congregada en la catedral o en la plaza del mercado [1]. Por las copias que han llegado hasta nosotros, vemos que eran discursos sobre la vida espiritual, más que una exposición de la doctrina católica destinada a combatir la herejía.

Antonio era en verdad un místico y no un dialéctico. Su argumentación no tenía por objeto mostrar el pro o el contra de una tesis, sino hacer sentir la verdad de la vida interior o de alguna materia de fe. Después de todo, ya sea para refutación de los incrédulos como para confirmación de los creyentes, éste es el modo de argumentar que conquista al mundo.

Tal era el fraile cuya elocuencia había puesto en conmoción la Romaña. Ya por aquellos días en que Francisco predicaba a los de Bolonia, se contaba que en Rimini, donde hacía tiempo los cátaros y los gibelinos se burlaban de la Iglesia y no querían escuchar al nuevo predicador, Antonio los había invitado a seguirle a la orilla del mar; allí había llamado a los peces para que oyesen la palabra de Dios, y a su llamamiento, agitándose la superficie de las aguas, los peces sacaban la cabeza para escucharle mientras predicaba [2]. Los milagros de Antonio —y ciertamente se singularizó entre los santos milagreros—, no eran más que otra forma de su predicación, esto es, una prueba de su fe. Francisco tuvo sin duda noticia de los hechos del nuevo discípulo que al revelarse, había obrado (a juicio de los frailes) el mayor de sus milagros; porque nunca había visto tal unión de la ciencia y de la fe simple, del majestuoso poder de la elocuencia y del rebajamiento de la propia personalidad.

Por fin, habíase hallado el teólogo según el corazón de Francis-

---

[1] Véase *Opera Omnia S. Antonii*, ed. de la Haye (Parisiis, 1641), que es en su mayor parte una colección de sermones. Sin duda alguna, tal como aparecen escritos no son más que un esquema y es posible que al pronunciarlos añadiese alusiones circunstanciales que no se han incorporado al texto escrito.

[2] Rigaldus (*op. cit.*, pág. 89) dice que este milagro ocurrió cerca de Padua; pero, véase Lepitre, cap. IV, traducción inglesa, pág. 62 *seq.*

co. Cuando, más adelante, fué nombrado Antonio lector de teología, Francisco le escribió una carta que empezaba así: «Hermano Antonio, mi obispo»; era ésta una fórmula cortés salida del corazón y una prueba del jovial respeto con que le dispensara su acogida.

Fué probablemente durante el invierno de 1223 cuando tuvo lugar la promoción de Antonio a la cátedra de teología de Bolonia. En tal ocasión, escribió Francisco: «Me place que leas la sagrada teología a los frailes, siempre y cuando este estudio no disminuya en ellos el espíritu de oración prescrito por la Regla» [1].

Años después quiso una tradición persistente que Antonio hubiese estudiado en Vercelli antes de aceptar la cátedra de Bolonia, a fin de estar mejor preparado al desempeño de la carga que se le imponía. Vercelli era la sede de una nueva escuela teológica recién fundada en la abadía de San Andrea. Tomás Gallo dirigía esta escuela abacial y nadie ignora que era un hombre de gran reputación entre los más doctos teólogos de su tiempo. Era discípulo de la escuela teológica de Saint Victor en París y autor de una exposición de los escritos atribuídos a Dionisio Areopagita. Es dudoso que Antonio estudiase en Vercelli, pero sí seguro que conocía al maestro de aquella escuela y tenía con él relación de amistad; porque el mismo Gallo ha escrito: «Muchos han penetrado en los secretos de la Santísima Trinidad, como yo mismo lo sé por experiencia de Antonio, de la Orden de Menores, en el amistoso comercio que con él sostuve. No era muy versado en las artes seculares, pero en muy poco tiempo adquirió tanta ciencia de teología mística, que el amor divino que interiormente le devoraba irradiaba al exterior con su conocimiento de las cosas sagradas» [2]. No se necesitan más testimonios para explicar por qué Francisco consintió que Antonio enseñase teología. Puesto que querían teología, Antonio era el maestro predestinado según el corazón de Francisco.

---

[1] Véase *Chron. XXIV Gen.*, en *Anal. Franc.*, III, pág. 132; II Celano, 163. La lectura exacta de esta carta ha ofrecido dudas; de ahí que los editores de Quaracchi la pongan entre los escritos dudosos de San Francisco en su edición de los *Opuscula* (pág. 179); lo mismo hace Boehmer, *Analekten*, pág. 71; pero ambos la consideran auténtica en su *substancia*. El descubrimiento de una copia de la carta en el MS. de Leignitz parece, no obstante, poner fuera de duda su autenticidad. Véase *Opuscules de Critique Hist.*, tom. I, pág. 76. La referencia a la Regla que en ella se hace prueba que fué escrita después de la promulgación de la Regla de 1223, puesto que las palabras: «*Sanctæ orationis spiritum non extinguant*», son una cita del capítulo quinto de dicha Regla.

[2] E. Salvagnini, *S. Antonio di Padova e i suoi tempi* (Torino, 1887), pág. 93. El autor descubrió este pasaje en un manuscrito inédito de Gallo, en una biblioteca de Turín. Otra versión se da en el MS. de Leignitz, *loc. cit.*, pág. 76; Glasberger, *Anal. Franc.*, II, pág. 34; *Chron. XXIV Gen.*, en *Anal. Franc.*, III, pág. 131.

No fué por puro azar que Antonio y Tomás Gallo contrajeron amistad, sino por sus afinidades espirituales. La escuela victoriana de teología era antes mística que dialéctica; aunque no ignoraba la teología especulativa a la sazón en boga, subordinaba, no obstante, este nuevo método de pensamiento a la enseñanza positiva de los Padres de la Iglesia y prefería la clara visión de la verdad antes que su análisis escueto [1]. Los místicos de toda época han sostenido que la vida espiritual no puede ser medida adecuadamente por la mera facultad lógica del entendimiento, sino únicamente por el ser entero disciplinado, tanto moral como intelectualmente, por el conocimiento de la verdad. El espíritu franciscano puro no se hubiera contentado nunca con una escuela de teología meramente dialéctica: un abismo infranqueable separaba la escuela del frío raciocinio del temperamento de los verdaderos hijos de la Pobreza gobernados por los dictados del corazón. El alma franciscana será siempre extraña a la ciencia puramente académica, porque tiene sus afinidades con las realidades de la vida, en las cuales el alma humana entera y no tan sólo la inteligencia crece y conquista su libertad.

La vida intelectual de los discípulos de la escuela de Saint Victor era dirigida por análogos sentimientos. Buscaban la ciencia ejercitando todas las facultades espirituales; que no solamente debe leer el hombre, mas también trabajar y orar. El saber vendrá con la experiencia de la vida y se ganará más alto grado de ciencia cuanto mayor sea la experiencia, es decir, al lograrse la íntima unión de la criatura con Dios. En otros términos, aquellos místicos sostenían que la experiencia y la caridad son las únicas fuentes de la verdadera ciencia, y asignaban a la razón la función subalterna de ordenar y reducir a fórmulas la ciencia así adquirida. En la Sagrada Escritura y en la enseñanza de los Padres de la Iglesia buscaban el testimonio de las prácticas de la vida espiritual conservadas en la Iglesia Católica por el Espíritu Santo que tiene en ella su morada; pero, sostenían que tal testimonio sólo podía ser comprendido por las almas santas inflamadas en el amor de la verdad revelada.

Como hemos dicho, el espíritu franciscano estaba emparentado con las escuelas místicas; a ellas podía acudir para estímulo y disciplina intelectual, a condición de que el estudiante no perdiese de vista la diferencia existente entre la instrucción conveniente a un Fraile Menor y la de las escuelas. Ésta era la diferencia. El Fraile Menor es por vocación un misionero y un apóstol, debiendo por lo

---

[1] Véase Hugo de S. Víctor en Migne, *Part. Lat.*, tomos CLXXV-CLXXVII.

tanto comunicar el Evangelio al pueblo por la palabra y el ejemplo. En cuanto al místico, puede formar en la vida espiritual una clase aparte y andar por senderos menos frecuentados y sin atractivos para el común de los mortales, que no pasan de las prácticas más elementales de la espiritualidad. Mas, según entiende Francisco, los Frailes Menores deben dar siempre la mano a la humanidad y sostenerla en sus trabajos para la consecución de la vida espiritual; aun en sus estudios sagrados no constituirán una especie de aristocracia, sino que conservarán sus relaciones, por decirlo así, de compañerismo moral con los ignorantes y poco educados. Serán sencillos y breves en sus pláticas y sermones, a fin de que los pobres e ignorantes los entiendan y saquen de ellos provecho [1]. Además, el fraile instruído debe estar siempre dispuesto en caso necesario a despojarse de su saber y servir a los hombres en oficios bajos y ordinarios. Los estudios, por sagrados que sean, no deben nunca ser un obstáculo a la vida de pobreza, que supone la afectuosa comprensión de la vida espiritual, intelectual o material de los pobres.

No se cansaba Francisco de inculcar estas verdades a los frailes instruídos; así un día, mientras un fraile le rasuraba la tonsura, le mandó que se la hiciese muy pequeña, «porque —dijo— quiero que mis hermanos más simples tengan una parte en mi cabeza» [2]. Con lo cual quería dar a entender a los frailes clérigos que todos los que se presentasen, sabios o ignorantes, debían ser acogidos con igual afecto.

Hasta el fin vió Francisco con inquietud la formación de las escuelas de los frailes. Nada había de temer en cuanto a Antonio y a los que se le parecían; pero, temía que en muchos otros el amor al estudio acarrease la pérdida de la simplicidad de espíritu propia de su vocación.

No es éste el lugar de hablar de la historia subsiguiente de las escuelas franciscanas y de la gran influencia que ejercieron en el desarrollo intelectual de los siglos XIII y XIV. Únicamente observaremos aquí que su mejor influencia se debió a que los estudios intelectuales fueron subordinados a la realidad de la vida, según había sido la persistente voluntad de Francisco, no desviándose por lo tanto de su vocación los frailes. Esto fué lo que dió a los hombres de estudio de la Orden Franciscana una originalidad de pensamiento muy acentuada y a sus predicadores un ascendiente sobre las masas; y ésta es también la justificación de Francisco al oponerse a Pedro Stacia y a sus adeptos.

---

[1] *Regula II*, cap. IX
[2] II Celano, 193.

## Capítulo VIII

## LA PRUEBA DE FRANCISCO

Los dos años que siguieron inmediatamente al Capítulo General de 1221 pueden ser considerados como años de agonía de Francisco. Semejantes a nubes precursoras de tempestad, las desavenencias en torno a la Regla oprimían su espíritu con tristes presentimientos; sentía lasitud y desaliento.

Su confianza en la Orden fundada por él y en la vocación misma que había inspirado a los frailes se veía sometida a la más dura prueba. En los primeros días de su «conversión» habían dado el asalto a su fe los incentivos y las mofas del mundo que dejara; pero en aquel entonces en la prueba no había hallado más que el gozo estimulante de un nuevo amor y una nueva fidelidad. El porvenir era una visión de esperanza y libertad; y cada año que pasaba justificaba más y más aquella visión, consolidando su obra y multiplicando los hechos edificantes de la vida de los frailes. Hasta el momento en que en el seno de la fraternidad se empezó a dudar de la sabiduría de su enseñanza, no hubo en el corazón de Francisco otro sentimiento que el de un profundo gozo.

Vino después aquella pena indecible que se apodera del hombre que sólo halla contradicción entre los que ha criado y amado como a su propia vida. Había perdido la despreocupación y la jovialidad, y una nota diferente resonaba en sus palabras. No era ya el jefe entusiasta, seguro de la victoria y de la fidelidad de sus seguidores, cuyas palabras aun cuando sean de reprensión, inspiran confianza. Era, por decirlo así, testigo de cargos en un proceso de infidelidad y traición.

Añadíanse a estos sufrimientos morales el decaimiento corporal y los dolores físicos. Había regresado de Oriente quebrantada la salud, y la enfermedad, que en breves años consumiría su vida, convertíala en un verdadero suplicio[1]. Los males físicos podía sopor-

---

[1] Véase *Spec. Perfect.*, cap. 91.

tarlos Francisco sin perder la alegría; mas las penas morales sumían su alma en noche tenebrosa. Hasta entonces había visto claramente la voluntad divina en el proceso de formación de la fraternidad; ahora parecía que, retirando Dios su mano guiadora, desencadenábanse las potencias del mal.

El efecto inmediato producido en Francisco fué una disminución de aquella libertad de espíritu que hasta entonces había sido uno de los rasgos distintivos de su carácter. Cayó en el temor del pecado y del mal obrar; la libertad evangélica considerada como requisito necesario para la práctica de la caridad, veíala rodeada de peligros, amenazada de incursiones del espíritu mundano, demasiado dispuesto a emplear esa misma libertad para destruir la Regla.

El continuo temor del mal se traslucía en sus palabras y en su modo de obrar, con una dureza ajena a su temperamento. Al principio, por ejemplo, había dado licencia a los frailes para recibir algún dinero en caso de necesidad destinado a alivio de los leprosos; mas ahora empezaba a restringir tal permiso, en atención al número creciente de frailes que carecían de sólida confianza en la pobreza absoluta [1]. También se nota una modificación en su concepto de la obediencia. Hasta entonces había pedido a los frailes una obediencia fundada en la mutua caridad, la sumisión de los unos a los otros y de todos ellos a los demás hombres, sumisión impregnada y vivificada por la actividad incontrastable del amor. En lo sucesivo enmudece esta nota jubilante de la sumisión voluntaria. El fraile que ha hecho voto de obediencia es semejante a un cadáver sin voluntad propia, llevado de una parte a otra al antojo de los demás [2]. Se hace más hincapié en la sumisión misma que en la caridad que impele naturalmente a la sumisión.

En las relaciones de Francisco con las monjas de San Damián tenemos otra prueba del cambio operado en él. Considerándolas como miembros de la fraternidad de la Pobreza, sentía por ellas un afecto caballeresco, tan sincero como puro y desprendido de toda escoria terrena. Portábase con ellas cual noble paladín, dispuesto siempre a socorrer sus necesidades, a sostener su ánimo y a aconsejarlas en sus pasos por el áspero camino de su vocación. Entre las Damas Pobres y Francisco, excluído todo pensamiento de orden inferior, sólo existía el comercio de las almas absortas en los negocios espirituales. Desde que Clara entró en la fraternidad, subsistían tales relaciones y jamás había entristecido el ánimo de Francisco el

[1] Véase II Celano, 68. Este permiso se conserva en la Regla de 1221, pero no en la de 1223.

[2] II Celano, 152; *Spec. Perfect.*, cap. 48.

pensar que su alteza de miras pudiese ser piedra de escándalo. Mas ahora, sentíase perturbado, temiendo que también en este punto pudiese redundar en perjuicio de otros la libertad de los hijos de Dios.

Dejó, pues, de visitar a las monjas. Y sin la intervención de Clara, que salvó la situación, la comunidad femenina hubiera quedado completamente segregada de la fraternidad y privada de la dirección de los frailes aun en el terreno espiritual. Su instinto de mujer le hizo adivinar la perturbación que dominaba el espíritu de Francisco y sus probables consecuencias que afectarían a ella y a sus monjas; y con valor femenino se propuso defender a Francisco contra sí mismo. Por mediación de alguno de los frailes protestó contra su extrañamiento voluntario, observando que faltaba a su promesa de cuidar de las monjas de San Damián. En su angustia, respondió Francisco a los que le transmitían la protesta: «No creáis, amados hermanos, que no las ame con perfecto amor; porque si fuese falta amarlas en Cristo, ¿no hubiera sido una falta mucho mayor haberlas unido a Cristo? En verdad, no había mal alguno en no llamarlas a este amor; pero no cuidar de ellas una vez llamadas hubiera sido una gran maldad. Os doy ejemplo, a fin de que lo que yo haga lo hagáis también vosotros». Por último, pudieron convencerle de que fuese a visitar a las monjas y les predicase. Mas aún entonces su angustia no le abandonaba y mientras ellas estaban esperando sus palabras tomó un puñado de ceniza, esparcióla en torno suyo y sobre su cabeza, y recitó el salmo «Miserere», marchando de allí en seguida. Pero algunos autores pretenden que Clara insistió hasta lograr que Francisco comiese con ella y algunas monjas, en prueba de su paternal solicitud [1].

En su tribulación evitaba Francisco las reuniones demasiado numerosas de los frailes y se retiraba a eremitorios apartados, donde en oración solitaria luchaba contra el mal que les perseguía, a él y a su fraternidad [2]. Cuando tenía noticia de que algún fraile se apartaba de la vía recta de la fraternidad, exhalaba dolorosas lamentaciones; tales noticias eran como el rudo contacto de una mano grosera sobre su blando corazón. Oyendo decir un día que ciertos frailes se dejaban crecer luengas barbas por amor a la novedad y, al

---

[1] Véase II Celano, 205-7. El incidente mencionado en *Actus*, cap. 15 y *Fioretti*, cap. 15, debiera probablemente leerse conjuntamente con los pasajes citados de Celano. Sin duda el autor de los *Actus* ha embellecido la historia, pero de una manera general (véase Apéndice IV) debemos aceptar el hecho de haber comido Francisco con Clara en prueba de amistad entre ambos.

[2] II Celano, 157.

parecer, para imponerse al pueblo con un aspecto de mayor austeridad, elevó al cielo sus clamores: «Oh Señor Jesucristo, que elegiste a tus Apóstoles en número de doce y aunque uno de ellos cayó, los otros, no obstante, unidos a Ti y animados por un solo espíritu, predicaron el Santo Evangelio; Tú, oh Señor, en esta hora última, acordándote de tu antigua misericordia, estableciste la religión de los frailes para ser sostén de tu fe, a fin de que por su mediación fuesen difundidos los misterios de tu Evangelio! ¿Quién será, pues, el que satisfaga por ellos en tu presencia, si no solamente no dan ejemplo de luz a todos los hombres, fin para el cual fueron enviados, sino que más bien proponen las obras de las tinieblas? Por Ti, sacrosanto Señor, y por toda la corte celestial y por mí, pobre hombrecillo, sean malditos los que, con su mal ejemplo, cubren de vergüenza y destruyen lo que Tú edificaste y continúas edificando con los santos frailes de esta Orden» [1].

De otros, exclamaba amargamente: «Estos hijos de un padre pordiosero no se darán vergüenza un día de llevar el vestido escarlata de los galanes; tan sólo habrán de cambiar de color» [2].

Mas no se crea que los frailes infieles representasen toda la fraternidad, ni que los ministros disidentes arrastrasen a su partido a todos los frailes. Si se hubiese podido solventar la dificultad pidiendo la adhesión de los frailes a la persona de Francisco, indudablemente casi todos se hubieran puesto a su lado. Pero entre Francisco y ellos se interponía ya un sistema de gobierno legalmente organizado y casi todos los cargos principales, en Italia cuando menos, estaban en manos de los ministros disidentes y eran éstos los más hábiles según el espíritu del mundo; en esta cualidad puramente humana consistía su autoridad. También ellos tenían sus partidarios.

Entre los frailes afectos a Francisco y a la observancia primitiva se criticaba su falta de rigor con los adversarios. Según ellos, todo iría bien si Francisco consentía en tomar las riendas del gobierno y deponía los ministros disidentes. Con frecuencia le iban a ver para echarle en cara el haber entregado a manos extrañas el cuidado de la fraternidad. Pero Francisco había juzgado la situación mejor que sus adeptos, y aún mejor de lo que él mismo ima-

---

[1] II Celano, 156. Eccleston dice que, después del Capítulo en que Juan Parenti fué elegido Ministro General, fray Elías se retiró a un eremitorio y dejó crecer sus cabellos y su barba, ganando de nuevo con esta pretendida santidad *(simulatio sanctitatis)* la bienquerencia de los frailes (véase ed. Little, pág. 81).

[2] II Celano, 69; *Spec. Perfect.*, cap. 15. En I Celano 16, empléase la misma frase con referencia a Francisco en su juventud: «*qui quondam scarulaticis utebatur*».

ginara. A uno de los que así le amonestaban, respondióle: «Hijo, yo amo a mis religiosos como puedo. Pero si siguieran mis huellas, aún los amaría mucho más y yo no me mostraría con ellos extraño. Mas hay algunos de entre los prelados que los conducen por otros caminos, proponiéndoles los ejemplos de antiguos y haciendo poco caso de mis avisos. Pero al fin se verá lo que hagan» [1]. Francisco prefería prudentemente que los ministros recalcitrantes se portasen a su guisa, persuadido como estaba de que su oposición caería por sí misma al manifestarse claramente su espíritu mundano. En otra ocasión, como se le pidiese con insistencia la destitución de ciertos ministros que no se querían desprender de sus cargos y abusaban de la confianza depositada en ellos, respondió: «Vivan a su arbitrio, porque es menor el mal de pocos que el de muchos» [2].

Y es que las cosas habían llegado a un punto en que fácilmente se hubiera producido un cisma en la fraternidad. La línea de conducta observada por los ministros disidentes había determinado una escisión moral entre los frailes, que estaban divididos en dos bandos; figuraban en uno los partidarios de la observancia primtiiva y en el otro los que abonaban un método más conforme a los usos del siglo. Además, en medio del desorden general hubieron algunos que perdieron toda noción de sumisión a la autoridad y se guiaban a su antojo contraviniendo a las órdenes de sus superiores [3]. No había ya entre los frailes aquella unión de corazones que en los primeros días hacía considerar la pobreza cual alegre y ligera carga. Originábanse disputas, pronunciábanse palabras violentas y advertíase una tendencia a tomar la vida con mayor holgura huyendo del trabajo [4].

Sin duda contribuía a la relajación de la disciplina el número siempre creciente de frailes. Entre la multitud, no eran pocos los que se habían sentido atraídos a la Orden por un entusiasmo pasajero más que por puro espíritu de renunciamiento. La Orden se había hecho popular, cosa siempre llena de peligros para una sociedad religiosa. Francisco mismo se daba cuenta de la dificultad y a veces exclamaba: «¡Oh, si pudiera ser, con cuánto gusto haría que el mundo, viendo rarísimas veces a los religiosos Menores, se admirara de su poco número!» [5]. Y, no obstante, se había visto obli-

---

[1] II Celano, 188; *Spec. Perfect.*, cap. 41.

[2] *Ibid.*

[3] Véase II Celano, 32; *De Conformit.*, en *Anal. Franc.*, IV, págs. 432 y 433. El 18 de diciembre de 1223 Honorio III publicó la bula «*Fratrum Minorum*», excomulgando a los que abandonaban la fraternidad (Sbaralea, *Bull.*, I, pág. 19).

[4] Véase *Spec. Perfect.*, cap. 52; *De Conformit.*, en *Anal. Franc.*, IV, pág. 445.

[5] II Celano, 70.

gado a abrir de par en par las puertas de la fraternidad, así como Cristo había abierto las puertas de su Iglesia.

Esta relajación de la disciplina de cierto número de frailes contribuía no poco a agravar el conflicto entre Francisco y los ministros; parecía cohonestar la opinión de que el idealismo de la Regla era demasiado heroico para el común de los mortales y servía de pretexto para volver a las antiguas Reglas, que no había de ser tan difícil observar.

Nunca se reveló mejor que en semejante estado de cosas la verdadera fuerza de Francisco. Un hombre de carácter más vacilante y menos equilibrado sólo hubiera tenido dos salidas: o someterse, desesperando de su propio idealismo, o, por el contrario, ponerse en oposición hasta el extremo de producir un cisma, o aún el quebrantamiento total de la fraternidad. Francisco no hizo ni una cosa ni otra. Amaba más que todo la vocación de la Pobreza; pero era una parte de este amor supremo el amor que profesaba a la fraternidad y en ésta veía el instrumento designado por Dios para dar en la tierra testimonio de la Pobreza bienamada. Con sus oraciones, ejemplos y exhortaciones se esforzaba lealmente en preservar la integridad de la Orden. En realidad, hubiera preferido verla desaparecer antes que faltar a los preceptos evangélicos. Por momentos tenía el convencimiento de que llegaba la hora en que los fieles seguidores de la Regla iban a ser expulsados de la comunidad y obligados a buscar en los eremitorios perdidos entre bosques y soledades un refugio donde poder observar la vida de Pobreza [1].

Temiendo para la Orden esta última calamidad, hizo saber que si la fraternidad en peso abandonaba el camino de la Pobreza, los frailes que permaneciesen fieles podían con su consentimiento y bendición separarse de la comunidad perjura y vivir juntos en otro lugar. Un fraile alemán le fué un día con esta petición: «Si en vida mía abandonasen los frailes la pura observancia de la Regla, como por inspiración del Espíritu Santo has predicho, mándame que, solo o juntamente con otros frailes que deseen observarla en su pureza, me separe de los que no la observan». Francisco le escuchó con gran júbilo, y bendiciéndole le dijo: «En nombre de Cristo y en nombre mío, te concedo lo que pides». Y poniendo la mano sobre su cabeza, añadió: «Tú eres para siempre sacerdote según la orden de Melquisedech» [2].

Se dice que en su última Regla de 1223 quería añadir una cláu-

---

[1] *De Conformit.*, en *Anal. Franc.*, IV, pág. 428.
[2] *Legenda Vetus*, cap. 3, en *Opuscules*, pág. 96.

sula, en virtud de la cual todos los frailes disfrutarían de igual libertad en circunstancias análogas [1].

Pero esta libertad se refería al caso extremo y desgraciado en que los frailes creyeran hacer traición a la Regla sometiéndose a las disposiciones de la comunidad. En semejante trance Francisco no reconocía más que un deber: permanecer fiel a la Regla aceptada por los frailes. Pero, fuera de este caso gravísimo, aconsejaba la paciencia. No faltaban, entre los frailes fieles, algunos que se hubieran separado en el acto de los partidarios de los ministros, destruyendo así la fraternidad. Mas Francisco no daba oídos a sus sugestiones. Mejor era, en la medida posible, sufrir de los ministros persecución por la justicia, porque aún esperaba que el sobrellevarla pacientemente purificaría la fraternidad entera y la volvería a su antigua adhesión. Por guía de estos frailes atribulados escribió la siguiente «admonición»: «Si un prelado manda a un súbdito algo contra su alma, le es lícito al súbdito no obedecerle; empero el súbdito no debe rechazar al prelado. Y si en consecuencia el súbdito padece persecución, debe amar más todavía al que le persigue. Porque el que prefiere padecer persecución a ser separado de sus hermanos, verdaderamente observa la perfecta obediencia, puesto que da su vida por sus hermanos». Y sabiendo que algunos se hubieran separado de la Regla, no tanto para su mejor observancia como para hacer su voluntad, añadía: «Porque hay muchos religiosos que, so pretexto de buscar cosas mejores que las mandadas por sus superiores, miran atrás y vuelven al vómito de su propia voluntad. Estos son homicidas y con su mal ejemplo causan la muerte de muchas almas» [2].

Mas él, fiel a la visión de Nuestro Señor Jesucristo, que era luz de su vida, acogía la oposición de los ministros y sus tendencias poco espirituales con la misma animosa paciencia e inalterable man-

---

[1] Véase más adelante en este mismo capítulo.

[2] *Admonitio III* en *Opuscula*, pág. 7. Tanto en la Regla de 1221 como en la de 1223, Francisco incluyó un párrafo ordenando a los frailes que no pudiesen observar espiritualmente la Regla, *que recurriesen a sus ministros.* «*Los ministros* los acogerán bondadosa y caritativamente», etc. ( *Reg. 1223*, cap. X). Esta regla evidentemente se refiere a los que necesitan una mayor libertad en la observancia de la Regla, siguiendo como sigue al mandamiento de que los frailes obedezcan a sus superiores «en todas las cosas que han prometido observar al Señor y no son contra su alma o nuestra Regla».

El P. Paschal Robinson en su traducción de la Regla (véase *The Writings of St. Francis*, pág. 72) ha escrito entre paréntesis «*los culpables*», como si los frailes que recurrían al superior hubiesen cometido alguna falta; siendo así que los frailes que recurren al superior, como se da a entender en este capítulo de la Regla, son los que desean una observancia más perfecta. Véase *De Conformit.*, en *Anal. Franc., loc. cit.*, págs. 422 y 423.

sedumbre que recomendaba a los demás. Cuando le pedían que hiciese uso de su autoridad legítima y obligase bajo alguna pena a la observancia de la Regla, respondía: «No quiero ser un verdugo que los castiga y azota, como hacen los magistrados de este mundo; mi misión es puramente espiritual y sólo consiste en vencer sus vicios y corregirlos espiritualmente con mis palabras y ejemplo» [1].

A veces, es cierto, reaparecía el instinto natural de dominación, que en sus primeros años le hizo aspirar a ejercer su mando; así, en cierta ocasión exclamó: «Si puedo asistir al Capítulo General, les demostraré cuál sea mi voluntad» [2].

Mas siempre corregía palabras de este linaje recordando la humildad y mansedumbre propias de un Fraile Menor, como puede verse en esta pintura de su actitud en el Capítulo: «Me parece —dijo a su compañero— que no soy verdadero Fraile Menor si no estoy en el estado que voy a decirte. Supongamos que los frailes me conviden con gran respeto al Capítulo y que, movido por su deferencia, vaya a él. Y cuando estarán reunidos, me rueguen que les anuncie la palabra de Dios y les predique. Y levantándome, les predique lo que el Espíritu Santo me inspire. Ahora bien, supongamos que, terminado el sermón, empiecen todos a gritar: 'No queremos que gobiernes sobre nosotros, porque no tienes la elocuencia requerida y eres demasiado simple e ignorante, y es para nosotros gran vergüenza tener por superior a un hombre tan sencillo y despreciable. Por lo tanto no te envanezcas más de que te llamemos superior nuestro'. Y me despachan con insultos y afrenta. Paréceme que no sería yo Fraile Menor si no me alegraba de ser tenido en nada y rechazado con ignominia» [3].

Francisco no quería separarse un ápice del espíritu de su vocación. No como los señores de la tierra, sino como Cristo, quería con el sufrimiento vencer el mal que contra él se alzaba.

En el Capítulo de Pentecostés de 1223 discutió de nuevo la cuestión de la revisión de la Regla [4]. Probablemente el Cardenal Hugolino había persuadido a Francisco de la necesidad de refundirla, al objeto de obtener la aprobación definitiva y solemne de la Santa Sede. Era cada día de mayor urgencia que la fraternidad tuviese una Regla avalada por una autoridad indiscutible.

---

1 *Spec. Perfect.*, cap. 71; *Scripta Fr. Leonis*, *loc. cit.*, pág. 97.

2 II Celano, 188; *Spec. Perfect.*, cap. 41.

3 *Spec. Perfect.*, cap. 64.

4 Véase Epístola III: «*Ad quemdam Ministrum*», en *Opuscula*, pág. 109 *seq.* Esta carta fué escrita evidentemente en 1223; alude a «capítulos de la Regla que hablan de pecados mortales», a saber, los capítulos V, XIII y XX de la Regla de 1221, y sugiere una enmienda, que aparece realmente en la Regla de 1223.

Verdad es que Inocencio III había aprobado la Regla primitiva; pero esta aprobación verbal, por su naturaleza misma, mantenía un estado de interinidad y dejaba a los frailes en legítima libertad de modificar o aumentar sus prescripciones según la experiencia, permitiendo asimismo que la autoridad eclesiástica alterase su carácter, de lo cual se daban perfecta cuenta los ministros, versados en derecho canónico. Por otra parte, la Regla, con todos los artículos que se le habían añadido, no podía decirse que hubiese recibido la aprobación pontificia. Su autoridad era dudosa y sujeta a discusión, y por consiguiente la fraternidad no podía apelar a ninguna autoridad legal. En otro tiempo, cuando los frailes aceptaban con plena sumisión la palabra de Francisco, la situación era muy diferente; pero el gobierno basado en la confianza había sido en buena parte substituído por el gobierno de la ley, haciéndose más que nunca necesario que la Regla fuese confirmada por la más alta autoridad de la Iglesia.

Desde el punto de vista jurídico, la Regla de 1221 se prestaba a muchas objeciones. Era, como hemos visto, un documento difuso, un mosaico formado por la Regla primitiva, las decisiones de los Capítulos, los decretos pontificios y largas exhortaciones; era, en conjunto, antes una visión profética de la perfección que un código práctico de disciplina destinado a los hombres de un valor medio que debían formar parte de una sociedad tan extensa. Y sin duda el Cardenal Hugolino había encarecido a Francisco la conveniencia de dar a la Regla mayor concisión y forma más legal, como había de exigir la Santa Sede antes de dar su última aprobación [1].

Francisco hubo, pues, de redactar de nuevo la Regla. Temblaba su mano al tocar la ya escrita, temiendo cometer un acto análogo al de Oza cuando puso su mano sacrílega sobre el arca del Señor. Mas hallándose en semejante angustia, presentósele en sueños una noche la siguiente visión: Parecíale que recogía con cuidado sutilísimas y casi imperceptibles migajas de pan, las cuales debía distribuir a sus religiosos hambrientos y muchos en número que le rodeaban. Como temiese se le escurrieran entre los dedos como diminuto polvillo, oyó una voz de lo alto que dijo: «Francisco, amasa con estas migas un pan y entrégalo a los que gusten comer de él». Habiéndolo ejecutado así, cuantos no lo tomaron con respeto o despreciaban el don ofrecido, aparecían luego infectos de ignominiosa

---

[1] La parte que tuvo Hugolino en la revisión final de la Regla queda claramente indicada en la bula «*Quo elongati*», del 28 septiembre de 1230 (Sbaralea, *Bull.*, I, página 68): «*In condendo prædictam regulam obtinendo confirmationem ipsius per Sedem Apostolicam, sibi astiterimus*».

lepra. Contó por la mañana siguiente a sus compañeros la visión, doliéndose de no adivinar el significado de la misma. No obstante, poco después, habiendo permanecido en profunda oración, escuchó del cielo otra voz: «Francisco, las migajas que viste en la noche anterior representan los consejos evangélicos; el pan es la regla, la lepra la iniquidad» [1]. Francisco vió en este sueño una respuesta a su súplica, considerándolo como el mandato divino de volver a escribir la Regla.

Para realizar esta obra, quiso retirarse del bullicio de la multitud. Tomando consigo a dos de sus compañeros, los hermanos León y Bonizzo, salió de la Porciúncula y se retiró a un lugar solitario en las montañas, cerca de Rieti, conocido por Monte Rainerio [2]. En la parte alta de la ladera de la montaña había una gruta en la roca, la cual tenía acceso por un camino escarpado. Cubría la montaña espeso bosque y la gruta dominaba una oquedad salvaje, que atravesaba mugiendo un impetuoso torrente. En la cúspide de la montaña había una casa perteneciente a dama Columba, piadosa viuda que dió a Francisco el libre uso de su montaña, proporcionándole el sustento y respetando sus deseos de soledad.

La naturaleza en Monte Rainerio aparece ante todo como símbolo de la fuerza. Su aspecto general, la vista de las cimas que alzan a lo lejos, en los Abruzos, sus sombrías siluetas, dan una sensación de poderío indestructible e impresionan por su majestad. Y el gran silencio de la soledad aquella semeja el recogimiento de un alma magnánima. Tal vez por esto quiso Francisco buscar allí refugio durante aquella crisis del período de su tribulación; porque nunca estuvo más necesitado de fortaleza. Entre ayunos y oraciones escribió la Regla, y regresando después a la Porciúncula, entregó lo que había escrito a fray Elías, Vicario General, para que la diese a conocer a los ministros.

Ocurrió entonces un singular incidente: muy pocos días después dijo Elías a Francisco que la Regla se le había extraviado, por descuido de alguien [3]. Extraño descuido, por cierto, que induce a pen-

---

[1] II Celano, 209; *Leg. Maj.*, cap. IV, 2.

[2] Conócese actualmente por Fonte Colombo, nombre derivado, según se me dijo cuando allí estuve, de *Fundus Columbæ*, la heredad de dama Columba. Pero, en el *Speculum Perfectionis*, el retiro de Francisco en Monte Rainerio es llamado *Eremitorium de Fonte Columbarum* (cap. 67, 110, 115).

[3] *Leg. Maj.*, IV, 11; véase *Spec. Perfect.*, cap. I; *Verba S. Franc.*, núm. 2, en *Documenta Antiqua*, ed. Lemmens, parte I, pág. 101. San Buenaventura dice que Elías «afirmó que se había perdido por falta de cuidado» — «*asseret per incuriam perditam*»; pero el *Spec. Perfect.* y las *Verba* dicen simplemente que se extravió, sin echárselo en cara a Elías. No es improbable que el primer borrador de

sar que fué destruída deliberadamente, aunque no puede decirse si por Elías u otro. Ni importa saber quién la destruyó; únicamente podemos afirmar sin temor de contradicción que ni Elías ni los ministros querían saber nada de la nueva Regla, la cual, aunque en forma más breve que la de 1221, contenía también las prescripciones a que se oponían los ministros. Éstos reclamaban a voces que se permitiese a los frailes recibir y conservar en común los bienes necesarios para ponerse a salvo de la penuria [1]. Otras órdenes religiosas tenían alguna propiedad; ¿por qué no ellos? Francisco sólo podía responder a esto lo de siempre, que habiendo sido llamados por Cristo para seguirle por la vía de la santa pobreza tal como él y sus frailes la habían practicado desde el principio, no sería él quien traicionaría su vocación.

Francisco se retiró otra vez a Monte Rainerio, entristecido el corazón a causa de la oposición constante que sufría, y otra vez, con oración y ayuno, dictó a fray León [2] la nueva Regla. Pero los ministros, ya del todo soliviàntados, le persiguieron en su soledad misma, declarando que no se someterían a la Regla tal cual la había escrito. Francisco los recibió con justa indignación, mezclándose a su dolor un cierto desdén; y díjoles que bien podían salir de la Orden, si no querían observar la Regla [3].

No pueden precisarse las modificaciones que introdujo Francisco en la Regla de 1221 en aquellos días dolorosos de Monte Rainerio; porque, cuando la tuvo escrita de nuevo, la llevó a Roma para enseñarla al Cardenal Hugolino, antes de someterla a la aprobación del Papa, y es posible que el Cardenal le persuadiese de la conveniencia de omitir ciertas prescripciones a las cuales se oponían los ministros. Es muy importante que en la Regla finalmente aprobada se omite el capítulo de la Regla primitiva aprobada por Inocencio III, en el cual se dice, según las palabras del Evangelio: «Cuando los frailes vayan por el mundo, no llevarán bolsa, ni alforja, ni pan, ni dinero, ni bastón, etc.» [4]. Este precepto evangélico había sido

---

la nueva Regla fuese escrito antes del Capítulo de Pentecostés y que fué en Monte Rainerio donde Francisco escribió su carta «*ad quemdam ministrum*», a la que se ha hecho referencia.

[1] *Verba S. Franc.*, loc. cit., pág. 101.

[2] Véase Ubertino da Casale, *Arbor Vitæ*, lib. V, cap. 3: «*nam quod sequitur a sancto fratre Conrado prædicto et viva voce audivit a sancto fratre Leone qui presens erat et regulam scripsit*».

[3] Véase *Spec. Perfect.*, cap. I; *Verba S. Franc.*, *loc. cit.*, págs. 101 y 102. Véase el relato en *Actus S. Franc. in valle Reatina*, documento del siglo XV, publicado por M. Sabatier en *Legenda Antiquissima*, págs. 255-61. Véase *De Conformit.*, en *Anal. Franc.*, IV, pág. 516; Angelo Clareno, *Expositio Regulæ*, fol. 43 b.

[4] Véase libro I, capítulo VII.

más que otro alguno la influencia informadora de la vocación franciscana. Era la expresión más completa de aquella sublime confianza en la providencia de Dios, sobre la cual se asentaba el edificio de la fraternidad; de su observancia procedían los rasgos más característicos de la historia primitiva franciscana [1]. Francisco no hubiera prescindido voluntariamente del capítulo susodicho y su supresión sólo pudo atribuirse a la insistencia del Cardenal y sin duda para hacer cesar el escándalo producido por la oposición de los ministros [2]. En suma, el Cardenal podía alegar que la Regla imponía la pobreza absoluta, precepto en el cual el otro estaba esencialmente contenido.

Otros artículos, no admitidos por los ministros, quería agregar Francisco a la Regla. Uno de ellos, por ejemplo, era el precepto referente a la reverencia debida al Santísimo Sacramento. Si los frailes, en sus correrías por el mundo, vieren en algún lugar que el Santísimo Sacramento estaba reservado en copones o sagrarios poco decentes, debían excitar a los sacerdotes a poner remedio a esta falta de reverencia y, en caso de negarse a ello, proceder los mismos frailes a subsanar aquella negligencia. En la práctica, semejante regla hubiera producido fatalmente roces entre los frailes y el clero [3].

No sabemos si ésta y otras prescripciones estaban ya omitidas en la redacción que Francisco hizo en Monte Rainerio, o lo fueron después. Parece, con todo, que un capítulo de la nueva Regla fué cambiado mientras estaba sometido al examen de la Santa Sede. En el capítulo décimo, había Francisco dado licencia y obediencia formal a los frailes para observar la Regla al pie de la letra, aún contra la voluntad de los ministros. Pero el Papa hizo corregir este capítulo, manteniendo la libertad de observar la Regla, pero señalando a los ministros la obligación de concederla; así, esta libertad no quedó a la discreción de los mismos sujetos [4].

Después de largo y paciente trabajo de cuerpo y de espíritu,

---

[1] Véase, por ejemplo, *Leg. 3 Soc.*, cap. II; *Chron. Jordani*, en *Anal. Franc.*, I, número 6, pág. 3.

[2] «*Quia valde timuit scandalum in se et in fratres*», dice el *Spec. Perfect.*, cap. 2.

[3] *Spec. Perfect.*, cap. 65.

[4] Véase *Legenda Vetus*, 2.°, en *Opuscules de Critique*, I, págs. 93-5. Ya en la Regla de 1221 (cap. 6) quedaba establecido que los frailes que no pudiesen observar la Regla en algún punto determinado recurriesen al ministro que tenía por obligación cuidar de ellos «*sicut ipse vellet sibi fieri*». Prácticamente la misma reglamentación aparece en la Regla de 1223, pero con esta diferencia: en ella el texto insiste más tanto en lo que atañe a la libertad del sujeto como en el deber que tiene el ministro de atender a la petición. La redacción más enfática de la Regla de 1223 dice a favor de la autenticidad de la historia referida en la *Legenda Vetus*. Véase *Hist. VII Trib.*, en Ehrle, *Archiv.*, *III*, pág. 601.

Francisco acabó por fin la redacción de la Regla. Al leerla, échase de menos la exhuberancia de las exhortaciones propias de Francisco y el aleteo de las aspiraciones de su alma; diríase que se ha mitigado su ardor. Mas tocante a los principios esenciales de su vocación, no cede un palmo de terreno. La nueva Regla sigue obligando a los frailes a la pobreza absoluta; los postulantes deben repartir sus bienes a los pobres antes de entrar en la fraternidad; los frailes se contentarán con hábitos miserables; serán pacíficos y humildes y se abstendrán de juzgar a los demás; trabajarán, pero no hasta el extremo de destruir en ellos el espíritu de oración y en caso de necesidad pueden pedir limosna confiados; no han de poseer casa, ni tierras, ni cosa alguna, y serán como peregrinos y extranjeros en el mundo.

El mismo género de vida anteriormente establecido es el que prescribe la nueva Regla; pero, como hemos dicho, presentado en términos más mitigados. Con todo, escrita en días de dolor y con el corazón desgarrado, gana tal vez en fuerza y solidez, a trueque de perder algo de aquel espontáneo idealismo. Podemos decir que aun cuando no nos revele la persona histórica de Francisco en un período determinado, nos ofrece con mayor pureza la esencia de su carácter en todo tiempo. Y es, en efecto, indispensable que, al tratarse de un legislador cuya ley es reflejo de su propia vida, lo más esencial de su personalidad sea separado de su representación directa y transitoria; solamente así permanecerá su ley; y este resultado no suele alcanzarse más que en el crisol de la contradicción. Así aconteció en el caso de Francisco.

La Regla fué solemnemente aprobada por el papa Honorio III el 29 de noviembre de 1223 [1].

¿Quedaron satisfechos los ministros recalcitrantes? No lo creemos. Elías, * Vicario General, como sabemos, no se quiso conside-

---

[1] El texto de la aprobación se halla en Sbaralea, *Bull.*, I, págs. 15-19; *Seraph. Legislat. Textus*, pág. 35 *seq.*

* [Ha sido muy discutido entre los historiadores franciscanistas el tema de las divergencias y supuestos conflictos entre San Francisco y fray Elías. Alguien ha supuesto que nuestro autor —que en el curso de esta obra se revela tan profundo conocedor de la época y de los diversos personajes que en la vida del Santo adquieren singular relieve— ha dado preferencia en este punto concreto a las fuentes de origen *Espiritual*, escritas generalmente bajo la impresión de hechos acaecidos posteriormente. Se le ha objetado que, en los tiempos a que se refiere el presente capítulo, según las fuentes auténticas, así fray Elías como el Cardenal Hugolino eran amigos sinceros y admiradores del Santo, incapaces, por lo tanto, de causarle ni de tolerar que por otros le fueran causadas acerbas contrariedades. Lo cual concuerda con lo que el mismo autor reconoce explícitamente en esta misma obra. Véase cap. V, pág. 341; véanse también las págs. 291 y 292]. — *Nota de los E.*

rar ligado por la Regla, y más tarde declaró que no había hecho profesión de ella [1]. Algunos ministros la interpretaron de tal suerte, que sólo fué para mayor pena de Francisco hasta el fin de su vida.

Gradualmente, empero, una gran paz penetró en su alma. De un modo decisivo e irrevocable había vindicado para los hijos de Dios el derecho a la pobreza absoluta.

Un día, mientras se contristaba a causa de sus falsos hermanos, Jesucristo mismo le inspiró este pensamiento consolador: «¿Por qué te turbas, hombrecillo? ¿Acaso yo te he constituído a ti pastor sobre mi religión de tal manera que no conozcas que soy yo su principal sostén? A ti, hombre simple, te he confiado esto para que las cosas que yo en ti ejecuto, puedan ser imitadas por los demás y las practique quien quiera seguirlas. Yo te he elegido, te conservaré y guardaré; y para reparar la falta de unos, suscitaré a otros, de tal manera, que si no hubieran venido a este mundo, les haré nacer. No te turbes, pues, y cuida de tu salvación, pues aunque la religión se vea dividida, por mi solicitud y cuidado permanecerá siempre incólume» [2].

Otra vez, estando en oración en la capilla de la Porciúncula, oyó en su espíritu una voz que le decía: «Francisco, si tienes fe como un grano de mostaza, dirás a esta montaña que se aleje y se alejará». A lo que contestó Francisco: «Señor, ¿cuál es la montaña que podría yo trasladar?» Respondió la voz: «La montaña es tu tentación». Entonces Francisco, con lágrimas, repuso: «Hágase en mí, Señor, según tu palabra» [3].

Así su espíritu se renovó en la paz, como el hombre en quien se desvanecen los recuerdos de una pesadilla. No le abandonó el sufrimiento moral, ni eran para tranquilizarle los actos de los ministros disidentes. Mucho de lo que acaecía en el seno de la fraternidad era para él un obscuro misterio. Pero la fraternidad, prueba irrecusable de la veracidad de la revelación de aquella Pobreza, que era su vida, había de perdurar, bajo la protección divinal; y contentábase con esta seguridad. En lo sucesivo, sólo le faltaba completar en sí mismo la obra de Dios, a mayor gloria de Cristo y para ejemplo de los que quisieran seguirle.

---

[1] Eccleston [ed. Little], coll. XIII, pág. 85.

[2] II Celano, 158; *Spec. Perfect.*, cap. 8; *Leg. Maj.*, cap. VIII, 3.

[3] II Celano, 115; *Spec. Perfect.*, cap 99. Esta «tentación del espíritu» que duró «varios años», según Celano, y «más de dos años», según el *Spec. Perfect.*, evidentemente aconteció, como se desprende del contexto, en los últimos años de Francisco y muy probablemente se relacionaba a sus disgustos con los ministros.

# LIBRO CUARTO

## CAPITULO I

### GRECCIO

El viajero que desde el valle de Espoleto entra por el sur al valle de Rieti, se da en seguida cuenta de que aquél es un país diferente, a pesar de que en los mapas el distrito de Rieti, rodeado de altas montañas, está señalado como formando parte de Umbría.

Hay un no sé qué de altanero, tanto en el aspecto del paisaje como en el carácter de sus habitantes; pero es una altivez que no tiene el menor resabio de hostilidad. Por el contrario, allí se encuentra una hospitalidad generosa, un deseo de que el visitante tenga la sensación de hallarse en su casa. Rieti tiene aires de gran señor, aún cuando hace entrega de lo mejor de sí mismo, distintivo que ostentan frecuentemente los pueblos inconquistados de las montañas. Los estragos de la guerra, de la dominación extranjera y el estado permanente de rebelión no han pesado tanto sobre ese valle en región más elevada, como sobre el suave valle más populoso de Espoleto, al norte; pero Rieti también ha visto los ejércitos extranjeros, atravesando sus carreteras abiertas y sus angostos desfiladeros. Con todo, está algo apartado, aunque no excesivamente, de los lugares más frecuentados del mundo, salvaguardado por su altura y por sus naturales defensas montañesas. En otro tiempo cruzaba su territorio una de las principales carreteras de Roma, en dirección al norte; y en la ciudad tenían los Papas su palacio, donde reunían su corte cuando, huyendo de los miasmas de Roma, buscaban una atmósfera más tónica. Pero, no puede uno menos de imaginar, teniendo en cuenta el genio peculiar del país, que los mismos Papas eran recibidos con cierta ruda sencillez, y que los de Rieti, con todo y apreciar la vida y el esplendor de la corte pontificia, no dejaban de estimar con orgullosa satisfacción las ventajas de su valle montañés. Iba y venía la corte, reflejo de un mundo distante; pero las montañas y el valle permanecían inmóviles.

Esta sensación de rompimiento de las afinidades y lazos que nos unen a la vida del mundo se apodera extrañamente de nosotros en

aquel lugar. Viniendo del norte, en la entrada misma de los desfiladeros que ponen en comunicación los dos valles, descubrimos las soberbias cascadas de Marmore, en el punto donde el río Velino se precipita entre nubes de espuma, desde la meseta tras las colinas, a la tierra baja donde se sienta Terni. Si después de permanecer algún tiempo en el valle de Espoleto, con el espíritu lleno de sus reminiscencias históricas y comprendiendo cuán intensas y poderosas fueron las energías humanas que entraron allí en acción, no podremos menos de sentirnos sobrecogidos ante el mugir clamoroso y la fuerza majestuosa de las aguas, y tendremos conciencia de la existencia de un nuevo poder, el poder de la naturaleza; y contemplando la barrera de montañas que nos cierra el paso, acabará de penetrar en nuestro espíritu el sentimiento temeroso de una fuerza misteriosa incontrastable .Después, por una gargarnta entre dos laderas, saldremos al lago de Piediluco o, como lo llama el cronista franciscano, el lago de Rieti, rodeado de vertientes abruptas, tras las cuales se escalonan los montes hasta llegar al basamento de los picachos nevados de los Abruzos. Al pasar por la orilla del lago, vemos surcar sus plácidas aguas una barca con la vela desplegada; probablemente, el barquero vive en alguno de aquellos blancos pueblecitos ribereños.

Un camino entre colinas bajas lleva al valle superior, anchuroso anfiteatro de tierras cultivadas, aprisionado por un círculo compacto de montañas. El llano es uniforme, salpicado de pequeños relieves del terreno, que parecen islotes hospitalarios cuando la niebla cubre el fondo del valle. Distante, hacia el sur, está la brillante ciudad, pero la vista no puede separarse del espectáculo de las montañas, de sus obscuras gargantas y sus hondonadas umbrosas, y de los escasos pueblecitos, que, como nidos, cuelgan confiados de alguna pendiente abrupta.

Hay en la atmósfera una gran quietud y se tiene una rara sensación de aislamiento. No hay allí las largas distancias misteriosas del valle de Espoleto, que al norte y al sur rebasan la vigilancia de las colinas que están de centinela; no hay allí los burgos y las ciudades que en el gran valle septentrional conservan vivo el recuerdo de luchas y ambiciones; no hay allí las montañas grises, desnudas de vegetación, que se miran cara a cara en dos largas hileras y parecen desafiarse perpetuamente. En Rieti, las montañas agrupadas y sus picachos semejan compañeros de armas guardando la llanura que circundan, así como los hombres guardan la santidad de sus hogares. El círculo es tan estrecho que desde el valle no se distinguen las angosturas por donde se deslizan los caminos que conducen al mundo exterior; es una defensa a la vez celosa y tier-

na. Cubre las laderas el espeso follaje del bosque o un suelo floreciente. Rudos y pedregosos son los senderos primitivos, por los que escalamos las colinas conduciéndonos a casas situadas entre viñedos y olivares; y en todo el valle el aire es a la vez suave y estimulante. Verdaderamente en este claustro montañés, la naturaleza ha querido sujetar al hombre con sus variados atractivos, revelándose a la vez majestuosa y fuerte, solícita y próvida, alegre y casera, como si con tanta diversidad de belleza quisiese desprender a sus hijos de todo afecto por el resto del mundo. No es de extrañar, pues, que el campesino sea allí fuerte y alegre, y que, a la par que revela la benevolencia en sus facciones y en su hablar, haya en su porte cierta dignidad y desprendimiento, como si él y sus riscos perteneciesen a un mundo aparte.

No maravilla que Francisco buscase refugio en el valle de Rieti, para apartarse de los cuidados y agitación de su apostolado activo, ni que en los años de su gran tribulación fuese allí a fortalecerse para el sufrimiento y la batalla. Y no podemos imaginar lugar más adecuado que aquel retiro montañés, para situar en él aquellos últimos años en que Francisco, lleno el espíritu de la expectación de la muerte, no podía ya ver turbada por los clamores del mundo la paz reconquistada.

Al abandonar Roma después de la solemne aprobación de la Regla por Honorio III, tenía la certeza de haber realizado el acto culminante de su ministerio. Sabía que de diferentes maneras había desaparecido la simplicidad de los primeros años; pero en la medida de sus fuerzas había asegurado a todos los que amaban la vocación de la pobreza, la libertad de observarla con la autorización suprema de la Iglesia. Y sentía ahora que, descontando el dar buen ejemplo, su labor había terminado; con mayor independencia podía entregarse a la vida oculta con Cristo su Señor. En adelante, el mundo y los hombres apenas turbarán su alma, sumida cada vez más íntimamente en el abrazo del Amado; y las voces de la tierra llegarán a su interior tan sólo a través de aquella vida mística que es fronteriza con la eternidad.

Acercábase Navidad. Faltaban dos semanas para tan dulce fiesta y Francisco se hallaba otra vez en el valle de Rieti, probablemente en su celda de rocas de Monte Rainerio; y había invitado a un amigo a acompañarle, Giovanni de Vellita [1]. Giovanni vivía en Grec-

[1] San Buenaventura (*Leg. Maj.*, cap. X, 7) describe a Giovanni como: «*Miles quidam virtuosus et verax, qui propter Christi amorem sæculari relicta militia...*» De lo cual podría deducirse que Giovanni fué un Hermano Penitente, o como decimos ahora, un terciario.

cio, a algunas millas hacia el norte siguiendo el camino que conduce al lago. Algunos años antes había conocido a Francisco en una de sus misiones, cayendo entonces bajo el hechizo de su espíritu y pasando a ser uno de sus discípulos aislados. Era hombre de posición desahogada y tenía algunas tierras en su país natal. Queriendo inducir a Francisco a residir algunas temporadas en aquel vecindario y conociendo su afición a los retiros solitarios, había dispuesto para su uso algunas cuevas en el peñascal que mira a la villa de Greccio, construyendo allí, en torno de las cuevas, un tosco eremitorio a gusto de Francisco, donde pudiesen vivir algunos frailes. La villa de Greccio se asienta sobre una elevada arista de roca, al borde de una anchurosa oquedad. Puede contemplar en el fondo acomodadas masadas y viñedos resguardados del viento norteño por la desnuda montaña escalonada. A la extremidad de la hondonada, opuesta a la población, la roca viva se alza cortada a pico a algunos centenares de pies. En la cúspide de esa roca está el eremitorio que Giovanni dió a los frailes; pero, en sus alrededores hay terreno lleno suficiente para que el bosque brinde sus sombras hospitalitarias.

Francisco conocía bien aquel paraje y sentía vivos deseos de celebrar allí la fiesta de Navidad. En la paz recobrada por su alma, el mundo se transfiguraba con signos sacramentales; al meditar durante el adviento el misterio de Belén, sentía un deseo vehementísimo, cual no lo sintiera anteriormente, de tener la visión de Cristo sobre la tierra. La dulzura de la condescendencia divina había penetrado en su alma con vital insistencia; en espíritu contemplaba la pobreza del nacimiento de su Señor, por el amor iluminada, y quería más todavía, a saber, la visión material de lo que espiritualmente adivinara. Quería ver este misterio de amor en su forma terrena y realizar con su representación el desposorio del cielo y de la tierra; y hacer de esta suerte que Dios habitara de nuevo entre las cosas temporales.

Así, pues, en llegando Giovanni díjole Francisco: «Quisiera conmemorar aquel Niño que nació en Belén y ver de algún modo con mis ojos corporales los trabajos de su infancia; ver cómo yacía sobre la paja en un establo, con el buey y el asno a su lado. Si tú quieres, celebraremos esta fiesta en Greccio, adonde irás antes a preparar lo que te diga.» Giovanni fué, pues, a Greccio, y en el bosque, cerca de las ermitas, dispuso un establo con un pesebre y al lado del pesebre un altar. Y Francisco envió a decir a todos los frailes del valle de Rieti que se reuniesen con él en Greccio para celebrar la Navidad.

Llegó la vigilia de Navidad, y como se acercase la hora de la

misa de medianoche, los vecinos de ambos sexos de la población y del campo acudieron al eremitorio llevando hachas encendidas que proyectaban un juego de sombras en la ladera de la colina a medida que avanzaban con paso firme; al reunirse en grupo compacto entorno al establo, todo aquel lado de la oquedad parecía en llamas. Francisco ofició de diácono, impregnándose sus funciones sagradas con el embeleso y la solicitud de la madre que cuida a su hijo. Cuando, después del Evangelio, se adelantó a predicar, sintió la muchedumbre como que un misterio oculto iba a ser realmente revelado a sus ojos; el predicador le comunicaba su propia visión de Belén y la hacía estremecer con sus emociones personales [1]. Parecía haber perdido la noción del concurso de gente que le rodeaba y no ver más que al Divino Niño, a su cuidado maternal, acariciado por la pobreza y adorado por la sencillez. Tiernamente le saludaba, llamándole «Niño de Belén» y «Jesús», y al pronunciar estos nombres parecía paladearlos con extraordinaria dulzura; y la palabra «Beth-le-em» la exhalaba con una entonación cual si fuese el balido de adoración de las ovejuelas de las colinas de Judea. De vez en cuando inclinábase sobre el pesebre y lo acariciaba. Giovanni aseguró después que vió un niño tendido en la comedera como si estuviese muerto, el cual despertó al contacto de Francisco. Todos los circunstantes creyeron que aquella noche Greccio se había convertido en otro Belén [2].

Durante el resto del invierno y ya muy entrada la primavera, parece que Francisco siguió habitando el eremitorio en la peña, pero no enteramente incomunicado con los hombres. Porque el mismo amor que le aproximaba a Cristo el Amado en la soledad, le impelía a anunciar al prójimo el evangelio del amor redentor de Cristo.

---

[1] El P. Paschal Robinson opina que inspiró a Francisco esta gran devoción al misterio de Navidad su visita a Tierra Santa, cosa muy probable.

[2] I Celano, I, XXX, 84-86; II Celano, II, VII, 35; S. Bonav., *Leg Maj.*, capítulo X, 7. San Buenaventura dice que Francisco había alcanzado previamente del Papa el permiso para construir el pesebre, «*ne hoc novitati posset adscribi*». De lo cual parece desprenderse que el «nacimiento» en la forma tan familiar en las iglesias católicas durante el tiempo navideño, no era entonces conocido, cuando menos en Italia. Las «representaciones» de Navidad, no obstante, eran comunes en Francia y en Inglaterra en el siglo XII y formaban parte del servicio litúrgico de la noche de Navidad en ciertas catedrales. Una *Representatio Pastorum* es mencionada en los estatutos de Lichfield, cerca 1190. (Véase *Lincoln Cathedral Statutes*, ed. Bradshaw and Wordsworth, parte II, págs. 15, 23).

Poco después de la muerte de Francisco, erigióse una capilla en el lugar del establo. La capilla existe todavía; próxima a ella hay otra más espaciosa construída algo más tarde. Recientemente se ha edificado una nueva iglesia que con su pretenciosa modernidad ofusca la ruda simplicidad del antiguo eremitorio.

Era reverenciado como maestro y profeta por el pueblo de Greccio y de sus contornos. Numerosas historias de sus andanzas por aquel país contaron después las gentes agradecidas: como les había librado de las depredaciones de los lobos y del azote de la peste que llevaba la muerte y el duelo a los hogares; y de la piedra que destrozaba sus viñedos, concediéndoles en fin un período de felicidad; y como tal felicidad se había prolongado mientras se iban acordando de servir a Dios cual Francisco les enseñara, pero lo perdían al punto al olvidar sus enseñanzas y volver a su mal proceder [1]. Recordaban también como en cierta ocasión les había dejado repentinamente, encaminándose a Perusa, la orgullosa ciudad del norte; porque le había sido revelado, en la oración, que los de Perusa enviaban bandas armadas de sus hombres contra sus vecinos por pura hambre de lucha y de dominación; compasivo, había acudido a poner remedio a tanto mal. Pero el pueblo de Perusa no prestó oído a sus exhortaciones, y Francisco les vaticinó que en breve se verían desgarrados por interna discordia, visitándolos el dolor y la muerte. Y así sucedió [2]. Pero esta historia probablemente pertenece a un período anterior de la vida de Francisco.

Ora en activo ministerio de almas, ora en la soledad, entregado a la oración, Francisco halló la paz; la paz que consistía en sumirse en la vida del Dios-Hombre, que atraía a Sí todo anhelo de su rendido discípulo. Estar con Cristo, en Belén o en Nazaret, o en la vía pública, o en la cruz del Calvario: no era otro de mucho tiempo atrás su pensamiento; y éste parecía realizarse ahora más íntimamente todavía, hasta un extremo que él mismo no se hubiera atrevido a pedir. El amor había recobrado en su alma libertad, con mucho más puro ardor y plenitud a causa misma de la noche de prueba con que había sido aquilatada su fe. Y era en el ambiente familiar de Greccio donde saboreaba las primeras dulzuras de la libertad reconquistada.

La fiesta de Pascua le halló todavía en aquel retiro venerando. En medio de la gloriosa esperanza de la vida venidera que infundía en su alma el misterio del día, su corazón se volvía con insistencia al precio terreno por medio del cual era alcanzada aquella vida. El cielo ganábanlo los hombres tan sólo por medio del abajamiento de Aquél que, siendo el Creador del universo, se hizo no obstante extraño y peregrino en la tierra; en la vehemencia de su amor,

---

[1] Véase II Celano, VII, 35, 36.

[2] II Celano, II, VII, 37. Los de Perusa estaban en constante lucha entre sí. W. Heywood (*A History of Perugia*, págs. 35-7) menciona tres guerras civiles importantes, en 1214, 1218 y 1223.

Francisco era en espíritu, juntamente con su Señor, un pobre peregrino.

Bajando al refectorio de los frailes aquel día de Pascua, vió que la mesa estaba preparada con mayor cuidado de lo acostumbrado, con manteles y vasos de cristal y otros requisitos propios de una casa acomodada, dejados para aquella circunstancia por algún amigo de los frailes; porque éstos entendían celebrar la fiesta a su guisa. Pero este simbolismo de una morada permanente no concordaba con la visión que tenía Francisco de su Señor peregrinante. Suavemente, pero no sin algún énfasis, quiso representar la parte de Cristo peregrino. Esperando que los frailes hubiesen empezado a comer, se presentó a la puerta del refectorio, puesto el capuchón de un mendigo y con un bastón en la mano, a modo de peregrino, diciendo: «Haced una limosnita por amor de Dios a este transeúnte pobre y enfermo». Respondieron los religiosos: «Entra aquí, buen hombre, por el amor de Aquél a quien invocaste». Y Francisco, tomando de la mesa una escudilla, a manera de ínfimo servidor, sentóse en el suelo. «Ahora me siento como verdadero Fraile Menor», dijo a aquella asamblea avergonzada. «Vi la mesa bien provista y adornada y reconocí no ser ella de pobrecillos que mendigan de puerta en puerta. Más que a todos los otros religiosos, deben movernos los ejemplos de la pobreza del Hijo de Dios.» Los frailes, algunos de ellos cuando menos, grabaron en su pecho la lección, y uno rompió a sollozar; porque les parecía que, a semejanza de los discípulos de Emaús, Cristo había estado entre ellos y no le habían conocido [1].

En verdad, a los ojos de los que con él estaban, y le amaban, Francisco en aquel tiempo se moldeaba cada vez más a semejanza de Aquél que era el amor de su alma; y más y más transfigurábase la tierra que pisaban en su compañía, como si en realidad viviesen con el mismo Señor Jesucristo en su estancia acá abajo, irresistiblemente compelidos por Francisco, absorto en el Señor, a caminar en Su divina compañía. Tal vez a los que le habían seguido y prestado alivio en sus días de prueba invadíales una sensación de soledad, al sentir que su espíritu se sustraía a la necesidad de sus cui-

---

[1] Véase II Celano, 61; *Leg. Maj.*, cap. VII; *Spec. Perfect.* [ed. Sabatier], capítulo 20. En el *Spec. Perfect.* se relata este incidente como habiendo acaecido el día de Navidad; pero Celano y San Buenaventura lo aplican a la festividad de Pascua y señalan el motivo que lo produjo, indicado en el texto. No es del todo improbable, como sugiere M. Sabatier (*loc. cit.*, pág. 41, núm. 1) que ocurriesen en otras ocasiones incidentes análogos; porque Francisco no temía nunca repetirse. Véase II Celano, 200.

dados, alentado por la caricia del Amor Divino, y una suave tristeza mezclábase a veces a su veneración; porque sabían que habían de detenerse en los umbrales del santuario en el cual penetraba Francisco. Mas porque le amaban tanto, alzábanse también sus corazones con una satisfacción de triunfo; y después de todo, ¡estaba tan cerca de ellos! Entre las masadas y los caminos umbrosos de Greccio y de la meseta de Rieti no podían menos de sentir cuán íntima era su compañía. Y al aproximarse la época del Capítulo de Pentecostés, cuando debían transitar nuevamente por las vías del mundo, sin duda abrigaban una secreta impaciencia por regresar a Greccio.

Francisco no volvió a visitar en seguida el valle de Rieti; durante este intervalo, había de confirmarse con maravilloso sello su transfiguración. Y al volver a aquella región, fray León, su fiel amigo y discípulo, comprendió mejor el misterio que Francisco había meditado durante aquellos pacíficos meses invernales.

## Capítulo II

### IMPRESIÓN DE LAS LLAGAS

En el mes de septiembre acontèció aquel hecho misterioso que había de imprimir en el cuerpo de Francisco el sello indeleble, impreso ya en su alma, de lo que constituyó la pasión de toda su vida, la Pasión de Cristo.

A mediados de junio había asistido al Capítulo de Pentecostés[1]. Este Capítulo ha de ser caro a los ingleses, por cuanto fray Agnello de Pisa, varón según el corazón de Francisco, fué diputado para establecer la Orden de Frailes Menores en Inglaterra. La historia de la llegada de Agnello y sus compañeros a ese país ha sido referida repetidas veces en estos últimos tiempos; y también con cuánto ardor y habilidad se internaron antes de terminar el año hasta Canterbury, Londres y Oxford, obteniendo de los insulares un recibimiento cordial y una habitación permanente[2].

Desembarcaron en Dover el 10 de septiembre de 1224[3]; cuatro días después oyeron las campanas de Canterbury llamando los fie-

---

[1] Pentecostés cayó en 1224 el 11 de junio.

[2] Véase Eccleston, *De Adventu FF. Min. in Angliam*, publicado por vez primera por Brewer en *Mon. Franciscana, I*, según los códices de Cotton y de York. Un fragmento según el códice de Lamport fué publicado por Howlett en *Mon. Franciscana*, II. Una edición basada en estos textos publicados apareció en *Analecta Franciscana*, I; y publicóse una nueva edición en *Mon. Germ. Script.*, XXXIII. Pero la edición definitiva ha sido dada por el Prof. A. G. Little en *Collection des Études*, tom. VII. Véase también «*The Chronicle of Thomas of Eccleston*», traducida por el autor de este libro; *The coming of the Friars*, por el Dr. Jessop.

[3] Waddingo (*Annales, ad an.* 1220), siguiendo la *Chron. XXIV Gen.*, dice que Agnello fué enviado a Inglaterra por el Capítulo de 1219, llegando allá en 1220. Pero Eccleston dice claramente: « *Anno Domini M° CC° XX° IIIJ°, tempore domini Honorii papæ... feria 1.ª post festum nativitatis beatæ Virginis quod illo anno fuit die dominica.* Véase Eccleston [ed. Little], pág. 3. Tanto la Crónica de Lanercost [ed. Stevenson, pág. 30], como los Anales de Worcester [*Annales Monast.*, IV, pág. 416], dan el mismo año que Eccleston, o sea el 1224. Es, pues, lo más probable que Agnello fuese designado por el Capítulo de 1224 y no por el de 1219, porque difícilmente se imagina que dejase pasar cinco años sin cumplir su misión; tal retardo no hubiera concordado con la acostumbrada diligencia de los frailes.

les a misa por ser la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz; y tal vez el corazón de Agnello, que madrugaba anticipándose a los divinos oficios, tuvo alguna intuición del milagro de que era objeto aquel a quien tanto amaba.

No fué por mero azar que Francisco, algún tiempo antes de la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, ascendió al Monte Alvernia, el escarpado refugio que el conde Orlando muchos años antes había reservado para uso de los frailes. Había algo en su alma que le prescribía un apartamiento absoluto, una reclusión en las alturas.

En aquel entonces su alma se hubiera sentido prisionera en la suave simplicidad de Greccio y la atmósfera batalladora de Monte Rainerio no hubiera correspondido al sentimiento de misterio que le dominaba. Su espíritu necesitaba un aire más puro, una región más elevada, superior al mundo de los hombres. Fué, pues, a Monte Alvernia, lugar el más apartado de los caminos del mundo, do reina el silencio de los espacios siderales y el aire que se respira es límpido y sutil.

Aún en nuestros días, después de haberse trazado una buena carretera que conduce al peregrino por la larga cuesta, y coronada la cima por un convento espacioso, Alvernia sobrecoge por su aislamiento de los parajes de intensa concurrencia. Divísanse a lo lejos ciudades y pueblos, como puntos en el vasto panorama. Espeso follaje viste las alturas menores, proporcionando alivio a la llanura; pero arriba, las vertientes de las montañas aparecen desnudas y rocosas, privadas de todo elemento de bienestar; solamente en la cúspide reaparecen los árboles, que dan una sombra bienhechora a la hora del sol. En todas direcciones, tan lejos como abarca la vista, se alzan picachos que contemplan el firmamento; son numerosísimos, pero separados entre sí por grandes distancias, como si cada uno de ellos se bastase para mantenerse enhiesto en el espacio inconmensurable. Y, como hemos dicho, el aire es penetrante y reina allí el silencio de las grandes alturas.

Para acompañarle en su viaje y estar a su lado en sus velas, escogió Francisco tan sólo a los discípulos más dignos de su confianza. Había allí León, la ovejuela de Dios, el más fiel de todos; y también Ángel Tancredo, el cortés caballero, y Maseo, el compañero de tantos viajes, y Rufino y Silvestre los contemplativos, e Iluminado, que había ido con él a la cruzada de Oriente y, según creo, Bonizzo, que le había asistido en su prueba de Monte Rainerio [1].

---

[1] Bonizzo fué citado como testigo especial de las llagas por Juan de Parma en el Capítulo General de Génova (véase Eccleston, ed. Little, coll. XIII, páginas 93 y 94). Eccleston no dice que estuviese con Francisco en Monte Alvernia,

Con todo, hallábase en la ignorancia absoluta de lo que le iba a acontecer: sólo sabía que la aspiración de largos años de su vida iba a cumplirse y que era inminente una nueva revelación de Cristo Señor. El día de su llegada había escogido una celda separada de las de los demás frailes; una tosca cabaña bajo una haya. Allí se proponía someterse a la voluntad de su Señor, libre de la intrusión de los hombres; tan sólo fray León debía acercársele a la hora señalada llevándole un poco de pan y agua para su refrigero corporal y al objeto de asistirle espiritualmente con sus funciones sacerdotales. Los demás frailes debían habitar separados de él, fortaleciéndole con sus oraciones y cuidando de que los seglares que fuesen a visitar aquel lugar no se aproximasen al «retiro secreto», donde Dios se comunicaba a Su siervo [1].

Y empezó aquella serie de manifestaciones divinas que habían de convertir a los ojos del pueblo cristiano el Alvernia en una montaña santa.

Un día, estando Francisco al lado de su celda del haya «mirando la disposición del monte y admirándose de las grandes hendiduras y aberturas de aquellos enormísimos peñascos, se puso en oración y le fué revelado por Dios que aquellas hendiduras tan asombrosas se habían hecho milagrosamente al tiempo de la pasión de Cristo, cuando, según el Evangelista, se rompieron las piedras» [2].

Desde aquel momento el Alvernia fué para él terreno sagrado, por dar elocuente testimonio de la Pasión de su Señor. Y esta sugestión dió a su alma una cierta comprensión de aquel misterio. Inflamóse más y más en el amor de su Maestro Crucificado; y desde aquel tiempo tornóse más insensible al mundo exterior y más arrobado en la contemplación. Frecuentemente, fray León al visitarle le hallaba en éxtasis levantado del suelo, arrebatado su cuerpo al impulso del espíritu; y el alma de León rebosaba de afecto y reverencia, y a veces, acercándose tímidamente, le besaba los pies, y al hacerlo imploraba a Dios que tuviese misericordia de su indignidad y que, a pesar de ella, le diese una parte en la gracia de Francisco.

Al acercarse la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, Fran-

---

pero sabemos que fué uno de sus compañeros en los últimos años de su vida. Eccleston dice que Rufino estaba en Monte Alvernia en la época de la impresión de las llagas *(loc. cit.)*; León, Maseo, Ángel e Iluminado son nombrados en las *Fioretti, Delle sacre sante Stimate*, III Consid. Silvestre aparece mencionado en *L'Addio di San Francesco*. San Buenaventura (*Leg. Maj.*, XIII, 4) menciona también a Iluminado. *Vide infra, passim.*

1 *Fioretti, Delle sacre sante stimate*, II Consid.

2 *Fioretti, loc. cit.*

cisco llamó a fray León y le mandó se pusiese a la puerta del oratorio de los frailes; alejándose un trecho le llamó con voz fuerte, y León respondió en seguida. Fuése entonces Francisco a un lugar más apartado y volvió a llamar a León, pero esta vez León no le oyó. Volviendo Francisco a su compañero, díjole que intentaba pasar allí a solas la cuaresma de San Miguel, que empieza el día siguiente de la festividad de Nuestra Señora, de modo que aunque gritase, León no le pudiese oír. El lugar escogido era el borde de una roca, que formaba un saliente y estaba separada del terreno practicable por una profunda hendidura. Por el otro lado aquella roca está cortada a pico a una altura de cien pies o más del suave declive de la montaña. Atravesaron encima de la hendidura un madero a modo de puente y construyeron una celda de juncos tejidos, y Francisco dió a los frailes sus instruciones para la guarda de su retiro. Ninguno de ellos debía acercársele, salvo fray León que le llevaría cada día un poco de pan y agua e iría también a medianoche a la hora de maitines; pero el mismo León no debía pasar el puente sobre el abismo, a menos que Francisco respondiese a su señal; y la señal era la primera frase del oficio de maitines: «Domine *labia mea aperies*». Y si Francisco no respondía. León debía marcharse de allí inmediatamente [1].

Solitario en el saliente de la roca, entró Francisco en aquel purgatorio del alma que precede a la más íntima unión del hombre con Dios. A veces su espíritu se oprimía y parecía que los poderes del mal se desencadenaban para atormentarle, aun con violencia corporal, a fin de poner a prueba la resistencia de su espíritu. Esta es la última tentación de las almas fuertes, cuando no se siente ya el mal como una flaqueza personal sino como una realidad objetiva, tanto más aterradora cuanto más distante se halla del personal deseo. Es entonces cuando más necesita el alma una fe inquebrantable y una confianza sin desfallecimiento en la realidad del bien celestial. Mantenerse firme en semejante tentación es el más encumbrado acto de adoración del hombre; es su completa sumisión a Dios. Es una tentación en la que el mismo cuerpo padece con el espíritu y todo el hombre es pasado por la criba. Así acaeció con Francisco. Una vez, yendo a verle León, Francisco buscó consuelo conversando con él: «Si supiesen los frailes —exclamó— cuántas y cuán graves son las angustias y aflicciones que los demonios derraman sobre mí, no habría ninguno que por mí no se moviese a ternura y compasión» [2].

---

[1] *Fioretti, loc. cit.*

[2] *Spec. Perfect.* [ed. Sabatier], cap. 99.

Mas, alternando con el combate y el sufrimiento, tenía Francisco momentos de una clara visión cuando el cielo le descubría sus secretos, y a veces la dulzura misma de la vida eterna entraba en su alma y la inundaba de radiante gozo. Un día, como estuviese meditando sobre la dicha de los bienaventurados y sintiese ardiente sed de participar de ella, apareciósele un ángel de Dios con gran resplandor. Era sin duda un espíritu de armonía, porque produjo con una viola una música de dulzura tal, que Francisco perdió el sentido [1].

No debemos omitir que en su soledad hallaba Francisco mucho consuelo con la amistad de un halcón que habitaba cerca de su celda, porque aquella ave le tomó gran afición, y se posaba cerca de él cuando oraba, cantando también su himno de alabanzas; y a medianoche, al ser la hora de levantarse Francisco para rezar maitines, el ave empezaba a dar aletazos contra la pared de la celda hasta que aquél se levantaba. Y Francisco sentía por él un gran afecto [2].

En cuanto a fray León, el fidelísimo guardián del retiro de su maestro, sentíase dominado por una mezcla de ternura y temor y reverencia, conociendo las ansias de aquél y presintiendo la inminencia de algún insigne favor del cielo. Una noche, al decir a la entrada del puente como acostumbraba: «Domine labia mea aperies», no recibió respuesta alguna, y el temor que invadía su alma le movió a no observar el precepto de retroceder y no atravesar el puente. Entrando, pues, en la celda, la vió vacía, y fuése a un lugar del bosque, donde creía hallar a Francisco. En efecto, allí estaba. A la luz de la luna pudo contemplarlo de rodillas, con la cara y las manos levantadas al cielo y diciendo con gran fervor: «¿Quién eres Tú, dulcísimo Dios y Señor mío? Y ¿quién soy yo, vilísimo siervo tuyo?» Y León comprendió que era testigo de algún íntimo coloquio entre Francisco y su Señor, mas no pudo entender sobre qué versaba. Muy maravillado, levantando la vista al cielo, vió bajar una hacha de fuego que se posó sobre la cabeza de Francisco, quien extendió la mano por tres veces a la llama. Y después de un largo espacio, que le pareció interminable, vió por último que la llama se volvió al cielo. Atemorizado después por su indiscreción, quiso alejarse tan deprisa como pudo; pero Francisco, oyendo el ruido que hacía con los pies en las hojas, le mandó que esperase y no se moviese. Sintió León tanto miedo y vergüenza que en aquellos momentos hubiera querido que lo tragase la tierra. Temía prin-

[1] *Fioretti, loc cit.* Un incidente algo parecido se puede ver en II Celano, 126.
[2] *Fioretti, loc. cit.*; I Celano, 168; *Tract. de Mirac.*, 25; *Leg. Maj.*, VIII, 10.

cipalmente que, a causa de su desobediencia, Francisco lo privase de su compañía, y con este pensamiento su corazón sentía de antemano un gran vacío. Francisco, adivinando su turbación y el amor que había podido más que su voluntad de obedecer, sólo le dirigió una suave reprimenda y lo conservó a su lado.

Animado con tanta ternura, preguntó León a Francisco cuál era el significado de aquella visitación divina, y supo entonces que las palabras que había oído eran una protesta de la humildad de Francisco, porque Nuestro Señor Jesucristo le había pedido a él, tan indigno, tres dones: le había ordenado por tres veces que metiese la mano en su seno. Cada vez había encontrado allí una bola de oro, que ofrecía al Señor, sin comprender al principio aquel misterio; pero Cristo le había dicho que las bolas de oro eran las virtudes de pobreza, castidad y obediencia que tenía Francisco en su corazón[1]. Habiendo hablado de estas cosas, Francisco fuése con León al oratorio, donde se dijo misa; postróse en tierra delante del altar y rogó a Dios se dignase manifestar su voluntad concerniente al misterio que se cernía sobre él; y cuando hubo orado, hizo la señal de la cruz y, pensativo, mandó a León que tomase del altar el libro de los Evangelios y le leyese el primer pasaje sobre el cual dirigiera la vista.

El pasaje era un relato de los padecimientos de Cristo. Por segunda y por tercera vez abrió León el libro, obedeciendo a Francisco, y siempre la lectura fué referente a la Pasión del Señor. Con dulce gozo sometióse Francisco a lo que, a su entender, era una indicación de la Voluntad Divina: también él por medio del sufrimiento debía entrar en el Reino de Dios, a imitación de su Señor; e invadió su alma un vehemente deseo de participar de la pasión de Cristo y de poseer aquel amor divino que impulsó a Cristo a sufrir por los hombres[2].

Con esta súplica en su corazón, despertó un día Francisco, próxima la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz o, como quieren algunos, el mismo día de dicha fiesta[3]. Un cronista nos dice que el

---

[1] *Fioretti, loc cit.* III Consid.

[2] *Fioretti, loc. cit.*, II Celano, 92 93; *Leg. Maj.*, XIII, 2.

[3] San Buenaventura (*Leg. Maj.*, XIII, 3) dice: «*Quodam mane circa festum Exaltationis sanctæ crucis*». La *Chron. XXIV Gen.* (*Anal Franc.*, III, pág. 30): «*Circa festum Exaltationis sanctæ crucis vel ut in quadam revelatione divina, in eodem festo*». Esta revelación es evidentemente la que se menciona en el *Instrumentum de Stigmatibus* recopilado por fray Felipe, Provincial de Toscana, por orden del Ministro General, en 1283. Véase *Anal. Franc.*, III, pág. 374; y pág. 641 *seq.* Las *Fioretti* dicen: « *Viene il dì seguente, cioè il dì della santissima Croce*» Celano no indica el día.

día anterior, mientras Francisco oraba en la celda, un ángel se le había aparecido avisándole que se preparase para sufrir pacientemente lo que Dios iba a obrar en él; y Francisco había respondido que estaba dispuesto a recibir pacientemente cuanto le pluguiese al Señor hacer en él [1]. Pero no dice si el ángel se le apareció realmente a sus ojos corporales o si le hizo manifiesta su presencia por una percepción interna. Como quiera que fuese, bien podemos creer que descendió al alma de Francisco algún anuncio divino de lo que iba a acontecer. Francisco, pues, en aquel día memorable estaba arrodillado rezando la oración matutina cuando vió en una visión una forma extraña que venía a él, por lo que se sintió muy atemorizado [2]. Mas al aproximarse la aparición y detenerse sobre una piedra elevada, vió un ser que era a la vez un hombre y un serafín; tenía los brazos extendidos y los pies juntos y su cuerpo estaba fijo en una cruz. Dos alas se alzaban sobre la cabeza, otras dos se extendían como para volar, y otras dos le cubrían el cuerpo [3]. La faz era de una belleza superior a toda belleza terrena; y, no obstante, ostentaba las huellas del sufrimiento.

Inundó a Francisco una gran alegría al contemplar la belleza de aquel rostro; *al propio tiempo sentía una compasión y un dolor* profundos a causa de la pena y el padecimiento que en ella se reflejaban [4]. De pronto, en un momento de sufrimiento indecible, el Serafín le hirió a lo que parece en el cuerpo y en el alma, de modo que Francisco sintió gran temor; mas el Serafín le habló como un amigo, aclarándole muchas cosas que hasta entonces le permanecieron ocultas, según dijo después a sus compañeros [5]. Pasado un instante, que pareció un siglo [6], desapareció la visión.

Al volver en sí, el primer pensamiento de Francisco fué de perplejidad con respecto al significado de tal visión; porque sabía que ningún espíritu celeste puede padecer pena mortal. Así perplejo, se levantó y permaneció en pie y discurrió sobre aquel prodigio; dominaba todavía su alma aquella mezcla de dolor y de alegría que le produjera la visión. Mas entonces abriósele el sentido de todo aquello; porque en su cuerpo aparecían las señales del Serafín crucificado; en sus manos y pies habían las llagas de las heridas y en

---

[1] *Fioretti, loc. cit.*

[2] *Leg. Maj.* XIII, 3; Eccleston [ed. Little], coll. XIII, pág. 93.

[3] Compárese con la descripción del Serafín, en *Isaías*, VI, 2.

[4] I Celano, II, III, 94; Celano, *De Miraculis*, II, 4; *Leg. Maj., loc. cit.; Fioretti, loc. cit.*

[5] Véase Eccleston [ed. Little]), XIII, pág. 93.

[6] *Fioretti, loc. cit.; «Disparendo dunque questa visione mirabile dopo grande spazio».*

las llagas la impresión de los clavos, formados de manera que podían tomarse por los verdaderos clavos de la cruz; las cabezas redondas de éstos, de apariencia negra, sobresalían en la palma de las manos y en el empeine de los pies; mientras que en el dorso de las manos y en la planta de los pies aparecían las puntas retorcidas de los mismos clavos; y su costado derecho estaba como perforado por una lanza [1]. El Serafín de la visión era el espíritu del Crucificado padeciendo por amor, que había tomado entera posesión del amado pobrecillo de Dios [2]; y las señales externas eran sello y garantía de tal posesión.

Al acaecer este suceso nadie estaba con Francisco en su retiro; ni siquiera León [3]. Y al principio pensó no revelar a persona alguna el caso maravilloso que le había acontecido; así, un hombre de corazón oculta celosamente el don precioso que posee, no hablando de él siquiera a los amigos. Mas pronto caía en la duda, porque era imposible esconder completamente un signo tan manifiesto a los que estaban constantemente con él; y por lo mismo que era manifiesto, ¿no era alzarse contra la voluntad de Dios guardar exclusivamente para sí lo que Dios había tal vez dispuesto para señal y consuelo de otros? No sabía, pues, si hablar o permanecer callado. Finalmente llamó a sus compañeros, y en términos generales les propuso esta cuestión: si debía uno revelar o conservar oculto un

---

[1] Celano, *loc. cit.*; *Leg. Maj.*, *loc. cit*, *Fioretti*, *loc. cit.* Para la descripción de las llagas véase también la carta de fray Elías a Gregorio de Nápoles escrita para anunciar la muerte de San Francisco (Boehmer, *Analekten*, pág. 90). Véanse también los atestados de Gregorio IX en sus cartas «*Non minus dolentes*» y «*Cum sæculi vanitate*», en Sbaralea, *Bull.*, I, pág. 213 *seq.*

[2] San Buenaventura, *ut supra*, dice que el que se apareció a Francisco era Cristo *sub specie Seraph.* Celano en *Legenda Prima (loc. cit)*, habla algo vagamente: «*vidit in visione Dei virum unum quasi seraphim sex alas habentem*»; pero en el *Tractatus de Miraculis* dice de un modo más positivo: «*vidit in visione Seraphim in cruce positum*». Es curioso notar la diferencia en la representación de las llagas entre las pinturas más primitivas y las de Giotto y sus sucesores. En las primeras aparece el santo solo, de pie entre árboles y flores indicando un bosque; en las segundas se le suele representar arrodillado, con fray León a poca distancia, y sobre terreno rocoso. Debe, no obstante, notarse que las señales de las llagas, como dice expresamente Celano, aparecieron después de la visión, cuando Francisco se había levantado y mientras discurría sobre la significación de lo que había visto Otra diferencia consiste en que las pinturas primitivas dan al Serafín un rostro convencional de serafín; mientras que en las últimas tiene el rostro de Nuestro Señor. Esta es la diferencia entre Celano y San Buenaventura. Véase Matrod, *Deux émaux franciscains au Louvre.*

[3] Si Leon hubiese estado presente, Celano sin duda alguna lo hubiera citado como testigo de tan maravilloso suceso. Además, San Buenaventura (*Leg. Maj.*, XIII, 4) da a entender que ninguno de los compañeros familiares del santo *(socii familiares)* sabía lo que había acontecido.

favor que Dios le hubiese otorgado. Iluminado, columbrando por lo misterioso de sus palabras y por el asombro impreso en el rostro, que algo más singular y maravilloso que de costumbre le había acontecido, díjole: «Hermano Francisco: si adviertes que para provecho de muchos, y no para ti solamente, se digna Dios a veces descubrirte algunos de sus divinos secretos, es razón que temas de que te sea pedida estrecha cuenta por el talento escondido, si cosas que a otros habían de aprovechar tú las encubrieres» [1].

Entonces, tímidamente y como constreñido a ello, refirió Francisco a sus hermanos la visión y las llagas, añadiendo que el Serafín le había hablado de muchas cosas, de las cuales nada podía decir. No obstante, siguió ocultando a todos las señales del cuerpo, cubriendo manos y pies con la túnica; tan sólo a León mostró de buen grado sus heridas, para que le mudase los lienzos, restañando la sangre que manaba de ellas y mitigando así el dolor que sentía [2].

Pero a Rufino, el contemplativo, habló Francisco de algunas de las cosas que le habían sido reveladas concernientes a la Orden en el momento de la visión, a saber, que la vida y profesión de los Frailes Menores subsistirían hasta el día del Juicio; que todo aquel que con malicia persiguiera la Orden no viviría largos años; que ninguna persona perversa, proponiéndose vivir en el mal, podría permanecer mucho tiempo en la Orden; y que quienquiera que amase la Orden de todo corazón, por gran pecador que fuese, hallaría a la postre misericordia [3].

Al considerar Francisco de qué modo Dios le había tratado, su corazón rebosaba gratitud indecible; y aún el mismo suelo, testigo del prodigio, le parecía precioso y sagrado. El recuerdo de la herida del Serafín le llenaba siempre de renovada admiración: así había obrado el ángel con el patriarca Jacob en los tiempos antiguos, obligándole a someterse a la voluntad divina. No pudiendo él mismo ponerse a la obra a causa de sus llagas, mandó a Rufino consagrar la piedra sobre la cual se posó el Serafín, del mismo modo que Jacob había consagrado la piedra de su visión, lavándola y ungiéndola con aceite [4]; y desde aquel día la piedra en cuestión ha sido

---

[1] *Leg. Maj*, XIII, 4; *Fioretti*, *loc. cit.*

[2] *Fioretti*, *loc. cit.*; *Chron XXIV Gen*, en *Anal Franc*, III, pág. 68

[3] *Spec. Perfect* [ed. Sabatier], cap. 79 Eccleston, *loc cit.* Véase *Fioretti*, III Consid, donde se amplifican las promesas y se incluye ésta: que los frailes que observaren la Regla perfectamente, a la hora de la muerte entrarán en la vida eterna sin pasar por el purgatorio.

[4] Eccleston, *loc cit.* Escritores posteriores atribuyen este acto a León (véase *Anal. Franc.*, III, pág. 67); pero Eccleston estaba informado por Pedro de Tewkesbury, que se lo había oído referir al mismo León

considerada como sagrada por todas las generaciones de frailes[1].

Mas, por la misma plenitud de su corazón, necesitaba expresar con palabras lo que su alma sentía, apremiándole su condición de poeta; y por causa de la extrañeza de aquel misterio y por el temor que todavía le dominaba, su lengua estaba embarazada y sólo podía pronunciar palabras entrecortadas. Cogiendo, pues, la pluma y un pergamino, escribió este salmo, que la generación siguiente tituló «La Alabanza del Dios Altísimo», aunque, como se va a ver, hubiérase titulado más adecuadamente «La Alabanza del Crucificado»:

Tú eres el Señor Dios; Tú eres el Dios de los dioses, Quien solo obras maravillas.

Tú eres fuerte, Tú eres grande, Tú eres Altísimo; Tú eres Todopoderoso, Tú santo Padre, Rey de la tierra y del cielo.

Tú eres trino y uno; Señor Dios de dioses.

Tú eres bueno, eres todo lo bueno, eres el mayor bien; el Señor Dios, vivo y veraz.

Tú eres amor, caridad; Tú eres sabiduría; Tú eres humildad.

Tú eres paciencia; Tú fortaleza y prudencia.

Tú eres seguridad, Tú eres descanso; Tú eres gozo y contentamiento.

Tú eres justicia y templanza; Tú eres todo nuestro tesoro y abundancia.

Tú eres la belleza, Tú eres la suavidad; Tú eres el protector; Tú eres el guardián y el defensor.

Tú eres nuestro refugio y fortaleza; Tú eres nuestra fe, esperanza y caridad.

Tú eres nuestra gran dulzura; Tú eres nuestra vida eterna.

Infinita Bondad, grande y admirable Señor Dios Todopoderoso: amante y misericordioso Salvador[2].

---

[1] Esta piedra está rodeada de una reja en la Capilla de las Llagas; y lleva esta inscripción: «*Hic signasti Domine, servum tuum Franciscum*». Dos veces al día, después de maitines y de vísperas, los frailes van a la capilla en procesión solemne y veneran aquel lugar sagrado.

[2] *Opuscula S. Franc.* (Quaracchi), pág. 124; Boehmer, *Analekten*, pág. 66; *The Seraphic Keepsake*, de Reginald Balfour, pág. 54. El autógrafo original se conserva en la sacristía del Sacro Convento de Asís; en un lado de la hoja están escritas las Alabanzas; al otro lado, la Bendición de San Francisco dada a fray León *(vide infra)*. Véase P. Paschal Robinson. *Writings of St. Francis*, págs. 146-9.

Mr. Balfour (*loc. cit.*, pág. 32) ha señalado la inexactitud del título convencional dado a las Alabanzas. Dice: «Este título induce a error, porque en la «Alabanza de Dios Altísimo» San Francisco no hace especial hincapié en el aspecto de Dios Todopoderoso, que la humanidad resume en la palabra «Creador»... San Francisco se dirige... en una palabra al *Salvador* amante y misericordioso».

Se ha dicho con frecuencia que los que están más cerca de Dios están también más cerca del corazón del prójimo; de lo cual tenemos un ejemplo en Francisco en el día de su exaltación. Porque mientras se iba moldeando a semejanza de su Señor, sintiendo a la vez el dolor y la dulzura de esta obra divina, fray León, el fidelísimo amigo y servidor, era visitado por durísima prueba. Su misma familiaridad con Francisco habíala producido. Testigo de la agonía que sufría el maestro que veneraba para llegar a su gloria, había tenido atisbos de la vida de los elegidos. Y entonces le asaltara una duda: ¿cómo podía él, tan bajo y tan indigno, ponerse al lado de tan santo siervo de Dios, ni esperar siquiera la consecución de la vida eterna? El corazón del discípulo sentía un peso casi como de desesperación. Quería unas veces entregarse a la compasión de Francisco; pero al punto se retraía de su propósito, temiendo con irreflexivo temor ser por él rechazado; y obrando así perdíalo todo. En la angustia de su alma pensó que si Francisco quería escribirle de propia mano algunas palabras de la Sagrada Escritura, que fueran para León como la promesa de un día venturoso, haciéndole entrega de tal escrito, éste sería para él una prueba del favor divino y una esperanza a qué acogerse en su desolación. Y aun esto temía pedir, por no exponerse a una penosa negativa.

Mas en aquel día de gozo, mientras Francisco estaba escribiendo sus «Alabanzas del Salvador Crucificado», tuvo su corazón compasivo un íntimo entender de lo que pasaba en el alma de León, que permanecía a su lado, sellados los labios. Y cuando hubo terminado de escribir su salmo, volviendo la cara del pergamino, inscribió estas palabras de la Sagrada Biblia:

El Señor te bendiga y te guarde.

El Señor te muestre su rostro y tenga misericordia de ti.

El Señor vuelva su rostro hacia ti y te dé paz [1].

Y debajo de estas palabras, para darles una aplicación personal, añadió:

Hermano León, que Dios te bendiga.

En fin, no dándose por satisfecho hasta dejar completo del todo el documento, dibujó más abajo toscamente una cabeza, y por encima de ésta, pero de manera que sus brazos atravesasen también las letras del nombre de León, formó el signo «Thau».

De este modo, en la exaltación de su gozo, entonó Francisco su «Magnificat».

---

[1] *Números*, VI, 24-26. La traducción es conforme a la Vulgata, de la que está tomado el texto inscrito por Francisco.

Dió entonces Francisco el pergamino al doliente León, diciéndole: «Toma esta hoja y consérvala cuidadosamente contigo hasta el día de tu muerte». Y con gran sorpresa suya, vió León allí las mismas palabras que había deseado le fuesen escritas; y vióse también marcado con el signo de los elegidos. En aquel momento todo temor de desesperación desvanecióse de su alma, ni le asaltó ya más [1].

Francisco permaneció en el Monte Alvernia hasta pasada la fiesta de San Miguel [2]. El día de su partida, el conde Orlando, viniendo de su castillo de Chiusi, compareció a despedirle; llevóse allí un jumento sobre el cual colocaron a Francisco; y acompañado de León y de un campesino, propietario del jumento, empezó Francisco su viaje de regreso a la Porciúncula. Mas antes de ponerse en marcha llamó a sus compañeros de aquellos días memorables, y les encareció viviesen en la caridad, y fuesen constantes en la oración, y tuviesen cuidado de aquella santa montaña. Dejando a los frailes que lloraban por la separación y por la ternura de aquellas palabras, Francisco, León y el campesino tomaron el sendero que, pasando por Monte Acuto, desciende con rápida pendiente a Borgo San Sepolcro.

Durante el camino, Francisco, absorto en la oración, no tomaba noticia de las cosas exteriores, y aún al atravesar Borgo San Sepolcro no oyó las aclamaciones de sus habitantes ni se dió cuenta de que pasaba por aquella población.

Por la tarde llegaron al eremitorio de Monte Casale, en la montaña que domina la población; allí, Francisco, movido a compasión,

---

[1] II Celano, II, XX, 49; *Leg. Maj.*, XI, 9; *Fioretti, loc. cit.*, II Consid. Las *Fioretti* ponen la tentación de fray León como anterior a la impresión de las llagas; pero Celano consigna claramente que la Bendición fué escrita al mismo tiempo que las Alabanzas. Ahora bien, sabemos por testimonio del propio León que las Alabanzas fueron escritas «*después de la visión y conversación que tuvo del Serafín y de la impresión en su cuerpo de las llagas de Cristo*». Así lo declara León en la nota que añadió al mismo pergamino que le dió Francisco (véase la nota de la página 296).

El carácter de la tentación de León, que, como dicen todos los cronistas, era «del espíritu, no de la carne» —«*non carnis sed spiritus*»—, queda indicada con las palabras de la Bendición y la señal *Thau* sobre la cabeza. La descripción de León: «*signum thau cum capite*» escrita en la misma hoja da a entender su significación profética. Véase *Ezequiel*, IX, 6; véase R. Balfour, *loc. cit.*, pág. 66 *seq.* Mr. Montgomery Carmichael *(La Benedizione di San Francesco)* pretende que aquel signo quiere representar una cruz sobre el Monte Alvernia; pero esta conjetura, hija de la imaginación, está en pugna con la propia descripción de León y con la conocida costumbre de Francisco de firmar sus cartas con el signo *Thau*. Véase Celano, *Tract. de Mirac.*, II, 3; véase Edouard d'Alençn, *La Bénédiction de St. François.*

[2] *Leg. Maj.*, XIII, 5.

devolvió la salud y la paz a un hermano epiléptico. Detúvose en Monte Casale, porque aquel lugar de belleza paradisíaca es propia para dar gozo y confortación; mas después de algunos días pasó a Città di Castello, en el llano, donde el pueblo le recibió en palmas y le llevó sus enfermos para que los curase. Allí permaneció bastantes días a ruegos del pueblo; y cuando reanudó su viaje, las primeras nieves blanqueaban las montañas por las cuales habían de pasar para llegar a la Porciúncula. Aquella noche fué tempestuosa en las alturas y no pudieron seguir adelante; el propietario del asno que montaba Francisco —no el del Alvernia, sino otro —murmuraba y se impacientaba a causa del rigor del tiempo. Francisco le cogió la mano y a su contacto pareció retirarse el frío del cuerpo de aquel hombre, que pasó muy confortado la noche en aquellas rocas [1].

Al día siguiente prosiguieron la ruta y llegaron a la Porciúncula; y León creyó ver que, al irse aproximando a aquel lugar sagrado, una cruz resplandeciente les precedía, y en la cruz había la figura del Crucificado; y siguió precediéndoles hasta que penetraron en su recinto [2].

Así fué cómo Francisco se reintegró a su hogar, oyendo apenas las voces de los hombres; pero todo aquel territorio contaba la maravilla que le había acaecido; y el alma de León estaba bañada en gozo.

---

[1] *Leg. Maj.*, XIII, 7; *Fioretti*, *loc. cit.*, IV Consid.

[2] Las *Fioretti*, *loc. cit.*, son nuestra principal autoridad para el relato de este viaje. Todo el país comprendido entre el Alvernia y Asís, por el cual pasó Francisco, está lleno de tradiciones locales que durante siglos han pasado de generación a generación.

## Capítulo III

### AL ATARDECER

Es cosa sorprendente que, a su regreso del Alvernia, Francisco, cuyo cuerpo estaba destrozado por la enfermedad y los padecimientos, sintiese inflamarse con nuevas energías; porque a los trastornos gástricos con su consecuente debilitación de fuerzas, aumentada de resultas de su viaje a Oriente, añadíanse ahora los dolores y el abatimiento de las llagas. El menor contacto avivaba el mal de sus heridas [1], de las cuales con frecuencia manaba sangre, privándole de lo que aún le quedaba de fuerza física [2].

A causa de las heridas de sus pies y de los clavos de carne, sólo podía caminar a trueque de vivísimos dolores [3]. Con todo, obrábase en su espíritu un rejuvenecimiento.

Por increíble que parezca, apenas había regresado a la Porciúncula, partió para una misión evangelizadora, montado en un asno [4]. Los frailes, compadeciéndole, le rogaban que se quedase allí y tuviese algún cuidado de su cuerpo, sometiéndolo a un tratamiento médico; más él desvanecía alegremente su ansiedad. ¿Qué sería de su honor de caballero si, ostentando las señales de la Pasión de Cristo, hacía por manera de evitar sus penas? Había tomado el cáliz de su Maestro y debía beberlo hasta las heces para que se realizasen en su persona todos los padecimientos de Cristo que no le habían sobrevenido todavía.

En realidad, conocía Francisco que sus días en la tierra estaban contados, y era como una desposada, cuya única solicitud consiste en preparar convenientemente su morada para la llegada del amado de su alma. ¿Por qué perder el tiempo con inútiles cuidados? También sabían los frailes que se aproximaba su fin; bastaba contemplar su cuerpo exhausto. Fray Elías había tenido un aviso se-

---

[1] II Celano, 139; *Tract. de Miraculis*, 4; *Leg. Maj.*, XII, 8.
[2] I Celano, 95; II Celano, 136; *Tract. de Miraculis*, 4.
[3] *Ibid.*
[4] I Celano, 98.

creto una noche para que él y Francisco se detuviesen en Foligno. En sueños había visto un venerable sacerdote vistiendo blancos hábitos, el cual le había mandado levantarse y decir a Francisco que, al pasar dos años, la voz del Señor le llamaría y entraría en el camino de toda carne [1]. Al oír Francisco este mensaje, su alma saltó de alegría, y todo su ser esperó ávido el llamamiento del Señor; pero los frailes, llenos de amor y compasión, se empeñaban más y más en rodearle de toda suerte de cuidados, a fin y objeto, si ello fuese posible, de alejar el plazo fijado.

Una nueva agravación del mal no tardó en obligarle a ceder a sus insistentes súplicas. Su enfermedad le produjo una fatiga de la vista, hasta el punto que apenas podía tolerar la luz; y el sufrimiento era casi sin interrupción [2]. Elías tornóse más insistente, y en su calidad de guardián le prescribió que fuese visitado por los médicos; hizo más todavía: dió cuenta del caso al Cardenal, sabiendo como sabía que Francisco le tenía en gran veneración.

Entraba el verano, y el Cardenal estaba en Rieti con la corte pontificia [3]. Había en la corte un cirujano de gran destreza; y el Cardenal mandó con urgencia un mensaje a Francisco, para que fuese a Rieti y se sometiese a su cura. Francisco obedeció, tomándose las disposiciones necesarias para que el viaje se efectuase por pequeñas etapas [4].

La jornada había de ser memorable, tanto por lo que acaeció al principio de ella como por su terminación; mas es digno de especialísima nota su principio.

El primer día no fué Francisco más allá de San Damián, a menos de una hora de la Porciúncula, cabalgando al paso, porque sentía vivos deseos de visitar a Sor Clara para consuelo de ambos. En aquel tiempo de paz, cuando la mano del Señor pesaba sobre él tan poderosamente, y a la vez con tanta suavidad, Clara, más que otra persona alguna, podía dispensarle su simpatía. No había nadie en el mundo que entendiese mejor el misterio que había descendido sobre él y cuáles eran sus pensamientos y anhelos concernientes al mismo. También ella, en el cercado vergel de su corazón, sabía y adoraba, por habérselo revelado Cristo; ninguna palabra suya había de ajar la lozanía del «secreto del Rey». Francisco, pues, podía ha-

---

[1] I Celano, 109; *Spec. Perfect.* [ed. Sabatier], cap. 121.

[2] I Celano, 98.

[3] Honorio III se había visto obligado, a causa de un alzamiento del pueblo, a abandonar Roma a fin de abril. Después de una breve estancia en Tívoli, trasladóse con su corte a Rieti, donde permaneció hasta últimos de 1226.

[4] I Celano, 99; *Fioretti*, XVIII.

blarle cual con nadie lo hiciera; y por lo mismo que ella le conocía a fondo, sabía que la compasión de Clara por sus padecimientos no pondría nunca obstáculo a su resolución de sobrellevar las penas más extremas, a fin y objeto de capacitarse plenamente del amor que hizo padecer a Cristo su Maestro. He aquí por qué Francisco, cuando otros que no le comprendían tanto por mucho que le amasen, reclamaban el cuidado de su cuerpo, acudía a Clara para confortación de su espíritu.

La visita debía ser breve, habiéndose resuelto de antemano que al día siguiente se emprendería de nuevo la marcha. Mas aquella noche el estado de Francisco empeoró notablemente, y pronto se evidenció que por el momento era forzoso renunciar a seguir adelante. Entonces Clara, anticipándose a un deseo de Francisco, le hizo construir en el jardín del convento una choza de juncos semejante a las de la Porciúncula: a ella fué conducido amorosamente Francisco por Ángel Tancredo, Rufino, León y Maseo[1]. La vigilante simpatía de Clara velaba constantemente sobre esos primeros discípulos de la Pobreza, animados por un espíritu de compañerismo que había de ser patrimonio de muy pocos de la generación siguiente. A no dudar, Clara daba gracias a Dios de que Francisco fuese cuidado por los mismos compañeros de sus primeros alegres días.

La intensidad del mal fué en aumento, y a los padecimientos que torturaban sus nervios y sus miembros se añadió la pérdida tan temida de la vista.

Para colmo de molestias, los ratones invadieron la choza. En tiempo ordinario, Francisco no hubiera hecho gran caso de ellos, porque amaba todas las criaturas, aún las más humildes. Pero en su estado de ceguera y de padecimiento los importunos intrusos excitaban su sistema nervioso, y por una vez se compadeció de sí mismo y tuvo miedo de perder la paciencia. En este nuevo peligro, recurrió a Dios, suplicándole viniese en su ayuda. Apenas había formulado su ruego, cuando la respuesta se ofreció a su espíritu en forma de interrogación: «Dime, hermano, si a cambio de tus dolencias y sufrimientos te diese alguien un tesoro tan importante y precioso que la tierra toda no fuese nada comparada con él, ¿no te regocijaras en gran manera?» Francisco respondió, pensativo: «Sin duda alguna, oh Señor, ese tesoro sería una cosa muy grande, muy preciosa y extraordinariamente admirable y deseable». La voz prosiguió: «Entonces, hermano, sé feliz y regocíjate de tus enfermeda-

---

[1] I Celano, 102. Celano no los nombra, pero su descripción no da lugar a duda.

des y padecimientos; que, por lo demás, puedes estar tan seguro de mi Reino, como si ya estuvieses en él».

Desde aquel momento, como el que en una jornada fatigosa llega de pronto a un lugar de insólita belleza y olvida al punto las pasadas penalidades, llenándole de nuevo el gozo del vivir, así Francisco sintió descorrérsele el velo del abatimiento y descubrió el tesoro de la vida, que en la tierra se contiene, rutilante con la mística promesa de una futura vida de plenitud. Y todo su ser se estremeció de júbilo y su corazón se llenó de afectuosa gratitud por el mundo tan bello, que era preanuncio de otro mucho más bello todavía. Y durante las restantes horas de la noche, todo él se consumía en actos de adoración; y hubiera abrazado la tierra y el firmamento por la promesa que de ellos recibía. Así pasó toda la noche.

En cuanto amaneció, levantóse Francisco y llamó a sus compañeros, porque no podía menos de hacerles partícipes de su gozo. «Hermanos —exclamó—, si el emperador prometía su reino a uno de sus súbditos, ese hombre ¿no se consideraría muy feliz? Y si le daba todo su imperio, ¿no sería mayor aún su felicidad? Debo, pues, regocijarme de mis males y padecimientos, y confortarme en el Señor, y dar por siempre gracias a Dios Padre, y a su único Hijo Nuestro Señor Jesucristo, y al Espíritu Santo, a causa de semejante favor que me ha sido hecho; porque se ha dignado asegurarme, a mí, indigno siervo suyo, viviendo todavía en carne mortal, la posesión de su Reino. Por lo tanto, a fin de alabar a Dios, y para consuelo nuestro y edificación de nuestro prójimo, voy a componer un nuevo himno referente a aquellas criaturas del Señor, que proveen a nuestras necesidades cotidianas y sin las cuales no podríamos vivir.»

Dicho lo cual, sentóse Francisco y meditó; después, alzando la voz, pronunció en lengua italiana este canto:

*Altísimo, omnipotente, buen Señor,*
*tuyas son las alabanzas, la gloria y el honor*
*y toda bendición.*
*A Ti sólo, Altísimo, te corresponden,*
*y ningún hombre es digno*
*de pronunciar tu Nombre.*
*Loado seas, mi Señor,*
*por todas tus criaturas,*
*especialmente por el hermano Sol,*
*que hace el día y por él nos alumbras;*
*y él es bello y radiante con gran esplendor;*
*de Ti, oh Altísimo, lleva significación.*
*Loado seas, mi Señor,*
*por la hermana Luna y las estrellas,*
*en el cielo las formaste claras y preciosas y bellas.*

*Loado seas, mi Señor, por el hermano Viento,*
*y por el aire y nublado y sereno y todo tiempo,*
*por los cuales a tus criaturas das sustento.*
*Loado seas, mi Señor, por la hermana Agua,*
*la cual es muy útil y humilde y preciosa y casta.*
*Loado seas, mi Señor, por el hermano Fuego,*
*por el cual alumbras la noche,*
*y es hermoso y alegre por su vivo centelleo.*
*Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana madre Tierra,*
*la cual nos sustenta y gobierna,*
*y produce diversos frutos, matizadas flores y hierbas.*
*Oh criaturas todas, load y bendecid a mi Señor,*
*y dadle gracias y servidle siempre con grande humildad.*

Después de haber recitado este himno, Francisco lo hizo escribir, titulándolo «Cántico del Hermano Sol». Y le puso una melodía y enseñó a cantarla a los frailes[1].

Así, de aquella noche de padecer, surgió el cantar de un nuevo cántico, uno de aquellos cantos del despertar del alma que el mundo atesora con certero instinto; porque son el grito jubilante de una vida lograda —lograda dentro del alma del cantor—, que, en el fondo de su corazón, los hombres han deseado largo tiempo contemplar; y esa visión no se desvanece ya más enteramente. Tales cantos penetran en la entraña del mundo, como la primera luz matinal penetra en el corazón de la tierra expectante; porque son luz, calor, color, en fin, todo lo que da a la vida alegría y libertad.

El «Cántico del Hermano Sol» canta el lazo de unión que existe entre todas las criaturas de Dios, canta la paternidad de Dios sobre todas ellas y la libertad que halla el corazón del hombre en la visión de tal verdad. En la cadencia irregular, en el verso tosco de este poema, palpita un grito, que es el gozoso anuncio de la vida allá donde los hombres sólo vieron su falseamiento o su negación. Los que, anteriormente a Francisco, cantaron la religión, deploraban siempre la tiranía del mundo que los esclavizaba por medio de los sentidos, y tan sólo columbraban la libertad del alma más allá de la tumba; gemían patéticamente al considerar su destierro acá abajo; y únicamente ponderaban su gozo cuando podían, en alas de la fe y de la esperanza, volar lejos de la tierra en que habían nacido.

---

[1] Véase *Spec. Perfect.* [ed. Sabatier], cap. 100, 118 y 119; II Celano, 213. El Cántico del Sol se halla en el *Spec. Perfect.*, cap. 120; y en *De Conformit.*, lib. II, fruct. XI, ii. Existe también en numerosos manuscritos. Véase Sabatier, *Spec. Perfect., Etude Spéciale du Chap* 120, págs. 177-91; P. Paschal Robinson, *The Writings of St. Francis*, págs. 150-3; Boehmer, *Analekten*, pág. LXIII.

Mas para Francisco, la madre tierra y el firmamento y todas las cosas creadas por Dios eran prendas permanentes de la vida eterna, manifestaciones de la Vida Divina creadora de lo presente y de lo venidero; y no conocía otro medio que sumergirse en el océano de vida que le rodeaba para sumergirse en el Océano Eterno. De una sola cosa tenía cuidado, y era de mantener su alma pura de todo deseo egoísta, morando en la fe de Cristo, su Señor; creyendo que únicamente de este modo el mundo le revelaría su secreto.

Así afirmado en su confianza en Dios, a salvo de todo sentimiento egoísta en la unión con su Dios, su corazón y su espíritu eran libres y su ser entero confesaba gozosa y claramente su fe en el mundo visible. Tal era la libertad alcanzada por Francisco y proclamada en su canto. Cómo encendió el entusiasmo en el corazón de la Cristiandad y fué el principio de un nuevo sentir religioso y de una renovación en el arte, no es éste lugar de declararlo [1]; ni cómo presidió a los orígenes de aquella lengua italiana que Dante Alighieri moldeó en perfecta melodía [2]. Porque, al entonar este canto, no usó Francisco el latín de los clérigos, ni el lenguaje de los trovadores, como en sus anteriores cantos, sino que, con el instinto del verdadero poeta, unció sus versos a la melodía del hablar de su propio pueblo. Era una parla no sujeta a tutela; no la admitía el hombre de las escuelas más que como humilde servidora del hogar. Y no obstante, ningún otro idioma hubiera podido soportar el peso de su canto, porque el verdadero poeta no ha cantado nunca sinceramente en lengua ajena, sino siempre en la de su propia sangre.

¿Estaba allí Clara cuando Francisco compuso su himno? Bien pudiera ser que el mundo le debiese en parte su simpatía inspiradora, porque nunca fué Francisco tan plenamente él mismo como en aquellos días de San Damián. Volvía a ser el trovador del Señor, como lo fuera antes de su gran prueba; mas así como la belleza primera reaparece a veces ennoblecida y transfigurada espiritualmente en el rostro de quien ha pasado largos años de padecer; o como la dorada aurora tiene su mejor realización en el esplendor dulcificado de la tarde soleada; así le acaecía algo análogo al rejuvenecimiento del espíritu de Francisco. Crecía más y más su ardor por conquistar el mundo con las armas del amor y de la poesía, persua-

---

[1] Véase E. Gebhart, *L'Italie Mystique*, págs. 282 y 283; *ibid.*, págs. 83 y 84; Müntz, *Hist. de l'art pendant la Renaissance: Les Primitifs;* Thode, *St. François d'Assise et l'Art Italien.*

[2] Véase Ozanam, *Les Poètes Franciscains*, pág. 82; Matthew Arnold, *Essays in Criticism*, pág. 243; Monaci *Crestomazia italiana dei primi secoli*, fasc. I, páginas 29-31.

dido de que si los hombres podían ser llevados a contemplar la belleza de Dios y de sus obras, veríanse forzados a amarle y a servirle. En su recobrada libertad volvía a ver el mundo transfigurado a la mística luz de su radiante idealismo.

Acaeció en aquellos días un incidente que le confirmó en su modo de considerarlo todo gozosamente. Hallándose todavía en San Damián, estalló una querella, que existía de tiempo en estado latente, entre la municipalidad de Asís y el obispo. Éste excomulgó a los magistrados, los cuales a su vez prohibieron a los ciudadanos que tuviesen relación alguna de negocio, tanto de compra como de venta, con la curia eclesiástica. Francisco, en cuanto tuvo noticia del conflicto, llamó a fray Pacífico, el poeta y cantor, y a otros frailes y envió a uno de ellos para que convocase los magistrados a una reunión en el palacio episcopal, a lo que éstos accedieron por reverencia. Al llegar allá encontraron a Pacífico y sus compañeros juntamente con la corte del obispo. Entonces los frailes, observando las instrucciones de Francisco, cantaron el «Cántico del Hermano Sol», tal como se lo había enseñado, pero con esta estrofa adicional, compuesta para tal circunstancia:

*Loado seas, mi Señor, por quienes perdonan por tu amor*
*y sufren enfermedad y tribulación;*
*dichosos los que sufrirán en paz,*
*porque de Ti, Altísimo, coronados serán.*

Mientras los frailes cantaban, el obispo y los magistrados sentíanse profundamente conmovidos. El himno de Francisco era cual brisa refrigerante que amortiguaba el rescoldo de sus discordias mezquinas y desvanecía la niebla de sus recriminaciones. Permanecían silenciosos y avergonzados; humillábanse y arrepentíanse; y al finalizar el himno, sus corazones se dilataron a mejores cosas y sus ojos derramaron lágrimas de contrición. Sin argumentos ni negociaciones diéronse unos y otros las manos en señal de paz y separáronse con renovada amistad [1].

Gran dicha tuvo Francisco cuando los frailes al regresar le refirieron lo acaecido. En su alegría concibió el proyecto de enviar a fray Pacífico y los demás frailes cantores a recorrer el mundo; habían de ir de un lugar a otro predicando y cantando las alabanzas del Señor. En primer término, un fraile bien dotado de palabras, debía predicar, y al terminar el sermón los otros frailes entonarían el canto de las criaturas de Dios; y una vez cantado, dirían al pue-

[1] *Spec. Perfect.* [ed. Sabatier], cap. 101.

blo: «Nosotros somos los juglares de Dios, y por haberos cantado, os pedimos una recompensa; y nuestra recompensa será que viváis en sincera penitencia» [1].

Transcurrieron seis semanas, o más, antes de poder Francisco proseguir su viaje a Rieti [2]. Tal vez el corazón de Clara abrigaba el presentimiento de que aquella era su última visita a San Damián. Su ausencia iba a dejar un vacío en su vida cotidiana, porque durante aquellas semanas había velado constantemente para el consuelo de su alma y el alivio de sus padecimientos corporales [3]; con todo, no podía menos de alegrarse al comprender el gozo que Francisco no podía ya perder. En la intimidad de aquellos días había aprendido muchas cosas que debían servirle en gran manera más adelante, cuando estaría en sus valerosas manos la causa del ideal franciscano.

Francisco continuó su viaje, destrozado el cuerpo, pero muy levantado el espíritu. Por pequeñas etapas condujéronle a lo largo de aquel camino que tan bien conocía. Finalmente llegaron a las colinas cubiertas de bosques que sobresalen en el llano cercano a Rieti; y una vez más Francisco se encontró tan mal que no se le pudo trasladar más allá. Los frailes se detuvieron en la iglesia de San Fabiano, donde el cura les ofreció albergue en su casa. Y allí ocurrió otro incidente que hizo el viaje digno de memoria.

El cura era muy pobre y su principal fuente de ingresos teníala en una pequeña viña que en los años de mejor cosecha producía hasta doce cargas de vino; la viña se hallaba contigua a su vivienda. Ahora bien, cuando se supo la llegada de Francisco a la casa del cura de San Fabiano, un concurso de toda clase de personas, cardenales, obispos y ciudadanos, acudió a rendirle acatamiento, y durante algunos días aquél fué un lugar de peregrinación. ¡Pobre viña! Sin tener en consideración la pobreza del cura, los peregrinos dieron buena cuenta de sus ópimos racimos, y en pocos días las vides aparecían despojadas de fruto. El cura, desesperado, lamentó de antemano los días venideros de miseria, y empezó a arrepentirse de su hospitalidad.

---

[1] *Ibid.*, cap. 100.

[2] En los manuscritos del *Spec. Perfect.* se leen diferentes cómputos de la duración de la estancia de Francisco en San Damián. Dicen unos. 60 días; otros 50, Véase *Spec. Perfect.* [ed. Sabatier], pág. 195 *seq.* En *De Conformit.* se apuntan 40 días. Un manuscrito publicado en *Miscellanea Franc.*, VI, pág. 47 *seq.*, dice «*ultra spatium 4 dierum*»; pero, como ha indicado M. Sabatier *(loc. cit.)*, la expresión es vaga y poco verosímil. Probablemente es un error de copista en vez de «*ultra spatium 40 dierum*».

[3] Consérvase todavía en San Damián un par de sandalias que Clara le hizo para aliviar el dolor de sus pies estigmatizados.

Francisco, al darse cuenta del saqueo motivado por su presencia, compadeció al pobre cura y lo mandó llamar. «No os acongojéis, 'signore' —le dijo confiadamente cuando aquél compareció—; no podemos ahora cambiar las cosas, pero sí podemos confiar en el Señor, quien reparará la pérdida que habéis sufrido por culpa mía. Decidme cuántas cargas de vino os suele producir la viña en sus mejores años.» Respondió el cura que su mayor rendimiento era de doce cargas. «No os aflijáis, pues —dijo Francisco—, y cesad toda queja; porque si tenéis este año menos de veinte cargas, yo os abonaré lo que os falte para ellas.» Y en verdad, cuando algunas semanas después llegó el tiempo de la vendimia, el cura alborozado cosechó veinte cargas de excelente vino [1].

La llegada de Francisco a Rieti tuvo algo del triunfo del Domingo de Ramos. Habíale precedido el rumor del milagro de las llagas; era «el santo», y todos se apresuraban a recibirle con honor y reverencia. Un hombre, cuyo ganado había sido castigado por una epidemia, fué a ver a los frailes y les rogó le diesen el agua con la cual Francisco había lavado sus manos y sus pies; con aquella agua roció sus animales y éstos sanaron [2].

En la ciudad, Francisco fué hospedado en el palacio episcopal, adonde le llevaban los enfermos para que los curase con sus oraciones y su bendición. Fué uno de ellos un canónigo, clérigo mundano, atacado de parálisis de resultas de su mala vida. Lloraba lamentablemente, suplicando a Francisco hiciese sobre él la señal de la Cruz; accedió a ello Francisco, pero con esta fuerte reconvención: «Has vivido según los deseos de la carne y no según los juicios de Dios; ¿cómo podré señalarte con la cruz? Con todo, yo te señalo en nombre de Cristo. Mas, has de saber que peores males recaerán sobre ti si vuelves a tu vómito; porque a causa del pecado de ingratitud cosas más graves que las primeras le acaecen al hombre». El canónigo sanó; pero desgraciadamente volvió a su mal proceder, y poco después halló la muerte al caerle encima la techumbre de una casa donde estaba de fiesta con algunos amigos [3].

Francisco seguía padeciendo en gran manera; pero en medio de sus dolores corporales hallaba siempre una singular dulzura al me-

---

[1] *Spec. Perfect.* [ed. Sabatier], cap. 104; *Fioretti*, XVIII. No muchos años después una nueva iglesia señaló el lugar de aquel milagro; fué consagrada por Gregorio IX y se la conoció por Santa María della Foresta. Junto a ella se edificó un convento de frailes. La casa y la iglesia han sido clausuradas temporalmente estos últimos años a causa, según se me dijo, de la falta de limosnas para su sostenimiento.

[2] *Leg. Maj.*, XIII, 6; Celano, *Tract. de Mirac.*, 18.

[3] II Celano, 41; *Leg. Maj.*, XI, 5.

ditar la belleza de Dios en su creación. Toda la creación aparecía a sus sentidos torturados un canto a la gloria de su Creador, cosa tanto más de admirar cuanto más apto es el dolor, como todos sabemos, a convertir en amargura toda confortación sensible. Un día, como los ojos y la cabeza le causasen mayores sufrimientos de los usuales, sintió un vehemente deseo de escuchar los sones de una viola. Uno de los frailes que le cuidaban había tocado este instrumento en el mundo. Francisco le llamó y le dijo: «Hermano, los hijos de este mundo no entienden los secretos divinos. La voluptuosidad humana utiliza los instrumentos de música inventados en otros tiempos para las divinas alabanzas, únicamente para solaz de los oídos. Desearía, pues, hermano, que pidiendo prestado en secreto una viola, la trajeras aquí y, entonando una honesta canción, proporcionaras algún descanso a este mi cuerpo, lleno de dolores». Pero el fraile no tenía el desprendimiento del mundo de Francisco, y observó que acaso el pueblo podía creerle entregado a la liviandad, si solicitaba semejante cosa. «Dejémoslo, pues —repuso Francisco—. Es conveniente abstenerse de muchas cosas para no perder el buen nombre.» Pero aquel día andaban llenos de la música sus pensamientos. La noche siguiente, estando despierto y abismado en elevadísima contemplación, de pronto llegaron hasta él los sonidos de una viola que alguien tocaba; al pasar el arco por las cuerdas producíase una melodía de dulzura tal que no podía proceder de ninguna viola terrestre. Y Francisco olvidó sus dolores. A la mañana siguiente díjole al fraile: «Hermano, el Señor que consuela a los afligidos, nunca me dejó sin consuelo. He aquí que no pude escuchar la viola tañida por hombres y me ha sido dado oir otra sobremanera más suave». Y le refirió lo que aquella noche le había acontecido[1].

Probablemente, al objeto de sustraerse al bullicio del mundo, Francisco se hizo trasladar de la ciudad al eremitorio de Monte Rainerio. Allí fué sometido al tratamiento prescrito por el cirujano. Para obtener algún alivio a los dolores que sentía en un ojo, se había creído conveniente cauterizarle la parte superior de la mejilla. Cuando así se lo manifestó el cirujano, Francisco respondió que estaba dispuesto a someterse a lo que resolviese fray Elías, su superior, porque, tratándose de su cuerpo, no tenía voluntad propia sino que estaba en sus manos.

Preparóse, pues, el hierro para el cauterio. Un momento temió Francisco que al serle aplicado le venciese el dolor; pero, fortaleciendo su espíritu ante la prueba, miró fijamente el hierro puesto

[1] II Celano, 126; *Leg. Maj.*, V, 11.

al fuego. «¡Oh, hermano Fuego! —exclamó—, la más noble y más útil de las criaturas; sé cortés conmigo en esta hora, porque siempre te he amado y siempre te amaré por amor de Aquél que te ha creado.» Los frailes allí presentes, menos valerosos, abandonaron la estancia; mas Francisco, haciendo la señal de la cruz sobre el hierro candente, se sometió sin temor a la operación. Terminada ésta, volvieron a entrar los frailes. «Hombres de flaco valor y de poca fe, ¿por qué huisteis? —les dijo Francisco—. En verdad os digo que no sentí dolor alguno, ni sensación de quemadura; de modo que si no está bien aplicado el cauterio, puede intentarse de nuevo.»

Poco alivio halló con tal operación. Otra vez, más adelante, le abrieron las venas encima de la oreja, mas también sin darle ningún alivio. Consultóse otro médico, el cual cauterizó ambas orejas, perforándolas con un hierro candente; tampoco le produjo mejora alguna [1]. La paciente serenidad de que dió prueba Francisco al someterse a todas estas operaciones causó admiración en los que le cuidaban. Uno de los médicos dijo a los frailes que con temor hubiera aplicado tales remedios heroicos aún al hombre más fuerte; no obstante, aquel hombre tan débil y enfermo lo soportaba todo sin dar señales de sufrimiento [2].

El secreto de su resistencia era en verdad aquella alegría invencible que le había inundado al renovarse su espíritu en el Alvernia y en San Damián. Su vida era la alegría misma y no sus males corporales. A menudo prorrumpía en cantos, componiendo a veces nuevos cánticos y poniéndolos en música; en tales momentos de inspiración creíase trasladado a la choza de mimbres de San Damián, donde su alma había hallado una nueva manera de expresar sus sentimientos; y a causa de ese recuerdo, envió sus cánticos a Clara, sabiendo cuánto le agradarían y cuán bien comprendería su obsequio [3].

También sentía vivas ansias de emprender nuevas aventuras por amor de su Señor Jesucristo. Con la ciencia y visión que ahora poseía, parecíale no estar más que a los principios de su carrera. «Hermanos —decía—, empecemos a servir a Dios Nuestro Señor, porque hasta ahora no hemos hecho nada o casi nada». Acariciaba el recuerdo de las aspiraciones de sus días pasados. Deseaba a veces volver al servicio de los leprosos; otras pensaba en retirarse a algún recóndito eremitorio donde, sin que el mundo se lo estorbase, podría entregarse totalmente a la oración. Pensaba especialmente

---

[1] *Spec. Perfect.* [ed. Sabatier], cap. 115; Celano, *Tract. de Mirac.*, 14.
[2] Celano, *Tract. de Mirac.*, 14; *Leg. Maj.*, V, 9.
[3] *Spec. Perfect.* [ed. Sabatier], cap. 90.

en esto último cuando el recuerdo de sus tribulaciones velaba algo su gozo [1]. Pero el instinto del misionero resurgía pronto y no le quedaba ya otro deseo que salir a proclamar el amor de Dios y forzar a los hombres a loarlo y adorarlo. No pudiendo hacerlo y no queriendo permanecer callado como inútil heraldo de su Señor, dictaba mensajes de fe que debían ser enviados a los hombres, excitándoles a amar a Dios; uno de tales mensajes fué la carta que dirigió a los gobernadores y magistrados del pueblo en todas las partes del mundo, en la cual les rogaba velasen por el honor debido al Santísimo Sacramento del Altar, y avisasen cada tarde al pueblo, por medio de un pregonero o de algún otro modo, para que diese gracias y loor a Dios. Otra carta hizo escribir, dirigida a los custodios de los Frailes Menores, encareciéndoles anunciasen y predicasen las alabanzas del Señor y exhortasen al pueblo a corresponder al toque de las campanas, adorando a Dios [2].

Así pasó el invierno; los remedios de los médicos sólo producían algún alivio pasajero, pero no podían atajar los progresos del mal, y el Cardenal Hugolino opinó que Francisco debía ser trasladado a Siena, donde habían médicos de nombradía [3]. En consecuencia, en los primeros días de primavera partieron los frailes para la ciudad toscana; allá, uno de los médicos que debían cuidar del enfermo, había hecho voto de entrar en la Orden [4].

El viaje fué ilustrado por un incidente que pertenece al aspecto romancesco de la vida de Francisco. Habían entrado en la Toscana, y atravesaban la ondulante campiña entre Campilia y San Querico, cuando les salieron al paso tres mujeres pobres, sin duda tres hermanas, a juzgar por el parecido y el porte. Viendo a Francisco, hiciéronle una reverencia y le saludaron con esta nueva fórmula: «Bien venido seas, Señor Pobreza» [5]. Y siguieron su camino. Un alborozo caballeresco hizo palpitar el corazón de Francisco al escuchar tan inesperado saludo, y durante un espacio permaneció

---

[1] Celano, 103; *Leg. Maj.*, XIV, 1.

[2] *Opuscula S. P. F.* (Quaracchi), Epist. IV y V, págs. 111 y 113. Véase página 192, P. Paschal Robinson, *The Writings of St. Francis*, págs. 125 y 127. Boehmer (*Analekten*, pág. 70) clasifica la carta a los gobernadores entre los escritos «dudosos»; pero tiene a su favor una prueba intrínseca.

[3] I Celano, 105.

[4] «*Medicum quemdam Ordini obligatum*», II Celano, 93.

[5] «*Bene veniat, Domina Paupertas*». En este caso Domina, como sugiere Mr. Montgomery Carmichael, concuerda con *Paupertas* y, por consiguiente, es gobernada en cuanto a género por el sustantivo a que va unida. Dirigidas a un hombre, estas palabras debieran traducirse *Señor Pobreza* y no *Dama Pobreza*, como suelen hacer los traductores. Véase *Legenda Secunda in Art.* en *Franciscan Annals*, julio, 1911, página 217.

arrobado en sus pensamientos. Mas acordándose de cuán pobre era el aspecto de aquellas mujeres, díjole al médico que volviese atrás y les diese una limosna; así lo hizo éste, entregando una moneda a cada una de ellas. Al reunirse con sus compañeros y mirar todos atrás, las tres mujeres habían desaparecido. Al correr de los años se dijo que aquellas mujeres no eran otras que las tres virtudes evangélicas, pobreza, castidad y obediencia; y los que referían el suceso no se extrañaban de que se hubiese dado tal testimonio a la singular santidad de Francisco[1]. Mas, para Francisco, las mujeres no eran más que las mensajeras del cielo dando testimonio de su mística unión con Dama Pobreza.

De su permanencia en Siena sólo debe decirse que los ciudadanos le acogieron con reverente ternura; todos deseaban verle y escuchar su voz. Uno, sabiendo cuánto amaba las aves, le envió un faisán vivo[2]; un Dominico, versado en teología, fué a exponerle una tesis[3]; un Fraile Menor, de Brescia, logró con un ardid contemplar las llagas[4]. Toda la ciencia de los médicos era impotente; la debilidad de Francisco iba en aumento y hacíase evidente que su fin se aproximaba.

Tuvo una noche una violenta hemorragia, y los frailes que lo cuidaban creyeron inminente su muerte. Atribulados, se reunieron en torno suyo, llorando y exclamando: «Padre, ¿qué haremos sin ti? ¿A quién vas a dejar tus huérfanos? Siempre has sido para nosotros padre y madre, engendrándonos y alumbrándonos en Cristo. Has sido nuestro pastor y jefe, nuestro maestro y corrector, enseñándonos y amonestándonos más con el ejemplo que con la palabra. ¿A dónde iremos, pues, ovejas sin pastor, huérfanos sin padre, hombres rudos y simples sin jefe?» De esta suerte lamentábanse, no pudiendo reprimir su pena. Finalmente, le rogaron que cuando menos dejase su bendición a todos sus hijos y algún testamento escrito de sus voluntades, a fin de que en tiempos venideros pudiesen decir los frailes: «Estas palabras nos dejó nuestro Padre en la hora de su muerte, a nosotros sus hermanos y sus hijos».

---

[1] II Celano, 93; *Leg. Maj.*, VII, 6. Celano nota el hecho de la desaparición, pero añade simplemente: «*Plurimum stupefacti mirabilibus [Dei] eventum adnumerant, mulieres non fuisse scientes, quæ avibus ocius transvolassent*». San Buenaventura, menos cauteloso, adopta sin titubear la interpretación dada a aquel incidente por el médico del santo y sus compañeros; no obstante, tan sólo cita a los compañeros del santo (no al mismo santo) como viendo en el suceso «algo misterioso». Y es él quien añade la detallada explicación de las tres virtudes evangélicas.

[2] II Celano, 170; *Tract. de Mirac.*, 26.

[3] II Celano, 103.

[4] *Ibid.*, 137.

Francisco, atendiendo a sus ruegos, mandó llamar a fray Benedicto de Pirato; era éste un santo sacerdote que le celebraba misa durante la enfermedad. Y al comparecer fray Benedicto, díjole: «Escribe que bendigo a todos mis hermanos, los que están ahora en nuestra religión y los que entrarán en ella hasta el fin del mundo. Y puesto que, por razón de mi debilidad y los dolores de mi enfermedad no puedo hablar mucho, en estas tres palabras declararé abiertamente mi voluntad y mis intenciones a todos los frailes actuales y venideros: a saber, que en memoria mía, y de mi bendición y de mi voluntad, se amen los unos a los otros como yo los he amado; que por siempre amen y observen nuestra Dama Pobreza; y que permanezcan siempre leales y sumisos a los prelados y al clero de nuestra Santa Madre la Iglesia» [1].

En el entretanto, habíase enviado un mensaje a fray Elías, el cual se trasladó urgentemente a Siena, a fin y objeto de trasladar Francisco a Asís, porque sabía que deseaba morir allá mismo donde descubriera su vocación, y sabía tamblén que el pueblo de Asís no le perdonaría nunca el dejar morir al santo en otro lugar. Además, no es improbable que Elías soñase ya en el magnífico templo que edificaría para guardar su cuerpo.

---

[1] *Spec. Perfect.*, cap. 87.

## Capítulo VI

### LA ÚLTIMA JORNADA

El viaje de regreso de Siena se efectuó no sin dificultad. En las Celle, el eremitorio del barranco inferior de Cortona, fué necesario hacer alto[1]. Durante la permanencia de los viajeros en aquel lugar, presentóse un pobre hombre, quejándose de su suerte: su mujer había muerto y no tenía con qué sustentar a sus hijos. Sin demora Francisco le entregó el manto nuevo que los frailes acababan de darle para substituir al que había dado a otro pobre por el camino. No sin alguna ironía recomendó al pobre que de ningún modo se privase de aquella prenda, a menos que anticipadamente se le retribuyese con largueza. En aquel momento comparecieron presurosos los frailes, reclamando el manto; pero una mirada de Francisco fortaleció el corazón del pobre, que no se desprendió de aquella prenda hasta que los frailes le dieron el equivalente precio[2].

Al partir de las Celle, Elías evitó el camino directo que conduce a Asís pasando por Perusa; porque sabía que los de esta última ciudad no tendrían escrúpulos en apoderarse de un Santo moribundo, al objeto de agregar sus reliquias a los tesoros de la ciudad. Desvióse pasando por las montañas, y siguiendo el largo camino de Gubbio y Nocera; y para mayor seguridad mandó decir a los de Asís que le enviasen una guardia a su encuentro en la montaña. Así pues, en Begnara, sobre Nocera, una escolta armada les esperó. Siguiendo todos adelante, llegaron al pueblo de Satrino en las colinas; allí los soldados, hambrientos por el ayuno del viaje, quisieron comprar algunas provisiones; pero los del pueblo, probablemente resistiéndose a una imposición importuna, no les quisieron vender nada. Por lo que, dirigiéndose a Francisco, le dijeron riendo: «Es preciso que nos dés de tus provisiones, pues aquí nada hemos hallado para comer». Respondióles Francisco diciendo: «No encon-

---

[1] I Celano, 105.

[2] II Celano, 87, 88. Véase *Spec. Perfect.* [ed. Sabatier], cap. 35.

tráis, porque confiáis más en vuestras moscas que en Dios». Llamaba moscas a la moneda. Y recomendóles volviesen a aquella gente y pidiesen humildemente qué comer por amor de Dios. Los del pueblo, rogados en la forma que Francisco encareciera, dieron de lo que tenían [1].

Al aproximarse a Asís la comitiva, salieron a su encuentro los ciudadanos que iban como a una gran fiesta. Con aclamaciones dieron la bienvenida al santo y, aunque parezca extraño a los hombres de nuestros días, su gozo era tanto mayor cuanto tenían la seguridad de que no podía ya vivir mucho tiempo. No era para ellos, gente de la Edad Media, un mortal, sino un santo; ansiaban tributarle los honores debidos a la santidad, y ya saboreaban anticipadamente la gloria de poseer su cuerpo, a cuyo sepulcro acudirían para invocar su favor desde el cielo [2]. Tal era su cuidado por aquel sagrado tesoro que, no queriendo exponerse a perderlo otra vez, no permitieron fuese trasladado a la Porciúncula en el llano, lleno de peligros, sino que lo alojaron en el palacio del obispo en el recinto de la ciudad. Y Francisco hubo de someterse; comprendía a su pueblo y no temía ya su adulación. Espontánea y sencillamente refirió a su dulcísimo Salvador las alabanzas del mundo a él dirigidas, considerándose no otra cosa que siervo a quien el Rey había querido dar honra; lo cual es en verdad la humildad suprema de un amor perfecto. Así, cuando un día un fraile, con la libertad de la conversación familiar, le preguntó a qué precio vendería al Señor sus vestidos groseros, puesto que más tarde estofas de seda cubrirían su cuerpo, Francisco respondió alegremente: «Dices verdad, y ello será a loor y bendición de mi Dios» [3].

Postrado en su lecho de enfermo, sus pensamientos se dirigían de continuo a la fraternidad que había fundado, y acaso con mayor ternura a causa de los desvelos y cuidados de los ansiosos frailes [4]. También a veces acudían a él pidiéndole consejo y dirección en las dificultades que preveían para después de su muerte. Francisco les respondía con sencilla franqueza, no siempre sin cierta angustia y emoción al comparar la realidad de los hechos con su altísimo ideal. Un día, un fraile constantemente ocupado en las obras sagradas, llevado de un singular afecto a la Orden —dice la crónica—, le preguntó: «Padre, tu pasarás y tu familia seguirá su peregrinación por este valle de lágrimas. Señala a alguno, si le conoces, en la Orden,

---

1 II Celano, 77; *Leg. Maj.*, VII, 10.
2 I Celano, 105; *Spec. Perfect.* [ed. Sabatier], cap. 22.
3 *Spec. Perfect.* [ed. Sabatier], cap. 109.
4 *Ibid.*, cap. 111.

en quien pueda descansar tranquilamente tu espíritu, y a quien puedas imponer con seguridad el peso del gobierno general». Respondió San Francisco, acompañando cada palabra con suspiros: «Hijo mío, no veo a ninguno capacitado para ser caudillo de este gran ejército, pastor de este crecido rebaño. Pero trataré de descubrir y, como reza el adagio, moldear con mi mano uno en quien resplandezcan las dotes que deben adornar al padre de esta familia.

«Ese tal debe ser hombre de gran elevación de miras, de suma discreción y de reputación merecedora de todo encomio; hombre exento de amistades particulares, para que el mayor afecto profesado a algunos no sea motivo de escándalo para todos; hombre amigo de la oración, que consagre a ella ciertas horas y otras horas al rebaño confiado a su solicitud. Pues ya desde que apunta el día debe estar presente al sacrificio de la Misa y con larga oración encomendar a la protección divina a sí mismo y a su rebaño. Mas después de la oración, permanecerá en público a disposición de todos, para responder a las preguntas y proveer amablemente a las necesidades de todos. Será hombre que no formará en torno suyo una vergonzosa camarilla de determinadas personas y tendrá igual cuidado por los humildes y sencillos que por los instruídos y encumbrados. Será hombre que, aunque le sea concedido sobresalir en don de ciencia, no obstante llevará impresa en su conducta la imagen de la piadosa sencillez y será dechado de virtudes. Será hombre que aborrecerá el dinero, causa principal de corrompimiento de nuestra profesión y perfección; el cual, siendo la cabeza de una Orden pobre y proponiéndose como ejemplo a los demás, no hará nunca uso indebido del dinero. Debe bastarle el hábito y un cuaderno para sí propio, y para los religiosos una caja de plumas y el sello. No será amontonador de libros, ni se entregará con exceso a la lectura, para que no quite a su cargo lo que dedica al estudio; un hombre que, siendo como debe de ser el último recurso para los atribulados, consolará a los afligidos, no careciendo él mismo de los medios que han de ser eficaces para restituirles la salud, a fin de que la enfermedad de la desesperación no acometa a los dolientes. Para reducir a mansedumbre los díscolos, humíllese a sí mismo y ceda algo de su derecho al objeto de ganar un alma para Cristo. No cierre las entrañas de su ternura para con los que han abandonado la Orden, cual si fuesen ovejas que perecieran, en la persuasión de cuán avasalladoras deben de ser las tentaciones que impelen un hombre a tamaña caída.

«Quisiera que fuese honrado de todos como ocupando el lugar de Cristo y que a él se recurriese con la mejor voluntad en todas las necesidades. Mas a él no corresponderá nunca recrearse en los

honores ni deleitarse en los favores más que en las injurias. Si, por debilidad o fatiga, necesitare alimentos más apetitosos, no los tome a escondidas, sino en público, a fin de que otros enfermos no se ruboricen de mirar por sus cuerpos. A él especialmente atañe descubrir el secreto de las conciencias y desentrañar de los más ocultos repliegues la verdad y no dar crédito a los charlatanes. Finalmente, deberá ser un hombre tal, que jamás, por deseo de mantenerse en su dignidad, en manera alguna atentará a la belleza varonil de la justicia; antes bien sentirá que la importancia de su cargo es más un peso que un honor. No obstante, no caerá por exceso de mansedumbre en la apatía, ni por equivocada indulgencia dejará que se relaje la disciplina; y mientras sea para todos un objeto de amor, sea a la vez objeto de terror para cuantos obran mal. Quisiera también que se rodeara de compañeros dotados de honradez que, a imitación suya, diesen ejemplo de todo lo bueno; hombres severos contra los placeres del mundo, fuertes frente a las adversidades; pero convenientemente propicios a recibir con santo gozo cuantos a ellos se acercaran. He aquí al General de la Orden tal cual debiera ser» [1].

La mayor parte de las enseñanzas de Francisco llegadas hasta nosotros, las debemos a aquellos dolorosos días que guardó cama; algunos frailes, ansiosos de antemano por el tiempo que no tendrían ya a su padre, escribían diligentes sus palabras [2].

Como se acercase la fecha del Capítulo de Pentecostés, en que se reunían los ministros y frailes de todas las provincias de Italia, Francisco deseó una vez más estar con ellos. Siendo esto imposible, dictó una carta que debía leerse en el Capítulo [3]. Era casi toda ella un apasionado requerimiento para que los frailes «mostrasen todo el honor y reverencia que pudiesen al Santísimo Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, en quien todas las cosas que están en el cielo y las cosas que están en la tierra hallan la paz y son reconciliadas con Dios Omnipotente»; y rogaba a los sacerdotes «fuesen puros para ofrecer el Santo Sacrificio con pureza, con santa y recta intención, no por interés terreno, ni por temor o amor al hombre», sino con voluntad enderezada a Dios.

«Recordad, hermanos míos sacerdotes —escribía—, lo que está escrito en la ley de Moisés: cómo los transgresores, aún en el orden

---

[1] II Celano, 184-6; *Spec. Perfect.* [ed. Sabatier], cap. 80.

[2] Véase *Spec. Perfect.*, cap. 87.

[3] *Opuscula S. P. F.* (Quaracchi), *Epist.*, II, págs. 89 y 185; P. Paschal Robinson, *The Writings of St. Francis*, pág. 109; Ubertino da Casale (*Arbor Vitæ*, V, cap. VII) nos dice que esta carta fué escrita «*in fine dierum suorum*» «al fin de sus días».

material, morían sin misericordia, por decreto del Señor[1]. Muchos más y peores castigos merece sufrir el que pisotea al Hijo de Dios y menosprecia la Sangre del Testamento y hace afrenta a la gracia[2]. Porque el hombre desdeña, mancha y pisotea el Cordero de Dios cuando, como dice el Apóstol, no discerniendo y distinguiendo el Pan Sagrado de Cristo de otros alimentos u objetos, lo come indignamente, o si, no siendo indigno, lo come a la ligera y sin decoro; puesto que el Señor ha dicho por el profeta: «Maldito el que hace la obra del Señor fraudulentamente»[3]. Y con estas otras palabras: «Maldeciré vuestras bendiciones»[4], condena a los sacerdotes que no toman a pechos su ministerio. Escuchad, hermanos: Si la bienaventurada Virgen María es de tanta manera honrada, como conviene lo sea, por haber llevado al Salvador en sus santísimas entrañas; si el santo Bautista temblaba no osando tocar la sagrada frente de Dios; si el sepulcro en el cual reposó Cristo por un tiempo, es de todos venerado, ¡cuán santo, justo y digno no debiera ser aquel que lo toca con las manos, que lo recibe en su boca y en su corazón, y lo presenta a otros para que lo reciban; Él, que no debe ya morir, sino triunfar en una eternidad gloriosa; a quien los ángeles desean contemplar![5]. Considerad vuestra dignidad, hermanos que sois sacerdotes, y sed santos, porque Él es santo[6]. Y así como el Señor Dios os ha honrado con preeminencia, por medio de este misterio, así también amadle y reverenciadle y honradle sobre todas las cosas».

Con estas palabras, y muchas otras, daba por última vez sus consejos, con el mismo encarecimiento que en los días ya lejanos de su conversión, cuando el estado descuidado de las iglesias y la falta de respeto hacia el Sacramento del Altar le llenaban de confusión[7].

---

[1] Referencia a *I Corinth.*, II, 27.
[2] *Hebreos*, X, 29.
[3] Véase *Jeremías*, XLVIII, 10.
[4] *Malaquías*, II, 2.
[5] Véase *I Pedro*, I, 12.
[6] Véase *Levítico*, XI, 44.
[7] Hay en esta carta un pasaje en el cual se ordena que se celebre «una sola misa» cada día en las residencias de frailes, aun cuando hubiese más de un sacerdote en la comunidad. Melanchton se valía de este pasaje como argumento contra las misas privadas, en su Apología. Véase *Opuscula, loc. cit.*, pág. 104; P. Paschal Robinson, pág. 115. Puede darse como cosa cierta que San Francisco no tenía intención de condenar una práctica favorecida por la Iglesia; era demasiado católico para hacer tal. Pero, el simple reconocimiento de este principio evidente no resuelve el problema. La respuesta más obvia parece ser que Francisco legislaba con un particular objeto y contra un mal existente. Deseaba que los frailes no ce-

Por aquel tiempo escribió otro documento: su **Testamento** y últimas voluntades. También en él descubriremos la **misma solicitud** y el mismo ruego insistente [1].

A pesar de las energías de su espíritu, sus fuerzas corporales decaían rápidamente. Un médico de Arezzo llamado Buongiovanni, con quien tenía amistad, fué a visitarle. «Dime, Bembemgnate —díjole familiarmente—, dime lo que piensas de esta hidropesía mía.» Buongiovanni respondió cautamente: «Todo te irá bien, con la gracia de Dios». «Dime la verdad —agregó Francisco— y no temas, porque por la gracia de Dios no soy un cobarde que tiemble ante la muerte; por la gracia del Espíritu Santo que obra en mí, estoy en tal unión con el Señor, que lo mismo me satisface vivir que morir.» El médico díjole entonces llanamente: «Según nuestra ciencia médica tu enfermedad es incurable y creo que morirás a fines de septiembre o hacia el día cuarto de las nonas de octubre». Al escuchar estas palabras, Francisco se extendió sobre su lecho, y levantando las manos al cielo: «¡Bienvenida seas, Hermana Muerte!», exclamó. Y reflejóse en su rostro una felicidad indecible [2].

A poco de marcharse el médico, sintió Francisco tan vivos dolores, que aún su espíritu henchido de gozo apenas podía conservar la serenidad. Uno de los frailes —no se conoce su nombre, pero debemos bendecir su memoria, porque en aquel caso extremo se mostró fiel discípulo de su maestro—, se acercó a él y le dirigió las más acertadas palabras de consuelo: «Padre, tu vida y tu conversación fueron y son luz y espejo no sólo para los frailes, mas también para toda la Iglesia. Cosa igual acaecerá con tu muerte; y aún cuando para tus frailes y para muchos otros ella será motivo de tristeza y aflicción, para ti ha de ser un consuelo y un gozo sin medida. Pa-

---

lebrasen «por un interés terreno» (véase *Opuscula*, *loc. cit.*, pág. 101), sino sometiéndose en un todo al cumplimiento de la Voluntad divina. El gran número de decretos de la Iglesia referentes a las ofrendas para misas indica el peligro contra el cual Francisco quería precaver a los frailes. Vale más decir una misa con integridad de intención espiritual, que muchas con intenciones menos espirituales. Era, en una palabra, una disposición encaminada a preservar y fomentar la reverencia debida al Santísimo Sacramento, así como en ciertos casos un sacerdote puede aconsejar la recepción de sacramentos menos frecuente, sin tener la intención de condenar por principio la recepción frecuente de los mismos. Francisco era idealista, no teórico: hablaba y obraba siempre según las necesidades particulares del momento; es, pues, preciso no dar un sentido absoluto, a lo que en su mente era relativo y circunscrito a un caso determinado.

[1] Véase también *Verba Admonitionis*, I (*Opuscula* [Quaracchi], pág. 1; P. Paschal Robinson, *loc. cit.*, pág. 5); y la exhortación *De reverentia corporis Domini* (*Opuscula*, *loc. cit.*, pág. 22; P. Paschal Robinson, *loc. cit.*, pág. 22).

[2] *Spec. Perfect.*, cap. 122.

sarás de penosos trabajos a un deleitable reposo, de innumerables tentaciones y dolores a la paz eterna, de la pobreza terrenal, que has amado y observado perfectamente, a la riqueza verdadera e infinita, y de esta muerte temporal a la vida sin fin, donde verás cara a cara al Señor, a quien has amado en este mundo con tan gran fervor de amor y de deseo». Después de una pausa, prosiguió: «Padre, ten por cierto que, a menos que el Señor te envíe del cielo la salud, tu enfermedad es incurable, y te queda ya muy poco tiempo de vida, como han dicho los médicos. Mas esto lo digo para reconfortar tu espíritu y para que te regocijes en cuerpo y alma, a fin de que cuando los frailes y otros te visiten te hallen siempre alegrándote en el Señor; y después de tu muerte, tanto los que la hayan presenciado como los que la conozcan por referencia, ella les sirva perpetuamente de memoria, como lo fueron y lo serán tus actos».

Estas palabras animaron a Francisco, y con voz en la que resonaba el gozo recuperado, respondió: «Si le place a mi Señor que muera a no tardar, llama a fray Ángel y a fray León para que me canten los loores de la Hermana Muerte». Los dos frailes, llenos de tristeza y aflicción, se acercaron al enfermo y, conforme a sus deseos, le cantaron el «Cántico del Hermano Sol», derramando abundantes lágrimas. Al llegar a la última estrofa, Francisco, dominado por nuevos fervor y gozo, añadió otra estrofa:

*Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la muerte corporal,*
*de la cual ningún hombre viviente puede escapar.*
*¡Ay de aquellos que mueran en pecado mortal!*
*¡Dichosos aquellos que se hallan en tu santa voluntad!*
*porque la segunda muerte no les hará mal.*

Los soldados que estaban de guardia a las puertas del palacio por orden de los magistrados de la ciudad para impedir todo intento de apoderarse de Francisco, oyeron los cantos y hablaron de ellos a sus amigos como de cosa del todo inusitada. Porque no se suele morir cantando, o cuando menos no se concibe que así muera un santo. Pero los cantos continuaban y llegaban con frecuencia a sus oídos, no sólo de día, mas también de noche. La habladuría del pueblo llegó hasta fray Elías, que concibió alguna inquietud temiendo un perjuicio a la fama de santidad de Francisco. Fué, pues, a verle y amonestarle: «Padre muy amado, en verdad me alegro, por ti y tus compañeros, de la alegría que demuestras en tu enfermedad. Pero la gente de la ciudad te tiene por santo y cree que has de morir en breve, y al oir cantar noche y día estos loores, se pre-

gunta: «¿Cómo puede regocijarse de tal suerte el que está próximo a morir y sólo debiera pensar en la muerte?»

Francisco respondió sin titubear: «¿Te acuerdas de una visión que tuviste en Foligno y que me dijiste que alguien te había participado que no viviría yo más allá de dos años? Por la gracia de Dios, antes de tal revelación había meditado con frecuencia noche y día acerca de mi fin; pero desde la hora de aquella visión he tenido mayor cuidado todavía de pensar cotidianamente en el día de mi muerte. Déjame, hermano, regocijarme en el Señor y en sus loores, y en mis enfermedades; porque, por la gracia del Espíritu Santo que obra en mí, estoy tan unido y desposado con mi Señor que, por su misericordia, bien puedo estar alegre en el Altísimo» [1].

Eran entonces tan grandes sus padecimientos y de tal suerte le había abandonado la fuerza corporal, que no podía moverse por sí mismo y estaba enteramente a la merced de los que le cuidaban. Un fraile, compadecido de él, le preguntó qué prefiriera, si aquel padecer diario o la muerte cruel de un mártir. Respondió Francisco: «Hijo, siempre para mí ha sido y es lo mejor y más aceptable aquello que a mi Dios le place dispensarme; mas esta enfermedad y el tormento que me causan mis dolores, aunque sólo debiesen durar tres días, son mayores que cualquier martirio». En verdad, cada miembro de su cuerpo estaba sometido a la tortura [2].

Un día pareció llegar a las mismas puertas de la muerte. Los frailes alarmados se reunieron en torno suyo y solicitaron su bendición antes de morir; estaban allí Elías y algunos otros a quienes Francisco había llamado especialmente. Al agruparse junto a él, Francisco extendió sus manos para bendecir; mas su ceguera le impedía distinguirles.

Ocurrió entonces un incidente característico. Elías estaba a la izquierda de Francisco, fuese intencionada o fortuitamente. Desde el día en que Elías fué elegido Vicario General, habíase puesto en evidencia, tanto para éste como para su jefe moribundo, el abismo espiritual que los separaba; pero Elías amaba a Francisco a su manera, y en esta última hora imploraba su bendición. Francisco adivinó lo que pasaba en el alma de su poderoso lugarteniente; compasivo y generoso, no quiso negarle una prueba de amistad, deseando fuese por amistad verdadera que él se la hubiese pedido. Cruzando los brazos, preguntó sobre qué cabeza tenía puesta la diestra, y le dijeron que sobre la cabeza de fray Elías». «Éste es mi

---

[1] *Spe. Perfect.* [ed. Sabatier], cap. 121.
[2] I Celano, 107.

deseo», repuso Francisco; y pronunció la siguiente bendición: «A ti, hijo mío, te bendigo en todas y sobre todas las cosas; y como el Altísimo bajo tu gobierno ha aumentado mis hermanos e hijos, así yo les bendigo también a todos en ti y por ti. Dios, Señor de todo, te bendiga en la tierra y en el cielo. Bendígote en cuanto puedo, y más de lo que puedo; y todo lo que yo no puedo, hágalo en ti Aquél a quien todo es posible».

Y prosiguió, teniendo siempre la mano derecha sobre la cabeza de Elías: «Hijos míos todos, quedaos en el santo temor de Dios y permaneced siempre en él, porque os ha de sobrevenir una prueba muy grande y se acerca ya la hora de la tribulación. Dichosos aquellos que perseveraren en aquellas buenas obras que comenzaron, de las cuales algunos se apartarán por los escándalos que se aproximan. Yo me acerco más a mi Señor, y confío unirme a mi Dios, a quien serví con espíritu y fervor» [1]. Tristemente resonaban sobre esta bendición los ecos de proféticos temores.

Poco después, obtuvo Elías el consentimiento de la ciudad para trasladar a la Porciúncula el santo moribundo, porque el más vivo deseo de Francisco era morir en la vivienda nupcial de Dama Pobreza, y no se atrevían a oponérsele [2]. Así, a fines del verano [3], hizo la última etapa de su viaje de regreso a su hogar.

Saliendo por la puerta de la ciudad, llamada la Portaccia [4], llevároнle acostado en una camilla y al pie de la colina tomaron la carretera [5]. Francisco la conocía palmo a palmo y la amaba por los innumerables recuerdos a que estaba unida, referentes a sus actos y a las aspiraciones de su alma en los años que siguieron a su conversión. Al conducirle por aquel camino, todos aquellos recuerdos se agolpaban en su memoria, en rápida sucesión; su corazón se henchía de emoción al revivir en breve intervalo aquellos pasados días. Y sentía una vehemente solicitud por la fraternidad de sus amores,

---

[1] I Celano, 108.

[2] M. Sabatier sugiere (*Spec. Perfect.*, pág. 243, nota 1) que Elías trasladó Francisco a la Porciúncula para evitar la desedificación que podían producir sus cantos. Es posible que Elías tuviera esta idea; mas, sin duda alguna, quien conozca a Francisco, no podrá menos de confesar que su voluntad era indomable en materias esenciales concernientes a su vocación. Tan sólo constreñido a ello, resIdió en palacio; y no es posible imaginársele consintiendo a morir en uno de éstos.

[3] I Celano, 109, dice que Francisco sólo estuvo unos pocos días en la Porciúncula, antes de morir: «*paucis quievisset diebus*».

[4] La Portaccia está actualmente aparedada; estaba emplazada entre la Porta di Mojano y la Porta S. Pietro.

[5] El antiguo trazado de la carretera de Perusa a Foligno se aproximaba más a la ciudad que el actual y pasaba por San Damián. Hoy no es más que un sendero descuidado.

mezclada a una profunda gratitud por la ciudad que había sido su cuna.

A medio camino aproximadamente, llegaron al hospital de los Crucíferos [1], desde donde se descubre bien la perspectiva de Asís. Allí Francisco quiso que sus portantes se detuviesen y depositasen la camilla en el suelo, volviendo su rostro hacia la ciudad. Aunque ciego, parecía como si quisiese contemplarla por última vez. Se incorporó en la camilla, y los que le rodeaban pudieron escuchar su oración fervorosa, evocando el pasado: «Señor, en otro tiempo esta ciudad era, según creo, lugar y morada de hombres perversos; mas ahora veo que a causa de tu abundante misericordia, en el momento de tu beneplácito, has hecho patente en su seno la multitud de tus misericordias y por tu bondad infinita la has llamado a ser lugar y morada de los que te reconocerán en verdad, y darán gloria a tu Santo Nombre, y harán manifiesto a todo el pueblo cristiano el suave olor de la buena reputación, de la santa vida y de la enseñanza y perfección del veracísimo Evangelio. Te ruego, pues, oh Señor Jesucristo, Padre de las misericordias, que no consideres nuestra ingratitud, antes bien te acuerdes de la abundantísima ternura que por ella mostraste siempre, a fin de que sea lugar y morada de los que te reconozcan en toda verdad y glorifiquen tu Nombre santo y gloriosísimo, por siempre jamás. Amén» [2].

La solemne procesión se pone otra vez en marcha, y Francisco llega a la Porciúncula para morir en su recinto.

---

[1] En el lugar donde se halla actualmente la Casa Gualdi.

[2] *Spec. Perfect.*, cap. 124. — La bendición tradicional inscrita sobre la Porta Nuova de Asís, dice: «*Benedicta tu a Domino, Sancta Civitas Deo fidelis, quia per te animæ multæ salvabuntur et in te multi servi Altissimi habitabunt et de te multi eligentur ad regnum æternum*». — Véase *Fioretti, Delle sacre sante stimate*, IV Consid.; Waddingo, *Annales, ad. an.* 1226.

Pero el texto del *Spec. Perfect.*, dejando aparte otras consideraciones, es más conforme al espíritu de Francisco; es oración tanto para la fraternidad como para la ciudad. Además, la transición de la forma de súplica a la de profecía, hace sospechar de la exactitud de la versión más breve. Es justamente el género de transición propio de las versiones posteriores.

## Capítulo V

## TESTAMENTO Y MUERTE DE FRANCISCO

La claridad vespertina caía sobre la vida de Francisco cuando se cobijó por última vez en la penumbra de su amada capilla del bosque; y bañaba su espíritu la mística paz que produce el trabajo realizado en el transcurso del día.

Mas si las sombras iban cubriendo la llanura, las cumbres estaban iluminadas por los rayos del sol. Eran aquellas cumbres las antorchas de la vida ideal a que Francisco había aspirado constantemente durante largos años. Triunfando pacíficamente, alzábanse por encima de la oscuridad creciente, reflejando todavía los últimos resplandores de un día que expira, pero dando la seguridad del advenimiento de un nuevo día rutilante. Su jornada en la tierra llegaba a su término; sembraron su camino las tribulaciones y los dolores, las dificultades y las tentaciones; mas recordábalo todo como insignes favores del amor de su Señor que le había conducido por el camino real de la Cruz.

En suma y compendio, su vida había sido una jornada de gozo; no de otra suerte la recordaba Francisco en su ocaso. Porque la tierra le había hecho don de Dama Pobreza y de la Fraternidad; la había recorrido siempre como heraldo del Señor, y en el curso de sus aventuras había hallado el conocimiento de las aspiraciones de su alma y el modo de realizarlas. En verdad, su vida acá abajo, con la humilde confesión de los pecados, la glorificación de Dios, las lecciones de las Escrituras y las promesas evangélicas, había sido como la fase preparatoria del Sacrificio solemne de los cristianos. Al momento de llegar al ofertorio real del sacrificio místico, mirando atrás con profunda gratitud y adelantándose hacia el misterio que le esperaba, recogió su alma, y con los acentos mesurados de una convicción inconmovible, pronunció su «Credo». Éste fué el Testamento que dictó en aquellos últimos días de la Porciúncula [1],

---

1 Waddingo (*Annales, ad. an.* 1226) dice que el testamento fué escrito en las Celle de Cortona, cuando Francisco descansó allí al regresar de Siena. Esto parece muy dudoso, porque en las Celle tuvo una recaída debida a una agravación de la hidropesía (véase I Celano, 105) y sin duda no se hallaba en estado de dictar un

el cual debía ser un recuerdo dejado a los suyos hasta el fin de los tiempos. Fué una confesión de su fe en la vocación a la que fueron llamados, él y sus hermanos. «Éste es el camino por el cual el Señor me condujo —escribe—; en su dirección confío». Pareciéndose en esto a los mártires, a los héroes de la caballería, a todos los hombres de honor, frente a la muerte entonó su «Credo».

He aquí su Testamento; quien lo leyere verá reflejada como en un espejo el alma de esta larga historia de su vida. Para dar de ella una idea más precisa, anotamos al margen los diferentes artículos de su fe:

*Su fe en el servicio de los leprosos,*

Dios nuestro Señor quiso dar su gracia a mí, fray Francisco, para que así empezase a hacer penitencia; porque, como yo fuese entonces envuelto en pecados, érame muy amargo ver los leprosos, pero el Señor me llevó entre ellos y usé de misericordia con ellos [1]. Y apartándome de ellos, aquello que antes me parecía amargo me fué convertido en dulcedumbre del ánima y del cuerpo. Y después, poco tiempo estuve y salí del siglo.

*en las iglesias,*

Y el Señor me dió tal fe en sus iglesias que así simplemente adorase y dijese: Adorámoste, santísimo Señor Jesucristo, aquí y en todas las iglesias que están en todo el mundo, y te bendecimos, porque por tu santa Cruz redimiste al mundo.

*en los sacerdotes y en la Iglesia Romana.*

Y después dió el Señor y da tanta fe en los sacerdotes que viven según la forma de la santa Romana Iglesia, por causa de sus Órdenes, que si me persiguieren quiero recurrir a ellos.

*Los sacerdotes deben ser respetados;*

Y si yo tuviese tanta sabiduría cuanta tuvo el sapientísimo Salomón, y hallase a los sacerdotes pobrecillos de este mundo en las iglesias en que moran, no quiero predicar contra su volun-

---

documento tan extenso como el Testamento. Ofrece, por consiguiente, más probabilidades la versión que le hace escribir el Testamento en la Porciúncula. Gregorio IX en la bula «*Quo elongati*» (Sbaralea, *Bull.*, I, pág. 68) dice que Francisco lo escribió «*circa ultimum vitæ suæ*», pero esta frase puede naturalmente referirse a cualquier circunstancia de los últimos meses que precedieron a su muerte.

[1] En algunas versiones se lee: «y residí con ellos» — «*feci moram* (en lugar de misericordiam) *cum illis*». Véase *Miscell. Franc.*, III, pág. 70. Pero en I Celano, 17, se halla el pasaje como en el texto.

tad. Y a éstos, y a todos los demás [sacerdotes], quiero temer, y amar, y honrar como a mis señores. Y no quiero en ellos considerar pecado, porque yo veo en ellos al Hijo de Dios, y son mis señores. Y por esto lo hago, porque ninguna cosa veo corporalmente en este mundo de ese altísimo Hijo de Dios, sino su santísimo Cuerpo y preciosa Sangre, que ellos consagran y reciben, y sólo ellos administran a los otros. Y estos santísimos misterios sobre todas las cosas quiero honrar y reverenciar, y en lugares preciosos colocar.

*y asimismo los misterios del altar,*

Y los santísimos nombres del Señor y sus palabras escritas, en cualquier lugar no decente que las hallare, las quiero recoger, y ruego sean recogidas, y en lugar honesto sean colocadas.

*y los nombres y palabras de Dios;*

Y a todos los teólogos, y a los que nos administran las santísimas palabras divinas, debemos honrar y reverenciar, puesto que ellos nos administran espíritu y vida.

*y los teólogos y los ministros de la palabra divina.*

Y después que el Señor me dió cargo de frailes, ninguno me enseñaba lo que yo debía hacer, sino que el mismo Altísimo me reveló que debía vivir según la forma del santo Evangelio; y yo en pocas y sencillas palabras lo hice escribir, y el señor Papa me lo confirmó.

*Su fe en lo concerniente a la Regla*

Y aquellos que venían a recibir esta vida, todas las cosas que podían haber daban a los pobres; y estábamos contentos con una túnica remendada por dentro y por fuera —los que querían—, y con la cuerda y los paños menores, y no queríamos tener más.

El oficio lo decíamos nosotros clérigos, según los otros clérigos; y los legos decían el *Pater noster*. Y estábamos muy de buena gana en las iglesias pobrecillas y desamparadas, y éramos sencillos y obedientes a todos.

*y a la vida de la Orden.*

Y yo con mis manos trabajaba, y quiero trabajar, y todos los otros frailes firmemente quiero que trabajen de trabajo honesto; y los que no saben, aprendan, no por codicia de recibir el precio de su trabajo, sino por el buen ejemplo y para echar de sí la ociosidad.

Y cuando no nos dieren la recompensa del trabajo, recurramos a la mesa del Señor, pidiendo la limosna de puerta en puerta.

Esta salutación me reveló el Señor que dijésemos: «El Señor os dé paz».

Y guárdense los frailes que en ninguna manera reciban las iglesias y casas que para ellos fueren hechas, sino fueren como conviene a la santa pobreza que hemos prometido en la Regla guardar, hospedándose siempre en ellas como peregrinos y extranjeros.

Mando firmemente por obediencia a todos los frailes que, dondequiera que estén, no osen demandar letra alguna en la Curia Romana por sí o por interpuesta persona, ni para iglesia ni para otro lugar, ni con pretexto de predicación, ni por persecución de sus cuerpos; mas, si en alguna parte no fueren recibidos, huyan a otra tierra a hacer penitencia con la bendición de Dios.

Y yo firmemente quiero obedecer al Ministro general de esta hermandad y aquel Guardián que le pluguiere darme; y así quiero ponerme en sus manos, que no pueda ir ni hacer contra su obediencia y voluntad, porque es mi señor.

Y aunque yo sea simple y enfermo, quiero, sin embargo, tener siempre un clérigo que me rece el oficio según en la Regla se manda. Y del mismo modo, todos los otros frailes estén obligados firmemente a obedecer a sus Guardianes, y a rezar el oficio según la Regla.

*Que los frailes deben ser católicos; y los heréticos deben ser denunciados.*

Y si hubiese algunos que no quisiesen rezar el oficio divino según la Regla y quisiesen en alguna manera variarlo, o que no fuesen católicos, todos los frailes, dondequiera que estén, sean obligados por obediencia, en cualquier lugar que hallaren a algunos de ellos, a presentarlo al más cercano Custodio de aquel lugar donde lo hubieren hallado. Y el Custodio esté obligado por obediencia a guardarlo fuertemente como hombre en prisiones de día y de noche, de tal manera que no pueda ser librado de sus manos, hasta que por su propia persona

lo presente en las manos de su Ministro. Y el Ministro esté firmemente obligado por obediencia a enviarlo con tales frailes, que de día y de noche lo guarden como hombre en prisiones, hasta que lo presenten al Señor Ostiense, el cual es señor, protector y corrector de esta hermandad.

*Esta no es otra Regla, sino una memoria de ella.*

Y no digan los frailes: «ésta es otra Regla»; porque *ésta es una recordación, aviso y amonestación*, y es mi Testamento, que yo fray Francisco, pequeñuelo siervo vuestro, hago para vosotros, mis frailes benditos, para que la Regla que al Señor prometimos, más católicamente guardemos.

Y el Ministro general y todos los otros Ministros y Custodios por obediencia estén obligados a no añadir ni quitar cosa alguna de estas palabras. Y siempre tengan este escrito consigo junto a la Regla. Y en todos los capítulos que hacen, cuando leen la Regla, lean también estas palabras.

Y a todos mis frailes, clérigos y legos mando firmemente por obediencia que no hagan glosas en la Regla ni en estas palabras, diciendo: Así o así se han de entender. Mas, así como el Señor me dió pura y simplemente decir y escribir la Regla y estas palabras, así pura y simplemente sin glosa las entendáis, y con santa obra guardéis hasta el fin.

*Bendición.*

Y aquel que guardare estas cosas, en el cielo alcance la bendición del altísimo Padre celestial, y en la tierra sea lleno de la bendición de su querido Hijo con el santísimo Espíritu Consolador, al cual es honra y gloria ahora y para siempre. Y yo, fray Francisco, pequeñuelo vuestro y siervo en el Señor, tanto cuanto yo puedo os confirmo dentro y fuera esta santísima bendición, la cual hayáis con todas las virtudes de los cielos, y con todos los Santos; ahora y en los siglos de los siglos. Amén[1].

---

[1] Véase *Opuscula S. P. F.* [Quaracchi], págs. 76-82, y págs. 173-176; P. Pascual Robinson, *The Writings of St. Francis*, pág. 79 *seq.* La autenticidad del Tes-

Al acercarse la festividad de San Miguel, centinela del cielo, Francisco hizo sus últimos preparativos para recibir a la muerte, heraldo divino. Quería morir, como había vivido, es decir, con pleno dominio de sí mismo. Sabiendo que sus días estaban contados, rogó a los frailes mandasen rápidamente un mensajero a Roma, a Dama Jacoba de Settesoli —la mujer que le había ayudado solícita tantas veces en los pasados años—, para que le fuese a visitar [1], llevando consigo lo necesario para su muerte: una túnica de tela gris, un pañuelo para cubrir su rostro, una almohada para la cabeza, candelas de cera para alumbrar su féretro y algunos bizcochos por el estilo de los que le hacía cuando visitaba su casa [2]. Porque hacia el fin quería Francisco dar un solaz a su cuerpo, a fin de que pudiese participar del gozo de su alma [3].

Mas antes de ponerse en camino el mensajero, los frailes oyeron a su misma puerta el piafar de caballos y muchas voces, y el portero les anunció a toda prisa que Dama Jacoba, con sus hijos y numeroso séquito, esperaba fuera. «Bendito sea Dios, que nos ha enviado a nuestra Hermana Jacoba —respondió Francisco—. Abrid las puertas y dejadla entrar. Porque la regla que se refiere a las mujeres no reza con Hermana Jacoba.» Dama Jacoba entró, pues, en la celda donde yacía Francisco; y los frailes se maravillaron al ver que había llevado consigo todo lo que Francisco había dicho que le pidiesen. Dama Jacoba les refirió que, como estuviese en oración, una voz hablando a su espíritu, le dijo que se apresurase si quería ver con vida al bienaventurado Francisco y le llevase todas las cosas allí presentes. Gran satisfacción sintieron ella y los que la seguían en haber llegado a tiempo de ver al santo viviendo todavía, satisfacción a la que iban mezcladas abundantes lágrimas; pero aquella reunión antes semejaba una fiesta que los preparativos de un entierro; porque, a poco de haberse reunido todos, Francisco pareció recobrar algunas fuerzas, de modo que los frailes llegaron a concebir esperanzas de que el fin no estaba tan próximo como temieran. Dama Jacoba quisó permanecer allí hasta el desenlace, y

---

tamento no ha sido atacada; está citado textualmente en I Celano, 17; II Celano, 163; *Leg. 3 Soc.*, VIII, 29; *Leg. Maj.*, III, 2. También en la bula de Gregorio IX «*Quo elongati*» (Sbaralea, *Bull. Franc.*, I, pág. 68) y en San Buenaventura, *Epist. de tribus Quæ est.* (*Opera Omnia* [Quaracchi], tom. VIII, pág. 335).

[1] Es evidente, según Celano, *Tract. de Mirac.*, 37, que Francisco deseaba que Dama Jacoba le visitase y no solamente, como podría colegirse por el *Spe. Perfec.*, capítulo 112, que le mandase las cosas necesarias para su sepultura.

[2] «*Mostacciuolo*, confeccionado con almendras, azúcar y otras cosas» (*Spec. Perfect., loc cit.*).

[3] Véase también el incidente del perejil, que deseaba, en II Celano, 51.

Francisco le dijo que esperase al domingo, porque el domingo moriría. Hizo, pues, regresar a su casa a una parte de su acompañamiento y se instaló cerca de las celdas de los frailes, juntamente con sus hijos y algunos de sus servidores [1].

Allende los bosques, en San Damián, el espíritu de Clara velaba el lecho de muerte preparado en la Porciúncula, con tanta mayor armonía y correspondencia cuanto Clara también estaba enferma [2]. De buen grado reconocía el derecho que tenía la capilla del bosque a guardar el cuerpo de Francisco hasta el fin, porque era el santuario y el símbolo de la vocación de Francisco y de sus propios votos; y valerosamente se conformaba a que no le faltase aquella confortación espiritual. Mas no podía menos de sentir el dolor de saber que en este mundo no le vería ya más ni escucharía sus palabras; quedaba en la orfandad y derramaba lágrimas amargas. Un fraile llevó a Francisco la noticia de su aflicción, a lo que se sintió muy conmovido; y pensó qué haría para consolarla, puesto que no podía visitarla. Después de algunos momentos de reflexión, dijo a un fraile que escribiese estas palabras:

«Yo, el pequeño fray Francisco, deseo observar la vida y la pobreza de nuestro Altísimo Señor Jesucristo, y de su santísima Madre, y perseverar en ella hasta el fin. Y os aconsejo, hijas mías, y os encarezco que viváis siempre en la vida y en la pobreza santísimas. Y poneos en guarda contra vosotras mismas, no fuese que por enseñanza o consejo de cualquiera, os apartaseis de un modo u otro de esta vía» [3].

Mandó por el mismo conducto este escrito a Clara, diciendo: «Vé y di a Sor Clara que deponga toda aflicción y tristeza, porque, aunque no puede verme ahora, antes de su muerte ella y sus hermanas me verán y recibirán de mí gran confortación» [4]. Así fué como, recordando estas palabras después de su muerte, los frailes llevaron su cuerpo a San Damián, como más adelante se dirá, para que Clara y sus monjas lo pudiesen contemplar una vez más. Y ésta fué una realización parcial de su promesa. Mas para el alma de Clara la promesa confortadora significaba mucho más. Comprendiendo a Francisco, como sólo pueden comprenderse dos almas es-

---

[1] Celano, *Tract. de Mirac.*, 37, 38; *Spec. Perfect.* [ed. Sabatier], cap. 112; Bern. a Bessa, *Liber de Laud.*, VIII; *Fioretti*, IV Consid.

[2] *Spec. Perfect.* [ed. Sabatier], cap. 108.

[3] El texto aparece en la Regla de Santa Clara, cap. VI. Véase *Leg. Seraph. Textus Originales* [Quaracchi], pág. 63, y en *Opuscula* [Quaracchi], pág. 76. Véase *Test. S. Clarœ*, Boll., *Acta S. S.*, día 12 de agosto, tom. II, pág. 747; *Leg. Seraph., Textus*, pág. 276.

[4] *Spec. Perfect.* [ed. Sabatier], cap. 108.

trechamente unidas, tuvo la intuición de que su promesa se refería más al espíritu que al cuerpo. En efecto, cuando años después, Clara y las monjas de San Damián habían de ser los más firmes defensores del ideal franciscano, el espíritu de Francisco estaba con ellas para alentarlas; ellas sentían claramente su presencia, que las llenaba de gozo. Tal fué el linaje de consuelo que mandó Francisco a Clara y sus hermanas, como último legado; no cabía consuelo mejor. Así lo entendió Clara, porque penetraba todos los secretos del alma de Francisco.

Un último cuidado quedábale al moribundo: el de Dama Pobreza y de la morada que ella le designara en la Porciúncula. Su ternura por este santo lugar había ido en aumento; porque era en verdad la dote que había otorgado a la esposa de sus amores, y no quería que nadie pudiese arrebatársela. Reuniendo los frailes en torno suyo, les suplicó no abandonasen jamás el sitio aquel. «Mirad que no abandonéis jamás este lugar; si se os arroja fuera por una puerta, entrad por la otra, porque este lugar en verdad es santo, es habitación de Dios. Aquí, siendo pocos, nos multiplicó el Altísimo; aquí, con la luz de su sabiduría, alumbró el corazón de sus pobres voluntarios; aquí el que orare con corazón contrito, obtendrá todo lo que solicite, y el que se atreva a profanarle, será gravemente castigado. Por tanto, hijos míos, conservad con el debido honor esta mansión de Dios y alabad aquí al Señor con todo vuestro corazón, con voces de alabanza y agradecimiento» [1].

Las sombras caían rápidamente, anunciando el último solemne acto y el sacrificio vespertino. La fiesta de San Miguel pasó, y es de creer que no sin que Francisco percibiese el llamamiento del jefe de las huestes celestiales, a quién honró siempre con la veneración de fiel caballero [2].

Preparóse a depositar su ofrenda en el Altar del Señor. Queriendo dar un último testimonio de su fe a la Pobreza, llamó a los frailes a su alrededor y les pidió que le colocasen sobre el desnudo suelo y lo despojasen de su túnica. Entonces, con el rostro dirigido al cielo y cubriendo con su mano izquierda la llaga del costado derecho, dijo a los que le rodeaban: «Yo cumplí cuanto me estaba confiado: Cristo os enseñe lo que debéis hacer vosotros». Sus hijos derramaban ríos de lágrimas. Mas el padre guardián, adivinando su pensamiento, tomando una túnica con los paños menores y el capucho de saco, le dijo: «Por mandato de santa obediencia, quiero que aceptes de mí este hábito, los paños menores y el capucho. Y

---

[1] Celano, 106; *Spec. Perfect.*, cap. 83.
[2] Véase II Celano, 197.

para que sepas que no tienes propiedad alguna en estas ropas, te prohibo que las des a nadie». Al escuchar estas palabra, Francisco reflejó en su rostro un gozo grandísimo, porque veía en esto una prueba de haber observado hasta el fin la fidelidad de Dama Pobreza [1].

Poco después, con gran contentamiento de su alma, rogó a dos frailes a quienes particularmente amaba, que le cantasen con voz alta y exultante la estrofa del «Cántico del Hermano Sol» que alaba a Dios en nuestra Hermana la Muerte. No lo habían terminado todavía los dos frailes, cuando su débil voz prorrumpió en el canto de aquel himno de fe invencible que se contiene en el Salmo 141: «Con mi voz clamé al Señor; con mi voz al Señor rogué». Cada verso de este Salmo pudiera tomarse como epígrafe para cada capítulo de la vida de quien lo entonaba; puesto que cada verso, conduce a su oración final: «Saca mi alma de la prisión, para alabar tu Nombre; a mí me están aguardando los justos, hasta que me recompenses» [2].

Creyendo con toda seguridad el fin inminente, Bernardo de Quintavalle, uno de los primeros nobles compañeros y el más reverenciado, le dijo: «¡Oh, padre amadísimo! ¡Ay! tus hijos van a quedarse sin padre y se verán privados de la verdadera luz de sus ojos. Acuérdate de los hijos a quienes dejas huérfanos, y perdonadas las faltas cometidas, confórtanos con tu santa bendición a los presentes y a los ausentes». A lo que Francisco contestó: «He ahí, hijo mío, que Dios me llama a sí; a todos mis frailes, tanto a los ausentes como a los presentes, les perdono todas las ofensas y culpas, y en cuanto de mí depende, los absuelvo de todo; cuando les notifiques estas palabras, bendícelos a todos de mi parte». Para amenguar su pena les dirigió palabras alentadoras, y les encareció el amor a Dios y a la Pobreza, «anteponiendo a toda ley el sagrado Evangelio» [3]. Entonces, aproximáronse todos a él, los bendijo, poniendo las manos sobre sus cabezas; pero a fray Bernardo le dió una bendición de singular ternura y solicitud, porque fué el prime-

---

[1] II Celano, 214; *Leg. Maj.*, XIV, 4. Francisco llevaba un capucho para cubrir las cicatrices producidas por los cauterios de los ojos.

[2] San Buenaventura (*Leg. Maj.*, XIV, 5) supone que Francisco entonó este Salmo momentos antes de morir y expiró al cantar el último versículo. Y esta versión es la que aceptaron generalmente los biógrafos posteriores. Pero en la narración de las circunstancias que acompañaron su muerte en I Celano, 109 *seq.*, precede a la bendición y a la lectura del Evangelio. En II Celano, 217, leemos que, después de haber dado su bendición a los frailes, Francisco vivió unos pocos días: «*proinde paucos dies, qui usque ad transitum*», etc.

[3] II Celano, 216.

ro de los que le siguieron; y dijo a todos los frailes que le tuvieran en particular reverencia como a jefe y primero de su ejército caballeresco [1].

Después, atento siempre a imitar a su Señor, hizo traerse un pan, y no pudiendo partirlo él mismo a causa de su debilidad extrema, hízolo dividir en pequeños pedazos, uno para cada fraile; así dió su último mandato de mutuo amor, como lo había dado Cristo su Maestro en la última Cena [2].

No tenía ya más preocupaciones terrestres; pero la Hermana Muerte no se apresuraba; Francisco esperaba con cantos su llegada, contento de que se presentase cuando Dios quisiese. Alrededor de su lecho cantaban los frailes el canto que más amaba, el «Cántico del Hermano Sol».

Por fin, conoció que verdaderamente la muerte llamaba a la puerta, y saludóla caballerosamente: «¡Bienvenida seas, Hermana Muerte!», y volviéndose a su médico, le rogó que, como heraldo suyo, anunciase su venida; «porque —añadió— es para mí la puerta

---

[1] I Celano, 109, no menciona por su nombre a Bernardo de Quintavalle, pero dice: «*Frater quidam de assistentibus quem sanctus satis magno diligebat amore*». Creo, no obstante, que no se puede dudar de que el incidente por él referido es el mismo de las *Fioretti*, cap. VI, y *Chron.* XXIV *Gen.* (*Anal. Franc.*, III, pág. 42). Verdad es que en II Celano, 216, donde se hace referencia a esta segunda bendición, se dice: «*Incipiens a vicario suo capitibus singulorum imposuit*»; pero Celano omite los detalles y no hay nada en esta frase que esté en contradicción con el relato de las *Fioretti*, porque también allí leemos que Francisco puso primero la mano no sobre la cabeza de Elías, aunque hubiese llamado a Bernardo. A continuación, por sugerírselo éste, puso su mano izquierda sobre la cabeza de Elías al propio tiempo que mantenía la diestra sobre la cabeza de Bernardo, dejando así a salvo la dignidad del Vicario General. Las palabras dadas en I Celano, 109: «*quibus tu hæc denuntians, ex parte mea omnibus benedices*», justifican el encargo más explícito hecho a Bernardo en las *Fioretti*. Es ciertamente singular que Francisco deputase a Bernardo y no a Elías para transmitir su última bendición a los frailes; pero, que no fué Elías el agraciado, hácelo evidente Celano, quien, en la *Prima Legenda*, se muestra siempre explícito en lo tocante a los privilegios concedidos a Elías, y no menciona este último. No hay nada en el relato de las *Fioretti* que no concuerde con la historia conocida de Francisco. Si se objeta que Francisco no podía decir: «*Sia il principale de tuoi fratelli*», etc., basta recordar su descripción de la verdadera obediencia, que no es meramente una sumisión a los superiores legítimos, sino una pronta sumisión al prójimo a impulsos del amor; y esta obediencia más amplia quería que la practicasen con todos y cada uno de sus semejantes, tanto los superiores como los súbditos (Véase *Regula*, I, cap. V). ¿Por qué, pues, no practicarla en un grado eminente con Bernardo, el primero de los Frailes Menores después de Francisco mismo? Además, ¿no puede verse una delicada alusión a la maldición pronunciada por Francisco según las *Fioretti*, contra los que procedieran injuriosamente contra Bernardo, en II Celano, 216; «*Nullus sibi hanc benedictionem usurpet... sed potius ad officium detorquendum*»?

[2] II Celano, 217; *Spec. Perfect.*, cap. 88.

de la vida». A los frailes díjoles: «Cuando me veréis acercarme a la agonía tal como me visteis tres días ha desnudo, de la misma manera colocadme en el suelo y dejad tendido el cuerpo ya difunto tan largo espacio cuanto necesita uno para caminar pausadamente una milla» [1].

Así hasta el fin estuvo yacente sin hábito sobre la desnuda tierra. Anticipándose a sus deseos, los frailes se habían ya dispuesto a leerle el Evangelio de la Pasión, según San Juan; Francisco, no conociendo sus intenciones, les rogó él mismo que se lo leyesen. Hecha la lectura, quiso le colocaran sobre una tela de saco y lo rociasen de ceniza, preanunciando su entierro; porque, siempre cortés, quería dispensar buena acogida a la Muerte, con todas sus pompas austeras. Y mientras los frailes le rodeaban, con dolorosa y reverente expectación, murió [2].

Era la hora que sigue a la puesta del sol. Al exterior de la celda una multitud de alondras se había reunido a la luz crepuscular y llenaba el aire de gozosas melodías [3]. Y uno de los frailes, un santo varón, en aquel mismo momento vió un brillante globo de fuego, llevado por una nubecilla, ascendiendo como si atravesase muchas aguas, en dirección al cielo [4].

En el interior de la celda, los frailes contemplaban admirados y respetuosos aquel cuerpo sin vida, olvidando su pena ante la maravilla de que eran testigos. Porque el cuerpo que estuvo tanto tiempo contraído por los padecimientos, se tornó flexible y suave y enderezado, y las carnes ennegrecidas quedaron de una blancura resplandeciente, y los ojos apagados por la enfermedad parecían despedir destellos de luz meridiana. Y muchos de ellos veían por vez primera las heridas de los estigmas; y creían estar contemplando el mismo Cuerpo de Cristo. Toda la noche acudió a la Porciúncula una muchedumbre de la ciudad, apresurándose a contemplar el milagro que se había ocultado celosamente a las miradas de los hombres; y todos lloraban copiosamente, pero era más de gozo que de aflic-

---

[1] II Celano, 217; véase *Leg. Maj.*, XIV, 4.

[2] I Celano, 110; *Leg. Maj.*, XIV, 5. Hay una discrepancia entre estos dos autores. Según Celano, la lectura empezó por el capítulo XII: «*Ante sex dies Paschæ*»; según San Buenaventura, en el capítulo XIII. «*Ante diem festum Paschæ*». Véase Montgomery Carmichael, «*The Gospel read to St. Francis "in transitus"*» en la *Dublin Review*, abril, 1903.

[3] *Leg. Maj.*, XIV, 6; Celano, *Tract. de Mirac.*, 32.

[4] I Celano, 110; *Leg. Maj.*, XIV, 6. Según la *Chron. XXIV Gen.* (*Anal. Franc.*, III, pág. 226), este religioso era un tal fray Jaime. Se halla mencionado en el martirologio de Fortunato Hueber, el 7 de junio.

ción [1]. Muy temprano a la mañana siguiente el cuerpo del santo fué trasladado solemnemente a la pequeña iglesia de San Giorgio, en el recinto de la ciudad, donde Francisco había aprendido sus letras y predicado su primer sermón; porque los de Asís no querían andar con dilaciones por temor a los de Perusa que podían sobrevenir impensadamente y sustraer el cuerpo. Parecía que la ciudad en peso tomaba parte en la procesión: algunos llevaban cirios ardientes, pero la mayor parte empuñaba ramos de olivo y de otros árboles; iban cantando himnos con los cuales alternaba el son de las trompetas. No era la triste conducción de un cadáver a su tumba, sino la triunfante traslación de las reliquias de un santo.

Los frailes, acordándose del mensaje enviado a Clara por Francisco desde su lecho de muerte, no quisieron tomar el camino más corto a Asís, sino que dieron un rodeo pasando por San Damián, donde se detuvieron, entrando el cuerpo en la iglesia; allí, algunos frailes lo sacaron del ataúd, y llevándolo en brazos lo mostraron a las monjas por la reja abierta del comulgatorio. Clara y sus monjas lloraron con abundancia de lágrimas, haciéndose más sensible su pérdida en la suavísima presencia del difunto. Cuando todas hubieron besado las llagadas manos, la procesión prosiguió su camino hasta San Giorgio. Allí depositaron el cuerpo en una urna provisional, en espera de la construcción del templo grandioso que había de ser la gloria de la ciudad y de todo el territorio de Umbría. Era el día 4 de octubre del año 1226 [2].

Menos de dos años después, el 16 de julio de 1228, Francisco fué canonizado por su amigo el Cardenal Hugolino, elevado al pontificado con el nombre de Gregorio IX [3]. Y en seguida, por orden del pontífice, Elías puso en actividad su genio impetuoso procediendo a la construcción de la gran iglesia, que había de ser a la vez el sepulcro del santo y el monumento de homenaje del mundo entero [4]. Allí, el 25 de mayo de 1230, fué llevado y enterrado secre-

---

[1] I Celano, 112, 113. Véase la Carta de fray Elías a Gregorio de Nápoles (Boehmer, *Analekten*, pág. 90).

[2] Véase I Celano, 116-18; *Leg. Maj.*, XV, 1-6; *Spec. Perfect.*, cap. 108; *Fioretti*, IV. Consid. Según los usos eclesiásticos de aquel tiempo, el día se contaba desde la puesta del sol, es decir, desde la hora de vísperas, y no desde media noche. Así, Francisco murió, según nosotros contamos, a la puesta de sol del 3 de octubre y fué enterrado el día 4.

[3] La bula de canonización fué publicada el 19 de julio. Véase Sbaralea, *Bull.*, I, pág. 42 *seq.*

[4] Por disposición del Papa, se recogió dinero para la construcción de la iglesia en todos los países de Europa. (Véase Sbaralea, *Bull.*, I, pág. 46; Glassberger, en *Anal. Franc.*, II, pág. 56).

tamente el cuerpo de Francisco; pero los pormenores de aquel segundo entierro pertenecen no tanto a la historia de Francisco como a otra historia[1]. Aún con el laudable afán de honrarle, el mundo debía proceder contra sus deseos, no sabiendo comprender su espíritu. Porque Francisco no era de este mundo; pero el mundo le amaba, aunque le daba culto con cierta torpeza. Así fué en su vida; así hubo de ser a su muerte. Mas mientras el mundo seguía obrando torpemente, no faltaban hombres, y aún en crecido número, que amaban y comprendían su espíritu. No había vivido en vano.

---

[1] Véase la carta de Gregorio IX «*Speravimus*» en Sbaralea, *Bull.*, I, página 60 *seq.*; *Eccleston*, *op. cit.*, págs. 80-82; *Chron. XXIV Gen.*, en *Anal Franc.*, III, pág. 212.

# APÉNDICE I

## La Regla Primitiva de San Francisco

Que la Regla Primitiva aprobada verbalmente por Inocencio III está contenida en la llamada *Regula Prima* de 1221 [1], es, a mi entender, cosa fuera de duda.

1. La *Regula Prima* declara en su preámbulo ser la misma que fué aprobada por Inocencio III. Tal como aparece, es imposible, porque Inocencio III murió en 1215, y muchos de los artículos de esta Regla son de fecha más reciente. Con todo, Francisco no hubiera conservado este preámbulo si la Regla Primitiva no se hubiese incorporado a la *Regula Prima*.

2. Pero, el que lea la *Regula Prima* notará al punto su carácter de mosaico en lo tocante al estilo. Es manifiesto que ha sido compuesta por acumulación; no es un todo homogéneo.

En ciertos casos las nuevas adiciones están soldadas al texto con poca habilidad, como en el cap. II referente a los bienes de los novicios; o en el cap. X, donde se dice que los frailes no tendrán poder o autoridad entre sí. También hay repeticiones, como si el legislador redactase de nuevo con más énfasis un antiguo mandato; tal ocurre en los caps. III y IX, donde se prescribe que los frailes pueden comer de toda clase de platos que se les presenten.

Además, la diferencia de carácter y de estilo entre los diferentes pasajes es muy marcada. Falta unidad de tono; la voz del idealista alterna alguna vez con la del legista, otras veces con la del maestro discutiendo evidentemente con los que dudan. Compárese, por ejemplo, el cap. I, o el cap. XIV, o el principio del cap. IX con el cap. XV y el cap. VIII; la diferencia no consiste únicamente en la diversidad de materias, sino en el cambio de tono. A primera vista se advierte una diferencia como entre un día de sol y un día nublado. En algunos pasajes resplandece la simplicidad del apóstol en su entusiasmo primero, cuando su idealismo no ha sido todavía desflorado por el mundo; en estos pasajes se halla algo de la universalidad sublime del Evangelio. Otros están escritos teniendo de un modo evidente en cuenta las circunstancias del momento y carecen del brillo y el gozoso fervor de los primeros.

---

[1] Véase *Opuscula* [Quaracchi], págs. 26-62.

3. Ahora bien, los pasajes en los cuales resplandece la simplicidad y el idealismo de la vida franciscana primitiva son los que pertenecen a la Regla Primitiva. Los otros pasajes fueron escritos posteriormente al objeto de incluir decretos capitulares, como en el cap. VII el pasaje que pone en guardia contra los «tristes hipócritas»; o disposiciones pontificias, como en el cap. II lo referente a los novicios, o en el cap. V lo referente a los que transitan sin sujetarse a obediencia; o reglas destinadas a hacer frente a nuevas circunstancias, como el cap. XVI, que trata de las misiones en países de infieles, y el capítulo XVIII, que trata de la celebración de Capítulos.

En un capítulo —el cap. XXII—, tenemos, según toda apariencia, un sumario de las exhortaciones de San Francisco a los frailes.

En cuanto a la Regla Primitiva, Celano nos dice que Francisco la escribió «para sí y para sus frailes, presentes y futuros, simplemente y en pocas palabras», y que empleó principalmente las palabras del Evangelio, a cuya perfección sola aspiraba (I Celano, 32). Y San Buenaventura dice: «Con palabras sencillísimas escribió para sí y para sus religiosos una norma de vivir, basada primera y fundamentalmente en la fiel observancia del santo Evangelio, añadidas después por vía secundaria y como uniforme modo de conducta, pocas y breves leyes». *(Leg. Maj.*, III, 8).

La Regla Primitiva era, pues, breve y estaba principalmente formada de pasajes del Evangelio, pero con algunas cláusulas necesarias para la vida común de la fraternidad.

M. Sabatier *(Vie de Saint François*, cap. III pág. 101 *seg.)* afirma que la Regla Primitiva no contenía nada más que los pasajes del Evangelio que Francisco había leído a sus primeros compañeros —se refiere, evidentemente, a la lectura del Evangelio en la iglesia de San Nicolás—, juntamente con ciertas normas referentes al trabajo manual y a las ocupaciones de los frailes. Mas esto es poner un límite a los pasajes del Evangelio utilizados por Francisco en su Regla Primitiva, límite que no justifica las descripciones de Celano y de San Buenaventura.

Podemos afirmar con toda seguridad que las características principales de la vida primitiva, tal como la conocemos por la historia, se reflejaban en la Regla Primitiva, concretándose la mayor parte de ellas en una fórmula evangélica; y esto es de hecho lo que descubrimos cuando reunimos los pasajes de la *Regula Prima* que llevan visiblemente el sello de la simplicidad y del idealismo primitivos del espíritu franciscano. Otrosí, el que está al corriente de la vida y del carácter de Francisco espera de la Regla Primitiva casi exclusivamente una exposición de principios y no un código de reglas o «constituciones» de orden práctico. Francisco fué del principio al fin un idealista y un poeta. Para la aplicación práctica de sus ideales esperó las circunstancias; sólo tomaba una resolución cuando la situación la exigía, y no parece haberse adelantado nunca a los acontecimientos, sino haber esperado siempre a que éstos le dictasen su norma de conducta. Así obró en las diferentes etapas de su «conversión»; y hallamos

el mismo modo de acción en el desenvolvimiento de su vocación y de su apostolado.

Las adiciones a la Regla Primitiva contenida en la *Regula Prima* pueden resumirse como sigue:

1. Prescripciones capitulares.
2. Avisos razonables o proféticos contra peligros reales.
3. Decretos pontificios.
4. Todo lo concerniente a los ministros, así como a los clérigos diferenciados de los legos.
5. Los pasajes que dan por sentado el hecho de la difusión de los frailes por el mundo, y contienen expresiones de este tenor: «universis fratribus», «ubicumque sunt» (o «fuerint»).

Teniendo presentes estos principios de exégesis, podemos ahora proceder al análisis detallado de la *Regula Prima*. Como se verá, el resultado obtenido difiere en muchos casos del propuesto por Karl Muller (*Die Anfänge des Minoritensordens*, págs. 14-25), quien ha atribuído, a mi entender, a la Regla Primitiva algunos pasajes de la *Regula Prima* que pertenecen a fecha algo posterior, y aún pasajes que fueron agregados en fecha tan avanzada como el 1221.

## ANALISIS DE LA REGULA PRIMA

| *Texto* | *Observaciones* |
|---|---|
| PRÓLOGO | |
| In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti. Amen. | Primitivo. |
| * * * | * * * |
| Hæc est vita quam frater Franciscus petiit sibi concedi et confirmari a domino papa Innocentio... | Primitivo; pero probablemente incluído por el Papa. Celano, hablando de la Regla Primitiva, cita la frase de este pasaje: «*fratribus suis habitis et futuris*» (I Celano, 32). *Leg. 3 Soc.*, 52, dice: «Los demás frailes, *según el precepto del Señor Papa*, prometieron de igual modo obediencia al bienaventurado Francisco». |
| Et alii fratres teneantur fratri Francisco et ejus successoribus obedire. | M. Sabatier (véase *De l'authenticité de la légende de S. François*, pág. 20, nota), niega que estas palabras de la *Leg. 3 Soc.* se refieran a la Regla Primitiva; pero es simplemente porque militan contra la teoría personal de M. Sabatier referente a la Regla Primitiva.<br>En *Analecta Bollandiana*, XIX, pág. 129, también se afirma que el pasaje «*Et alii fratres teneantur*», etc., es una interpolación en la *Regula Prima* de la Regla de 1223. Pero no es más que |

una opinión. Es más probable que estas palabras fuesen trasladadas de la Regula I a la Regula II.

* * *

* * *

CAPÍTULO I
Regula et vita istorum fratrum... et vitam æternam possidebit.

Todo este capítulo es primitivo. La vida primitiva está enteramente modelada por él; verbigracia, en lo referente al pasaje de San Mateo, XIX, 29: «*Si quis vult venire ad me*», etc., véase *Leg. 3 Soc.*, 45: «*Sollicite etiam petebant ne mitterentur ad terram ubi nati erant*», etc.

* * *

* * *

CAPÍTULO II
Si quis divina inspiratione... recipiatur ab eis.

Primitivo. Las palabras: «*si quis divina inspiratione*», son del todo ajustadas al estilo de Francisco. Compárese la idea del llamamiento divino con sus palabras a fray Gil, *Vita B. F. Ægidii* [ed. Lemmens], pág. 39. La frase aparece en la *Forma vivendi* dada por Francisco a Santa Clara (*Opuscula* [ed. Quaracchi], pág. 75) y en la Regla II, cap. XII.

Asimismo las palabras «*benigne recipiatur ab eis*», son del todo características del espíritu de Francisco. Véase I Celano, 27-31; *Vita B. F. Ægidii*, *loc. cit.*, I, págs. 39 y 40.

* * *

* * *

Quodsi fuerit firmus accipere... diligenter exponat.

Este pasaje, tal como se nos ofrece, sólo puede haber sido escrito después de la institución de los Ministros Provinciales de 1217; es probablemente un reglamento contra algún abuso del momento. El mismo Francisco aconsejó a Bernardo de Quintavalle y le ayudó a disponer de sus bienes. Pero una mayor experiencia en esta materia, como en otras, pudo impeler a Francisco a tener un modo de ver más estricto.

* * *

* * *

Si vult et potest spiritualiter... pauperibus.

Texto ciertamente primitivo. Desde el principio insistió en que los aspirantes a la Orden distribuyesen sus bienes entre los pobres. Probablemente el inciso «*si vult et potest spiritualiter et sine impedimento*», fué insertado por el Papa como medida de prudencia. Véase II Celano 80 y 81.

* * * * * *

Caveant autem alii pauperes.

Tal como se presenta, este pasaje es de fecha posterior. Mas, prohibiciones como la de recibir alguna parte de los bienes de los novicios estaban en vigor muy a los principios de la fraternidad, como se hace evidente en II Celano, 67. Es curioso que el aviso contra la intervención en los bienes de los novicios se dé dos veces, casi en los mismos términos. Es manifiesto que este capítulo ha sufrido frecuentes interpolaciones.

* * * * * *

Et cum reversus... si necesse fuerit, cingulum et braccas.

De fecha posterior. Las reglas referentes a los novicios no son anteriores al 22 de septiembre de 1220, fecha de publicación de la Bula de Honorio III «*Cum secundum*» (*Bull. Franc.*, I, página 6). El permiso de tener dos túnicas se opone a la práctica primitiva. Véase I Celano, 39: «*Sola tunica erant contenti*». Véase *Spec. Perfect.*, cap. III; *Testamentum S. Frac.*

* * * * * *

Et omnes fratres, vilibus... in domibus regum sunt.

Primitivo.

* * * * * *

Et licet dicantur hypocritæ... regno cœlorum...

Dudoso. Leemos en Celano que los frailes, en los primeros tiempos, fueron tratados de hipócritas (I Celano, 46). Esta amonestación probablemente estaba destinada a circunstancias análogas.

* * * * * *

Capítulo III
Dicit Dominus: Hoc genus... quolibet die.

De origen capitular. Al principio de la Orden los frailes decían el *Pater Noster* y *Adoramus Te Christe* en vez del oficio eclesiástico, de lo cual dan testimonio Celano y San Buenaventura (I Celano, 45; *Leg. Maj.* IV 3). Celano da la razón de que los frailes ignorasen el oficio: «*in simplicitate spiritus ambulantes adhuc ecclesiasticum officium ignorabant*». San Buenaventura dice que carecían de libros: «*pro eo quod nondum ecclesiasticos libros habebant*».

Nótese que tanto Celano como San Buenaventura hablan del tiempo que *siguió* a la aprobación de la Regla.

Los pasajes que aluden al permiso de poseer libros para rezar el oficio, concedido a los frailes, tanto clérigos como legos, difícilmente pudieron añadirse por iniciativa de Francisco. Véase II Celano, 195; *Spec. Perfect.*, cap. IV. Probablemente estos pasajes fueron incluídos en algún Capítulo General por iniciativa de los ministros.

* * * * * *

Omnes fratres jejunent... secundum Evangelium.

Dudoso. Jordán de Jano (en *Anal. Franc.*, I, página 6) dice: «*secundum primam regulam fratres feria quarta et sexta jejunabant*». Desde el principio los frailes observaron los ayunos acostumbrados de la Iglesia y probablemente otros de su devoción. La Cuaresma anterior a Navidad, tal como se halla en el texto, no es más que una *prolongación de la cuaresma de Adviento, que en* muchas partes empezaba el día de San Martín y en otros lugares al empezar el Adviento. Fué la viva devoción que tuvo Francisco a la Encarnación del Hijo de Dios la que probablemente le excitó a alargar esta cuaresma. De igual manera, su devoción a la vida terrenal de Nuestro Señor le condujo a empezar la Cuaresma de Pascua inmediatamente después de la Epifanía, porque en aquel día celebra la Iglesia, entre otros misterios, el bautismo de Jesucristo, y es así que Nuestro Señor, inmediatamente después de bautizado, empezó su ayuno en el desierto. Es, por consiguiente, muy posible que estos ayunos fuesen de la observancia primitiva, como también el permiso de «comer todos los manjares que se les pusiesen delante». Es dudoso que el pasaje, tal como subsiste, formase parte substancialmente de la Regla primitiva. Con referencia a la declaración de Jordán, merece notarse que los «Humiliati» ayunaban los miércoles y viernes.

* * * * * *

CAPÍTULO IV
In nomine Domini omnes fratres, etc.

De origen posterior; probablemente capitular, después del establecimiento de las Provincias en 1217.

* * * | * * *

CAPÍTULO V
Ideoque animas vestras... sed malo habentibus. | Capitular; después de la institución de los Capítulos y de los ministros.

* * * | * * *

Omnes fratres non habeant aliquam potestatem... voluntarie serviant et obediant invicem. Et hæc est vera et sancta obedientia D. N. J. Christi | Primitivo. Este pasaje, tal como se nos ofrece, es completamente diferente de una prescripción legal y respira el sencillo idealismo evangélico de San Francisco. Véase *Leg. 3 Soc.*, 41 *seq.*

* * * | * * *

Et omnes fratres... benedicti sint a Domino. | Decreto capitular con motivo de la perturbación de 1220. Véase la Bula «*Cum Secundum*», del 22 de septiembre de 1220. Véase II Celano, 32-4.

* * * | * * *

CAPÍTULO VI
Fratres in quibuscumque locis... lavet pedes. | Capitular, después de la institución de los ministros.

Pero el pasaje: «*Nullus vocetur prior sed generaliter omnes vocentur fratres minores*», acaso sea anterior a los pasajes precedentes. Honorio III, en la Bula «*Cum Secundum*», habla de los ministros como «priores», y puede ser que por esta razón este pasaje se introdujese en la Regla en el Capítulo de 1221. Por otra parte, pudiera ser que Honorio III emplease la palabra en cuestión ignorando la Regla, que todavía no estaba aprobada solemnemente.

* * * | * * *

CAPÍTULO VII
Omnes fratres... in eadem domo sunt. | Dudoso. Celano refiere que, al oír leídas en voz alta las palabras de la Regla: «Et sint minores», exclamó Francisco: «Quiero que esta fraternidad sea llamada Orden de Frailes Menores» (1 Celano, 38).

Si conociésemos la fecha en que los religiosos tomaron el nombre de Frailes Menores, tendríamos una base más sólida para fundamentar nuestra opinión con referencia a este pasaje. Me inclino a pensar que fué inserto muy poco después de la aprobación de la Regla, al aumentar rápidamente el número de los frailes y diseminarse por el mundo.

Puede ser que la redacción de los primeros párrafos se alterase ligeramente en una revisión posterior de la Regla. Celano cita así la frase a que hemos aludido: «*Et sint minores*», mientras que la redacción actual es: «*sed sint minores*».

* * * * * *

Et fratres qui sciunt laborare... sicut alii fratres.

Primitivo. Véase I Celano, 39 y 40. «*Diebus vero manibus propriis qui noverant laborabant*», etcétera; «*Nullum officium exercere volebant de quo posset scandalum exoriri*», etc. Véase *Testamentum S. Franc.:* «*Et ego manibus meis laborabam*», etc. También *Vita B. F. Ægidii*, *loc. cit.*, pág. 42 *seq.*

* * * * * *

Et liceat eis habere ferramenta et instrumenta suis artibus necessaria.

Dudoso. Por el estilo parece una adición posterior.

* * * * * *

Omnes fratres studeant bonis operibus... insistere debent.

Posterior: inserto probablemente por Cesáreo de Espira en 1221. Las citas son de San Jerónimo y de San Anselmo (véase *Opuscula*, pág. 34, notas 1 y 2).

* * * * * *

Caveant sibi fratres... benigne recipiatur.

Posterior. Tal como consta este párrafo es de época posterior, cuando los frailes habían adquirido «loci» y ermitas.

* * * * * *

Et caveant sibi... convenienter gratiosos.

Capitular. Véase II Celano, 128.

* * * | * * *

CAPÍTULO VIII
Dominus præcipit... circumeant. | Posterior. Evidentemente, por su carácter de admonición fué escrito en vista de ciertos peligros o abusos.

* * * | * * *

CAPÍTULO IX
Omnes fratres studeant... vadant pro eleemosynis. | Primitivo. Véase *Spec. Perfect.* [ed. Sabatier], cap. 44; [ed. Lemmens], núm. 12.

* * * | * * *

Et non verecundentur... præmium a Domino. | Posterior; fué probablemente en su origen una admonición hecha a los frailes.
Véase *Spec. Perfect.* [ed Sabatier], cap. 18; Lemmens, *De Legenda Veteri*, in *Doc. Antiqua*, fasc. II, pág. 94.
Véase también *Epistola I* en *Opuscula*, página 91: «*Homines enim omnia perdunt*», etc.

* * * | * * *

Et secure... non habet legem. | Posterior. El pasaje referente al uso de alimentos: «*Et quandocumque necessitas supervenerit*», etc., es probablemente un decreto capitular de 1221, en respuesta a las innovaciones de los Vicarios Generales durante la estancia de Francisco en Oriente. Véase *Chron. Jordani*, núm. 11, en *Anal. Franc.*, I, pág. 4.

* * * | * * *

CAPÍTULO X
Si quis fratrum, etc. | Posterior, según me parece por el estilo (por ejemplo: «*Ubicumque fuerit*»). En II Celano, 175, hay un sumario de este capítulo.

* * * | * * *

CAPÍTULO XI
Et omnes fratres... servi inutiles sumus. | Primitivo. Pone de manifiesto uno de los signos más característicos de los primeros frailes: el temor de palabras inútiles y poco caritativas. Véase *Leg. 3 Soc.* 46 et *passim;* I Celano, 41, 54. Véase II Celano, 182, donde hay una evidente comparación entre los días primitivos y los que vinieron después.

* * * * * *

Et non irascantur, etc. — Dudoso. Por el tejido de textos escriturales, tomados la mayor parte de las epístolas, dudo que pueda atribuirse a San Francisco. Es más probablemente obra de Cesáreo de Espira. Véase *Chron. Jordani*, núm. 15, en *Anal. Franc.*, I, página 5.

* * * * * *

Capítulo XII Omnes fratres, etc. — Posterior. Motivado por la presencia de sacerdotes entre los frailes; es dudoso que hubiese un solo sacerdote entre los que fueron con San Francisco a Roma. Además, Francisco mismo recibió la obediencia de las Santas Clara e Inés en 1221; y también la de la anacoreta Práxedes. Véase Celano, *Tract. de Mirac.*, 181. Por consiguiente, esta regla debe de tener origen más reciente.

Me inclino a considerar este capítulo escrito en 1221, a causa de los abusos de Juan de Compello y otros. Véase *Chron. Jordani*, núm. 13, en *Anal. Franc.*, I, pág. 5. Pero es posible que el primer párrafo fuese escrito antes de 1221. Era práctica muy común en el siglo XIII el exigir el juramento de obediencia. Los maestros obligaban así a sus discípulos a que los siguiesen. Véase Rashdall, *Universities*, vol. I, pág. 172.

* * * * * *

Capítulo XIII Si quis, etc. — Posterior. Véase «*habitu ordinis*».

* * * * * *

Capítulo XIV Quando fratres, etc. — Primitivo. Véase I Celano, 17; *Leg. 3 Soc.*, 44.

* * * * * *

Capítulo XV Injungo omnibus, etc. — Posterior. Véase «*tam clericis tam laicis*».

* * * * * *

Capítulo XVI Dicit Dominus, etc. — Posterior; escrito con vistas a las misiones extranjeras, probablemente en 1219 ó 1221.

* * * | * * *

CAPÍTULO XVII
Nullus fratrum, etc. | Posterior; después de la institución de los ministros; y probablemente no antes de 1220.

* * * | * * *

CAPÍTULO XVIII
Quolibet anno, etc. | Posterior; después de la institución de los Capítulos.

* * * | * * *

CAPÍTULO XIX
Omnes fratres sint catholici, etc. | Primitivo. La frase «*a nostra fraternitate*», indica un origen muy primitivo. La admonición que sigue referente al clero es también probablemente primitiva. Véase I Celano, 46; *Testamentus S. Franc.*

* * * | * * *

CAPÍTULO XX
Fratres mei benedicti, etc. | Posterior. Véase Epístola III, en *Opuscula*, página 108.

* * * | * * *

CAPÍTULO XXI
Et hanc vel talem exhortationem, etc. | Primitivo. Véase *Vita B. F. Ægidii, loc. cit.*, página 41; *Leg. 3 Soc.*, 33.

* * * | * * *

CAPÍTULO XXII
Attendamus. | Posterior. Véase Epístola I, en *Opuscula*, páginas 89 y 94, donde se hallan parecidas exhortaciones.

* * * | * * *

CAPÍTULO XXIII
Omnipotens ... detestabilis est in sæcula sæculorum. | Posterior. (Véase «*Fratres Minores*»). Este capítulo y el precedente probablemente fué refundido por Cesáreo de Espira.

| | |
|---|---|
| * * * | * * * |
| In nomine Domini rogo omnes fratres... et reponant hæc. | Probablemente primitivo. Compárese con el final del Testamento. |
| * * * | * * * |
| Et ex parte Dei... fratres habeant. | Posterior; probablemente de 1221. Véase *Spec. Perfect.* [ed. Sabatier], cap. 68: «*Et ideo volo quod non nominetis mihi aliquam regulam*», etc. |
| * * * | * * * |
| Gloria Patri, etc. | Probablemente primitivo. |

## APENDICE II

### La Indulgencia de la Porciúncula

Los argumentos contra la autenticidad de la Indulgencia se basan en dos razones principales: el silencio de los primeros biógrafos y cronistas y la conocida repugnancia de San Francisco en solicitar de la Curia Romana especiales privilegios. Veamos en primer lugar esta segunda objeción; apenas puede decirse que resista al examen.

Es sabido que San Francisco prohibió a los frailes que acudiesen a Roma en demanda de privilegios; pero al propio tiempo él mismo pidió y aceptó algunos ciertamente muy grandes.

Fué a Roma para que le confirmasen la Regla, aunque en aquel mismo tiempo no existiese ley alguna que le obligase a hacerlo; aceptó el encargo de predicar y pidió el nombramiento de un Cardenal Protector. De lo que se deduce que no pensó prohibir que se solicitasen o aceptasen todos los favores de la Santa Sede. Debemos, pues, entender qué clase de privilegios quiso vedar a la fraternidad. Se hace evidente por sus propios escritos, verbigracia, su Testamento, que tenía en la mente los privilegios considerados por él como perjudiciales a la profesión de la humildad y mansedumbre evangélicas, y especialmente los que concedían a los frailes la independencia de los obispos y del clero en el curso de sus misiones. Tal era el respeto de Francisco por el sacerdocio que quería ver sujeta su fraternidad a todos los obispos y sacerdotes en todas las materias pertenecientes a su ministerio; no quería que se predicase en las parroquias sin consentimiento del párroco, ni que se habitase en ningún lugar sin permiso del obispo. (Véase Regula II, cap. IX; *Testamentum S. Franc.)*. Si el clero hacía alguna oposición al ministerio de los frailes, éstos debían ganar su benevolencia, no recurriendo a la Santa Sede, sino con la obediencia y el respeto (II Celano, 146 y 147). Pero la Indulgencia de la Porciúncula no era en ningún sentido un privilegio de inmunidad para los frailes; era una medida de misericordia para todas las almas arrepentidas; en modo alguno colocaba los frailes en situación superior al clero o al pueblo, sino que era sencillamente una efusión de la gracia de Dios sobre el mundo. Cuando menos, así lo consideraba Francisco. Ni hubiera podido alcanzar la indulgencia de otro modo que acudiendo a la autoridad del Papa. Ningún obispo podía conceder tal indulgencia.

Esta objeción, por consiguiente, en lo que afecta a la autenticidad de la indulgencia, cae por sí misma.

Pero el silencio de los primeros biógrafos y cronistas es una objeción de más peso. No hay duda de que, como quiera que lo consideremos, este silencio es una dificultad. Ni Celano, ni San Buenaventura, ni el *Speculum Perfectionis*, ni ningún otro autor de leyendas primitivas hacen referencia a la indulgencia. El capítulo referente a ella en la tradicional Leyenda de los Tres Compañeros es evidentemente una interpolación posterior [1].

El Card. Ehrle, S. J., ha hecho un descubrimiento que acaso sea de importancia primordial para la solución última de esta cuestión. En un catálogo de manuscritos que pertenecieron en 1375 a la biblioteca pontificia de Aviñón, halló la indicación siguiente: «*Item in volumine signato per C epistolæ Augustini, Soliloquium Augustini, meditaciones Anselmi, Hugo de claustro animæ, plures epistolæ fratris Bonaventuræ de evangelica paupertate, de indulgentia Beatæ Mariæ Portuensi Assisii...*» (Véase Ehrle, *Bibliotheca Romanorum Pontificum*, vol. I, pág. 463). Pero hasta que salga a la luz la misma carta «*de indulgentia*» no puede usarse de esta prueba más que como una indicación de un catálogo; porque era bastante común atribuir a escritores famosos escritos que nunca salieron de su pluma. Por consiguiente, no puedo adherirme a las conclusiones de Monseñor Faloci-Pulignani apoyadas en esta referencia. (Véase *Misc. Franc.*, volumen V, pág. 69, citado con aplauso por el P. René, O.F.M.Cap., en *Etudes Franciscaines*, tom. XX, pág. 375, nota 1.)

Importa conocer el motivo del silencio. El argumento que se saque de este silencio será a lo sumo un argumento negativo, y si hallamos un motivo probable, el valor del silencio aumentará, aunque no sea absoluto. Se han hecho diferentes conjeturas. El P. Gratien, O.F.M. Cap. (*Etudes Franciscaines*, tom. XVIII, pág. 481) sugiere que al principio la indulgencia no debió de tener el carácter importante que revistió después y cree que ésta es una razón suficiente para explicar el silencio.

Pero indudablemente la indulgencia era un favor inusitado en aquellos días, ni podía ser considerado de otro modo [2]; no podemos, pues, creer que, al enumerar los privilegios excepcionales de la capilla de

---

[1] Es verdad que el capítulo de la indulgencia aparece en la versión reconstituída de la *Leg. 3 Soc.*, publicada por los Padres Marcelino da Civezza y Teófilo Dominichelli; pero todavía está por probar la autenticidad de este texto reconstituído, a pesar de la empeñada defensa de M. Paul Sabatier, que está completamente a su favor. Véase Bartholi, *Tractatus de Indulgentia*, ed. Sabatier, Introducción.

[2] El P. René, *loc. cit.*, págs. 349 y 350, sostiene que las indulgencias plenarias no eran en aquel tiempo tan raras como generalmente se cree; pero, los ejemplos que propone son todos de una generación posterior a San Francisco, siendo posible que entonces la Santa Sede se decidiese a obrar con más libertad a consecuencia de la indulgencia concedida a la Porciúncula. Los precedentes suelen reproducirse y aun amplificarse.

la Porciúncula (véase 1 Celano, 106; II Celano, 18-20; *Spec. Perfect.*, capítulo 83; *Leg. 3 Soc.*, cap. XIII) los biógrafos, con el afán que tenían en poner de manifiesto la santidad del lugar, no tuviesen alguna razón especial para omitir favor tan señalado.

Dando, pues, por sentado que la indulgencia realmente existía, debemos atribuir el silencio a un propósito deliberado. ¿Habían razones que aconsejasen tal silencio? Sobre este punto la historia de la indulgencia —cuya autenticidad examinaremos más adelante—, da una clara indicación. Nos dice que la concesión de la indulgencia por el Papa provocó la oposición de los cardenales. Querían éstos que Honorio revocase esta gracia y, habiendo él rehusado, lograron que redujese sus efectos a un solo día del año, el 2 de agosto. Sabemos, además, que hacia el fin del siglo XIII y durante el XIV, la indulgencia hallaba todavía alguna oposición; y su historia indica que la oposición se inició desde el primer momento; ésta, por otra parte, es muy comprensible. «Si se concede la indulgencia —argüían los cardenales—, quedará desvirtuada la indulgencia de los que van a ultramar [es decir, a las cruzadas] y el pueblo tendrá en nada la indulgencia que se gana en San Pedro.» La indulgencia, por decirlo así, atentaba contra el monopolio de los lugares santos oficiales. No es inverosímil que los frailes, defiriendo a los deseos de la Curia, dejasen de proclamarla, para evitar la mengua de la devoción del pueblo por San Pedro y las cruzadas; y esto especialmente desde que los frailes fueron nombrados colectores del dinero de las cruzadas.

Acaso también se tuvo el sentimiento de que el silencio era necesario no sólo en beneficio de la Tierra Santa, sino también para evitar que se revocase formalmente la indulgencia. Con todo, me cuesta creer que las razones de conveniencia hubiesen sido eficaces para obligar al silencio a fray León y a los compañeros del Santo; si Francisco mismo no se lo hubiese impuesto como un deber sagrado, su celo hubiera traspasado los límites de la discreción.

Pero los que conocen el carácter de Francisco no tendrán dificultad en atribuir este silencio en parte a Francisco mismo. No podía esperarse de él otra cosa; viendo la oposición que hacían los cardenales a la indulgencia, no había él de permitir que surgiese un conflicto entre los frailes y la curia. No quería que presidiese al nacimiento de la indulgencia un quebrantamiento de la caridad, ni siquiera una apariencia de animadversión para con el clero. Así como no quería hacer uso del permiso de predicar que le había otorgado la Santa Sede, cuando los obispos se mostraban desfavorables a él, así tampoco hubiera predicado la indulgencia desafiando la oposición, sino que la hubiera dejado, como decía, al cuidado de Dios que la había de proclamar en tiempo oportuno. Y de hecho los testigos oficiales nos dicen que Francisco les impuso el silencio cuando menos hasta su muerte; porque, según el testimonio de Giacomo Coppoli, amigo de fray León, Francisco dijo a éste: «Guarda este secreto hasta el día de mi muerte», etc. Véase Bartholi, *Tract. de Indulgentia*, ed. Sabatier, pág. 53.

El silencio de los primeros biógrafos no es, pues, un argumento de

invalidez, mientras resista el examen el argumento positivo a favor de la indulgencia. Veamos la prueba de ese argumento.

Podemos seguir a M. Paul Sabatier dividiéndola en dos grupos: el testimonio oficial y el popular. (Véase Bartholi, *Tract. de Indulgentia*, ed. Sabatier, Introducción, pág. XXXVIII *seq.*). El primer testimonio oficial nos viene de la segunda mitad del siglo XIII. En 1277, fray Angelo, Ministro Provincial de Umbría, se propuso reunir toda la documentación que pudiese hallarse referente a la concesión de la indulgencia, obteniendo así diferentes atestados firmados y con la rúbrica de un notario público.

Había el testimonio de Benedicto de Arezzo, que vivió con San Francisco y oyó contar la historia de la indulgencia al mismo fray Maseo, que estaba con el santo cuando fué concedida; habían también los atestados de un llamado Giacomo Coppoli, ciudadano de Perusa, que repitió lo que había recogido de labios de fray León; de Pietro Zalfani, que estaba presente cuando se promulgó la indulgencia; de fray Otón y de otros.

En cuanto a lo que M. Sabatier titula el testimonio «popular» de la indulgencia —esto es, la historia pasando en el pueblo de boca en boca—, tenemos un ejemplo en la declaración atribuída a «Michaelo Bernardi, antes de Spello». Según ésta, Michaelo Bernardi oyó la historia de la indulgencia un día visitando la Porciúncula, donde encontró a Pedro Catanio y otros compañeros del santo que estaban hablando de la concesión de la indulgencia. En esta declaración hallamos detalles que faltan en la prueba oficial y que a primera vista la contradicen. Así, en la prueba oficial se dice que el Papa estaba en Perusa cuando Francisco acudió a él, mientras que, según Michaelo Bernardi, Francisco va a Roma a ver el Papa; Michaelo Bernardi afirma que el mismo Cristo fijó para ganar la indulgencia el segundo día de agosto, y su narración va exhornada de detalles pintorescos, como el de las rosas milagrosas. La declaración de Bernardi fué incorporada al diploma del Obispo Conrado de Asís, publicado en 1335. M. Sabatier y el P. Gratien desechan esta historia como obra de la imaginación popular, que crea sus propias creencias. Papini (*Storia di San Francesco*, II, pág. 242) ya había puesto en duda la existencia de Michaelo Bernardi; pero Spader (citado por Sabatier, *op. cit.*, página LXXXVIII, nota 1) afirma que un tal Pietro Bernardi era miembro de la Cancillería de Asís en 1228, y que en 1360 todavía vivían en Spello miembros de la misma familia.

Nadie negará que las manifestaciones de Bernardi revelan una afición a lo maravilloso. Pero no pueden rechazarse a la ligera. En algunos respectos concuerdan con hechos históricos conocidos. Se habla de Francisco llevándose a Pedro Catanio a Roma en el mes de enero. Honorio estaba ciertamente en Roma en enero, tanto de 1217 como de 1221 (véase Pressutti, *Reg. Hon.* III, págs. 38 y 485); Pedro Catanio no murió hasta el 10 de marzo de 1221. De ahí que los que aceptan el testimonio de Bernardi opinan que no se refiere a la primera concesión de la indulgencia hecha en Perusa en 1216, sino a un se-

gundo viaje emprendido en enero de 1217 ó 1221, para solicitar del Papa la fijación de un día determinado para el lucro de la indulgencia, cosa que no se había hecho todavía. (Véase P. Panfilo, *Storia di S. Franc.*, I, pág. 331). La *Chron. XXIV Gen.* (*Anal. Franc.*, III, página 29) da la fecha de 1221 para la concesión de la indulgencia. Waddingo adopta la misma fecha para la concesión primera, pero menciona un segundo viaje en 1223. Sin duda habrá un *substratum* de verdad histórica en el relato de Bernardi; es todo lo más que puede decirse a su favor.

Hemos de tomar nota de otra clase de prueba: la que podríamos llamar no deliberada dejada por testigos que no tenían intención de presentarse como tales, sino que mencionan sencillamente la indulgencia como un hecho corriente. Este género de testimonios convencen por lo mismo que son involuntarios. Tenemos de ellos dos ejemplos.

En 1280 el Ministro General Bonagrazia prohibió a los frailes recibir limosnas de dinero en la iglesia de la Porciúncula el día de la indulgencia[1]; y este testimonio reviste mayor importancia, por cuanto Bonagrazia era contrario a los *Espirituales*, y no hubiera tolerado ningún privilegio de carácter dudoso que tuviese la tendencia de exaltar la Porciúncula sobre la basílica de San Francisco, que era, por decirlo así, el campo del partido de la *Comunidad* en la fraternidad. Podemos, pues, creer que la indulgencia debía estar firmemente establecida en 1280.

Un segundo ejemplo es la declaración de Ubertino de Casale en el primer prólogo a su libro primero del *Arbor Vitæ*, a saber, que visitó la Porciúncula el 2 de agosto de 1284, ó 1285, para ganar la indulgencia.

Frente a esta prueba no intencionada es difícil oponer la tesis del Dr. Kirsch (*Der Portiuncula Ablass*, en *Theol. Quartalschrift*, 1906, 1 y 2), quien supone que la indulgencia fué ideada por los *Espirituales* entre 1288 y 1295. Dígase lo que se quiera del origen de la indulgencia, se ve claramente que atraía peregrinos a la Porciúncula en 1280, siendo ya entonces un hecho bien establecido; así, la teoría del doctor Kirsch cae por su base.

Mas ¿qué decir de la prueba «oficial»? Porque, naturalmente de ella depende principalmente la autenticidad de la atribución de la indulgencia.

El Dr. Kirsch y Joh. Joergensen opinan que los «atestados de 1277» son una pura falsificación trazada durante la campaña de los *Espirituales*, o después de ella, para inculcar la indulgencia en la conciencia de la cristiandad. Objetan en primer lugar que aún está por descubrir el documento original de los atestados; y en segundo lugar apelan al testimonio interno de dichos atestados para su propia condenación.

Ahora bien, es verdad que no se conocen los ducumentos origina-

[1] *Anal. Franc.*, III, pág. 373.

les; pero el atestado de Benedicto de Arezzo existe en un documento auténtico del siglo XIII, y en otro documento de fecha más incierta, pero que no es posterior a los comienzos del siglo XIV [1]. El obispo Teobaldo se refiere explícitamente a los atestados en su diploma de 1310. La objeción basada en la desaparición del documento original no tiene mucha fuerza; que de tenerla, a muy poca cosa quedaría reducida toda la historia. Documentos considerados como copias de los atestados eran ciertamente conocidos a fines del siglo XIII y a principios del XIV.

Fueran de mayor peso las objeciones que se pudiesen establecer según el testimonio interno de los documentos mismos.

De todos los atestados, tres son de primera importancia por darnos detalles originales de la historia de la indulgencia; tales son los de Benedicto y Raineiro de Arezzo, Pietro Zalfani y Giacomo Coppoli.

El Dr. Kirsch objeta al atestado de Benedicto y Rainerio de Arezzo el pretender éstos que escucharon la historia de la indulgencia de labios de fray Maseo, compañero de San Francisco. Aceptando la afirmación de Waddingo de que Maseo murió en 1280, el Dr. Kirsch se pregunta ¿por qué no se llamó a fray Maseo mismo a declarar en 1277? El doctor Kirsch debiera saber que las fechas de Waddingo no son seguras, y de hecho se ha probado que el Maseo que murió en 1280 fué otro religioso del mismo nombre, pero no el compañero del Santo. Joergensen objeta que Benedicto de Arezzo era hombre propenso a ver doquier lo maravilloso, y por consiguiente, digno de poco crédito como testigo. Basa esta afirmación en la biografía del fraile, escrita por un tal Nannes en 1302, en la cual se consignan los acontecimientos más extraordinarios [2]. Mas es lícito preguntar hasta qué punto la descripción de tamañas maravillas debe atribuirse al propio Benedicto, y hasta qué punto a la imaginación de su biógrafo. Los relatos auténticos acerca de Benedicto de Arezzo nos lo muestran consejero digno de confianza en los negocios de la fraternidad. Ocupó el cargo de Ministro Provincial durante más de veinte años, de 1217 a 1239. Y la forma en que da su atestado es corriente y sin indicación alguna de cosas maravillosas.

En cuanto al atestado de Zalfani, Joergensen lo rechaza, fundándose en que dice que San Francisco tenía un papel en la mano al anunciar la indulgencia. «Sin duda alguna —dice Joergensen—, en el pensamiento de aquel anciano el tal papel era la bula pontificia; aunque —añade— se nos dice que Francisco rehusó obstinadamente aceptarla.» Mas cualquiera que fuese el pensamiento de Zalfani, ciertamente él no dice que aquel papel fuese la bula pontificia; ello no es más que lo que Joergensen quiere leer en el pensamiento de Zalfani!

Kirsch y Joergensen a una rechazan el testimonio de Giacomo

---

[1] Véase M. Sabatier en Bartholi, págs. XLIV-LXIX; P. Holzapfel, en *Archiv. Franc. Hist.*, an. I, fasc. I, pág. 38.

[2] Véase P. Golubovich, *Biblotheca*, I, págs. 129-48; *Acta S. S.*, agosto, VI, páginas 808-11.

Coppoli, fundándose en que contradice el atestado de Zalfani En la declaración de Coppoli, San Francisco, después de relatar la historia de la indulgencia a fray León, parece haberle dicho: «Guarda este secreto hasta la hora de mi muerte». ¿Cómo podía Francisco obligar a León a guardar el secreto acerca de la indulgencia que había ya sido promulgada en presencia de siete obispos?

Esta objeción se basa puramente en palabras. La explicación que he dado en el texto (véase Libro II, Capítulo VII) es perfectamente natural; fué ante la continua y creciente oposición que Francisco prescribió después el silencio a sus compañeros [1].

De hecho, los atestados tienen dos puntos firmes a favor suyo: su tono es llano y natural; se completan en los detalles, pero no son en manera alguna contradictorios entre sí, y, podemos añadir, en nada contradicen a la historia auténtica de San Francisco, que conocemos.

Podemos, pues, decir, tal como nos aparece esta prueba que la indulgencia estaba bien establecida en 1280 y que los atestados «oficiales» ostentan los caracteres de credibilidad.

Pero debemos considerar todavía otra cuestión. ¿Hubiera permitido la Santa Sede que subsistiese la indulgencia, de no existir una fuerte tradición autorizándola? Debe recordarse que hacia 1280 y durante los años subsiguientes hubo una clamorosa oposición a la indulgencia por parte del clero en general. Además, en el seno de la Orden Franciscana había una lucha entre los *Frailes de la Comunidad*, que consideraban el Sacro Convento como casa-madre de la Orden, y los *Espirituales*, que daban este título a la Porciúncula. En 1288 el papa Nicolás IV concedió indulgencias a la visita al Sacro Convento en el día de su dedicación; ¿hubiera dejado subsistir la indulgencia de la Porciúncula sin una nueva especial concesión, si hubiese sido cosa reciente? Sabemos que en 1296, Bonifacio VIII revocó una indulgencia parecida, otorgada por su predecesor a la iglesia de Collemaggio; ¿hubiera permitido que continuase el privilegio de la indulgencia de la Porciúncula a pesar de toda la oposición, si no la hubiese considerado sin ningún género de duda como auténtica y establecida de tiempo?

El tolerar la Santa Sede la indulgencia hacia el fin del siglo XIII parece demostrar que esa indulgencia existía ya desde muchos años, y que su autenticidad no era discutida por la autoridad suprema.

En fin, el rechazar la autenticidad de la indulgencia levanta problemas tan difíciles de resolver como los de su aceptación.

---

[1] Hago caso omiso de la objeción que se funda en haber dicho Francisco a León, según Coppoli, que guardase el secreto hasta la muerte de éste (León). Es verdad que en uno de los manuscritos se lee: «*usque ad mortem tuam*»; pero en los manuscritos de Florencia y de Volterra leemos: «*usque ad diem mortis meæ*».

## BIBLIOGRAFÍA

1 P. Sabatier: *Fr. Bartholi, Tractactus de Indulgentia S. Mariæ de Portiuncula.* Véase *De testimonio B. Benedicti de Aretio*, en *Arch. Franc. Hist.*, an. IV, fascículo III.

2 *Contra la autenticidad:* Dr. Anton Kirsch: *Der Portionkula-Ablass*, en *Theol. Quartalschrift*, 1906, I y II; Joergensen: *Saint François d'Assise*, livre III, chapitre III. (Véase *ibid.*, Apéndice I, escrito para la edición francesa, en el cual el autor modifica sus conclusiones. En la versión inglesa, que me ha venido a las manos mientras se imprimía este libro, veo que Joergensen ha escrito de nuevo su capítulo sobre la indulgencia y admite ahora su autenticidad.) Van Ortroy, S.J., en *Annal. Bolland.*, XXVI, pág. 140.

3 *En pro de la autenticidad:* P. Sabatier: *Un nouveau chapitre de la Vie de S. François;* Père Gratien, O.F.M.Cap., en *Études Franciscaines*, tom. XVIII, pág. 478 *seq.* Mgr. Faloci Pulignani: *Gli storici dell'Indulgenza della Porziuncula*, en *Misc. Franc.*, volumen X, pág. 65 *seq.*

P. Holzapfel, O.F.M.: *Entstehung des Portiuncula-Ablesses*, en *Archiv. Franc. Hist.*, an. I, fasc. I, pág. 31 *seq.* P. René. O.F.M.Cap.: *L'Indulgence de la Portiuncula*, en *Études Franciscaines*, tome XX, pág. 337 *seq.* Dr. Alf. Fierens: *De geschied Kundige oorsprong van den aflaat van Portiunkula.*

## APÉNDICE III

### La Regla de la Orden Tercera

La copia más antigua conocida de la Regla de la Orden Tercera data del 30 de marzo de 1228, es decir, de siete años después de la institución de los Hermanos de Penitencia. Esta copia fué descubierta hace algunos años entre los documentos del convento franciscano de Capestrano, en los Abruzos, por el profesor Vincenzo de Bartholomaeis y publicada por M. Paul Sabatier en *Opuscules de Critique Historique*, tom. I, fasc. I, bajo el título *Regula Antiqua Fratrum et Sororum de Pœnitentia.*

M. Sabatier no considera esta Regla de Capestrano como la Regla original de la Orden Tercera. Según él, los doce primeros capítulos *tuvieron su origen poco después de la muerte de San Francisco*; y el capítulo XIII data de 1230 aproximadamente [1]. A su entender, guarda con la primitiva Regla de los Penitentes una relación análoga a la de la Regla de 1223 con respecto a la primitiva Regla de los Frailes Menores [2]. El P. Mandonnet, O.P., por otra parte, sostiene que la Regla de Capestrano, con excepción del capítulo XIII, es la Regla original de 1221 [3]. Pero Boehmer, en su colección de los escritos de San Francisco, la coloca entre las obras «espúreas» [4]; mientras que W. Goetz la considera puramente como un mosaico de documentos legislativos [5].

En mi opinión, los doce primeros capítulos de la Regla de Capestrano [6] son una revisión de la Regla original, hecha poco después de

---

[1] *Regula Antiqua*, págs. 10 y 11. Otra versión de esta Regla, según un manuscrito de la Biblioteca Real de Königsberg, fué publicada por el P. Lemmens, O.F.M., en *Archivum Franc. Hist.*, abril, 1913.

[2] *Ibid.*, pág. 10, nota 2.

[3] *Les Règles et le Gouvernement de l'Ordo de Pœnitentia au XIIIe siècle.* — *Opuscules de Critique Hist.*, tom. I, fasc. IV.

[4] *Analekten*, pág. 73.

[5] *Die Regel des Tertiariersordens*, en *Zeitschrift für Kirchengeschichte*, volumen XXIII, pág. 97 *seq.*

[6] El capítulo XIII es evidentemente una colección de estatutos locales añadidos al texto original, los cuales seguramente correspondían a los decretos de los Capítulos de los Frailes Menores y según toda probabilidad eran los decretos mismos de los Capítulos celebrados por los penitentes.

la elevación de Hugolino al solio pontificio, y la revisión representa la substitución, como principio dominante en la fraternidad, del renunciamiento de los bienes superfluos por la prohibición de prestar el juramento feudal.

Desde un principio la prohibición del juramento feudal fué una idea directriz en la formación de la fraternidad, y sin duda alguna la prohibición concordaba con el espíritu de Francisco. Mas, al paso que Francisco pensaba principalmente en las causas morales del espíritu feudal, a saber, la avaricia y la ambición secular, y deseaba ante todo el acrecentamiento del amor a Dios y al prójimo por medio de la pobreza evangélica, Hugolino, con el instinto del hombre de Estado, apuntaba directamente a los medios legales con los cuales podía combatirse el espíritu feudal. En otros términos, la concepción de Hugolino era la de una corporación religiosa protegida por la Iglesia por el hecho de negarse al juramento y al servicio militar, mientras que Francisco veía en la fraternidad una familia espiritual unida en el amor de la pobreza y de la caridad evangélicas.

Según toda probabilidad, la Regla primitiva se acercaba más a la de los «Humiliati» que la Regla de Capestrano, existiendo razones para creer que contenía prescripciones relativas al reparto de las ganancias superfluas y también admoniciones concernientes a la castidad conyugal. Como hemos visto, era práctica de los primeros terciarios franciscanos distribuir los bienes que no eran indispensables para satisfacer su modestas necesidades; porque el mismo Hugolino, siendo ya Gregorio IX, publicó el 30 de marzo de 1228 la bula «*Detestanda*», en la cual prohibía que los penitentes fuesen estorbados en semejante práctica por las autoridades seculares [1]. En cuanto al precepto referente a la castidad conyugal, debe observarse que los penitentes eran también llamados «Continentes», lo cual muestra que hacían especial profesión de castidad, como los «Humiliati» [2].

Fuera interesante poder precisar los motivos que indujeron a Hugolino a borrar estos preceptos de la Regla, suponiendo que realmente formasen parte de la primitiva. Careciendo de pruebas documentales, sólo podemos proponer conjeturas. Es posible que al aumentar en nú-

---

[1] *Vide supra*, pág. 287.

[2] *Ordo Continentium* es una expresión usada con frecuencia en los documentos públicos para designar a los terciarios. (Véase Sbaralea, *Bullar.*, I, pág. 99, nota f). Uno de los sobrinos de San Francisco es llamado «Picardus Continens», es decir, Picardo de la Orden Tercera, en una antigua genealogía dada por Ant. Cristofani en *Delle Storie* [ed. 1902], pág. 51. Véase también Bartholi, *Tract. de Indulgentia* [ed. Sabatier], págs. 70, 86; también *Fioretti*, III Consid. delle Stim. Una comunidad de hermanas terciarias existía en Alemania en 1223 bajo el título «*Virgines Continentes*» (Sbaralea, *ibid.*, pág. 108). Esta denominación debió referirse muy especialmente a la castidad conyugal, si se tiene en cuenta que la fraternidad se instituyó principalmente para personas casadas: pero ocurría con frecuencia que los penitentes casados convenían en vivir de conformidad con el consejo evangélico. Se hace mención de un caso de este género en II Celano, 38.

mero los terciarios llegando a formar una parte considerable de la sociedad, la práctica de un reparto anual de la fortuna superflua tendiese a producir resultados económicos que, en concepto de la Santa Sede, así como de las autoridades cívicas, fuesen perjudiciales al bien común. Indudablemente influía en el desenvolvimiento industrial del Estado, y ésta era una materia de importancia capital para las municipalidades italianas del siglo XIII, cuya independencia estribaba precisamente en la prosperidad industrial. En consecuencia, es posible que Hugolino comprendiese que en este punto los magistrados y gobernadores tuviesen motivo legítimo de queja. Cuando los terciarios existían en número relativamente reducido, nada había que temer; su acción no podía trascender en la marcha del Estado; pero en algunos lugares los ciudadanos vinieron a ser en su mayoría terciarios, y su retraimiento de las iniciativas industriales hubiera sin duda puesto en lugar desventajoso a la comunidad cívica.

En cuanto a la ley de la castidad conyugal, tal vez consideró Hugolino que el precepto especial incluído en la Regla de Penitentes podría favorecer una práctica que, en el caso de una gran difusión, frustraría la finalidad misma del matrimonio cristiano. Sabemos que existía la tendencia entre los penitentes casados de vivir, por mutuo consentimiento, como hermanos. Semejante práctica, limitada a los menos, producía sin duda excelentes efectos en la comunidad, haciendo respetar la mortificación y la pureza; pero, generalizada, podía engendrar evidentes riesgos morales y sociales. Además, atendido el estado en que se hallaba Italia, infectada la península, especialmente en sus provincias del centro y del norte, por la dominación de cátaros y patarinos, había peligro de que entre el pueblo bajo el reparto de los bienes sobrantes y el renunciamiento de los derechos del matrimonio degenerasen en el comunismo y en la teoría maniquea referente a dicho sacramento, doctrinas que predicaban los herejes. Este peligro hacíase inminente desde el momento en que la Orden Tercera fué accesible a todos los católicos de cualquier condición y categoría.

Estas razones pueden haber inducido a Hugolino a revisar la Regla[1] en el sentido de concentrar la finalidad corporativa de la fraternidad en una materia que podía ser vigilada más directamente por las autoridades eclesiásticas y que era de importancia vital para la política pontificia, a saber, la supresión de las pretensiones de la autoridad secular al objeto de dar más fuerza al servicio militar como consecuencia de las querellas cívicas o contra la Iglesia.

---

[1] Una aseveración en los *Annales Wormatienses* (*Mon. Germ. Script.*, tomo XVII, pág. 75) merece fijar nuestra atención. En el año 1227 aparece el siguiente pasaje: «*Ordo Pœnitentium eodem anno a papa confirmatur*». De considerarse este pasaje como un testimonio auténtico, podría suponerse que en el año mentado se hizo la revisión de la Regla al objeto de alcanzar una más solemne aprobación de la Santa Sede. Pero, los *Annales Wormatienses* no son siempre exactos. En el año 1208, por ejemplo, hallamos: «*Eodem anno incepit ordo Fratrum Minorum* ET PRAEDICATORUM».

Por otra parte, la reglamentación referente al vestir, a la comida y a los ejercicios religiosos de los penitentes que se halla en la Regla de Capestrano se deriva probablemente de la Regla original. Se basa evidentemente en la Regla de los «Humiliati».

En cuanto al gobierno de la fraternidad, la Regla de Capestrano da por supuesto que los penitentes son gobernados por sus respectivos ministros [1], pero bajo la inspección de un visitador a quien incumbe corregir los abusos y castigar a los delincuentes. El visitador está facultado para dispensar a los hermanos en caso de necesidad de las observancias particulares de la Regla y también para expulsar a los miembros recalcitrantes [2]. No se dice en la Regla que el visitador deba ser un Fraile Menor, aunque uno de los estatutos adicionales ordena que «el visitador y los ministros de esta fraternidad pidan al ministro o custodio de los Frailes Menores les designe un Fraile Menor del convento, y que esta fraternidad sea gobernada y regida según los consejos del susodicho fraile y conforme a la voluntad de los frailes».

Ahora bien, según Bernardo de Besse, los penitentes en un principio tenían a Frailes Menores por ministros y sólo más tarde eligieron sus ministros entre sus propios miembros [3]. El P. Mandonnet sienta que el período en que los penitentes estuvieron bajo la jurisdicción de los Frailes Menores como ministros, fué anterior a 1221; y ésta es en verdad una de sus razones para afirmar que anteriormente a dicho año los frailes y los penitentes formaban una fraternidad orgánica [4]. Pero este argumento se funda en la presunción de que la Regla de Capestrano es del 1221. De hecho, no poseemos una prueba que nos muestre si los ministros de los penitentes, anteriormente a 1228, eran elegidos entre los frailes o entre los penitentes mismos, dejando aparte el testimonio de Bernardo de Besse.

Pero el estatuto adicional a la Regla de Capestrano, a que hemos hecho referencia, muestra que en 1228, aún cuando los penitentes tenían sus ministros locales elegidos entre ellos mismos, con todo eran «gobernados y regidos por el consejo de los Frailes Menores». Parece como si los penitentes reclamasen el derecho de estar bajo la jurisdicción de los Frailes Menores, así como Santa Clara reclamaba igual derecho para las Damas Pobres, el cual derecho era admitido, cuando menos en la práctica, por el tiempo en que fué redactado aquel estatuto.

No obstante, en 1234 los penitentes fueron puestos bajo la jurisdicción de los obispos «*quatenus ad visitationem et correctionem eorum*» [5]. Mas debieron reivindicar todavía sus derechos a ser gobernados por los frailes, puesto que San Buenaventura rehusó ejercer ju-

---

[1] Véase caps. 7, 8, 10, 12.

[2] Véase cap. 12.

[3] Véase *Lib. de Laud.* (*op. cit.*, pág. 76).

[4] *Les Règles*, pág. 178 *seq.*

[5] Véase la bula «*Ut cum majori*», del 21 de noviembre de 1234. Sbaralea, *Bull.*, I, pág. 142.

risdicción sobre ellos o inmiscuirse en su gobierno[1]. Y hasta fecha tan avanzada como el año 1287, parece que los ministros de los frailes fueron también a veces ministros de los Penitentes[2]. De hecho, no fué hasta 1290 cuando quedó fijada finalmente la cuestión del gobierno. En 1289, Nicolao IV hizo revisar de nuevo la Regla de los Penitentes[3] y ordenó que se eligiesen entre ellos mismos a los ministros y que el visitador fuese un religioso aprobado, pero no necesariamente un Fraile Menor; de lo que protestaron vehementemente los penitentes, ordenando Nicolao IV en 1290 que el visitador fuese un Fraile Menor[4]. Con todo, los ministros, tanto locales como provinciales, de los penitentes fueron elegidos entre los penitentes mismos[5]; y, exceptuada la visita, los penitentes no estuvieron ya bajo el gobierno efectivo de los frailes. No es, por consiguiente, improbable que Bernardo de Besse, al decir que los penitentes «en el principio» eran gobernados por un fraile como ministro, se refiriese a un período más avanzado, como el 1234, cuando la fraternidad era gobernada y regida por los consejos» de un Fraile Menor y «según la voluntad de los Frailes Menores». Mas la cuestión del gobierno y desenvolvimiento de la Orden Tercera está llena de dificultades y espero todavía un estudio crítico decisivo. *

---

[1] Véase S. Bonaventurae, *Determinationes*, pars II, Quaest, 16. *Opera Omnia* (Quaracchi), VIII, pág. 368.

[2] Véase la carta de Juan Boccamazzi escrita a los guardianes de los Frailes Menores de Estrasburgo y otros lugares, citada por Mandonnet, *op. cit.*, pág. 180, nota 2.

[3] Véase Sbaralea, *Bull., I*, págs. 94-7; *Seraph. Legislat. Textus*, págs. 77-96.

[4] Véase la bula «*Unigenitus Dei Filius*», del 8 de agosto de 1290 (Sbaralea, *ibid.*, págs. 167-8).

[5] Véase *Gli Statuti di una antica congregatione Francescana di Brescia*, en *Arch. Franc. Hist.*, an. I, fasc. IV, págs. 540-68; también, *Acta et Statuta Generalis Capituli Tertii Ordinis... Bononiæ celebratæ an.* 1289, en *Arch. Franc. Hist.*, an. II, fasc. I, págs. 63-71.

* [Consúltese la obra del P. Fredegando de Amberes, O.F.M.Cap., *II Terz'Ordine Secolare di S. Francesco, saggio storico*, cap III, págs. 45-60. Ha sido traducido al español por el P. Marcos de Escalada, O.F.M.Cap.] — *N. de los E.*

## APÉNDICE IV

### Las fuentes de nuestro conocimiento de San Francisco

«Hay en la historia pocas 'Vidas' tan documentadas como la de San Francisco», escribía M. Paul Sabatier en 1894[1]. Con mucha más razón puede hoy repetirse esta frase; porque durante los dos últimos decenios han salido a la luz numerosos documentos, algunos de ellos de primera importancia. Hase descubierto un documento de valor principalísimo, del cual se había perdido la huella: el *Tractatus de Miraculis*, de Tomás de Celano; otros documentos ocultos en bibliotecas no catalogadas e ignorados por los estudiosos han sido recuperados, como la Regla de Capestrano de la Orden Tercera y el tratado de paz entre Perusa y Asís en 1203.

La investigación crítica ha señalado además la existencia de documentos primitivos que sólo subsisten como partes de compilaciones posteriores; tal es el caso del *Speculum Perfectionis;* ha obligado a los estudiosos a hacer una revisión de sus juicios y a reconocer un mayor valor a ciertos libros admitidos, por ejemplo, las *Fioretti* y el *Liber Conformitatum* de Bartolomé de Pisa; más aún, ha hecho fijar la atención en ciertas obras hasta ahora poco consultadas, como el *Tractatus de Indulgentia S. M. de Portiuncula*, de Bartholi, y el *Sacrum Commercium S. Francisci cum Domina Paupertate;* y finalmente ha alcanzado el resultado del descubrimiento de textos más auténticos de obras ya publicadas, como los *Opuscula* de San Francisco, la *Primera* y la *Segunda Leyenda* de Tomás de Celano, la *Leyenda de Santa Clara*, el *Anonymus Perusinus*, la Crónica de Eccleston «*De Adventu FF. Minorum in Angliam*».

Casi cada año ha visto la aparición de algún nuevo documento o texto, y no parece terminada la era de los descubrimientos. La leyenda *Quasi stella*, atribuída a Juan de Ceperano no ha sido hallada todavía; lo mismo ocurre con el original de los *Rotuli* de fray León y con algunas cartas de San Francisco. No tenemos todavía un texto preciso de la *Vita Fratris Ægidii*, escrita por fray León; sigue buscándose con ahinco el original de las *Fioretti* y una información rigurosamente auténtica referente a la peregrinación de San Francisco a Palestina y a su visita a España.

---

[1] *Vie de St. François*, pág. XXXIII.

Si bien debemos admitir que los descubrimientos realizados hasta la fecha han dado luz sobre pocos *hechos* y *dichos* que no fuesen ya en algún modo conocidos en la historia aceptada del santo, no obstante nos hallamos ahora en mejores condiciones para formar un concepto verdaderamente histórico de su carácter y de sus actos, así como de la finalidad de su vida y la manera de llevarla a la práctica. Los hechos escuetos no son más que el *a b c* de la historia auténtica; es en su lógica concatenación como poseemos la palabra veraz de la historia. Mas para realizar con fidelidad semejante tarea impónense diversas condiciones: no solamente debemos conocer las circunstancias externas de tiempo y lugar y relación en que se ha producido el dicho o el hecho; mas necesitamos también conocer el carácter y temperamento, la atmósfera intelectual y el sentido moral donde toman su origen los actos y las palabras de un hombre; y esto es lo más difícil de lograr.

Los resultados de la investigación crítica de las fuentes de la historia franciscana nos han permitido ciertamente situar los hechos de la vida de San Francisco y sus palabras en un plano más auténtico con relación a las circunstancias externas a que pertenecen, así como juzgar en muchos casos con más o menos seguridad materias que han dado pasto a las discusiones de la crítica. Más que esto todavía, recuperando y autenticando tan gran número de documentos, podemos seguir más de cerca las modificaciones operadas en el espíritu del santo y en el de sus compañeros. El *Speculum Perfectionis*, que en buena parte se deriva de los propios compañeros del santo, nos hace penetrar en el ambiente que le rodeaba en sus últimos años; al paso que la seguridad mayor con que podemos ahora aceptar las *Fioretti* y otras compilaciones posteriores, aumenta substancialmente el poder de nuestra serena visión.

Cosa curiosa, parece que a medida que se extiende nuestro conocimiento de las fuentes de la historia franciscana, precísase el concepto tradicional de Francisco, que lo ha mantenido en la constante veneración del espíritu popular siglo tras siglo desde el tiempo en que vivió. Los biógrafos que han buscado una explicación al Francisco de las leyendas primitivas, con harta frecuencia no han hecho otra cosa que desfigurar la armonía de su vida y escribir en torno a los hechos escuetos de su historia una tesis que no puede armonizarse con el espíritu de las leyendas primitivas Este espíritu halo conservado tenazmente la tradición popular; y actualmente nuestro conocimiento más completo de las leyendas primitivas nos permite andar, amparados precisamente en el espíritu crítico, en compañía de la tradición popular, con la única diferencia de una más cuidadosa apreciación del valor de los materiales según los cuales se ha formado la figura tradicional del santo.

* * *

Las fuentes de nuestro conocimiento de San Francisco pueden clasificarse bajo cuatro epígrafes:

1. Los escritos del santo;
2. Los documentos dejados por los biógrafos del santo y por los cronistas de la Orden;
3. Los escritos de personas que no tratan expresamente de la historia de la Orden Franciscana;
4. Los documentos diplomáticos y legales.

## I

### Los escritos del santo

Han llegado hasta nosotros en dos series de códices, representando, como opinan algunos, dos tradiciones distintas, la Conventual y la Observante[1]; los códices «conventuales» son principalmente el manuscrito 388 de Asís, y los contenidos en las compilaciones «*Fac secundum exemplar*»[2]; es ejemplar típico de los códices «observantes» el manuscrito de Ognissanti. Los escritos comprendidos en la primera serie puede decirse que fueron reproducidos en la *Crónica* de Mariano de Florencia, mientras que el *Liber Conformitatum* de Bartolomé de Pisa los da en el orden de la segunda serie. Waddingo publicó en 1623 una edición de los escritos[3], en la cual incluyó no solamente los *dicta* del santo extractados de las leyendas, los cuales *en su forma* no son ciertamente auténticos, mas también otras materias, tales como el cántico *Amor di Caritate*, que tanto en el fondo como en la forma pertenece a otros autores. Desde el tiempo de Waddingo hasta fecha reciente los editores y traductores de las «Obras de San Francisco» no hicieron más que reproducirle. Pero en 1904 los Franciscanos de Quaracchi publicaron una nueva edición crítica[4]. Aquel mismo año H. Boehmer publicó su estudio crítico de los *Opuscula*[5], y W. Goets reeditó con algunas enmiendas su valioso examen de los escritos[6], que había aparecido anteriormente en la *Zeitschrift für Kirchengeschichte*. En 1906 el P. Paschal Robinson, O.F.M., publicó una traducción crítica inglesa de los *Opuscula*[7].

---

[1] Sabatier: «*Les Opuscules de Saint François*», en *Opuscules de Critique Hist.*, fasc. X, págs. 133-4. Véase P. Paschal Robinson, O. F. M., *Writings of St. Francis*, pág. XVIII.

[2] Véase más adelante: 3. *Las Compilaciones posteriores*, en II, Los documentos de los biógrafos y cronistas de la Orden.

[3] *B. P. Francisci Assisiatis Opuscula.* Algunas partes de los escritos habían sido ya impresas en el *Speculum Vitæ* y en el *Firmamentum trium Ordinum.*

[4] *Opuscula Sancti Patris Franscisci Assisiensis* (Quaracchi).

[5] *Analekten zur Geschichte des Franciscus von Assisi* (Tubinga).

[6] *Die Quellen zur Geschichte des hl. Franciscus von Assisi* (Gotha).

[7] *The Writings of St. Francis* (Philadelphia, U. S. A.). Enriquecen la traducción abundantes notas críticas originales; además de las obras latinas contenidas en la edición de Quaracchi, inclúyese el «Cántico del Sol». Otros estudios críti-

Según el resultado de la investigación crítica, los siguientes escritos son aceptados más o menos generalmente como auténticos:

1. Las dos Reglas de los Frailes Menores de 1221 y 1223.
2. El Testamento.
3. La *Forma Vivendi*, inserta en la Regla de Santa Clara.
4. Los reglamentos *De religiosa habitatione in eremo* y *De reverentia Corporis Christi*.
5. Las Admoniciones: *Verba Admonitionis*.
6. La *chartula* dada a fray León.
7. Seis cartas.
8. Algunas oraciones.
9. El Cántico del Sol.

La autenticidad de *las dos Reglas* de los Frailes Menores está fuera de duda. Su historia queda relatada en el cuerpo de esta obra y no ha de detenernos aquí. Tampoco suscita duda alguna la *Forma Vivendi* inserta en la Regla de las Clarisas Pobres, puesto que sabemos por el testimonio de la misma Santa Clara que fué escrita por el santo para ella y sus monjas [1].

El Testamento está perfectamente autenticado por Tomás de Celano [2] y la bula «*Quo elongati*» de Gregorio IX [3], así como por la *Leg. 3 Soc.* [4] y San Buenaventura [5].

El breve documento *De religiosa habitatione in eremo* [6] es ciertamente uno de los más preciosos monumentos franciscanos. Propone la norma de vida que deben observar los frailes en los pequeños eremitorios, que fueron tan numerosos en los primeros tiempos de la Orden. La fecha exacta de su composición es desconocida; pero, no parece que pudiese escribirse después de 1219, cuando la Orden empezó a organizarse en formas más convencionales.

La exhortación *De reverentia Corporis Christi* [7] fué escrita en los últimos años de la vida del santo. El *Speculum Perfectionis* habla de un reglamento que San Francisco quería incluir en la Regla referente al cuidado que los frailes debían tener por el Santísimo Sacramento; «y aunque —añade—, estas cosas no están escritas en la Regla porque

---

cos de los escritos son *: *Les Opuscules de Saint François*, por P. Sabatier (examen crítico de las obras de los editores de Quaracchi, Boehmer y Goetz), y *Les Opuscules de Saint François d'Assise*, por el P. Ubald d'Alençon, O.F.M.Cap.]

* [El P. Antonio M.ª de Barcelona, O.F.M.Cap. tiene también publicados en idioma catalán *Els Escrits autèntics del Pare Sant Francesc, amb notes introductòries*, Barcelona, 1921.] — *N. de los E.*

1 Véase *Reg. S. Clarae*, cap. VI; véase el P. Paschal Robinson, *The Rule of St. Clare*, pág. 11.

2 Véase I Celano, 17. Véase Joergensen, *Saint François*, Introd., pág. XXXI, nota 2.

3 Sbaralea, *Bull.*, I, pág. 68 *seq.*

4 *Leg. 3 Soc.*, 29.

5 *Leg. Maj.*, III, 2.

6 *Opuscula*, pág. 83; Boehmer, *Analekten*, pág. 67.

7 *Opuscula*, pág. 22; Boehmer, *loc. cit.*, pág. 62.

los Ministros no tenían por bueno que los frailes estuviesen obligados a ellas por obediencia, no obstante quiso dejarles una memoria de su intención tanto en su Testamento como en sus demás escritos»[1]. Tenemos en la exhortación uno de los escritos en que el santo expresó así su voluntad[2]. Es un monumento enternecedor de la devoción de San Francisco por el Santísimo Sacramento del Altar.

Las Admoniciones —*Verba Admonitionis*[3]— son aceptadas como auténticas por todos los críticos[4]. Joergensen insinúa que fueron presentadas por Francisco en los Capítulos de Pentecostés, siendo las primeras adiciones hechas a la Regla primitiva. Esta conjetura es plausible y acaso explique el cuidado y reverencia especiales con que han sido conservadas. Pero surgen dificultades si se quiere hacer esta opinión extensiva a toda la serie. La Admonición «De la Obediencia Perfecta e Imperfecta» (núm. 3), por ejemplo, encierra la prueba de que fué escrita después del regreso de Francisco de Oriente, cuando había empezado ya la agitación en la Orden[5]. Lo mismo puede decirse de las Admoniciones quinta, sexta y séptima[6]. Mas, cualesquiera que fuesen las circunstancias que las originaron, sin duda alguna los labios de Francisco pronunciaban frecuentemente análogas palabras de amonestación[7]. Eran su «Sermón de la Montaña».

De las diecisiete cartas atribuídas al santo por Waddingo, solamente seis son admitidas como rigurosamente auténticas por los editores de Quaracchi, a saber: las cartas «A todos los Fieles», «A todos los Frailes», «A cierto Ministro», «A los Gobernantes de los Pueblos», «A todos los Custodios» y «A fray León»[8]. También es por ellos admitida la autenticidad substancial de la conocida carta a San Anto-

---

[1] Cap. 65.

[2] Waddingo incluye este documento entre las Cartas (Carta 13). Añádele un saludo preliminar: «*A mis reverendos maestros en Cristo, a todos los clérigos*», etc. Sabatier (*Spec. Perfect.*, pág. CLXVI) opina que es una postdata de la carta «A cierto Ministro».

[3] *Opuscula S. P. Francisci* (Quaracchi), págs. 3-19; *The Writtings of S. Francis*, traducidos por el P. Paschal Robinson, O.F.M., págs. 3-19; Boehmer, *Analekten*, págs. 40-8.

[4] Goetz, *Quellen zur Geschichte des hl. Franz von Assisi*, en *Zeitschrift für Kirchengescht.*, XXII, pág. 551; Joergensen, *loc. cit.*, pág. 324; Van Ortroy, *Annal. Boll.*, XXIV, fasc. III, página 411.

[5] Véase Libro III, Capítulo VIII.

[6] Cito los números dados en la edición de Quaracchi de los *Opuscula*.

[7] San Buenaventura, citando la Admonición 20, dice: «Estas palabras teníalas continuamente en la boca» (*Leg. Maj.*, VI, 1). En otro lugar, un discurso de San Francisco semejante a la Admonición 28, hácelo preceder por esta observación: «Con frecuencia decía a sus compañeros palabras como éstas» (*Leg. Maj.*, X, 4). En la Admonición 5 tenemos otra versión de la Parábola de la Perfecta Alegría, exaltada en las *Fioretti*, cap. VIII. Pueden establecerse otros paralelismos: Admon. 4 — Regula I, cap. VI; Admon. 6 — *Spec. Perfect.*, cap. IV y Regula I, cap. XVII; Admon. 26 — Testamento (referente al honor debido a los sacerdotes) y I Celano, 62.

[8] *Opuscula*, págs. 87-116.

nio, pero dudan en cuanto a su forma [1]. Boehmer acepta tan sólo cinco de las cartas de Quaracchi como fuera de toda duda, y pone la carta «A los Gobernantes» entre los «escritos dudosos» [2]. Por otra parte, Goetz acepta ambas cartas [3], pero considera dudosa la carta «A todos los Custodios». Estas tres cartas concuerdan ciertamente con el modo de pensar y de hablar del santo, manifiesto en otros escritos auténticos, y ostentan el signo de su personalidad. Francisco parece haber sido pródigo en materia de cartas, y las que poseemos no son más que unas pocas de las que sabemos escribió [4].

Las oraciones de San Francisco generalmente admitidas como auténticas son las Alabanzas, las Salutaciones de las Virtudes y de la Virgen Santísima, las Alabanzas de Dios y el Oficio de la Pasión. Los editores de Quaracchi incluyen también una oración para alcanzar el Amor Divino. Las Alabanzas —*Laudes*— son una paráfrasis del Padrenuestro en estilo medieval [5], juntamente con una extensa doxología. Hácese evidentemente referencia a esta oración en el *Speculum Perfectionis* [6], por donde colegimos que San Francisco y los frailes la recitaban con frecuencia. Y fué probablemente esta oración la que el santo mandó recitar a los frailes de Francia [7].

La «Salutación de la Virgen Santísima» y la «Salutación de las Virtudes» forman una sola oración de alabanza en algunos de los antiguos manuscritos; aunque en otros aparecen separados [8]. Tomás de Celano cita textualmente la «Salutación de las Virtudes» [9]. Si podemos considerarla, como ciertos códices nos lo dan a entender por su título, cual alabanza «de las virtudes con las que estaba adornada la Virgen Santísima y que deben ornar el alma santa», esta salutación es otro ejemplo de la costumbre que tenía San Francisco de buscar una forma concreta a sus ideales. Las cosas puramente abstractas no tenían para él atractivo, a menos que las viese concretadas en alguna realidad viviente a la que pudiese hacer entrega de su corazón. Las *Alabanzas de Dios* son la oración de alabanza escrita por el santo en el monte Alvernia después de la impresión de las llagas [10].

---

1 *Opuscula*, pág. 179.

2 *Analekten*, págs. 70 y 71.

3 *Quellen*, *loc. cit.*, págs. 528-26 y 535.

4 «*Plura scripta tradidit nobis*», dice Santa Clara en su Testamento. Eccleston habla de una carta a los frailes de Francia (*De Adventu*, ed. Little, pág. 40) y de otra a los frailes de Bolonia (*ibid.*). Menciónanse cartas dirigidas al Cardenal Hugolino en I Celano, 82, y en *Leg. 3 Soc.*, 67.

5 Compárense con las paráfrasis del *Kyrie*, en la liturgia medieval.

6 Cap. 82. Véase Sabatier, *Opuscules*, fasc. X, pág. 137. Boehmer, no obstante, clasifica la paráfrasis del Padrenuestro entre los escritos «dudosos».

7 Eccleston, *loc. cit.*

8 Véase Boehmer, *Analekten*, págs. VI y XXVIII; Sabatier, *Opuscules de Saint François*, en *Opuscules de Critique Hist.*, fasc. X, pág. 134; P. Paschal Robinson, *The Writings of Saint Francis*, págs. XX y XXI.

9 II Celano, 189.

10 Véase Libro IV, Capítulo II.

En la leyenda de Santa Clara se hace mención de un *Oficio de la Pasión* compuesto por San Francisco; y los editores de Quaracchi opinan que éste debió ser el oficio que se halla en varios manuscritos antiguos. Boehmer lo omite en su coleción. Y, no obstante, ofrece una sorprendente similitud de construcción con los *Laudes Dei*. Los salmos, así llamados, son sartas de pasajes tomados de diferentes salmos y de otras partes de la Escritura, que ilustran una sola idea o tema. Por ejemplo, el «salmo» ordinario de prima es un canto de confianza en la misericordia de Dios; el «salmo» de los maitines de Pascua es un cántico de gozo por el misterio de la Resurrección. El «salmo» de las vísperas de Navidad es una perla del más puro oriente franciscano y no parece que nadie más que San Francisco pudiese escribirla [1].

Todos los escritos arriba mencionados son latinos, pero cierto número de poemas en lengua italiana ha sido atribuído al santo. Uno solo de ellos es admitido como auténtico: el «Cántico del Sol» [2]. Las poesías «Amor di caritate» comprendidas por Waddingo entre las obras de San Francisco son posteriores, tal vez de Jacopone da Todi. Ninguno de los cantos del santo en lengua francesa ha llegado hasta nosotros [3].

En consecuencia, los escritos del santo que poseemos no forman un recio volumen; con todo, son lo suficiente para darnos una visión introspectiva de su espíritu y su corazón. Nos revelan un poeta más que un filósofo, un apóstol más que un estadista. Son la expresión del conocimiento intuitivo del corazón y de sus anhelos; no son nunca las producciones bien ponderadas del pensador lógico. No obstante, dan de un modo breve y compendioso una enseñanza muy completa de la vida espiritual tal como la vemos realizada en las vidas de los primeros franciscanos relatadas en las leyendas primitivas. Por esta razón los escritos confrontados con las leyendas son una fuente de primerísima importancia para nuestro conocimiento de los primeros días franciscanos.

## II

### Las Leyendas primitivas y las Crónicas de la Orden

Estos documentos pueden dividirse en cuatro órdenes:

1. Las biografías oficiales;
2. Los escritos de los compañeros del santo;
3. Las compilaciones posteriores;

---

[1] Véase *Opuscula*, pág. 147; P. Paschal Robinson, *loc. cit.*, pág. 175. Véase Sabatier, *Les Opuscules*, 159-60.

[2] Los *Opuscula* de Quaracchi no incluyen este cántico, limitándose los colectores por extraño que parezca, a editar las obras latinas.

[3] «*Alta et clara voce laudes gallice cantans*», *Leg. 3 Soc.*, 33. «*Gallice cantabat de Domino*», II Celano, 127.

4. Las crónicas tratando más expresamente de la historia de la Orden que de la vida del santo.

### 1. *Las Biografías oficiales*

Gregorio IX, al canonizar a San Francisco en 1228, encargó a fray Tomás de Celano la redacción de la Vida del Santo[1]. Fray Tomás emprendió el trabajo y produjo su *Legenda Prima*, denominada algunas veces *Legenda Gregoriana*, en obsequio al pontífice que la hizo escribir. Es evidente que la terminó antes del 25 de mayo de 1230, puesto que no hace referencia alguna a la traslación del cuerpo del santo[2].

El autor declara en el prólogo que se ha esmerado en narrar con devoción y verdad —«*veritate semper prævia et magistra*»— lo que él mismo había escuchado de labios de San Francisco, o lo que sabía por testigos fidedignos y aprobados. Divide su libro en tres partes «para evitar que la diferencia de tiempos pudiese engendrar confusión en el orden de los episodios e indujese a dudar de su veracidad». La primera parte está ante todo consagrada a la sinceridad de la conversión y vida del santo, a su santa conducta y a sus buenos ejemplos, refiriendo unos pocos de los milagros obrados por él durante su vida. La segunda parte tiene por objeto los dos últimos años de su vida y su muerte. Hácese también referencia al honor tributado a Francisco por el papa Gregorio al inscribir su nombre en la lista de los santos. Los milagros contenidos en la tercera parte, notémoslo bien, son los que han sido «leídos y anunciados al pueblo en presencia del Papa»[3], evidentemente los milagros que constan en las actas de canonización. No debemos, no obstante, creer a ciegas en el propósito de fray Tomás de no alterar el orden de los acontecimientos. Los que se refieren en la primera parte ocurrieron anteriormente a los dos últimos años de la vida del santo, y los más prominentes están sin duda colocados por orden cronológico. Pero no hemos de buscar un orden tan riguroso en los episodios menos salientes, que a veces aparecen agrupados al objeto de poner de relieve algún rasgo del carácter del santo.

---

[1] La *Legenda Prima* fué publicada primeramente por los Bolandistas, *Acta S. S.* día 4 de octubre. La *Legenda Prima* y la *Legenda Secunda* fueron publicadas por Rinaldi en 1806; en 1880, Amoni reeditó la publicación de Rinaldi. Una edición definitiva de ambas leyendas fué publicada por el P. Edouard d'Alençon en 1906 (Rome, Desclée). Esta edición fué precedida en 1904 por la poco afortunada edición del Dr. Rosedale, en la cual gran copia de trabajo se perdió inútilmente por un exceso de precipitación.

[2] El Códice de París dice que la *Legenda Prima* fué presentada al Papa en Perusa el 25 de febrero de 1229. (Véase Ed. d'Alençon, *op. cit.*, pág. XXVI). Tilemann *(Speculum Perfectionis und Leg. Trium Sociorum)* pone en duda esta fecha. El 21 de febrero de 1229, Gregorio IX publicó una carta referente a la canonización del santo (Sbaralea, *Bull.*, pág. 49).

[3] Véase el *Incipit* de la III parte.

Se ha dicho de la *Legenda Prima* que es un manifiesto a favor de Elías, o contra el partido de la Orden Franciscana que se adhería a las tradiciones primitivas [1]. En prueba de esta acusación, llámase la atención sobre el hecho de que fray Tomás no cita ni una sola vez por su nombre a los fieles compañeros del santo, León, Rufino, Ángel, etc., pero falta a esta norma en tratándose de Elías, proponiéndole por sus méritos al respeto de la Orden, al objeto, dícese, de asegurar su elección de General [2]. El argumento prueba demasiado, es decir, más de lo que naturalmente concluímos después de la lectura de los escritos de Celano y más de lo que nos revela lo que sabemos de su persona. Indudablemente, Tomás tenía algo de cortesano, cuando menos hasta el punto de sentirse naturalmente inclinado a tributar su homenaje a los que podía colocar sobre un pedestal. Pero fué un cortesano honrado, de sentimientos compatibles con la verdad y la sinceridad. Agregaré que en sus primeros tiempos fué propenso a juzgar a los hombres según el lugar que ocupaban en la opinión de los que le rodeaban. Escribe de Santa Clara y de sus religiosas [3] con una admiración ferviente que debió sonrojar a aquéllas en su humildad cuando leyeron el libro; pero a la sazón Italia entera se hacía lenguas de sus maravillosas virtudes. Conmueve por su manifiesta sinceridad cuando adula a Gregorio IX; es porque alaba tanto como al pontífice, al protector de la Orden, al amigo de San Francisco y de los frailes [4]. De un modo parecido y por análogos motivos habla abiertamente de Elías; evidentemente pesa sobre él el hecho de ser Elías Vicario General de la Orden, y su reverencia por el Vicario General según toda probabilidad se acrecienta al considerar el predicamento de que goza Elías en la corte pontificia y la estima que de hecho inspira a cuantos entran en contacto con él. Pocos fueron los que pudieron substraerse a la fascinación que ejercía su singular personalidad [5]: fué un hombre con quien se había de contar, cualquiera que fuese el cargo que desempeñaba. Fray Tomás, empero, con todo y excederse en el elogio de los que ocupaban un lugar elevado, no por eso se mostraba menos generoso con los más humildes a los ojos del mundo. En todas sus referencias de fray Elías no encomia su personal virtud, dejando aparte su devoción a San Francisco, como lo hace con los cuatro compañeros fidelísimos del santo: Ángel, Rufino, León y Maseo [6]. Verdad es

---

[1] Sabatier, *Vie de S. François*, pág. LIV. Véase *Spec. Perfect.*, XCIII-CIX.

[2] Elías es citado ocho veces por su nombre en el curso de la leyenda. Debe observarse que M. Sabatier no supone en Celano mala fe o conspiración deliberada, antes bien lo considera como ciego instrumento complaciente en manos de Elías.

[3] I Celano, 18-20.

[4] Véase I Celano, 20, 74, 99-101, 121-2.

[5] Por ejemplo, algunos años después Santa Clara escribía a Inés de Praga: «Te ruego sigas los consejos de nuestro reverendísimo Padre, fray Elías, Ministro General de toda la Orden, y antepónlos a todos los demás consejos que se te den y considéralos de más precioso valor que cualquier otro don». (Epíst. II, véase *Acta S. S.*, marzo, I, pág. 505).

[6] I Celano, 102.

que no los menciona por su nombre, como sin duda hubiera hecho si se tratara de Vicarios Generales o varones ejerciendo mando; pero nadie que los conociese, ni el mismo Elías, pudo dudar de las personas a quienes se refería. Sus virtudes son proclamadas en el mismo estilo fervoroso que emplea para hablar de Santa Clara y de sus monjas.

Es de toda evidencia que Tomás de Celano, al escribir su *Legenda Prima*, era de opinión que Elías había sido un fiel amigo de San Francisco y desempeñado con verdaderos merecimientos el cargo de Vicario General; y no es inverosímil que se departiese de su habitual manera de escribir al elogiar a Elías, a causa misma de la oposición que sabía existir por parte de gran número de frailes. Pero Tomás, con su generosa inclinación a repartir la alabanza dondequiera que hubiese lugar a ella, en tal caso sólo debió juzgar que aceptaba «la guía y el gobierno de la verdad» — «*veritate semper prævia et magistra*»; y esto debió ser en su concepto lo más imperativo al tratar de un hombre de genio tan saliente. Ello no prueba que fuese, en el sentido estrecho de la palabra, un partidario de Elías oponiéndose a sus adversarios. También es verosímil que al escribir la *Legenda Prima* entró en relación directa con Elías para desempeñar su cometido tocante a la canonización y glorificación del santo. A Elías fué encomendada la obra de erigir su santuario; a Tomás, la obra de proclamar los derechos de Francisco a ser canonizado; para este fin quiso Gregorio IX la redacción de la *Legenda Prima*. Parece natural que Tomás solicitase de Elías datos referentes a la vida del santo; ¿es, pues, de extrañar que en tales circunstancias la figura de Elías sobresalga en su narración?

Otro defecto que se señala en la *Legenda Prima* es el evitar toda alusión a las dificultades surgidas entre San Francisco y algunos frailes y no dejar sentadas las intenciones del santo relativas a la pobreza y a la vida de la Orden, tal como las hallamos en la *Legenda Secunda* y en otros documentos. Pero la *Legenda Prima* no fué escrita para los religiosos de la Orden, sino para el mundo católico: su propósito fué promover la veneración de los católicos en general hacia el nuevo fundador canonizado. Así, la finalidad de la obra quedó restringida a la edificación general, y toda alusión a la política interna de la Orden hubiera sido inoportuna. La *Legenda Secunda* fué escrita por mandato del General de la Orden y para edificación de los frailes, al paso que la *Legenda Prima* lo fué en cumplimiento del encargo del Papa para anunciar los derechos de San Francisco a la devoción del universo católico. Fray Tomás no pretendía dar un relato completo de la vida del santo; por dos veces advierte a sus lectores que su historia es incompleta [1].

No tenemos, por consiguiente, razón alguna para dudar de la sinceridad y veracidad de la *Legenda Prima*, aunque para completar la historia auténtica del santo hemos de recurrir a otros documentos; es

[1] I Celano, *Prologus*, 88.

de hecho la base sobre la cual debemos construir nuestro conocimiento crítico de San Francisco [1].

* * *

La *Legenda Secunda* de Celano nos ofrece al punto algunas dificultades. Fué escrita por orden del Ministro General Crescencio y terminada antes del 1247, cuando Crescencio dejó de ejercer el cargo. La orden fué dada de este modo: en el Capítulo General de 1244 se decretó que los frailes que habían conocido personalmente a San Francisco debían escribir sus recuerdos y remitirlos al Ministro General. Entre los principales que obedecieron a tal mandato se contaban los tres compañeros del santo: León, Ángel y Rufino; pero también otros enviaron sus escritos. Reunidos los materiales, Crescencio confió a Tomás de Celano la tarea de escribir una segunda leyenda [2].

La nueva leyenda fué escrita en dos libros. El primero es una reunión de hechos referentes a la conversión de San Francisco, que no conocía todavía el autor cuando escribió la *Legenda Prima*, juntamente con unos pocos incidentes de la vida ulterior del santo. En el segundo libro el autor se propone poner de manifiesto los deseos e intenciones del santo fundador con respecto a sí mismo y a los frailes [3].

Ahora bien, con referencia a esta leyenda deben notarse varias cosas, las cuales no obstante serán consideradas más detenidamente al tratar de los escritos de los compañeros del santo. En primer lugar, es obvia la diferencia de estilo en la composición de los dos libros de la leyenda. El primero está escrito en estilo de biografía, a la manera de la *Legenda Prima;* mientras que el segundo es una colección de relaciones agrupadas para ilustrar las diferentes virtudes o doctrinas del santo.

Además, así como en la *Legenda Prima* el autor se declara único responsable de su obra, en la *Legenda Secunda* hace referencia a otros [4], evidentemente a aquellos cuyos escritos le proporcionaron los materiales con los cuales ha compuesto su leyenda; pero trátalos de coautores. Mas aún, en lo que atañe al segundo libro, éstos ocupan el lugar de verdaderos autores y el mismo Celano no es apenas otra cosa que el copista o editor [5].

---

[1] Véase Goetz, *loc. cit.*, pág. 166; Joergensen, *op. cit.*, pág. XXXIV; Tode, *op. cit.*, pág. 277.

[2] Véase II Celano, *Prologus;* véase Salimbene, *loc. cit.*, pág. 176. Bernardo de Besse, *Catalogus Gen. Minist.*, núm. 5; *Chron. Jordani a Jano*, en *Anal. Franc.*, I, pág. 8; *Chron. XXIV Gen.*, en *Annal. Franc.*, II, pág. 261.

[3] Véase II Celano, *Prologus*, 2.

[4] Por ejemplo, I Celano, *Prologus, — audivi, potui, ejus merear esse discipulus*, etc.; II Celano, *Prologus — concurrimus, percutimur, sumeremus, oramus ergo*, etcétera.

[5] Véase *Oratio sociorum sancti*, con la cual termina el segundo libro de II Celano.

Otra particularidad debe registrarse, a saber, que en la *Legenda Secunda*, en su segundo libro especialmente, dejan huellas las dificultades por las cuales ha pasado la Orden. Una y otra vez el autor insiste en presentar el ejemplo del santo y su voluntad explícita, para reprobar a los frailes que han abandonado el camino recto de la pobreza y simplicidad. Con referencia a esto debe recordarse que Crescencio, el Ministro General a quien va dedicada la leyenda, no favorecía el partido de la *estricta observancia como lo hizo su sucesor*, Juan de Parma; pertenecía más bien al partido «legal», como San Buenaventura —el partido «moderado», como podía denominarse [1]—. La publicación del segundo libro de la *Legenda Secunda* debe ser recordada al apreciar los puntos de vista y la actitud de los diferentes partidos de la Orden relativos a la observancia primitiva. Y esto es todo lo que debemos decir sobre este punto con referencia a esta leyenda, llamando además la atención sobre lo que Celano dice en su prólogo a propósito de los milagros del santo: «Ciertos milagros se incluyen aquí, al ofrecerse la oportunidad de referirlos». Los milagros no son evidentemente el objeto primordial de su leyenda; recuérdese cómo fray Tomás se excusa en la *Legenda Prima* de no referir mayor número de ellos: «nos hemos propuesto explicar la excelencia de su vida y cuán sinceramente se entregó a Dios, porque no son los milagros los que constituyen la santidad, aunque sí la demuestran» [2].

En la *Legenda Secunda* anímale igual propósito. Pero entre los frailes había otros más deseosos de conservar estas pruebas de la santidad de su santo fundador; de ahí que Juan de Parma, al suceder a Crescencio en el generalato, repetidamente instó a Tomás de Celano para que completase sus leyendas con una obra sobre los milagros del santo. El biógrafo digno de confianza tomó, pues, de nuevo la pluma y escribió el *Tractatus de Miraculis*. No se conoce la fecha exacta en que este tratado fué escrito, pero fué completado mientras Juan de Parma fué General, esto es, antes de renunciar al cargo en 1247 [3].

---

[1] Crescencio fué de hecho un decidido oponente de los celantes extremados. Véase *Annal. Franc.*, III, pág. 263. Por otra parte, parece haber favorecido a Juan de Parma, a quien envió como representante suyo al Concilio de Lión en 1245. Véase Salimbene, *loc. cit.*, pág. 176. De lo cual parece desprenderse que Crescencio no fué el secuaz acérrimo que pinta Sabatier. Éste, en su introducción al *Speculum Perfectionis*, ha sido inducido, por una lectura equivocada de la *Crónica de los XXIV Generales*, a condenarle severamente, fundándose en que suprimió el segundo libro de la *Legenda Secunda*, o prohibió que se escribiese. En la época de la publicación del *Speculum Perfectionis*, el *Tractatus de Miraculis* de Celano no había sido descubierto. Es ahora cosa cierta que hace referencia a este *Tractatus* como de la «segunda parte» de la *Legenda Secunda* el autor de la *Chron. XXIV Gen.* (*Annal. Franc.*, III, pág. 276). *Vide infra.*

[2] I Celano, 70.

[3] Véase *Chron. XXIV Gen.*, en *Annal. Franc.*, III, pág. 276. Tal vez si conociésemos la fecha del Capítulo de Génova celebrado bajo el gobierno de Juan de Parma — al cual hace referencia Eccleston —, nos sería posible formular una conclusión más precisa. En dicho capítulo, nos dice Eccleston, Juan de Parma ordenó

Además de los milagros, el tratado consigna diferentes incidentes de la vida del santo, que no se hallan en las leyendas, sobresaliendo el de la visita de Dama Giacoma di Settesoli a Francisco en su lecho de muerte [1].

La publicación de la *Legenda Secunda* y de los escritos de los compañeros del santo, indudablemente proporcionó al partido de la estricta observancia en la Orden un arma que no dejó de aprovechar; poseía un testimonio de las intenciones y del espíritu de San Francisco. El partido floreció bajo Juan de Parma; pero sus oponentes no quedaron reducidos al silencio. El espíritu partidista ardía en ambos bandos y San Buenaventura, al suceder a Juan Parma, trató de pacificar a los elementos opuestos. Cualquiera que sea el juicio que merezca la política que empleó para lograr su propósito, este propósito de sí sólo puede juzgarse excelente y necesario. Ateniéndose a su línea de conducta, emprendió, a instancias del Capítulo General, celebrado en Narbona en 1260, el escribir una nueva biografía de San Francisco que pudiese ser leída por los frailes sin sentirse movidos a controversia. Para preparar mejor esta obra, Buenaventura hizo indagaciones entre los frailes que habían conocido al santo y vivían todavía; demuestra la manera completa de realizar Tomás de Celano su labor de biógrafo el hecho de no haber resultado de tales investigaciones más que unos pocos detalles que constan en la nueva biografía y no aparecen en la obra de Celano. Por otra parte, Buenaventura omite mucho de lo que nos ha dado a conocer Celano.

Como libro de devoción, estimulante del fervor religioso, hay pocas biografías que puedan competir con la *Leyenda de San Francisco*, de San Buenaventura [2]: es en verdad la vida de un santo escrita por un santo. Históricamente deja mucho que desear. La *Legenda Major* —así se la suele designar— no es en primer término una historia, sino un libro de edificación. Los episodios que relata son sin ningún género de duda auténticos. Para la mayor parte de ellos San Buenaventura parece haberse servido de las obras de Tomás de Celano, a pesar de sus averiguaciones personales [3].

El defecto del libro, desde el punto de vista del historiador, con-

---

a fray Bonizzo, uno de los compañeros del santo, que refiriese en presencia de los frailes la verdad de la impresión de las llagas, que mucha gente ponía en duda (*De Adventu*, ed. Little, pág. 93). Merece notarse que el *Tractatus de Miraculis* dedica un largo capítulo al milagro de las llagas, escrito con el evidente propósito de convencer a los incrédulos. (Véase *ibid.*, 5, «*Nulli sit ambiguitati locus*», etc.).

[1] Respecto a la autenticidad del *Tractatus*, véase Van Ortroy, *Annal. Bull.*, XVIII. págs. 81-93.

[2] Una edición definitiva de esta leyenda fué publicada por los editores de Quaracchi en las *Opera Omnia* de San Buenaventura, tom. VIII. También ha sido publicada aparte, juntamente con la *Legenda Minor (vide infra)* bajo el título: *Seraphici Doctoris S. Bonaventurae: Legendæ duæ de vita S. Francisci* (Quaracchi, 1898).

[3] Véase Van Ortroy, *Annal. Boll.*, XVIII, págs. 95-7.

siste en sus omisiones. En consecuencia, la figura de San Francisco, impresa en nuestra retina mental después de la lectura de la *Legenda Major*, en muchos puntos queda atrás de la impresión que produce la obra de Celano. El San Francisco de Buenaventura es ostensiblemente un fraile claustrado, a pesar de sus excursiones misioneras; el San Francisco de Celano abarca el mundo entero en su vasta libertad y simpatía espirituales. Una vez completada su *Legenda Major*, San Buenaventura escribió su *Legenda Minor* para uso de los frailes en el coro. Existían ya diferentes leyendas litúrgicas, formadas principalmente con materiales de la *Legenda Prima* de Celano [1].

Llegamos ahora a un acontecimiento importante en la historia de los documentos franciscanos.

En 1266 el Capítulo General, celebrado en París, decretó que todas las leyendas primeras fuesen proscritas y en lo posible destruídas, y que tan sólo fuese leída en lo sucesivo la leyenda de San Buenaventura. Mas no todas las copias de las leyendas primitivas perecieron; a pesar del decreto capitular, algunas pocas copias fueron preservadas en manos de los que defendían la observancia prístina, si bien la mayor parte fueron destruídas. «Se requirieron 632 años, exactamente, para reunir todos los fragmentos dispersos de las leyendas de Celano» [2].

---

[1] Por ejemplo, la leyenda publicada por Ed. d'Alençon en su edición de las leyendas de Celano (pág. 435-45).

Otras leyendas compiladas especialmente con materiales de la *Legenda Prima* de Celano son:

I La leyenda de Julián de Espira, publicada por Van Ortroy *Analecta Bollandiana*, XX, págs. 148-202. Véase *Acta S. S.*, octubre, II, pág. 548 *seq.*; *Anal. Boll.*: XIX. pág. 321 *seq.*

II La leyenda *Quasi Stella*, de la cual, no obstante, no poseemos más que una versión de coro, habiéndose perdido la original. Véase Ed. d'Alençon, en *Anal. O.F.M.Cap.*, vol. XIV, págs. 370-3.

III *Vita Brevis, auctore Bartholomæo Tridentino*, en *Anal. O.F.M.Cap.*, volumen XIII, págs. 248-50.

IV *Vita Metrica*, escrita hacia el 1230; atribuída algunas veces, aunque erróneamente, a Juan de Kent. Fué publicada según el manuscrito de la biblioteca municipal de Asís, por A. Cristofani: *Il piu antico poema della vita di S. Francesco* (Prato, 1882).

[2] P. Paschal Robinson, O.F.M., *A Short Introduction to Franciscan Literature*, págs. 10 y 11. [Aprovecho la oportunidad para recomendar este excelente opúsculo a los que deseen una breve pero segura indicación de las fuentes franciscanas] *. El decreto en cuestión fué publicado por Rinaldi en su edición de las leyendas de Celano (pág. 11). Véase también Ehrle, *Archiv.*, pág. 39; *English Historical Review*, XIII, págs. 704-8. Van Ortroy descubrió otra copia en la biblioteca Vaticana. Véase *Anal. Boll.*, XVIII, pág. 174. El docto crítico jesuíta no cree en la «severidad draconiana» del decreto, y opina que se refería puramente a las leyendas litúrgicas. Pero en primer lugar la redacción del decreto excluye tal limitación, puesto que ordena que cuantas copias se hallen *fuera de la Orden* de ser posible se destruyan. Sin duda alguna la finalidad del decreto fué más grave que la sencilla substitución de un oficio por otro. Véase Lemmens, *Documenta Antiqua*, II,

Así acaba la historia de las leyendas primitivas escritas por orden expresa; pero, como veremos, no es realmente su terminación.

Antes de pasar a la siguiente serie de documentos hemos de mentar la *Legenda Stæ. Claræ*[1]. Suele atribuirse actualmente a Tomás de Celano[2] y fué escrita, probablemente, como su *Legenda Prima*, en calidad de biografía oficial al ser canonizada la santa[3].

## 2. *Los Escritos de los Compañeros del Santo*

Hemos visto cómo, obedeciendo al mandato del Capítulo General de 1244, entre otros, los tres compañeros de San Francisco, León, Ángel y Rufino, enviaron sus recuerdos escritos al Ministro General Crescencio. Estos escritos de los tres compañeros desempeñan un papel importante en la historia de los documentos franciscanos, y han sido y siguen siendo objeto de controversia.

Está fuera de duda que los copañeros del santo enviaron realmente sus escritos al Ministro General. Además de la carta preliminar de la tradicional «Leyenda de los Tres Compañeros», tenemos el testimonio de la *Legenda Secunda*. La discusión se ciñe al carácter de los escritos y a su historia subsiguiente. Mr. Sabatier y otros sostienen que esos documentos no son otra cosa que la tradicional «Leyenda de los Tres Compañeros». Otros lo niegan y quieren que los tales documentos se busquen en otro lugar, por ejemplo, en la *Legenda Secunda* de Celano o en el *Speculum Perfectionis*. La opinión más probable, parécenos, es que los escritos de los tres compañeros —en lo que nos queda de su forma auténtica— deben hallarse en el *Speculum Perfec-*

---

página 11. Además, subsiste el hecho de haberse perdido, por decirlo así, el rastro de las leyendas primitivas durante siglos. Véase también la *Hist. VII Tribulationum* (Ehrle, *Archiv.*, II, pág. 265): «*quæ scriptæ erant in legenda prima, nova edita a fratre Bonaventura, deleta et destructa sunt ipso jubente*». Parece, no obstante, que la *Legenda Prima* de Celano y las biografías que de ella dependen, no fueron rigurosamente incluídas en el decreto, puesto que Bernardo de Besse las cita en el *Liber de Laudibus*. Débese tal vez esta excepción al hecho de haber sido escrita la *Legenda Prima* por orden pontificia.

* [Sobre el mismo tema, el P. Martín de Barcelona, O.F.M.Cap., ha publicado en idioma español un *Estudio crítico de las fuentes históricas de San Francisco y Santa Clara*, págs. XII-254, Barcelona, 1921, que no puede ser ignorado por cuantos quieran completar su erudición en estas materias.] — *N. de los E.*

[1] Fué publicada por vez primera en 1573 por Surius en *De probatis S. S. vitis*, tom. IV. Otra edición la dieron los Bolandistas, *Acta S. S.*, sub die 12 Augusti. Una edición definitiva ha sido publicada recientemente por el Prof. Pennacchi, fundada en el manuscrito 338 de Asís. El P. Paschal Robinson, O.F.M., tradujo al inglés el mismo manuscrito en 1910. *The Life of St. Clare*. Véase Mrs. Balfour, *The Life and Legend of Lady St. Clare*. (Londres, Longmans, 1910.)

[2] Véase P. Paschal Robinson, *loc. cit.*, págs. XXII-XXVIII; Ed. d'Alençon, *S. Francisci Assis.*, pág. XLVI; Sabatier, *Spec. Perfect.*, pág. LXXV; Van Ortroy, en *Anal. Boll*, XXI, pág. 360.

[3] Véase P. Paschal Robinson, *loc. cit.*, pág. XXIX.

*tionis* y, en una forma menos auténtica, en el segundo libro de la *Legenda Secunda*. Pero no podemos decir que uno u otro de estos documentos contenga todo lo que los tres compañeros enviaron a Crescencio. La tradicional «Leyenda de los Tres Compañeros», por otra parte, no es la obra de los compañeros, sino que fué escrita por un autor desconocido antes o poco después de la publicación de la *Legenda Secunda* de Celano. Puede ser que se base en parte en los escritos de los compañeros, pero la cosa no es en modo alguno segura.

Nótase ya desde el principio que la tradicional «Leyenda de los Tres Compañeros», o *Legenda 3 Soc.* como escribiremos en adelante, concuerda muy de cerca con el primer libro de la *Legenda Secunda*. Es inconcebible que tal concordancia sea fortuita; y por esta razón, entre otras, paréceme que la *Legenda 3 Soc.*, en la forma que nos ha llegado, es la obra completa del autor, exceptuando tan sólo el prólogo o prefacio [1], y el capítulo adicional sobre la indulgencia de la Porciúncula, que es de toda evidencia una adición posterior. Al propio tiempo debemos observar la estrecha correspondencia entre el *Speculum Perfectionis* y el segundo libro de la *Legenda Secunda*.

¿Debemos, pues, concluir que la *Legenda 3 Soc.* y el *Spec. Perfect.* están compilados con materiales de la *Legenda Secunda*? ¿O puede ser que estas tres obras provengan de otra misma fuente, a saber, los escritos enviados por los tres compañeros *y otros* al Ministro General Crescencio? No es admisible otra alternativa en vista de la declaración explícita de la *Legenda Secunda* referente a su propio autor o autores. Sabemos ciertamente que esta leyenda se basa en los escritos susodichos.

Ahora bien, la primera cosa que debemos considerar en la *Legenda 3 Soc.* es la carta preliminar que se dice escrita por los tres compañeros, León, Ángel y Rufino. Éstos manifiestan que, obedeciendo al decreto de Capítulo último [es decir, el de 1244], han creído conveniente comunicar al Ministro General algunos de los hechos de San Francisco, de los cuales tienen personal noticia, o que han sabido por conducto de otros santos frailes. Esta carta está fechada en Greccio,

---

[1] Con referencia a la cuestión de la integridad de la leyenda, véase: A favor de la integridad: Faloci-Pulignani, en *Miscellanea Franciscana*, tom. VII, pág. 81 *seq.*; S. Minocchi, *La Legenda trium Soc.: Nuovi studi*. Contra la integridad: PP. Marcellino da Civezza y Teofilo Domenicheli: *La Leggenda di San Francesco scritta da tre suoi compagni;* Sabatier. *De l'authenticité de la légende de S. François, dite des Trois Compagnons; Description du Speculum Vitæ*, en *Opuscules de Critique Hist.*, I fasc. 6; Van Ortroy, *La légende de S. François*, en *Anal. Boll.*, XIX, página 119 *seq.*; Ed. d'Alençon, *La Légende de S. François dite Légende des Trois Compagnons;* Tilemann, *Speculum Perfectionis und Legenda Trium Sociorum*. Debo llamar la atención sobre la reconstrucción poco convincente de la leyenda por el P. Marcellino da Civezza y el P. Teófilo Domenichelli *(op. cit.)*. Paréceme que la versión italiana sobre la cual se levanta tal reconstrucción es puramente una tentativa para completar la leyenda tradicional, debida a algún traductor ganoso de producir una biografía completa según las fuentes antiguas.

a 15 de agosto de 1246. Lo más curioso de ella es el pasaje siguiente: «*per modum legendæ non scribimus cum dudum de vita sua* [S. Francisci] *et miraculis quæ per eum Dominus operatus est, sint confectæ legendæ*[1]. *Sed velut de ameno prato quosdam flores arbitrio nostro pulchriores excerpimus, continuatam historiam non sequentes, sed multa seriose relinquentes, quæ in prædictis legendis sunt posita tam veridico quam luculento sermone*».

Pero la *Legenda 3 Soc.*, por el contrario, está escrita a manera de leyenda; y los primeros dieciséis capítulos, en todo caso, son una «historia continua». Es, por consiguiente, difícil creer que la carta preliminar y el cuerpo de la leyenda sean una sola obra original. No obstante, en casi todos los manuscritos antiguos, la *Legenda 3 Soc.* aparece seguida por capítulos del *Speculum Perfectionis;* y si, como creo, esta compilación contiene buen número de los escritos originales de los compañeros, no es difícil dar razón de la presencia de la carta al principio de los manuscritos.

Hemos hablado de una estrecha concordancia entre esta leyenda y el primer libro de la *Legenda Secunda;* pero hay una notable diferencia tanto de estilo como de materia. El autor de la *Legende 3 Soc.* no era literariamente un estilista como Tomás de Celano; escribe libremente y con imaginación, pero sus palabras y sus frases son llanas y no revelan al hombre de las escuelas. En cuanto a la materia, la *Legenda 3 Soc.* incluye incidentes que no tienen cabida en ninguno de los escritos de Tomás de Celano, como el primer viaje de misión de San Francisco y fray Gil por las Marcas de Ancona; la intervención del Cardenal Juan de San Paulo; la aventura de fray Bernardo en Florencia; el envío de frailes a Alemania y a Hungría. Aún cuando relate los mismos incidentes de Celano, la *Legenda 3 Soc.* con frecuencia añade detalles más íntimos; por ejemplo, ambas leyendas refieren la conversación entre San Francisco y Bernardo de Quintavalle, que precedió a la «conversión» de éste; pero es en la *Legenda 3 Soc.* donde se nos dice que Bernardo fué secretamente a Francisco y le convidó a pasar la noche en su casa. También ambas leyendas incluyen la parábola del pescador, pero tan sólo la *Legenda 3 Soc.* menciona que fué dicha a fray Gil. Otros ejemplos del mismo tenor podrían multiplicarse.

De lo que se deduce que, aún cuando el autor de la *Legenda 3 Soc.* hizo uso de la *Legenda Secular*, tuvo, no obstante, a la vista otros documentos. Para precisar cuáles fuesen tales documentos, tres suposiciones son posibles: acaso fueron los documentos originales de los testigos, incluyendo a los tres compañeros, que enviaron sus atestados por escrito a Crescencio; o fueron otros documentos escritos a di-

---

[1] Esto es, la *Legenda Prima* y la leyenda de Julián de Espira. La redacción de la carta revela un conocimiento de la *Legenda Prima*, por ejemplo, en la frase *veritate prævia* (véase I Celano, *Prologus*): «*Miracula quæ sanctitatem non faciunt sed ostendunt*» (véase I Celano, 70).

ferentes intervalos por los que querían conservar los recuerdos del santo, similares a los reunidos hacia el 1277 referentes a la indulgencia de la Porciúncula *(vide supra*, págs. 519 *seq.)*; o fueron documentos de un período posterior y de carácter menos auténtico.

La tercera suposición parece, no obstante, la menos sostenible. Porque si la *Legenda 3 Soc.* fuese, como afirman Van Ortroy y otros, una leyenda más tardía, del siglo XIV, ¿cómo es que no contiene referencia alguna a la indulgencia de la Porciúncula? [1] Tal omisión indica a mi entender que la *Legenda 3 Soc.* no fué escrita después de la extensa divulgación de la indulgencia.

Como he dicho, la estrecha concordancia de esta leyenda con el primer libro de la *Legenda Secunda* prueba o que Celano deliberadamente tomó por modelo la *Legenda 3 Soc.*, o que el autor de la *Legenda 3 Soc.* deliberadamente modeló su leyenda sobre el libro primero de la *Legenda Secunda*. Debo confesar que no acierto a resolver satisfactoriamente cuál de estas dos alternativas es la más probable. Si tuviésemos indicios bien definidos acerca de los testigos que, además de los tres compañeros, enviaron sus escritos a Crescencio, podríamos, con más o menos certidumbre, resolver este enojoso problema. En el estado actual de la cuestión, tan sólo puedo apuntar las siguientes conclusiones:

1. Si suponemos que el autor de la *Legenda 3 Soc.* trabajó sobre los escritos de Celano, no lo hizo en calidad de simple revisión, sino con la intención de escribir una nueva leyenda, añadiendo detalles que Celano había omitido; y con este propósito hizo uso de otros documentos, comprendiendo las leyendas anteriores a la *Legenda Secunda* [2].

2. Pudo, no obstante, con todo y seguir el plan fundamental de la obra de Celano, haber hecho su compilación según los documentos originales que también sirvieron a Celano; y los ejemplos de concordancia literal entre las dos leyendas pueden deberse al hecho de haber bebido ambos en la misma fuente. Esto es más probable; porque el estilo de la *Legenda 3 Soc.* hace poco verosímil la conclusión de que el autor cite directamente a Celano; hasta aquí la crítica de la *Legenda 3 Soc.* de M. Sabatier me parece concluyente [3].

3. El autor, quienquiera que fuese, no pertenecía al partido militante de la estricta observancia, aun cundo merecía todas sus simpatías el ideal primitivo. El estilo revela de un modo manifiesto un espíritu libre de la inquietud y agitación que caracterizan al hombre de acción de un partido. Puede hablar con cierto orgullo de la gran

---

[1] Como ya se ha dicho, el capítulo sobre la indulgencia es evidentemente una adición posterior.

[2] El cap. XVIII, por ejemplo, parece demostrar el conocimiento de la leyenda de Julián de Espira.

[3] *De l'authenticité de la Légende de Saint François dite des Trois Compagnons* (París, 1901).

basílica erigida en honor de San Francisco y al propio tiempo enorgullecerse de la pobreza del santo y de los primeros frailes.

4. La leyenda no fué escrita mucho después de 1270, puesto que no menciona la indulgencia de la Porciúncula.

5 Los escritos de los compañeros pueden haber proporcionado material para la *Legenda 3 Soc.;* pero en todo caso no son la única fuente de la leyenda [1].

* * *

El caso es diferente al tratarse del *Speculum Perfectionis*. Aquí tenemos indudablemente algunos de los documentos escritos por los tres compañeros, sino todos.

Si comparamos el *Speculum Perfectionis* con el segundo libro de la *Legenda Secunda*, se hace al punto evidente que las dos obras están íntimamente relacionadas en lo principal, tanto por la materia como por la forma; y un estudio de uno y otro documento pone en claro que en el *Spect. Perfect.* tenemos escritos originales que Celano publicó y en algún modo retocó [2].

Todavía está por determinar hasta qué punto el original del *Spec. Perfect.* es la obra de los tres compañeros y si la compilación primera que llevó ese nombre fué exclusivamente obra suya. Lo que es cierto es que la edición publicada por M. Sabatier en 1898 es una compilación conteniendo otros escritos además de las obras de los compañeros. Es una de las numerosas compilaciones que vinieron a existir hacia los comienzos del siglo XIV [3]. El manuscrito más antiguo que contiene el *Spec. Perfect.*, tal como lo editó M. Sabatier, lleva la fecha de 1318. El P. Lemmens, O.F.M., ha publicado, no obstante, lo que él considera una versión anterior y más auténtica, la cual difiere de la de M. Sabatier tanto por la materia como por el arreglo de la misma. Es un documento mucho más breve; y a diferencia de las otras versiones, los incidentes que relata no están agrupados como en II Celano, II. Lo más probable es que se trata de una compilación

---

[1] Además de los autores ya citados, véase A. *Fierens, La Question Franciscaine*, en *Revue d'Histoire Ecclésiastique*, 15 de abril de 1906.

[2] Véase Lemmens, *Doc. Antiq.*, II, págs. 17 y 18; Sabatier, *Spec. Perfect.*, CXIX *seq.*

[3] M. Sabatier dió a su obra este título: *Speculum Perfectionis seu S. Francisci Assisiensis Legenda Antiquissima, auctore fratre Leone;* y anunció que fué escrita en 1227. Llevóle a esta conclusión la fecha que ostenta el manuscrito de la Mazarina, sobre el cual se basa su edición. La fecha de dicho manuscrito es 1228; pero es ahora cosa cierta que se trata de un error del copista, por 1318. Con referencia a la cuestión del *Spec. Perfect.*, véase Van Ortroy, *Anal. Boll.*, XIX, página 58 *seq.*; Faloci-Pulignani, en *Misc. Franc.*, tom. VII; Ed. d'Alençon, *Annales Franciscaines*, tom. XXXVII; Little, en *English Historical Review*, vol. XVII, página 655; A. Fierens, *loc. cit. Véase Études Franciscaines*, XXVII, pág. 337 *seq.* Véanse también las obras citadas más arriba referentes a la *Leg. 3 Soc.*

posterior; y que la compilación de Sabatier es la más auténtica[1]. Desde luego, puede decirse que los pasajes que concuerdan con el libro de Celano son *substancialmente* auténticos. Tales pasajes ocurren en ochenta y seis capítulos del *Spec. Perfect.;* pero aún en éstos no podemos decir que tengamos siempre el texto original de los compañeros, aunque en su mayor parte dan testimonio a favor del *Spec. Perfect.* y contra Celano[2].

Además de los pasajes que concuerdan con la *Legenda Secunda*, hay diez capítulos de cuya autenticidad sale garante Ubertino de Casale y otros escritores de su tiempo. Sabemos que Ubertino tenía en sus manos los *rotuli* de fray León y que conocía un libro escrito por éste, el cual en aquel entonces estaba en el tesoro del Sacro Convento. Por consiguiente, sus citas de los escritos de fray León pueden aceptarse como auténticas[3]. Mas no tenemos medio de juzgar si los *rotuli* formaban parte de los documentos enviados a Crescencio o si constituían un documento independiente; prácticamente, la cuestión es de poca monta.

En cuanto a las partes restantes de la edición de Sabatier, tienen el mismo valor, ni más ni menos, que el de muchos otros documentos que aparecen en las compilaciones hechas a principios del siglo XIV, de cuya autenticidad no tenemos pruebas positivas. Tal vez investigaciones ulteriores prueben que son auténticas o nos revelen los documentos originales en que se basan. Pero de esto diremos algo más adelante.

* * *

### 3. *Las Compilaciones Posteriores*

A fines del siglo XIII se produjo entre los frailes un período de actividad incansable, encaminada a reunir todo lo que se había escrito acerca de San Francisco. La leyenda de San Buenaventura, lejos de satisfacer a los frailes en conjunto, sólo les produjo descontento. El partido de la estricta observancia no ocultaba su opinión de que esta leyenda no daba adecuadamente cuenta de las intenciones de San Francisco referentes a la vocación de la Orden; y aún el mismo partido moderado deseaba una biografía más completa. En el Capítulo General de Padua, celebrado en 1277, bajo el gobierno del sucesor de San Buenaventura, se ordenó que los frailes de todas las provincias buscasen información concerniente a los hechos de San Francisco y

---

[1] En *Doc. Antiq.*, II. Véase Van Ortroy, *Anal Boll.*, XXI, pág. 114; Faloci-Pulignani, *Misc. Franc.*, VIII, pág. 131; Lemmens, *Voix de Saint Antoine*, abril, 1903.

[2] Véase Sabatier, *Spec. Perfect.*, *passim;* Goetz, *Die Quellen*, págs. 116-21.

[3] Véase Lemmens, *Doc. Antiq.*, I págs. 75 *seq.*; Sabatier, *Spec. Perfect.*, CXL, *sep.*

de otros frailes santos [1]. Poco después apareció el *Liber de Laudibus* [2], escrito por Bernardo de Besse, que había sido uno de los secretarios de San Buenaventura. Es una obra de reducidas dimensiones, pero de gran valor, porque relata diversos incidentes acerca de San Francisco y de la Orden, que no se hallan en las leyendas primitivas. El autor evidentemente conocía no solamente las primeras leyendas celanenses, mas también las últimas obras de Celano y los escritos de los compañeros; aunque tal vez su conocimiento de estos documentos fué de segunda mano [3].

Probablemente escribióse algo anteriormente la leyenda conocida por *Anonymus Perusinus* [4], la cual contiene asimismo algunos detalles que no se hallan en las leyendas oficiales. De hecho, parece que el período de activa compilación empezó hacia el 1270. Un ejemplo análogo de actividad en recoger los recuerdos de la vida de San Francisco lo tenemos en lo concerniente a la indulgencia de la Porciúncula [5]. Probablemente no fué extraña a tal actividad el acta formal de donación del Monte Alvernia, hecha por el conde Rolando de Chiusi en 1274 [6].

Al principio, según parece, esas compilaciones fueron hechas independientemente por individuos o comunidades con el deseo de suplir las omisiones de la leyenda de San Buenaventura, o a fin y objeto de reunir las tradiciones que se habían conservado en determinadas provincias. Más tarde se produjo una activa búsqueda de documentos perdidos, notablemente de los de los compañeros del santo. A principios del siglo XIV esas colecciones originales se hallan incorporadas en colecciones más extensas; y éstas a su vez fueron más tarde reunidas en una sola serie de documentos. Así, los *Actus S. Francisci*, en los que fué incorporada la mayor parte de las *Floretum* originales, y el *Speculum Perfectionis*, comprendiendo entre otros documentos una colección de los escritos de los compañeros, se hallan incorporados en una colección mayor compilada por un fraile de la provincia Báltica, y conocida por colección «*Fac secundum exemplar*». Se halla en un

---

[1] Glassberger, *Annal. Franc.*, II, pág. 89.

[2] Dos ediciones de esta obra fueron publicadas en 1897: una por el P. Hilarin de Lucerne, la otra por los editores de Quaracchi en Annal Franc., tom. III. Ambas publicaciones incluyen el *Catalogus Generalium Ministrorum* atribuído al mismo autor. Véase *Archiv. Franc.*, an. II, fasc. III, pág. 430 *seq.*

[3] Es cosa curiosa que Bernardo de Besse no menciona la *Legenda Secunda* entre las leyendas existentes, aunque haga mención expresa de la *Legenda Prima* de Celano; difícilmente podía ignorar su existencia. Acaso ello se explique por el hecho de estar todavía oficialmente proscrita la *Legenda Secunda* y no es improbable que sacase sus citas de extractos hechos por diferentes frailes en una época en que se procedía a la destrucción de los códices de esta y otras leyendas proscritas.

[4] Publicada en parte en *Acta S. S.*, octubre, II, *Comment. Præv.* El texto completo lo da Van Ortroy en Misc. Franc., IX, págs. 33-48.

[5] Véase Apéndice II.

[6] Véase Sbaralea, *Bull.*, IV, pág. 156, nota *h*.

gran número de códices diseminados por toda Europa, siendo uno de los ejemplares más antiguos el manuscrito Vaticano 4.354[1]. La colección fué hecha probablemente entre 1318 y 1328[2].

El compilador de esta colección nos dice en su prefacio que tomó sus materiales de cuatro fuentes:

*a)* Un libro de Federico, Arzobispo de Riga[3].

*b)* La *Legenda Vetus*, que había oído leer en refectorio de los frailes en Avignon, donde se leía por orden del Ministro General[4].

*c)* Los escritos de los compañeros de San Francisco.

*d)* Finalmente, escribió «ciertas cosas maravillosas» referentes a San Antonio, a Juan de Alvernia y a otros santos frailes.

Si examinamos la colección misma, vemos que comprende:

*a)* Ochenta y un capítulos del *Spec. Perfect.*, aunque no en el mismo orden de la edición de Sabatier y en algunos casos con notables variantes.

*b)* Casi todos los *Actus S. Francisci.*

*c)* Seis capítulos referentes a la observancia de la Regla, que parecen como sacados en conjunto de algún otro documento.

*d)* Algunos escritos de San Francisco.

*e)* Los dichos de fray Gil y otros frailes.

*f)* Atestados referentes a la indulgencia de la Porciúncula.

Estos documentos se hallan en todos los códices; pero en algunos casos se hallan adiciones hechas por copistas o colectores.

Quisiera uno saber hasta qué punto las colecciones, que conocemos ahora con el título *Fac secundum exemplar*, representan la colección reunida por el fraile del Báltico. La colección entera —salvando lo que es adición evidente—, ¿es suya o ha sido considerablemente aumentada?

M. Sabatier, después de estudiar el manuscrito de Leignitz[5], concluye que la colección, tal como allí aparece, consta de dos partes, siendo la primera la colección original del fraile del Báltico. Ahora bien, dicha primera parte contiene sesenta y un capítulos sacados del *Spec. Perfec.*; siete capítulos de origen desconocido, pero todos referentes a la estricta observancia de la Regla; y treinta y un capítulos correspondientes a los *Actus*, cuyos primeros dieciséis capítulos tratan de San Francisco, al paso que los últimos quince nos refieren los hechos maravillosos de San Antonio, de Juan de Alvernia y de otros frailes de «bendita memoria». Hay ocho capítulos interpolados

---

[1] Véase Sabatier, *Spec. Perfect.*, CLXXVI-CC; *Description du Manuscrit Franciscain de Leignitz*, en *Opuscules*, tom. I, fasc. II; véase también *ibid.*, fasc. II.

[2] Véase Joergensen, *op. cit.*, pág. LXXXVIII; Sabatier dice entre 1322 y 1328. Véase *Actus S. Franc.*, Prefacio, pág. XVIII.

[3] Federico fué Arzobispo de Riga de 1304 a 1341.

[4] Debió de ser Gonsálvez o Miguel de Cesena, ambos favorables a la estricta observancia. Gonsálvez fué Ministro General de 1304 a 1313; Miguel de Cesena, de 1316 a 1328.

[5] Véase *Opuscules*, I, fasc. III.

que parecen no pertenecer a los grupos susodichos. De todo lo cual concluye M. Sabatier:

*a)* «El libro del arzobispo Federico» fué de hecho el *Spec. Perfect.*

*b)* Los siete capítulos que tratan de la observancia de la Regla pertenecen a la *Legenda Vetus.*

*c)* Los dieciséis primeros capítulos correspondientes a los *Actus* provienen de escritos de los compañeros del santo.

*d)* Los últimos quince capítulos de los *Actus* son los escritos referentes a San Antonio de que habla el fraile del Báltico.

Si se pudiese probar que el orden de los capítulos en el manuscrito de Leignitz es el orden primitivo, podría decirse mucho a favor de las conclusiones de M. Sabatier. No obstante, más adelante presentaremos una seria objeción a semejante división. En el entretanto, los siete capítulos que, según M. Sabatier, son extractados de la *Legenda Vetus*, ofrecen un gran interés a los investigadores de la historia franciscana. Sean o no porciones de la *Legenda Vetus* —que ello es materia de importancia secundaria—, lo que verdaderamente importa es su autenticidad substancial.

No cabe duda de que representan una tradición del partido de la estricta observancia y por añadidura una tradición que tiene su origen en los días primeros de la Orden, antes de 1246; pero puede dudarse si la tradición que aportan esos documentos aparece en su forma primitiva. Una comparación entre el capítulo «*De apparitione stupenda angeli*» [1] con la narración y la explicación del mismo episodio por Celano [2], indica una evolución en cuanto a la forma. En los días de Celano las diferentes explicaciones de la visión se dan como cosa distinta del relato de la visión. También el capítulo «*De statu malo futuro fratrum*» [3] es de un modo manifiesto una relación en la que las palabras originales de San Francisco han sido reproducidas a la luz de acontecimientos ulteriores. Por otra parte, el capítulo «*De euntibus inter infideles*» [4] no es más que un compendio del capítulo XVI de la Regla de 1221. Son de especial interés los capítulos «*De intentione Sancti Francisci*» [5] y «*Exemplum de prædicta voluntate*» [6]. En el primero de estos capítulos tenemos un interesante relato de cómo el Papa modificó la Regla de 1223 antes de confirmarla [7]. La *Historia VII Tribulat.* [8] nos da un relato análogo, el cual probablemente se

---

[1] *Opuscules*, pág. 99.

[2] II Celano, II, 82, véase *ad finem:* «*Plures oraculum istud religioni coaptant*», etc.

[3] *Opuscules*, pág. 87.

[4] *Opuscules*, pág. 102. La frase «*Hanc petere judicabat*» [S. Franciscus] prueba que el escritor hace un compendio de este capítulo de la Regla; y no hay razón de creer que tenemos ahí una versión anterior a la contenida en la Regla de 1221.

[5] *Opuscules*, pág. 90.

[6] *Ibid.*, pág. 96.

[7] Véase Libro III, Capítulo VIII.

[8] Ehrle, *Archiv.*, III, pág. 601.

funda en los escritos de fray León; aunque sin duda alguna la conversación entre San Francisco y el Papa debe aceptarse teniendo en cuenta la costumbre de los historiadores antiguos y medievales de hacer hablar siempre en primera persona a sus protagonistas. Ni es improbable la historia del fraile alemán referida en el último capítulo, si recordamos lo que sabemos del modo de pensar de San Francisco. Podemos, pues, aceptar estos capítulos como dando testimonio de una tradición primitiva.

Mas no nos hallamos en estado de decidir con seguridad si estos capítulos, tal como constan en la colección «*Fac secundum exemplar*», fueron tomados de la *Legenda Vetus* o, como parece verosímil, de «los verdaderos dichos de los santos compañeros de San Francisco, puestos por escrito por hombres aprobados de la Orden», según frase del fraile del Báltico.

Verdad es, nos dice éste en su prefacio, que la *Legenda Vetus*, a que se refiere, fué citada al pie de la letra y con frecuencia por San Buenaventura en la *Legenda Major*, afirmación de la cual podría tal vez inferirse que la tal leyenda no era otra que las leyendas celanenses o la *Legenda 3 Soc.* Pero entre los documentos de la colección no hay ninguno que pueda identificarse con estas leyendas.

No es una hipótesis improbable que esta *Legenda Vetus* fuese una colección de manuscritos comprendiendo la *Legenda 3 Soc.* y el *Spec. Perfect.* —de la que hay ejemplos conocidos [1] —y que lo que el fraile del Báltico extractó fué una parte del *Spec. Perfect.* De hecho pudiérase decir que las colecciones basadas en documentos o tradiciones anteriores a la *Legenda Major* fueron denominadas genéricamente *Legenda Vetus* o *Legenda Antiqua.* La colección «*Fac secundum exemplar*» se califica a sí misma de *Legenda Antiqua;* con todo, la *Legenda Antiqua* citada en escritos posterioers no se refiere siempre a la susodicha colección.

* * *

Debemos ahora consagrar algún espacio a las *Fioretti*, ese delicioso libro italiano que tanto ha contribuído a hacer conocer y amar la leyenda franciscana. Las *Fioretti* comparten con el *Sacrum Commercium* [2] el honor de haber revestido el espíritu franciscano con el más puro ropaje literario. Mas así como el *Sacrum Commercium* es una alegoría, las *Fioretti* reclaman el carácter histórico. Este carácter ha

---

[1] De lo cual concluyen algunos críticos que la *Legenda 3 Soc.* y el *Spec. Perfect.* original formaban una sola leyenda, a saber, la leyenda completa de los compañeros. Véase Tilemann, *op. cit.*, pág. 123; Joergensen, *op. cit.*, pág. LXXXVI.

[2] *Sacrum Commercium B. Francisci cum Domina Paupertate*, publicado por el P. Ed. d'Alençon (Rome, 1900), quien afirma que fué escrito en 1227 por Giovanni Parenti, el primer Ministro General que sucedió a San Francisco. M. Montgomery Carmichael ha publicado una exquisita versión inglesa con el título *The Lady Poverty* (Londres, Murray, 1902).

sido muy disputado, y durante un largo período los críticos declararon nulo el valor histórico de las *Fioretti*. Hoy, a la luz de las recientes investigaciones, el historiador las considera más favorablemente.

No cabe duda que la obra italiana es una traducción de un original latino. El traductor nos es desconocido [1]; mas, quienquiera que fuese, tuvo un don maravilloso de expresión literaria, que ha hecho ser aceptada su obra como uno de los tesoros literarios del mundo. En las ediciones impresas y en la mayor parte de los manuscritos, agréganse a las *Fioretti* otros cuatro documentos: las Consideraciones sobre las Sagradas Llagas, la Vida de Fray Junípero, la Vida de Fray Gil y los Dichos de Fray Gil; pero éstos no pertenecen al libro original [2].

Las *Fioretti* propiamente dichas se dividen en dos partes principales: la primera comprende los primeros treinta y ocho capítulos, que nos hablan de San Francisco y de sus compañeros; la segunda parte comprende los últimos trece capítulos, referentes a los hechos maravillosos de ciertos frailes de las Marcas de Ancona. Entre las dos partes hay intercalados dos capítulos de los cuales es héroe San Antonio de Padua.

Estudiando las *Fioretti* hácese evidente su carácter de compilación de diferentes fuentes. La primera sección representa probablemente una compilación de fecha muy anterior a la segunda; también, probablemente tuvo su origen en las Marcas y es de hecho una colección de historias que diferentes frailes de aquella provincia escucharon de los propios compañeros del santo. Porque en el capítulo XVI se nos dice expresamente que fray Jacobo de Massa conocía el episodio de la predicación a los pájaros por fray Maseo en persona; y en el capítulo XXXII, fray Jacobo de Fallerone se dice que habló con el mismo fray Maseo acerca del incidente relatado en dicho capítulo.

Más aún, es digno de notarse que casi todos los frailes cuyas glorias son objeto de la segunda sección vivieron en la intimidad de San Francisco y de sus compañeros, o cuando menos en la de sus asociados. Fray Simón fué admitido en la Orden durante la vida del santo [3]; fray Jacobo de Fallerone, como hemos dicho, había hablado con fray Maseo [4]; fray Jacobo de Massa, con fray Maseo, fray Gil y fray Junípero [5]; fray Juan de la Penna recibió el hábito de manos de fray Felipe, probablemente Felipe Longo, uno de los primeros compañeros, predicador de gran elocuencia [6]; fray Pedro de Monticello y fray

---

[1] La traducción ha sido atribuída a Giovanni di San Lorenzo, pero sin suficiente prueba histórica.

[2] Véase *The Little Flowers of St. Francis, Introduction.* (Londres, *Cath. Truth Soc.*, ed. 1912.)

[3] Véase cap. 41.

[4] *Loc. cit.*

[5] Caps. 16 y 48.

[6] Cap. 45.

Bentivoglio fueron ambos admitidos por el propio San Francisco[1]; mientras que fray Conrado de Offida[2] y fray Juan de Fermo, en sus retiros del Monte Alvernia[3], sin duda estuvieron en relación con los que conocieron a los compañeros del santo. ¿No se puede presumir que esos frailes fueron tenidos en especial reverencia en las Marcas a causa de su intimidad con los que conocían la historia de los primeros días franciscanos? En las Marcas, los frailes de la estricta observancia eran numerosos y emprendedores. Es natural que quisiesen atesorar las tradiciones de la vida primitiva; y los que comunicaban a los demás tales tradiciones debieron de ser tenidos en gran reverencia. En consecuencia, podemos creer que las *Fioretti* representan, en parte cuando menos, la historia de San Francisco tal como fué referida en las Marcas de Ancona por los que conocieron al santo y a sus compañeros; y no nos equivocaremos de mucho si decimos que las historias que circulaban entre los frailes de las Marcas fueron coleccionadas y escritas no mucho después de 1270, en un período durante el cual los frailes sintieron mayores deseos de recoger y conservar las tradiciones relativas a su santo fundador. Si admitimos todo esto, consideraremos, pues, las *Fioretti* como una fuente de historia franciscana de no escaso valor.

Al propio tiempo tenemos un canon de crítica según el cual podremos juzgar el valor histórico de los hechos, tales como nos son presentados; tienen, en una palabra, el valor de las tradiciones orales de la primera o de la segunda generación.

Mas, para juzgar el valor histórico de las *Fioretti*, tendremos la piedra de toque cuando descubramos el original latino de la traducción italiana. Sólo podemos hacer la prueba con los capítulos que tienen su correspondencia en los *Actus B. Francisci*, compilación latina de una fecha algo anterior a las *Fioretti*. En esta compilación todos los capítulos de las *Fioretti*, menos seis, tienen una versión latina casi equivalente, pero con una diferencia que prueba que en los *Actus* tenemos una versión anterior y más auténtica. Porque allí la nota personal aparece más en evidencia; los relatos casi siempre llevan un aditamento por este estilo: «como yo mismo he visto»[4]. Pero debe observarse que esta característica de los *Actus* se halla casi exclusivamente en los capítulos correspondientes a la segunda sección de las *Fioretti*.

Hemos dicho ya que seis capítulos de las *Fioretti* no tienen pasajes correspondientes en los *Actus*. De lo cual podría deducirse que el traductor de las *Fioretti* tenía a la vista una obra latina, que no era los *Actus*, de la cual esta compilación había sido también en par-

---

[1] Cap. 42.
[2] Caps. 42-4.
[3] Caps. 49-53.
[4] Véase T. W. Arnold: *The Authorship of the Fioretti*, Occasional Paper (Interantional Society of Franciscan Studies — British Branch), núm. III.

te sacada. Conclusión tanto más probable cuanto que los *Actus*, que forman una obra mucho más extensa, proceden evidentemente de otras fuentes, además de las que dieron origen a las *Fioretti*. En algunas partes encuéntrase a faltar el verdadero acento de los narradores de las Marcas [1]. Por otra parte, hay en los *Actus* algunos capítulos que no constan en las *Fioretti* y que bien hallaran en ellas lugar adecuado. No obstante, no es improbable que las *Fioretti* originales fueran compiladas por diferentes colectores entre los frailes de las Marcas. Una edición definitiva de los *Actus* podrá resolver estas dificultades [2].

Se ha observado justamente que las *Fioretti* no pueden ser atribuídas a un único autor. Son una compilación de otras compilaciones menores. Todo lo que podemos decir referente a una individualidad de autor es que un cierto fray Ugolino Brunforte tuvo que ver con su redacción. Fué probablemente uno de tantos colectores de las tradiciones en las Marcas [3]. Las *Fioretti* no son de una fecha posterior al 1328, puesto que la mayor parte de ellas se hallan en la colección «*Fac secundum exemplar*». No pudieron ser completadas antes del 1322, año de la muerte de fray Juan de Fermo (o Juan de Alvernia, como se le suele llamar).

* * *

Quedan todavía otras fuentes que, por decirlo así, han sido apadrinadas por la misma colección «*Fac secundum exemplar*», tales como las *Vitæ* de fray Junípero; todas sin duda tienen una historia semejante a la de las compilaciones ya citadas. Una cuando menos puede atribuirse auténticamente a fray León, compañero de San Francisco, la *Vita Fr. Ægidii*.

Tenemos el testimonio de Salimbene de que fray León escribió la vida de fray Gil; y aunque sea indiscutible que ninguna de las «Vidas» existentes sea la obra original de fray León, no cabe duda de que las «Vidas» en la *Chron. XXIV Gen.* [4] en las *Fioretti* y otras parecidas, son versiones más o menos fieles de aquella obra. El *Incipit* con el cual comienzan casi todas esas vidas, contiene la afirmación de que el escritor conocía bien a fray Gil y a sus compañeros [5]. En los có-

---

[1] Por ejemplo, *Actus*, caps. 58, 61, 62, 65.

[2] La edición de M. Sabatier publicada en *Collection d'Études*, tom. IV, es, por propia confesión de éste, tan sólo una tentativa. (Véase *ibid.*, *Prefacio*). Es de notar que en la colección «*Fac secundum exemplar*», los *Actus* son una compilación mucho menos extensa y excluyen diez capítulos de las *Fioretti*, los cuales no obstante figuran en otras partes de la colección.

[3] Véase *Fioretti*, cap. 45; *Actus*, cap. 9. Hugolino entró en la Orden hacia el 1278. En 1295 fué nombrado obispo de Terano por Celestino V, pero el nombramiento fué anulado por Bonifacio VIII. Hugolino murió en 1348.

[4] *Annal. Franc.*, III, págs. 74-114.

[5] «*Prout a suis sociis intellexi et ab eodem viro sancto, cui familiaris fui, experientia didici*».

dices de Friburgo y de Leignitz de la colección «*Fac secundum exemplar*» nómbrase expresamente como autor a fray León. Pero, según uso medieval, en rigor ello significa tan sólo que la obra está sacada substancialmente del autor nombrado [1].

* * *

Debemos llamar la atención sobre los escritos de algunos de los Espirituales, a los que hemos hecho ya referencia. No cabe duda alguna de que debemos al celo, discreto o indiscreto, según se le juzgue, del partido de la estricta observancia el haber sido preservados los escritos de los compañeros. Fueron para ellos tales escritos una especie de quinto evangelio tenido en gran reverencia y propuesto como argumento decisivo. Es por esta razón que han llegado hasta nosotros algunos de los escritos de fray León, relativos a las intenciones de San Francisco con respecto a la Orden. Hállanse citados textualmente en los escritos de Pedro Juan Olivi [2] [muerto en 1298], Ubertino de Casale [3] [muerto en 1339 aproximadamente] y Angelo Clareno [4] [muerto en 1336]. Dos *Opúsculos* que corresponden fielmente a las descripciones de los dos libros escritos por fray León, dadas por Ubertino de Casale y Angelo Clareno, fueron publicados en 1901 por el P. Lemmens, según un manuscrito del convento de San Isidoro: *Intentio Regulæ y Verba S. P. Francisci* [5]

* * *

De las compilaciones hechas a fines del siglo XIV poca cosa es menester apuntar aquí.

La *Crónica de los veinticuatro Generales* fué completada hacia el 1374. Ha sido generalmente atribuída a Arnaldo de Sarano, quien, según nos dice Bartolomé de Pisa, fué «durante mucho tiempo Ministro de Aquitania» y «transcribió cuanto pudo referente al bienaventurado Francisco» [6]. Un testimonio intrínseco demuestra que fué escrita por un fraile de Aquitania, porque el autor revela un conocimien-

---

[1] En 1901 el P. Lemmens publicó la que entonces él consideraba como texto original de la *Vita Fr. Ægidii* por fray León (*Doc. Antig.*, I); pero trátase evidentemente de una versión muy posteroir. Véase Van Ortroy, en *Anal. Boll.*, XX, página 122; Sabatier, *Actus*, pág. LXVIII. Con referencia a la *Vita B. Fr. Ægidii*, véase Menge, *Der Selige Ægidius von Assisi;* P. Paschal Robinson. *The Golden Sayings of Brother Giles*, Introducción.

[2] *Expositio Regulæ*, cap. X.

[3] *Arbor Vitæ*, *Responsio* y *Declaratio*.

[4] *Expositio Regulæ* y *Hist. VII Tribulat.*

[5] Véase *Doct. Antig.*, I, pág. 75 *seq.* Es, no obstante, dudoso que los *Verba*, tal como los publicó Lemmens, aparezcan en su texto primitivo. Véase *ibíd.*, páginas 81 y 82.

[6] *De Conformit.*, en *Annal. Franc.*, IV, pág. 573. Waddingo (*Annales*, ad an. 1376) dice: «*a quibusdam judicatur auctor Chronicorum XXIV Generalium*».

to íntimo de los provinciales de dicha provincia [1]. Quienquiera que fuese el autor, fué ciertamente un compilador diligente y tuvo noticia de documentos perdidos en la actualidad [2]. Desde el punto de vista crítico le hallamos frecuentemente en falta.

Más interesante, por lo que toca a la historia de San Francisco, es la obra de Bartolomé de Pisa, *De Conformitate Vitæ Beati Francisci ad Vitam Domini Jesu*, que fué aprobada por el Capítulo General de Asís de 1399. El autor, con el instinto del historiador, da constantemente las fuentes de sus narraciones. Cita por su nombre a Tomás de Celano, a San Buenaventura, la Leyenda de los Tres Compañeros, el *Speculum Perfectionis*. Pero su alusión frecuente a la *Legenda Antiqua* es algo desconcertante. La mayor parte de los pasajes a que hace referencia se hallan en la colección «*Fac secundum exemplar*», pero algunas veces hay otros pasajes que no se hallan allí, sino en algún otro lugar, por ejemplo, la *Legenda Prima* de Celano. Es posible que tuviese a la vista una colección más copiosa que ninguna de las que poseemos, en la cual se contenían los pasajes en cuestión [3].

### 4. *Las Crónicas tratando más expresamente de la historia de la Orden que da la Vida de San Francisco*

Dos crónicas primitivas que dan cuenta de los comienzos de las provincias alemana e inglesa de los Frailes Menores son de gran valor por lo que toca a la vida de San Francisco. Fray Jordán de Jano *(Giordano da Giano)*, que escribió un relato de los primeros años de los Frailes Menores en Alemania, estuvo presente al Capítulo General de 1221 y tuvo algún conocimiento personal del santo —cuya santidad, no obstante, confiesa ingenuamente el cronista no haberla apreciado plenamente hasta su canonización [4]. Jordán dictó su Crónica en 1262, siendo ya de edad avanzada [5], pero parece fué dotado de buena memoria, porque muy pocos detalles de su relato han sido discutidos por la investigación crítica. En cuanto a candor y sencilla expresión de los sentimientos humanos, pocas crónicas pueden compararse ventajosamente con la de ese fraile italiano que fué a Alemania temiendo por su vida, pero aprendió a amar aquel país cual si fuera

---

[1] Según toda probabilidad, no obstante, la compilación no es obra de un solo autor, sino de varios.

[2] Por ejemplo, había visto la carta que acompañaba al *Tractatus de Miraculis* (*Annal. Franc.*, III, pág. 276)

[3] Una edición crítica del *De Conformitate* ha sido publicada por los padres de Quaracchi, en *Annal. Franc.*, IV y V.

[4] *Chron. Jordani*, núm. 50, en *Annal. Franc.*, I, pág. 18.

[5] La crónica ha sido publicada en *Annal. Franc.*, I; y por Boehmer, en *Collection d'Études*, tomo IV. En *Archiv. Franc. Hist.*, enero de 1910, se da una continuación de la crónica.

el propio. Su relato de cómo vino a ser incluído en la compañía de frailes enviados a la misión de Alemania en 1221 muestra que tuvo un espíritu curioso y observador en lo que le ofrecía algún interés. Aunque se ocupe principalmente de los progresos de la Orden en Alemania, la crónica ilustra muchos pasos de la vida de San Francisco, especialmente los referentes a su viaje a Oriente y su regreso, llamado a apaciguar los disturbios que en el entretanto habían surgido en la Orden.

* * *

La Crónica de Tomás de Eccleston: *De Adventu FF. Minorum in Angliam*, aunque no tan rica como la anterior en materia referente a San Francisco, es, no obstante, nuestra primera autoridad acerca de la llegada de los frailes a Inglaterra en 1224. De un modo incidental, añade también algo a nuestro conocimiento del carácter del santo. Fué terminada hacia el año 1260 [1].

* * *

*La Crónica de Salimbene* contribuye de un modo incidental a nuestro conocimiento de los días y de las fuentes primitivos franciscanos. Fué escrita entre 1282 y 1287 [2]. Aunque proceda de un Fraile Menor, apenas puede llamarse crónica de la Orden en un sentido estricto. Habla abundantemente de la Orden y de muchas otras cosas de modo algo familiar; su libro podría calificarse de charla, pero charla chispeante, de aguda observación y sagaces juicios.

* * *

Dejando la Crónica de los XXIV Generales, de la cual hemos hablado ya, llegamos después a las crónicas del siglo XVI, entre las cuales se destacan las *Crónicas de Mariano de Florencia* [3] y la *Crónica de Marcos de Lisboa* [4]. Ambos cronistas parecen haber consultado do-

---

1 La crónica de Eccleston ha sido publicada por Brewer y en parte por Howlett en *Monumenta Franciscana*, I y II respectivamente; y también por los editores de Quaracchi en *Annal. Franc.*, I. Una edición definitiva ha sido publicada por el Prof. A. G. Little (París, 1909). Véase *The Chronicle of Thomas of Eccleston* (Londres, 1909) por el autor de este libro.

2 Véase *Chronica fratris Salimbene Parmensis* (Parma, 1857). Una edición crítica fué publicada en 1905, en *Mon. Germ. Hist. Script.*, XXXII, pars I.

3 Las crónicas de Mariano no han sido publicadas todavía; pero, tenemos un compendio de las mismas en *Archiv. Franc. Hist.*, an. I. fasc. II *seq.*

4 Publicada en Lisboa en 1556-68.

cumentos actualmente perdidos. Debemos a Mariano de Florencia valiosa información referente a los primeros días de la Orden Tercera.

La *Crónica de Glassberger*, escrita hacia el 1508, tiene por principal objeto la provincia alemana; también ofrece con referencia a San Francisco algún interés incidental [1].

Hay, finalmente, la obra admirable de Lucas Waddingo, *Annales Minorum*, publicada entre 1625 y 1654. Como es de suponer, en una empresa tan importante acometida por un solo hombre, las facultades críticas no son tan salientes como la labor de adquisición. La cronología de Waddingo es con frecuencia defectuosa; y las fuentes de que se valió para su compilación son a veces de valor inferior al de otros recuerdos más auténticos que tenía a mano.

## III

### Escritores no pertenecientes a la Orden Franciscana

Los escritos de *Jacques de Vitry* son los que deben ocupar el lugar primero en esta sección. Se conocen de él dos cartas, fechadas en Génova la una, en 1216, en Damieta la otra, en 1219, ambas con detalladas observaciones acerca de San Francisco y de la nueva Orden Franciscana. También las menciona en su *Historia Occidentalis*. Es de peso su observación perspicaz, viniendo como viene de un testigo extraño a la Orden.

Tenemos, además, la declaración de Tomás de Spalatro, que estaba en Bolonia en 1222, cuando predicó allí San Francisco, cuyo aspecto y manera de predicar describe [2].

Además de éstos, tenemos numerosos testimonios de valor en diferentes crónicas de la época. Para todas ellas remito mis lectores a las colecciones de estudio publicadas por el P. Golubovich en su obra de carácter enciclopédico *Bibliotheca Bio-Bibliografica della Terra Santa* (Quaracchi, 1906), y por el P. Lemmens en *Archiv. Franc. Hist.*, an. I, fasc. I *sep.*, bajo el título *Testimonia Minora saec. XIII de S. P. Francisco*.

---

[1] La crónica ha sido publicada en *Annal. Franc.*, II. He aquí otras obras de valor accidental para el que estudia los primeros tiempos franciscanos: *Umbria Serafica*, por Antonio a Stronconio (*Misc. Franc.*, II); *Historiarum Seraphicæ Religionis*, por Rudulphius Tossianinensis; *De origine Seraphicæ Religionis*, por el Ven. Francisco Gonzaga.

[2] Véase Libro III, Capítulo VII.

## IV

### Documentos diplomáticos y legales

Comprenden las Cartas Pontificias[1], los registros de Honorio III[2] y de Gregorio IX[3] y diferentes documentos legales, señaladamente el *Instrumentum donationis Montis Alvernæ*[4]. El tratado de paz entre Perusa y Asís, en 1203, descubierto recientemente, tiene valor porque aporta un testimonio auténtico referente a la guerra en la que San Francisco tomó parte.

---

[1] Véase Sbaralea, *Bullarium Franciscanum* y el calendario de Cartas Pontificias de Potthast.

[2] Pressutti, *Regesta Honorii III.*

[3] *Régistres*. ed. Auvray; Guido Levi, *Registri dei Cardinali Ugolino d'Ostia e Ottaviano degli Ubaldini.*

[4] Sbaralea, *Loc. cit.*, IV, pág. 156. Son de valor incidental el contrato publicado por el P. Ed. d'Alençon en *Frère Jacqueline*, págs. 37 y 38, y el documento legal publicado por Cristofani en *Delle Storie di Assisi*, ed. 1902, pág. 50 y 51.

# INDICE ALFABÉTICO


*Accurso* (Fray). Su martirio, 210.
*Acre* (San Francisco en), 209.
«*Actus S. Francisci*». Compilación, 390, 395.
*Adyuto* (Fray). Su martirio, 210.
*Agnello de Pisa* (Fray). Entra en la fraternidad, 134.
— Es enviado a Inglaterra, 295.
*Agustín* (San). Su Regla, 155, 200.
*Alberto de Pisa* (Fray). Entra en la fraternidad, 134.
*Albigenses* (Cruzada contra los), 160.
*Alvernia* (Monte). Donación a los frailes, 141.
— Retiro de Francisco, 296.
— Partida de Francisco, 306.
*Amazialbene* (Fray). Aflicción de fray Junípero por su muerte, 108.
*Ambrosio*, monje Cisterciense. Visitador de las Damas Pobres, 222.
*Ancona* (Jornadas de misión de Francisco por las Marcas de), 54.
— Embarque de Francisco, 138.
— Provincia de las Marcas de, 181.
*Andrea della Robbia*, 163.
*Angelo Bernardone*, hermano de San Francisco, 27.
*Angelo Clareno*. Sus escritos, 392, 397.
*Angel Tancredo* (Fray). Entra en la fraternidad, 52, 66.
— Acompaña a Francisco en un viaje de misión, 142.
— Acompaña a Francisco al Monte Alvernia, 296.
— Y a Rieti, 310.
— Sus escritos, 385.
«*Anonymus Perusinus*». Leyenda, 390.
*Antonio de Padua* (San). Entra en la fraternidad, 211.
— Su aparición en la historia, 266.
— Es enviado a San Pablo, 266.
— Es destinado a la predicación, 267.
— Predica a los peces, 268.
— Es nombrado Lector de Teología. 269.
— Su amistad con Gallo, 269.
— Influencia de la escuela de Saint Victor, 270.
*Antonio a Stronconio*. Autor de *Umbria Serafica*, 400.
*Apulia*. Francisco quiere reunirse al ejército pontificio, 16.
— Provincia de, 181.
*Aristotélica* (Filosofía). Actitud de la Iglesia con respecto a ella, 265.
*Arnaldo* de Brescia y los patarinos, 7.
*Ascoli*. Treinta varones instruídos entran en la fraternidad, 145.

*Báltico* (Fraile de la Provincia del). Su colección de documentos, 390.
*Bárbaro* (Fray). Entra en la fraternidad, 52.
— Acompaña a Francisco a Oriente, 205.
*Barbarroja*. Su política de subordinación de la Igelsia al Imperio, 2.
*Bartolomé de Pisa*. Autor de *De Conformitate*, 398.
*Benedicto de Pirato* (Fray). Escribe el testamento y últimas voluntades de Francisco, 321.
*Benito* (San). En la historia de la Porciúncula, 40.
— Su Regla, 155, 200.
*Bernardo* (Fray), y sus compañeros. Su martirio en Marruecos, 210.
*Bernabé* (Fray). Va a Alemania, 238.
*Bernardo de Besse*. Su leyenda, 390.

*Bernardo de Quintavalle* (Fray). Entra en la fraternidad, 46.
— En Florencia, 62.
— Es nombrado Vicario, 67.
— Es enviado a Bolonia, 137, 221.
— Va a España con Francisco, 146.
— Es enviado a la Provincia de España, 182, 190.
— Es reconfortado por Francisco, 340.
*Bernardo de Vigilanzio* (Fray). Entra en la fraternidad, 66.
*Bernardo* (San). Su Regla, 200.
*Bernardone* (Pietro), padre de San Francisco, 4, 26.
*Bolonia*. Fray Bernardo de Quintavalle es enviado a, 137.
— Francisco y la Escuela de, 221, 264 *seq.*
*Bonizzo* (Fray). Acompaña a Francisco a Monte Rainerio, 281.
— Y a Monte Alvernia, 296.
*Brienne* (Gualterio de). Confíasele el ejército pontificio, 15.
*Buenaventura* (San). Sus leyendas, 382.
*Buona Donna*. «Penitente» franciscana, 255.
*Burkhardt* (Abad). Su testimonio de la vida franciscana, 100.

*Calabria* (Provincia de), 181.
*Casale* (Monte). Francisco y los ladrones, 167.
*Catanio*. *Vide* Pedro.
*Cátaros*. Reformadores religiosos, 7.
— Su credo y enseñanza, 268.
*Celano*. *Vide* Tomás.
*Celle* (Las de Cortona). Francisco funda un eremitorio, 135.
— Enfermedad de Francisco, 322.
*Cesáreo de Espira* (Fray). Entra en la fraternidad, 210.
— Su encuentro con Francisco en Oriente, 210.
— Acompaña a Francisco a Italia, 213.
— Trabaja con Francisco en la revisión de la Regla, 232.
— Dirige la misión de Alemania, 238.
*Cetona*. Visitas de Francisco, 136.
*Clara* (Santa). Se consagra a Cristo y a al Pobreza, 116.
— Sus rasgos característicos, 116, *seq.*
— Recaba su libertad, 121.
— Abandona la casa paterna, 122.
— Entra en el convento benedictino de San Paolo, en Bastia, 122.
— Pasa al convento de San Angelo, 123.
— Francisco la tarslada a San Damián, 124.
— Su vida en San Damián, 125.
— Su influencia en los destinos de la fraternidad, 127.
— Pide a Inocencio III el «privilegio *de pobreza*», 127.
— Oblíganla a aceptar el cargo de Abadesa, 127.
— Su actitud frente a las Constituciones Hugolinas, 128, 130.
— Alcanza de Gregorio IX la confirmación formal del «privilegio de pobreza», 129.
— Su Regla aprobada por Inocencio IV, 130.
— Su lealtad al ideal franciscano, 131.
— Dolor causado por la enfermedad de Francisco, 338.
— Recibe un mensaje de Francisco. 338.
— Su muerte, 131.
*Clareno*. *Vide* Angelo.
*Colombo* (Fonte). *Vide* Rainerio (Monte).
*Columba* (Dama). Ofrece a Francisco hospitalidad y retiro, 281.
*Comunal* (Sociedad), en Italia. *Vide* Municipios.
*Conrado de Lutzen*. Sus rasgos característicos, 2.
— Se entrega a Inocencio III, 3.
*Conradino*. Sultán de Damasco, 210.
*Cortesía*. Uno de los atributos de Dios, 134.
*Cortona*. Predicación de Francisco, 134.
— Elías construye una iglesia, 229.
*Crescencio*, Ministro General. Encarga a Tomás de Celano la redacción de una leyenda, 381.
*Crucíferos*. Hermanos enfermeros, 35.
*Cruzadas*. Su justificación, 139.
— Algunas causas de su fracaso, 209.
— Predícelo Francisco, 206.

*Dalmacia*. Desembarque de Francisco, 138.
*Damián* (San). Capilla, su antigüedad, 24.

*Damieta*. Estancia de Francisco, 205.
— Caída de la plaza, 209.
*Diego*, obispo de Osma. Predica, juntamente con Santo Domingo, contra los albigenses, 160.
*Dipold de Acerra*. Es nombrado duque de Espoleto, 85.
*Domingo* (Santo). En el Concilio de Letrán, 158.
— Su encuentro con San Francisco, 159.
— Su carácter y formación, 159.
— Funda la Orden de Predicadores, 160.
— Despídese de San Francisco, 162.

*Elías* (Fray). Entra en la fraternidad, 135.
— Ministro Provincial de Siria, 183.
— Su encuentro con Francisco en Acre, 210.
— Acompaña a Francisco a Italia, 213.
— Es nombrado Vicario de la Porciúncula, 226.
— Su carrera, 229.
— Sus rasgos característicos, 229.
— Su oposición a Francisco y a la Regla Primitiva, 235.
— Su política, 235.
— Fomenta los anhelos de estudiar, 262.
— Su actitud frente a la nueva Regla, 281.
— Se niega a obedecer, 284.
— Recibe un aviso misterioso, 308.
— Se lleva de Siena a Francisco, 321.
— Es bendecido por Francisco, 329.
— Construye el gran templo de Asís, 343.
*Espira*. *Vide* Cesáreo y Julián.
*Espoleto* (El valle de), 287.
— El ducado de Espoleto concedido a Dipold de Acerra, 85.
*Esteban* (Fray). Atraviesa el mar en busca de Francisco, 212.
*Estudios*. Los frailes y los estudios, 256 *seq*.
— Actitud de Francisco con respecto a ellos, 259.

«*Fac secundum exemplar*». Colección de documentos, 390.
*Federico*, arzobispo de Riga. Su libro, 395.
*Federico II*, emperador. Reclama para sí los honores divinos, 9.
*Felipe* (Fray), «el Largo», o Longo. Entra en la fraternidad, 51.
— Substituye al monje cisterciense en la dirección de las Damas Pobres, 128.
— Es atraído por las nuevas corrientes en la fraternidad, 222.
«*Fioretti*». Su historia, 393.
*Florencia*. Estancia de fray Bernardo de Quintavalle, 62.
— Estancia de San Francisco, 186.
Francisco (San): *Biografía*.
— Sus rasgos característicos, 4.
— Cae prisionero, 4.
— Influencia recibida de los trovadores, 10.
— Su primera enfermedad, 14.
— Va a reunirse con el ejército pontificio en Apulia, 16.
— Primera peregrinación a Roma, 20.
— Reparación de la capilla de San Damián, 24.
— Visita a Gubbio, 33.
— Reparación de la capilla de Santa María de la Porciúncula, 40.
— Viaje de misión por la Marca de Ancona, 54.
— Visita al obispo Guido, 56.
— Visita a Rieti, 60, 63.
— Regreso a la Porciúncula, 64.
— Viaje a Roma con los primeros frailes para someter la Regla a la aprobación de Inocencio III, 67.
— Residencia en Orte, 83.
— Residencia en Rivo-Torto, 84.
— Un fraile es enviado al encuentro de Otón IV, 85.
— Predicación en la catedral de Asís, 86.
— Exhortación a la unión entre los ciudadanos de Asís, 89.
— Solicitud para con los frailes, 91.
— Visita a los benedictinos de Monte Subasio para solicitar el uso de la capilla, 95.
— Interés por el cuidado de los leprosos, 99.
— Penitencia que se impone, 99.
— Reprimenda al «hermano Mosca», 100.

— Prohibición a los frailes de recibir dinero, 101.
— Respeto a los sacerdotes, 105.
— San Francisco y fray Junípero, 106.
— San Francisco y fray Maseo, 109.
— Fray Rufino es enviado a predicar, 111.
— Retrato ideal de un verdadero Fraile Menor, 115.
— Predicación en Asís, 116.
— Entrevista con Santa Clara, 120.
— Los votos de Santa Clara, 122.
— Santa Clara se establece en San Damián, 124.
— Dirección personal de las Damas Pobres, 129.
— Misión evangelizadora en Umbría y Toscana, 133.
— Predicación en Cortona, 134.
— Visitas a Cetona y Sarteano, 136.
— Tentación sufrida en Sarteano, 136.
— Intento de evangelizar a los infieles, 137.
— Desembarque forzoso en Dalmacia, 138.
— Regreso a Italia, 138.
— Dudas sobre la propia vocación, 138 *seq.*
— Predicación en la Romaña, 140, 145.
— Episodio de Montefeltro, 140.
— Entrevista con el caballero Orlando, 141.
— Donación del Monte Alvernia, 141.
— Fray Maseo lleva un mensaje a Santa Clara, 142.
— Predicación a los pájaros, 143.
— El lobo de Gubbio, 144.
— Poder de la predicación del Santo, 144.
— Viaje a España, 146.
— Enfermedad, 146.
— Respeto a los sacerdotes, 149.
— Asistencia al Concilio de Letrán, 152.
— Reverencia por la letra *Thau*, 156.
— Encuentro con Santo Domingo, 159.
— Regreso a Umbría, 165.
— La fe del Santo, 165.
— Episodio de los ladrones de Monte Casale, 167.
— La indulgencia de la Porciúncula solicitada al Papa, 168 *seq.*, 357 *seq.*
— Regreso a Asís, 170.
— Sermón en la Porciúncula, 171.
— El Capítulo General de 1217, 177.
— Retrato ideal de un Superior ejerciendo sus funciones, 179.
— El ideal de la obediencia, 180.
— Establécense Ministros Provinciales, 181.
— Gozo que producen en el Santo los que se ofrecen voluntariamente como misioneros, 182.
— Francisco escoge para sí la provincia de Francia, 182.
— Sus exhortaciones al terminarse el Capítulo, 183.
— Elogio de la santa pobreza, 184.
— Encuentro con el Cardenal Hugolino en Florencia, 186.
— El Cardenal disuade a Francisco de su viaje a Francia, 188.
— Regreso a Asís, 189.
— La fraternidad puesta bajo la dirección del Cardenal Hugolino, 191.
— No es deseable que los frailes acepten prelacías, 193.
— Sermón ante la corte pontificia, 194.
— La «parábola de la perfecta alegría», 196.
— El Capítulo de las Esteras, 198.
— Los fariles disidentes son reconvenidos, 200.
— Misión entre los mahometanos de Egipto, 202.
— En Damieta, 205.
— Visita al Sultán en su campo, 207.
— Viaje a Acre, 209.
— Peregrinación a los Santos Lugares, 210.
— Llegada de fray Esteban, 212.
— Regreso a Italia, 212.
— La carta comendaticia de Honorio III, 214.
— Predicación a los pájaros, 220.
— Llegada a Bolonia, 221.
— Opinión del Santo referente a las escuelas de Bolonia, 221.
— Rehusa entrar en el convento y maldice a Pedro Stacia, 222.
— Hace salir del convento a los frailes, 222.
— Viaje a Roma, 223.
— Solicita un Cardenal protector, 224.
— Tiene en gran estima a fray Elías, 231.

— Sermón en el Capítulo General, 232.
— La Regla revisada sometida al Capítulo, 232.
— Dama Jacoba de Settesoli, 240.
— Enseñanza del Santo referente a la posesión de bienes, 241.
— La «Carta a todos los Cristianos», 242.
— La Regla de la Orden de Penitencia, 249.
— El Santo y los estudios, 256.
— El Santo y los «hombres de las Escuelas», 257.
— El novicio que necesitaba un salterio, 262.
— El Santo modifica sus relaciones con San Damián, 274.
— El Santo y sus adversarios, 274.
— Su fortaleza, 277.
— Su fidelidad a la Regla, 277.
— Conveniencia de una nueva redacción de la Regla, 279.
— Devoción del Santo al Santísimo Sacramento, 182, 283, 319, 326, 334.
— Retiro en Monte Rainerio, 281.
— La nueva Regla, 281.
— Es presentada al Cardenal Hugolino, 282.
— La fiesta de Navidad en Greccio, 290.
— Francisco se presenta a los frailes vestido de peregrino el día de Pascua, 293.
— Subida al Monte Alvernia, 296.
— Las sagradas llagas, 301.
— Los compañeros se enteran del prodigio, 302.
— «Las Alabanzas del Crucificado», 304.
— La bendición de fray León, 305.
— Partida del Monte Alvernia, 306.
— La curación de un fraile epiléptico, 307.
— Dolores físicos y estado de postración del Santo, 308.
— Viaje evangélico, 308.
— Visita a Sor Clara, 310.
— «El Cántico del Hermano Sol», 311.
— La paz lograda entre el obispo y los magistrados de Asís, 314.
— Viaje triunfal a Rieti, 315.
— El «Hermano Fuego», 318.
— Ida a Siena, 319.
— Encuentro con tres mujeres pobres, 319.
— Testamento y últimas voluntades, 320, 327, 332.
— Regreso a Asís, 323.
— Cualidades que debe reunir un Ministro General, 324.
— Carta del Santo al Capítulo, 325.
— La Hermana Muerte es bienvenida, 327.
— El Santo bendice a los frailes, 330.
— Bendice a la ciudad, 331.
— Es trasladado a la Porciúncula, 331.
— El mensaje a Dama Jacoba, 337.
— El mensaje a Sor Clara, 338.
— Muerte del Santo, 339 *seq.*
— Su canonización, 343.

*Escritos de San Francisco.*
— La Regla Primitiva, 77 *seq.*
— La «Forma Vivendi» de las Clarisas Pobres, 125, 373.
— La «Carta a todos los Cristianos», 242 *seq.*
— La carta a San Antonio, 269.
— La Regla de 1221, 77, 232 *seq.*, 279, 345 *seq.*
— La Regla de 1223, 279 *seq.*
— «Las Alabanzas de Dios», 304, 305, 375.
— La «chartula» de fray León, 305, 373.
— «El Cántico del Sol», 311, 314, 328, 373.
— Carta «a los gobernantes», 319, 374.
— Carta «a todos los Custodios», 319, 374.
— Carta a los frailes en capítulo, 325.
— Carta a Santa Clara, 338.
— Testamento, 332 *seq.*
— «De religiosa habitatione in eremo», 373.
— «De reverentia corporis Christi», 373.
— Admoniciones, 373, 374.
— Laudes, 375.
— «Salutación de la Virgen Santísima», 375.
— «Salutación de las virtudes», 41, 375.
— Oficio de la Pasión, 376.
— *Crítica* de los escritos, 372 *seq.*

*Dichos notables de San Francisco.*
— Su declaración al ser desheredado, 30.
— Predicción de la institución de las Clarisas Pobres, 35.
— Sobre la vocación de los frailes, 48, 50, 56, 74, 101, 115, 180, 183, 193, 199, 212, 214, 233, 234, 235, 258, 262, 274, 278.
— Predicción del crecimiento de la fraternidad, 54, 64.
— Parábolas: de la mujer en el desierto, 74.
— De la perfecta alegría, 196.
— Sobre la prudencia que debe observarse en las austeridades corporales, 91.
— Sobre la pereza, 100.
— Sobre la pobreza, 101.
— Sobre la reverencia debida a los pobres, 166.
— Sobre los superiores, 179, 278, 324 *seq.*
— Sobre la Porciúncula, 339.
— Los mundanos no entienden las consolaciones que por medio de las cosas creadas Dios envía, 317.

*Predicación de San Francisco.*
— Sus rasgos característicos, 86, 87, 89.
— Ejemplos de predicación, 54, 88 *seq.*, 109, 140, 143, 199, 208, 210, 265, 291, 292.
*Cantos de San Francisco*, 34, 54, 140, 199, 216, 311, 315, 318, 328.
*Sensibilidad de San Francisco con relación a la naturaleza*, 14, 32, 41, 184, 260, 281, 289, 296, 311.
*Amor de San Francisco para con las criaturas irracionales*, 142 *seq.*, 241, 300, 320, 342.

*Gallo* (Tomás). Su buena opinión de San Antonio, 269.
*Giacoma di Settesoli* (Dama). *Vide* Jacoba.
*Gil* (Fray). Entra en la fraternidad, 49.
— Sale en viaje de misión, 54.
— Residencia en Florencia, 62.
— Sus rasgos característicos, 113.
— Episodio en Brindis, 113.
— Sus relaciones con el obispo de Túsculo, 114.
— Se retira a un eremitorio, 114.
— Es elegido para ir de misión a Túnez, 202.
— Su leyenda, 396.
*Giordano da Giano. Vide* Jordán.
*Giovanni di Carpino* (Fray). Va a Alemania, 238.
*Giovanni de Vellita*. Amigo de San Francisco, 289.
*Giraldo di Gilberto*. Magistrado electo de Asís, 9.
*Glassberger*. Su crónica, 400.
*Graciano*. Provincial de Lombardía, 266.
*Gregorio de Nápoles* (Fray). Es nombrado uno de los Vicarios Generales, 204.
— Carta que le escribe fray Elías, 231.
*Gubbio*. Visita de San Francisco a un amigo, 33.
— La historia del lobo, 144.
— Capítulo celebrado en San Verecondo, 150.
*Guido*, obispo de Asís. Protege a Francisco, 29, 44, 57.
*Guido de Cortona*. Ofrece hospitalidad a Francisco, 134.
— Entra en la fraternidad, 135.

*Honorio III* (Papa). Su elección, 169.
— Francisco le pide la concesión de la indulgencia de la Porciúncula, 169.
— Sus cartas comendaticias, 214.
— Su legislación para los Frailes Menores, 216.
— Su aprobación de la nueva Regla, 284.
*Hugolino* (Cardenal). La constitución para las «Damas Pobres», 128 *seq.*, 214, 217.
— Su respeto hacia Santa Clara, 131.
— Ve a Francisco en Florencia, 187.
— Su posición y su carácter, 186.
— Disuade a Francisco de su viaje a Francia, 188.
— Toma la dirección de la fraternidad, 191.
— Su política con referencia a los frailes, 191.
— Preside el Capítulo de las Esteras, 198.

— Es nombrado protector de la fraternidad, 224.
— Obliga a Juan de Compello a disolver su comunidad, 224.
— Entiende en la organización de los penitentes seglares, 225.
— Su conocimiento de los *humiliati*, 246 *seq.*
— Su Regla de la Orden de Penitencia, 249.
— Su intervención en la cuestión de los estudios, 264.
— Encarece a Francisco la refundición de la Regla, 279.
— La nueva Regla, 282.
— Llama a Francisco a Rieti, 309.
— Aconseja que Francisco sea llevado a Siena, 319.
— Siendo Papa Gregorio IX canoniza a Francisco, 343.
*Humiliati*. Sociedad de reofrmadores seglares, 8.
— Su influencia en el movimiento penitencial prefranciscano, 246 *seq.*
— Su Regla, 247.

*Iluminado* (Fray). Acompaña a Francisco a Oriente, 205.
— Va con Francisco al campo del sultán, 207 *seq.*
— Acompaña a Francisco al Monte Alvernia, 296.
*Inés*, hermana de Santa Clara.
— Se reúne con su hermana en Santo Angelo. 123.
— Clara la rescata de sus amigos, 124.
— Es enviada de abadesa a Monticelli, 124.
*Inés de Praga* (Beata). Trabaja para los pobres, 125.
*Inocencio III* (Papa). Su política de la soberanía pontificia, 2.
— Su carácter, 69.
— Aprueba verbalmente la Regla Primitiva, 75.
— Su interés por la campaña contra los moros, 133.
—Convoca a Francisco al Concilio de Letrán, 152.
— Su objetivo al reunir el Concilio, 152.
— Los *humiliati* durante su pontificado, 246.
*Inocencio IV* (Papa). Extiende el «privilegio» a todas las comunidades de Damas Pobres, 131.
— Su respeto hacia Santa Clara, 131.
*Isabel de Hungría* (Santa). «Penitente» franciscana, 254.

*Jacoba de Settesoli* (Dama). Su relación con San Francisco, 120.
— Su familia y su carácter, 240.
— Su visita al Santo moribundo, 337.
*Jacopone de Todi*. Influencia que en él ejercieron los trovadores, 11.
*Jacques de Vitry*. Da testimonio de la vida franciscana, 100, 125.
*Jaime el Sencillo* (Fray), 99.
*Joaquín de Flore*, abad cisterciense. Su acción reformadora, 8.
*Jordán de Jano* (Fray). Es enviado a Alemania, 238.
— Su crónica, 398.
*Juan de Capella* (Fray). Entra en la fraternidad, 52, 55.
*Juan de Compello* (Fray). Se separa de la fraternidad, 220.
— Trata de fundar una fraternidad religiosa, 224, 246.
*Juan de Kent* (Juan Cancio) y la *Vita Metrica*, 383.
*Juan Parenti* (Fray). Entra en la fraternidad, 134.
*Juan de Penna*. Va a la provincia de Teutonía, 182.
*Juan de San Constanzo*. Entra en la fraternidad, 66.
*Juan de San Paulo* (Cardenal). Protege a Francisco, 73.
*Juilán de Espira*. Su leyenda, 383.
*Junípero* (Fray). Sus rasgos característicos, 106.
— Su conducta con el superior enfermo, 107.
— Su encuentro con el pobre, 108.
— Su dolor al morir fray Amazialbene, 108.
— Su leyenda, 396.
*Juramentos* de obediencia. Su predominio en la Edad Media, 334.
— Feudales: prohibidos a los terciarios, 253, 366 *seq.*

*Las Navas*. Los moros derrotados en la batalla de, 137.
«*Legenda Antiqua*», 393.

*León* (Fray). Sus rasgos característicos, 114.
— Redacta la «parábola de la perfecta alegría», 196.
— Acompaña a Francisco a Monte Rainerio, 281.
— Acompáñale a Monte Alvernia, 296.
— Su tentación, 305.
— Testigo de la indulgencia de la Porciúncula, 363.
— Sus escritos, 384 *seq.*, 396.
*Leonardo* (Fray). Acompaña a Francisco a Oriente, 205.
— Episodio de Venecia, 220.
*Leprosos*. Francisco los abraza, 22.
— Come con ellos, 99.
— Los frailes cuidan de ellos, 57, 99.
*Letrán* (Concilio de). Francisco asiste a él, 152.
— Finalidad del Concilio, 152.
*Lombardía* (Provincia de), 181.
*Luchesio* El primer «penitente» franciscano, 254.

*Magdalena* (Santa). Hospital de leprosos, 35.
*Majores de Asís*. Conciertan un tratado con los Minores, 90.
*Mariano de Florencia*. Sus crónicas, 399.
— Sobre la institución de la Orden Tercera, 254.
*Marcos de Lisboa*. Su crónica, 399.
*Maseo* (Fray). Sus rasgos característicos, 109.
— En la encrucijada de caminos, 109.
— Desempeña el oficio de criado, 110.
— Es enviado a Santa Clara y a fray Silvestre, 142.
— Acompaña a Francisco en su predicación, 142.
— Va con Francisco a Roma a ver al Papa, 169.
— Va de peregrinación a Roma, 184.
— Episodio acaecido por el camino, 184.
— Acompaña a Francisco a Monte Alvernia, 296.
— Su testimonio de la indulgencia de la Porciúncula, 362
*Mateo de Narni* (Fray). Es nombrado uno de los Vicarios Generales, 204.
*Melekk-el-Kamil*, Sultán de Egipto Su entrevista con Francisco, 208.
*Minores. Vide* Majores.
*Montefeltro*. Episodio caballeresco, 140.
*Morico* (Fray). Entra en la fraternidad, 52, 55.
*Mujeres*. Conducta de Francisco con ellas, 241.
*Municipios italianos*. Pugnas por las libertades cívicas, 2.
— Ambiciones de poderío, 3.
— Querellas intestinas, 89.
— Anulación de la libertad individual, 253.

*Navas. Vide* Las Navas.

*Obediencia*. Concepto que de ella tenía Francisco, 180.
*Olivi, Pedro Juan*. Sus escritos, 397.
*Orden Tercera*. Su origen, 239 *seq.*
— El Cardenal Hugolino escribe su Regla, 249.
— Su relación con los «Humiliati», 246.
— Su establecimiento en Florencia, 254.
— En Faenza, 252.
— Piedra de toque del restablecimiento del orden social, 252.
— Modificación de la Regla, 365 *seq.*
— Su gobierno, 365, *seq.*
*Orlando*, Señor de Chiusi. Busca a Francisco, 141.
— Cede a los frailes el Monte Alvernia, 141.
— Uno de los primeros seguidores aislados de Francisco, 240.
*Orte*. Estancia de Francisco y sus compañeros, 83.
*Otón* (Fray). Su martirio, 210.
*Otón IV* (Emperador). Es avisado por Francisco, 85.

*Pacífico* (Fray). Sus visiones referentes a Francisco, 157.
— Es elegido para ir a la Provincia de Francia, 182.
— Cómo entró en la fraternidad, 188.
— Es enviado para restablecer la paz, 314.
*Palmerio* (Fray), y fray Jordán de Jano, 237.

*Paris* (Capítulo de). Proscribe las leyendas, 383.
*Parma* (Juan de). Ordena a Tomás de Celano que escriba un tratado sobre los milagros de San Francisco, 381.
*Patarinos*. Reformadores religiosos, 7, 70, 145.
*Pedro* (Fray). Su martirio, 210
*Pedro* Catanio (Fray). Entra en la fraternidad, 46.
— Impone a Francisco una penitencia, 99.
— Acompaña a Francisco a Oriente, 205.
— Regresa a Italia con Francisco, 212.
— Reside de nuevo en la Porciúncula en calidad de Vicario, 225.
— Su muerte, 226.
*Pedro* (Don). Infante de Portugal.
— Su auxilio a los frailes en Marruecos y rescate de sus cuerpos martirizados, 211.
*Pedro Stacia* (Fray). La escuela de Bolonia, 221 *seq.*
*Perusa*. Su significación política, 3, 13.
— Su promesa de defender la Santa Sede, 85.
— Sus guerras civiles, 292
*Pian d'Arca*. Predicación de Francisco a los pájaros, 142.
*Pica* (Dama). Madre de San Francisco, 12, 28.
*Pobres* Atracción que ejercen en Francisco, 20.
*Pobreza* Desposorios de Francisco con la Pobreza, 30.
— Verdadera significación de la pobreza franciscana, 30, 36, 41, 101.
— Elogio de la pobreza, 184.
*Poggio-Bustone*. (Visión de Francisco en), 63.
*Ponte San Giovanni* (Combate de), 4.
*Porciúncula* (Santa María de la).
— Su origen, 40.
— Su significación en la historia franciscana, 93.
— En lugar principal de la Orden, 94.
— Vida de los frailes en su recinto, 97.
— Su influencia en los frailes, 114.
— Visita de Clara a Francisco, 121.
— La indulgencia, 168 *seq.*, 357 *seq.*
*Práxedes* Penitente reclusa, 334.
*Quintavalle*. *Vide* Bernardo.
*Raniero* (Cardenal). Preside el Capítulo General de 1221, 232.
*Raniero* (Monte). Francisco escribe la Regla, 281.
— Llamado también Fonte Colombo, 281.
*Regla* Primitiva de los Frailes Menores, 77 *seq.*, 345 *seq.*
*Rieti*. Francisco a Rieti, 60, 63.
— El valle de R., 287.
— Viaje triunfal de Francisco a R., 315.
*Rivo-Torto*. Residencia de Francisco y los suyos en Rivo-Torto, 83.
— Cómo se marcharon de allí los frailes, 95.
*Rolando de Chiusi* (Conde). Hace formal donación de Monte Alvernia, 390.
*Romances de caballería*. Francisco los conocía, 10.
*Rufino* (Fray). Rasgos característicos, 111.
— Es enviado a predicar, 111.
— Acompaña a Francisco a Monte Alvernia, 296.
— Sus escritos, 384.
*Sabatino* (Fray) Entra en la fraternidad, 55.
«*Sacrum Commercium*», escrito alegórico, 393.
*Salimbene* (Fray). Su crónica, 399.
*Salvador* (San). Hospital, 35
*Sarteano*. Visita y tentación de Francisco, 136.
*Silvestre* (Fray). Reclama dinero a Francisco, 48.
Entra en la fraternidad, 51.
— Acompaña a Francisco a Monte Alvernia, 296
*Simón* (Fray). Rasgos característicos, 114.
*Simplicidad* de los primeros frailes, 104 *seq.*
*Siria* (Francisco va a), 138.
«*Speculum Perfectionis*», su *crítica*, 390.
*Tancredo*. *Vide* Ángel.
*Teología*. Las escuelas monásticas descuidan su estudio, 265.

— Los Dominicos establecen escuelas para enseñarla, 265.
— Confíase a San Antonio su enseñanza, 269.
*Terra di Lavoro* (Provincia de), 181.
*Tomás de Celano*. Va a Alemania, 238.
— Sus escritos, 375 *seq.*
*Tomás de Eccleston*. Su crónica, 399.
*Tomás de Spalatro*. Su descripción de la predicación de Francisco, 265.
*Toscana*. Francisco la evangeliza, 134.
— Provincia de, 181.
«*Tres Compañeros*», (La leyenda de los), 385 *seq.*
*Trovadores*. Su influencia en el espíritu de Francisco, 10 *seq.*
*Túsculo* (El obispo de), y fray Gil, 114.

*Ubertino da Casale*. Sus escritos, 397.
*Ugolino*. *Vide* Hugolino.
*Umbría*. Su situación, 3.
— Es invadida por el ejército de Otón, 85.
— Francisco la recorre, 133.
— Provincia de, 181.
*Urraca*, Reina de Portugal. Dispensa su protección a los frailes, 190.

«*Veinticuatro Generales*» (Crónica de los), 397.
*Venecia* (Francisco pasa por), 220.
*Victor* (Saint). Su escuela, 270.
*Vitale* (Fray). Es nombrado jefe de la misión de Marruecos, 202.
*Vitry*. *Vide* Jacques.

*Waddingo*. Sus Anales, 400.

# ÍNDICE


Págs.

PREFACIO . . . . . v
NOTA DEL AUTOR PARA LA SEGUNDA EDICIÓN . . . . . VII
NOTA DEL AUTOR PARA LA TERCERA EDICIÓN . . . . . X
NOTA PARA LA TERCERA EDICIÓN CASTELLANA . . . . . XI

LIBRO PRIMERO

*Capítulo I.* — El advenimiento de Francisco . . . . . 1
*Cap. II.* — Sueños de gloria . . . . . 13
*Cap. III.* — De cómo Francisco halló a Dama Pobreza. . . . 23
*Cap. IV.* — Francisco es armado Caballero de la cruz. . . . 32
*Cap. V.* — Los principios de una nueva Fraternidad. . . . . 44
*Cap. VI.* — Primeras jornadas de misión. . . . . 54
*Cap. VII.* — El Papa Inocencio aprueba la Regla de la Orden. . 67

LIBRO SEGUNDO

*Capítulo I.* — Rivo-Torto . . . . . 83
*Cap. II.* — La Porciúncula . . . . . 93
*Cap. III.* — La Porciúncula *(Continuación)* . . . . . 106
*Cap. IV.* — Santa Clara . . . . . 116
*Cap. V.* — Primeras tentativas para ir a tierras infieles . . . . 133
*Cap. VI.* — Francisco asiste al Cuarto Concilio de Letrán . . 148
*Cap. VII.* — La indulgencia de la Porciúncula. . . . . 165

LIBRO TERCERO

*Capítulo I.* — Nueva fase en la vida de la fraternidad . . . . 175
*Cap. II.* — El Capítulo de las Esteras . . . . . 192
*Cap. III.* — Francisco va a Oriente . . . . . 203
*Cap. IV.* — La sedición de los Vicarios . . . . . 214
*Cap. V.* — Fray Elías toma las riendas del gobierno . . . . . 227
*Cap. VI.* — La Orden Tercera . . . . . 239
*Cap. VII.* — Los frailes fundan una escuela . . . . . 256
*Cap. VIII.* — La prueba de Francisco . . . . . 272

## LIBRO CUARTO


| | Pág. |
|---|---|
| *Capítulo I* — Greccio | 287 |
| *Cap. II.* — Impresión de las llagas | 295 |
| *Cap. III.* — Al atardecer | 308 |
| *Cap. IV.* — La última jornada | 322 |
| *Cap. V.* — Testamento y muerte de Francisco | 332 |
| *Apéndice I.* — La Regla Primitiva de San Francisco | 345 |
| *Apéndice II.* — La Indulgencia de la Porciúncula | 357 |
| Bibliografía | 364 |
| *Apéndice III.* — La Regla de la Orden Tercera | 365 |
| *Apéndice IV.* — Las fuentes de nuestro conocimiento de San Francisco | 370 |
| ÍNDICE ALFABÉTICO | 403 |